

EL MISTERIO DE MARÍA Y JOSÉ EN EL MAGISTERIO  
DEL  
BEATO JUAN PABLO II



Joaquín Ferrer Arellano

EL MISTERIO DE MARÍA Y JOSÉ EN EL MAGISTERIO  
DEL  
BEATO JUAN PABLO II.

*“Redemptoris Mater” y “Redemptoris Custos” del Papa de María, hoja de  
ruta para el tercer milenio. Comentario teológico*

*EDITORIAL “ARCA DE LA ALIANZA”*

Editorial  
ARCA DE LA ALIANZA

ac 48  
06670 Herrera Duque (Ba)

y/o

Teléfonos:  
656 85 71 46

Fax: 924 650 982

PEDIDOS: 656 85 71 46 ; 924650982

Director:  
Natalio Babiano

Consejo Editorial:  
Blanca Castilla Cortázar  
Joaquín Ferrer  
Enrique Llamas  
Félix Ochaíta  
Germán Rovira

Depósito Legal: M-  
I.S.B.N.-13: 978-84-613-9384-8

Imprime: Campillo Nevado, S.A. – Antonio González Porras, 35-57 – 28019 MADRID

Nihil Obstat

María es “la Virgen fiel” que “pronunció el fiat” por medio de la fe. De ahí la importancia fundamental de *las palabras de Isabel* “*Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor*” (Lc. 1, 45)...*María, ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído....*

Estas palabras han sido el pensamiento–guía de la Encíclica *Redemptoris Mater*...

Ahora, *al comienzo de esta peregrinación, la fe de María se encuentra con la fe de San José*. Si Isabel dijo de la Madre del Redentor “*Feliz la que ha creído*”, en cierto sentido *se puede aplicar esta binaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo, pues hizo lo que le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa*. Lo que él hizo es genuina obediencia de la fe” (*Redemptoris Custos* 4).



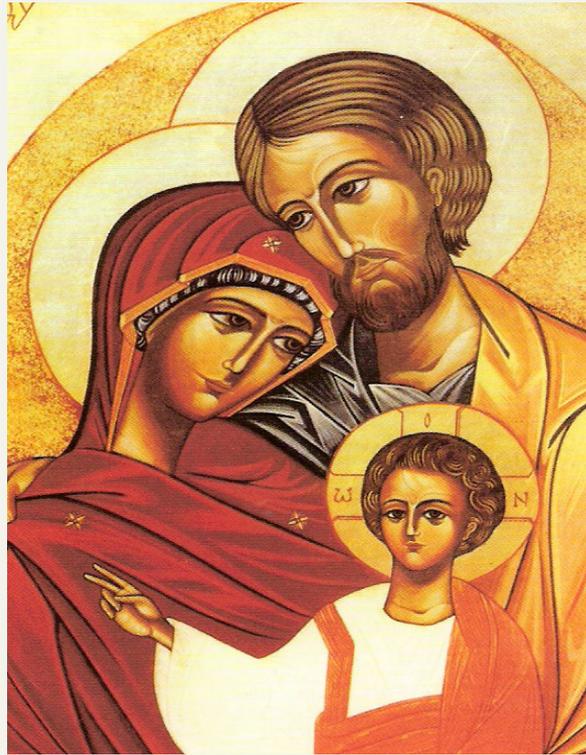
## SUMARIO







## PRÓLOGO



El extraordinario legado doctrinal de Juan Pablo II en especial sus 14 encíclicas –los documentos papales de mayor rango magisterial–, va siendo progresivamente recibido y fructificando en la vida de la Iglesia del tercer milenio. Pero estamos en los comienzos de su recepción vivida. Así lo ha afirmado de modo recurrente Benedicto XVI –que había sido su más inmediato y eficaz colaborador– desde el comienzo de su ministerio petrino.

Desde su primera encíclica “Redemptor Hominis”, programática de su pontificado, hasta la última, “Ecclesia de Eucharistia”, que con su complemento, “Novo milenio ineunte” y “Rosarium Virginis Mariae”, que él mismo califica de “herencia jubilar para la Iglesia del tercer milenio”,<sup>1</sup> todo el Magisterio de Juan Pablo II, el Papa de María, está marcado por una profunda impronta mariana.

---

1. A modo de última disposición testamentaria, que enlaza con la exhortación postsinodal “Sacramentum caritatis” de Benedicto XVI, correspondiente al Sínodo sobre la

Creo, por ello, de gran interés, como clave hermeneútica de su Pontificado –que él mismo concebía como preparación para la Iglesia en el cambio de milenio, con la esperanza cierta del próximo triunfo del Corazón Immaculado de María– el estudio, en profundidad de su gran encíclica mariana “Redemptoris Mater” de 1989, cuyo extraordinario alcance teológico y profético–que me propongo mostrar en éste libro– no ha obtenido todavía el eco que hubiera sido deseable en la Teología y en la vida de la Iglesia.

Juan Pablo II se propuso en ella, enlazando con la tradición, recuperar la temática de la mediación materna de María, saliendo al paso –estas son sus palabras– “de quienes quieren ver en la doctrina mariológica del capítulo VIII de la “Lumen Gentium” una intencionada marginación del título de mediadora para favorecer la causa del ecumenismo (el “solus Christus” de los reformadores protestantes)”. En esta importante encíclica, verdadera Carta Magna de la Mariología, y en sus catequesis marianas posteriores, encontramos la auténtica interpretación, que hace el Sucesor de Pedro, de la enseñanza mariológica del Concilio Vaticano II, desvirtuada por no pocos teólogos y pastores desde el inmediato postconcilio:

<<El acento puesto en la fe de María y una preocupación más sistemática por fundar la doctrina mariana en la Escritura, del c. VIII de la Lumen Gentium, por evidentes motivaciones ecuménicas, no impidieron que el Concilio utilizara en una ocasión el título de mediadora y que afirmara en otros términos la función mediadora de María desde el consentimiento al anuncio del ángel hasta la maternidad en el orden de la gracia (...). Además, al poner el acento sobre el nexo entre María y la Iglesia, se hacía más comprensible a los cristianos de la Reforma la doctrina mariana propuesta por el Concilio (cfr acta sinodalia, II, III, 343–345)>> (AG, 15–XII–95).

La encíclica Redemptoris Mater fue pronto completada con la exhortación apostólica “Redemptoris custos”, dedicada a San José. Se ha hecho notar acertadamente que ambos documentos magisteriales forman una trilogía con su primera encíclica programática de su pontificado “Redemptoris hominis” –cuyo trigésimo aniversario celebramos este año 2009– como queriendo subrayar con fuerza la inseparabilidad de los tres de la Familia de Nazaret en la realización del plan salvífico predestinado *ab aeterno* en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Sabido es, también, que esa misma encíclica pragmática, dedicada a Cristo redentor del hombre (“Redemptor hominis”, sobre la dimensión humana de la Redención), forma, a su vez, una tríada con las encíclicas dedicadas a las otras dos divinas Personas de la Trinidad: al Padre (“Dives in misericordia” sobre la dimensión divina de la Redención, obra de misericordia, inseparable de la justicia de Dios), y al Espíritu Santo (“Dominum vivificantem” enviado por el Padre en misión conjunta e inseparable a la del Hijo, en la totalidad del plan salvífico de Dios, que culmina en la Pascua, centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta la Parusía).

Todo ello me ha evocado la idea –sugerida, al menos por Juan Pablo II– presente en la tradición teológica, desde San Agustín, especialmente después de Gerson, de que el plan salvífico de Dios alcanza su vértice en la Encarnación del Verbo en el Seno de María, desposada con José, de la casa de David, como “trinidad de la tierra” en la que se

---

Eucaristía, fruto y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, convocado por Juan Pablo II, que no pudo presidir, y que se celebró en el 2005, año de la Eucaristía.

realiza “el misterio escondido desde los siglos” icono transparente de la Trinidad del Cielo y camino de retorno salvífico a Ella de la humanidad caída.

El magisterio mariano y josefino de los últimos Pontífices converge en las dos Cartas Magnas de la Mariología y de la Josefología: la “Redemptoris Mater” y la “Redemptoris Custos” (cit.RM y RC) de Juan Pablo II. En ella –firmada también, como la anterior, el 15–VIII parece ceder el lugar que ocupa de representante de Cristo, a San José, que es verdadero Padre y Señor de la Iglesia –prolongación de la Familia de Nazaret– con una paternidad participada, en el Espíritu Santo, de la de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3, 15); su Sombra protectora e icono transparente, como María lo es del Espíritu Santo –(según lo afirma el teólogo ortodoxo S. Boulgakov)–, en este momento grave y esperanzador a la vez, de la historia de la salvación.

No es “el capítulo” de San José en el Magisterio de Juan Pablo II, como erradamente piensan no pocos teólogos, un apéndice devocional de la Mariología de gran arraigo en la piedad del pueblo, pero sin relevancia decisiva –inesencial, diríamos– en la historia de la salvación; aunque no sin algún relieve, que todos admiten, por su ayuda valiosa en el nacimiento e infancia del Verbo encarnado en el Seno de María Virgen para su inserción ordenada en la sociedad de los hombres; o por su gran valor de ejemplaridad o de poderosa intercesión a favor nuestro. Es, por el contrario, como evoca el título del libro que he dedicado al Santo Patriarca –“nuestro Padre y Señor”, según la sugerente expresión teresiana, de certera intuición teológica–, nada menos que cabeza de la familia de Nazaret, piedra angular de ambos Testamentos y vértice de la historia de la salvación; la sombra o “icono” transparente de Dios Padre, que quiso hacer participe a José –hijo de David– de su Paternidad, constituyéndole Padre virginal y mesiánico de su Unigénito encarnado, sometido a su autoridad en el hogar de Nazaret, para educarle; preparándole, con María su esposa, para su misión redentora, que culmina en el holocausto del Calvario; y –como consecuencia– Padre y Señor de la Familia de Dios que es la Iglesia nacida del costado abierto de Cristo.<sup>2</sup>

Todo parece indicar que Dios quiere que el silencioso José, nuestro Padre y Señor –“terror de los demonios”– salga de su anonimato poniendo más y más de relieve su eminente santidad y el protagonismo de primer orden que la providencia le asigna –siempre junto a María y a su Hijo virginal– en esta hora decisiva de la historia de la salvación.

Esta es la razón por la que incluyo al final del libro un amplio capítulo sobre la singular presencia de San José junto con María, su Esposa Virginal, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, inspirada en la importante exhortación apostólica “Redemptoris Custos” –complemento indispensable de la Redemptoris Mater–, que comento a la luz

---

2. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *San José, nuestro Padre y Señor. La Trinidad de la tierra. Teología y espiritualidad josefinas*. Ed. Arca de la Alianza, Madrid, 2008. Los Tres están presentes de modo indisoluble en toda la obra de la Redención –tanto objetiva o adquisitiva, iniciada en la vida oculta de Nazaret y consumada en el Sacrificio del Calvario, como subjetiva o aplicativa en el tiempo histórico de la Iglesia peregrina– hasta la Parusía del Señor, cuando “Dios sea todo en todos (1 Cor 15,19), a través de la mediación de la Eucaristía “que hace la Iglesia”, edificándola sobre y bajo Pedro”, hasta su consumación escatológica cuando Él vuelva a entregar su Reino al Padre, hasta la Parusía del Señor, cuando Dios sea todo en todos en el Reino consumado de la Jerusalén celestial (cuyos soberanos seguirán siendo Jesús, María y José –la trinidad de la tierra, icono transparente de la Trinidad del Cielo–, ya plenamente glorificada en el pleno esplendor de la realeza universal de los Tres de Nazaret).

de las perspectivas abiertas, por la extraordinaria vivencia josefina del gran enamorado del Santo Patriarca, San Josemaría E., al que tuvo ocasión de conocer de cerca a lo largo de los 25 últimos años de su vida –en perfecta continuidad con la enseñanza de Juan Pablo II–.

*En la III parte de esta monografía, dedicada a la teología del la consagración al Corazón inmaculado de María, de la que fue el Beato Juan Pablo II incansable propagador, veremos cómo ofrece en esta encíclica, con el resto de su doctrina mariológica, sólidos fundamentos teológicos que la legitiman, e incluso la postulan como última tabla de salvación en esta hora resolutive de la historia de la salvación.*

No es cierto, como se ha pretendido, que cediera a las críticas de los mariólogos miimalistas de la corriente eclesiotípica que niegan la aplicación a María del término consagración, que sólo puede tener a Dios como término “ad quem”. Fundan esta afirmación en la frecuente sustitución del término tradicional “consagración” por el de “affidamento”, incluso en ocasiones tan solemnes como el del jubileo de los Obispos ante la Virgen de Fátima en la Plaza de San Pedro.

Esta absurda insinuación, que será refutada en la III parte, está en absoluta contradicción con lo que ha sido el alma de su vida cristiana hasta su santa muerte. La consagración Mariana es un punto central en el programa de vida espiritual y pastoral del Beato Juan Pablo II. Es el heredero de una gran tradición eclesial de consagración mariana. Conocido por su amor filial y profunda devoción a María ha dado un énfasis particular y podríamos decir, nuevo, a la consagración a María, que fue clave en su vida personal.<sup>3</sup>

*En 1978, inicia su papado, el cual consagra a la Virgen.* Estas fueron sus primeras palabras después de haber sido elegido Papa: (Oct 16,1978): "Tenía miedo de aceptar esta nominación, pero lo hice en espíritu de obediencia a Nuestro Señor Jesucristo y en total entrega y confianza a Su Madre, la Santísima Virgen. Y así, me presento ante vosotros, para confesar nuestra fe común, esperanza, y confianza en la Madre de Cristo y de la Iglesia".

*Su emblema Papal: "Totus Tuus".* “Soy todo tuyo, y todo lo que tengo es tuyo, Oh Santísimo Jesús, a través de María tu Santísima Madre”. Su escudo de armas: lleno de sencillez, la cruz de Cristo en el panel derecho, una M: la presencia y total colaboración maternal de María en el misterio de la salvación; el panel izquierdo, vacío, como esperando ser ocupado por cada discípulo de Cristo que esté dispuesto a participar del sacrificio redentor, y a ser, como Juan, el que se entrega a la Madre y es acogido por ella. *Como Supremo Pontífice, su programa ha sido llevar a toda la Iglesia hacia una profunda unión espiritual con Cristo a través de María, por medio de la Consagración Total.* Se ha dedicado a despertar en toda la Iglesia, el amor, y devoción filial a la Sta. Virgen. Ha proclamado abiertamente ser un Papa Mariano, que reconoce la necesidad de que la Iglesia, sus hijos y el mundo entero se consagren al Inmaculado

---

3. Desde niño, es movido a entregar su vida a la Santísima Virgen. En su juventud asistía con regularidad a la Basílica "kalvaria", donde meditaba en la Pasión de Cristo y en los misterios de la vida de María. Fue allí donde empezó a apropiarse de la invitación de Jesús: "He aquí a tu Madre". En "Jasna Gora", se entrega y confía su vida a la Virgen de Czestochowa, patrona de Polonia. Dijo en una entrevista a André Frossard: "mi relación con la Madre de Dios, tan personal e interior, ha surgido desde mi niñez y juventud gracias a la corriente tan fuerte que existe en Polonia hacia la Madre de Dios". Chestohowa: "sede del real dominio de la Virgen".

Corazón de María, refugio seguro en estos tiempos difíciles. Para Juan Pablo II, la consagración Mariana es un punto central en su programa de vida espiritual y pastoral".<sup>4</sup>

Hay una profunda continuidad en lo que Karol Wojtyła enseñó como Arzobispo de Cracovia y lo que continúa enseñando como Papa en relación a la consagración. Aunque él no ha presentado nada en este tema como definición solemne *ex cathedra*, si podemos concluir que: sus actos habituales de consagraciones, sus solemnes consagraciones del mundo y de naciones individuales, sus frecuentes enseñanzas que profundizan en la teología de la consagración o entrega confiada a la Madre de Dios, especialmente en la encíclica *Redemptoris Mater*, constituyen un ejercicio auténtico del magisterio ordinario del Romano Pontífice. (Su mente y su voluntad pueden ser conocidas por: el carácter de los documentos, por repetición frecuente y su forma de hablar)

En la *III parte* de esta monografía, dedicada a *la teología de la consagración al Corazón Inmaculado de María*, de la que fue el Beato Juan Pablo II incansable propagador, veremos cómo esta encíclica, con el resto de su doctrina mariológica, ofrece los sólidos fundamentos teológicos que no sólo la legitiman –en contra de no pocos teólogos de la corriente mariológica eclesiotípica– sino que incluso la postulan como única tabla de salvación en esta hora resolutive de la historia.

El Beato Juan Pablo II, es el heredero de una gran tradición eclesial de consagración mariana. Conocido por su amor filial y profunda devoción a María ha dado un énfasis particular y podríamos decir, nuevo, a la necesidad de la consagración a María, que fue clave en su vida personal. Desde niño, es movido a entregar su vida a la Santísima Virgen. En su juventud asistía con regularidad a la Basílica "kalvaria", donde meditaba en la Pasión de Cristo y en los misterios de la vida de María. Allí, empezó a apropiarse de la invitación de Jesús: "He aquí a tu Madre". En "Jasna Gora", se entrega y confía su vida a la Virgen de Czestochowa, patrona de Polonia. El Santo Padre dijo en una entrevista a André Frossard: "mi relación con la Madre de Dios, tan personal e interior, ha surgido desde mi niñez y juventud gracias a la corriente tan fuerte que existe

---

4. El 8 de Dic 1978, inicia oficialmente su programa de consagración del mundo entero. *Empezando con Roma, y continuando en todos sus viajes apostólicos con esta misión.*

1. El 13 de Mayo de 1982, hace la primera consagración del mundo al Inmaculado Corazón desde Fátima.

2. En 1984: Consagra la Iglesia y el mundo entero al Inmaculado Corazón de María, junto con todos los obispos del mundo católico

3. En 1987: proclama un Año Mariano (dos en la historia de la Iglesia–1954 y 1987) Lo inicia con el rezo mundial del Santo Rosario, que fue televisado. (párrafo de la oración del año mariano). "A ti Madre de la familia humana y de todas las naciones, confiadamente te consagramos toda la humanidad con sus miedos y esperanzas. No permitas que le falte la luz de la verdadera sabiduría. Guía sus pasos por el camino de la paz. Llévanos a encontrar a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida. Sostenenos, Oh Virgen María, en nuestra jornada de fe y obtén para nosotros la gracia de la salvación eterna".

4. En 1987, escribe la encíclica: *Madre del Redentor*. Habla de la Consagración montfortiana 48. JPII nos ha dado una profunda catequesis sobre la Consagración a María en esta encíclica.

5. En 1994, en el libro: "cruzando el umbral de la esperanza", claramente muestra la razón de su esperanza: ha confiado el mundo entero al Corazón Inmaculado de María. La victoria llegará por medio de María. En su último libro *Don y Misterio*, habla claramente de su vocación como fruto de la consagración montfortiana.

en Polonia hacia la Madre de Dios". Chestohowa: "sede del real dominio de la Virgen". En 1939, durante la invasión Nazi, llega a sus manos el libro, "Tratado de la Verdadera devoción a María", de San Luis María Grignon de Montfort. Él trabajaba en una factoría y en todo los momentos de descanso aprovechaba para leerlo. Juan Pablo II confiesa que la lectura de ese libro fue el punto decisivo en su vida. Descubre la profundidad teológica de la consagración que desde niño ya había experimentado, y es entonces, en este profundo camino interior recorrido en el Corazón de María, cuando se desarrolla su vocación sacerdotal, llevando su seminario clandestinamente, e inicia su vida de plena consagración a la Santísima Virgen según lo propone San Luis M. G. de Montfort. "Se inicia", porque para él, nunca será suficiente su entrega a la Madre de Dios. No es un libro que basta decir haberlo leído. Lo tiene en su cabecera. Esta enseñanza perduró como la mayor influencia en toda su vida. Él descubre en la doctrina montfortiana, lo que la consagración puede hacer en el alma, para ir la asemejando a Cristo. Desde su ordenación: consagra su sacerdocio a la Virgen Santísima. Luego consagra igualmente su ordenación episcopal. También encomienda su vida y misión como cardenal. Cada etapa de la vida de Juan Pablo II, está consagrada y confiada a la Santísima Virgen. Ella, quien lo acogió en su entrega, lo va formando y moldeando, llevándolo por. El fruto de su consagración a Ella, lo vemos evidentemente en la vida de quien ha sido Vicario de Cristo y el Papa de María.

Para Juan Pablo II, la consagración Mariana, es un punto central en su programa de vida espiritual y pastoral. El 13-X-1998 decía: "Toda la espiritualidad cristocéntrica y mariana que enseña Montfort deriva de la Trinidad y lleva a ella. A este respecto, impresiona su insistencia en la acción de las tres Personas divinas en relación con María. Dios Padre "dio a su Hijo único al mundo sólo por medio de María" y "quiere tener hijos por medio de María hasta el fin del mundo" (ib., 16 y 29). Dios Hijo "se hizo hombre por nuestra salvación, pero en María y por medio de María" y "quiere formarse y, por decirlo así, encarnarse día a día, por medio de su amada madre, en sus miembros" (ib., 16 y 31). Dios Espíritu Santo "comunicó a María, su Esposa fiel, sus dones inefables" y "quiere formarse, en ella y por medio de ella, a los elegidos"(cf. ibid., nn. 25 y 34).<sup>5</sup>

*¡“Virgen, Madre de mi Dios,  
Haz que yo sea todo tuyo!  
Tuyo en la vida  
Tuyo en la muerte,  
Tuyo en el sufrimiento,  
Tuyo en el miedo  
Y en la miseria,  
Tuyo en la cruz  
Y en el doloroso desaliento,  
Tuyo en el tiempo  
y en la eternidad.*

---

5. Giovanni Paolo II, *Totus tuus. Il Magistero Mariano di Giovanni Paolo II* a cura di Arthur BURTON CALKINS, Siena: Edizioni Cantagalli, 2006. En el anexo I a este libro puede verse un breve recorrido histórico de la consagración a María, uno de cuyos hitos fundamentales es la esclavitud mariana.

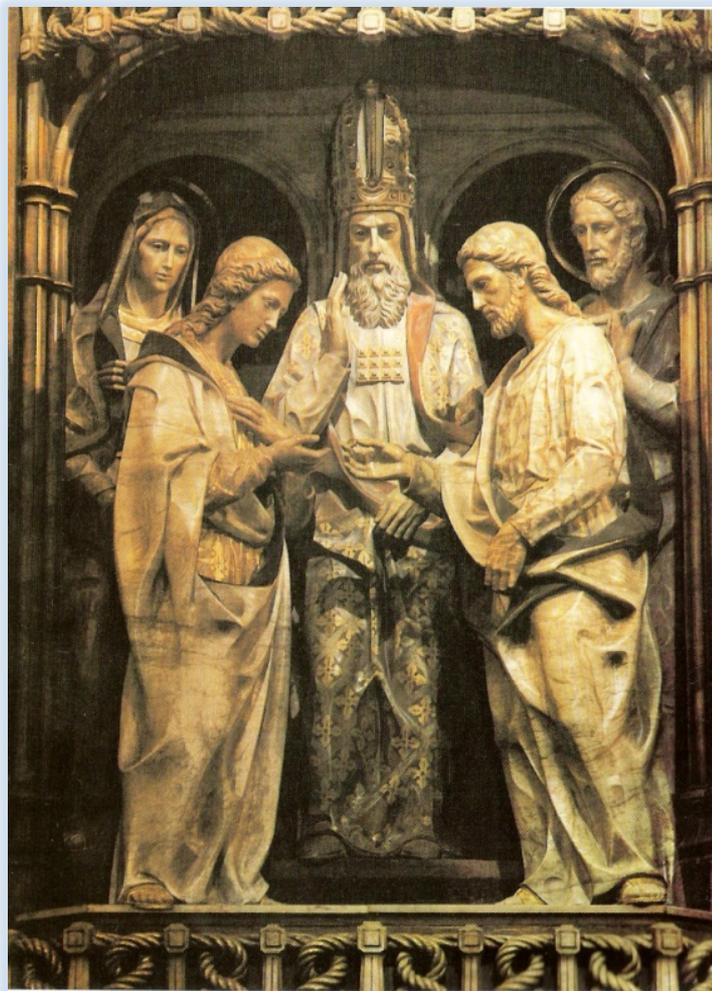
*Virgen, Madre de mi Dios,  
¡haz que sea todo tuyo!”*

*JUAN PABLO II*



PARTE I

LA ENCÍCLICA “REDEMPTORIS MATER, CARTA MAGNA DE LA  
MARIOLOGÍA PARA EL SEGUNDO MILENIO





## INTRODUCCIÓN A LA ENCÍCLICA (NN. 1–6).

En la proximidad del jubileo milenario del nacimiento de Jesucristo “cuya perspectiva orienta nuestra mirada hacia su Madre”, quiso Juan Pablo II hacer preceder aquella conmemoración, como preparación a ella, de un análogo jubileo del nacimiento de María, “que precedió como estrella de la mañana en la noche de la espera de Adviento”. Este es el motivo del año santo mariano promulgado en la Encíclica “Redemptoris Mater” en 1987: “Es comprensible que en la perspectiva del Tercer Milenio nos dirijamos a Ella de modo particular”, con el espíritu que “se refleja cada año en la liturgia de Adviento”. (Cf. RM, 3 y 48).

“Siguiendo la línea del Concilio Vaticano II, deseo poner de relieve la especial presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia. Esta es, en efecto, una dimensión que brota de la Mariología del Concilio, de cuya clausura nos separan más de veinte años. El Sínodo extraordinario de los obispos, que se ha realizado el año 1985, ha exhortado a todos a seguir fielmente el Magisterio y las indicaciones del Concilio. Se puede decir que en ellos –Concilio y Sínodo– está contenido lo que el mismo Espíritu Santo desea decir a la Iglesia en la presente fase de la historia”.

En este contexto, “el año Mariano deberá promover también *una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, a la que se refieren las consideraciones de esta Encíclica. Se trata aquí no sólo de la doctrina de la Fe, sino también de la vida de Fe y, por tanto, de la auténtica “espiritualidad mariana” considerada a la luz de la tradición y, de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio. (LG, 66–67)*”. (RM. 48, donde recomienda en la nota 143 las obras de San Luis María Grignion de Monfort y de San Alfonso. A ellos dedicamos dedicamos particular atención en el VIII capítulo con el que cerramos este comentario).

*Juan Pablo II se propuso en la Encíclica “hacer referencia sobre todo a aquella peregrinación de la fe” (LG, 58,63) en la que “la Santísima Virgen avanzó, manteniendo fielmente su unión con Cristo”. Ella, tipo de la iglesia, precedió a todos los que forman parte del pueblo de Dios, como “Estrella del Mar”, en la misma peregrinación de la fe; y coopera con amor materno a su generación y educación (Cf. RM 5,6).*

*Quiero llamar la atención desde el comienzo de mi comentario a este importante legado doctrinal del Papa de María, sobre dos aspectos clave para su recta hermenéutica.*

### 1. *Historia, exégesis y especulación filosófica*

Los temas clásicos de la Mariología anterior al Concilio, más especulativa, están contemplados aquí en la perspectiva de la historia de la salvación: peregrinos en la fe

hacia la consumación escatológica. El estilo de la Encíclica *es* –con evidente intención ecuménica– *el propio de la teología bíblica*, expuesta con el criterio interpretativo auspiciado por la “Dei Verbum” (12b) de “la unidad de toda la escritura, la Tradición viva de toda la iglesia y la analogía de la Fe”, pero *sin abandonar los logros de la Mariología tradicional más especulativa*.<sup>1</sup> No tiene sentido contraponer el método histórico salvífico –justamente puesto en valor en las últimas décadas– a la perspectiva óptica más metafísica y especulativa de la mariología preconiliar, calificada injustamente de abstracta y apriorística.

En la relectura bíblica, histórico–salvífica, antropológica y eclesial del tema clásico de la Mediación de María –que ha recuperado Juan Pablo II en la encíclica “Redemptoris Mater”, poniéndola como centro de su enseñanza mariológica, en su triple aspecto dogmático, pastoral y ecuménico–, *aparecen ambas dimensiones, ontológica e histórico–salvífica, perfectamente integradas*. Algunos parecen ignorar que son complementarias.

*Juan Pablo II, gran defensor de la razón humana*, y egregio cultivador de la Filosofía, *ofrece en sus enseñanzas una síntesis ejemplar de las dimensiones histórico salvífica y especulativa de la Teología, con un equilibrio que se echa de menos en el discurso teológico de un sector de la actual mariología*, que no parece tener suficientemente en cuenta las directrices del Magisterio sobre la importancia de la filosofía cristiana para el recto trabajo teológico.

*En su luminosa encíclica del 14 de Septiembre de 1998, “Fides et Ratio”, quiso salir al paso del relativismo antimetafísico del actual horizonte del pensamiento débil de la llamada postmodernidad filosófica*. Con diferencia respecto al pasado, el riesgo que existe ahora como consecuencia de la crisis del racionalismo de la modernidad postcartesiana no es un exceso de confianza en la razón que quiere dejar de lado la Revelación, sino una *excesiva desconfianza en sus posibilidades especialmente agudizada en el escepticismo nihilista del “pensiero devole” de la postmodernidad*.

*Una de las consecuencias más graves de la generalizada pérdida contemporánea de la “dimensión sapiencial” de la filosofía, es la tendencia, favorecida por una interpretación simplista y errónea del Concilio Vaticano II, a que la teología prescindiera de su apoyo en la razón metafísica y antropológica*. Y éste constituye un motivo por el que *Juan Pablo II ha considerado urgente reafirmar la necesaria cooperación entre la filosofía y la teología* para encaminar rectamente el anhelo de verdad que habita, no sólo en todo cristiano, sino también en cada hombre.

“Con sorpresa y pena –dice Juan Pablo II– debo constatar que no pocos teólogos comparten éste desinterés por el estudio de la filosofía” (n. 86), desapego cuyos efectos formativos y pastorales son graves y notorios. Por eso el Papa insiste categóricamente: “Deseo reafirmar que el estudio de la filosofía tiene un carácter fundamental e imprescindible en la estructura de los estudios teológicos” (n. 62) “La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal. Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser. No es inoportuna, por tanto, mi llamada fuerte e incisiva para que la fe y la filosofía recuperen la unidad profunda que

---

1. Cfr. Véase sobre este tema, J. FERRER ARELLANO, *La mediación materna de María a la luz de la Filosofía cristiana. Perspectivas ecuménicas*. Ed. Arca de la Alianza. Madrid. 2009.

les hace capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía” (n. 48).<sup>2</sup>

*Urge que la teología retorne a tomar su función sapiencial, contemplativa; hoy en día menos presente en el trabajo teológico –también en el ámbito católico– debido a la presencia de diversos factores que es preciso descubrir y superar. Entre ellos:*

a. El *positivismo exegetico–filosófico utilizado para acercarse a la Biblia*, que –interpretada de modo unilateral y reductivo, sin tener en cuenta las directrices que señala el documento de la PCB de 1993 sobre la interpretación bíblica en la Iglesia– produce, más allá de cualquier buena intención, una rotura en la base de la comprensión del plan de Dios.<sup>3</sup>

“Si hasta el Concilio Vaticano II la Mariología “hacía presa en los corazones, a pesar de que presentaba en ocasiones caracteres de excesiva abstracción teórica, con su nueva orientación postconciliar, *la Mariología ha alejado los corazones de nuestro Señor, llegando a reducirse, por añadidura, por el abuso de la crítica teológica y bíblica, según escribió Laurentin en 1996, “a un esqueleto o un ectoplasma.*”<sup>4</sup>

---

2. Es interesante señalar que, en un panorama teñido de relativismo, la Iglesia católica es hoy la única institución que reivindica la inexcusable función sapiencial de una filosofía del ser con pretensiones de ultimidad y universal validez. “Una filosofía carente de la cuestión sobre el sentido –añade el Pontífice– incurriría en el grave peligro de degradar la razón a funciones meramente instrumentales, sin ninguna auténtica pasión por la búsqueda de la verdad” (n. 81). Cfr. A. LLANO, *Audacia de la razón y obediencia de la fe*, en Simposio sobre la Fides et Ratio, Universidad de Navarra 1999. V. POSENTI, *Pensamiento moderno y nihilismo en la F. R.*, en el mismo Simposio, 181–200. V. Possenti ha descrito acertadamente los caracteres del relativismo nihilista. a) Una profunda fractura existencial entre el hombre y la realidad, cuyo más evidente reflejo teórico es el antirrealismo gnoseológico; b) olvido/ocultamiento del ser, de tal manera que el conocimiento de la analogía del ser ya no constituye el objetivo permanente de la filosofía, precisamente por parecer oculto (eventualmente ese conocimiento que escapa a la filosofía podrá ser reemplazado por la ciencia o por la voluntad de poder); c) victoria del nominalismo que tanto influye sobre el realismo, que pasa de la referencia al ser, a la referencia al texto. De ese modo, el lenguaje fundamental de la filosofía abandonando su dimensión sapiencial ya no es el de la metafísica, sino el de las ciencias o el de la hermeneútica, orientado a la comprensión de textos. La crítica contra la ontoteología y la analogía, convertida casi en lugar común en numerosas escuelas, se desarrolla generalmente –por ejemplo en K. Barth que tan hondo influjo han tenido en no pocos teólogos católicos– inspirándose en Heidegger. Cfr. V. POSENTI, *Filosofía y revelación*. Madrid 2002. (Trad. de Tomás Melendo), 205 ss.

3. Sobre este tema, cfr. mi estudio “Palabra bíblica, Palabra sacramental y Protopalabra eucarística”, en “*Studium Legionense*, 2005.

4. Algunas observaciones en este mismo sentido pueden verse en J. RATZINGER, H. Vrs Von BALTHASAR, *María Iglesia naciente*, trad. esp ed. Encuentro, c. II.

Como hace notar otro mariólogo más joven, Stukas, citado por Manelli, “buena parte de la más reciente producción mariológica postconciliar está inficcionada de “elefantiasis” cerebral e histórico–crítica en el campo bíblico–patrístico, en oposición “subreptica” a la simplicidad y solidez de la fe perenne en el misterio de María cultivado por el pueblo de Dios en estos dos milenios de cristianismo; una fe perenne sostenida también por la intuición y “el olfato” del *sensus fidei*, que es patrimonio de gracia de la vida cristiana”. Este mismo A. hace una lúcida diagnosis de “las falsificaciones de tanta moderna Mariología que ha querido enterrar el método deductivo, haciendo “triumfalismo del método histórico–salvífico”, como si éste pudiese menoscabar a aquél sin humillar y ofender la mente humana. Cit. por S. M. MANELLI, *Una finestra, aperta sull Terzo Milenio: la Mediazione materna*, en AA. VV.; “La Corredentrice in Cristo e nella Chiesa”, Castelpetroso 1998, 18–28. (El Padre Manelli, experto en Mariología

b. *La influencia todavía no pequeña del nominalismo especialmente en la inflexión postmetafísica de Heidegger en la teología católica.* Urge una recuperación del diálogo entre filosofía y Revelación al que nos invita la encíclica “Fides et ratio”, interrumpido en buena parte –se lamenta el Papa– desde la crisis nominalista en el tardo medioevo de la decadencia de la escolástica en el siglo XIV, *que tanto influyó en la teología de Lutero y de los demás reformadores* y condicionó el principio de inmanencia primacía de la conciencia sobre el ser del cogito cartesiano y toda la modernidad postcartesiana. La subjetividad se convierte en el punto de partida para interpretar toda la Revelación cristiana.

b.1 *Subjetivismo.* Por una de estas paradojas frecuentes en el psiquismo humano, *el radical pesimismo que, además, ha llevado a Lutero a encerrar al hombre, tras la caída, en su propia corrupción, da origen al pensamiento de que el hombre se salva sin las obras –ahora imposibles– apoyado en la fe fiducial;* es decir, apoyado en la confianza que tiene de que Dios la otorga una salvación absolutamente pasiva y extrínseca. *Todo se resuelve, pues, por la certeza subjetiva de haber sido justificado gracias a la imputación extrínseca de los méritos de Cristo.*

*El giro hacia la subjetividad, la primacía de la conciencia de la subjetividad respecto al ser negando su trascendencia (principio de inmanencia), característica de pensamiento de estos últimos siglos –de la llamada “modernidad”, cuya agonía ha dado lugar a la superficialidad del “pensiero devole” de la así llamada “postmodernidad” (mejor deberíamos denominarla “tardomodernidad”, porque no supera su subjetivismo relativista que ha conducido, con una lógica inmanente a sus presupuestos iniciales, al actual nihilismo antimetafísico, que margina la cuestión del sentido de la vida humana)– encuentra en Lutero uno de sus más radicales inspiradores. De hecho Kant, Hegel, y el mismo Marx, recibieron de él un hondo influjo sobre todo por su subjetivismo como criterio interpretativo de la verdad.*

b.2 *Rechazo de la analogía.* Es el nominalismo de la filosofía subyacente a la Reforma el que impide el acceso noético a la noción de participación, que funda la analogía del ser. *Sin esta noción de participación el concepto católico de mediación mariana es ininteligible.*

Brunero Gherardini, en su espléndido y profundo volumen “La Corredentice”, observa muy acertadamente que <<el silencio, el ostracismo y el desinterés por la doctrina de la corredención mariana en el ámbito católico son un reflejo condicionado por la tradición teológica protestante, más bien que un obsequio a la prudencia del Vaticano II>>, que resume y sintetiza (sobre todo en LG 61) la Mariología corredencionista de los autores del S. XVII (la edad de oro de la Mariología española), que establece un antes y un después en la tesis fundamental de la colaboración de María (eficiente, próxima y objetiva) en la Redención, asociada y dependiente por entero de la acción del Redentor.<sup>5</sup>

---

bíblica, es el fundador de los Franciscanos de la Inmaculada, que se inspiran en la espiritualidad de S. Maximiliano Kolbe).

5. B. GHERARDINI, *La Corredentice mel misterio de Cristo e della Chiesa*, Roma, Monopoli 1998.

Algunos conocidos teólogos de centro-Europa, al margen de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, y en contra del sentir más común de la tradición teológica, se manifestaron contrarios a la actitud y a la postura de nuestros mariólogos, y no tuvieron reparo en crear una explicación inédita y novedosa de la colaboración salvífica de María: la colaboración meramente pasiva–receptiva.

*El obstáculo principal para admitir la Corredención Mariana, tan atestiguada por las fuentes teológicas –que puede ser considerada, para quien las estudie sin prejuicios “sub lumine fidei sub ductu Ecclesiae, como “próxima a la fe”, y según no pocos estudiosos “proxime definibilis”– creo que está en los hábitos mentales que hacen de presupuestos noéticos de la fe. Efectivamente, para una mente imbuída de noética nominalista (Lutero –discípulo de Gabriel Brel– afirmaba de sí "ego sum factionis occamiana")<sup>6</sup> –ya emprenda la vía empirista, ya la racionalista cartesiana, ya la kantiana (síntesis de ambas), postkantiana (idealista o materialista), según la triple inflexión inmanentista de la llamada modernidad, ya en trance agónico de extinción– el*

---

H. Koster afirmaba en Alemania en 1950, que en su país carecían <<de publicaciones sobre cuestiones mariológicas>>. Hasta entonces no se habían interesado por ellas. Por eso, <<las que nos llegan –escribía– de los países latinos <<España–Italia>>, nos parecen faltas de medida y crítica. Nuestra posición fundamental es la repulsa>>.

En 1954 K. Rahner se manifestaba acorde con este juicio, a propósito de la colaboración salvífica de María con Cristo. Con criterio excesivamente angosto y restringido bajo ese aspecto doctrinal, se manifestaba así: <<Debe descartarse el término de corredentora, porque evoca casi inevitablemente la idea de que María participa de la redención y cooperó a ella aún en un plano y en la función reservada al único Redentor>>. Cfr. H. KOSTER, *Unus Mediator*, Limburg, 1950, 33. K. RAHNER, *Le principe fondamental de la Théologie marial*, en *Rech, Scienc. Rel.*, 42 (1954) 495–96. El valor de estas afirmaciones de K. Rahner ha quedado anulado por la enseñanza y las afirmaciones del Vaticano II.

El sentir de estos autores (H. Koster. O. Semelroth, Lénnerz...) no era dominante en Alemania. Algunos autores se manifestaban contrarios a esos juicios, porque pensaban que ese “minimismo mariológico” era un daño y un perjuicio para el catolicismo alemán, por ser una condescendencia con el protestantismo. En el mismo año 1954 R. GRABNER manifestaba su deseo y llegó a decir, que <<ya es hora de frenar “contener” este proceso de auto–protestantización del catolicismo alemán>>. Ver otros testimonios en D. FERNÁNDEZ, C.M.F., *María y la Iglesia en la moderna bibliografía alemana*, en *Estudios Marianos* 18 (1957) 56 ss.

El Concilio Vaticano II, aunque no utilizó el término <<corredentora>> – Stukas, citado por Manelli, “buena parte de la más reciente producción mariológica postconciliar está inficionada de “elefantiasis” más frecuente en la tradición teológica desde el siglo XVII de lo que comúnmente se dice– afirmó con nitidez la realidad y el contenido teológico esencial de ese término. Cfr. para todo este tema, E. LLAMAS, *Estudios Marianos*, vol. 70 (2004). *La colaboración de María a la Redención. Problema antiguo en proyección moderna*, 24 ss y 235–263.

6. Cfr. K.BARTH, *Kirchliche Dogmatik* I,1, Zürich 1964, 8ª ed. pp.VIII–IX. Cfr. para conocer el estado actual del diálogo ecuménico con la Reforma en Eclesiología, A. GONZÁLEZ MONTES, (ed), *Enchiridion oecumenicum*, Vol.2, Salamanca 1993, Introducción general, XXXIV ss.

El pastor de la iglesia reformada suiza H. CHAVANNES, *La mediation de Marie et la doctrine de la participation*, *Ephemerides Mariologicae* 24 (1974) 29–38, denuncia el nominalismo como culpable de las dificultades para afirmar un papel positivo en la obra de la salvación, en sentido analógico. Una voz no católica a favor del título de Corredentora es la del anglicano John MACQUARRIE, *Mary for all Christians*, Grand Rapids (Michigan) 1991.

La bibliografía sobre el diálogo ecuménico con los evangelicos, anglicanos y ortodoxos, aparece recogida y comentada en A. ESCUDERO, “Aprocci attuali sul tema della cooperazione mariana”, en *Marianum* 61 (1999), 200–211. En el mismo número aparece una amplia bibliografía coemtada –de manera no muy afortunada, a mi parecer– sobre la Mediación de María, de I. M. GALABUIG, “Riflessione sulla richesta della definizione dogmatica de <<Maria Corredentrice, Mediatrice, avvocata””, 133–175.

*ser no es advertido como análogo, porque es imposible acceder –por falta de flexibilidad mental– en esa errada perspectiva, a la noción de participación, que es el verdadero fundamento de la "analogía entis".*<sup>7</sup>

Es muy conocida y citada la afirmación de Karl Barth de que el motivo por excelencia por el que un reformado no puede hacerse católico, es la "analogía entis", todos los demás le parecen secundarios e irrelevantes. El obstáculo primero y fundamental, condicionante del recto acceso al misterio de María y de la Iglesia es, efectivamente, *de orden más filosófico que teológico; pues afecta a los preámbulos de la fe*, que condicionan la misma concepción que de ella se tenga, comenzando por la fe subjetiva ("fides qua"), que nos permite acceder a los misterios revelados –o contenido dogmático– ("fides quae").

Pero, la metafísica bíblica<sup>8</sup>, creacionista, relacional y personalista, coincide con la metafísica precientífica prendida en *el uso espontáneo del entendimiento, abierto al misterio del ser del ente*, cuyo correcto planteamiento impone la noción de participación en el ser. Ella nos abre el camino a una inteligencia analógica del ser trascendental que nos conduce al descubrimiento del Ser Trascendente y Creador, analogado supremo de la analogía del ser. Pero ¿cómo evitar –si negamos ésta– un fideísmo sin contenido dogmático? ¿Cómo hablar de Dios superando un agnosticismo radical, consecuencia de la equivocidad del lenguaje humano para expresar las realidades divinas en una imposible "analogía fidei", postulada por Barth?<sup>9</sup>

---

7. La analogía entis debe ser entendida como la única forma de conciliación, en el sentido de una proximidad por semejanza ("similitudo dissimilis", fundada en la causalidad creadora de Dios, que refleja su perfección en la obra de sus manos) entre finito e infinito, en vez de una insalvable diferencia. Tiene en cuenta la afirmación del Concilio Lateranense IV (1215): "Inter creatorem et creaturam non potest tanta similitudo notari, quin inter eos major sit dissimilitudo notanda" (Denz., n. 432). Esto implica que el conocimiento de Dios desde abajo es indirecto, rodeado de misterio (in aenigmate), definitivamente incompleto e incapaz de captar su esencia. Sobre estos elementos se establece una continuidad desde San Agustín hasta San Anselmo, desde San Buenaventura hasta Santo Tomás, hasta alcanzar el pensamiento moderno del creyente que se salva del olvido del ser, que comenzó en la decadencia de la escolástica con el nominalismo que tanto influyó en Lutero.

8. Cf., por ejemplo, en el ensayo de C. TRESMONTANT, *Essai de Metaphysique Biblique*, París 1974. y J. FERRER, *Metafísica de la relación y de la alteridad*, Pamplona (Eunsa) 1998.

9. A partir del giro metódico de su obra *Fides quaerens intellectum. Anselms Beweis der Existenz Gottes*, Munich 1931. El P. Alessandro María Apolonio observa: "afirmación verdaderamente importante ésta, si se considera que Gherardini es uno de los máximos conocedores actuales de la teología luterana entre los católicos". "De aquí el problema ecuménico, el paso es breve. A la luz del mismo Vaticano II, no es lícito oscurecer una verdad manifestada a través de un análisis atento de los textos bíblicos patrísticos y magisteriales". (En nuestro caso la verdad de la doctrina de la Corredención y Mediación de María). B. GHERARDINI (Ibid.) concluye que "aún en la ausencia de una proclamación "ex cathedra", no sólo forma parte ya del patrimonio doctrinal de la Iglesia, sino que es verdadera y propia doctrina del Magisterio eclesiástico" (p. 304) que se puede definir como "próxima a la fe, capaz de definición dogmática" (ibid, 15). Gherardini ha observado también una posible influencia del jansenismo –que ha sido considerado acertadamente como un semiluteranismo– en las objeciones habituales a la doctrina de la corredención mariana. "De la época patrística a nuestros días se observa un crecimiento de interés por la corredención mariana, en parte frenada en el siglo dieciocho con motivo del influjo jansenista, del cual son en parte deudores, quizá inconscientes también muchos de los teólogos contemporáneos adversarios del título. Son sorprendentes las analogías existentes entre los despropósitos ("riverse") antimarianos del

## 2. *Cristocentrismo y eclesiotipismo*

Se ha señalado a menudo<sup>10</sup>, que *durante la celebración del Concilio Vaticano II, la persona y la obra de María fue objeto de dos enfoques diversos que se habían mostrado ya en el Congreso Mariológico de Lourdes (1958)*, en el que fue prácticamente imposible superar la dualidad, o, más exactamente, el enfrentamiento. El Concilio Vaticano II, en cambio, llegó, seis años después, a una síntesis equilibrada.

El *eclesiotipismo* considera a María primariamente en función de la Iglesia: como su figura, su prototipo, como su Hija más excelsa, su encarnación más sublime. Según este enfoque eclesiotípico, la Virgen es totalmente inmanente a la Iglesia y de ninguna manera, sobresale por encima de esta Iglesia, considerada en cuanto comunidad compuesta de hombres. El eclesiotipismo admite sólo la cooperación de María en la Redención subjetiva –incluida la suya propia, que implica la recepción por María del tesoro redentor para toda la Iglesia (Semelroth)– pero no en la redención adquisitiva, en contra de la tradición más antigua de la Nueva Eva, que es también, como asociada a Cristo, "Causa salutis" (S.Ireneo). La expresión comprendida en este enfoque eclesiotípico de la mariología es el concepto de María como hija de Sión, es decir, miembro de la comunidad de salvación y encarnación eminente de los privilegios otorgados a esta comunidad.

El *cristotipismo*, por el contrario, relaciona a María directamente con Cristo y con su misión; y, ya por principio, tiende a ver en María una participación de los privilegios y misterios de Cristo, en virtud de la cual actúa subordinadamente a Cristo sobre la Iglesia universal y sobre cada uno de los hombres que la componemos, con ejemplaridad e influjo maternal en la donación de la gracias que ha contribuido a adquirir asociada a la obra salvífica de su Hijo.

*El Concilio Vaticano II se sirvió de las aportaciones de ambas tendencias en admirable equilibrio.* El influjo principal del eclesiotipismo se manifiesta en su proclamación de María como "excelsa Hija de Sión" con la clara intención de destacar los vínculos que existen entre María y la comunidad de donde procede, la cual es designada con éste nombre simbólico de Sión.

Sin embargo, la orientación fundamental del Concilio Vaticano II en el tema mariano es netamente cristotípica. Si la Virgen representa a la Iglesia, si es su modelo y su figura puede ser proclamada la Hija de Sión, en virtud de su relación única con Cristo, en su constitución teándrica y en su obra salvífica, por su predestinación a ser la Madre del Redentor.

*En la carta encíclica "Redemptoris Mater" El Beato Juan Pablo II expone su reflexión personal –que continuó en sus catequesis mariológicas posteriores– en plena continuidad con la doctrina del Vaticano II, saliendo al paso de lecturas reductoras del*

---

jansenista Adán Widenfield en sus venenosos Monita salutaria (1573) y las detracciones actuales de la doctrina mariana sobre la corredención”.

10. Cf. p.ej. R. LAURENTIN, *La question mariale*, París 1964. C. POZO, *María en la Escritura y la fe de la Iglesia*, e. I. A. BANDERA, *La Virgen María y los sacramentos*, Madrid 1978.

c. VIII de la constitución “*Lumen Gentium*” en ruptura con la tradición, y explicitando muchas de sus virtualidades.

En este documento magisterial –verdadera “*Carta Magna*” de la Mariología, verdaderamente providencial para el tiempo histórico decisivo que vivimos, de apostasía silenciosa–, el Papa de María recupera el término mediación poniendo plenamente de relieve su doble dimensión ontológica y dinámica–operativa, tan brillantemente por la Mariología clásica en una perspectiva más especulativa, en el contexto bíblico, histórico–salvífico, antropológico y eclesial, y la califica de maternal. Supera así el llamado por Stefano de Fiores complejo verbal de la “*Lumen Gentium*”. (Lo cita “como de pasada” en el n. 62 diluido con otros títulos más o menos afines, incluidos con la intención de difuminar su clásico sentido en la Mariología preconiliar, suelen decir, sin fundamento, como vimos en la autorizada interpretación de Juan Pablo II antes citada, los enemigos del título).

Este tema de la cooperación mariana activa e inmediata a la obra redentora –que vuelve a calificar después, en otros textos magisteriales de Corredención (en seis ocasiones, dos más que Pio XI, como lo ha hecho notar Mons. Buston Calkins), después de decenios en los que no aparecía el término en el Magisterio papal– el Papa Juan Pablo II lo desarrolla en su catequesis posterior sobre la Virgen, en especial en la audiencia del 9 de Abril de 1997, expuesta según Jean Miguel Garrigues, con tal precisión, que “está muy próxima a la que podría ser una formulación dogmática definible”.<sup>11</sup>

Observa acertadamente S. M. Manelli que: “*Ha sido el Papa Juan Pablo el que ha puesto en primer plano la temática de la Mediación materna de María con su encíclica Redemptoris Mater; pero, por desgracia, la recuperación del discurso sobre la Mediación de María Santísima ha venido a encontrarse con un contexto histórico de depresión casi general de la Mariología. La doctrina mariológica del Papa de María está contribuyendo a superar –si bien muy lentamente, por desgracia, al día de hoy– la dura prueba postconciliar, que se ha calificado de “silencio mariológico” postconciliar de los teólogos, cuyas raíces están, sin duda, en el abuso del positivismo exegético, racionalista y reductivo y –sin duda, también– en el abandono de la Filosofía, que tan deletéreo influjo ha tenido en la vida cristiana del pueblo de Dios. Urge esforzarse –no otro es el intento de este libro– en acelerar una adecuada recepción de la enseñanza mariológica del Beato Juan Pablo II –con su inseparable legado doctrinal de la complementaria e indisoluble presencia de San José en el plan salvífico de Dios, que estudiamos en la II parte–, que está llamada a mostrar la hoja de ruta para la urgente renovación de la Iglesia.*

*El gran avance mariológico de esta luminosa encíclica del Beato Juan Pablo II que comentamos a continuación, es –de me modo especial, a mi parecer– la profundización que hace en ella del título de Mediación materna –ascendente y descendente– como fundamento de la maternidad espiritual de María respecto a la Iglesia, sacramento universal de salvación del mundo.*

El horizonte eclesial de la reflexión teológica de Juan Pablo II en la Encíclica RM está presente en toda ella, según anuncia su título; “*María en la vida de la Iglesia peregrina*”: desde su *I parte*, que presenta la ejemplaridad de la peregrinación en la fe de la Madre del Redentor siempre unida a su Hijo en su ser teándrico y en su obrar salvífico, del “*fiat*” de Nazaret a la Cruz, como razón formal de su cooperación

---

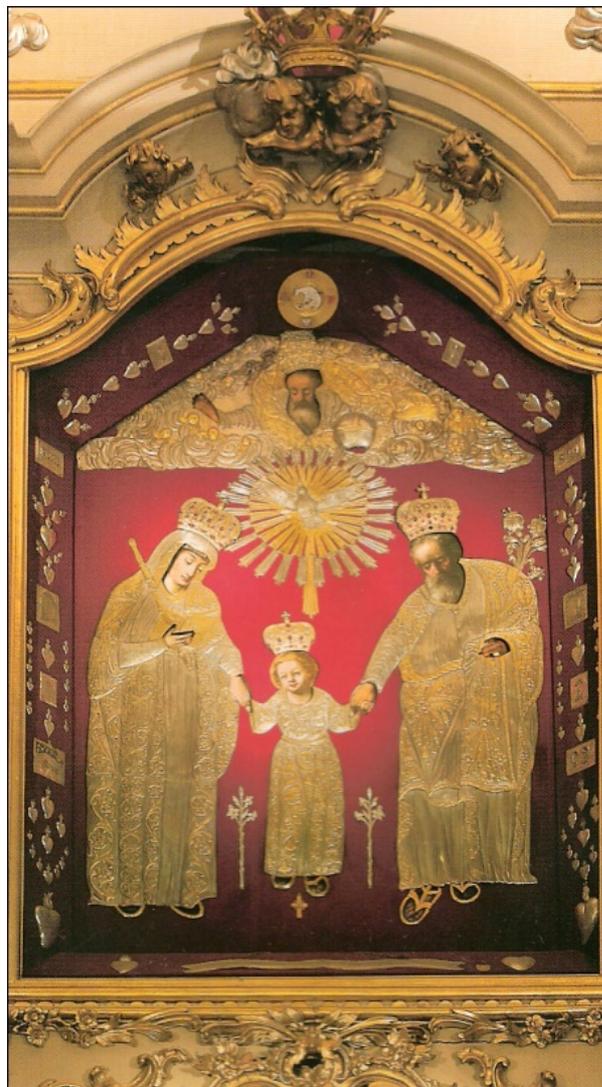
11. J. Miguel GARRIGUES, *María, coopératrice singulière du Redempteur*, cit. por J. L. BASTERO, o. c., 156.

“totalmente singular” (LG 61) a la obra salvífica de su Hijo y de su presencia en el pueblo peregrino, tema de la *II parte* hasta la reflexión final sobre *su influjo maternal, ejemplar y efectivo*, sobre la Iglesia, sacramento universal de salvación, propio del ejercicio de *la mediación materna*, en la *parte III*.



**I PARTE DE LA ENCÍCLICA REDEMPTOR MATER:**

**MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO**





## CAPÍTULO I

### LA PLENITUD CRECIENTE DE LA SANTIDAD INMACULADA, DON DE DIOS A SU MADRE

(nn 6–11)

#### 1. *Fundamento de la plenitud de gracia de María en su predestinación a ser madre de Dios salvador*

La parte primera de la Encíclica, titulada “María en el misterio de Cristo”, se abre con el fundamento del privilegio de plenitud de gracia –de santidad inmaculada– de la Santísima Virgen en su “predestinación a madre excelsa del divino Redentor”. He aquí la autorizada expresión de la doctrina de la Iglesia sobre ese punto que hace el Concilio Vaticano II:

“La Santísima Virgen predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la Encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia fue en la tierra la Madre excelsa del divino redentor, compañera singularmente generosa entre todas la demás criaturas y humilde esclava del Señor” (LG, 61.). Como afirma el Concilio (LG, 53), María es “Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo, con un don de gracia eximia, antecede con mucho todas las criaturas celestiales y terrestres” (Cfr. RM, 9)...”

La Encíclica expone esta misma doctrina en la perspectiva del grandioso cuadro sobre el misterio de Cristo que ofrece Eph,1; es decir, del eterno designio de Dios Padre que, no es otro que el plan de salvación en Cristo que comprende todos los hombres y la creación entera (recapitulación de todas las cosas de en Cristo).

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos en Cristo” (Eph 1,3). Estas palabras de la carta de los Efesios revelan el eterno designio de Dios Padre, su plan de salvación del hombre en Cristo. Es un plan universal, que comprende a todos los hombres creados a imagen y semejanza de Dios (cfr Gen 1,26). Dios que es “Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo”.

Si ese plan salvífico “abarca a todos los hombres, reserva un lugar particular a la “mujer” que es la Madre de Aquel, al cual el Padre ha confiado la obra de salvación” (RM,7).

“En el misterio de Cristo, María está “presente ya antes de la creación del mundo” como aquella que el Padre “ha elegido” como Madre de su Hijo... confiándola

eternamente el Espíritu de Santidad. María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional... es amada en este “Amado” eternamente... en el que se concentra toda “la gloria de la gracia... Como enseña el Concilio, María “sobresale entre los humildes y pobres del Señor que de El esperan con confianza la salvación (LG, 55)” (RM,8).

“Aquella bendición de la que “Dios Padre” nos ha colmado en los cielos en Cristo”, es una bendición espiritual que se refiere a todos los hombres ... Sin embargo, se refiera a María de modo especial y excepcional. La “llena de gracia” según el saludo del Ángel, fue saludada por Isabel como “Bendita entre las mujeres”.

“La razón de este doble saludo es que en el alma de esta “hija de Sión” se ha manifestado, en cierto sentido, toda la “gloria de la gracia” con la que el Padre nos agració en el Amado”. El mensajero la llama “Kejaritoméne”... no con el nombre que le es propio en el registro civil “Miryam”, sino con “ese nombre nuevo”: llena de gracia...(RM,8) “la plenitud de la gracia de la que se beneficia María por haber sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo”... (RM,9).

*Llena de gracia* es el nombre que María tiene a los ojos de Dios. En efecto, el ángel, según la narración del evangelista Lucas, lo usa incluso antes de pronunciar el nombre de María, poniendo así de relieve el aspecto principal que el Señor ve en la personalidad de la Virgen de Nazaret.<sup>1</sup>

En la acepción positiva de la Inmaculada Concepción –su plenitud de gracia– dice del ser de María una tal plenitud de perfección, de inocencia, de santidad “*qua maior sub Deo nullatemus intellegitur et quam praeter Deum nemo cogitando assequi potest*” (Bula dogmática *Ineffabilis*, p. 6). En la escala de las puras criaturas, por consiguiente, dice del ser de María el máximo de perfección creada actuable en pura criatura... La “Inmaculada Concepción” es la definición esencial, el ser de María, como el “*Ipsum esse subsistens*” es la esencia de Dios, la raíz de todas las perfecciones, que de Él se predicán.<sup>2</sup>

Dice Pío IX en su bula “*Ineffabilis Deus*” al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, que por un mismo y eterno decreto, Dios ha predestinado a Jesús a la filiación divina natural, y a María a ser Madre de Dios. Pues la predestinación eterna de Cristo no sólo influye en la Encarnación, sino en las circunstancias en las que debía realizarse, en tal tiempo y en tal lugar: “*et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*”, como dice el símbolo Niceo–Constantinopolitano.

---

1. La expresión <<llena de gozo>> traduce la palabra griega *kexapitwuevn*, la cual es un participio pasivo. Así pues, para expresar con más exactitud el matiz del término griego, no se debería decir simplemente *llena de gracia*, sino <<hecha llena de gracia>> o <<colmada de gracia>>, lo cual indicaría claramente que se trata de un don hecho por Dios a la Virgen. El término, en forma de participio perfecto, expresa la imagen de una gracia perfecta y duradera que implica plenitud. El mismo verbo, en el significado de <<colmar de gracia>>, es usado en la Carta a los Efesios para indicar la abundancia de gracia que nos concede el Padre en su Hijo amado (cfr Ef. 1, 6). María la recibe como primicia de la Redención (cfr. RM, 10) (AG, 8–5–1996).

2. E. PIACENTINI, *L’Immacolata Concezione, primo principio della Mariologia. Una originale conclusione da alcune premesse dottrinali di ser Maximiliano Kolbe*, Roma 1994, p. 95. En este sentido es, para la escuela franciscana, un principio primero de la ciencia mariana inseparable y complementario de la Maternidad divina –como ocurre con el ser infinito y el *Ipsum esse subsistens*–. Cf. P. D. H. FEHLNER, “Io sono l’Immacolata Concezione”, en *Immacolata Mediatrix*, 2 (2002) 30.

Se sigue de aquí que, igual que Jesús fue predestinado a la filiación divina natural antes de serlo al más alto grado de gloria, y después a la plenitud de gracia, germen de la gloria, del mismo modo, la Virgen María ha sido predestinada primero a la maternidad divina y, consecuentemente, a un altísimo grado de gloria celestial, y después a la plenitud de gracia, para que fuese completamente digna de su misión de Madre del Salvador, en tanto que, como Madre, debería estar asociada a la obra redentora de su Hijo, con la identificación absoluta de su voluntad.

## 2. *Su relación con la predestinación de los ángeles y los hombres*

La Encíclica pone en relación la predestinación de María, unida indisolublemente a la de Cristo –en una explicitación del “sensus plenior” mariológico de Eph. 1– con la del resto de los predestinados:

“Por cuanto nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo... para la alabanza de la gloria de su gracia” (Cf. Eph.1,4–6). Pues “a los que de antemano conoció también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo para que fuera él primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó a esos también los justificó; a los que justificó, a esos también los glorificó (Rom. 8,28–30).

La predestinación de María indisolublemente unida a la de Jesús, hace de Ella – en absoluta dependencia de Cristo–Jesús– primogénita de todas las criaturas. Después de Cristo hombre, Primogénito de la creación (Col. 1,14; Rom. 8,21) a nadie ha amado más el Padre que a la que estaba predestinada a ser en el tiempo Madre de su Hijo encarnado. Dios quiere a las criaturas según el grado de su voluntad y la manifestación de su gloria, para lo cual son creadas. Dios, en la efusión de su bondad fuera de sí, tuvo en consideración, después de Jesús a su Madre María y después –a causa de Jesús y María– a todas las demás cosas.

He aquí el orden del plan divino: 1º, Dios ha querido manifestar su bondad; 2º, ha querido a Cristo y su gloria de Redentor, lo que supone la permisión simultánea del pecado original para la obtención de un mayor bien; 3º, ha querido a la Santísima Virgen María como Madre de Dios Redentor; 4º, ha querido, por vía de consecuencia, la gloria de María; 5º, ha querido la gracia y los méritos por los que obtendría esta gloria; 6º, ha querido la gracia y la gloria de los restantes elegidos<sup>3</sup>. (1)

---

3. Cf. R.GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, p.35. Bien entendido que todos estos momentos corresponden a un mismo y simplicísimo acto de predestinación, que es formalmente único en sí mismo, y virtualmente múltiple por la debilidad de nuestra mente. Observa ROSCHINI (*la Madre de Dios según la fe y la teología*, v.I.p, 177) que no hay dos decretos virtualmente diversos referidos a Cristo y a María pues están unidos “ad aeterno” como la flor a su tallo o la perla a su concha. “La multitud de los elegidos brotó junto con Cristo en seno de María” (Ausberto). (2) Cf. L. M. HERRAN, *Mariología y devoción mariana*, Boletín Igl. Sta. Cruz, V–85,p. 22. PEREZ ABAD, *La Inmaculada y España*, Santander, 1954.

La Liturgia es la voz de la tradición en su máxima potencia (Dom Gueranger). De ahí la importancia del testimonio cultural como el del “sensus fidei” del Pueblo de Dios, de tal influencia en la maduración de los dogmas mariológicos. En cuanto a los Padres son clásicos los testimonios de S. Proclo, S. Sofronio, S. Germán, S. Juan Damasceno, S. Andrés de Creta, etc..., citados, algunos en la Encíclica (Cf. Los manuales de Mariología cit. en la bibliografía, por ejemplo, el de Ibáñez Mendoza que tenemos especialmente a la vista en esta exposición).

La predestinación de María aparece, así, en toda su profundidad. Se comprende que la Iglesia le aplique, por extensión, estas palabras del libro de los Proverbios: “El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes de que crease cosa alguna. Desde la eternidad fui ordenada, desde el comienzo, antes de los orígenes del mundo... Cuando creaba los cielos, estaba yo presente”... (8.22–30)

El Cardenal Bea<sup>4</sup> tras aducir este texto del libro de los Proverbios y el libro del Eclesiástico: <<Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita con anterioridad a todas las criaturas>> (Sir 24, 3), hace constar que <<la frecuencia y la persistencia con las que la Iglesia repite estos pasajes en su liturgia, aplicándolos a María, no cabe atribuir tales referencias a una combinación (acomodación) o a una interpretación intencionadamente arbitraria. Por sus plegarias asimismo y, sobre todo, por las de la Liturgia, se encuentra la Iglesia bajo la dirección del Espíritu Santo y así, con razón, un antiguo dicho afirma que la ley que regula la plegaria –lex orandi– es la misma que regula la fe –lex credendi–. Las razones de tal relación deben necesariamente ser bien profundas y ha de buscarse en la situación de reciprocidad existente, por estricta voluntad de Dios, entre María y su Hijo divino. Y, efectivamente, el consejo de Dios que asignó al Hijo, hecho hombre, su puesto en el universo y en la humanidad, lo extendió también igualmente a Aquella que debía de estar a su lado en su misión y en la realización de la misma, que debía darlo como un don al mundo y a colaborar con El, en posición eminente, a nuestra Redención.<sup>5</sup>

---

Baste citar, por el paralelismo con la perspectiva de Eph.1 propia de la Encíclica, el siguiente texto del pseudo-Fulgencio (s.VI): “cuando dijo “llena de gracia”, muestra que está integralmente excluida de la ira de la primera sentencia, y queda restituida la gracia plena de la bendición” (PL, 65,899).

La frase “somos desde el comienzo hijos de la ira” de Eph.2,3, es importante –observa C. POZO (*María en la escritura y en la fe de la Iglesia*, p.132)– porque “establece una relación entre la situación de pecado original, en que somos concebidos y nacemos, y la debilidad, por la que fácilmente incurrimos en pecados personales; de hecho, en ese versículo, San Pablo enumera determinados vicios en los que se incurre por culpa personal, y añade, como explicación del fenómeno la situación de “hijos de ira” que teníamos desde el principio de nuestra existencia. De modo análogo, aunque inverso, el don de la inmunidad del pecado primero se dio a María en orden a una santidad perpetua, es decir, como comienzo de un plan de santidad total en Ella”.

4. VV. AA., *Mariología*, bajo la dirección del P. Straeter S. I., vol. I, 1952, p. 39.

5. Si el Señor le dice al profeta Jeremías: <<Antes de que Yo te formase en el vientre materno, te conocí... y te di como profeta a las gentes>> (Jeremías 1, 5), con mayor razón habría que tener por cierto, en relación con la que es más excelsa que todo los Profetas y toma parte en le Redención mucho más íntimamente, que se fijase, desde la eternidad, sobre su persona, sobre su misión y sobre su posición en el mundo, la mirada –si resulta lícito hablar en términos tan humanos refiriéndose al Señor– del Dios Uno y Trino, como no lo hizo jamás sobre otros, ligándola a la persona, a la misión y al puesto de su Hijo divino... Esta es, en definitiva, la razón por la cual la Iglesia emplea, sin complejo alguno, hasta en lo referente a la <<Sede de la Sabiduría>>, esto es, de María, las palabras de la Escritura que tratan de la eterna Sabiduría... De esta manera, la Iglesia completa y amplía, siempre bajo la dirección del Espíritu Santo, la figura de la Madre de Dios cual nos fue hasta el presente manifestada por el Antiguo Testamento y nos permite dirigir la mirada a su anterior misteriosa existencia en la mente de Dios... El Espíritu Santo, que nos habla por medio de los escritores bíblicos, dispuso que la prehistoria de la Sabiduría de Dios, hecha carne, fuese también al mismo tiempo la de la Madre humana y estrechísima colaboradora de su Hijo divino y, a tal efecto, iluminó a la Iglesia a fin de que esta pudiese entender cada vez más claramente y penetrarse más profundamente esas misteriosas interdependencias.

Esta doctrina de la tradición de Occidente es convergente con la perspectiva de numerosos teólogos ortodoxos, especialmente rusos –como S. Boulgakof–<sup>6</sup> que gustan presentar a la Iglesia bajo el símbolo de la divina Sofía, tema de los libros Sapienciales, contemplada con rasgos femeninos de la Mujer bíblica. Todo el pensamiento del genial pensador V. Solowiew es "sofiánico", que en él equivale a mariano, en referencia a la Mujer de Gen.3,15 y Ap.12.

La “Sofía” divina se nos revela de tres formas: la manifestación central y perfectamente personal es Jesucristo, el Complemento femenino es la Virgen Santísima, y la extensión universal es la Iglesia<sup>7</sup>. Dios dió su aprobación absoluta a la creación entera al proclamarla –tob meod– (valde bona), contemplando en su pensamiento eterno a la Santísima Virgen, a Cristo y a la Iglesia. En esa contemplación estaba el motivo de la gran alegría que embargaba a la Sabiduría divina ante la idea de los hijos del hombre; pues veía en ellos a la única hija de Adán pura e inmaculada. Veía ahí, al Hijo del hombre por excelencia, al único justo; veía en fin ahí la multitud humana unificada bajo la forma de una sociedad única basada sobre el amor y la verdad. La Sabiduría divina contemplaba bajo esta forma su encarnación futura y, en los hijos de Adán, sus propios

---

6. Henri DE LUBAC Ibid. *Catolicismo*, ed. Encuentro 1988, p.52.

7. Cf. en Urs Von BALTHASAR, *La gloria y la cruz*, Estilos II) Vladimir SOLOWIEW. *La Sophia et les autres écrits français*, París, Ed. l'Age de l'Homme, 1978. Mgr. RUPP. *La vie de V. Soloviev, par son neu Serge M. Solowiew*, París 1975. Serge Boulgakov, *L'Orthodoxie*, trad. Ed,1932 p.167.

Vrs Von BALTHASAR, *La gloria y la Cruz*, estilos I, ha señalado la influencia en el oriente cristiano de S. Ireneo. Según su doctrina de la recapitulación en Cristo llegó a su perfección la realidad de Adán; es Maria la de Eva, y en la Iglesia la Sinagoga, y ello tiene lugar por la fuerza activa emanada de Cristo resucitado y del "Espíritu infatigable, que conduce con la cooperación de la nueva Eva –causa salutis– o la cristianización universal y cósmica del milenio. Tal es el sentido de la historia, orientada hacia la plenitud de una victoria profunda e integral del Verbo de Dios sobre su adversario, en una lucha constante entre la descendencia de la mujer y la del espíritu del mal, a través de las generaciones. Se trata de un proceso equivalente –social y personal– de la transustanciación eucarística, cuando la carne y la sangre humanas se convierten –como el pan y el vino en Cristo–, en el Cuerpo místico de Dios.

Según Solowiew la vida cristiana no se desarrollará pujente hasta que la fuerza de la humanidad asistida por las fuerzas de la gracia no deje de lado sus discutibles derechos para aplicarse a cumplir los deberes de modo consciente y voluntario y no por la vía de coacción y violencia del papismo medieval. Tales fuerzas no son otras que las del sacerdocio, realeza y profetismo, libres de todo papocesarismo, cesaropapismo y clericalismo. Solowiew distingue en este sentido el papismo, que es una tendencia impura, del papado en su verdadera significación. Si el autoritarismo romano pudo incurrir en abusos, los resultados de las tres rebeliones contra él fueron más lamentables (las de Bizancio contra el eclesiástico, de los soberanos contra el abuso político de algunos pontífices, y del protestantismo y el el racionalismo contra el absolutismo disciplinario romano). Es preciso que el oriente cristiano con su sentido de Dios, pero a veces proclive –es su tentación– a un dudoso espiritualismo; y el occidente con su sentido del hombre, pero que a veces exalta más de lo debido a un activismo naturalista práctico –es su tentación– encuentren unidos su equilibrio en la religión "encarnada de la teandria" en la Iglesia Universal con cabeza en Roma: (Roma o el Caos!; en un papado purificado de los "vicios" del "papismo").

hijos, se gozaba viendo que justificaban el plan de la creación que ofrecía a Dios: "Et justificata est Sapientia in filiis suis" (Mt.11,19)<sup>8</sup>.

La predestinación de Cristo es causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra, no en cuanto al acto de voluntad divina, sino en cuanto al término y efecto de la predestinación. (S.Th. III, 2, 4, 3)

La razón es que Jesucristo nos mereció, a título de estricta justicia, con su pasión y su muerte, todos los efectos de nuestra predestinación, o sea, la vocación ("elegit nos in ipso") cristiana, la justificación y la glorificación; y nos lo dispensa a través del instrumento universal de salvación que es su Iglesia, a través de la Palabra y los Sacramentos, para alabanza de la gloria de su gracia (Eph 1, 3, 6. cf. Rom.8) como comenta la Encíclica "Redemptoris Mater" (n 8).

Dada la íntima unión entre Cristo y María puede decirse que la predestinación de María es causa "secundaria" ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra.

Lo que Cristo realizó como causa meritoria y eficiente instrumental primaria, lo realizó también María como causa meritoria y eficiente instrumental secundaria en virtud de su unión indisoluble con Cristo en la obra de nuestra salvación.

Si todo fue creado por Dios en atención a la gloria de Cristo y de María, se sigue que también los elegidos, con su gloria, fueron ordenados a la gloria de Cristo y de María, como familia y corte de dos soberanos del universo, el Rey y la Reina.

Se concluye que todos los hombres predestinados a la gloria deberán su salvación eterna a Cristo y a María. No sólo en cuanto que su misma predestinación "dependió de la de Jesús y María sino también porque Cristo les mereció y María les conmereció todas las gracias habituales y actuales que, a través de toda su vida y de sus propios méritos personales, les condujeron de hecho a la perseverancia final y a la consecución efectiva de la gloria eterna". (Tal es la doctrina más común que hace suya la Encíclica).

### ***3. La plenitud inicial de la gracia de María es superior a la de otra criatura celeste y terrestre***

"María es "llena de gracia", porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en ella. Como afirma el Concilio (LG, 53), María es "Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo, con un don de gracia eximia, antecede con mucho todas las criaturas celestiales y terrestres" (RM, 9)...". Esta nueva vida la recibe con una plenitud que corresponde al amor del Hijo a la Madre y por consiguiente, a la dignidad de la maternidad divina" (RM, 10).

Siendo Dios santidad suma, la dignidad de Madre de Dios conlleva la inmunidad de todo pecado (aspecto negativo) y la plenitud de gracia (aspecto positivo). Por lo que se refiere a la inmunidad del pecado en María, se excluye todo pecado personal e incluso el pecado original. En este apartado trataremos del segundo aspecto positivo.

---

8. Cf. *Russie et l'Eglise Universelle*, París 1989, p.260–261. Al triunfo de la Sabiduría le precede una fugaz victoria del Anticristo con la que pone fin la "estirpe de la mujer" (aludiendo a Gn 3,15 y Ap, 12).

La tradición de la Iglesia se hace eco de la santidad de la Virgen en el paralelismo Eva–María, que en su aspecto moral destaca la dimensión de santidad de María, aspecto que en la literatura cristiana preefesiana va también relacionado con la maternidad virginal. Lógicamente la santidad excelsa de María se presenta como una exigencia de su dignidad de Madre de Dios: sin una santidad singular María no estaría a la altura de esta misión trascendente. Ahora bien, el destino de Madre de Dios era para María un destino de Madre universal. Madre de un Dios redentor, se le asigna una específica colaboración en la obra redentora de su Hijo: es Madre espiritual de la humanidad redimida. Y también en función de esta maternidad espiritual le corresponde una santidad sublime, cosa que subraya la literatura cristiana anterior a Efeso. (a. 431).

Santo Tomás, resumiendo la tradición que le precede, declara que, “la Santísima Virgen María estuvo muy cercana a Cristo según la humanidad, ya que de ella tomó la naturaleza humana. Y por eso debió de obtener de Cristo mayor plenitud de gracia que todos los demás seres” (S. Th. III, 27, 10).

Más aún, se llega a afirmar que la gracia inicial de la Virgen María es superior a la gracia final de Santos y Ángeles juntos. La razón de esta superioridad estriba, en que la gracia inicial de María debió ser tal que la dispusiera para ser Madre idónea del Verbo, lo cual pertenece a un orden o categoría distinto y por ello todas las gracias de todas las demás criaturas juntas no pueden constituirse en preparación adecuada, en virtud de la distancia “sine mensura” al orden hipostático, que confiere a la Madre de Dios cierta dignidad infinita (S. Th. I, 25, 6, 4).

Dios realizó la maravilla de que el Verbo se hiciera hombre sin dejar de ser Dios. María, fecundada por la acción del Espíritu Santo, engendró en su seno un cuerpo humano, que en unión sustancial con el alma humana creada en ese mismo instante, forman la naturaleza humana de la Persona del Verbo. Así, María engendró a Alguien que era Dios, en su naturaleza humana asumida. No existió, en el seno de María primero un cuerpo, y después un alma humana unida a ese cuerpo y, más tarde, una Persona divina. Eso significaría tanto como engendrar sólo a un hombre, a una persona humana, a la cual luego se uniría la Persona Divina; y esto sería lisa y llanamente la herejía de Nestorio condenada el a.425 en el Concilio de Éfeso, que definió el dogma de la maternidad divina de María.

María, pues, es preparada por la Santísima Trinidad para ser Madre del Verbo redentor en Ella encarnado. María engendra físicamente al Hijo en su naturaleza humana. María es físicamente Madre del Hijo de Dios, verdadera Madre de Alguien que, sin embargo, no dejaba de ser su Dios. María era ya para siempre la Señora de Quien era, a la vez, su Señor y su Dios. María había sido elevada a realizar físicamente en su cuerpo una acción que comienza con su libre consentimiento a su vocación de Madre del Verbo de la Esposa del Espíritu Santo, a la que estaba predestinada, cuyo término era nada menos que la generación de una Persona divina según la naturaleza humana.

Nos hallamos, ante un hecho que le confiere a María una relación especialísima de orden entitativo con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo. Porque María es verdaderamente Madre del Hijo engendrado eternamente por el Padre -en su divinidad- de Quienes procede eternamente el Espíritu Santo.

Se entiende que la gracia inicial de la Virgen María es no sólo superior a la gracia final de Santos y Ángeles juntos, sino singular –única y trascendente a la nuestra–, justamente llamada gracia maternal, derivada de la plenitud de Cristo y merecida por Él para preservarla del pecado, cuyo débito no contrajo por su

predestinación “ante peccatum paevisum” (Así piensan, con razón, los franciscanos de la escuela escotista, como S. Bernardino y San Maximiliano M.).<sup>9</sup>

No es extraño, que de María se diga que, por su Maternidad divina, tiene una <<cierta dignidad infinita>>.<sup>10</sup> Que <<alcanza los límites de la divinidad>>.<sup>11</sup> Que <<Dios puede hacer un mundo mayor, pero no puede hacer una Madre más perfecta que la Madre de Dios>>.<sup>12</sup> Que <<la dignidad de la Madre de Dios es singularísima, sublime y casi divina>>.<sup>13</sup>

Esta enseñanza parece verse confirmada por el propio Magisterio: “Desde el principio y antes de los tiempos eligió y señaló una Madre a su Unigénito Hijo... Por eso tan maravillosamente la colmo de la abundancia de todos los celestiales carismas sacada del tesoro de la divinidad, y muy por encima de todos los ángeles y los santos, que Ella siempre absolutamente libre de toda mancha de pecado, y toda hermosa y perfecta manifestase tal plenitud de inocencia y santidad que no concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de Dios” (Dz. 2.800).

#### **4. *Plenitud no absoluta –como la de Cristo– de la gracia de María, su crecimiento incesante de su peregrinación en la fe***

La Encíclica alude implícitamente a este tema clásico de mariología en los números 12–19, dedicados a la libre y heroica respuesta de la fe de María al don de la gracia inicial; la perfecta cooperación con “la gracia de Dios que previene y socorre” y disponibilidad plena a la acción del Espíritu Santo que le impulsaba a asociarse como corredentora de la obra salvífica de su Hijo(n.13).

---

9. Me ha parecido muy ilustrativo el estudio del P. L' IAMARRONE sobre *la Corredención en San Maximiliano KOLBE*, en el vol. II de AA. VV., *María Corredentrice. Storia e Teologia*, Frigento 2000 (hasta ahora han aparecido 6 volúmenes). La predestinación por Dios “uno eodemque decreto” de la Encarnación del Verbo en el Seno de la Inmaculada, tiene como fin recapitular todo en Cristo como Rey y Cabeza del Universo creado, como vértice, centro y fin de la creación. Pero tal decreto no puede ser concebido después de la previsión del pecado, sino independientemente de él, porque Dios, que es Amor, ha creado el mundo por amor con vistas a que hubiera seres racionales capaces de devolverle amor libremente perfeccionándose y haciéndose más semejantes a Él, con el amor (“Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei”). Ahora bien, el Espíritu Santo es todo el Amor de la Trinidad, y en María, su Esposa, se compendia todo el amor que la creación puede dar a Dios en retorno. Ella responde con plenitud al amor increado. Así, en esa unión del Amor increado con el amor creado que se da en el corazón de la Inmaculada se alcanza el vértice del amor que intenta Dios como fin supremo –indisociable de la manifestación de su gloria– que no puede estar condicionado por el pecado. Por eso todas las criaturas han sido queridas y amadas por Dios en relación a la Inmaculada, la cual es –subordinadamente a su Hijo– el vértice: el centro y el fin de la creación. Esta intuición atraviesa la teología franciscana, especialmente en S. Maximiliano Kolbe –que la llama “la ley de acción y reacción–, que canta a la Inmaculada: “Por ti Dios ha creado el mundo. Por ti Dios me ha llamado también a mi a la existencia (SK, III, p. 716).

10. Santo TOMÁS, S. Th., I, q. 25, a. 6 ad 4.

11. CAYETANO, In II–II, 103, 4. ad 2.

12. San BUENAVENTURA, *Speculum*, 8.

13. PÍO XII, *Enc. Ad caeli Reginam*, 11–X–1954; MARÍN, *Documentos marianos* (BAC, Madrid 1954)n. 902).

Esta plenitud inicial de gracia no excluye en modo alguno al aumento de la misma gracia en la Santísima Virgen. La plenitud de gracia de María no era absoluta, como la de Cristo. Es decir la suya no era una gracia suma, intensiva y extensivamente, sino que era relativa, de acuerdo con su capacidad, teniendo en cada instante toda la gracia que le correspondía en el momento. Y tampoco era su plenitud de gracia que le correspondía en el momento. Y tampoco era su plenitud de gracia una plenitud de término, como es la de los santos ya en el cielo. Pudo por tanto crecer y aumentar. Y ello porque las gracias y dones sobrenaturales no fijan la capacidad de su recipiente, sino que lo dilatan y lo ensanchan para nuevas comunicaciones, mediante los sacramentos la oración y las buenas obras. Cuanto más se ama a Dios participando de su gracia tanto más se capacita para recoger las efusiones de la bondad divina. Amando se adquieren nuevas fuerzas para amar, y quien más ama, más quiere y más puede amar. Por ello la gracia llama a la gracia y la plenitud de gracia a una plenitud siempre creciente. Además, el contacto maternal, físico y espiritual de María, con la Humanidad Santísima de Jesucristo, constituyó para Ella una fuente continua e inagotable de crecimiento de gracia, que fue aumentando sin cesar con movimiento uniformemente acelerado, hasta alcanzar una plenitud inconcebible en su término.

La eficacia de este trato maternal vendría regulada por aquél principio que expresa así Santo Tomás: “cuando más cerca de la causa fontal (causae influenti) se encuentra el recipiente, tanto más participa de su influjo” (S. Th. III, 7, 1).

##### ***5. Redimida de modo eminente en previsión de los méritos de su Hijo, no contrajo el pecado original (LG. 53a)***

Como fórmula implícitamente este texto de la “Lumen gentium”, este privilegio de María es una manifestación de la plenitud de gracia que le fue concedida desde el primer instante a título de digna Madre del Redentor; es decir, en orden a preparar al Unigénito del Padre una digna morada (cf. Oración de la Misa de la fiesta). La Encíclica comenta ese texto de LG en el mismo contexto anterior del comentario a las bendiciones del plan Salvífico del misterio de Cristo que describe la “gran doxología” con la que comienza la carta de los Efesios en su sentido mariológico. Refiriéndose a la “historia de la gracia” que “Dios Padre nos agració en el Amado”, añade: “en Él tenemos por medio de su sangre la Redención” (Eph. 1, 7). Según la doctrina, formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta “gloria de la gracia se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida “de un modo eminente” (Inefabilis Deus, de Pío IX, cf. LG, 53). En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido preservada de la herencia del pecado original” (RM, 10).

El 8 de diciembre de 1854 Pío IX definía el dogma de la Inmaculada Concepción preparado por intervenciones no definitivas del Magisterio precedente, sobre todo a partir del s. XV a instancias –casi siempre– de obispos, monarcas y teólogos españoles<sup>14</sup> con estas palabras: “Declaramos y definimos que la doctrina que

---

14. “¿Cómo nos habríamos comportado, si hubiéramos podido escoger la madre nuestra? Pienso que hubiéramos elegido a la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Cristo: siendo Omnipotente, Sapientísimo y el mismo Amor, su poder realizó todo su querer... Convenía, Dios podía hacerlo, luego lo hizo. Es la explicación más clara de por qué el

sostiene que la Beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser por tanto firme y constantemente creída por todos los fieles”. (Dz. 1641)

El adjetivo “preservada” especifica que el pecado original hubiera sido contraído por María de no existir una intervención previa de Dios en el instante mismo de la unión del alma con el cuerpo, ya que es entonces cuando empieza la existencia de la persona humana, y la definición hace recaer esta singularidad sobre la persona misma de María, aunque la infusión de la gracia recae directamente en el alma.

La fórmula conjunta “gracia y privilegio” –según consta por los trabajos preparatorios de la redacción de la Bula significa un favor otorgado a María, que se califica de singular, porque sólo a Ella se concedió, o al menos sólo a Ella consta. Esta aparente imprecisión es intencionada para evitar tomar partido en el tema del débito de contraer el pecado original, cuestión debatida por algunos teólogos católicos y de la que quiso prescindir la Bula definitoria.

Ha quedado sin definir el hecho de que María fuese preservada del pecado original en atención a los méritos de Cristo fuera de la redención en el sentido del término. No obstante, por haber sido afirmado en la Bula y contenerse explícitamente en otros documentos magisteriales posteriores (p. ej. LG, 53 cit), es doctrina católica que María Santísima fue redimida, aunque de un modo más sublime.

Pío XII hace cincuenta años, en la encíclica “Fulgens Corona”, sobre la realeza de María, publicada con ocasión del centenario del dogma, puntualiza que en la en la Bula *Ineffabilis Deus*, el Bto Pío IX, <<no hizo sino recoger con diligencia y sancionar con su autoridad la voz de los Santos Padres y de toda la Iglesia, que siempre se había dejado oír desde los tiempos antiguos hasta nuestros días>>. <<La verdad expresada en la definición de la Inmaculada no se ha obtenido como una conclusión deducida a partir de la Revelación, o por su conexión con alguna otra verdad revelada, sino que se trata de una verdad formalmente revelada por Dios. Se encuentra afirmada en la Iglesia desde los primeros siglos. Al través de la historia ha habido progreso en el conocimiento y explicación, pero la verdad era conocida desde los comienzos de la Iglesia como divinamente revelada>>. <sup>15</sup>

En el periodo preniceno no existen testimonios explícitos. Esta doctrina se profesa, sin embargo, implícitamente: el paralelismo Eva y María. Eva fue causa de la ruina, María causa de la salvación. Esta fue la designada por Dios para reparar el pecado de aquélla y por eso no podía incurrir en la misma culpa.

Del siglo V al XI, se comienza a hablar casi explícitamente de este privilegio. En este periodo cuando comienza a celebrarse la fiesta litúrgica. (En Oriente siglos antes que en Occidente, donde se inicia partiendo de Inglaterra el s. XI) <sup>16</sup>.

---

Señor concedió a su Madre, desde el primer instante de su inmaculada concepción, todos los privilegios.” (*Es Cristo que pasa*, n. 71)

15. PÍO XII, *Enc. Fulgens Corona*, 9–XI–1953.

16. La Liturgia es la voz de la tradición en su máxima potencia (Dom Guaranger). De ahí la importancia del testimonio cultural, como el del “sensus fidei” del Pueblo de Dios, de tanta influencia en la maduración de los dogmas mariológicos. En cuanto los Padres, son clásicos los testimonios de S. Proclo, S. Sofronio, S. Germán, S. Juan Damasceno, S. Andrés de Creta, etc..., citados, algunos en la Encíclica (cf. los manuales de Mariología cit. en la bibliografía, por ejemplo, el de Ibáñez–Mendoza que tenemos especialmente a la vista en esta exposición).

En el medioevo, en oriente nadie lo negó o lo puso en duda, pero en occidente tuvo lugar una gran controversia teológica que se prolongó hasta el Concilio de Basilea (a. 1439). Algunos teólogos tropezaron con dos dificultades. Una dogmática: la universalidad de la redención operada por Cristo incluía la del pecado original. Otra, teológica, derivaba de una falsa inteligencia sobre la transmisión del pecado original debida –decían– a la concupiscencia que implica la generación natural, que dejaría una “cualidad mórbida” en el feto que afectaba al alma en el momento de infusión con el cuerpo. Sobre esta base, como María no fue engendrada virginalmente, habría contraído el pecado original.

Obnubilados por estas dificultades se mostraron contrarios al privilegio inmaculista autores tan marianos como san Bernardo, que en el siglo XII se opuso a la celebración de la fiesta, san Alberto Magno, san Buenaventura y santo Tomás ya en el siglo XIII.

De hecho ofrecen una serie de pensamientos y de principios teológicos, en torno a la eximia santidad y singular pureza de María, que dan la impresión de que gozosamente habrían aceptado sin reservas el privilegio inmaculista, sin hubieran percibido el modo de conciliarlo con la universalidad de la Redención. Así cabe entender el empeño de san Alberto Magno, secundado por san Buenaventura y santo Tomás, por fijar el momento de la santificación de María inmediatamente después de la Concepción.

Después de Raimundo Lulio, quien fue el primero que enseñó el privilegio inmaculista, conquistando para él mismo a otros muchos doctores y maestros, será Duns Escoto su gran defensor y propagador. Él armoniza definitivamente la verdad de la redención universal de Cristo, que incluye también a María y la verdad de la Inmaculada Concepción, al establecer que la redención que preserva de culpa en atención a los méritos de Cristo (caso de María) es en sí misma más noble y perfecta que la redención que la libera de la culpa contraída.

Además, siguiendo un planteamiento ya iniciado por Eadmero, secretario de san Anselmo, formuló aquel argumento que se hizo célebre en una famosa controversia de la Sorbona de París: “pudo, convino, luego lo hizo”.<sup>17</sup>

El triunfo de la verdad de la Inmaculada puso de manifiesto el valor de los argumentos de conveniencia en que se funda, que se reducen en último término a la Maternidad divina de María y a la dignidad que a semejante maternidad corresponde. Con precisión y belleza lo dirá Pío IX en la Bula definitiva: “y por cierto era convenientísimo que billase siempre adornada de los resplandores de la perfectísima santidad y que reportase un total triunfo de la antigua serpiente (Gen 3, 15, Apoc. 12) enteramente inmune aun de la misma mancha de la culpa original, tan venerable Madre, a quien Dios Padre dispuso dar a su único Hijo”.

---

Baste citar, por el paralelismo con la perspectiva de Ef 1 propia de la Encíclica, el siguiente texto

17. “Los teólogos han formulado con frecuencia un argumento semejante, destinado a comprender de algún modo el sentido de ese cúmulo de gracias de que se encuentra revestida María, y que culmina con la Asunción a los cielos. Dicen: convenía, Dios podía hacerlo, luego lo hizo. Es la explicación más clara de por qué el Señor concedió a su Madre, desde el primer instante de su inmaculada concepción, todos los privilegios. Estuvo libre del poder de Satanás; es hermosa –tota pulchra–, limpia, pura en alma y cuerpo.” S. JOSEMARÍA E., *Es Cristo que pasa*, n. 71.

La dificultad que aquellos grandes teólogos tuvieron antes de la declaración dogmática para reconocer sin lugar a dudas la Inmaculada Concepción de María, era esencialmente –como decíamos– la universalidad de la Redención operada por Cristo. ¿Cómo explicar la excepción en la herencia del pecado original que todos recibimos y en la necesidad que todos tenemos de ser redimidos?

La respuesta del Magisterio es clara: en este punto no se trata de una excepción. María no es una criatura exenta de redención, por el contrario: es la primera redimida por Cristo y lo ha sido de modo eminente –la más sublime y perfectísima– en atención a los méritos de Jesucristo. De ahí le viene toda esta <<resplandeciente santidad del todo singular>> de la que ella fue enriquecida desde el primer instante de su concepción. (Cf. A.G. 9–IV–1997)

A la dificultad teológica sobre cómo podía una persona ser redimida sin haber contraído al menos un instante el pecado original, se responde con la distinción entre redención liberativa y redención preservativa. La primera es la que se aplica a todos nosotros con <<lavado de la regeneración>> bautismal. La última es la que aconteció en María ya antes de que pudiera incurrir en pecado.

El adjetivo “preservada” especifica que el pecado original hubiera sido contraído por María de no existir una intervención previa de Dios en el instante mismo de la unión del alma con el cuerpo, ya que es entonces cuando empieza la existencia de la persona humana, y la definición hace recaer esta singularidad sobre la persona misma de María, aunque la infusión de la gracia recae directamente en el alma.

Según San Maximiliano María Kolbe si María es inmaculada, no lo es primeramente por la exención del pecado original, sino por la plenitud de gracia que le fue concedida en Cristo su Hijo. La gracia de María Inmaculada es esencialmente elevante, independientemente del pecado. Con sus méritos Cristo obtuvo que la que estaba predestinada con Él a ser su Madre –asociándola con un mismo decreto<sup>18</sup> a la

---

18. María supera en perfección todo el amor que las simples criaturas pueden dar a Dios. La ha creado por amor para que le devuelvan amor. (Es el llamado por S. Maximiliano “principio de acción y reacción”). Ella da a Dios, como respuesta, el vértice supremo e insuperado de ese amor que pedía en reciprocidad, y por consiguiente todas las criaturas, han sido queridas y amadas por Dios en relación a María. He aquí porqué en el plan creativo salvífico no puede ser querida después de la previsión del pecado, sino antes e independientemente del mismo. San Maximiliano, como ya antes S. Bernardino de Siena y San Lorenzo de Brindisi saca todas las consecuencias del primado absoluto de Jesús y María antes de la previsión del pecado, que el beato Juan Duns Scoto no tuvo en cuenta. Según el Doctor sutil, María fue preservada sólo de las consecuencias del débito de contraer el pecado que la afectaba en tanto que descendía de Adán. Pero si la gracia de los ángeles y de la justicia original de nuestros primeros padres –que fueron creados teniendo a María como modelo principio y fin– deriva de la plenitud de gracia que le fue otorgada por los méritos previstos de su Hijo en el Sacrificio de la Cruz, debía preservarla no sólo del pecado, sino de la misma ley del débito de contraerlo que deriva de la privación del estado de justicia original. Adán era cabeza física, pero no espiritual de María, pues la gracia adámica deriva de la “Llena de gracia”..

“Dio stabili che dalla Sua morte di Croce, quale suprema attuazione d’amore, scaturisse l’esistenza di Maria, la Sua destinazione alla divina Maternità, e quindi la Sua santificazione perfetta con l’esclusione dalla legge del peccato originale; l’esistenza degli Angeli e la grazia della perseveranza per molti di loro, nonchè l’esistenza e l’elevazione degli uomini all’ordine soprannaturale e infine l’esistenza stessa dell’universo. Tutto l’universo dipende da Cristo, glorificatore della divinità e salvatore degli uomini e del cosmo, mediante la Sua morte e

salvación del Universo entero— fuese preservada de la ley del débito del pecado original por una divinización anticipada que deriva de sus méritos previstos. Debe tenerse en cuenta que según el pensamiento del P. Kolbe, la Redención y Salvación no dicen exclusiva relación al pecado del cual el hombre debe ser liberado, sino gratuita elevación a la participación de la plenitud de la vida trinitaria en Cristo. El “terminus a quo” de la salvación no es primeramente la persona manchada por el pecado, sino la persona elevada en Cristo. La liberación del pecado, es una consecuencia. El pecado debe ser comprendido a la luz de la salvación.

El fundamento de la gracia de su Concepción inmaculada por la que llega a ser la primogénita y sierva del Padre, la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo es, pues, su redención preventiva en virtud de los méritos de Cristo que la capacita para ser medio de nuestra liberación: Madre del Redentor —en el “fiat” de la Encarnación— y Madre espiritual de los hombres y de los ángeles por su asociación a su Hijo redentor que culmina en la oblación de la Cruz. Nuestra redención “liberativa” en el Calvario ha sido también realizada con la cooperación de Aquella que, en cuanto preservada —por redención preservativa—, ha merecido ser digna Madre del Redentor, y a Él asociada en a oblación del Sacrificio puro y santo.

Según la escuela franciscana el primado absoluto de Cristo y de María es la razón que explica este modo de redención, que sería la opción divina más perfecta, según la cual María, preservada de cualquier vestigio de pecado original, en previsión de los méritos de su Hijo Salvador, es el fruto perfecto de una redención perfecta obrada por un perfecto redentor. María sería corredentora con su Hijo en la redención liberativa de los hombres y corredentora también de los ángeles por una especie de corredención preventiva. El mérito corredentor de María alcanzaría, pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo —como es obvio— su propia plenitud de gracia, que recibió de su más perfecta redención preservativa fundada en su predestinación, previa a la previsión el pecado, a ser asociada con su Hijo en la donación de la gracia salvífica de todo el universo creado.

## 6. *Impecancia e impecabilidad de María*

En el primer período antes de Efeso algunos Padres, como Orígenes, encuentran dificultad en cuanto al aspecto negativo de la santidad de María; es decir, en cuanto a la ausencia de pecado personal, sobre todo a partir de una defectuosa interpretación de la espada de dolor profetizada por Simeón como duda de fe o vacilación de María durante la pasión. Pero esta fluctuación es pasajera y débil frente al testimonio constante y firme a favor de la inocencia excepcional de María. Recogiendo el sentir de la Iglesia precedente san Agustín, impugnando a Pelagio, afirmará: “Es necesario admitir que la Madre del Señor y Salvador nuestro no tuvo ningún pecado”... (Ella) “vence al pecado en toda la línea”. (Pl 44, 267)

Cabría preguntarse si la Santísima Virgen, aunque de hecho nunca perdió esos tesoros de santidad, pudo perderlos. Esto es, si pudo pecar o no; si tuvo sólo impecancia (ausencia de pecado) o también impecabilidad (imposibilidad de pecar).

---

risurrezione”. L. IMMARRONE, *Il mistero di Maria Corredentrice in San Massimiliano Maria Kolbe*, en AA.VV. “Maria Corredentrice, Storia e Teologia”, vol. II, Frigento 1999, pp 235–253).

Para dar una respuesta adecuada hay que empezar distinguiendo diversas clases de impecabilidad. Hay una impecabilidad natural o substancial que compete sólo a Dios, santidad substancial e infinita; una impecabilidad metafísica, que compete sólo a Cristo, cuya Persona es divina y, en virtud de la unión hipostática, es absolutamente impecable, una impecabilidad física, propia de los bienaventurados en el cielo, causada por la visión beatífica que los hace impecables; una impecabilidad moral que es la de los justos aun en esta vida y se debe al don de la gracia.

La impecabilidad de María sería, por tanto, moral, en virtud de su plenitud de gracia, pero no meramente accidental, lo cual sería algo extrínseco y personal, en virtud de su divina Maternidad. A María, por ser Madre de Dios Redentor, le repugna el pecado y esto ya desde el primer instante de su concepción. El modo concreto de esta impecabilidad moral intrínseca de María no fue tanto una especie de anticipo de la visión beatífica, sino la ausencia de toda concupiscencia o inclinación al pecado y la especial atención divina. La Santísima Virgen cumplió siempre libremente la voluntad divina bajo la moción de la gracia eficaz, y libremente evitó todo pecado.

### ***7. La inmaculada santidad eminente de María, signo de segura esperanza de victoria, en la batalla contra el mal, del pueblo de Dios peregrinante en la fe***

Como resulta de las palabras del protoevangelio, la victoria del Hijo de la Mujer no sucederá sin una dura batalla que penetrará toda la historia humana. “La enemistad” anunciada en el comienzo, es confirmada en el Apocalipsis, libro de las realidades últimas de la Iglesia y del mundo, donde vuelve de nuevo la señal de la “Mujer”, esta vez, “vestida de Sol” (Apoc. 12, 1)... “Ella aparece ante el pueblo de Dios peregrino en la fe como signo inmutable e inviolable de la elección... “antes de la fundación del mundo... para ser sus hijos adoptivos” (Eph. 4, 5). Esta elección es más fuerte que toda la experiencia del mal y del pecado, de toda aquella “enemistad” con la que ha sido marcada la historia del hombre”. “En esta historia, María –la Inmaculada– sigue siendo una señal de esperanza segura” (RM, 11) como la Virgen fiel que nos precedió en el camino de la fe y aplasta con su humilde entrega asociándose al plan salvífico de Dios realizado en Jesucristo la cabeza del dragón. Ella es la “estrella de la mañana” que nos guía y fortalece en la batalla contra la fuerza del mal: “ejemplo y camino”. (cf. las interesantes observaciones que hace sobre este tema P. PARENTE, *María con Cristo en el designio de Dios*, 115).

## CAPÍTULO II

### LA FE DE SANTA MARÍA VIRGEN COMO RESPUESTA AL DON DE DIOS DE PLENITUD DE GRACIA (nn. 12–19)

*“La plenitud de gracia anunciada por el Ángel significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don” (RM, 12).*

La fe en cuanto don sobrenatural que se ordena a la Salvación, forma parte de la plenitud de gracia que recibió María para que fuese digna de la misión de Madre del Salvador a la que había sido predestinada. (Cf. I Col). Su plenitud inicial de eminente santidad inmaculada incluía, en efecto, una plenitud correlativa de todo el cortejo de virtudes infusas y dones del Espíritu Santo; y por tanto, del hábito infuso de la fe teologal. Pero la fe es también acto “por el que el hombre se somete a Dios que revela” (DV 5). Es un libre asentimiento intelectual al que disponen los motivos de credibilidad que lo hacen razonable, posibilitando por la gracia de Dios y que, apoyado en su infalible autoridad, e integrado –en la perspectiva personalista propia de la “Dei Verbum”– en la respuesta del “hombre que se le entrega entera y libremente” (DV, 5), fundamenta la comunión salvífica con Dios. Así considerada la fe de María, en cuanto “respuesta libre al don de Dios” vivificada por la caridad, merece un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna”. Examinemos, con este esquema, siguiendo la Encíclica, la fe de María.

#### ***1. María, que no tuvo en la tierra visión beatífica, salvo quizá de modo intermitente, vivió la fe a lo largo de toda su peregrinación terrena.***

Según doctrina común de los teólogos María no tuvo en la tierra la visión inmediata de la divina esencia de la que gozan en el cielo los bienaventurados de manera permanente, en lo que difiere de Nuestro Señor, pues si la hubiese poseído, no hubiese tenido fe.

San Agustín y Santo Tomás enseñaron como probable que San Pablo –como Moisés– tuviese en un momento la visión beatífica, cuando dice (2 Cor. 12, 2): “Fue arrebatado hasta el tercer cielo” que según los hebreos, no es el cielo del aire ni el de los astros, sino el cielo espiritual en donde mora Dios y es contemplado por los ángeles. Y era conveniente que tuviera esa alta experiencia quien estaba llamado a ser el apóstol de

los gentiles y de la gracia, y no se puede conocer plenamente el precio de la gracia, germen de la gloria, sin haber gozado un solo instante de ella.

Son muchos los mariólogos que opinan que si es probable que esos Santos hubiesen recibido por un momento este privilegio, es muy difícil rehusárselo a la Madre de Dios; pues su maternidad divina, la plenitud de gracia y la ausencia de toda falta, la disponían mejor que persona alguna a la beatitud de la eternidad. Si no se puede afirmar con certeza que tuviese aquí en la tierra durante unos instantes la visión beatífica, es, sin embargo, muy probable.

Lo cierto es que según el explícito testimonio del Evangelio y de la constante tradición de la Iglesia, María es “la Virgen fiel” que “pronunció el fiat” por medio de la fe. De ahí “la importancia fundamental” de las palabras de Isabel “Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Luc. 1, 45). “Estas palabras se pueden poner junto al apelativo “llena de gracia” del saludo del Ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído.” (RM, 12).

## ***2. El “fiat” como expresión de la obediencia de la fe. Característica de la fe de María***

El Santo Padre muestra en la Encíclica las características de la fe, a la luz del ejemplo de la Virgen Santísima. “En la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando la “obediencia de la fe” a Aquél que le hablaba a través de su mensajero y prestando “el homenaje del entendimiento y de la voluntad” (DV, 5). Ha respondido, por tanto, con todo su “yo” humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con la “gracia de Dios que previene y socorre” y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que “perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones” (Ibid. LG, 56)” (RM, 13).

María ha pronunciado ese “fiat” por medio de la fe. La respuesta a su vocación singular fue, antes que nada, un acto de fe, con todas las características antes descritas. De un modo gráfico dice San Agustín que María por la fe concibió a Cristo antes en su mente que en su seno. (Sermo 215, 4).

Dios requiere la fe antes de conceder sus otros bienes a los hombres. Lo vemos en la mayor parte de los milagros de Jesucristo, y con claridad diáfana en los eventos más importantes de la historia de la salvación. El Papa compara, en este sentido, la fe de María con la fe de Abraham. “En la economía salvífica de la revelación divina, la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham “esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho Padre de muchas naciones” (cfr. Rom. 4, 18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición de Virgen (“¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?”), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del Ángel: “el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios (Luc. 1, 35)” (RM, 14).

Es el mismo acto de fe y de esperanza que Dios exige de Abraham cuando le pide que deje el suelo de sus padres y marche hacia la tierra prometida. “Vete de tu país, de tu patria, y de la casa de tu padre al país que yo te mostraré”. (Gen. 12, 1).

“Abraham, bajo la orden de Dios, sale de su tierra y de los suyos. No se trata de un simple cambio de lugar lo que me parece significarse en esta expresión, sino que hay que entenderla espiritualmente. Quiere decir que al salir de sí y de su propia tierra, es decir, de su mentalidad baja y terrena, al elevar su espíritu tanto como le era posible, por encima de los límites ordinarios de la naturaleza y dejar el parentesco, la relación del alma con los sentidos, de suerte que ninguna apariencia sensible pudiera turbarla y hacerle menos capaz de percibir las realidades invisibles.” (S. Gregorio Niseno; PG, 15).

También María cuando entregó su virginidad totalmente a Dios, en su cuerpo y alma, debió de salir de todo aquello que le era connatural, “egredere de cognatione tua”; olvidar la casa de su padre, “obliviscere domum patris tuae”, para orientarse hacia una tierra prometida, aún invisible.

Ella es la que recibe la palabra de Dios como la luz, con lo que es fuente y principio de toda luz, de todo conocimiento. Su inteligencia acoge esta luz sin querer disimularla o restringirla en modo alguno. He aquí bien patente la actitud filial del niño que recibe un tesoro.

La pregunta de María al Ángel, observa San Agustín, no es en absoluto un deseo de justificación para estar segura de la palabra de Dios; no es un replegarse sobre ella misma para ganar tiempo; por el contrario, es el quomodo del niño que, al no comprender, demanda qué es lo que hay que hacer para entrar plenamente en los caminos del Señor. Es, pues, el fruto del amor obediente y temeroso inspirado por el don de temor que no quiere arriesgarse a errar y desfigurar la voluntad de Dios:

“El Ángel sabe que es el deseo de instruirse y no la desconfianza lo que le inspira esta pregunta y como conoce las disposiciones de su corazón no rehúsa esclarecerlo: Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (umbraculum) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia. Por que concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”. (Sermo 291, 3).

María bajo la dirección del Espíritu Santo, se adhiere inmediatamente, sin pedir signos, y el Ángel le ofrece uno por superabundancia. El motivo de su adhesión no es este signo, que es sólo un “ejemplo figurativo”, como dice Santo Tomás. El verdadero motivo de su adhesión aparece bien claro en su respuesta al Ángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, “hágase en mi según tu palabra”. María crece en la plenitud y profundidad de esta palabra divina en la comprensión humana que tiene de aquella, por lo que no responde: “Acepto ser la madre de Dios” sino *fiat*: anonadamiento y total disponibilidad.

Pero no debe creerse por ello que haya un desprecio o rechazo del signo: Dios lo ofrece como señal a nuestra razón de su presencia salvífica.

Los motivos de credibilidad, y entre ellos, los signos divinos, los milagros, las profecías, no deben ser rechazados ni menospreciados; pero Dios no quiere que estos signos, se conviertan en el “motivo formal” de nuestra adhesión de fe. Dios no puede desear que nuestra fe se mida por el conocimiento racional y humano que tengamos de estos signos, puesto que entonces nuestra fe, apoyándose directa y esencialmente sobre el conocimiento humano y experimental de tales signos, sería una fe humana y constituiría la prolongación inmediata de nuestro juicio personal y como su conclusión o consecuencia normal. Este es el caso de la fe adquirida de los demonios. Ya no es una fe infusa y divina cuyo motivo propio no puede ser otro que la palabra misma de Dios: la fe divina debe ser medida directa y formalmente por la misma palabra divina en tanto

que nos ha sido revelada. Así, la táctica del demonio respecto al creyente es siempre la de confundir los motivos de credibilidad y el motivo divino, sacando a la luz únicamente los motivos de credibilidad, con vista a degradar progresivamente la cualidad propia de la adhesión a la fe, hasta llegar a destruir su carácter divino y a no tener en cuenta más que el aspecto exterior y psicológico de quien se adhiere a la palabra al juzgar que ellos no puede ser de otra manera.

Nos encontramos así frente a la fe de los “niños”, la fe de aquellos que no razonan; sino que, por el instinto del Espíritu, el instinto del Amor, creen plenamente, integralmente, en el mensaje de Dios, y que se entregan totalmente al servicio de Dios que les habla: “Señor, vuestro servidor escucha, ¿qué queréis de mí?”. Es la fe que hace entrar en el reino de Dios. Así fue el fiat: el primer y purísimo acto de fe explícitamente cristiano.

### ***3. La fe obediente de María, nueva Eva, repara la desobediencia de Eva***

Los Padres de la Iglesia asocian a María como nueva Eva “al sacrificio de Cristo, nuevo Adán, que se convierte en contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad contenidas en el pecado de los primeros padres ... llaman a María “Madre de los vivientes” y afirman a menudo “la muerte vino por Eva, por María la vida” (LG 56)” (RM, 19).

El “fiat”, expresión de la obediencia de la fe, es la antítesis divina del “non serviam” de Lucifer y de la desobediencia de Eva. “Comprendemos, dice San Justino, que El (Cristo) se ha hecho hombre por medio de la Virgen a fin de que la desobediencia provocada por la serpiente encontrase su fin por la misma vía por la que había comenzado. En efecto, Eva, virgen e intacta, al concebir la palabra de la serpiente, engendra la desobediencia y la muerte; la Virgen María al concebir fe y alegría, cuando el Ángel Gabriel le anuncia que el Espíritu del Señor vendrá sobre ella y la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, de modo que el Ser santo nacido de ella será Hijo de Dios, respondió: “Hágase en mí según tu palabra” (PG, 6, 712).

San Ireneo es aún más explícito: “Eva fue desobediente: desobedeció en tanto que todavía era “Virgen”. Si Eva, esposa de Adán desobedeció y se convirtió, para ella y para todo el género humano, en causa de muerte, María, esposa de un hombre predestinado y no obstante virgen, se convierte por su obediencia en causa de salvación para ella y para todo el género humano... Porque no se puede desligar lo que ha estado ligado, sino deshaciendo en sentido inverso los nudos, de suerte que los primeros sean desligados gracias a los segundos o que, en otros términos los segundos liberen a los primeros... El nudo que la desobediencia de Eva había creado ha sido deshecho por la obediencia de María; lo que la virgen Eva había ligado por su incredulidad, lo desata la Virgen María por su fe” (Adv. Haer. III, 224).

Los Padres de la Iglesia reconocen en la fe de María el principio de la divina maternidad, según el axioma “fide concipit, fide peperit”. Es doctrina común que se dispuso convenientemente con su fe a ser digna Madre de Dios hombre. Su “fiat” fue una cooperación positiva e inmediata a la Encarnación redentora, por la que se asociaba como nueva Eva a la obra de la Redención.

Una maternidad verdaderamente humana no se agota con el hecho de engendrar al hijo. En ella quedan unidas indisolublemente dos vidas. Aceptando ser Madre de Jesús, María une su vida indisolublemente a la de su divino Hijo. Ello se hace de modo

tanto más consciente cuanto que el anuncio del Ángel tiene mucho de programa de lo que va a ser la vida y la visión futura de su Hijo. A lo largo de toda su vida, María mantuvo el “sí” dado en el momento de la anunciación.<sup>1</sup> “Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte”; en efecto, María “mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf. Jn 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio”. “Cooperó de modo absolutamente singular, por la obediencia de la fe, la esperanza y la ardiente caridad, en la obra de la Salvación de las almas, por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia” (LG, 61. Cf. RM, 13).

#### ***4. La fe heroica de María en las diversas etapas de su peregrinación terrena***

“La anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida, de donde inicia todo su camino “camino hacia Dios”, todo su camino de fe. Y sobre esta vía de modo eminente y realmente heroico –es más, con un heroísmo de fe cada vez mayor– se efectuará la “obediencia” profesada por ella a la palabra de la divina revelación ...

Como el patriarca del Pueblo de Dios, “esperando contra esperanza creyó”. De modo especial a lo largo de algunas etapas de este camino la bendición concedida a “la que ha creído” se revelará con particular evidencia”. (RM, 14).

El día de la Presentación en el templo su fe se aclara cada vez más cerca del misterio de su función corredentora. “El anuncio de Simeón parece como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incomprensión y en el dolor. Si por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa. Su Hijo será “signo de contradicción”, y “una espada atravesará su alma”.

“Cree cada día en medio de todas las pruebas y contrariedades del período de la infancia de Jesús y luego durante los años de su vida oculta en Nazaret, donde “vivía sujeto a ellos” (Lc. 2, 51). Y así hasta “la hora” suprema del calvario, “cuando María está junto a la cruz” (cfr Ioh 19, 15). El Concilio afirma que esto sucedió “no sin designio divino”: “se condolió vehemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma”; de este modo María “mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG, 58). La unión por medio de la fe, la misma fe con la que había acogido la revelación del Ángel en el momento de la anunciación”. (RM, 17).

Observa Roschini que su fe estuvo sometida a una triple prueba: a la prueba de lo invisible, a la prueba de lo incomprensible y a la prueba de las apariencias contrarias. “Esta triple prueba la superó la Virgen de manera verdaderamente heroica. Vio en efecto, a su Hijo en la cueva de Belén, y lo creyó Creador del mundo. Lo vio huyendo de Herodes, y no dejó de creer que Jesús era el Rey de reyes. Lo vio nacer en el tiempo y lo creyó eterno. Lo vio pequeño, y lo creyó inmenso. Lo vio pobre, necesitado de

---

1. Cf. C. POZO, o. c., p. 80

alimento y de vestido, y lo creyó Señor del universo; lo vio débil y miserable, tendido sobre el heno, y lo creyó omnipotente.

Observó su mudez, y creyó que era el Verbo del Padre, la misma sabiduría increada. Lo sintió llorar, y creyó que era la alegría del paraíso. Lo vio, finalmente, vilipendiado, y creyó siempre que era Dios; y aunque todos los demás vacilaban en la fe, Ella permaneció siempre firme, sin titubeos<sup>2</sup>. En la cruz es testigo, humanamente hablando, de un completo desmentido de estas palabras de la Anunciación: “será grande... y su reino no tendrá fin”. Su Hijo agoniza sobre aquel madero como un condenado. “Despreciable y deshecho de hombre, varón de dolores... despreciable y no le tuvimos en cuenta”: casi anonadado (cfr. Is 53, 55). ¡Cuán grande, cuán heroica en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María entre los “insondables designios de Dios”! (RM, 18).

### 5. *La “luminosa oscuridad” de la fe: “kenosis” de María en el Calvario*

Aquella triple prueba de la fe dice la Encíclica, que en ocasiones le supuso a María una particular fatiga del corazón, unida a una especie de “noche de la fe” –usando una expresión de San Juan de la Cruz–, como un “velo” a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio (RM, 17).

María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puedo decirse, en el centro mismo de “inescrutables caminos” y de los “insondables designios” de Dios (cf. Rom, 11, 33), se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino. (RM, 14).

María vivió en la tierra en un claroscuro perpetuo, distinguiendo las tinieblas de lo bajo, que provienen del error y del mal, y la oscuridad de lo alto, oscuridad que supera la luz divina que nos es accesible en la tierra, y que deja presentir la profanidad de los misterios divinos que contemplan al descubierto los bienaventurados en el cielo<sup>2</sup>.

“Se equivocan lamentablemente los que subrayan tanto la oscuridad de la fe, la inevidencia intrínseca de la verdad revelada y sobrenatural; se equivocan porque la fe es, sobre todo, luz: fuera de la luz de la fe, están las tinieblas, la oscuridad natural que es consecuencia del pecado”. (J. Escrivá de Balaguer, carta 19–III–1967, n. 33). Gracias a la fe, en efecto, “nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansia la luz pero que gime entre las angustias de la oscuridad... esa certeza que nos da la fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del Amor de Dios”. (Es Cristo que pasa, 142, 144).

Durante la pasión, cuando los Apóstoles, excepto San Juan, se alejan, Ella permanece al pie de la Cruz, firme, sin desmallarse; no deja de creer un solo instante que su Hijo es verdaderamente el Hijo de Dios, Dios mismo, que él es, como había dicho el precursor, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, que, aunque aparentemente vencido, es el vencedor del demonio y del pecado y que dentro de tres días, triunfará sobre la muerte por su resurrección tal y como lo ha anunciado. Este acto de fe de María en el calvario, en la hora más oscura, fue el mayor acto de fe que jamás haya existido; el objeto era el más difícil: que Jesús alcanzaría la mayor victoria por medio de la más completa inmolación; por medio de esta fe María está unida

---

2. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, p. 153.

perfectamente a Cristo en su anonadamiento: “Se humilló a sí mismo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (cfr. Phil 2, 5–8). “A los pies de la cruz, María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de anonadamiento. En esta tal vez la más profunda “kenosis” de la fe de la historia de la humanidad. Se han cumplido las palabras de Simeón a María: ¡ y ti misma una espada atravesará el alma!” (RM, 18).

***6. María Santísima mereció un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna” con su heroica “obediencia de la fe”, viva y operativa, a lo largo de su peregrinación terrena.***

¿Qué mérito podemos encontrar en todo ese volcarse de Dios sobre ella en plenitud de gracia, en ese asombro de maravillas que realizó en su alma el Todopoderoso? ¿Qué hizo María para que se fijarán en su humildad los ojos del Altísimo?

Cierto que absolutamente nada. Toda elección de Dios, y las gracias que da para cumplir debidamente esa tarea preceden a todo nuestro merecimiento, pues Dios nos escogió en Cristo y nos llamó por su nombre a cada uno, antes de la organización del mundo: “Ab initio et ante saecula” (Eccli 24, 4)

El mérito de la Virgen –lo que la hace tan imitable– es que desde el primer instante de su ser consciente dio a Dios un amén completo y sin reservas. Si es la Bienaventurada, todavía más por ser la madre de Dios, lo es por haber acogido a su palabra, dándole carne humana libre y conscientemente, y siendo la discípula más parecida al Maestro. San Agustín (entre tantos), habla de esa actitud de María, quien, aun antes de que Jesús expusiera el programa de su nueva vida, ya María lo venía viviendo exactamente, desde que tenía uso de razón.

La santidad consiste en una respuesta humilde y total al designio de Dios, respuesta mantenida en lealtad y fidelidad hasta la muerte. Y María, como nadie, es la Virgen fiel.

Por otra parte María tuvo muy probablemente, según muchos teólogos, al menos de manera transitoria, desde el seno de su Madre, el don de la ciencia infusa; y como consecuencia del uso del libre arbitrio, el mérito que hacía fructificar la plenitud inicial de gracia. Sí, con toda probabilidad, la ciencia infusa, le fue así otorgada, es muy difícil, decir que luego fue privada de ella, pues hubiese resultado menos perfecta en lugar de progresar incesantemente en la vida del mérito. Muchos teólogos como San Francisco de Sales y San Alfonso que María conservan el uso de esta ciencia infusa durante su sueño para continuar mereciendo. Desde la concepción inmaculada a su gloriosa Asunción, no hubo un solo momento en el que no hayan aumentado los méritos de María. Con la mente fija en Dios, conservando el pleno dominio de sus actos, sin distracción alguna, ni siquiera involuntaria, mereció durante todos los instantes de su vida, tanto de día como de noche un progresivo aumento de la plenitud inicial de su fe viva y operativa aneja a la gracia santificante. Santo Tomás observa que este desarrollo progresivo de la gracia y la caridad que la manifiesta de manera indisociable, se hizo a un ritmo más rápido y acelerado. Al contrario de lo que ocurre con el movimiento violento, el movimiento natural se hace más rápido al acercarse al término (In Heb. C. 10, 1. 2). Por eso el progreso de la santidad es mucho más rápido en los últimos años que al empezar a pesar del entorpecimiento de la edad: “Su juventud espiritual se renueva como el águila” (Ps. 102, 5).

Los actos de fe viva no pueden producir el aumento de la vida teologal en sí misma, sino mereciendo nuevas infusiones de las virtudes infusas, y disponiendo las facultades espirituales a recibirlas. Los actos meritorios las ahondan, en cierto modo, dilatándolas para que la vida divina pueda penetrar en ellas y en la actividad por ellas imperadas. De este modo quedan purificadas y elevadas al orden de la santificación, activa y pasiva (conmenció para nosotros los frutos de la redención). Observa Santo Tomás que los actos de caridad imperfectos o remisos, aunque son también meritorios, no obtienen inmediatamente el aumento de vida teologal, porque no disponen todavía a recibirla, hasta que tenga lugar un salto de calidad en la generosidad de un acto de fe viva más intenso. Estos principios aclaran la insondable magnitud del progreso de María en la fe la esperanza y la caridad, con las que cooperó a la restauración de la vida sobrenatural de las almas a lo largo de su peregrinar terreno.

Sus méritos eran cada vez más perfectos. Jamás hubo en ella un acto remiso, por hubiera sido incompatible con su impecabilidad y perfecta correspondencia a las mociones del espíritu Santo. Su corazón se dilataba, por así decirlo, cada vez más, conforme a las palabras del Salmo: “Corrí Señor, en los caminos de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón” (Ps 118, 32). Tenía continuamente la mirada puesta en Dios, sin perder un minuto del tesoro del tiempo que se le había dado, a lo largo de la peregrinación en la fe. (RM, 13).<sup>3</sup>

“El traje de bodas (del cielo) estará tejido con el amor de Dios, que habremos sabido recoger hasta en la más pequeñas tareas. Porque es de enamorados cuidar los detalles incluso en las acciones sin importancia ... todos los días son buenos para servir a Dios; sólo surgen las malas jornadas cuando el hombre las malogra con su ausencia de fe, con su pereza, con su desidia, que la inclina a no trabajar con Dios, por Dios... Nuestro caminar en la tierra... es un tesoro de gloria.”<sup>4</sup>

---

3. Garrigou LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, p. 82 y siguientes.

4. S. Josemaría ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 40, 52, 54.

## CAPÍTULO III

### SANTA MARÍA VIRGEN, MADRE DE DIOS REDENTOR. (nn. 20–24)

“María ha llegado ha estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente por que ha creído (RM, 12). De ahí “la importancia fundamental de las palabras de Isabel al proclamar Bienaventurada a la que “ha creído que se cumplirán las cosas que la fueron dichas de parte del Señor” (Lc. 1–45), tan citadas en la Encíclica. Como ya señalábamos en el capítulo anterior, al comentar la fe de santa Maria virgen como respuesta al don de Dios, los padres de la Iglesia reconocen en esa fe el principio de la divina Maternidad, según el axioma “Fide Concipit, fide peperit”. Ya María acepto ser Madre de un Mesías salvador en el “Sí” de la encarnación. Por eso la maternidad divina no debe entenderse solo en el sentido físico; el dialogo con el ángel demuestra que María asume conscientemente la formidable tarea de Madre de Dios redentor (Cf. LG, 53,56).

Entendida en toda su amplitud, la maternidad divina impone y justifica de raíz el principio de una participación de María en toda la vida del verbo encarnado. Cristo es verdaderamente Hijo de María, le pertenece a Ella, tiene sobre El los derechos de una verdadera Madre. María a lo largo de su vida mantuvo el “sí” de la anunciación, en una cooperación positiva e inmediata en la obra salvífica de su Hijo. Dios pensó desde la eternidad en Cristo y María asociados en una misma suerte para salvar a la humanidad caída. Satanás se sirvió de la mujer para arrastrar a Adán y a sus hijos al abismo del pecado y de la perdición; Dios se servirá de una mujer para realizar las maravillas de la Encarnación y de la Redención del género humano por medio de Cristo, el Verbo encarnado en el seno de María. Así, Dios le da la vuelta a la trama de Satanás con sublime ironía. Esta dimensión “espiritual” de la maternidad de María perfectamente conocida y asumida por Ella desde la Anunciación es el tema de los números 20 a 24, que cierran la primera parte de la Encíclica, que paso a comentar a continuación.

#### ***1. Santa María es verdaderamente Madre de Dios: engendró la persona del Verbo según la naturaleza humana.***

“s de María e ha convertido en la Madre del Hijo que le ha sido dado por el Padre con el poder del Espíritu Santo, conservando íntegra su virginidad, en la misma fe ha descubierto y acogido la otra dimensión de la maternidad, revelada por Jesús durante su misión mesiánica” (RM, 20). La alabanza espontánea de una mujer del pueblo dirigida a Jesús, recogida por San Lucas: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los

pechos que te criaron” (Lc. 11, 27), comenta la Encíclica que constituían una alabanza a María como Madre de Jesús según la carne, como Madre nodriza. Gracias a esta maternidad, comenta San Agustín “Jesús –Hijo del Altísimo (cfr. Lc 1, 32)– es un verdadero hijo del hombre. Es “carne”, como todo hombre; es “el Verbo (que) se hizo carne” (cfr. Ioh 1, 14). Es carne y sangre de María. (Sermo 25).

“Pero a la bendición proclamada por aquella mujer respecto a su madre según la carne, Jesús responde de manera significativa: “Dichosos más bien lo que oyen la Palabra de Dios y la guardan” (cfr. Lc 11, 28). Quiere desviar la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne... a la esfera de los valores espirituales” (RM, 20). En esta misma perspectiva interpreta la Encíclica otras dos respuestas de Jesús recogidas por los sinópticos: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (cf Lc 8, 20–21), dijo extendiendo su mano hacia sus discípulos...; y la que dio la María y José al ser encontrado en el templo a la edad de 12 años, en la que queda claro que ya estaba completa y exclusivamente “ocupado en las cosas de su Padre”, para anunciar el Reino (cf Lc 2, 49). De este modo Jesús va manifestando progresivamente este nuevo sentido de la maternidad en la dimensión del Reino de Dios. (Ibid)

Algunos piensan que estas respuestas de Jesús implican que la plenitud de gracia y caridad, principio de los actos sobrenaturales y meritorios de María (por los que concibió antes en la mente que en el seno, según célebre expresión agustiniana) es superior a la maternidad divina, que por sí sería de orden corporal.

Pero precisamente María llegó a ser Madre del Salvador al escuchar la Palabra de Dios, creyendo en ella y diciendo generosamente con perfecta conformidad a la voluntad de Dios y a todo lo que ésta entrañaba: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. (cf. LG 56, 63)

La maternidad en la criatura racional no es solamente la maternidad según la carne y la sangre como en el animal, sino que requiere, de por sí, el consentimiento libre dado a la luz de la recta razón en un acto cuyo ejercicio entraña por sí mismo la libertad y las leyes morales. Además, para la maternidad divina se le pidió a María un libre consentimiento de fe sobrenatural y meritorio, sin el cual, según el plan de la Providencia, el misterio de la Encarnación redentora no se hubiese realizado; lo dio, dice Santo Tomás, en nombre de la humanidad. (S. Th. III, 30, 2).

No se trata, pues, tan sólo de una maternidad material, según la carne y la sangre, sino de una maternidad que, por su naturaleza misma, requería el consentimiento sobrenatural para la realización del misterio de la Encarnación redentora tal cual debía ser realizado “hic et nunc”, en tal lugar y tiempo y con todos los sufrimientos que entrañaba según las profecías mesiánicas y particularmente las de Isaías, bien conocidas por María.

Por eso afirma la Tradición que concibió plenamente a su Hijo, en cuerpo y alma. En el cuerpo: es decir, la carne de su carne. La antorcha de la vida humana de Cristo se encendió en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo en la más perfecta pureza. En el alma: pues fue necesario el consentimiento expreso de la Virgen para que el Verbo se uniese en Ella con nuestra naturaleza. (cf. LG 53).

He aquí porqué el concepto adecuado de divina maternidad, según el plan de la Providencia implica esa “dimensión espiritual” de perfecta cooperación a la voluntad salvífica divina. Por ello fue constituida en plenitud de gracia; para que fuera digna Madre del Redentor. Por eso el mayor título de gloria de María –y raíz de todos sus privilegios– es el de Maternidad divina proclamada en Efeso. (cf. LG 53).

### a. *El dogma de Efeso*

“Si es verdad que el “misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” –como proclama el mismo Concilio (GS, 22)– es necesario aplicar este principio de modo muy particular a aquella excepcional “hija de las generaciones humanas”, a aquella “mujer” extraordinaria que llegó a ser Madre de Cristo... El misterio de la Encarnación le ha permitido penetrar y esclarecer cada vez mejor el misterio de la Madre del Verbo encarnado. En este profundizar tuvo particular importancia el Concilio de Efeso (a. 431) el cual, con gran gozo de los cristianos, la verdad sobre la maternidad divina de María fue confirmada solemnemente como verdad de fe de la Iglesia. María es la Madre de Dios (Theotókos), ya que por obra del Espíritu Santo concibió en su seno virginal y dio al mundo, el Hijo de Dios consubstancial al Padre: “El Hijo de Dios... nacido de la Virgen María... se hizo verdaderamente uno de los nuestros... D2, 250 ss” (RM, 4).

Ya en el siglo IV no sólo era habitual llamar a María Madre de Dios (Theotokos), sino que el título había pasado a las fórmulas de plegaria. La más antigua oración mariana que se conoce la invoca con estas palabras “Bajo tu misericordia nos refugiamos, ¡oh Madre de Dios!; no desprecies nuestras súplicas. Es la famosa oración “Sub tuum praesidium”, que con algunas modificaciones ha pasado mucho más tarde a la liturgia. Por lo demás la palabra Theotokos (= “Madre de Dios”) no era una invención arbitraria, sino fruto espontáneo y lógico de las más fundamentales afirmaciones de la fe cristiana sobre la encarnación de la segunda persona de la Santísima Trinidad. En todo caso, un siglo más tarde, una grave controversia en torno a este título iba a desencadenarse en la Iglesia, poniendo en juego no sólo un aspecto fundamental de la doctrina mariana sino, más radicalmente, el sentido de la fe en el misterio de la encarnación, y consecuentemente, el modo como, según esa fe, debe concebirse el ser divino–humano de Cristo.

El año 428 era patriarca de Constantinopla, la “nueva Roma”, Nestorio. Cuando predicaba en su presencia, en la catedral, el famoso orador (y posteriormente patriarca) Proclo, después de citar Ez 44, 1s, (“Esta puerta permanecerá cerrada; no se abrirá y nadie ha de penetrar por ella, porque Yahvéh, Dios de Israel, por ella entró, y cerrada ha de permanecer”; v. 2), concluía: “he aquí una presentación elocuente de la Santa Madre de Dios, María”. El patriarca Nestorio consideró intolerable la frase. Por ello, apenas concluyó Proclo su sermón, subió el mismo al púlpito para rechazar enérgicamente el título de Madre de Dios y explicar su propia concepción del misterio de la encarnación. Sus ideas pueden resumirse en estos términos: María sólo ha engendrado el templo, es decir, la naturaleza en que Dios habitó; pero Dios, el Verbo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que habitó en este templo, no ha podido ser engendrada por María. En otras palabras, Dios, que existe desde la eternidad, anteriormente a la acción generativa de María, no puede haber sido engendrado por Ella, deberle la existencia, ser su Hijo. Por eso, se puede llamar a María Madre de Cristo, pero no Madre de Dios.

Las controversias entre San Cirilo de Alejandría –el gran campeón de la maternidad divina de María– y el heresiarca Nestorio ocasionaron la reunión del Concilio de Efeso celebrado el año 431, bajo el pontificado de San Celestino I, en el se condenó en bloque la doctrina de Nestorio y se proclamó la personalidad única y divina de Cristo bajo dos naturalezas, y, por consiguiente, la maternidad divina de María. El pueblo cristiano de Efeso, que aguardaba fuera del templo el resultado de las liberaciones de los obispos reunidos en concilio, al enterarse de la proclamación de la

maternidad divina de María, prorrumpió en grandes vítores y aplausos y acompañó a los obispos por las calles de la ciudad.

He aquí el texto principal de la carta segunda de San Cirilo a Nestorio, que fue leída y aprobada en la sesión primera del concilio de Efeso: “El Verbo, habiendo unido consigo, según hipóstasis o persona la carne animada de alma racional, se hizo hombre de modo inefable e incomprensible y fue llamado Hijo del hombre... Porque no nació primeramente un hombre cualquiera de la Virgen María, sobre el cual descendiera después el Verbo, sino que, unido a la carne en el mismo seno materno, se dice engendrado según la carne, en cuanto que vindicó para sí como propia la generación de su carne... Por eso (los Santos Padres) no dudaron en llamar Madre de Dios a la Santísima Virgen” (D III a).

“Si rechazamos como incomprensible, o inadmisibles la unión hipostática, llegamos a hablar de dos Hijos, porque entonces es totalmente necesario separar y hablar aparte del hombre que ha sido honrado con la apelación de Hijo, y aparte, ulteriormente, del Verbo de Dios, que posee naturalmente el nombre y la realidad de la filiación”.

“Decir que el Verbo se ha hecho carne, no quiere decir más que esto: El ha participado, como nosotros, de la carne y de la sangre; ha hecho suyo nuestro cuerpo y ha sido traído al mundo como un hombre nacido de la mujer; no ha abandonado su ser divino ni su generación de Dios Padre, sino que, tomando carne, ha permanecido lo que era”.

“He aquí lo que enseña en todas partes la fe ortodoxa, he aquí lo que encontramos en la enseñanza de los Santos Padres. Por ello se atrevieron a llamar Madre de Dios (= Theotokos) a la Santa Virgen; no que la naturaleza del Verbo o su divinidad haya tomado de la Santa Virgen el principio de su existencia, sino que porque de Ella ha nacido este santo cuerpo animado de un alma racional a la que el Verbo se ha unido hipostáticamente, se dice que el Verbo ha sido engendrado según la carne” (PG 77, 44 y 49).

La explicación teológica del dogma de Efeso se basa en este sencillo razonamiento. Las madres son madres de la persona de sus Hijos<sup>1</sup>, aunque ellas proporcionen únicamente la materia del cuerpo. El equívoco de la argumentación de Nestorio derivaba de no advertir que la acción generativa de los padres se termina en la persona. Así, por ejemplo, nuestros padres no producen nuestra alma pero son “nuestros” padres. Por persona se entiende el sujeto último de atribución y de responsabilidad de todo cuanto hago y realizo. Si Dios no es la persona de Cristo sino un mero habitante en el templo que sería el hombre de Jesús, podría inspirarle como a cualquier hombre; por ejemplo el sacrificio de la cruz; pero no sería su sujeto responsable; y sólo un Dios hecho hombre puede salvarnos, dando un valor infinito a “su” muerte. La humanidad de Cristo no es sujeto de sí mismo, un individuo humano al que se une accidentalmente el Hijo de Dios; sino que es una naturaleza humana, alma y cuerpo, que participa de la subsistencia del Verbo y sin embargo no tiene una personalidad propia, sino que se personifica en el Verbo mismo: existe en la fuente de ser propia del Verbo que la asume. La célula germinal de María y el alma creada de la nada que componen su humanidad, son asumidas en el mismo instante del “fiat” por el Verbo; la naturaleza humana es creada con vistas a recibir la personalidad del Verbo de

---

1. “Es esencial a la maternidad la referencia a la persona, la maternidad determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas, la de la madre en el hijo y la del hijo con la madre” (RM, 45).

la acción asumente de Dios Trino cuando el Espíritu Santo le comunica la subsistencia – el “acto de ser” incomunicablemente poseído por el Unigénito del Padre, en tanto que engendrado por Él, según la opinión común más segura y difundida– propia del Verbo. Cristo es, pues, inseparablemente Dios y hombre a la vez; una sola persona con dos naturalezas y, como tal, es término de la maternidad de María. Ninguna mujer es tan madre de su hijo como María lo es del Hijo de Dios; porque todo hombre es hijo de su padre y de su madre mientras que Jesús es hijo exclusivamente de su Madre que lo concibió sin concurso de varón.

El Unigénito del Padre preexistía y, como tal, no podía tener su origen en una criatura. Pero engendrar no es crear de la nada, sino la acción vital de comunicar una naturaleza semejante. El Verbo eternamente engendrado por el Padre hace suya “en el tiempo” la generación y las acciones maternales subsiguientes de María, que es verdadera Madre de Dios.

### ***b. El dogma de la maternidad divina, señal y garantía de ortodoxia cristológica y eclesiológica.***

“El dogma de la maternidad divina de María fue para el concilio de Efeso y es para la Iglesia como un sello del dogma de la Encarnación, en la que el Verbo asume realmente en la unidad de su persona la naturaleza humana sin anularla” (RM, 4). “El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave para la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia” (Pablo VI, discurso de 21–XI–1964 cit. En RM 47).

Como hemos visto tanto en la crisis nestoriana como en el concilio de Efeso, que es su conclusión, se entrelaza la afirmación de María “Madre de Dios” con la preocupación de salvaguardar la unidad de Cristo, garantizada por la existencia en Él de la persona del Verbo como su única persona. Se comprende por ello que, aparte de la sensibilidad popular (“el sentido de la fe” del pueblo fiel), que se vio herida por el ataque a un título que vivía incluso en sus fórmulas de oración, los hombres doctos de la Iglesia –San Cirilo en primer lugar–, al ponerse en discusión el título de “Madre de Dios” por parte de Nestorio, vieron en peligro toda la fe cristológica en el único Señor.

En el congreso mariológico de 1971 de Zagreb el anglicano Mascall, muy interesado en la mariología, recordaba que el título Theotokos, aunque se pensó primariamente para proteger la divinidad de Cristo, puede actuar como piedra de toque para doxia y herejía en el siglo XX no menos que en el siglo V; ello es especialmente importante en un momento histórico en que gran parte del pensamiento cristológico contemporáneo, sin que falten representantes de esa tendencia entre algunos teólogos católicos, puede describirse como neodopcionista y neonestoriana. En otras palabras, es dogmáticamente inaceptable cualquier modelo cristológico no–calcedoniano que deje vacío de contenido el dogma de la divina maternidad de María, como ha denunciado la declaración de la Dtna. De la fe de 1972.

A su vez la “dimensión” espiritual de la maternidad de María es la mejor ayuda y garantía para tener un exacto sentido de la Iglesia porque las funciones de María para con ella no son más prolongación de las que ejerce con su cabeza, Jesucristo. Así tendremos ocasión de comprobarlo.

## 2. *María en cuanto Madre del Salvador, participó con Cristo, de modo singular y único, en la obra de la redención.*

Como decíamos antes, entendida en toda su amplitud, la Maternidad divina impone y justifica de raíz el principio de una participación de María en toda la vida del Verbo encarnado. Cualquier fase de la vida de Cristo conecta con Ella, casi se condiciona a Ella, por una razón física y moral al mismo tiempo.

Pero el título de esta sobrehumana maternidad no agota la misión de María. La vida de Cristo Redentor responde a un designio preciso de Dios, como se deduce de la Revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento.

El mismo día de la caída de nuestros progenitores, Dios esbozó el plan de la futura restauración, con palabras solemnes que se anticipan en muchos siglos al Evangelio: “Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, que te aplastará la cabeza”. En estos tonos proféticos, junto al futuro misterioso Vencedor de Satanás, esta Mujer y esa Mujer es María. Por consiguiente, Dios pensó desde la eternidad en Cristo y en María asociados en una misma suerte para salvar a la humanidad caída. (cf. Gen. 3, 15. LG, 55).

Los exégetas y teólogos consideran que la luz de la nueva Eva, María, desde las páginas del Génesis se proyecta sobre toda la economía de la salvación, y ven ya en ese texto el vínculo que existe entre María y la Iglesia.<sup>2</sup>

La lucha dramática provocada por la enemistad de la serpiente con el "resto de la descendencia" de la Mujer (Ap.12,17), evoca los sufrimientos corredentores del Pueblo de Dios peregrinante.<sup>3</sup> Es el don de la Esposa que aporta lo que falta a la Pasión de su Cabeza (cf. Col 1,14) y le hace partícipe de la maternidad de la Mujer –la Inmaculada–, mediante el misterio eucarístico, centro y raíz de la vida del Pueblo de Dios, hasta que se complete el número de elegidos de su estirpe espiritual. Muy bien lo supo expresar M. J. Scheeben, escribiendo sobre el carácter fundamental de la maternidad de María respecto a la de la Iglesia y la unión orgánica de ambas: "La maternidad de la Iglesia obra sobre la base, y por la virtud de María, y la de María continúa obrando en y por la de la Iglesia."<sup>4</sup> (Mientras Cristo dormía en el Sepulcro, toda la vida del Cuerpo místico estaba concentrada y refugiada en Ella como en su corazón, cuando la fe de todos los demás estaba por lo menos oscurecida). Ella es Madre, Esposa

---

2. “Los exégetas concuerdan en reconocer que el texto del génesis, según el original hebreo, no atribuye directamente a la mujer la acción contra la serpiente, sino a su linaje. De todos modos, el texto da gran relieve al papel que ella desempeñará en la lucha contra el tentador: su linaje será el vencedor de la serpiente.

¿Quién es esta mujer? El texto bíblico no refiere su nombre personal, pero deja vislumbrar una mujer nueva, querida por Dios para reparar la caída de Eva: ella está llamada a restaurar el papel y la dignidad de la mujer, y a contribuir al cambio del destino de la humanidad, colaborando mediante su misión materna a la victoria divina sobre Satanás. Cfr. S. M. MANELLI, *Mariología Bíblica*, 2ª ed., Casa Mariana Editrice, Frigento, expone convincentemente las razones de la atribución tradicional a María, como nueva Eva, de *Ipsa conteret*.

3. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología latente en el “Protoevangelio”*, Actas XV Simp. Teol. Univ. De Navarra, 539–564. Sitio Web: [www.joaquinferrer.es](http://www.joaquinferrer.es)

4. *Dogmatik*, I,1,v,n.1819. San Bernardo la muestra coronada de sol y teniendo la luna bajo sus pies, como un lazo viviente entre los dos astros, entre la Iglesia y Jesucristo (PL,183,431)

y Virgen, antes que la Iglesia y para la iglesia. Si la Iglesia es Madre, Esposa y Virgen lo es principalmente en ella y por ella... María es en torno a Cristo como la primera onda de la Iglesia, que va engendrando a las demás hasta el fin de los tiempos<sup>5</sup>, por la mediación del ministerio de la palabra y de los sacramentos, cuya raíz salvífica es el misterio eucarístico: "cuantas veces se celebra este sacramento, se realiza la obra de la Redención" (Misa votiva de la Eucaristía).

El plan de la sabiduría divina previó a María no es sólo Madre de Jesús, sino también su compañera y colaboradora en la completa victoria sobre Satanás y su reino de muerte "para restaurar la vida... en las almas" (LG, 61). Para realizar ese plan, Dios quiso eficazmente y previó infaliblemente el misterio de la Encarnación. Desde toda la eternidad Dios, que todo lo obra con fortaleza y suavidad, decidió otorgar a María una gracia eficaz que le posibilitaría este libre consentimiento, saludable y meritorio dado en nombre de la humanidad. (cf. S.Th. III, 30, 2).

María, por su "fiat" dado el día de la Anunciación, aceptó voluntariamente ser la Madre del Redentor "como tal" y en todos los sufrimientos que entrañaba, y está asociada con Él en la obra redentora como causa secundaria y subordinada, del mismo modo que Eva estuvo asociada con Adán en la obra de la perdición. (cf. LG, 56).

La Encíclica RM dice que la maternidad espiritual de María deriva de haber aceptado ser la Madre del divino Redentor porque "se ha convertido de "forma singular" en la generosa colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor" y que "cooperó... por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas" (LG, 61)". (RM, 22).

Lutero y sus seguidores relegaron a la sombra a la Virgen Madre de Dios. En cambio, la Iglesia, fiel a la Revelación, ha llagado a la tesis dogmática de María, Madre espiritual de los hombres, Corredentora y Mediadora. (Definible como Dogma).

Si la participación de María en la obra de Cristo Redentor estuvo siempre presente en la tradición patristica y teológica, pero sólo en los últimos tiempos preconciarios, justamente calificados de primavera mariana, esa participación ha sido investigada y llevada hasta sus últimas consecuencias, redescubriendo la brillante reflexión teológica de la edad de oro de la Mariología española del S. XVII. María participó en la Redención no sólo en sentido remoto, como Madre de Jesús, sino también por una contribución inmediata.

En la obra de Cristo Redentor, hay algo de María, hay una contribución personal suya.

La unicidad del Redentor y el Mediador excluye la idea de un dualismo es decir, de una acción de María adjunta a la acción del Redentor, como si una fuese paralela a la otra y se integrasen mutuamente. No es ese el sentido de la expresión "María causa salutis" de San Ireneo, sino el de una subordinación perfecta de la acción de María a la acción de Jesús. En la obra redentora debe reconocerse como elemento esencial la acción de Cristo, y como elemento secundario subordinado y de aquélla participado, "ad melius esse", la de María.<sup>6</sup>

---

5. Ch. JOURNET, *Teología de la Iglesia*, Bilbao P.120; Cf. H.de LUBAC. *Meditación sobre la Iglesia*, 126 ss., *Catolicismo, los aspectos sociales del dogma*, ed. Encuentro,1988, 52. "El don de la Esposa" es un tema recuente en el magisterio de Juan Pablo II: Cf. MD, VII; "Carta a las familias", 19; Ct.772,773,792.

6. Cf. P. PARENTE, o.c., p. 134. Cfr. LG, 60 y 62.

Todos están de acuerdo en admitir la acción propia de María en la aplicación a nuestras almas de los frutos de la Redención realizada por Cristo (participación subjetiva en la Redención). Pero son muchas las divergencias sobre la contribución de María a la producción de la gracia redentora (participación objetiva). La Encíclica RM no toma partido sobre ello, pero sugiere la doctrina más común, que es la que aquí se expone. En ella se denomina a esta dimensión corredentora de la maternidad de María “nueva maternidad según el espíritu, no según la carne” que fue progresivamente “revelada por Jesús durante su misión mesiánica”. María, como “primera discípula de su Hijo”, “se abría cada vez más a aquella novedad de la maternidad que debía constituir su “papel” junto al Hijo”... Por medio de la fe seguía oyendo y meditando aquella palabra” de modo tal que, si había sido ya “descubierta y escogida por la fe en el “fiat” al “convertirse en Madre del Hijo que le había sido dado por el Padre con el Poder del Espíritu Santo conservando íntegra su virginidad” – “se esclarece progresivamente a sus ojos y a su espíritu” (RM 20). “Bajo este punto de vista es particularmente significativo” –además de las tres respuestas de Jesús ya vistas (nl)– el pasaje de Caná de Galilea (RM. 21–22). En él aparece su papel de Madre, entre su Hijo y los hombres. Hace presente con solicitud maternal las necesidades de los hombres (“no tienen vino”, indigencia de poca importancia, pero tiene valor simbólico) para que se manifieste el poder mesiánico (salvífico) de su Hijo.

A esa mediación “ascendente” de intercesión de María, se añade otro claro aspecto de la misma –esta vez en el orden “descendente” de su maternal mediación–: la necesidad de cumplir unas exigencias –obediencia a la voluntad divina– para que se otorgue el don salvífico: “haced lo que Él os diga”. Así “se presenta como portavoz de la voluntad del Hijo” –de sus exigencias– para que pueda manifestarse ese poder salvífico: “Merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a su “hora”; la hora del triunfo de la Cruz, cuando queda consumada la redención; pues contribuye a suscitar la fe de los discípulos al comienzo de los años finales de actividad mesiánica –vida pública– que culmina en la “hora” de su glorificación por el triunfo en la Cruz.

“Es Juan quien cuenta la escena de Caná: es el único evangelista que ha recogido este rasgo de solicitud materna. San Juan nos quiere recordar que María ha estado presente en el comienzo de la vida pública del Señor. Esto nos demuestra que ha sabido profundizar en la importancia de esa presencia de la Señora. Jesús sabía a quien confiaba su Madre: a un discípulo que la había amado, que había aprendido a quererla como a su propia madre y era capaz de entenderla”. (Es Cristo que pasa nº 141).

En el momento culminante es el mismo Apóstol San Juan el que confirma esta dimensión espiritual de la maternidad corredentora de María. Cuando “emerge de la definitiva maduración del misterio Pascual del Redentor en el testamento de la Cruz” “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Una maternidad “que había sido delineada precedentemente, y ahora es precisada y establecida claramente” “por hacer cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles” (LG, 53); un amor nuevo que maduró definitivamente junto a la cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo” (RM, 23).

Esa maduración es descrita en la “Mystici Corporis” de Pío XII como “un nuevo título de dolor y de gloria, de su maternidad espiritual corredentora (cf. Doc. Marianos n. 575). En el calvario, Jesús proclama –revela (: “he ahí”)– los lazos que ya preexistían entre María y los discípulos de Jesús. Una vez revelados tendrán que ser vividos conscientemente. Pero cuando María aceptó ser Madre del Salvador, el “sí” de la Encarnación implicaba aceptar que se formara en su seno Jesús en tanto que cabeza del

gran organismo de salvación que es el cuerpo místico de Cristo. Por eso el sí de María al ángel es el fundamento último de su maternidad espiritual respecto a nosotros.

“Así avanzó también en la peregrinación en la fe y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino se mantuvo erguida” (cf. 20.19, 25) sufriendo profundamente con su Unigénito, y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que Ella misma había engendrado, y finalmente fue dada por el mismo Cristo Jesús al discípulo con estas palabras: “Mujer, he ahí a tu Hijo” (Jo. 19, 26) (LG,58). Cf. RM, 23).

### ***3. Valor corredentor de toda la vida de María. Su culminación en el Calvario.***

La Virgen María se hace presente de alguna forma en toda la obra de la redención, por ser Madre de Dios redentor. Jesús es redentor y salvador de los hombres no por una sola parte de su ser o de su vida, sino por la totalidad de Sí mismo y por todos los misterios y actos de su vida: “No se puede separar su ser de Dios–hombre de su función de redentor”.<sup>7</sup> Toda la vida de Cristo es “causa salutis” (Heb. 5, 9).

Su entrada en el mundo y todos los pasos que dio mientras vivió entre los hombres tienen una eficacia salvífica propia, de la que no pueden ser despojados por nadie, que culmina en la inmolación de la cruz.

En los Concilios de Efeso (431) y Calcedonia (451) quedó esclarecida definitivamente la relación existente entre la persona de Cristo, con la dualidad de sus naturalezas, y el misterio de la redención de los hombres.

La Redención era contemplada por la Teología clásica como el despliegue operativo del ser humano–divino de Cristo. El *Dios–con–nosotros* “Enmanuel”; y sus acciones teándricas –acciones y padecimientos de la persona del Verbo a través de la naturaleza humana asumida– son las que redimen al hombre. Detrás de cada gesto de Jesús, de cada acción de su vida, hay una realidad salvadora y un mensaje que no pueden pasar inadvertidas. Sus palabras ayudan a entender que no pueden pasar inadvertidas. Sus palabras ayudan a entender el sentido de sus acciones; y ambas revelan el misterio escondido de Dios de su obrar salvífico. De ahí que –en palabras de San Josemaría Escrivá–<sup>8</sup>, aquellos “seis lustros de aparente oscuridad” sean “claros como la luz del sol”. La vida de familia y de trabajo en Nazaret es revelación luminosa del camino de la Redención; acciones estrictamente humanas de un infinito valor salvífico porque un sujeto es el Verbo de Dios.

Algunos AA. actuales identifican la redención con el misterio pascual. Han conseguido algo tan importante como revalorizar este misterio que ocupa el centro de la obra de Cristo y que, sin embargo, en tiempos pasados estaba notoriamente preterido con gran daño para la ciencia teológica y, sobre todo, para la vida Cristiana. Pero la revalorización del misterio pascual se ha hecho con criterio unilateral, a costa de infravalorar y, prácticamente, olvidar todo lo demás; en ciertos casos hasta se evita intencionadamente la palabra redención por considerarla jurídica y para expresar la obra de Jesucristo algunos parecen no querer admitir otra fórmula que la del misterio

---

7. S. Josemaría ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 105.

8. *Ibid.*

pascual.<sup>9</sup> Pero el misterio pascual no contiene la totalidad de la obra redentora sino que es solamente su punto culminante.

Cuando la teología de la redención queda reducida al misterio pascual la obra de Cristo es mutilada, la fe en su persona se empobrece y se oscurece. “Los textos de las Sagradas Escrituras que nos hablan de Nuestra Señora, hacen ver precisamente cómo la Madre de Jesús acompaña a su Hijo paso a paso, asociándose a su misión redentora, alegrándose y sufriendo con Él, amando a los que Jesús ama, ocupándose con solicitud maternal de todos aquellos que están a su lado”. (Es Cristo que pasa n. 141).<sup>10</sup>

“Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte (LG, 47)3. “Vivió totalmente consagrada a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo bajo Él y con Él a la obra de la redención de los hombres (LG, 56).

“Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando María en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza, y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es Nuestra Madre en el orden de la gracia” (n. 61).

Esta participación de la Virgen en la obra de la redención no era, ciertamente, necesaria para salvar a los hombres. Procede del puro beneplácito divino y se funda totalmente en la gracia de Jesucristo. Pero las cosas debemos aceptarlas tal como Dios las quiso. Quien obrase de otro modo no sólo cometería una desatención para con la Virgen, sino que, además ofendería a Dios.

El Papa Juan XXIII, meditando sobre la función de la Virgen en la obra de la redención, decía que “quien rehusa acogerse a Ella pone en peligro su propia salvación”.

María interviene y está presente en la redención por razón de su maternidad que no puede ser separada de sus otros privilegios y funciones, sino que los informa todos, les da unidad y los conduce a plenitud. Quién no toma la maternidad de María con absoluta seriedad, respetando todo su contenido y aceptando todas sus consecuencias, no puede entender bien el misterio de Cristo. “La verdadera doctrina católica sobre la bienaventurada Virgen –dijo Pablo VI– será siempre la clave para la inteligencia del misterio de Cristo y de la Iglesia”.

Es un hecho conocido que, pese al gran progreso mariológico del C. Vaticano, gran parte de la teología actual descuida el estudio del misterio de María. Dice con razón A. Bandera, que este desinterés conduce a igual falta de interés en relación con el valor salvífico de la vida de Jesús durante los años en que vivió “sujeto a ellos” (Lc 2, 21), es decir, a la Virgen y a San José. Los misterios de la infancia y la vida de trabajo de Jesús de Nazaret quedan así fuera de la obra salvífica.

Se olvida que Jesús no trabajó para después redimirnos, sino que nos redimió también trabajando. Sobre este tema capital trato ampliamente en la II parte de este libro dedicado a San José. El “fiat” de la Encarnación es el comienzo de un proceso de

---

9. Cf. A. BANDERA, o. c. p. 43.

10. El valor meritorio y satisfactorio de la vida redentora de Cristo a la que asocia la de María, que conmerece y consatisface con Él, no es propiamente “redentivo” sino en cuanto se ordenan al sacrificio del calvario. Solamente en él llega a su consumación la medida señalada por Dios como precio de nuestro rescate, respecto de la cual el mismo Jesús había recibido mandato del Padre. Por eso los otros “modos” de la redención se ordenan al sacrificio de la cruz que es el centro de la redención.

cooperación a la obra redentora que abarca todos y cada uno de los instantes de la vida su Hijo, que llega a su consumación en su Pasión y muerte en el Calvario. En la Cruz llega a su consumación toda una vida de fe y amor maternal que dan valor corredentor a todas y cada una de las acciones y sufrimientos de María en íntima asociación a su Hijo (RM 39). En la cumbre del Calvario se consuman y alcanzan cumplimiento acabado el "ecce venio" (Heb. 10,7) con que Jesucristo, el Hijo de Dios, empezó su mortal carrera, y el "ecce ancilla" (Lc 1,38) con que María se pliega a los planes redentores del Altísimo. La escena de Nazaret proyectó al Hijo y a la Madre a la cumbre del Gólgota, íntimamente asociados en el doloroso alumbramiento de la vida sobrenatural restaurada.

En la Cruz "emergió de la definitiva maduración del misterio pascual" (RM,23) aquella radical maternidad espiritual respecto a la Iglesia que comenzó a constituirse cuando María consintió a dar vida a Cristo, en cuanto hombre, precisamente como cabeza de un organismo en plenitud de vida comunicativa de la que iba a vivir la futura Iglesia<sup>11</sup>.

En la vida pública de Jesús, María parece perder protagonismo. Su evidente asociación a la misión salvífica de su Hijo se reduce a una presencia discreta y silenciosa. "Sabe y calla". "Fuera de las primicias de Caná no la vemos a la hora de grandes milagros". Pero es precisamente en ese episodio de Caná, según insinúa la RM, donde encontramos el porqué. La respuesta de Jesús a la petición discreta de su Madre ("no tienen vino") sorprende por su aparente dureza "¿qué a mí y a ti? Todavía no ha llegado mi hora". Esta "hora de Jesús" es su pasión y resurrección, por las que Jesús salva al mundo y "pasa al Padre". Su ministerio público en Palestina, es la última llamada al pueblo de Israel, en un último esfuerzo para atraerlo. Jesús que iba a exigir a sus discípulos que lo dejaran todo y le siguieran quiso ir delante con su ejemplo. Pero llegada la hora de Jesús. Concluye el periodo de la invitación a María para que se retire, y a partir de entonces María vuelve a estar presente. La vemos llena de fortaleza junto a la cruz, ratificando en un segundo fiat, y asociándose con su "compasión", al sacrificio del calvario.<sup>12</sup>

La Iglesia, gestada en el "fiat" de la anunciación, nace de modo oculto del costado abierto del nuevo Adán, y de la espada de dolor de la Mujer, Madre de los vivientes; y se manifiesta al mundo en Pentecostés. Es entonces cuando la "maternidad

---

11. "Aunque formalmente constituida en el misterio pascual –en acto segundo– puede decirse que "la generación de Cristo es –en acto primero– el origen del pueblo de Dios, y el natalicio de la Cabeza, el natalicio del Cuerpo" (San LEÓN, *Sermo de Nativitate Domini*, PL 54,213). Son elementos constitutivos de ese "acto 1º", con la gracia de la humanidad de Cristo – que contiene de manera virtual toda la mediación sacerdotal y vida de la Iglesia, que es su "pleroma"–, los planes fundacionales, ideas, resoluciones, actuaciones presentes en la mente, voluntad y poder de Jesús, en virtud de los cuales se iría edificando la Iglesia nacida, en "acto 2º", del misterio Pascual. María, asociada a Cristo en todo el proceso salvífico, participó en todo él "con su fe obediente y su ardiente caridad" (LG 61) de corredentora, que es la razón formal de su maternidad, respecto al Cuerpo místico, Esposa de su Hijo primogénito.

12. Como dice Benedicto XV: "los doctores de la Iglesia enseñan comúnmente que la Santísima Virgen María, que parecía ausente de la vida pública de Jesucristo, estuvo presente, sin embargo, a su lado cuando fue la muerte y fue clavado en la cruz, y estuvo allí por divina disposición. En efecto, en comunión con su Hijo doliente y agonizante soportó el dolor y casi la muerte; abdicó los derechos de Madre sobre su Hijo para conseguir la salvación de los hombres; y, apaciguar la justicia divina, en cuanto dependían de Ella, inmoló a su Hijo, de suerte que se puede afirmar con razón, que redimió al linaje humano con Cristo. Y, por esta razón, toda suerte de gracias que sacamos del tesoro de la redención nos vienen, por decirlo así, de las manos de la Virgen dolorosa" (BENEDICTO XV, *Doc. Mar.* N. 556).

de María se derrama sobre la Iglesia” (RM 24). Será el tema de la segunda parte de la Encíclica sobre la maternidad de María “en y a través de la Iglesia” (Ibid), que tiene el significativo título: “La Madre de Dios en el centro de la Iglesia Peregrina”.

**II PARTE DE LA ENCÍCLICA RM:**

**FUNCIÓN CENTRAL DE LA FE DE MARÍA  
SANTÍSIMA EN LA VIDA DE LA IGLESIA PEREGRINA  
(nn. 25–37)**





## INTRODUCCIÓN

La primera parte de la Encíclica concluye con la asociación de María a la obra redentora de su Hijo, que culmina con el misterio pascual (corredención adquisitiva, que contribuye a la adquisición de los frutos de la redención). Esta II parte trata de la corredención aplicativa, por la que María, la Madre del Redentor, dispensa todas las gracias adquiridas para los redimidos, en y a través de la Iglesia, que nace del costado abierto de Cristo, y se manifiesta en Pentecostés. Juan Pablo II, no emplea esa clásica terminología previa al Concilio (desde el S. XVIII, edad de oro de la Mariología española) que recupera en otros documentos posteriores de su dilatado Magisterio mariano; prefiere usar, por razones ecuménicas, un lenguaje más próximo a la Escritura. En esta II parte, expone la dispensación universal de toda gracia como fruto de la Redención, clásico tema de la mariología, desde la perspectiva de la fe obediente de María que –unida a la esperanza y a la ardiente caridad– anima toda su vida desde el fiat, primer acto de fe explícitamente Cristiano, como fundamento en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG, 61. RM, 22). Si la redención es esencialmente amor obediente hasta la muerte (cf. Phil 2, 8) María coopera “singulari prorsus modo” en la obra de la redención “por a obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad”. A diferencia de Cristo, cuyo amor obediente excluye la fe y la esperanza, por ser a la vez viador y comprensor, se puede resumir la cooperación corredentora de María como obediencia de la fe vivida en la esperanza y vivificada por su amor maternal desde Nazaret hasta la Asunción, en un proceso vital que converge y culmina al pie de la cruz. (LG, SG: “Cooperó en la salvación con fe y obediencia libres: obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí y para todo el género humano (S. Ireneo).

El tema de esta II parte es la relación de esta fe corredentora de María, con la fe de los miembros de la Iglesia peregrina. Aquella precedió la peregrinación en la fe del nuevo Israel de Dios por el desierto de este mundo (LG, 8). Trata a continuación del influjo causal de la fe de María, por su valor corredentor, en el origen y afianzamiento de la fe cristiana y, como consecuencia, en la realización de la esperanza ecuménica de la Iglesia, que se apoya en la promesa del Señor –“habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Jo. 10, 16)–, que sólo se puede fundar en la unidad de fe de los cristianos disidentes y de todos los hombres de buena voluntad en la única Iglesia de Cristo, “que subsiste en la Iglesia Católica”.

En la III parte (que comentaremos en los cc. V a VII) volveré a tratar de la presencia maternal de María en la vida de la Iglesia y de cada cristiano en una perspectiva más amplia, como mediadora maternal, tipo y madre de la Iglesia madre, cuya maternidad deriva de la de María. Pero el contenido de estos títulos está ya presente en esta II parte en su raíz y fundamento, pues la fe de María es la razón formal de su presencia salvífica en el centro de la Iglesia peregrina: “María ha llegado a estar presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído” (RM, 12).

## ***1. Acción maternal de María en la aplicación a las almas en y a través de la Iglesia, de los frutos de la redención. (Corredención aplicativa)***

Jesucristo desde lo alto de la cruz “llama significativamente a su Madre (Mujer ahí tienes a tu Hijo) con el mismo título que en Caná (cf. Jo, 2, 4). Hace así solemne referencia al misterio de María: “con María excelsa hija de Sión, tras la larga espera de la promesa del proto evangelio –el linaje de la Mujer aplastará la cabeza de la serpiente– (Gen 3, 15), se cumple la plenitud de los tiempos” (LG, 55; RM, 24). “Las palabras de Jesús desde lo alto de la cruz significan que la maternidad de su Madre encuentra una nueva continuación en la Iglesia, como un reflejo y continuación de su maternidad respecto al Hijo de Dios” que “se derrama sobre la Iglesia” (Ibid).

En ese momento ha visto la tradición el nacimiento de la Iglesia, gestada en el fiat de la encarnación. Pero si nace de modo oculto del costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la nueva Eva, no se manifiesta públicamente al mundo hasta Pentecostés, cuando derrama el Espíritu Santo prometido por Cristo, como fruto de la cruz, estando todos perseverantes unánimemente en la oración con los apóstoles y María la Madre de Jesús (Act. 1, 14). Ella implora con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya le había cubierto con su sombra en la anunciación.

El Santo Padre subraya la correspondencia de ambos momentos en la vida de María sobre su esposa inmaculada: Nazaret y el cenáculo de Jerusalén, principio y culminación respectivamente de la corredención mariana, “Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre del Redentor se hace presente en el misterio de la Iglesia”, en la fase subjetiva de aplicación del tesoro redentor como medianera universal de todas las gracias. “La maternidad de María encuentra una nueva continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia representada por Juan” (RM, 24).

## ***2. Relación de precedencia, de ejemplaridad y de eficiencia de la fe de María con la fe de la Iglesia peregrina iniciada en Pentecostés (fides “qua”, subjetiva)***

Según la doctrina de la “Lumen gentium”, que resume la Encíclica, la iglesia en su estadio peregrino que se inicia en Pentecostés, es la congregación de los creyentes convocada y constituida por Dios como sacramento de salvación. “Caminando a través de los peligros y de tribulaciones –de modo analógico al Israel de la Antigua alianza (su imagen y prefiguración) en su caminar a través del desierto– se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió... y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso” (LG, 9).

“Este camino posee un carácter exterior pues debe extenderse por toda la tierra... Sin embargo, el carácter esencial de su camino es inferior. Se trata de una peregrinación a través de la fe por la fuerza del Señor resucitado. En ella María está presente, como la que es “feliz porque ha creído”... Como un espejo donde se reflejan las maravillas de Dios...

En el cenáculo de Jerusalén, con la venida del Espíritu Santo, la Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles se hace plenamente consciente de estas grandes obras de Dios, a la luz del Espíritu Santo. María está presente implorando con sus

ruegos el don del Espíritu (LG 59, RM 26). En el cenáculo el itinerario de María se encuentra en el camino de la fe de la Iglesia, que comienza su misión salvífica por medio del testimonio que Pedro y los apóstoles dan de Cristo crucificado y resucitado. (RM, 25).

María no ha recibido directamente esta misión apostólica, pero estaba con ellos como Madre de Jesús y testigo singular de su misterio. La Iglesia, por tanto, desde el primer momento miró a María a través de Jesús como miró a Jesús a través de María, como la que ha sido la primera en creer, como testigo singular de la infancia y vida oculta de Jesús cuando “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. “Para la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre todo lo que ha sido primera en creer” (RM, 26).

¿Qué se entiende aquí por “primera”? En primer lugar se hace referencia a una prioridad temporal de precedencia en su camino –“más largo”– de peregrinación en la fe, que se inicia en el fiat, que es el primer acto explícito de fe cristiana. Pero debe entenderse, sobre todo, en el sentido de una verdadera prioridad causal. En primer lugar de ejemplaridad, como espejo y paradigma que la Iglesia debe siempre contemplar e imitar (RM, 26). Pero parece aludir también a una relación de causalidad eficiente respecto a la fe de los miembros de la Iglesia, verdadero inicio y fundamento, según el Concilio de Trento, de la vida sobrenatural; eficiencia, al menos moral de intercesión; y según muchos mariólogos, cada vez más, a título de instrumento físico de todas las gracias –a menera de “arcaduz”– que ha contribuido a adquirir “como socia Christi” a título de corredentora, precisamente por su fe.

### ***3. Relación entre el depósito de la fe constituido por la tradición apostólica y el misterio de María (“fides quae”, objetiva)***

Como hemos visto antes con alguna detención “María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento. Por eso la Iglesia apostólica “germen del nuevo Israel” perseveraba constante en la oración junto a ella, y al mismo tiempo, “la contemplaba a la luz del verbo hecho hombre”. Así sería siempre. En efecto, cuando la Iglesia “entra más profundamente en el misterio de la Encarnación”, piensa en la Madre de Cristo con profunda veneración y piedad (LG, 65). (cf. RM, 27).

También la fe de María, entendida ahora en sentido objetivo como penetración de la “Sede de sabiduría” y “Esposa del Paráclito” en su propio misterio (indisolublemente unido al “misterio del Verbo encarnado” redentor y “al misterio de la Iglesia del Verbo encarnado”: conferebat in corde suo” Lc, 2, 19; cf. Lc. 2, 51), es participada por la Iglesia apostólica; pues señala el comienzo de la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad en Jesucristo y “precede” al testimonio apostólico de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, en cierto sentido, participan de la fe de María...

“Por eso en la base de lo que la Iglesia es desde el comienzo, de lo que debe ser constantemente, a través de las generaciones, en medio de todas las naciones de la tierra, se encuentra el misterio de la que “ha creído que se cumplirían las cosas que le

fueron dichas de parte del Señor” (Lc 1, 45), que recapitula en cierto modo todos los misterios de la fe que nos transmite la tradición apostólica (cf. RM, 28).

#### ***4. Función de la fe de María en el origen y afianzamiento de la fe de la Iglesia peregrina***

“Los que a través de los siglos acogen con fe el misterio de Cristo... no sólo veneran y recurren a María como a su madre con confianza, sino que buscan en su fe el sostén para su propia fe”. La “fe que salva” es “participación viva de la fe de María” porque esta fe en la que ella nos precedió de su presencia maternal (salvífica) en la Iglesia peregrina; pues si está presente en la Iglesia, como dispensador a de los frutos de la redención, distribuyendo a través del “sacramento universal de salvación” los dones salvíficos cuyo “inicio y fundamento permanece es la fe, es precisamente porque nos los ha conmerecido con la obediencia de la fe, unida a la esperanza y ardiente caridad, mediante las cuales cooperó a la obra del Salvador en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG, 61). Es “nuestra Madre en el orden de la gracia” en cuanto dispensadora de los frutos de Redención (corredención subjetiva), precisamente porque ha contribuido a adquirirlos de modo subordinado a Cristo (corredención objetiva) para que nazca y crezca Él por la gracia en los miembros de su Cuerpo.<sup>1</sup>

La fe obediente de su peregrinación, que precedió en nuestro camino de fe – desde el fiat hasta la Asunción– fue el motor supremo y el principio formal de su asociación a la obra redentora de su Hijo que culmina en la “hora” suprema del Calvario (RM 26).

Por eso la Iglesia al ejercer su misión apostólica, “mira con razón a la que concibió y dio a la luz y educó a Cristo para que nazca y crezca también por medio de la Iglesia en los corazones de los fieles”. Así la fe de María es la raíz de la fe que penetra por el conocimiento y el corazón de los creyentes (“ex auditu”) “sobre la base del testimonio apostólico de la Iglesia” (RM, 28) a través del misterio de la Palabra y de los sacramentos, cuya raíz está en el misterio Eucarístico.

Cristo, al morir, tomó todo el dolor y toda la caridad de la vida corredentora de su Madre que culmina y converge al pie de la cruz, fusionándolos con su propio dolor y caridad, para ofrecerlo todo unido al Padre en redención de la humanidad.

Por eso cada vez que se celebra la Misa, renovación incruenta del Sacrificio del Calvario para aplicar sus frutos, se ofrece de nuevo al Padre el sacrificio de Cristo y la compasión de la Virgen, porque esta compasión fue fusionada por Cristo mismo con su propia muerte de la cual ya no puede ser separada nunca. Si la Misa es centro y raíz de toda vida sobrenatural de la Iglesia, parece claro que no recibimos ni una sola gracia a la cual no alcance la acción de la Virgen y que no lleve de alguna manera su “sello” materno...

Ya vimos antes “el sello” mariano de la fe objetiva y subjetiva (“ex auditu”) que arraiga por el ministerio de la Palabra, en relación con el Bautismo. En lo que se refiere a los sacramentos basta recordar que están estrechamente vinculados con la pasión y muerte de Nuestro Señor, tal como ésta ocurrió de hecho. Ahora bien, la muerte de Cristo asume, se incorpora y contiene toda la cooperación mariana. Por lo cual todos los

---

1. Cf. Concilio de Trento.

sacramentos dicen una relación a la Virgen y están efectivamente vinculados con Ella.<sup>2</sup> Por eso “el pueblo de Dios busca el encuentro con la Madre de Dios –por ejemplo, en los Santuarios marianos– para hallar, en el ámbito de la materna presencia de la que ha creído, la consolidación de la propia fe”. En efecto “en la fe de María, ya en la Anunciación y definitivamente junto a la cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquel espacio interior...” de la nueva y eterna alianza... que subsiste en la Iglesia, que es en Cristo como un sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo género humano (LG, 1). En este espacio interior –abierto por la fe de María– “podemos recibir toda clase de bendiciones espirituales”. Ese ámbito o espacio interior es el seno fecundo de la Iglesia abierto por la fe de María. La institución visible, –sociedad exterior orgánicamente estructurada– es sacramento visible, –sociedad exterior orgánicamente estructurada– es sacramento universal de salvación que “tiende a recapitular –bajo Cristo como cabeza– la humanidad entera en la unidad del Espíritu” (cf. LG, 13) hasta que se complete el número de los elegidos (RM, 28).

### ***5. Función maternal de María en el camino de búsqueda de la unidad de los cristianos en la única Iglesia de Cristo, que subsiste en la Iglesia católica***

“La unidad de los discípulos de Cristo es un gran signo para suscitar la fe en el mundo, mientras su división constituye un escándalo “que todos sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Joh 17, 21)...

El ecumenismo, de modo especial en nuestra época, busca las vías para reconstruir esa unidad que Cristo pedía al Padre para sus discípulos. Esta búsqueda ha encontrado su expresión culminante en el C. Vaticano II, que proclama que sólo se conseguirá verdaderamente si se funda en la unidad de la fe (RM, 28 y 30) que subsiste en la Iglesia Católica (LG 8b)<sup>3</sup>.

Profundizando en “el misterio de la Iglesia y en la función de María en la obra de la salvación, los cristianos deseosos de hacer –como les recomienda su Madre– lo que Jesús les diga (cfr. Joh 2, 5), podrán caminar juntos en aquella “peregrinación de la fe”, de la que María es todavía ejemplo y que debe guiarlos a la unidad querida por su único Señor y tan deseada por quienes están atentamente a la escucha de lo que hoy “el Espíritu dice a las Iglesias” (Apc 2, 7.11 17)”. (RM, 30).

La Encíclica dedica amplio espacio (nn. 31–34) a subrayar cuan profundamente unidas se sienten la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales por el amor y por la alabanza a Theotókos. No sólo “los dogmas fundamentales de la fe cristiana: los de la Trinidad y del Verbo encarnado en María Virgen han sido definidos en concilios ecuménicos celebrados en Oriente”, sino también en su culto litúrgico “los

---

2. Cfr. A. BANDERA, *o.c.*, p. 65.

3. “Haec Ecclesia (se refiere a la “una santa, católica y apostólica), in hoc mundo ut societas constituta et ordinata, subsistit in Ecclesia Católica... licet extra eius compaginem elementa plura sanctificationis et veritatis invniantur, quae ut dona Ecclesiae Christi propria, ad unitatem catholicam impellunt” (LG, 86). El paso del “est” de la primera redención al “subsistit in” se hizo para reconocer mejor los “elementa Ecclesiae” que se encuentran fuera del recinto visible de aquella, pero de ningún modo insinúa –como sostiene el falso ecumenismo (y acusa cierto integrismo)– que la unidad de la Iglesia esté repartida entre las diversas comunidades cristianas. Cf. P. Rodríguez, *Iglesia y ecumenismo*, Madrid 1979, pp. 386 ss.

orientales ensalzan con himnos espléndidos a María siempre Virgen... y Madre Santísima de Dios” (31) y espléndidas anáforas cuajadas de alabanzas a María (32).

En las duras pruebas a su fidelidad al Señor a lo largo de la historia se refugiaron bajo su protección, conscientes de tener en ella una ayuda poderosa. Los padres griegos han profundizado en el vínculo que une a María, como Madre de Dios, con Cristo y la Iglesia: la Virgen es una presencia permanente en toda la extensión del misterio salvífico. (31).

“Se conmemora este año el XII centenario del II Concilio ecuménico de Nicea (a. 787) en el que... fue definido que, según la enseñanza de los Santos Padres y la tradición universal de la Iglesia, se podían proponer a la veneración de los fieles, junto con la Cruz, también las imágenes de la Madre de Dios, de los Ángeles y de los Santos”. El Santo Padre se complace en elogiar la gran profusión y riqueza de iconos de la Virgen “que tienen un lugar de honor en las Iglesias y en las casas representada habitualmente con su Hijo, el niño Jesús, que lleva en brazos: es la relación con el Hijo la que glorifica a la Madre” (33).

“Tanta riqueza de alabanzas, acumulada por las diversas manifestaciones de la gran tradición de la Iglesia, podría ayudarnos a que ésta vuelva a respirar plenamente con sus “dos pulmones”, Oriente y Occidente. Como he dicho varias veces, esto es hoy más necesario que nunca”: se logrará “mirando juntos” a la Madre común, esperanza segura de unidad. (34. cf. RM 29).

El movimiento ecuménico dentro del anglicanismo y el protestantismo es complejo y con frecuencia ambiguo, pero ciertamente se puede afirmar que está realizando claros avances en el orden litúrgico–sacramental y en el de la vida mariana, en significativa interdependencia.<sup>4</sup>

Ya no es ningún fenómeno raro que estudiosos protestantes escriban libros sobre la Virgen y expongan una doctrina que, si todavía dista notablemente de la que es común entre católicos, señala una orientación muy positiva y abierta, particularmente en lo que se refiere a las analogías entre la Virgen y el misterio global de la Iglesia.

El movimiento ecuménico “a la unidad por María” cuenta con la adhesión activa de numerosas comunidades religiosas anglicanas que se comprometen a pedir la unión entre todos los cristianos por la intercesión de la Virgen.

El decreto de Ecumenismo del Concilio Vaticano II habló de “jerarquía de verdades”, derivada del nexo que cada una de ellas tiene “con el fundamento de la fe cristiana” (UR, Ilc). El nexo entre los sacramentos y la persona de la Virgen María, o entre vida sacramental (piedad litúrgica) y vida mariana (devoción a la Virgen), va manifestándose también en los cristianos separados en la medida que avanza el movimiento ecuménico hacia la unidad (cf. A. Bandera, *ibid.*).

Según Pablo VI, María es “el centro maternal de la unidad” y “Madre de la unidad” que con sus plegarias alcanzará la plena integración de los hermanos separados “en la única Iglesia fundada y querida por Cristo”. La unidad de un bien genuinamente Cristiano que llega a los fieles por vía de generación o como fruto de la maternidad de María. Se ejerce en y a través de la Iglesia: por eso la maternidad de María no llega al Cristiano por vía paralela del bautismo y brota de un interior en cuanto que él mismo está vinculado con la acción de María.

---

4. A. Bandera, *La Virgen María y los sacramentos*, 73 ss, recoge significativos testimonios de Max Turian y de Institutos religiosos consagrados a la Virgen, como el fundado por la protestante evangélica Basilea Schlink.

La regeneración bautismal es regeneración en la unidad y para la unidad de todos los bautizados, que deben formar una sola comunidad salvífica que “nace” también en el bautismo. “Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo” (1 Cor. 17, 13). Por eso el bautismo se ordena a la profesión íntegra de la fe, a la plena incorporación dentro de la institución salvífica como Cristo mismo la quiso y, finalmente, a la inserción plena en la comunión eucarística” (UR, 22b). Si María es “el centro maternal de la unidad” querida por Cristo, es decir, si Ella produce maternalmente o por la vía de generación la unidad de los fieles, cualquier limitación introducida en la unidad implica una merma y una falta de plenitud en el modo de vivir las relaciones filiales para con María.

Antes que un atentado contra la fraternidad, la separación es un corte en la filiación divina y bautismal–mariana, a la cual despoja de algunos de sus elementos integrantes. Es más, la separación repercute también sobre la Iglesia católica, aunque accidentalmente; pues “hace más difícil expresar en la realidad de la vida la plenitud de la catolicidad bajo todos los aspectos” (UR, 4). Más aún, para algunos puede convertirse en un obstáculo que tiende a impedir su pleno desarrollo, si no procuran atraer o unir a los separados. Por eso el ecumenismo no representa sólo una acción de la Iglesia hacia el exterior; sino que también un esfuerzo por mejorar cualitativamente la propia vida bautismal–mariana.

María que está profundamente impregnada del espíritu de los “pobres de Yahvéh”, que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en Él toda su confianza (cfr. Ps. 25; 31; 35; 55) enseña con el “Magnificat” que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantando en el “Magnificat”, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús (RM, 37).

La Virgen, por tanto, no puede ser obstáculo para ninguna forma de ecumenismo sano y constructivo, sino su más sólida garantía de evitar equívocos y graves adulteraciones.

Dar a la Virgen el título de Madre no es encerrarse en el estrecho círculo de una piedad individualizada, sino, por el contrario, descubrir y reconocerle una función característica, la cual, por lo mismo que se extiende a todos los hombres, impulsa eficazmente a colaborar para que todos participen en plenitud los frutos derivados de la maternidad mariana, (cf. A. Bandera. O.c. pp. 73–108).

Por eso “la Iglesia en la presente fase de su camino, trata de buscar la unión de quienes profesan su fe en Cristo para manifestar la obediencia a su Señor que, antes de la Pasión, ha rezado por esta unidad...

La Virgen Madre está constantemente presente en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz. Lo demuestra de modo especial el cántico del Magnificat que, salido de la fe profunda de María en la visitación, no deja de vibrar en el corazón de la Iglesia a través de los siglos.” (RM, 35).

***6. La plenitud de luz no ofuscada del “Magnificat” ilumina el camino de la Iglesia ante el segundo milenio, mostrándola el auténtico sentido sobrenatural de su misión.***

“La Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del “Magnificat”, donde encuentra vencido de raíz el pecado de la incredulidad o de la “poca fe” en Dios. Contra la “sospecha” que el “padre de la mentira” ha hecho surgir en el corazón de Eva, la primera mujer, María, a la que la tradición suele llamar “nueva Eva” y verdadera “madre de los vivientes”, proclama con fuerza la verdad no ofuscada sobre Dios: el Dios Santo y todopoderoso, que desde el comienzo es la fuente de todo don, aquel que “ha hecho obras grandes” (RM, 37). “Así se ve confortada” con la fuerza extraordinaria, sencillez y, al mismo tiempo, con esta verdad sobre Dios, desea iluminar las difíciles y a veces intrincadas vías de la existencia terrena de los hombres. María que está profundamente impregnada del espíritu de los “pobres de Yahvéh”, que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en Él toda su confianza (cfr. Ps. 25; 31; 35; 55) enseña con el Magnificat” que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantando en el “Magnificat” se encuentran luego expresando en las palabras y obras de Jesús (RM, 37).

Observa Mons. I. de Orbegozo<sup>5</sup> que Juan Pablo II ha hablado reiteradamente de la necesidad por parte de la Iglesia, de profundizar e intensificar un real compromiso con los pobres. No podía ser de otra forma: es espíritu de Cristo, que siendo Dios se hizo pobre, vivió una permanente “compasión” con los más pobres, los enfermos, los desvalidos, los niños, los solos y los tristes, los abandonados. Pero el Santo Padre jamás descuida –a diferencia de G. Gutierrez y los otros liberacionistas– al hablar de esta “opción de los pobres”, de cualificarla con precisión: preferencial, ni exclusiva ni excluyente. El modelo más práctico e inteligible es el que se da en el corazón de una Madre, y ante todo en el de la Madre por excelencia, María. En ese “desigual modo de expresar y dar su amor” está la justicia de una madre: queriendo a todos igual y con el mismo y único amor, la dedicación de una madre por el hijo menor, por el hijo enfermo o minusválido, es mayor; resulta a todas las luces “preferencial”. Más aún, impone a los demás hijos exigencias quizás más costosas, renuncias no fáciles, expresión de una auténtica “comunidad”. Pero el amor de la madre no se agota ahí; su “preferencia no es exclusiva”, ni priva jamás a los otros hijos de un amor que no es divisible, su “preferencia no es excluyente”.

La Iglesia –como María– es Madre de muchos y diversos hijos, tiene a Cristo como a nuestro Hermano mayor, es poseedora de inmensos recursos para la Comunidad de los Santos. Es razonable que esta Madre buena tenga y deba establecer “preferencias”; lo que no podrá jamás hacer es hacer “exclusivas o excluyentes” sus preferencias, porque ella sabe muy bien que por todos sus hijos murió Cristo, que todos son objeto de la Redención, que para todos está abierto, por igual, la esperanza de la salvación eterna.

A la Iglesia toca iluminar, a la luz de la fe, las acciones humanas y, de modo particular, el quehacer político. El compromiso de la Iglesia por los pobres, por la injusticia, por cualquier tipo de discriminación o atropello no tiene por qué ser conflictivo, pues su misión es espiritual, de iluminación de la actividad humana, incluida la política.

Si a la misión evangelizadora de la Iglesia se la redujese a una simple actividad “humanitaria”, es evidente que la habríamos vaciado de todo su verdadero contenido. Toda la actividad de la Iglesia al servicio del hombre, de su dignidad, de su libertad, de

---

5. Mons. Ignacio ORBEGOZO, *El histórico viaje del Papa a Perú*, Chiclayo 1985.

su promoción integral, tiene un solo fin: Situarlo en las mejores condiciones posibles para su relación con Dios y la relación de su destino trascendente, la comunión con Él, aquí, y para siempre en la vida eterna. Tal es “la luz del “Magnificat” para la Iglesia en camino” (RM, 35).

“María al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión” (RM, 37).<sup>6</sup>

---

6. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE FE, *Instrucción sobre Libertad cristiana y liberación* (22 de marzo 1986), 97 cit. En RM, 37.



**III PARTE DE LA ENCÍCLICA RM:  
LA MEDIACIÓN MATERNA DE MARÍA**





## INTRODUCCIÓN

La III parte en la Encíclica vuelve sobre el tema de fondo que la vertebró; la “presencia maternal de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia” (cf. RN, 38 y passim) –tratado ya en las dos partes anteriores desde la perspectiva de la fe de María, raíz y fundamento de aquella presencia– desde una perspectiva, ahora, más amplia y comprensiva: la mediación de María, que “es mediación en Cristo”, en íntima unión con el misterio de su maternidad, en su doble vertiente, divina y espiritual. La maternidad divina, en efecto, a la que cooperó con la obediencia de la fe, manifestada en el “fiat”, es la razón formal de su condición de mediadora, en y con Jesucristo, entre el Dios ofendido y la humanidad que debe ser redimida. Esta mediación ontológica, participada de la de Cristo–hombre, “el sólo mediador entre Dios y los hombres”, le capacita para ejercer su oficio de “socia et eductrix Christi” (S. Alberto); es decir, de “compañera singularmente generosa en la obra de la Redención” que “coopera en la restauración de la vida sobrenatural de las almas por la fe, la obediencia, la esperanza y la encendida caridad” (LG, 61); en cuya virtud –“qua de causa”– es nuestra madre en el orden de la gracia (cf. LG, 61, RM 38). Es la llamada mediación dinámica o moral, “para ejercer la cual le fue otorgada una plenitud de gracia, justamente llamada por B. Llamera maternal –para distinguirla de la gracia capital de Cristo– por su “carácter específicamente materno” (RM, 38b). Es madre espiritual nuestra por ser corredentora.

Esta función mediadora, en su doble vertiente ascendente (redención adquisitiva) y descendente (aplicativa o dispensadora de la gracia), es el verdadero fundamento de su maternidad espiritual: de su presencia en la vida de la Iglesia y de cada cristiano en ella. Tal es el lema del segundo apartado de la III parte. Esta relación –María–Iglesia se trata, primero, según el paralelismo de la tipicidad de María respecto a la Iglesia, subrayada por la tradición desde San Ambrosio; en especial su carácter de Virgen y Madre y de ejemplar eminente de las virtudes teologales.

Por último estudia la maternidad espiritual de María en doble vertiente: personal –es esencial a la maternidad de referencia a la persona– (RM 45), y social –que evoca el título de Madre de la Iglesia no explicitado en el Concilio Vaticano II,<sup>1</sup> pero proclamado en su clausura por Pablo VI.

Siguiendo las sugerencias implícitas de ese título, la Encíclica supera la aparente antinomia entre ambas dimensiones, individual y social, de la maternidad de María; mostrando que en tanto alcanza la maternidad espiritual de María a las personas

---

1. Por oposición de la corriente eclesiotípica, que no admitió una transcendencia de María respecto a la Iglesia, por no considerarla compatible con su condición de miembro más excelso de la misma y a ella inmanente. En el Congreso mariológico de Lourdes de 1958 se enfrentó esta corriente con la cristotípica, que, al subrayar el paralelismo con Cristo, veía a María, ante todo, la asociación a su obrar salvífico; la cual funda una transcendencia de María respecto a la Iglesia por ser su causa no sólo ejemplar, sino también eficiente, subordinadamente a Cristo, como Madre de la misma. La LG es un compromiso entre los dos sistemas enfrentados. Cf. R. LAURENTÍN, *La cuestión mariale*, París 1963.

concretas en cuanto es Madre de la Iglesia toda (es decir: de la Iglesia en cuanto tal, como comunión de los llamados a la salvación).

He aquí, en apretada síntesis, el denso contenido de la III parte que expondremos en los próximos capítulos.

## CAPÍTULO IV

### **MEDIACIÓN Y REALEZA UNIVERSALES DE MARÍA SANTÍSIMA. (nn. 38–41)**

La mediación universal de María es uno de los conceptos claves de la Mariología clásica, abandonada lamentablemente por no pocos teólogos después del C. Vaticano II, de gran valor ecuménico por encontrarse el término en la Escritura que, rectamente interpretada, conduce en su “sentido pleno” a toda la posición de María en la economía de la salvación. Es verdaderamente un título–síntesis de toda la personalidad y función de María en el designio de Dios. Por eso lo utiliza el Concilio, en el cap. VIII, explicitando su valor de cooperación inmediata y activa como Corredentora asociada al Redentor, sin usar el término. María es mediadora, como “anillo de trabazón entre el creador y las criaturas a cuya reconciliación coopera; y tiene –en su virtud– verdadero dominio sobre todo el universo, como Reina universal en el sentido propio y no meramente metafórico. He aquí el tema de este capítulo.

#### ***1. Doble nivel de mediación –ontológica y moral– de María, subordinada a la de Cristo***

“La iglesia sabe y enseña con San Pablo que uno sólo es nuestro mediador: “Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a si mismo como rescate por todos” (1 Tim 2, 5–6). “La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder” (LG, 60); es mediación “en Cristo” (RM, 38), pues depende totalmente de aquella en el ser y en el obrar.

##### ***a. Mediación ontológica o fundamental***

La mediación tiene un primer sentido fundamental (ontológico): María, como Cristo y por causa de Cristo, es el “punto de intersección” de lo humano con lo divino pues como Madre de Dios es instrumento de Dios para la realización en el tiempo del “misterio de Cristo”, misterio de unión con Dios –personal en Cristo: y mística, por Él, en las criaturas–. María participa en un modo único de esa unión; y es así, en su mismo

ser, “Mediadora” entre Dios y el hombre, como pura criatura que alcanza las fronteras de la divinidad.

La divina maternidad “constituye la dimensión primera y fundamental de aquella mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella, y continuamente “recomienda a la piedad de los fieles”... “La elección al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios a nivel ontológico, se refiere a la realidad misma de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo (unión hipostática). Este hecho fundamental de ‘ser’ la Madre del Hijo de Dios supone, desde el principio una ‘apertura’ total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión” (RM, 39), consintiendo a ser Madre del Salvador y uniéndose a su sacrificio.

### **b. *Mediación moral o dinámica***

En su virtud, “María ha llegado a ser no sólo la “madre nodriza” del Hijo del hombre, sino también la “compañera singularmente generosa” (LG, 60) del Mesías y Redentor”. (RM 39c). Su fe, –del “fiat” a la cruz– es “raíz”, como veíamos en el tema anterior, de su “cooperación materna con toda la misión del Salvador mediante sus acciones y sufrimientos” que culminan al pie de la cruz. “A través de esta colaboración en la obra del Hijo Redentor, la maternidad misma de María conocía una transformación singular colmándose cada vez más de “ardiente caridad” con la cual realiza, en unión con Cristo, la restauración de “la vida sobrenatural de las almas” (cf. LG, 61). Así es como María entraba de manera muy personal en la única mediación “entre Dios y los hombres”, que es la mediación del hombre Cristo Jesús”. Es decir: aquella mediación ontológica la capacitó para la otra, “dinámica” o moral. María, al ser Madre de Cristo Redentor, es, por lo mismo, la Nueva Eva, Madre de los vivientes en Cristo. Es decir, que ejerce para con ellos una función mediadora que esencialmente consiste en su cooperación –subordinada a la tarea redentora de Cristo– en constituirlos –por su consentimiento en la Encarnación– miembros potenciales de Cristo Redentor, capaces de la Redención y la gracia; en contribuir a su reconciliación con Dios y en interceder por ellos delante de Dios, obteniendo todas las gracias necesarias para la salvación.

En la Virgen María, según Sto. Tomás, se dan las tres condiciones requeridas para la mediación, a saber, la cualidad de medio entre dos extremos, la capacidad de unión entre estos dos extremos (mediación ontológica), y la designación por lo menos implícita, para realizar esa unión (mediación moral) (cf. S.Th. III 26, 1 y 2).

Ante todo, la cualidad de medio, porque la Virgen Santísima está entre Dios y los hombres: su cualidad de Madre de Dios la aproxima a Dios mismo, y la de pura criatura la aleja de Dios. Paralelamente, su naturaleza humana la acerca al hombre, y su cualidad de Madre de Dios la aleja. Se encuentra entre Dios y los hombres, porque en algo se acerca a los dos extremos y en algo se separa de ellos, pues se relaciona esencialmente al orden hipostático siendo pura criatura.

En segundo lugar, la unión de ambos extremos o función moral mediadora entre Dios y el hombre, llevando a Dios las cosas del hombre y al hombre las cosas de Dios. Con el “fiat” pronunciado en el día de la Anunciación, Ella dio a Dios al hombre, y el hombre a Dios, en un proceso de cooperación a la redención animado de “creciente caridad”, del “fiat” a la cruz.

En tercer lugar, la designación, por lo menos implícita, para unir ambos extremos, Dios y el hombre. Que la Virgen Santísima haya sido designada por Dios

para unir, juntamente con Cristo y por medio de Él, al hombre con Dios y a Dios con el hombre, se deduce de la Escritura (cf. n. 3) y de la Tradición, que designa mediadora a María desde el s. IV.<sup>1</sup>

La conveniencia de la Mediación de María, o sea, de su asociación al Mediador en cuanto tal, se deduce del modo habitual de actuar de Dios que actúa en el orden sobrenatural de un modo análogo al natural, sirviéndose de causas intermedias a las que comunica la virtud de obrar y de producir sus propios efectos (Cfr. S.Th.; I, q. 13, a. 6; C.G. III c, 77).

## ***2. Carácter subordinado y participado de la mediación de María respecto a la de Cristo, único Mediador en sentido pleno***

Según los protestantes, la única Mediación posible es la de Cristo, y está limitada a su persona, según la afirmación de S. Pablo: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a Si mismo como precio de rescate por todos” (1 Tim. 2, 5). Esto supuesto, ni María, ni la Iglesia, ni el Sacerdocio, pueden participar de la acción mediadora, puesto que todos son valores extrínsecos al misterio de la Mediación, ya que no tienen otra función que la de puros signos, aptos para dar a conocer y arrojar luz sobre la única Mediación: la de Cristo. (Tal es la posición por ejemplo del célebre teólogo calvinista Karl Barth, *Die Kirkliche Dogmatik*, t. I, 3).

Es evidente, en algunos teólogos reformados actuales, como Asmussen (y en alguna medida Max Thurian) y anglicanos, el alejamiento de la posición de los antiguos protestantes, que vivamente, se refleja en Karl Barth, y la aproximación a la posición católica. (cf. Roschini, o. c. 461).

Siguiendo al Concilio la Encíclica no se limita a enseñar la cooperación de María en la obra de la Salvación, tanto en el plano de la adquisición como en el de la distribución de las gracias, sino que se esfuerza por hacer inteligente esta doctrina, pensando, sobre todo, en la dificultad que los protestantes encuentran en ella. Hay una repetida insistencia en que la figura de María no oscurece la figura de Cristo. Naturalmente, esta idea es de suma importancia para comprender rectamente el sentido de la partícula “y” (“und”) en las fórmulas católicas<sup>2</sup>. Por ello la idea se ilustra de diversas maneras en la LG (n. 60 y 62), que son sobriamente glosadas en la Encíclica (RM, 38) para mostrar que la cooperación propia de “la misión maternal de María no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien, sirve para demostrar su poder; es mediación en Xto” (RM 38).

“El influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta” (n. 60). Tal es el sentido de la mediación dispositiva (como era la de la V. L.) y ministerial (del sacerdocio de la nueva ley).

---

1. El testimonio más antiguo aparece en S. Efrén: “salve, mediadora del mundo óptima reconciliadora y poderosísima después del Mediador supremo”.

2. K. BARTH observa que son tres und los que les separan de los católicos. No gracia ‘y’ cooperación: “sola gratia”. No fe ‘y’ obras: “sola fides”.

Es, pues, una mediación “ad melius esse”, como señalábamos en la III Coll, pues fomenta la unión con Cristo Redentor haciéndola más dulce y atractiva: “La mediación de Cristo por medio de su humanidad se irradia en el corazón de la Virgen, que en el cielo también continúa su acción maternal junto a su Hijo glorioso, alcanza así a toda la humanidad hasta el fin del mundo, de modo que cualquier hombre puede sentirse presente en su corazón junto a Cristo, su Hijo Redentor, que se complace en suavizar todos sus gestos salvíficos con la dulzura de un corazón de Madre”. (P. Parente, o. c. , p. 92).

Así, quién pretende llegar a Dios sin Cristo, no llega; y quien pretende llegar a Cristo sin María, no llega. Quien desprecia a Cristo o María, desprecia a Dios mismo que los ha colocado, subordinadamente, como intermediarios entre Él y nosotros. Cuando, pues, nos dirigimos a estos intermediarios, no por falta de respeto o de confianza en Dios o en Cristo, sino para reconocer y respetar el plan de su gobierno del mundo que se complace en dignificar sus criaturas haciéndolas participar como causas segundas de la ejecución del plan de su providencia. Por eso “no excluye sino que suscita entre las criatura diversas clases de cooperación, participada de la única fuente” (LG 62) (cf. RM, 38).

C. Pozo subraya la importancia especulativa de la idea de participación a la que el Concilio apela para explicar que María como criatura, no “añade” nada a Cristo ni puede “hacer con ella un número mayor”. Así debe traducirse el verbo “connumerari” (LG, 62, cit. en RM 38 c), y no como es usual en las versiones ordinarias “compararse”, “ponerse en pie de igualdad” etc...; no sólo porque con las otras traducciones el pensamiento expresado es absolutamente trivial, sino porque ésta es la traducción que corresponde mejor al concepto de participación que es central en el párrafo del Concilio. La noción metafísica de participación implica dos notas: 1) que toda la perfección que hay en el ser que participa, proceda del ser que es fuente de que se participa, proceda del ser que es fuente de que se participa; 2) que la perfección del ser participado juntamente con la perfección del ser que es fuente de participación, no es superior a la perfección de este último considerada sola o en sí misma.<sup>3</sup>

El ser, valor absoluto necesario y único, (trascendental), comprende todo el conjunto de los entes, cada uno según la limitada medida que compete a su peculiar modo de ser (esencia categorial) diverso de los demás. Por eso se dice que participa en el ser. No en el sentido que sea "parte del ser", pues obra cada uno de ellos como un todo subsistente. Participar significa "tener parte en el ser", no agotar toda la realidad cada uno de los todos que son realmente, pero de una manera limitada (distinta de la de los otros).

Cada ser "es", pero cada uno realiza el ser de una "manera" particular, diferente de las demás. Participa en el ser según el modo que le es propio (en la medida de su esencia). El orden ontológico es, pues, una unidad relativa de participación que remite al Ser que es por sí mismo (YHWE). Funda ella, además, la indispensable unidad de la idea trascendental de ser, que representa de manera actual, aunque implícita y confusa, a todos los seres finitos en una unidad conceptual relativa: no es una idea unívoca sino análoga<sup>4</sup>, cuyo analogado principal es Dios Creador, Aquel cuya esencia es Ser, sin

---

3. Cf. L. B. GEIGER, *La participation dans la philosophie de Saint Thomas d'Aquin*, 2ª ed. (París 1953) p. 226). Participar no significa ser parte, sino tener parte en el ser.

4. De Pot., 7,7. Sobre la participación –además del libro de cit. de Geiger– véase sobre todo la obra fundamental de C. FABRO, *La nozione metafisica di partecipazione*, Torino, 1960. Cf. Angel Luis GONZÁLEZ, *Ser y participación. Estudio sobre la cuarta via de Santo Tomás de Aquino*, Pamplona, Eunsa 1988. C.CARDONA, *Metafísica del bien y del mal*, Pamplona

restricciones, del cual depende todo el orden de la finitud (los entes creados, que nada añaden a la plenitud desbordante del Ser, la Verdad y el Bien irrestrictos).

Dios nos ha querido hacer partícipes no solo del ser que Él es en plenitud, sino de su obrar providente para cooperar con Él como causas segundas. “Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí mismas –dice el Catecismo de la Iglesia Católica n. 306– “de ser causas y principios unas de otras y de cooperar así a la realización de su designio”, a título de ministros de su providencia (cfr. n. 1884). Santo Tomás llegó a decir que “aquél que no reconoce esta actividad propia de la criatura, participada de la de Dios, está pecando contra la Bondad de Dios.”<sup>5</sup>

K.Barth afirma que "el motivo" –todos los demás le parecen "cortos de vista y poco serios"– por el que un reformado "no puede hacerse católico" está precisamente en un presupuesto o preámbulo de la fe misma: la "analogía entis" que sería la diabólica larva del Anticristo. Creo que es el nominalismo de la filosofía subyacente a la Reforma –confesado por el mismo Lutero– el que impide el acceso noético a la noción de participación, que funda esa analogía, (sin la que no es posible ninguna "analogía fidei")<sup>6</sup>. Pero, sin ella como perspectiva metódica, el verdadero sentido de la mediación materna de María –y la de la Iglesia como comunidad sacerdotal, que de ella deriva–, son imposibles de entender. "Unus Mediator", Sí. Pero aquella mediación participada nada "añade" a la plenitud fontal de Mediación y de gracia capital de Cristo, como la creación nada añade al Ser (no hay "plus entis, sed plura entia"). Aquel "pleroma" de la Cabeza "no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única" (LG,62G).

Se trata siempre de la voluntad divina de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, para que todos cooperaran con El –para decirlo con la conocida formulación de la Encíclica de Pio XII "Mystici Corporis" (AAS,1943,217)– a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención, "no por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada". Tal es la ley de la alianza nupcial de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: esponsales en la Encarnación, bodas en el Calvario, y consumación de la bodas en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y anticipación sacramental de las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf.Ap 21,2).

La iniciativa es del Esposo. Pero la función de la Esposa no es meramente pasiva. Debe aportar "el don de la Esposa", que propiamente no añade nada a la obra

---

1987, 75 ss.; J.FERRER ARELLANO, “Sobre el origen de la noción de Dios y las pruebas de la teodicea”, Anuario Filosófico 1972, 173–208 y *El misterio de los orígenes*, Madrid ., parte III cc. 1 y 2.

Hay una experiencia de la participación ontológica y del Tú divino por connaturalidad con el amor interpersonal en la relación yo–tú descrita por E. LÉVINAS, C. MARCEL, M. BUBER, etc. Cfr.. J.FERRER ARELLANO, *Metafísica de la relación y de la alteridad* Pamplona 1998); “Amor y apertura a la trascendencia”, en *Anuario filosófico* II (1969) 125–136.

5. *Contra Gentes*, 3, 6, 9.

6. Cf. K. BARTH, *Ibid*, II–1, sec.27 p.253.

salvífica de "Unus Mediator", pues de ella participa y muestra su necesidad. Suscita, con su sacrificio Redentor, una participación en su plenitud de Mediación y de Vida en la Esposa que adquiere en el trono triunfal de la Cruz, a la que capacita, enriqueciéndola con "dones jerárquicos y carismáticos" (LG 64), para tener parte en la obra de la Redención. De ahí la asociación de María como nueva Eva en la Obra de la Salvación; y de manera derivada, de la Iglesia, que participa en su misterio, reflejando su imagen trascendente de mediación materna y de santidad inmaculada.

La imagen de la Mujer-Esposa Madre y Virgen (la "Hija de Sión" bíblica) alude, precisamente, al "misterio" (Ef 5,32) de María, y al más íntimo misterio de la Iglesia, verdadera razón formal de su existencia, como culminación que es del misterio de la "alianza". De ahí la importancia de la noción bíblica de la Mujer, la Madre del Mesías, a cuya imagen, la Iglesia, Esposa del nuevo Adán, coopera –como nueva Eva– con el nuevo Adán en la restauración de la vida sobrenatural perdida (Gen 3, 15, Apoc 12). Los tres "und" (et) que –al decir de K.Barth– separan de la dogmática católica a un reformado (al "Sola gratia" –gracia "y" cooperación humana–; al "sola fide" –fe "y" obras–; al "sola Scriptura" –Escritura "y" la cooperación eclesial, mediante la Tradición y el Magisterio–)<sup>7</sup> no son sino tres dimensiones de un mismo misterio de participación de la plenitud de mediación y de gracia de Cristo, el único Mediador. Aquel "pleroma" (plenitud) de la Cabeza en su consumación Pascual "no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única" como dice la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II (LG 62g), aludiendo la mediación materna de María y la mediación sacerdotal de la Iglesia, común y ministerial, que difieren entre sí no sólo de modo gradual sino esencial. (Lutero sólo admitía el sacerdocio común de los fieles –que no es propiamente una mediación salvífica– y negaba el sacerdocio ministerial).

Es –digámoslo una vez más– la ley de la alianza nupcial, que ha sido justamente calificada como síntesis de toda la Historia de la salvación, expresada en la aportación de la Esposa, mediadora partícipe de la plenitud de mediación del Esposo, en la comunicación salvífica de la Historia de aquella plenitud de verdad y de vida que nos ha merecido en la Cruz. Una plenitud de mediación y de gracia de Cristo Cabeza, participada por María en el misterio de su mediación materna, y por la Iglesia en el misterio de su mediación sacerdotal en la cual se ejerce aquella materna mediación, cuya raíz última está en la solidaridad de Cristo, en virtud del fiat de la Encarnación, con todos los hombres llamados a ser hijos de Dios, partícipes de la Filiación del Unigénito del Padre, primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29), en el seno maternal de la nueva Eva.

Supuesta esta doctrina, puede responderse de modo convincente a la pregunta de por qué habríamos de recurrir a la mediación de María si no añade valor alguno nuevo a la de Cristo. La respuesta –afirmaba acertadamente C. Pozo– es clara: por respeto a la realidad tal y como la descubrimos en la revelación del plan salvífico de Dios, que ha querido contar con la cooperación de sus criaturas –dignificándolas– para que se realice la obra de la salvación. El hombre ha de llegarse a Cristo en y por la Iglesia, aunque ésta no representa valor alguno sobreañadido a Cristo; o más radicalmente, el hombre ha de contar con la creación, aunque ella no añade perfección alguna a la perfección infinita de Dios.

Esta noción que sólo puede aplicarse, en su sentido estricto, a la relación entre las criaturas y Dios, se explica en el texto conciliar con dos ejemplos: la participación

---

7. K..BARTH, *Kirch. Dogm.* I,I; Zürich 1964,8 ed,VIII–IX.

del sacerdocio de Cristo en el sacerdocio de los fieles y en el sacerdocio ministerial (2) y la participación de la bondad de Dios en las criaturas por la creación. Los escolásticos insistieron en una distinción que, a primera vista, puede parecer un juego de palabras y que, sin embargo, expresa una concepción profunda. Por la creación comienza a haber “más seres”, pero no “más ser”; es decir, por la creación se dan más seres con perfección, pero no más perfección en el conjunto. Este concepto de participación, en el sentido explicado, ha de aplicarse a la mediación de María; Cristo y María son “más sujetos” de mediación (de una mediación única que está en Cristo como en fuente y en María por participación), pero “no más poder de mediación” que Cristo solo.<sup>8</sup>

Supuesta esta doctrina, puede preguntarse por qué habríamos de recurrir a la mediación de María si no añade valor alguno nuevo a la de Cristo. La respuesta es clara: por respeto a la realidad. El hombre ha de llegarse a Cristo en y por la Iglesia, aunque ésta no representa valor alguno sobreañadido a Cristo; o más radicalmente, el hombre ha de contar con la creación, aunque ella no añade perfección alguna a la perfección infinita de Dios. Se trata de una cuestión de respeto a lo real. De la misma manera, por respeto a las realidades de la economía sobrenatural el hombre tiene que contar con María en su camino para la salvación. Tiene que contar con ella en su vida espiritual, como también tiene que contar con la Iglesia y la comunión de los santos que la realidad eclesial implica. Sin embargo aunque nadie está obligado a una devoción o culto peculiar a un santo concreto, la devoción a la Santísima Virgen no es potestativa, porque se encuentra en un plano singular, porque ella –y sólo ella (no los demás santos)– intercede sobre las gracias en cuya adquisición colaboró, y las dispensa como tesorera de Dios.

Dios se complace en el enaltecimiento de sus criaturas haciéndolas partícipes de su causalidad creadora y de la realización de su plan salvífico. Esta perspectiva nos muestra la fascinante belleza del plan salvífico de Dios expresado en la clásica fórmula “nadie tiene a Dios por Padre, si no tiene a María (tan marginada hoy por una teología racionalista demasiado extendida) y –derivadamente– a la Iglesia por Madre.

La mediación materna de María es, además –he aquí una razón de conveniencia– una mediación “ad melius esse”, en cuanto fomenta la unión con Cristo Redentor haciéndola más dulce y atractiva: “La mediación de Cristo por medio de su humanidad se irradia en el corazón de la Virgen, que en el cielo también continúa su acción maternal junto a su Hijo glorioso, alcanza así a toda la humanidad hasta el fin del mundo, de modo que cualquier hombre puede sentirse presente en su corazón junto a Cristo, su Hijo Redentor, que se complace en suavizar todos sus gestos salvíficos con la dulzura de un corazón de Madre”.<sup>9</sup> Cuando, pues, nos dirigimos a estos intermediarios, no es por falta de respeto o de confianza en Dios en Cristo, sino para reconocer y respetar el sapientísimo plan de su gobierno del mundo que se complace en dignificar sus criaturas haciéndolas participar como causas segundas de la ejecución del plan de su providencia que “no excluye, sino que suscita entre las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente” (LG 62) (cf. RM, 38).

### ***3. El fundamento de la mediación de María es su maternidad integralmente considerada con la consiguiente plenitud de gracia y de verdad***

---

8. Cf. C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, 166 ss.

9. P. PARENTE, *María con Cristo, en el designio de Dios*, Madrid 1987, 92.

Cristo hombre se constituye en mediador en virtud de la unión hipostática, en cuanto le capacita para ejercer su misión redentora como sacerdote, profeta y rey. De manera análoga, María Santísima se constituye en mediadora nuestra por su asociación al orden hipostático en virtud de su maternidad divina adecuadamente considerada; es decir, en cuanto –teniendo en cuenta el fin salvífico de la Encarnación, redentora, al que se adhirió María con su libre consentimiento, de Nazaret al Calvario– queda constituida en corredentora nuestra, con plenitud de gracia en orden de cooperar a la restauración de la vida sobrenatural de las almas: “Si ella fue la primera en experimentar en sí misma los efectos sobrenaturales de la única mediación de Cristo (evidente alusión a la redención preservativa por la que fue inmune al pecado original –ya en la anunciación había sido saludada como “llena de gracia”–) fue para disponerla a ser digna Madre de Dios Redentor en cuanto tal; es decir, “para cooperar con Cristo, único mediador de la salvación humana. Y tal cooperación es precisamente esta mediación subordinada a la mediación de Cristo” (RM, 39). “Su “plenitud de gracia”... la preparaba cada vez más a ser para los hombres “madre en el orden de la gracia”. Esto indican, al menos de manera indirecta, algunos detalles anotados por los Sinópticos (cfr. Lc 11, 28; 8,20–21; Mc 3,25–35; Mt 12,47–50) y más aún por el Evangelio de Juan (cfr. 2,1–12; 19,25–27)”. (Cf. RM, 39cd) que fueron comentados en la I parte (cf. III).

A este respecto dice Santo Tomás que Dios da la gracia a cada uno según el fin para el cual lo escoge (3 q. 27 a. 5 ad 1 y passim). Y una gracia de la Corredentora sin esta ordenación divina al mérito de la gracia y a la satisfacción por el pecado de los demás sería un verdadero contrasentido<sup>10</sup>. Según el principio paulino (cf 1 Cor 12, 4 ss) de que a cada función específica dentro del cuerpo místico de Cristo corresponde una gracia también específica, en María –a semejanza de Cristo– había una gracia no sólo para su santificación propia, sino también para la santificación de todos los demás. Continuando la analogía con Cristo, si su gracia se denomina “gracia capital” (porque en virtud de su ordenación al mérito de la gracia para los redimidos y a la satisfacción por el pecado, transmite la vida divina desde Él, que es la Cabeza, a todos los miembros del cuerpo místico), la gracia específica de María ha sido acertadamente denominada “gracia maternal” que expresa con propiedad la misión singular de influjo en la regeneración de los hombres. Así como Cristo es en todo y para todo Cabeza y origen vivificante de la humanidad, así María es en todo y para todo Madre en el orden de la gracia.<sup>11</sup>

#### ***4. El “fiat” como expresión de amor sponsal: la fecunda virginidad de María***

---

10. De esta ordenación divina de la gracia de María a merecer la gracia y satisfacer por el pecado de los demás deduce el P. Cuervo en sus actos corredentivos un valor de verdadera condignidad, tanto en el mérito de la gracia como en la satisfacción por el pecado inferior al de Jesucristo, que es de justicia estricta, pero superior al nuestro que, tratándose de los demás, sólo podemos merecer para ellos la gracia con un mérito congruo. La Virgen pertenece en efecto, a un orden muy superior al nuestro, hipostático relativo, e inferior al de Jesucristo, que es el hipostático sustancial. (cf. CUERVO, *Maternidad divina y corredención mariana*, Pamplona 1967; B. LLAMERA, “El mérito corredentivo de María”, *Est. Mar.*, 1955, p. 83s.).

11. Cfr. LLAMERA, *Ibid.*; IBÁÑEZ–MENDOZA, *o.c.*, 118.

La dimensión corredentora de la mediación de María (RM nn. 38 d y 39) ha sido ya sustancialmente expuesto en la I parte. Por esta razón aquí vamos a tratar más específicamente en la actitud espiritual de la “esclava del Señor” que “reune en sí misma el amor propio de la virginidad y el amor característico de la maternidad unidas y como fundidas conjuntamente” (RM, 39). Veamos la implicación de ambas.

“La elección al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios a nivel ontológico, se refiere a la realidad misma de la unión de las dos naturalezas en persona del Verbo (unión hipostática). Este hecho fundamental de ser la Madre del Hijo de Dios supone, desde el principio, una apertura total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión” (RM, 39). “María da su consentimiento a la elección de Dios, para ser la Madre de su Hijo por obra del Espíritu Santo. Puede decirse que este consentimiento suyo para la maternidad es sobre todo fruto de la donación total a Dios en la virginidad. María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios guiada por el amor sponsal, que “consagra” totalmente una persona humana a Dios. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo la virginidad. Las palabras “he aquí la esclava del Señor” expresaban el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como donación total de sí, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo. Y toda su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo, la vivió hasta el final de acuerdo con su vocación a la virginidad. “Pero si la virginidad, como fiel respuesta a su vocación de tal, fructífera en “maternidad según el Espíritu”, considerada como don de Dios es consecuencia de su elección a la Maternidad divina. La maternidad plenamente virginal de María, considerada en toda su realidad, tiene un aspecto de total dedicación de María a su Hijo, que es Dios (lo cual está implicado en los postulados morales de la dignidad de Madre de Dios), y un aspecto de integridad corporal que tiene analogía con la generación eterna, sin corrupción, por la que el Verbo procede del Padre. Es interesante subrayar que en el concepto de virginidad de María quedan así íntimamente ligadas la virginidad espiritual por la que se da a su Hijo–Dios con corazón indiviso (cf. 1 Cor. 7, 32 ss.), y la integridad corporal de la virginidad perpetua.

María se presenta a Dios, su Padre, entregándose virginalmente, cuerpo y alma, en su abandono sencillo y total a la divina inspiración desde su infancia sin saber a dónde le conducía. He aquí la primera cooperación de María al don de plenitud de gracia inicial del Padre. A esta misericordia totalmente gratuita María responde abandonándose; es decir, abriéndose a todas las virtualidades de esta misericordia inicial, sin querer limitarlas a su propia comprensión”. (M. D. Philips, “El misterio de María”, parte II c.1).

Esta consagración en el abandono se completa al fiarle a José su secreto –y al hacerlo suyo José– María se liga de modo divino a José. Los dos llevan una vida común totalmente reservada a Dios, en un mutuo abandono divino, ávidos de realizar su única voluntad. Si Dios quiere nuestra cooperación a su acción misericordiosa, es para realizar con nosotros una alianza personal muy íntima, en una donación mutua. En la Anunciación, el Padre manifiesta a María su amor misericordioso dándole su Hijo: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito”. Dándole su Hijo, se da Él. Pero no nos podemos dar a alguien si ese alguien no se dona a su vez. Todo don personal reclama otro don personal. El don personal del Hijo reclama el don personal de María preparado por su donación total en el corazón indiviso de su virginidad, Dios quiere que María se entregue como una madre se entrega a su hijo. María por su “fiat” se dona, se entrega verdaderamente como Madre al Hijo bienamado del Padre. Por su “fiat” coopera eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según la carne: “Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti

y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (umbraculum) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia, porque concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo” (S. Agustín, Sermo 291).<sup>12</sup>

##### ***5. Universalidad de la mediación de María. Su intercesión en el cielo (RM, 40)***

“Con la muerte redentora de su Hijo, la mediación materna de la esclava del Señor alcanzó una dimensión universal, porque la obra de la redención abarca a todos los hombres” y “la cooperación de María participa, por su carácter subordinado, de la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador”. “Después de la Ascensión del Hijo su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo. Se trata ahora, de una mediación correspondiente a la redención aplicativa, por la que distribuye las gracias que han contribuido a adquirir.

“Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndose los dones de la salvación eterna. Con este carácter de “intercesión”, que se manifestó por primera vez en Caná de Galilea... cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada”... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos”.

Por libre disposición de Dios, que quiso asociar a María a la obra de la redención en calidad de Corredentora, ha sido constituida también por el mismo Dios Dispensadora universal de todas las gracias que se han concedido o se concederán a los hombres hasta el fin de los siglos. Roschini aduce una serie abrumadora de testimonios de la tradición cristiana, empezando por San Ignacio Mártir (siglo I) y terminando con los mariólogos del siglo XX, que no sólo admiten explícitamente la verdad de que María es distribuidora universal de todas las gracias, sino que la consideran verdad de fe, o próxima a la fe, o, al menos, definible por la Iglesia. Por “todas las gracias” se entiende la gracia santificante, las virtudes infusas teologales y morales, los dones del Espíritu Santo, las gracias actuales, los dones carismáticos y aun los favores temporales que de algún modo influyen en nuestro fin sobrenatural. En resumen, todo lo que produce, conserva, aumenta o perfecciona la vida sobrenatural del hombre. Esto se extiende universalmente a los beneficiarios de la misión de María, porque afecta a todos los seres humanos de todos los tiempos e incluso a las almas del purgatorio. Los que vivieron en tiempos anteriores a María recibieron las gracias en vista de sus futuros méritos; los que viven después de ella, especialmente después de su ascensión a los cielos, reciben todas las gracias mediante su intercesión actual, y muy probablemente mediante su causalidad física instrumental. Además, esta doctrina no significa que la intercesión de nuestra Señora deba ser invocada como requisito necesario para recibir las gracias. Ya la invoquemos directamente o dirijamos nuestras peticiones a Cristo o a algún Santo, en todos los casos se nos concederá la gracia a través de María —que conoce en su Hijo todas nuestras necesidades— de modo secundario y subordinado a Cristo.

---

12. Cfr. M.D. PHILIPS, *Ibid.*

## 6. *Realeza universal de María (RM, 41)*

“La verdad de la Asunción, definida por Pío XII, ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que expresa así la fe de la Iglesia: “Finalmente la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena fue asunta al en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemeje de forma más plena a su Hijo, Señor de señores (cfr. Apc 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte” (RM 41). Ese principio de semejanza o analogía con Cristo Rey, fue desarrollado por el mismo Pío XII en la Enc. “Ad Coeli Reginam” (1954), siguiendo la pauta de “quas primas”<sup>13</sup>.

### a) *Fundamento*

“Debe ser llamada Reina la Beatísima Virgen María, no sólo por razón de su maternidad divina, sino también porque, por voluntad divina, tuvo parte excelsísima en la obra de nuestra eterna salvación” y por consiguiente a título de conquista, por su asociación a Cristo en la redención del género humano en cuya virtud “Ella puede dispensar los tesoros del reino del divino Redentor por la eficacia inagotable de su materna intercesión con su Hijo y con el Padre”. De estos dos títulos de realeza señalados por Pío XII, la RM glosa el 2º: la mediación corredentora.

“Cristo habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (cfr. Phil 2, 8–9), entró en la gloria de su reino”... “La Madre de Dios es glorificada como “Reina universal”, la que en la anunciación se definió como “esclava del Señor”, fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera “discípula” de Cristo que “no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20, 28). La gloria de servir no cesa de ser su exaltación real; asunta a los cielos, ella no termina aquel servicio suyo salvífico, en el que se manifiesta la mediación materna, “hasta la consumación perpétua de todos los elegidos”. Su unión con el Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino. María participa pues del poder real de Cristo en sentido propio no sólo metafórico (como “la rosa es reina de las flores”) que ejerce en “un servicio salvífico” orientado a “la plenitud consumada del reino”.

### b) *Naturaleza de su realeza*

Es habitual en los mariólogos establecer un paralelismo analógico entre María y las reinas de la tierra, reina y madre o reina consorte. Recientes estudios de teología bíblica sobre las instituciones del “reino de David” han puesto de relieve la categoría de reina–madre (“gebirá”), que era cargo oficial de singular relieve y dignidad, a diferencia

---

13. Sólo a Dios, como autor de todas las cosas, conviene esencialmente la realeza universal sobre toda la creación, a la que gobierna y conduce a su fin. Cristo hombre y María participan de ella, con total subordinación de María a Jesús.

de la reina-esposa. Betsabee es el primer caso de “gebirá” atestiguado en la Escritura. He aquí como describe su situación frente a David, de la que era esposa: “entró Betsabee a donde el rey en su cámara... y se inclinó y posternó ante el rey” (1 Re 1, 15 s). Por el contrario, ya “gebirá”. De nuevo se describe un encuentro con el rey: “se llegó al rey Salomón... que se levantó a su encuentro, se inclinó ante ella... e hizo sentar a la reina a su diestra” (1 Re 2, 19). La “gemirá” no gobierna propiamente, pero tiene gran poder de intercesión en el mismo pasaje leemos: “Pide, madre mía; pues nada te he de rechazar”. (1 Re 2, 20).

La Iglesia es continuadora del reino de David, y no puede menos de reconocerse un cierto paralelismo entre aquel y el reino mesiánico. Cristo es el único rey de su Iglesia, pero junto a Él encontramos la reina, prefigurada por la “gebirá” de la dinastía davídica. María es la reina madre de la Iglesia que, después de haber intervenido activamente en la constitución de Cristo mediador como rey por su cooperación en la encarnación redentora, ejercida su función, con su omnipotencia suplicante, en una constante intervención en nuestro favor. (Cf. C. Pozo, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, cit. p. 163 ss).

Sin embargo, no parece legítima la interpretación de C. Pozo de esta tipología bíblica, según la cual María no gobierna (“sólo intercede: lleva las necesidades de sus hijos con corazón materno ante el rey” p. 164). Esta es la opinión de un buen número de mariólogos, quizá por poner más el acento en la analogía con las reinas de este mundo que en la que recomienda Pío XII como primordial, entre Cristo y María. La realeza de María pertenece a un orden inmensamente superior y trascendente –llamado hipostático relativo–, que nada tiene que ver con las realezas de la tierra. Por ese motivo parece mejor fundada la opinión según la cual, en sentido analógico y en plena dependencia y subordinación a la realeza de Cristo, corresponde también a María la triple potestad legislativa, judicial y ejecutiva en el reino de Cristo.

La participación de la Santísima Virgen en el poder legislativo del reino de Cristo se da tanto en el orden de los preceptos o directrices (p.e., instruyendo a los apóstoles en la Iglesia naciente sobre los misterios revelados, mostrando a todos el camino hacia la santidad por el ejemplo de sus virtudes, mariofanías, etc) como en el orden interno del influjo de la gracia en la intimidad del espíritu. Como dice Santo Tomás la ley nueva del reino de Cristo, es ante todo, la gracia. Los preceptos lo son sólo secundariamente. Es la gracia la que mueve a los súbditos de este reino a conformarse con la voluntad del legislador (cf I-II 10 I). Ahora bien, María Reina, participa directamente del poder legislativo del Rey en la medida en que participa en la adquisición y distribución de la gracia.

La influencia de intercesión de María ante el Rey es tan poderosa que se ha comparado su función a un verdadero poder participado indirecto o análogo –como tesorera que distribuye todos los dones salvíficos– que incluye también las funciones judiciales y de ejecución soberana del plan divino de salvación.

Algunos niegan que María participe en el poder judicial alegando que Cristo se ha reservado el ejercicio de la justicia, dejando a María únicamente el oficio de “mater misericordiae”. Pero no se tiene en cuenta que la justicia divina siempre está animada por la misericordia (incluso los condenados son castigados *citra condignum*, y que la justicia no puede faltar en María, siendo la “vindicativa” una de las especies de la misma que consiste en el castigo de los culpables “¿por qué María Reina no ha de cooperar con Cristo en el ejercicio de la justicia retributiva de los buenos, aunque Él la dispense del ejercicio de aquella?”. Así parecen sugerirlo las palabras de la Encíclica que comentamos: del mismo modo que María “como madre-virgen estaba

singularmente unida a Él en su primera venida, por su cooperación constante con Él lo estará también a la espera de la segunda; “redimida de modo eminente, en la previsión de los méritos de su Hijo”, ella tiene también aquella función, propia de la Madre, de mediadora de clemencia en la venida definitiva, cuando todos los de Cristo revivirán, y “el último enemigo en ser destruido será la muerte” (1 Cor 15, 26)” (RM, 41b)”.



## CAPÍTULO V

### MARÍA SANTÍSIMA TIPO O FIGURA DE LA IGLESIA (nn. 42–44)

Veámos en el tema anterior que María es Madre espiritual de los hombres y reina del universo, en virtud del ejercicio de su mediación corredentora, en la que quedó constituida, ontológicamente, por su libre aceptación de la maternidad divina de Cristo redentor a la cual había sido predestinada. Muy significativamente, este primer apartado de la III parte de la Encíclica titulada “mediación materna” es encabezado con el título “María, Esclava del Señor”; como queriendo subrayar que es precisamente la fe obediente de María, desde el “fiat” al Calvario, –con la esperanza y el amor– la razón formal de su cooperación a la restauración de la vida sobrenatural de las almas (cf. LG, 61).

En el segundo apartado de esta III parte, titulado “María en la vida de la Iglesia y de cada cristiano”, se expone, en la “nueva luz que el Concilio Vaticano II, siguiendo la tradición, ha dado sobre el papel de la Madre de Cristo en la vida de la Iglesia”, y de cada cristiano en Ella, el doble aspecto de esta función maternal: ejemplaridad, como modelo y figura de la Iglesia; y verdadera eficiencia al menos moral, intercesora; pero según numerosos autores también de verdadera instrumentalidad física. La naturaleza humana asumida por el Verbo es constituida –en efecto– en “órgano”, instrumento de mediación del Verbo para librar a las almas del pecado y enriquecerlas con la gracia<sup>1</sup>. Esta fuerza redentora surge del Verbo y pasa a través de su humanidad, para alcanzar y devolver la salud a las almas. La humanidad del Salvador es “instrumento unido” del Verbo: como irradiación de ella fueron instituidos los Sacramentos, “instrumentos separados” de salvación. La Iglesia misma es “instrumento universal de salvación”; “como un sacramento o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG, 1) que actúa en los sacramentos “raíz y culminación de toda la actividad salvífica de la Iglesia” (SC, 10). Con una maternidad derivada de la de María.

En esta estructura se inserta, en efecto, la Santísima Virgen Corredentora, que es como un instrumento inefable de gracia, en la que se refleja la condición de la humanidad de Cristo, instrumento unido del Verbo y fruto de su divina Maternidad. El Verbo, Hijo de Dios, se sirve de su humanidad como instrumento unido, sostenido y dominado por el Verbo en el ser y en la actividad y subordinadamente de la Virgen Madre, íntima e indisolublemente unida a esa sagrada humanidad como “socia Christi” en el ser y en el obrar; y finalmente de las acciones sacramentales de la Iglesia. “Todo latido de la acción redentora surge del Verbo y pasa a través a María a los sacramentos para llegar a las almas” (cf. P. Parente, o.c., p. 135).

---

1. S. Máximo puso en claro, en la controversia monotelita, que Cristo hombre está movido por el Verbo (theokinete) como principio hegemónico de su actividad. Es, en célebre expresión de Damasceno, *organon te theiotetos*: instrumento de la divinidad (De fide ort. III, 14). La doctrina de St. Tomás sobre este punto está inspirada en los Padres.

María es, pues, mucho más que “tipo” o modelo de la Iglesia: es Madre de los hombres, en y a través de la maternidad de la Iglesia, en la cual “se derrama su maternidad” en virtud de su cooperación en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. “Es madre nuestra (la Iglesia) porque recibe la cooperación del materno amor de María en su generación y desarrollo” (RM, 44). Su fecundidad de esposa de Cristo brota de la fecundidad de María. “Una sola fecundidad que se desarrolla a través de dos tálamos, el de María y el de la Iglesia: la maternidad de la Iglesia es fruto de la maternidad de María, Madre de la Iglesia” que “derrama” su maternidad espiritual en ella.

Será tema del próximo capítulo, cuya íntima conexión con éste, no consiente una tajante separación: pues si la Virgen es, ciertamente, modelo, no lo es en el sentido del modelo que tienen delante los artistas cuando producen una obra.

Mejor que de modelo podríamos hablar de molde.<sup>2</sup> Pero de ese molde que Dios ha querido sea el seno femenino donde se moldea un ser humano. Porque la Virgen María es Madre de la Iglesia.

El Pseudoagustín llama a María “forma Dei”, molde viviente del Unigénito de Dios, primogénito entre muchos hermanos, donde se “formó” la Cabeza del resto de la descendencia espiritual de la Mujer. San Luis María GRIGNON DE MONFORT completa esa idea luminosa atribuida durante siglos al santo Doctor –en perfecta congruencia, por lo demás, con su eclesiología– en su conocida obra *El secreto de María* (Obras BAC., 288) escribiendo: “cualquiera que se mete en este molde y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo”. Alude en lenguaje popular y muy sugerente al misterio de la mediación materna de María.

El Espíritu Santo, en la Inmaculada y a través de la Inmaculada,<sup>3</sup> plasma en cada uno de nosotros, en el seno materno de la Iglesia, la semejanza del Verbo encarnado, comunicándonos la filiación al Padre participada de la del Unigénito del Padre y primogénito de la Mujer –la vida de la gracia– y haciéndonos también partícipes de su mediación, según la imagen de la Mujer, en su misterio de materna mediación, para cooperar también –con “alma sacerdotal” mediante el don de la Esposa– en la obra de la salvación de nuestros hermanos –en una reciprocidad de servicios “organice structa” de dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4) en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia institución– y de la consiguiente renovación del mundo, expectante también, en los dolores de parto, de la plena manifestación de los hijos de Dios que le librarán de la servidumbre de la corrupción, para participar, en un universo renovado, en la libertad y gloria de los hijos de Dios (Cf. Rom 8,20–21).

Es muy ilustrativa, a este respecto, esta reflexión de San Maximiliano María Kolbe: “Cristo se encuentra dentro de su palacio real, no fuera de su morada, sino dentro, muy dentro de sus estancias” (María). “Nosotros debemos buscar a Jesús por medio de Ella y no en otro lugar, sino solo en Ella. Pasemos con una al otro, pero no de

---

2. San Agustín llama a María “forma Dei”, molde viviente de Dios. San Luis M. G. de Montfort comenta “cualquiera que se mete en ese molde y se deja manejar recibe allí.

3. El Pseudoagustín llama a María “forma Dei”, molde viviente del Unigénito de Dios, primogénito entre muchos hermanos, donde se “formó” la Cabeza del resto de la descendencia espiritual de la Mujer. San Luis María GRIGNON DE MONFORT completa esa idea luminosa atribuida durante siglos al santo Doctor –en perfecta congruencia, por lo demás, con su eclesiología– en su conocida obra *El secreto de María* (Obras BAC. p.288) escribiendo: “cualquiera que se mete en este molde y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo”. Alude en lenguaje popular y muy sugerente al misterio de la mediación materna de María.

una al otro”. (Cf. SK, I, p. 132). El único mediador es Cristo, pero en y con María, pues siempre está en María y obrando junto a Ella para conducirnos a Él. Cristo está siempre en María a la que hace partícipe de su propia función mediadora en el orden de la salvación que alcanza a todos y cada uno de los hombres y los ángeles –uno a uno– de modo inmediato y directo. Es, pues, Mediadora en el Mediador en tanto que participa –de modo subordinado– de la plenitud desbordante del “Unus Mediator” –no sólo en la realización de la Redención, como Corredentora, en el orden de la mediación ascendente– sino también en la distribución de sus frutos –en el orden de la mediación descendente– de la aplicación de la salvación –como Madre de la divina gracia– (en tanto que nos las obtiene como Intercesora o Abogada (Reina del Corazón del Rey) y es cauce de su donación.

### ***1. La Santísima Virgen como tipo o imagen perfecta de la Iglesia en el orden de la fe, la caridad y la perfecta unión con Cristo (RM, 42 ab)***

“La Bienaventurada Virgen, por el don de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamente a la Iglesia. La Madre de Dios es tipo de la Iglesia, a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo”. En el cap. IV ya fundamentamos que está presente la Santísima Virgen en medio de la Iglesia peregrina tanto por su ejemplaridad como por una razón de eficiencia en la vida que la anima, cuya raíz y fundamento permanente es, según el Concilio tridentino precisamente la ‘fe’. “Siendo Virgen, creyó que concebiría y daría a luz a Jesús (Dios que salva)... Como esclava del Señor permaneció perfectamente fiel a la persona y a la misión de este Hijo, a lo largo de toda su peregrinación de fe”. “Es también modelo de la esperanza que no desengaña (Rom. 5,5)” (cf. RM, 42, ab).

En la I parte ya tratamos ampliamente de la fe de María. La ‘esperanza’ brota de la fe. Quien cree con firmeza en las promesas de un Dios infinitamente bueno, poderoso y fiel, espera también con firme esperanza el objeto de sus promesas, el cielo y los medios necesarios para alcanzarlo. En cuanto Madre de Dios, lo poseyó de una manera completamente singular sobre la tierra, como algo suyo. ¿Se podría imaginar que no había de poseer de esta manera singular, perennemente, también el cielo?.

Esperó, pues, el cielo con motivos del todo particulares y también recibir de Dios los medios precisos para llegar a él. No tenía ningún obstáculo que se opusiera a esta virtud; en Ella no hubo ni el más mínimo apego ya que estaba continuamente con el corazón en el cielo, total y perennemente abandonada en los brazos paternos de Dios. Esta precisamente fue su actitud ante la proposición del ángel el día de la Asunción, ante las angustias de su esposo San José; ante la improvisada orden de huir a Egipto para salvar la vida del Niño Jesús de las amenazas de Herodes; en las bodas de Caná, cuando pidió a Jesús el milagro de la conversión del agua en vino. Siempre y en todo el abandono confiado en Dios, la seguridad en su ayuda en el momento oportuno. Lo mismo que Abraham, esperó siempre, esperó contra toda esperanza (Rom 4, 18), especialmente allá en la cumbre del Calvario. Y jamás quedó confundida. “Aunque Dios me quite la vida, en Él esperaré” (Job 13, 15).

Su esperanza, sin embargo, su abandono en Dios, no fue una esperanza ni un abandono inoperante. Todo lo contrario. Cuando perdió a Jesús, de doce años, en el

templo, esperó firmemente que Dios haría que lo encontrase; pero no omitió, de su parte, el buscarlo asidua y diligentemente hasta que lo encontró.

Su ‘caridad’, su amor a Dios por Él mismo y a las almas por Dios, superaba desde el principio la caridad final de todos los santos reunidos, puesto que se daba en el mismo grado en que poseía la plenitud de gracia, estando siempre María íntimamente unida al Padre como su hija predilecta, al Hijo como su Madre Virgen estrechamente unida a su misión, y unida al Espíritu Santo por un matrimonio espiritual que superaba con mucho al que han conocido los más grandes Santos. María era, en un grado que nos es imposible entrever, el templo viviente de la Santísima Trinidad. Dios la amaba ya más que a todas las restantes criaturas juntas y Ella respondía perfectamente a este amor, habiéndose consagrado plenamente a Él desde el primer instante de su concepción, viviendo en la más completa conformidad de voluntad con su beneplácito de manera continua, más especialmente cuando consagró totalmente a Dios su virginidad. Esta caridad creciente con divina progresión fue verdadero amor maternal desde su libre aceptación a ser Madre de Dios Redentor hasta el Calvario cooperando en toda la misión del Salvador con sus oraciones y sufrimientos; colmándose “cada vez más de “ardiente caridad” maternal hacia todos aquellos a los que estaba dirigida la misión de Cristo” (RM, 39c), pero fue al pie de la cruz cuando “emerge de esa definitiva maduración del misterio Pascual” (RM, 23b), alcanzando la mediación materna de la esclava del Señor “una dimensión universal” (RM, 40a) al ofrecer a su Hijo en sacrificio y participar de todos sus sufrimientos por la gloria de Dios, con espíritu de reparación y por la salvación de todos. Incluso en el momento en que oyó los gritos: “Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos” Ella se unía a la oración del Salvador por sus verdugos: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (LC 23, 34). (cf. R. Garrigou Lagrange, o.c., p. 163). “Es, en verdad, “Mater pulchrae delectionis”.

Ninguna pasión desordenada, ninguna vana inquietud, ninguna distracción, venían a atenuar el ímpetu de su amor por Dios; y su celo por la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG, 61) era proporcional a ese impulso, y se ofrecía incesantemente y ofrecía a su Hijo por nuestra salvación. “Nuestra Madre –desde la embajada del Ángel hasta la agonía al pie de la Cruz– no tuvo más corazón ni más vida que la de Jesús” (San Josemaría E. *Vía Crucis*, 114).

La razón en virtud de la cual la creciente caridad de María fue desde el “fiat”, verdadero amor maternal, es su radicación en la gracia maternal corredentora, participación de la gracia capital de Cristo redentor, que brota de su divina maternidad. Por ella ‘su unión con Cristo’ –“cor unum et anima una” (Act. 24, 32), en el ser y en el obrar– llegó en la Asunción a una consumación gloriosa de la máxima intimidad e intensidad compatible con la distinción escatológica en capitalidad de Cristo, exclusiva de la “llena de gracia”– es la raíz de la distinción entre la mediación materna y la mediación de los Santos en la gloria y de los justos en la Iglesia terrestre, pues forma con Cristo un solo instrumento “dual” de la donación del Espíritu Santo a la Iglesia.<sup>4</sup>

---

4. Cfr. F. OCÁRIZ, “La Mediazione materna”. *Romana*, 1987, II., 317. El A. juzga demasiado débiles y metafóricas expresiones tales como “cuello” o “acueducto” para referirse a la distribución de gracias de María mediadora. “No parece infundado atribuir un significado más profundo al de una simple “apropiación” a expresiones tradicionales como la de San Andrés de Creta, según el cual María es “La Madre de la cual proviene sobre todos el Espíritu”. Y es justamente la noción de participación “Koinonia” la que permite afirmar la participación de María en la capitalidad de Cristo, y gracia, sin que ello suponga una duplicidad de fuentes o de cabezas”. Aunque la santificación es ‘acción’ divina “ad extra”, y por ello común a las tres Personas, tiene como ‘término’ la introducción de la criatura en la vida trinitaria, pues la gracia

Por esta razón “María está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los Santos, y su misma “unión con el Hijo” en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, cuando “Dios sea todo en todas las cosas”. Es decir, que la unión de María con Cristo es la raíz más profunda de la presencia de ejemplaridad y de influjo santificador de María en la Iglesia, y del carácter derivado de la maternidad de la misma respecto a la mediación maternal de María. (cf. RM 41 d)

“Mientras la Iglesia en la persona de la Bienaventurada Virgen, ha llegado ya a la perfección de no tener ya mancha ni arruga, los cristianos todavía han de esforzarse por vencer el pecado y crecer en santidad; y por ello levantan sus ojos hacia María que va brillando ante ellos como ejemplar de virtudes. La iglesia meditando piadosamente en Ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, en actitud de veneración... cuando se predica de Ella y se la venera, con ello se impulsa a los fieles a incorporarse al Sacrificio de su Hijo y al amor del Padre. Y la Iglesia en busca de la gloria de Cristo se asemeja cada día más a su excelso Modelo, progresando de continuo en la fe, la esperanza y la caridad, al mismo tiempo que busca y sigue en todo la voluntad divina” (LG, 65 cit. en RM 44).

## ***2. Importancia del culto a María para la imitación de su ejemplaridad. Invocación e imitación. (RM, 42c)***

“Por estos motivos (la ejemplaridad de María) –continúa la Encíclica– es honrada con especial culto por la Iglesia, ya desde tiempos más antiguos con el título de Madre de Dios”. Es un culto del todo particular, llamada por la teología clásica de hiperdulía, inferior a la adoración, sólo debida a Dios, pero superior a la veneración que conviene a los santos, fundado en la dignidad en cierto modo infinita que le confiere su pertenencia al orden hipostático. Es un culto que comprende, con el honor y el amor al que es por excelencia la “amada de Dios”, “la súplica en las necesidades y peligros de los fieles” (RM 42c) y la imitación. A ella alude la Encíclica cuando dice que “ese culto del todo particular debe expresar aquel profundo vínculo que de María con la Iglesia como modelo perenne o figura de la misma (cf. RM 42c).

En María brilla la “imagen purísima de lo que la Iglesia espera y desea ser”, y dirige su mirada hacia ella como ideal al que tiende su anhelo y esperanza, pues en Ella admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención (cf. SC, 103). Estas palabras no remiten sólo a la consumación escatológica de la Iglesia; expresan también anhelos y esperanzas de su vida en el estadio de peregrinación por cuyo cumplimiento se afana la Iglesia ya en el aquí y ahora de la humanidad histórica. María es “ejemplo y camino” para cualquier hombre y mujer en cualquier condición de vida en que pueda encontrarse como maestra del sacrificio escondido y silencioso, que “santifica las acciones más menudas que algunos consideran erróneamente intrascendentes y sin valor”.

---

es inseparable de las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu Santo. J. M Scheeben cree que la misión de una Persona divina consiste en el hecho de que la criatura participe en ella, por una unión y semejanza participada “propia” a cada Persona: así la unión al Espíritu Santo plasma la semejanza al Hijo, en el cual y por el cual somos hijos del Padre, en María y con María. No solo “apropiada”. (Es un tema en estudio, poco maduro).

Es modelo –en unidad de vida– de alma sacerdotal y maestra de culto a Dios: “como Virgen creyente, que ofrece a Dios un culto de adoración en espíritu y verdad; como Virgen orante con el espíritu transportado de gozo en el “magnificat”, y que intercede en Caná alcanzando el primer milagro de Cristo; como Virgen Madre que con la obediencia de la fe concibió sin concurso de varón por obra del Espíritu Santo al Cristo total; como Virgen oferente, en fin, en la presentación de su Hijo en el templo y, sobre todo, en el ofrecimiento de la pasión de Jesús y su propia compasión cooperando en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (cf. Pablo VI, “Marialis cultus”, 17–20). La Iglesia, también, a imitación de María, es Virgen creyente que se adhiere con toda firmeza a la palabra de Dios; Virgen orante en una interrumpida alabanza y súplica al Padre, sobre todo a través del sacrificio de la Misa; Virgen oferente que en la celebración de ese mismo sacrificio se coinmola siempre con Cristo; y Virgen Madre que engendra hijos para Dios por la palabra y los sacramentos.

El Concilio Vaticano II desarrolla con gran amplitud este tema, mostrando cómo la Iglesia, por todo su ser y en todas las expresiones de su vida, mira a la Virgen María. Si la salvación se consigue por el ejercicio de la fe, de la esperanza, de la caridad, y de la perfecta unión con Cristo, precisamente hacia esos bienes sobrenaturales se orienta la ejemplaridad y la mediación materna de María respecto de la Iglesia (cf. J. Esquerda, “María tipo de la Iglesia”, en “Burgense” 9(1968)25–63.

Los protestantes, en general, no niegan, pero restringen y tergiversan la imitación de la SS. Virgen y rechazan su invocación. Basados en su principio fundamental de la “fe sin las obras”, de la “gracia sola” (pura imputación extrínseca de la justicia de Cristo), sin la cooperación a ella, admiten que la Virgen puede y debe ser imitada en la fe y en la confianza únicamente, ya que en las otras virtudes es en todo semejante a los demás, pecadora y defectuosa como los demás, y más aún que los demás. Lutero por ejemplo, no ha dudado en escribir que: “nosotros somos tan santos como María y como los otros santos por muy grandes que sean, ya que creemos en Cristo”. Erasmo sostuvo, a su vez, que a la Santísima Virgen únicamente le agrada el culto que consiste en la imitación de sus virtudes, de tal forma que sin esa imitación no se puede darse verdadero culto mariano. (cf. Roschini, o.c., t. II, p. 352).

Sin embargo el culto de invocación tiene una razón de ser propia. Debe conducir al culto de la actual imitación y, por eso mismo, debe lógicamente precederlo. Es el que obtiene al pecador la ayuda para abandonar el pecado y practicar la virtud. Los actos de devoción a Ella, y de una manera particular la invocación a Ella, son el camino seguro para alcanzar la meta de actual imitación de sus virtudes. También Ella ha sido enviada para –en unión con su Hijo– “salvar lo que había perecido” (Mt 8, 11). La invocación, si es sincera, va conduciendo como por un plano inclinado a la imitación actual. Cristo ha querido darnos en María un modelo más adecuado a nuestra condición humana, para hacernos más asequible la invitación a su seguimiento. Efectivamente, Cristo es verdadero hombre, pero no mero hombre, por su condición divina. No podía ser, por esta razón nuestro modelo en todo: por ejemplo en la fe y en la esperanza, siendo a la vez viador y comprensor: “La bondad y la providencia divina nos ha propuesto en María un modelo de todas las virtudes creado completamente para nosotros: ya que al contemplarla a Ella y a sus acciones, no quedamos como deslumbrados con el fulgor de la majestad divina, sino que, animados con la unidad de la común naturaleza, nos sentimos más arrastrados a la imitación”. (León XIII, Encíclica “Magnae Dei Matris” (1892)).

Pero por encima de esta razón de condescendencia a nuestra condición, “el culto a María procede de la fe auténtica en el plan de salvación establecido por Dios, que nos

induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes"... "Por este motivo, principalmente a partir del Concilio de Efeso, ha crecido maravillosamente el culto del Pueblo de Dios hacia María en veneración y en amor, en la invocación e imitación" (LG, 67 y 66).

La verdadera devoción no consiste por ello en sentimentalismo estéril y transitorio ni en vana credulidad (LG, 67). Las deformaciones y defectos se dan en el culto mariano como en todos los órdenes de la vida. Pero como observa A. Bandera hay más superficialidad, vana credulidad y sentimentalismo en quienes pretenden desacreditarlo y oscurecerlo: vana credulidad en ídolos del momento y sentimentalismo incapaz de un razonamiento serio, que no profundiza en el plan de Dios ni lo respeta. "La devoción a la Virgen no es algo blando o poco recio: es consuelo y júbilo que llena el alma, precisamente en la medida en que supone un ejercicio hondo y entero de la fe, que nos hace salir de nosotros mismos y colocar nuestra esperanza en el Señor" ("*Es Cristo que pasa*", n. 143).

### ***3. Importancia ecuménica del paralelismo patrístico María–Iglesia en contraste con Eva, para una recta valoración del culto a María. El culto implícito***

La Encíclica apoya el culto de imitación e invocación debidos a la Virgen "en la relación existente –como Virgen y Madre– entre la Madre de Cristo y la Iglesia", que ponen de relieve los Santos Padres desde San Ambrosio, es especial San Agustín (los pasajes claves aparecen citados en nota 120 de la RM). Vemos por qué.

El tema de la "nueva Eva" aparece en la Tradición unas veces referido a María (desde el s. III con S. Justino cit. en el cap.II ), y otras a la Iglesia (desde la segunda epístola de Clemente). Ambas referencias son prácticamente contemporáneas y coexisten incluso dentro de los escritos de un mismo autor, como es el caso de Tertuliano.

El uso del mismo título con estas dos referencias distintas es índice claro del convencimiento de que ambas, María y la Iglesia, tienen una función de cooperación activa en la obra salvadora de Cristo; pero con diversa perspectiva. La Iglesia como "como nueva Eva" se sitúa en la Tradición en la perspectiva de una colaboración de la Iglesia en la redención aplicativa, pues en cuanto esposa de Cristo y Madre de los cristianos concurre instrumentalmente en la distribución de las gracias de la redención. En el caso de María sin embargo, el acento se coloca en su colaboración a la obra misma por la que esas gracias se adquieren (redención adquisitiva).

Poco a poco el hecho de que un título común –la "nueva Eva"– se aplicara a dos figuras diversas, tendría que llevar a reflexionar sobre ambas y a compararlas entre sí. A los dos paralelismos tradicionales Eva–María y Eva–Iglesia se va a añadir un tercero, que jugará un papel teológico importante de puente: María–Iglesia. El punto de partida de esta comparación explícita hay que colocarlo en San Ambrosio. (cf. Pozo, "María en la Escritura y en la fe de la Iglesia", cit., 125).

El resultado de esta reflexión comparativa fue de gran importancia: se toma conciencia de que María, paralelamente a la Iglesia, tiene también una función en la aplicación de las gracias. Esta toma de conciencia contribuyó decisivamente en la consolidación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen, iniciado antes de esta

reflexión teológica. Especialmente en Mariología se puede observar con particular frecuencia la anticipación de la vida –manifestación del “sentido de la fe” del pueblo de Dios– a la reflexión teológica. Un caso más en que la vida se ha adelantado a la teología, facilitando la explicación doctrinal que tanto contribuyó, a su vez, al desarrollo del culto mariano.

En este sentido es significativa la lección de la historia en el caso de Lutero. Quiso conservar un culto de alabanza a María suprimiendo el culto de intercesión (el cual no podía tener cabida en su sistema teológico, dados los principios a partir de los cuales Lutero construyó su sistema). Pero su intento fue vano. Es prácticamente imposible, al menos a la larga, conservar un culto de alabanza si la persona a la que se tributa esa alabanza no tiene alguna importancia positiva en la salvación, y enmudece, como consecuencia, la invocación a su patrocinio.

Como señalábamos en el capítulo IV, se observa en algunos sectores del protestantismo contemporáneo una cierta apertura hacia la revalorización de la persona y obra de María en la vida de piedad y en la teología, aunque todavía muy lejos de la plenitud a que debe llegar. A Bandera propone para crear una atmósfera propicia en la conciencia mariana de los protestantes, insistir en la necesidad de que hagan más explícito su culto a la Virgen. (o.c., 256 ss).

Hemos visto, en efecto, cómo el culto a María ha ido adquiriendo manifestaciones más explícitas, claras y abundantes, a medida que la Iglesia profundizaba más en el conocimiento de la persona y de la obra de María en relación con Cristo y la Iglesia. El paso de lo implícito a lo explícito es un enriquecimiento y, por el contrario, el esfuerzo de reducir a su original estado implícito constituiría un verdadero retroceso en toda la vida cristiana, puesto que las verdades de fe relativas a la Virgen sobre las que se asienta el culto que les es debido, están orgánicamente vinculadas con las otras. Es este uno de los casos más claros en que se manifiesta “la jerarquía de verdades” (UR 11c), y cómo desde una primaria se pasa a otra que le está estrechamente unida. El diálogo con los protestantes en este punto debe dirigirse primariamente a facilitarles el descubrimiento del contenido pleno de todos los misterios de Jesús, con la totalidad de elementos que integran su concreta realidad histórica, sin quitar ni añadir nada.

El culto implícito a la Virgen es una realidad salvífica que actúa para santificar y salvar a quien lo practica. Pero mientras permanezca en estado implícito –sin explicitarse sus valores de honor, amor, súplica e imitación– no puede ejercitar toda su eficacia porque, según el plan de Dios, debe encarnarse y expresarse en formas explícitas. Por eso afirmar que todo culto explícito a María es cosa que queda a la discreción de cada uno, basándose en que todo el honor y la gloria de María se derivan enteramente de Cristo redentor, es un error que ya el Papa Pío XII denunció ya en su encíclica “Fulgens conona”.<sup>5</sup>

#### ***4. La Iglesia, esposa virginal de Cristo y Madre fecunda –como sacramento universal de salvación– a imagen y en dependencia de María, Virgen y Madre***

---

5. A. BANDERA, o.c., 256 ss..

“Como Virgen y Madre, María es para la Iglesia un “modelo perenne”... En efecto, también la Iglesia “es llamada madre y virgen”, y estos nombres tienen una profunda justificación bíblica y teológica” (RM, 42c).

**a. *La doble dimensión de la fidelidad virginal de la Iglesia. La virginidad fuente de fecundidad. (RM, 43 cd)***

A ejemplo de María, la Iglesia es la virgen fiel al propio esposo; en primer lugar, porque “custodia pura e íntegramente la “fe prometida” al Esposo” (LG, 64)... Esta fidelidad, a pesar de que en la enseñanza del Apóstol se haya convertido en imagen del matrimonio (cfr. Eph 5, 23–33), posee también el valor tipo de la total donación a Dios en el celibato “por el reino de los cielos”, es decir, de la virginidad consagrada a Dios (cfr. Mt 19, 11–12; 2 Cor 11, 2). Precisamente esta virginidad, siguiendo el ejemplo de la Virgen de Nazaret, es fuente de una especial fecundidad espiritual; es fuente de la maternidad en el Espíritu Santo” (RM, 43c).

Ya vimos antes que la virginidad física de María, expresa y señala una profunda integridad interior: como dicen los Padres de la Iglesia concibió primero en el espíritu, y se entregó con toda su alma a Dios. No hay ninguna división del corazón: su entrega es total. Mientras que el matrimonio es símbolo del amor de Dios hacia la humanidad, la virginidad es por sí misma un testimonio de este amor esponsal. El “mysterium caritatis” manifestado en el matrimonio, irrumpe en su vida de un modo directo y hace que encuentre su realización en un plano más elevado que el natural: se vive una relación directa del Yo–Tú con Cristo, en una dedicación exclusiva a Él, de gran fecundidad espiritual. (Cf. “Familiaris consortio”, n. 16. J. Burggraf, “Dignidad y función de la mujer en la Iglesia”, Ateneo de Teología, 1987, p. 52).

Pero en segundo lugar, también es virgen porque “custodia con plena fidelidad la “fe recibida” de Cristo; a ejemplo de María, que guardaba y meditaba en su corazón (cfr. Lc 2, 19.51) todo lo relacionado con su Hijo divino; está dedicada a custodiar la Palabra de Dios, a indagar sus riquezas con discernimiento y prudencia, con el fin de dar en cada época un testimonio fiel a todos los hombres (DV, 8)” (cf. RM, 43d)... “Imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad” (LG, 64; RM, 44c).

“De esta virginidad (de la Iglesia) –enseña San Agustín– no me faltarán testimonios divinos... “os he desposado con un varón, presentados como virgen casta ante Cristo; pero temo que así como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así también pierdan vuestras mentes la castidad que está en Cristo Jesús” (II Cor. XI, 2–3). Conservad, pues, la virginidad de vuestras almas, que es la integridad de la fe católica. Allí donde Eva fue corrompida por la palabra de la serpiente, allí debe ser virgen la Iglesia con la gracia del Omnipotente”. (Sermo 72).

**b. *La fecunda maternidad de la Iglesia. (RM, 44a)***

“Pero el misterio de la Iglesia consiste también en el hecho de engendrar a los hombres a una vida nueva e inmortal: es una maternidad en el Espíritu Santo. Y aquí María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues “con materno

amor coopera a la “generación y educación” de los hijos e hijas de la madre Iglesia” (RM, 44a).

La fecundidad de la Iglesia, en efecto, pertenece sólo al orden de la “aplicación” de la gracia; cualquiera de sus miembros puede contribuir al cumplimiento de la pasión de Cristo (Col. 1, 24). Sin embargo la fe y la caridad de María pueden ser instrumentos de gracia en virtud de su asociación a Cristo redentor, por la que cooperó a la restauración de la vida sobrenatural que anima a la Iglesia, y a sus miembros en ella, que deriva –de modo subordinado a Cristo– del comerecimiento y cosatisfacción de María. Beneficiaria primera de la redención de manera plenaria y anticipada, quedó –en su virtud– constituida en participante de la mediación de Cristo en el orden de la redención “adquisitiva”. Por eso la fecundidad de la Iglesia, esposa de Cristo brota, como decíamos, de la de María.

***c. La maternidad de la Iglesia, unida esencialmente a su naturaleza sacramental, al servicio del misterio de adopción de hijos por la gracia. (RM, 43 ab)***

“La Iglesia” se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad”. Igual que María creyó la primera, acogiendo la palabra de Dios que le fue revelada en la anunciación, y permaneciendo fiel a ella en todas sus pruebas hasta la Cruz, así la Iglesia llega a ser Madre cuando, acogiendo con fidelidad la palabra de Dios “por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios” (RM, 43 a).

“He aquí mi madre y mis hermanos” (Math. XII, 49). ¿Cómo seréis madre de Cristo? –se pregunta San Agustín... ¡La Madre Iglesia!... semejante a María, esta Madre santa y honrada, al mismo tiempo da luz y es virgen”. “También es Virgen y Madre fecunda al hacer por la palabra y el sacramento partes integrantes del Cristo total” (Sermo 72).

Esta característica materna de la Iglesia ha sido expresada de modo particularmente vigoroso en un texto de San Pablo que contiene un interesante indicio de la conciencia materna de la Iglesia primitiva, unida al servicio apostólico: “Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros” (Gal 4, 19)”. (cf. RM 43).

En este sentido escribe San Agustín: “los miembros de Cristo dan a luz en la mente, como María alumbró a Cristo en su seno, permaneciendo virgen. De este modo seréis madres de Cristo. Ese parentesco no os debe extrañar ni repugnar: fuisteis hijos, sed también madres. Al ser bautizados, nacisteis como miembros de Cristo, fuisteis hijos de la madre. Traed ahora al lavatorio del Bautismo a los que podáis; y así como fuisteis hijos por vuestro nacimiento, podréis ser madres de Cristo conduciendo a los que van a renacer” (Sermo 72).

“La dimensión materna de su vocación está unida esencialmente a su naturaleza sacramental... Si la Iglesia es “signo e instrumento de la unión íntima con Dios”, lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, “engendra” hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación de la adopción como hijos por medio de la gracia. (RM, 43 b).

La noción tan repetida en los textos eclesiológicos del Concilio Vaticano II de “la Iglesia como sacramento” es tradicional en la patrística por su analogía con el Verbo encarnado: pues “así como la naturaleza humana asumida sirve al Verbo encarnado

como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo que la vivifica para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. Eph. 4, 16)” (LG, 8). Cristo instituyó al pueblo de Dios para ser “comunidad” de vida, de caridad y de verdad, y se sirve de él como de instrumento de redención universal” (LG 9b). La Iglesia “institución” es “sacramento”, porque es la prolongación de la Encarnación, principio de los sacramentos: que son tales, a título de acciones fundamentales de la autorrealización de la Iglesia como “fructus salutis”: la progresiva instauración del Reino de Dios hasta su “consumación” escatológica. La palabra “docente” y “autoritativa”, como toda la actividad de la Iglesia, a ellos se ordena y de ellos –y su raíz fontal que es el Santo Sacrificio de la Misa– deriva su eficacia salvífica. (cf. S.C., 10). (cf. Rm 44 cd).

“La maternidad de la Iglesia corresponde a aquellas personas que llevan en sí la fecundidad y el poder pastoral, y mediante las cuales son engendrados, cuidados y guiados los hijos de la Iglesia... Los llamamos Padres con vistas a su sexo, cosa exigida por Cristo para ejercer las funciones más elevadas de la Iglesia. Mas si se considera su posición en la Iglesia ostentan manifiestamente el carácter de la maternidad” (M. J. Scheeben, *Los misterios del cristianismo*, p. 586). Pero la maternidad de la Iglesia no se limita exclusivamente a la jerarquía. Es todo el conjunto de la Iglesia institución en el que es sacramental y tiene un papel maternal que desempeñar. Sin embargo el conjunto de la Iglesia sólo puede ejercer esa fecundidad a través de la jerarquía y gracias a ella. “La función del sacerdote será con respecto a la maternidad de la Iglesia entera, fecundar su seno materno”. (A. Stolz): en cuanto fiel está –como cualquier otro– situado al lado de la Iglesia–esposa; pero en cuanto sacerdote es “sacramento viviente de Cristo” esposo y cabeza de la Iglesia, que asegura –actuando en su nombre y con su autoridad, por el misterio de la palabra y los sacramentos– el encuentro salvífico con los hombres en el seno fecundo de la Iglesia esposa.

He aquí el misterio de la maternidad sacramental de la Iglesia cuya imagen perfecta es María, Madre virginal del “Cristo total”.



## CAPÍTULO VI

### MARÍA “MADRE DE LA IGLESIA”, COMO SÍNTESIS DEL DOBLE ASPECTO, PERSONAL Y SOCIAL, DE SU MATERNIDAD ESPIRITUAL.

(RM nn. 44–47)

#### *1. La Mediación materna de María. Superación de la falsa contraposición “Cristocentrismo”–“Eclesiotipismo”.*

Recordemos las dos corrientes mariológicas enfrentadas en el Congreso Mariológico de Lourdes de 1958, que influyen en el capítulo VIII de la *Lumen Gentium*, como dijimos en la Introducción.

El Eclesiotipismo admite sólo la cooperación de María en la Redención subjetiva –incluida la suya propia, que implica la recepción por María del tesoro redentor para toda la Iglesia (Semelroth)– pero no en la redención adquisitiva, en contra de la Tradición más antigua de la Nueva Eva como asociada Cristo y “Causa Salutis” (S. Ireneo).

La expresión compendiada de este enfoque eclesiotípico de la mariología es el concepto de María como Hija de Sión, es decir, miembro de la comunidad de salvación y encarnación eminente de los privilegios otorgados a esta comunidad.

El cristotipismo, por el contrario, relaciona a María directamente con Cristo y con su misión; y, ya por principio, tiende a ver en María una participación de los privilegios y misterios de Cristo, en virtud de la cual actúa subordinadamente a Cristo sobre la Iglesia universal y sobre cada uno de los hombres que la componemos, con ejemplaridad e influjo maternal en la donación de las gracias que ha contribuido a adquirir asociada a la obra salvífica de su Hijo.

Según este enfoque cristocéntrico existe un orden en la plan de Dios según el cual los bienes salvíficos llegan a la Iglesia en dependencia de una acción salvífica que realiza la Virgen bajo Cristo y con Cristo. El Vaticano II se sirvió de las aportaciones de ambas tendencias, en admirable equilibrio.

El influjo principal del eclesiotipismo se manifiesta en su proclamación de María como “excelsa Hija de Sión” con la clara intención de destacar los vínculos que existen entre María y la comunidad de donde procede, la cual es designada con este nombre simbólico de Sión. Pero si la Virgen representa a la Iglesia, si es su modelo y su figura, si puede ser proclamada la excelsa Hija de Sión, es en virtud de su relación única con Cristo por su predestinación a ser la Madre del Dios redentor. María no está cerca de Cristo por representar a la Iglesia, ni siquiera para representarla, sino que la representa por estar cerca de Cristo. Los títulos eclesiológicos que se atribuyen justamente a María son únicamente el reflejo, la derivación, el resultado de los misterios originales que la unen con Cristo. Su íntima unión con Cristo, fundada en su divina maternidad –que la constituye en mediadora maternal “en el Mediador” –es la razón formal de su presencia salvífica de ejemplaridad y de real influjo maternal en la Iglesia y –a través de ella que

participa de su maternidad— en cada uno de los hombres a los que quiso Dios salvar no aisladamente, sino constituyendo un Pueblo (Cf. LG, 9; GS, 25).

La proclamación por Pablo VI al final de la 3ª sesión del Concilio de María como Madre de la Iglesia, expresa en síntesis maravillosa el singular puesto de la Virgen en ella. Se ponía así a plena luz la armoniosa integración de las dos tendencias mariológicas lograda en el C. VIII de la “Lumen Gentium”, pero que precisaba de esa explicitación del título que no fue recogido en el texto de la Constitución conciliar por reticencias minimistas debidas a prejuicios de escuela de la tendencia eclesiotípica. Pero en esta parte III de la encíclica Juan Pablo II expone su reflexión personal en plena continuidad con la doctrina del Vaticano II explicitando muchas de sus virtualidades.

La relación de María hacia la Iglesia de ejemplaridad maternal, como su figura tipológica (nn. 41–44), fue el tema del capítulo VI. Pero “María no es sólo modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más (RM, 44): es Madre de la Iglesia y con la Iglesia, que recibe de ella una incesante cooperación maternal de intercesión y distribución de las gracias que ha contribuido a adquirir, en las que se hace concreta y vital su mediación materna. Este influjo materno alcanza a cada uno de los hombres llamados a la salvación, precisamente en cuanto es Madre de la Iglesia toda. Este es el tema de este VII Capítulo (nn. 44–47).<sup>1</sup>

## ***2. Fundamento y naturaleza de la Maternidad espiritual de María.***

María es —repetimos con Juan Pablo II—, mucho más que “tipo” o modelo de la Iglesia: es Madre de los hombres, en y a través de la maternidad de la Iglesia, en la cual “se derrama su maternidad” en virtud de su cooperación en la restauración de la vida sobrenatural (RM, 24). Su fecundidad de esposa de Cristo brota de la fecundidad de María. Una sola fecundidad que se desarrolla a través de dos tálamos, el de María y el de la Iglesia: la maternidad de la Iglesia es fruto de la maternidad de María, “pues se lleva a cabo con la cooperación de la mediación materna de María”, que es vivida por el pueblo cristiano particularmente en la Sta. Misa (RM, 44).<sup>2</sup> “El Evangelio confirma esa maternidad en el momento culminante del sacrificio de la Cruz” (RM 23) en el pasaje Jn. 19, 25. Juan Pablo II acuña una denominación sumamente sugestiva para designarlo:

---

1. C. POZO ve en el concepto de mediación materna —no sólo como intercesora, sino también en el orden la redención adquisitiva, del “fiat” al calvario, cooperando con su ardiente caridad maternal en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (RM III parte)— la aportación más esclarecedora para la mariología de la Encíclica. Es la nota “maternal”, la que distingue la mediación de María de las otras formas de mediación de la Iglesia, pero no la “Universalidad”, que sería común a todas ellas teniendo en cuenta que todas participan de la universalidad de la mediación única de Cristo. Así lo insinúa el tema de la Liturgia Celeste, que es central en el Apocalipsis (5, 6). El movimiento teológico suscitado por el Card. Mercier a favor del dogma de la mediación se cerró sin haber logrado una maduración doctrinal capaz de la clarificación que se requería para otorgar el dogma. La doctrina de la RM. abre en este sentido amplias perspectivas (cf. “La mediación materna” en *Seminarium* 4, 1987, p. 570–575). F. OCARIZ, en el artículo “La mediación materna” cit., profundiza en esta misma dirección. *La mediación de María, por materna, funda una intimidad de unión consumada con Cristo mediador, que es la raíz de la distinción con las otras mediaciones a las que trasciende “sine mensura”*, según exponemos en el capítulo anterior.

2. Cf. ALDAMA, “Eucaristía y Maternidad divina” en *Scripta de María* 37–58.

el testamento de la Cruz (RM. 23) “proclamación de la maternidad espiritual de María entregada como madre a los discípulos, todos y cada uno representados por Juan” (RM 21). Pero la maternidad espiritual de María sobre todos y cada uno de los hombres no se origina ni se funda en una mera disposición testamentaria de Cristo.

Su origen y fundamento es más profundo. Está en la íntima solidaridad que el Hijo de Dios establece con toda humanidad desde el mismo instante en que empieza a ser hombre en el seno de la Virgen María. Por la solidaridad de toda la humanidad con Adán “entró el pecado en el mundo” y por el pecado la muerte... incluso sobre aquellos que no pecaron con una trasgresión semejante a la de Adán (Rom 5, 12–14). De modo similar y con mayor fuerza, por la solidaridad con Cristo, el “nuevo Adán”, podrán los hombres “recibir en abundancia la gracia y el don de la justicia” (Rom 5, 17). “El Hijo de Dios” como subraya el Vaticano II, “mediante su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (Gs, 22). Pero como ha señalado Juan Pablo II no se trata del hombre “abstracto”, sino real, del hombre “concreto”, “histórico”. Se trata de “cada” hombre... en su única e irrepetible realidad humana. (Cf. AAS. (1.979) 283).

Gracias a esta solidaridad, se lleva a efecto entre Cristo y la humanidad el “admirabile commercium”, por el que Cristo carga sobre sí con todo el cúmulo de pecados de los hombres, satisfaciendo infinitamente por ellos ante el Padre. Los hombres podemos ser interiormente renovados por la gracia de Dios y ser “constituidos justos” (Rom 5, 19), cuando se nos aplican los méritos de la vida, pasión y muerte del Señor. (Conc Trento, Denz 792 a–800).

María aceptó ser Madre del Redentor no como un instrumento pasivo sino con toda la generosidad y libertad de una fe viva que acepta cooperar a la obra de ese Salvador que se le anuncia como Hijo: el Verbo por quien todo fue hecho que venía a recapitular en sí a todos los hombres a los que se unió en cierto modo en su seno, en radical solidaridad, capacitándolos para aceptar libremente el don de la vida sobrenatural, fruto de su función salvadora que culmina en el Misterio Pascual. Sería un error interceptar aquella “unión, en cierto modo, con todo hombre”, de todos y cada uno en el seno de la Virgen, en virtud de la Encarnación, como una santificación pasiva ‘por contagio’. No es ese el sentido de la conocida expresión de San Pío X (*Ad diem Illum*” Marin, n. 487): “María al llevar en su seno al Salvador”. El “fiat” de la Encarnación es el comienzo de un proceso de cooperación a la obra redentora que no puede distinguirse adecuadamente del concurso que prestará más tarde en el Calvario. En la Cruz llega a su consumación toda una vida de fe y amor maternal que dan valor a todas y cada una de las acciones y sufrimientos de María en íntima asociación con su Hijo (RM 39). En la cumbre del Calvario se consuman y alcanzan cumplimiento acabado el “ecce ancilla” con que María se pliega a los planes redentores del Altísimo. La escena de Nazaret proyectó al Hijo y a la Madre a la cumbre del Gólgota (Cf. N. GARCÍA GARCÉS, *Asociación de María con Cristo*. 471).

“Unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció, como Nueva Eva al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternales y de su materno amor por todos los hijos de Adán... de tal suerte que la que era Madre corporal de nuestra Cabeza y consiguientemente, ya por ése título, Madre nuestra, fuera, por un nuevo título de dolor y gloria, Madre espiritual de todos sus miembros” (Pío XII *Myst. Corp. Marin* 713). Fue en la Cruz cuando emergió de la definitiva maduración del misterio pascual” (RM 23) aquella radical maternidad.

María consintió a dar vida a Cristo en cuanto hombre como cabeza de un organismo en plenitud de vida comunicativa –gracia creada– de la que iba a vivir la futura iglesia: Aunque formalmente constituida en el misterio Pascual –en acto

segundo— puede decirse que “la generación de Cristo es – en acto primero— el origen del pueblo cristiano, y el natalicio de la Cabeza, el natalicio del Cuerpo” (San León, Sermo 6 da Na Nat. Dni., Pl 54, 213). Son elementos constitutivos de ese “acto 1º”, con la gracia de la humanidad de Cristo, los planes fundacionales, ideas, resoluciones, actuaciones presentes en la mente, voluntad y poder de Jesús, en virtud de los cuales se iría edificando la Iglesia nacida, en “acto 2º”, del misterio Pascual. “María, asociada a Cristo en todo el proceso salvífico, participó en todo él con su fe obediente y su ardiente caridad (LG 61) de corredentora, que es la razón formal de su maternidad espiritual del Cristo total”.

Consumada la obra del Calvario tiene lugar el nacimiento público de la Iglesia en Pentecostés por la efusión del Espíritu, a instancias de María, esposa del Paráclito, como fruto de la Cruz: esa Iglesia que había sido concebida en la Encarnación y nacida “quasi in occulto”, recordando el origen bíblico de la primera mujer, del costado de Cristo abierto por una lanza. La maternidad espiritual de María se constituye en el “fiat” al Calvario, por su cooperación próxima e inmediata a la redención objetiva; pero su acto esencial es la comunicación de los frutos de la Redención en los que continua ejerciendo María desde el Cielo su mediación maternal de intercesión y dispensación de todas las gracias. “La Bienaventurada Virgen María nos da la vida sobrenatural en Cristo por su “triple” concurrencia activa a la encarnación, adquisición y distribución de las gracias, que forman parte de un “único” e idéntico decreto en la intención divina.<sup>3</sup>

### ***3. Dimensión personal de la Maternidad espiritual de María***

La maternidad de María no es una realidad que se esfuma en el número incontable de hijos en un anonimato desvaído, porque “es esencial a la maternidad la regencia a la persona” (RM, 45) (a), en una reciprocidad de entrega (b), que adquiere un acento especial en el caso de la mujer (c).

#### ***a. Esencial referencia de la maternidad a lo personal***

Es conocido que el pensamiento filosófico de Karol Wojtyła está fuertemente impregnado de un sano personalismo. Ello le hace no olvidar que en el momento en que Jesús pronuncia estas palabras, no está simplemente muriendo por la salvación de la humanidad en abstracto, sino por la de cada persona en particular. “Me amó y se entregó por mí” (Gal. 2, 20). “La maternidad determina siempre una relación única e irreplicable entre dos personas: la de la madre con el hijo y la del hijo con la madre” (RM, 44). La irrepeticibilidad de esta relación de María con cada uno de sus hijos, se subraya por el hecho de que la nueva maternidad de la Madre del Señor, haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: “ahí tienes a tu hijo”. Es conocido el comentario de Orígenes: “no dice “he ahí otro hijo”; es como si dijera ahí tienes a Jesús a quien tú has dado la vida. Cualquiera que se ha identificado con Cristo no vive más para sí, sino que Cristo vive en él (cfr. Gal 2, 20) y puesto que en él vive Cristo de él dice Jesús a María: “He ahí a tu hijo: a Cristo” (Jn. 19, 26).

---

3. Cfr. C. BALIC, *Naturaleza de la Maternidad espiritual*, 395 ss..

Esta afirmación de que María es dada particularmente a cada discípulo, da luz sobre el sentido a la respuesta a este don que se exige en el v. 27 “desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus cosas”. S. Juan, que señala las diversas cualidades que ha de reunir el verdadero discípulo concluye, esta de tener a María como cosa suya. Ha de tener su vida una dimensión mariana que le haga acoger (“*lambanein*” no significa “mirar” sino “tomar” o “acoger”) a María como madre. La palabra “acoger” implica así una entrega filial por la que introduce en el espacio de su vida interior a la Madre de Cristo como propia madre (cf 45). Es empobrecedora la traducción oficial “la acogió en su casa”. La Encíclica hace suya (nt. 130) la reciente exégesis de I. de la Poterie (“*Reflexions methodologiques sur l’interpretation de Jn, 19 27 b*”, en *Marianum*, 42 (1.980) 84–125) que propone traducir: “desde aquella hora el discípulo la acogió en su intimidad”.

“Te aconsejo que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María. No basta saber que Ella es Madre... Es tu Madre y tú eres su hijo; te quiere como si fueras el hijo único en este mundo. Trátala en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quiérela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces”<sup>4</sup>

#### ***b. Frutos de la entrega filial –totus tuus– a la mediación materna de María (46a)***

La dimensión mariana de la vida de los discípulos de Jesús consiste en definitiva, por fidelidad al testamento de Cristo en el Calvario, una entrega recíproca, personal, irrepetible. De esta forma, prosigue el Papa y como consecuencia de esa entrega: “el cristiano trata de entrar en el radio de acción de aquella “caridad materna” con la que la Madre del Redentor “cuida de los hermanos de su Hijo”, a cuya generación y educación coopera” según la medida del don propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo” (RM, 45). La alusión del Papa a los dones peculiares de cada uno (vocaciones particulares o carismas) y a la gracia del espíritu de cada cristiano recibe, ayuda a comprender que, si la Maternidad de María es la relación personal e irrepetible, se inserta en esencial vinculación al entero pueblo de Dios; una maternidad que se ejerce en, con y por la Iglesia y para la dilatación del Reino de Dios, respecto al cual la Iglesia es principio instrumental (LG, 5). María coopera maternalmente llevando a su esplendor el designio particular para cada uno, velando por la realización según Dios de su vocación y misión en la Iglesia (Cf. 3).

He aquí pues una vigorosa llamada a una devoción mariana filial y confiada, condición indispensable para que llegue a la plenitud la personal vocación recibida por cada uno en la Iglesia. Se trata de una relación que nacida de Cristo –que dona su Madre a los hombres–, converge también hacia Él: “esta relación filial, esta entrega de un hijo a la Madre no sólo tiene su comienzo en Cristo, sino que se puede decir que definitivamente se orienta hacia Él” (RM, 46) (El Santo Padre recordará más adelante la figura de S. Luis M<sup>a</sup> Grignion de Montfort, “el cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo”: R.M., n 48, p 104; (cfr J. IBÁÑEZ, F. MENDOZA, “Consagración, mariana y culto de esclavitud”, en *Scripta de María* 9 (1986) 27–37).

---

4. San JOSEMARÍA E., *Amigos de Dios*, n. 293.

Por eso, cuanto más se trata en el radio de acción de la madre, perseverando en esta actitud de entrega “tanto más María los acerca a la inescrutable riqueza de Cristo” Ef. 3, 8 (RM 46) La auténtica devoción mariana se abre a una universalidad de amor y de servicio. La Encíclica alude a algo que constituye uno de los puntos fuertes del Magisterio de Juan Pablo II: De Cristo se va siempre al hombre, se aprecia y defiende su dignidad. María conduce a Cristo y los hermanos, ayudando a comprender la dignidad de hijos de Dios a que son todos llamados. (GS, 22) “no se puede tratar filialmente a María y pensar sólo en nosotros mismos, en nuestros propios problemas. No se puede tratar a la Virgen y tener egoístas problemas personales. María lleva a Jesús, y Jesús es “primogenitus in multis fratribus”, primogénito entre muchos hermanos. Conocer a Jesús, por tanto, es darnos cuenta de que nuestra vida no puede vivirse con otro sentido que con el de entregarnos al servicio de los demás. Un cristiano no puede detenerse sólo en problemas personales, ya que ha de vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas”.<sup>5</sup>

### *c. El misterio de la mujer a la luz del misterio de María (46b)*

Si “el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo Encarnado” (cf. GS, 22), nuevo Adán, el misterio de la mujer recibe un esclarecimiento decisivo a la luz de María la nueva Eva asociada en la restauración de la vida sobrenatural perdida por la caída original. La tradición más antigua de la Iglesia repite insistentemente: “la muerte por Eva, la vida por María”, indisolublemente unida a su Hijo en la victoria del nuevo Adán, en el árbol de la Cruz, por el que fue vencido en un árbol el primer hombre. Por esto la dimensión mariana en la vida cristiana adquiere un acento peculiar respecto a la mujer y a su condición. La feminidad tiene una relación singular con la Madre del Redentor. María proyecta luz sobre la mujer en cuanto tal, porque Dios en la Encarnación se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer. Por tanto la mujer al mirar a María encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su promoción”. “A la luz de María –dice el Papa– la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza que es espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la entrega total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y estímulo”. (RM, 46) La presencia de la mujer en el Evangelio pone de relieve que si bien la mujer no está llamada a la misión específica que el Divino Maestro confía a los Apóstoles como propia de ellos, sin embargo se le atribuyen de gran importancia.

La posibilidad de que la mujer pueda acceder al misterio sacerdotal de institución divina ha sido suficientemente fundamentada en un reciente documento de la Santa Sede, al mismo tiempo que reconoce su dignidad humana y cristiana igual que la del varón.<sup>6</sup> En efecto la vida cristiana no es mejor o más perfectamente por el hecho de ejercer un específico ministerio sacerdotal, sino por vivir mejor la perfección de la caridad, sea cual sea el ministerio, oficio o vocación que se tenga en la Iglesia y en el mundo. El hecho de que la Virgen María no fuera sacerdote tiene enorme valor para el estudio y explicación de esta cuestión.

---

5. San JOSEMARÍA E., *Amigos de Dios.*, n. 148.

6. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración sobre la cuestión de la admisión de la mujer al sacerdocio ministerial, del 15 oct. 1.976*: AAS, 69 (1.977), pp. 98–116. Cfr. para este tema A. BANDERA, *o. c.*

Es fundamental a este respecto, como observa justamente A. Bendora, entender en profundidad el significado de la persona y la obra de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. María, ¿es solamente símbolo de la cooperación salvífica de la mujer, o es también encarnación de las vocaciones concretas que Dios tiene destinadas para la mujer?

Quienes pretenden dar por supuesta la posibilidad del sacerdocio femenino, o quieren, al menos, dejar “la puerta abierta”, se inclinan por la primera parte de la alternativa: ‘María no es más que un símbolo’ del cumplimiento enteramente fiel y responsable de “una” misión, pero no precontiene ni predetermina “la” misión misma. Los razonamientos que se hacen para reducir la función de María a puro símbolo son de orden sociológico: la diversidad entre el ambiente social y contemporáneo de María y el nuestro en lo que se refiere al modo de entender la actividad y funciones de la mujer. Pero resulta imposible aceptar una explicación tan simple y superficial. El Evangelio muestra claramente que Jesús no fue un hombre acomodaticio que se plagase con facilidad a los gustos y normas sociales de los hombres de su tiempo y que, en todo y también precisamente en el trato con la mujer, hizo alarde de gran libertad.

No es cuestión de ambiente social, sino del carácter de revelación que tiene la persona y presencia maternal de María indisolublemente unida a la de Cristo redentor. Así lo insinúa la declaración citada de la CDF del 77 “el sacerdocio... depende del misterio de Cristo y de la Iglesia. El sacerdocio no puede convertirse en término de una promoción social”.

Cristo es revelador y redentor conjuntamente por la totalidad de su vida y de sus actos, especialmente en el misterio Pascual (cf. DV, 17 y SC, 5b) que es su culminación. Dios revela en el acto de salvar, y salva revelándose en la dispensación del misterio de Cristo, Revelación y Salvación son dos aspectos del único misterio de Cristo. Preparado en Israel, realizado en su existencia histórica y comunicado en la Iglesia, en unos actos y palabras (DV, 2), en una presencia que lleva bien marcado el sello de lo concreto. Esto es suficiente para desplazar la idea del simbolismo, en el que se quería centrar la atención, sustituyéndola por la de encarnación, a la cual compete indudablemente la primacía. El plan de Dios se encarna y se revela en Cristo, “con toda su presencia y manifestación”, adecuadamente entendida en cuanto comprende personas y acontecimientos que Él asumió para revelar a la humanidad el plan salvífico; muy especialmente su Madre, indisolublemente unida a su ser de Dios–Hombre y su función de redentor. María “se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo bajo Él y con Él al misterio de la redención” (LG, 56). Dada esta identidad real entre revelación y redención, el papel de María en la función reveladora puede esclarecerse por lo que se le atribuye en el de la redención. Si Dios elige a la mujer María como Madre Virginal del Dios Redentor asociándola como Madre de los vivientes a su obrar salvífico del Nuevo Adán, está revelando de manera encarnatoria y concreta por qué camino quiere Él que viva la mujer su vocación de cooperadora de la obra de la salvación. Esos caminos son la virginidad por amor a Cristo –consagrada o no– y el matrimonio, vividas en toda la variedad de carismas propia de cada vocación, institucionales y personales, “para común utilidad” (I Cor. 12, 7) en el Cuerpo de la Iglesia. Sólo la Virgen María encarna en su persona, como “la Mujer” prototipo, mediadora maternal asociada al único Mediador, esa variedad de vocaciones, en virtud de su singular vocación de Madre Virginal del Cristo total. Ella es la Mujer por excelencia no sólo, en cuanto “Madre de los vivientes” en general, sino también en cuanto personificación, no sólo símbolo, de los caminos concretos por lo que debe servir a Dios y a los hombres la mujer cristiana. Un simbolismo equivoco sin perfiles determinados, abriría la puerta a la imaginación e inventiva personal, al modo

modernista (cf. la descripción que hace S. Pío X en la “Pascendi” de la concepción modernista de revelación como simbolismo equívoco) propio de un cristianismo reductivo e ideologizado, fácil de discernir en determinadas ideologías feministas de moda.

#### ***4. El título María Madre de la Iglesia, expresión del aspecto social –inseparable del personal– de su Maternidad espiritual respecto a todos y cada uno de los hombres (rm. 45–47)***

Si la gracia respeta la naturaleza, se comprende que Dios haya querido llamar al hombre a la salvación no aisladamente sino –siendo constitutivamente social (GS, 25) constituyendo un Pueblo (GS, 32 L.G. 11) en la convocación –Ecclesia– orgánicamente estructurada (LG, 11) por los caracteres sacramentales y carismas (LG, 15; RM, 45 /c). El universal influjo materno de María alcanza, pues, a cada hombre –en la relación irreplicable a cada persona que caracteriza la maternidad (RM, 45a)– pero no como un verso suelto, sino en constitutiva constitución al único sacramento universal que es la Iglesia; en su incorporación, o al menos ordenación, a la misma (LG, 14–16). María es, pues, en cuanto prerredimida, immanente a la Iglesia como cuerpo místico de la única Cabeza que es Cristo mediador. Pero es un miembro singular y eminente en cuanto asociada a Cristo en la obra de la salvación como mediadora maternal, e instrumento con Él de donación del Espíritu a la Iglesia, no sólo de la vida sobrenatural, sino también de los diversos “dones jerárquicos y carismáticos” (LG, 4), al servicio de aquella, que la constituyen como comunidad sacerdotal “organice structa” (LG, 11).

He aquí las razones por las que durante el Concilio proclamó solemnemente Pablo VI que “María es Madre de la Iglesia, es decir, Madre del pueblo de Dios tanto de los fieles como de los pastores” (RM, 47) superando cierto ambiente promovido contra el título en parte por la oposición de la corriente eclesiotípica a la que antes nos referíamos.

¿Qué significado entraña este título?. El mismo Papa, en el mencionado discurso, resalta la identidad sustancial entre la doctrina enseñada por el Concilio acerca de la Maternidad espiritual de María y la que él consagra y sanciona al reconocer solemnemente a María como Madre de la Iglesia. Con el Papa, todos los mariólogos están de acuerdo en señalar esta identidad sustancial entre la doctrina del Concilio y la que se expresa con el título de Madre de la Iglesia que es, en palabras del Papa, su “síntesis maravillosa”. “Lo que antes estaba contenido en el estilo de la vida, comentaba –Pablo VI– ahora se expresa, en una doctrina clara, lo que hasta el presente estaba sujeto a reflexión, a discusión y en parte, a controversia, ahora ha conseguido una serena fórmula doctrinal. Verdaderamente podemos decir que la Divina Providencia nos ha preparado una hora luminosa”. Puede decirse que antes el título se encontraba como fragmentado en múltiples partes integrantes: se hablaba de madre de los fieles en general y de cada una de las categorías o estados de fieles; Madre de los que sufren necesidad, etc. Cuando la reflexión teológica pasó de una concepción prevalentemente individual de la maternidad espiritual de María a una concepción también comunitaria, inspirada en la visión de la Iglesia misma como comunidad brotó espontáneamente, el título Madre de la Iglesia. Difícilmente podría haber nacido y prosperado en otros tiempos, porque es un título esencialmente ligado al concepto de la Iglesia. Es un hecho que la teología no reflexionó sistemáticamente sobre el misterio global de la Iglesia

tanto como en nuestros tiempos: el esclarecimiento o formulaciones sobre este misterio son la obra primordial realizada por el Concilio Vaticano II. (Cfr. A. Bandera, o.c., 53 s.).

Una vez más se comprueba que todo genuino avance en la comprensión del misterio de la Iglesia va acompañando de un avance paralelo en la comprensión del misterio de María. (RM, 47 b).

Como observa C. Pozo, en esta declaración Pablo VI va más allá de lo que el Concilio había afirmado explícitamente.<sup>7</sup> Ya es significativo que el Papa mismo considerase su proclamación como añadir un “remate” (fastigium) a la Constitución misma. Por eso no puede ser una fórmula equivalente del título “Madre de los fieles”. En la fórmula de la proclamación “los pastores” son considerados no en cuanto “fieles” sino en cuanto sujetos de unos poderes sagrados, a través de los cuales se estructura toda la Iglesia: se proclama, de este modo, la Maternidad de María con respecto a toda la realidad que hay en la Iglesia, o con respecto a toda la realidad que es la Iglesia; como dirá el Papa, muy poco después en su discurso, al fundamentar teológicamente el título, el término de la acción espiritualmente maternal de María es el Cuerpo místico en cuanto tal, es decir, un término que es exhaustivo con respecto a la realidad eclesial; incluidos como sugiere la E. (RM 45 c) los dones o carismas que cada uno recibe del Espíritu por mediación materna.

El título de María, Madre de la Iglesia, evoca pues, la dimensión social de su Maternidad espiritual; más aún, no es concebible la Maternidad espiritual de María con respecto a los individuos, sino en cuanto que existe con respecto a la Iglesia en cuanto tal. En otras palabras, la Maternidad espiritual de María se extiende y alcanza a los fieles concretos en cuanto que es Madre de la Iglesia toda (GALOT. “Mère de l’Eglise”, Nouvelle revue Theologique, 86 (1.964), 180 cf.). El título encierra así una afirmación de la ‘trascendencia’ de María con respecto a la Iglesia, que es el fundamento de su peculiar ‘inmanencia’ a ella como miembro singular.

La Virgen ocupa un lugar “sobreeminente y del todo singular”, bien definido por su cualidad única de Madre de Dios y de la Iglesia. El Concilio Vaticano no afirma que sea “un” miembro de la Iglesia, sino para añadir a continuación: “del todo singular”, como mediadora maternal íntimamente asociada al único Mediador Universal.

Quien, en lugar de pensar teológicamente, juegue con la imaginación figurativa, pensará en una cierta contradicción. Pero es puramente imaginativa: si la Iglesia es verdaderamente el Cuerpo Místico de Cristo –Caput et Membra–, es claro que María imaginativamente, en cuanto Madre, no puede ser miembro. Pero si consideramos teológicamente todo el influjo de gracia que le viene a la Iglesia, también a María, del único principio que es Cristo, entonces María sería un sujeto de recepción, pero singular y eminente: “Si ella es la primera en experimentar en si misma, como “Llena de Gracia” y “Concebida sin pecado, anticipadamente, los efectos sobrenaturales de la única mediación de Cristo, fue para disponerla a cooperar con El” (RM, 39 c) en la obra de la salvación, “y tal cooperación es precisamente la mediación maternal de María” subordinada pero íntimamente asociada a la de Cristo, en la redención adquisitiva y en

---

7. La frase que se encuentra en la num. 53 de la Constitución dogmática sobre la Iglesia: a María “La Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, la venera como a Madre amantísima con afecto de piedad filial”, no parece que deba interpretarse en el sentido técnico de “Madre de la Iglesia”, es decir, como afirmación de trascendencia de María sobre la Iglesia –teniendo en cuenta el propósito de neutralidad del Concilio, (LG 54)–, negada por el eclesiotipismo; sino Madre de los fieles en general (Cfr. C. POZO. *La Maternidad divina de María*, cit.)

su aplicación a los demás miembros de la Iglesia. En este sentido dice Mons. J. Escrivá de Balaguer, hablando de la mediación de la Virgen Santísima dice que María “está en la Iglesia, pero sobre la Iglesia; entre el Cristo y la Iglesia, para proteger, para reinar, para ser madre de los hombres, como lo es de Jesús Señor nuestro.”<sup>8</sup> No deja de ser lógica, con la lógica del “sentido de la fe”, la tristeza con la que se lamentaba al fundador del Opus Dei una persona de pocas letras del frío razonar sobre “el tema” de la Virgen (“Hablar de ese modo los hijos” se quejaba) de quienes en el Concilio Vaticano II negaban la oportunidad de llamar a María “Madre de la Iglesia”. No se explicaba de donde pudiera nacer esa “mezquindad de escatimar ese título de alabanza de Nuestra Señora”... “Pero la Madre de Dios y por eso, Madre de todos los cristianos –decía– ¿No será Madre de la Iglesia, que es la reunión de los que han sido bautizados y han renacido en Cristo Hijo de María?”<sup>9</sup>

### ***5. Presencia maternal de María en la historia de la Iglesia Peregrina como servicio salvífico a la humanidad***

La III parte de la Encíclica concluye (n. 47) con una síntesis contemplativa de la maternidad ejemplar de la Virgen en la Iglesia, en la que está presente como Madre del entero pueblo de Dios “cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos” (Credo del Pueblo de Dios de Pablo VI, 30–VI–68) cit. en RM, 47.

La Virgen nuestra Señora, como la Iglesia, se comprenden en el misterio de la Trinidad de quien proceden y en su relación con la humanidad a cuyo servicio están destinadas.

La perspectiva trinitaria ilumina el misterio de María: en el Espíritu, por Cristo, al Padre: lo que María acoge en su nueva maternidad es el Espíritu, a todos y cada uno en la Iglesia, acoge también a todos y a cada uno por medio de la Iglesia. En este sentido María, Madre de la Iglesia es también modelo” (RM, 47).

María, la excelsa hija de Sión, ayuda a todos los hijos –donde y como quiera que vivan– a encontrar en Cristo el camino hacia la casa del Padre” (id.).

El misterio de María está, en el plan de Dios, al servicio salvífico de la humanidad: “María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella dura batalla contra el poder de las tinieblas que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana... por eso la Iglesia... la venera como Madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia” (RM, 47).

<<En esta doble perspectiva, trinitaria y antropológica, en la persona y función materna de María, que es realmente central en la historia de la salvación y en la vida de la Iglesia peregrina. El inspirado comentario a la antifona final de Adviento a la liturgia de las Horas “Salve Regina Coelorum” con el que se cierra la Encíclica (Conclusión, nn. 51–52) se hace plegaria: “Socorre al pueblo que sucumbe”...

“La humanidad ha hecho admirables descubrimientos... se diría que ha conseguido acelerar el curso de la historia... Pero el cambio fundamental es el cambio

---

8. San JOSEMARÍA E., *Amigos de Dios*, n. 155.

9. Cfr. San JOSEMARÍA E., *Amigos de Dios*, n. 282.

entre el caer y el levantarse, entre la muerte y la vida... Mientras con toda la humanidad se acerca al confín de los dos milenios, la Iglesia se dirige conjuntamente al Redentor y a su Madre con la invocación: “Socorre”... Ve a la Madre de Dios... maternalmente presente socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que no caiga o, si cae, se levante.

No cabe duda que una reflexión contemplativa del misterio de María como la que nos ofrece Juan Pablo II, transida de experiencia espiritual y de devoción filial a la Madre del Redentor, puede ser fecunda para que se renueve la auténtica espiritualidad mariana, que desea promover el Papa con ocasión del año mariano para la presente fase de la historia (cfr. RM, 48–58).



## REFLEXIONES CONCLUSIVAS A LA ENCÍCLICA RM:

*En la luminosa perspectiva abierta por la enseñanza de Juan Pablo II sobre la mediación materna de María, se integran, en una adecuada fundamentación trinitaria e histórica salvífica –en sus implicaciones eclesiológicas– a la luz de la filosofía y antropología cristianas, que urge valorizar e integrar en el trabajo teológico, las tres perspectivas mariológicas de que habla justamente X. Pikaza.<sup>1</sup> La perspectiva protestante que contempla a María como modelo de fe, y la ortodoxa, que la contempla en perspectiva sofiánica, como icono del Espíritu, (la Pneumatófora, Icono transparente del Espíritu e instrumento de su donación en los antípodas del pesimismo protestante, que niega toda deificación en la naturaleza caída), son enraizadas –sin unilateralismos excluyentes–, en la perspectiva católica –si se entiende en su sentido pleno– que subraya su esencial vinculación a Cristo, en su ser teándrico y en su obrar salvífico, como mediadora maternal en el Mediador.*

Pikaza valora positivamente el diagnóstico –por desgracia bastante exacto– de que si la corredención o mediación mariana ocupaban un lugar central en las mariologías preconciliares, “la situación ha cambiado del tal manera tras el Concilio que aun los autores que pasan por más tradicionales en este campo han prescindido, como vergonzosamente, de los títulos de la mediación universal y corredención de María. (Cita como ejemplo. C. Pozo, *María en la Obra de la salvación*, Madrid 1974 –que presidió la comisión de mariólogos que se opuso en Czestochowa en 1996 a la oportunidad de la definición dogmática”).

*Siguiendo la luminosa pauta de la “Redemptoris Mater” –en el contexto del rico Magisterio de Juan Pablo II, también sobre la importancia de la filosofía cristiana para el recto trabajo teológico, tan vigorosamente expuesta en la “Fides et Ratio”–, hemos visto cómo cabe integrar armoniosamente aquellas tres perspectivas, superando unilateralismos y estrecheces, que han dado también en la Mariología católica más clásica, por no sacar todas las consecuencias de una justa fundamentación cristológica, pero no suficientemente contemplada a la luz del misterio trinitario y de la doble misión conjunta e inseparable desde el Padre, del Verbo y del Espíritu (“las dos manos del Padre”, en el sugerente lenguaje de S. Ireneo) en la historia de la salvación, que confluye en la plenitud del Cristo total de la nueva Jerusalén escatológica. La fe de María, adecuadamente considerada –superando la perspectiva fiducial extrinsecista luterana– es el fundamento de su materna mediación –subrayada por la tradición teológica católica romana– como nueva Eva –Mediadora en el Mediador único participada de la mediación capital del nuevo Adán a la que nada añade, sino que muestra su eficacia y necesidad–, y está ordenada –“ad melius esse”–, a la*

---

1. De la POTTERIE–PIKAZA–LOSADA, *Mariología fundamental*, Salamanca 1985, 124 ss.

*restauración de la vida sobrenatural; y de su presencia en el misterio de Cristo y de su “pleroma” la Iglesia. María, como icono del Espíritu –la “Pneumatófora” de la ortodoxia– indisolublemente unida a su Hijo, la vivifica en y a través del misterio de aquella “mediación unidual” de la que vive la Iglesia como instrumento del Reino hasta su consumación escatológica.*

He aquí por qué se puede y se debe decir, que la Iglesia nació, en tanto que Esposa, Persona mística distinta de Cristo, su Esposo y Cabeza –de su costado abierto “y” de la espada de dolor de la Mujer, (se trata de una “y” de participación trascendental que –a diferencia de la participación predicamental– nada añade a la plenitud de Mediación y gracia capitales de Cristo, pues de ella brota –por libre querer divino, cuya conveniencia suma es patente– y muestra su necesidad, haciendo más amable el camino de la vida cristiana –no otra es la razón de suma conveniencia– con el atractivo de la ternura de un corazón de madre, que refleja la misericordia del Padre que tanto amó al mundo que envía a su Hijo unigénito en el Espíritu (cfr. LG 62 G)).

María es Madre del Cristo total (la descendencia –en singular– de Abraham (cfr. Gal. 3, 16), nuestro padre en la fe, que es la descendencia misma de la Mujer del alfa y del omega, del Génesis y del Apocalipsis (“bienaventurada tú, que has creído, Lc 1, 45)), con una maternidad que en la Cruz “se derrama” sobre la Iglesia (Cfr. R M, 24), en y a través de la cual alcanza en el Espíritu a los hombres, uno a uno, que acepten el don salvífico que a todos se ofrece, sin excepción. Una maternidad que procede de la fuente originaria de la vida íntima divina y de todas sus obras ad extra; es decir, de la Paternidad subsistente de Dios Padre –que contiene por eminencia las propiedades de la maternidad (cfr. CEC, 239)–, que ella refleja, imita y participa en el Espíritu<sup>2</sup>, que se realiza en y a través de la Iglesia, y no tiene otra meta –y sentido– que facilitar el retorno al Padre de la humanidad dispersa por el pecado en la fraternidad de los hijos de Dios en el Cristo total, del justo Abel al último de los elegidos.

Las discusiones acerca de la mediación de María antes del Concilio contribuyeron –afirman sin ningún fundamento algunos teólogos católicos (como Y. Congar y H. Mülhen)– a oscurecer la función mediadora del Espíritu de Cristo, justificando así, al menos en parte, la objeción tradicional de los protestantes a la Teología católica, de sustituir su función mediadora por la de María.

Se comprende esta acusación en la teología protestante. Dado el nominalismo que subyace en ella –que hemos mostrado en este estudio–, es lógico que encuentre dificultades en admitir las nociones de participación y de la analogía entis, en ella fundada (el único obstáculo serio según Barth para que un reformado se haga católico), que es la clave para la recta comprensión de nuestro tema. Pero no es éste el caso de estos teólogos católicos, que deberían advertir que la Mediación universal materna de María, que tiene un sólido apoyo en la Escritura y la Tradición, no implica un añadido superfluo de sustitución de lo que correspondería al Espíritu Santo –como absurdamente afirman–, sino una participación de la Mediación de Cristo en el Espíritu, Unus Mediator, que brota de su pleroma desbordante, que nada le añade y muestra su eficiencia y necesidad. Dios ha querido muy convenientemente asociar a su Madre –la Inmaculada (la Panhaghia y la Pneumatofora de la tradición oriental)– en la donación del Espíritu vivificante que nos merece el nuevo Adán –como nueva Eva, Madre

---

2. Cfr. sobre este tema, J. FERRER ARELLANO, “Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta del misterio de María y de la Iglesia”, *Eph. Mar.* (1999), 53–125.

espiritual de los vivientes– en “la hora” de su tránsito de este mundo al Padre (Jn 13, 1. Cfr. 12, 23), que es también “la hora de la Mujer” (cfr. Jn 16, 21).

Es indudable que esta perspectiva pneumatológica estaba quizá demasiado implícita –por eso era conveniente explicitarla como recomienda la “*Marialis cultus*” de Pablo VI” (12 Febrero 1974), n. 27, y hace la “*Redemptoris Mater*”– pero, en modo alguno ausente en la mariología preconiliar, sobre todo en la tradición franciscana que, desde S. Buenaventura, hasta Maximiliano Kolbe, ha contemplado la presencia del Espíritu Santo en la Inmaculada –que describe como una “cuasiencarnación”– en la perspectiva de la doble misión siempre conjunta e inseparable del Verbo y del Espíritu en convergencia llamativa con la Mariología pneumatológica del cristianismo oriental.<sup>3</sup>

Es este uno de los casos más claros en que se manifiesta la "jerarquía de las verdades" (UR 11c), y cómo desde una primaria se pasa a otra que le está estrechamente unida. El diálogo con los protestantes en este punto debe dirigirse primariamente a facilitarles el descubrimiento del contenido pleno del misterio de Cristo. Aparece así – en su plenitud desbordante– el misterio de María, derivado e indisolublemente unido al misterio de la Iglesia en una unidad indivisible de participación en "la única mediación del Redentor que no excluye, sino suscita en sus criaturas –como la única bondad de Dios se difunde realmente en ellas de forma distinta– una múltiple cooperación que participa de la fuente única" (Cf. LG 62 b). Según Pablo VI (Cf. Encíclica “*Marialis Cultus*”), María es "el centro maternal de la unidad" y "madre de la unidad" que con sus plegarias alcanzará la plena integración de los hermanos separados "en la única Iglesia fundada y querida por Cristo". La unidad –que tiene su raíz en la misma fe y obra la caridad, infundidas en el bautismo– es fruto de la mediación materna de María, en y a través de la sacramentalidad maternal de la Iglesia, que comienza a ejercerse en la regeneración bautismal –vinculada a la acción de María– y culmina en el misterio eucarístico, raíz de la eficacia salvífica de toda su actividad (cf.SC 9, 18).<sup>4</sup>

---

3. Cfr. O.D, FEHLNER, *St Maximilian M. Kolbe, Pneumatologist. His theologiae of de Holy Spirit*, New Bedford, MA. 2004. F. OCHAITA “La colaboración de María a la redención en la vida y escritos de San Maximiliano Kolbe”, *Estudios Marianos*, 70 (2004), 207–335. Cfr. Sobre este tema J. FERRER ARELLANO, *The Immaculate Conception as the condition for the possibility of de Coredemption*, en “Mary of de Foot of de Cross”, V, *Acts of the V Symposium on Mariam Coredemption*, (Worth Abbey School, England, July 21–24, 2004). Academy of de Immaculate. New Bedford, MA. 2005, 58–185. Especialmente., 168 ss. Traducción castellana en el cap. I de *La mediación materna de María, esperanza ecuménica de la Iglesia*, cit.

4. Cfr. A. BANDERA, *La Virgen y los sacramentos*, Madrid 1987. La “Declaración Dominus Iesus” de la CDF (16–VI–2000) rechaza que los elementos de verdad y de vida de las religiones sean independientes de la única mediación de Cristo y su Iglesia. Los “*semina Verbi*” proceden del Espíritu de Cristo en su consumación pascual y ejercen un papel de preparación evangélica, por más que otros elementos de ellas constituyan más bien obstáculos. La declaración invita a profundizar en la mediación participada, que no excluye los elementos positivos de estas religiones.

El Concilio Vaticano II, en efecto, afirmó que: “La única mediación del Redentor no excluye, sino suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única. Se debe profundizar en el sentido de esta mediación participada, siempre bajo la norma el principio de la única mediación de Cristo: Aun cuando no se escluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas, sin embargo cobran significado y valor <<únicamente>> por la mediación de Cristo, y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias. No obstante serán contrarias a la fe cristiana y católica aquellas propuestas de solución que contemplen una acción salvífica de Dios fuera de la única mediación de Cristo”. (n. 14. Cfr. nn. 21 y 22). Cfr. J. FERRER ARELLANO, “La unicidad y universalidad de Cristo y de la Iglesia,

María atrae a sus hijos y obtendrá de su Hijo "Primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8,16) su plena comunión "en un sólo rebaño bajo un sólo Pastor" (Jn 10,16). Ella, como en Caná de Galilea, acelerará el cumplimiento de esa profecía que funda la esperanza ecuménica de la Iglesia. Todo lo que puede El en su omnipotencia, se ha dicho con frecuencia, lo puede su Madre, anticipándolo, con su intercesión. Ella se une a la oración sacerdotal de Jesús (Jn, 17), en la que pidió al Padre, que todos sus discípulos fuéramos "uno", como lo son Ellos en la unidad del Espíritu, en la íntima "comunión" de la indivisible Trinidad. La oración de Jesús –que es necesariamente oída por su Padre– será realizada cuando llegue la hora de Dios, preparada por María, que cuenta con la cooperación de sus hijos para que se abrevie el tiempo de la dura prueba – el escándalo– de la división de los cristianos, que tanto entorpece el plan salvífico de Dios. Será la hora de María, que siempre prepara, como aurora del Sol de Justicia, el advenimiento del reino mesiánico, desde los humildes comienzos de Nazaret, hasta la plenitud del Reino consumado a lo largo de la historia de la salvación.

En un estudio sobre la mediación materna de María (publicado en "Eph. Mar" 48 (1998), 469 ss)<sup>5</sup>, comenté el voto negativo del dictamen de la comisión nombrada para responder a la demanda de la definición dogmática, con ocasión del congreso mariano de Czestochowa de 24–VIII–1996. En él se afirma sin argumentos sólidos que los tres títulos propuestos –corredentora, mediadora y abogada– resultan ambiguos –la abigüedad desaparece si se explica bien el sentido de los términos y su clara raigambre bíblica, patrística y magisterial–, añadiendo "que será preciso reflexionar el porqué de la escasa utilización del primero de ellos por el Magisterio desde hace 50 años". Sea lo que fuere de esa última afirmación –que se ha demostrado en buena parte falsa, como ya apuntamos–, es evidente que es una clamorosa falsedad en lo que a *Juan Pablo II* se refiere, para quien la mediación materna de María (véase "Redemptoris Mater", especialmente III parte), es la clave de su enseñanza mariológica –en la que *emplea de nuevo el título "corredentora" retomando el vocablo consagrado en el Magisterio anterior que parece el más apto para expresar la cooperación "única y singular"– eficiente, próxima y objetiva– de María asociada al nuevo Adán como la nueva Eva al Redentor–.<sup>6</sup>*

Es evidente que no está maduro nuestro tema –la definibilidad del quinto dogma mariano– en un determinado ambiente teológico, demasiado extendido. Ahí está la raíz de su posible inoportunidad –a la prudencia del Magisterio corresponde juzgarlo– pero en modo alguno en un "déficit" de fundamentación doctrinal en las fuentes teológicas – en el triple plano trinitario, eclesiológico y antropológico que echó en falta en su

---

centro y fundamento irrenunciable de la Teología de las religiones", en *Studium legionense*, 45 (2004), 187–222.

5. J. FERRER ARELLANO, "La doble misión conjunta del Verbo y del Espíritu Santo como "Incaratio in fieri". Consecuencias mariológicas y eclesiológicas". *Ephemerides Mariologicae*, 48 (1998), 405–457.

6. M. PONCE CUÉLLAR, "Razones de una controversia sobre la colaboración de María a la salvación", en *Estudios Marianos* 70 (2004), 189–207. Concluye su estudio con la afirmación –de la que discrepo– que "si bien es cierto que la Biblia, los Padres y el Magisterio ofrecen una sólida fundamentación a la doctrina de la cooperación de María a la obra salvadora, no puede decirse lo mismo, si descendemos a propuestas concretas, es decir, a interpretaciones que, como la de Maravalle, no se limitan a una exposición de los aspectos fundamentales, sino que pretenden encontrar apoyo doctrinal aún para una determinada terminología, deudora de concepciones ligadas a presupuestos teológicos hoy en revisión".

comentario el dictamen la Academia mariana internacional— que ofrece sobradamente, a mi juicio, el Magisterio de Juan Pablo II, que ha inspirado este estudio —como tantos otros que van multiplicándose estos últimos años<sup>7</sup>—; y menos todavía supuestas dificultades ecuménicas. Las dificultades son más, en su raíz —como hemos procurado evidenciar más arriba— de “preámbulos de fe” de la raíz nominalista —de orden filosófico, en rigor— con su consiguiente giro inmanentista y antropocéntrico subjetivista que urge superar —como subraya vigorosamente Juan Pablo II en la luminosa carta encíclica "Fides et Ratio"—, que de contenido teológico en sentido estricto. Llegará cuando llegue la hora de Dios.

La plena promoción —no su supresión, como algunos proponen— de esta mediación materna de “la llena de gracia”, como mediadora de la unión entre la Cabeza y el cuerpo, entre Cristo y nosotros —más aun, mediadora en el Único Mediador, en “unicidad dual” (“cor unum et anima una”)—, porque es Virgen y Madre de Dios Redentor, y porque es corredentora en el Calvario, es el camino —subraya el prestigioso teólogo franciscano P. D. Fehlner— para una inteligencia más profunda del misterio de María, disipando toda duda y allanando, así, las dificultades hacia una eventual —quizá próxima— definición dogmática de la “mediación materna de María Inmaculada como Corredentora, Dispensadora universal de todas las gracias y Abogada o Intercesora del Pueblo cristiano” (según la fórmula que acertadamente propone). Sería, sin duda, el modo más eficaz de realizar los fines del ecumenismo: la unidad de todas las ovejas en el único rebaño, que es la Iglesia edificada sobre Pedro. La Inmaculada, Madre de la Unidad, aplastará la cabeza del que fomenta errores y rebeliones en la Iglesia.<sup>8</sup>

---

7. Son muy numerosas las reuniones científicas y publicaciones, sobre todo en Italia y EE.UU, que evidencian teológicamente la definibilidad de esta prerrogativa mariana como V dogma mariano, especialmente las promovidas por Mark MIRAVALLE (cfr. nota 16) y por la Academia de la Inmaculada (de los Franciscanos de la Inmaculada). Cfr. la revista internacional *Immaculata Mediatrix*, que publica el Instituto teológico “Immaculata Mediatrice” en Frigento desde 2001, que da cuenta de las numerosas publicaciones científicas sobre el tema en todo el mundo. Entre ellas destacan los volúmenes (diez hasta ahora) de VV.AA. *Maria Corredentrice, Storia e teología*, Casa Mariana editrice, Frigento.

8. P.D.M. FEHLNER, *Il cammino della verità di Maria Corredentrice*, AA. VV., “María Corredentrice, Storia e Teología”, V, pp. 33–119. El P. Stefano M. MANELLI, *Maria a titolo unico, e Corredentrice*, *ibid*, V, pp. 27–31) comenta la teleconferencia teológica de P. G. COTTIER, promovida por la Santa Sede, publicada en el *Osservatore Romano* de 3–4 Junio 2002., 8, donde reivindica la oportunidad del título de Corredentora, por su participación única en el evento mismo del Calvario. Ella ha sido asociada —a título único— a la oferta redentora que ha merecido la salvación de todos los hombres en unión con Cristo y subordinadamente a Él (en el orden de la redención objetiva). El P. MANELLI subraya “la perfetta intessa e perfetta armonía” entre esta conferencia de Cottier (teólogo pontificio) y la catequesis papal del 9–IV–1997 que algunos habían señalado ya como una formulación de la verdad de la Corredención —proxima fidei y proxima definibilis— que podría preparar el camino para una eventual definición.



## CAPÍTULO VII

### **ORIENTACIONES DE LA ENCÍCLICA PARA UNA ESPIRITUALIDAD MARIANA A LA LUZ DEL PROGRESO DOCTRINAL DE LA MARIOLOGIA DEL CAPITULO VIII DE LA LUMEN GENTIUM. (RM, 48 C).**

La invitación a profundizar en la especial presencia materna de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, “dimensión fundamental de la Mariología del Concilio”, glosada ampliamente en la Encíclica que comentamos, quiere el Papa que no se limite a los aspectos doctrinales, sino que trascienda a la vida de la fe, es por tanto “una auténtica espiritualidad mariana considerada a la luz de la Tradición, y de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio”. Para ello recomienda acudir a la fuente riquísima de la experiencia histórica de almas santas y de movimientos de vida que suscita incesantemente el Espíritu de Cristo a lo largo y ancho del mundo: “A este propósito me es grato recordar, entre tantos testigos y maestros de la espiritualidad mariana, la figura de San Luis María de Grignon de Monfort, la cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del Bautismo. Observo complacido cómo en nuestros días no faltan tampoco nuevas manifestaciones de esta espiritualidad y devoción”. (RM, 48 c) “Junto a este Santo –añade en nota– se puede colocar también la figura de S. Alfonso María de Liborio, en especial su obra “Las glorias de María”.

Después de referirnos brevemente al profundo influjo de los dos autores marianos citados –y recomendados– en la Encíclica que tan profunda huella han dejado en la vida de la Iglesia, concluimos este capítulo con una breve referencia a algunos testimonios posteriores, especialmente contemporáneos –entre tantas y tan admirables manifestaciones de esta espiritualidad y devoción a los que el Papa alude con complacencia– entre los que han logrado singular influencia en la Iglesia universal.

#### ***1. San Luis María Grignon de Montfort***

La profunda devoción de Juan Pablo II a la Santísima Virgen, según testimonio personal suyo (cf. André Frossard, “Diálogos con Juan Pablo II”, trad. Plaza Janés 1982, 9. 130), tiene su origen en el evangelio, desde luego. “Pero ha influido también en gran medida un librito perdido o escondido durante un siglo y medio, el “tratado de la verdadera devoción a la Sma. Virgen, de S. Luis María Grignon de Montfort, escrito alrededor de 1700”. La lectura de este libro supuso un viraje decisivo en mi vida. Digo viraje, aunque en realidad, se trata de un largo camino interior que coincidió con mi preparación clandestina para el sacerdocio. Fue entonces cuando cayó en mis manos este libro, tratado singular, uno de esos libros que no basta “haber leído”. Recuerdo que lo llevé mucho tiempo en el bolsillo, incluso en la fábrica de sosa, y que sus hermosas tapas se mancharon de cal. Releía una y otra vez algunos de sus pasajes. Pronto advertí

que, independientemente de la forma barroca del libro, allí se trataba de algo fundamental. Entonces ocurrió que la devoción de mi niñez e, incluso, de mi adolescencia hacia la madre de Cristo cedió paso a una actividad nueva, una devoción que procedía de lo más profundo de mi fe, como del mismo corazón de la realidad trinitaria y cristológica.

“Si antes me contenía por temor a que la devoción mariana tomara la delantera a la de Cristo, en lugar de cederle el paso, al leer el tratado de Grignion de Montfort comprendí que, en realidad, ocurría algo muy distinto. Nuestra relación interior con la Madre de Dios dimana orgánicamente de nuestra vinculación al misterio de Cristo. Por tanto, es imposible que se estorben entre sí.

“Al contrario: la “verdadera devoción” a la Virgen Santísima se reafirma con mayor fuerza en aquel que avanza en el misterio de Cristo, Verbo encarnado y en el misterio trinitario de la salvación que se centra en él. Incluso se puede decir que, a quien se esfuerza en conocerle y amarle, el propio Cristo le señala a su madre, como hizo en el Calvario con su discípulo Juan. Cuanto más se ha centrado en la realidad de la Redención mi vida interior, más claro he visto que la entrega a María tal como la presenta San Luis Grignion de Montfort es el mejor medio de participar con provecho y eficacia de esta realidad para extraer de ella y compartir con los demás unas riquezas inefables.

Mi devoción mariana así moldeada, vive en mí desde entonces. Es parte integrante de mi vida interior y de mi teología espiritual. Es sabido que el autor del tratado define su devoción como una forma de “esclavitud”. Quizás esta palabra choque a nuestros contemporáneos. Para mí no supone ninguna dificultad. Veo en ello una especie de paradoja de las que tanto abundan en los Evangelios, en la que las palabras “santa esclavitud” pueden significar que nosotros no sabríamos explotar más a fondo nuestra libertad, el más grande de los dones que Dios nos ha hecho..”

“Porque libertad se mide con la medida del amor de que somos capaces”.

### ***Precedentes***

Muchos desconocen el origen español de los principios doctrinales de Montfort. S. Luis María tomó inspiración en la espiritualidad del seminario de San Sulpicio, donde se formó, fundado por el Venerable Juan Olier en 1657, que pretendió la “esclavitud de amor a María” del cardenal P. de Berulle († 1629), cabeza de la llamada Escuela Francesa de Espiritualidad. Berulle a la vuelta de un viaje por España (en 1604), donde había admirado la floreciente Confraternidad de la “esclavitud Mariana”, se convirtió en su defensor y propagador en Francia. En España se mantenía viva la tradición de la servidumbre mariana, constante en la Patrística desde San Efrén.

“Cántico de los Querubines, dulce armonía de los Ángeles! ¡Te saludo..., himno de los solitarios! ¡Te saludo Soberana que obtienes el cetro sobre tus fieles siervos! “

Desde San Efrén –cuyos escritos, como atestigua San Jerónimo se leían en público– hasta nuestros días, no ha faltado jamás en la Iglesia quienes se hayan profesado siervos de la Señora del Universo. Esta devoción perfectísima consiste en

consagrarse para siempre y por entero a María en calidad de esclavo, como Reina; o en calidad de hijo, como Madre.<sup>1</sup>

No es extraño, dado el gran prestigio e influjo de San Ildefonso de Toledo (607–669) que se distingue, entre todos los padres, por el ardor con que se ofreció al servicio mariano. Es impresionante el elocuente fervor con que comienza su libro “La perpetua virginidad de María”: ¡Oh Señora mía y Soberana Señora, Madre de mi Señor, humildísima sierva de vuestro Hijo, Madre del creador del Mundo! Yo os ruego y os pido me deis el espíritu de vuestro Hijo, mi Redentor, de tal manera que yo conozca cosas verdaderas y dignas de Vos, hable cosas verdaderas y dignas de Vos, y diga lo que de verdadero y digno debo decir de Vos” (PL, 96, 58). El capítulo XII cierra su tratado con un encendido ofrecimiento de sí mismo al servicio de María: “Postrado a vuestros pies, ¡oh Virgen única, Madre de Dios!, yo, siervo de vuestro Hijo os ruego me concedáis el unirme firmemente a Dios y a Vos, el someterme a Vuestro Hijo y a Vos, el seguir a Vuestro Hijo y a Vos. A El, como a mi Creador; a Vos, como a Madre de mi Creador”.

“Si yo soy vuestro siervo, es porque vuestro Hijo es mi Señor. Vos sois mi Soberana, porque sois la Esclava de mi Señor. Yo soy siervo de la Sierva de mi Señor, porque Vos, mi soberana, sois la Madre de mi Señor... Si deseo llegar a ser el fiel de la Madre es para poder ser siervo fiel del Hijo. Si quiero servir a su Madre es para que el Hijo sea mi Señor. Para demostrar que estoy al servicio del Señor, doy como prueba el dominio que su Madre ejerce sobre mí... porque servir a su Esclava es servir al Señor, y redundará en honor del Hijo todo lo que se concede a la Madre, como se convierten en honor del rey los homenajes de sumisión a la reina.

“¡Con qué entusiasmo deseo ser siervo de esta Soberana! ¡Con qué fidelidad me quiero someter a su yugo! ¡con qué perfección intento ser dócil a sus mandatos! ¡Con qué ardor trato de no sustraerme a su dominio! ¡Con qué avidez deseo no dejar de estar nunca en el número de sus verdaderos siervos!. Seáme pues, concedido el servirla por deber; que sirviéndola merezca sus favores y pueda ser siempre irrepensible siervo suyo” (PL, 96, 105–108). El Santo Doctor no sólo se declara con el más encendido entusiasmo, verdadero, fiel, irrepensible Siervo de María, sino que nos da también, la razón de esta declaración: para poder servir mejor al Señor cuya Madre es María. Cuanto más fielmente se sirve a la Virgen Santísima, tanto más fielmente se sirve al Señor, ya que el dominio de la Virgen es inseparable del dominio del Señor. Pero fue a fines del s. XVI, cuando el término “siervo de María” y la expresión “Servidumbre de Mariana”, fueron intensificándose y tomaron el matiz de “esclavitud mariana” en el sentido popularizado por Grignon de Montfort. Parece claro que quien practicó en

---

1. Cf. G.M. Roschini, o.c. t. II, p. 383, de donde tomamos muchos de estos datos. El autor, de la orden de los Siervos de María, que tanto ha contribuido a la difusión de esta espiritualidad de Servicio filial a la Madre de Dios, conoce a fondo el tema.

El primero entre los Padres que profesó explícitamente “Siervo de María” fue –según nos consta– San Efrén (muerto en 373), llamado “el arpa del Espíritu Santo”, “el cantor de María”. ¡Oh gran princesa y Reina, incomparable Virgen, purísima y castísima, Señora de todos los Señores, Madre de Dios..., nosotros nos hemos entregado a Ti y consagrado a tu servicio desde nuestra infancia. Llevamos el nombre de siervos tuyos. No permitáis, pues que Satanás, el maligno espíritu, nos arrastre al infierno. Llena de ahora en adelante mi boca, oh Santa Señora, de la dulzura de tu gracia... Acepta, oh Virgen Santa, el que tu humildísimo siervo te alabe y te diga: te saludo, ¡oh vaso magnífico y precioso de Dios! ¡Te saludo, María Soberana mía llena de gracia! ¡Te saludo!

primer lugar la “esclavitud mariana” fue la hermana franciscana Madre de Inés de San Pablo “junto con otras cuatro hermanas de las Franciscanas Concepcionistas de Santa Úrsula de Alcalá de Henares (desde 1595). “Inspirada por la Santísima Virgen dice la crónica erigió la Asociación llamada de la “Esclavitud Mariana”.

El célebre escritor místico franciscano Fray Juan de los Ángeles, visitador del Monasterio de Santa Úrsula, de Alcalá concedió; como también la Infanta Sor Margarita de la Cruz, fundadora de las “Descalzas Reales”, que inscribió en la Asociación a Felipe II y Margarita, su esposa, al emperador y la emperatriz, al archiduque de Austria y a su esposa, la Infanta Isabel. Pero quienes más contribuyeron a propagarla –en España y fuera de ella– fueron San Simón de Rojas (1551–1624), Trinitario, amigo de la familia real española, y el P. Bartolomé de los Rios (1580–1662), Agustino, “Magíster Studiorum” del Colegio Agustiniense de Alcalá, que la propagó de modo extraordinario en Flandes. Sus escritos se difundieron mucho en Polonia, traducidos por el jesuita P. Stanislaw Phalacius.

Clemente X en 1673 condenó algunos excesos quietistas de este movimiento (“los abusos de falsa devoción de los confratelli”, según declaración del censor oficial). La razón de esta condena se basó en que la servidumbre o esclavitud que los cristianos tributan a Dios y a María ni quita ni disminuye la libertad, pero de ningún modo censura esta devoción en sí misma. De hecho fueron aprobados los escritos de S. Luis M. G. de Montfort, tan calurosamente recomendados a la Iglesia Universal en nuestros días por Juan Pablo II. Si otros pontífices habían vivido personalmente según esa espiritualidad, él es el primero que la propone a todos los hijos de la Iglesia como camino seguro de santificación.

### ***La perfecta consagración a María en la espiritualidad montfortiana***

Luis María de Montfort (1673–1716) formado en S. Sulpicio, como hemos visto, expone de una manera admirable la doctrina y la práctica de la servidumbre Mariana o esclavitud de amor” en “El secreto de María”, y sobre todo, en el “Tratado de la verdadera devoción a la SS. Virgen”, compuesto unos tres años antes de su muerte. El “Tratado” estuvo inédito y desconocido –como lo había previsto el Santo– hasta el 1842, cuando fue “casualmente” descubierto y publicado. Este “Tratado”, traducido a muchísimas lenguas perpetúa en el tiempo el apostolado mariano y realiza el deseo expreso del Santo en uno de sus admirables cantos: “¡Oh María! ¡ojalá que mi expresión fuese un trueno para gritar por todos los siglos que quien mejor te sirve es el más feliz!”

El fundamento doctrinal se lo siguiere San Agustín, que llama a María “molde viviente de Dios, forma Dei”, “El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo para formar al natural un Dios–hombre por al unión hipostática y para formar un hombre–Dios por al gracia, es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde. Cualquiera que se meta en él y se deje manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo verdadero Dios. Y esto de manera suave y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de manera segura y sin miedo de ilusiones, que no tiene parte aquí el demonio, ni tendrá jamás entrada donde esté María; de manera, en fin, santa e inmaculada sin la menor mancha de culpa.

“María es el paraíso de Dios y su mundo inefable donde el Hijo de Dios entró para hacer maravillas, para guardarle y tener en él sus complacencias. Un mundo ha hecho para el hombre peregrino, que es la tierra que habitamos; otro mundo para el

hombre bienaventurado que es el paraíso; mas para si mismo ha hecho otro mundo y lo ha llamado María. Mundo desconocido a casi todos los mortales de la tierra e incomprensible a los ángeles y bienaventurados todos del cielo”.

“Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien el Espíritu Santo revela el secreto de María para que lo conozca; a quien abre este huerto cerrado para que en él entre, y esta fuente sellada para que de ella saque el agua viva de la gracia y beba en larga vena de su corriente. Esta alma no hallará sino a Dios solo, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad... En todas partes es el pan de los fuertes y de los ángeles, pero en María es el pan de los niños”. Por eso si insiste tanto sobre la palabra esclavo, casi siempre añade a ella la palabra hijo. Los hijos de la Virgen se hacen esclavos suyos, pero es para mostrarse más generosos, más amantes, y por lo mismo, para ser con más verdad hijos suyos. Es una esclavitud filial.

¿En qué consiste esta consagración? “consiste en darse por entero a María y a Jesús por Ella, y, además, en hacer todas las cosas por María, con María, en María y para María”.

Ante todo hay que entregarse voluntariamente y por amor, por entero y sin reserva alguna: cuerpo y alma, bienes exteriores y fortuna, como casa, familia, rentas; bienes interiores del alma a saber: sus méritos, gracias, virtudes y satisfacciones. Todo se deja a disposición de la Virgen Santísima, que, a voluntad suya, lo aplicará para la mayor gloria de Dios, que sólo ella perfectamente conoce. Más importante todavía que ese acto de entrega –consagración– es la vida mariana que debe llevar el que se entregó de esa manera total a María. Esta vida mariana consiste en hacer todas las cosas con María, en María, por María y para María.

### ***María, aurora que precede al Sol de Justicia***

Siendo María Santísima el camino por donde por primera vez vino Jesucristo a nosotros, lo será también cuando venga por segunda vez, aunque no del mismo modo. Como es la aurora la que precede y descubre al Sol de justicia que es Jesucristo, debe ser reconocida y manifestada, a fin de que lo sea su divino Hijo. Por María comenzó la salvación del mundo, y por María debe consumarse; María no se manifestó casi en el primer advenimiento de Jesucristo, a fin de que los hombres, aún poco instruidos e ilustrados acerca de la persona de su Hijo, no se separasen de Él, adhiriéndose demasiado fuerte y groseramente a Ella, lo que aparentemente hubiera sucedido si María hubiese sido conocida, a causa de los admirables encantos que el Altísimo había puesto incluso en su exterior, lo cual es tan cierto, que San Dionisio Aeropagita nos ha dejado escrito que, cuando la vio, la hubiera tomado por una divinidad por sus secretos atractivos y su incomparable belleza, sin la fe, es que estaba bien fundado no le hubiese enseñado lo contrario. Las razones que movieron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y a no manifestarla sino muy poco después de la predicación del Evangelio, no subsisten ya. Dios quiere descubrir y manifestar a María como la más perfecta obra de sus manos...

María debe resplandecer más que nunca en misericordia, en gracia y en poder. En misericordia, para reducir y acoger amorosamente a los pobres pecadores y extraviados, que se convertirán y volverán a la Iglesia Católica. En gracia, para animar y sostener a los soldados valientes y fieles servidores de Jesucristo, que combatirán por sus intereses. Y en poder “contra los enemigos de Dios”, para los que será terrible,

como un ejército formado en orden de batalla, principalmente en estas últimas edades; porque sabiendo Satanás que le queda poco tiempo, y menos que nunca, para perder almas, redoblará diariamente sus esfuerzos y sus combates; suscitará inmediatamente nuevas persecuciones y tenderá terribles emboscadas a los servidores fieles y a los verdaderos hijos de María, a quienes vence más difícilmente que a los demás. La antigua serpiente la teme más que a todos los ángeles y a todos los hombres, y en cierto sentido más que al mismo Dios. No es que la ira, el odio y el poder de Dios no sean infinitamente mayores que los de la Santísima Virgen, toda vez que las perfecciones de María son limitadas, sino porque: siendo Satanás muy orgulloso, sufre infinitamente más al ser vencido y castigado por una pequeña y humilde esclava de Dios, y su humildad le humilla más que el poder divino; porque Dios ha dado a María tan grande poder contra los demonios, que tienen más miedo... uno solo de los suspiros de María a favor de cualquier alma, que a las oraciones de todos los Santos, y temen más a una solo de sus amenazas contra ellos, que a todos los demás tormentos.

¿A qué se podrá comparar a estos servidores, esclavos e hijos de María? – Los “apóstoles de los últimos tiempos”? Serán como brasas encendidas en medio de los ministros del Señor y podrán el fuego del amor divino en todas partes, y como flechas en mano poderosa, flechas agudas en la mano de la poderosa María para herir a los enemigos de Dios (Ps 126, 4). Bien purificados por el fuego de grandes tribulaciones, y bien unidos a Dios, que llevarán el oro del amor en el corazón, el incienso de la oración en el espíritu, y la mirra de la mortificación en el cuerpo, y que por todas partes serán el buen olor de Jesucristo... A quienes el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza para obrar maravillas y ganar gloriosos despojos a sus enemigos. En fin, sabemos que serán verdaderos discípulos de Jesucristo que, marchando sobre las trazas de la pobreza, humildad, desprecio del mundo y caridad, enseñarán el camino derecho de Dios y de la verdad”.

## 2. *San Alfonso María de Liguorio*

“Señora y Madre mía: para hacerte amar de todos y darte alguna prueba de mi gratitud por tantos beneficios como te debo, siempre he procurado predicarte, propagando la dulce y saludable devoción hacia ti, y por mi edad avanzada y mi quebrada salud siento que me acerco a ese día; por eso he pensado publicar este libro antes de morir, para que siga él proclamando tus alabanzas, a la vez que animando a otros a difundir tus glorias y las innumerables muestras de protección que das a tus devotos”.

Este libro es el de “las glorias de María”, publicado por San Alfonso a finales del año 1750 (aun habría de vivir otros 27 años). Desde entonces, efectivamente, ese libro ha sido editado más de mil veces en gran número de lenguas, propagando en miles de corazones el encendido amor a María Santísima del gran doctor de la Iglesia, cuyo segundo centenario se celebra el mismo año de la Encíclica RM (1987) en la que expresamente recomendada esta preciosa obra alfonsiana.

Años y años llevaba preparando este libro solemne sobre la Virgen, al mismo tiempo que su Teología Moral. Una vez que sacó a luz ésta, se dedicó a dar la última mano al otro. Durante la intensa actividad misionera del trienio 1749–1751, coincidiendo con el Año Santo, encontró tiempo para su última gestación y primeros cuidados de este fruto cuajado de su amor a la Virgen. Hubo quienes no querían que

viera la luz alegando que incurriría en exageración; eso mismo hizo que pusiera más entusiasmo.

La llamativa preocupación de poner al libro, después de una larga dedicatoria a Jesús y María, hasta tres prólogos, se explica por la oposición que intuía en “espíritus fuertes” –como Marutori con el que polemiza vigorosamente en el libro–. El primero titulado “Protesta del autor”, avisa que si alguien creyera demasiado avanzada alguna afirmación del libro, quiere él que se entienda como la entiende la Iglesia y su sana teología. El segundo va como “Advertencia al lector”: advierte que, en particular, lo que se lee en el capítulo 5 de la Virgen medianera de todas las gracias hay que entenderlo como lo entiende la Santa Iglesia romana, de la que se declara hijo obedientísimo. El tercero es la clásica “Introducción” dando a conocer la estructura del libro y su finalidad confesada de publicar las glorias de María para incitar a su devoción. “Muy frío debe ser el amor de aquellos que, teniéndose por devotos de María apenas si piensan en hablar de Ella y en hacerla amar de los demás”.<sup>2</sup>

Es conmovedora la dedicatoria final:

O Viginella,  
Quanto sei bella!  
Madre de Dio,  
Questo cor mio  
S'e' innamorato  
De tua bontá!

La clave de las glorias podríamos encontrarla en el capítulo 3; “María, es esperanza de los pecadores” por su mediación maternal. Antes y después repetirá mil veces, apuntando a las posiciones de los contradictores puntillosos: “Mientras el pecador siga obstinado en el mal, imposible que la Virgen lo pueda amar”. ¡Obstinarse en el mal, misterio de iniquidad!. Práctica indefectible y mandato sagrado de San Alfonso fue no omitir en ninguna misión el sermón de la Virgen, “que se ha visto, por experiencia, ser el más provechoso de todos”. Precisamente este libro venía como a perpetuar ese sermón. “Cuando en el alma del pecador comienza a brillar la devoción a María, señal cierta de que el Señor no tardará en venir con su gracia”. Se alza su voz de misionero: “La Iglesia dice de ti, Virgen, que eres la misma esperanza”. Lo proclama en la portada del libro el grabado del rostro de María, dibujado por él mismo o alguien por inspiración suya, con un gran letrero: “Spes nostra salve” (Esperanza nuestra, salve).

---

2. Estos datos de la vida de S. Alfonso están tomados de la excelente biografía publicada por la BAC con ocasión del II Centenario, de Dionisio RUIZ GOÑI, S. Alfonso María de Liborio, Madrid, 1987. El A. observa que aquella devaluación de la devoción a María resto –entonces– de la tempestad luterana y jansenista, ha vuelto con ocasión del Concilio Vaticano II. “Alguien comentó por entonces “El libro alfonsiano de las Glorias de María es poco leído por algunos y su contenido no les es grato, por desgracia para ellos, que se proclaman tan viriles y, en realidad, son poco humanos; tan respetuosos de Cristo, y resultan ser menos cristianos. Temen aparecer sentimentales, pero sacrifican el sentimiento no a la inteligencia, sino al intelectualismo. Una inteligencia que es cristiana es siempre mariana”.

Muy pocos años antes de publicar “las glorias de María” hizo testamento ológrafo para nombrar a la Virgen su heredera universal y, por Ella, a su Congregación redentorista. Se cuenta de él que en cierta ocasión le encargaron predicar la novena de la Inmaculada en una brillante cofradía. Esperaban de él, –tan declaradamente concepcionista– que convirtiera la novena en un encendido panegírico, sin más; pero añadió una vibrante llamada a la conversión. “Lo que hizo fue desnudar alma pecadora, afean su miseria, iluminar los caminos de salida de tan bajo estado, empujarla hacia las fuentes de la gracia”. Con enorme provecho espiritual.

Los diez capítulos de la primera parte comentan la Salve, y los diez discursos de la segunda narra los hechos principales de la vida de María, la tercera, en diez apartados, describe las virtudes de su Señora. Termina dialogando con el lector: “Me despido de ti aconsejándose continúes alegremente honrando y amando a esta Señora y procurando que otros la amen”. No había empleado tantos esfuerzos de tantos años en extraer piedras de la cantera de la literatura cristiana para ganarse fama de erudito; sólo buscaba que cada cristiano amara a la Virgen y fuera apóstol de esa devoción salvadora. “Si ves, hermano, que mi libro te ayudó a ello, por caridad, encomiéndame a María y pídele, como yo le pido, que los dos nos encontremos a sus plantas en el cielo”.

“Ahora ya muero contento, pues dejo en la tierra este libro, que seguirá alabándote y pregonando tus glorias. Espero que en las angustias de mi agonía me han de confrontar primero la pasión de tu Hijo Jesús y después tu intercesión, de modo que pueda salir de esta vida en gracia de Dios para ir a amarle en el cielo”.

En vida del autor vieron la luz por lo menos dieciséis ediciones de su libro en italiano, dos en alemán y una en español (salida en Valencia, traducción del mercedario padre Arquer; después tendrá varias reediciones. Hay también traducción al vasco y al catalán). Seguramente se lee hoy esta joya de la literatura mariana menos que antes; el cambio de mentalidad y de gustos es evidente. Pero nunca dejará de ser una obra clásica en la materia, por su erudición, rigor doctrinal y encendida devoción. Se cuenta que San Alfonso ya nonagenario imposibilitado para valerse por si mismo hasta en la lectura espiritual, queriendo alimentar su espíritu –“Dios nos habla en la lectura”, repitió mil veces– pedía que le leyeran libros edificantes. Aquel sábado, el que le atendía decidió leerle algo sobre la Virgen; San Alfonso escuchaba. De pronto, no se puede contener y pregunta: “¿Qué libro es ese, hermano? ¿De quien es? y el hermano, leyó volviendo la portada: “Las glorias de María, por Don Alfonso de Ligorio”. Se sonrojó y se comió para si mismo los elogios que habían venido a la boca. Pero no se calló su “Dios mío, gracias porque me inspiraste escribir este libro”.

### ***3. Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia***

Nacida en Dos Hermanas (Sevilla) en 1929. A los 17 años, en la víspera de la Inmaculada de 1946, fue agraciada con una profunda experiencia espiritual mariana en la Parroquia de su pueblo natal ante la imagen de nuestra Señora de Valme, que cambió radicalmente el curso de su vida. Doce años después -el 18 de Marzo de 1959, según su reiterado testimonio personal- Dios la introdujo en el secreto de su vida íntima -en lo profundo de “La Familia” Trinitaria, como a ella le complacía llamarla- haciéndole contemplar, vivir y participar los tesoros infinitos que se encierran en el misterio de la Iglesia, enviándola a proclamarlos con el mandato de “¡véte y dílo!. Esto es para todos”.

Las luces que recibió del misterio de María (“¡Misterio de misterios es María, milagro de milagros del Inmenso!”) contemplado siempre en perspectiva trinitaria, cristológica y eclesiológica, es de singular profundidad y belleza arrebatadora. Su obra y doctrina fueron muy apreciadas por el Beato Juan Pablo II, que la visitó personalmente en su casa, en Roma, de “la Obra de la Iglesia” -por ella fundada- cuando se encontraba enferma. (Cfr. WWW, laobradelaiglesia.org).

“¡Adviento de María...! ¡Madre...! Tú tenías al Verbo de la Vida en tu seno para ti, para amarlo Tú y para amarte Él. Tú vivías feliz en aquella intimidad y comunicación con el Verbo infinito en tu entraña. Pero, participando de la voluntad divina, olvidada de ti, ardías en ansias terribles de que ese Verbo, que había "saltado" del seno del Padre a tu seno, "saltara" de tu seno a los hombres para entregárnoslo como Hostia que, ofrecida por ti al Padre, fuera nuestra salvación y santificación.

El Adviento de María era una necesidad insaciable de darnos al Infinito. La Virgen era una manifestación de Dios ansiando ardientemente mostrar al mundo aquel Hijo oculto en su seno.

María no vivía su secreto sólo para Ella; no vivía su alegría gozándola para sí. Ella se gozaba, sí, con su Hijo en su seno; le tenía, le adoraba, le amaba, ¡pero necesitaba ardientemente mostrarlo a la faz de todos los pueblos!, pues sabía que Ella era el medio del cual Dios se había valido para darnoslo.

Y, por lo tanto, concedora de la voluntad divina, felicísima y dichosísima de morar en el seno de Dios y de que Dios morara en su seno, se abrasaba en urgencias indecibles por darnos a su Verbo. ¡Necesitaba que su Verbo fuera nuestro! Y Ella, como buena Madre, pedía: ¡Ven, Jesús!; ven de mi seno a mis manos, para darte en comida y en bebida a todas las almas. ¡Ven Tú, Gloria de Israel, promesa y esperanza de mi pueblo, para que alumbres a todos los hombres con "el conocimiento de Yavé" llenándolos de ti "como llenan las aguas el mar"!

¡Adviento de María...! La Señora espera, en esperanza cierta como la muerte, el día en el cual su seno nos dará al Verbo de la Vida, y entonces, como Sacerdote, pueda, entre el cielo y la tierra, dar a Dios todo honor y gloria y dar a los hombres a Dios.

¡María! ¡María...!, ¡cómo quisiera expresar lo que mi alma de ti siente...! Todo mi ser experimenta ganas de llorar, porque no puede decir tu canción, porque no puede cantar tu grandeza, porque la inmensa mayoría de las almas no te conocen ni te aman en la verdad. Se cantan tus amores, tus grandezas, pero ¿se penetra cálida e íntimamente en ese misterio de tu alma santísima...?

¡Oh Adviento de María...!, en el cual, a pesar de tener la Señora al Verbo de la Vida Encarnado en su seno, siendo para Ella "racimito de mirra", necesitaba, por exigencia de amor puro y universal, dejar esos amores en la intimidad de su seno y, olvidada de sí, darnoslo de su seno para nuestra salvación. ¡Vivir de María desconocido..!

Jesús ardía en ansias infinitas de dárse nos: "Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, y cómo traigo en prensa mi corazón mientras no lo vea cumplido". Y María, viviendo del vivir de Cristo y participando de sus mismos sentimientos, como Corredentora del género humano, ansiosa de dar a Dios lo más, también clamaba en un desgarrar generoso de amor y donación total: Hijo mío, con un bautismo de sangre tienes que ser bautizado, y ¡cómo traigo en prensa mi corazón hasta que no lo vea cumplido...! Tu vivir es mi vivir, y tus sentimientos los míos, de tal manera que Yo también estoy en prensa, en necesidad terrible de verte colgado entre el cielo y la tierra en crucifixión

ignominiosa, para que se obre el gran misterio de la Redención, para que seas ofrecido al Padre como Víctima de expiación y glorificación máxima a su Santidad infinita. Hijo, toda mi alma, desganada y destrozada de dolor, encendida de amor a ti, te abraza, te adora, se te entrega para tu descanso, te ofrece calor de hogar.

Alma querida, vive del vivir de María, procura en este Adviento entrar dentro de ti para vivir del misterio de Dios en tu alma... ¡hacia dentro! Pero no para quedarte en ti, no; tú has de vivir hacia dentro para hacerte conforme a ese misterio que se obra en tu alma, para que se haga en ti como una encarnación del Verbo, y sea tu adviento, como el de María, necesidad ardiente de dar a Dios a las almas. Que en Navidad hayas vivido tan profundamente este Adviento, que puedas hacer "saltar" al mismo Dios de tu alma a los hombres" (9–XII– 1962).

#### 4. *San Josemaría Escrivá de Balaguer*

Concluyo este capítulo con una breva reflexión a la enseñanza mariológica de éste santo del s. XX que tanta influencia ha tenido en millones de personas en todo el mundo, y a quien he tratado filialmente los últimos 25 años de su vida. Pero prefiero acudir al testimonio de su segundo sucesor, Mons. Javier Echevarría, actual Obispo Prelado del Opus Dei, que ha escrito unas páginas de gran valor histórico, espigando su experiencia de un *trato cotidiano* con el fundador del Opus Dei de más de veinticinco años, sobre el amor a María Santísima, en su vida y sus enseñanzas mariológicas que brotaban espontáneas de un corazón enamorado de su Madre, de quien tantos favores recibió, que contagiaba a sus hijos. La devoción a la Virgen era en él como “la pauta, la regla de oro de su caminar. Su devoción a la Virgen era tierna y recia, honda y sincera, alegre y serena, entusiasmada y piadosa, cada vez con más renovado amor de enamorado apasionado. No era posible oírle hablar de la Madre de Dios sin quedarse removidos o, al menos, convencidos de que la amaba con locura. En sus palabras se unían una piedad filial, que desarmaba toda resistencia, y una sabiduría teológica, que atraía por la fuerza convincente de su luz”.

“Había calado hasta su raíz más profunda que la Virgen Santísima, la obra maestra de Dios, es la criatura que más ha tratado a la Trinidad, con un trato que dispuso su corazón para ser Madre de toda la humanidad, y para ocuparse de cada uno como si sólo cada uno de nosotros existiera para Ella... No cabe encontrar mejor maestra que María, ni nadie más dispuesto a enseñarnos que Ella... Para llegar a formar en nosotros ese alter Christus, el ipse Christus, que cada uno ha de ser.

“Me gusta volver con la imaginación a aquellos años en los que Jesús permaneció junto a su Madre, que abarcan casi toda la vida de Nuestro Señor en este mundo. (...) Con cuánta ternura y con cuánta delicadeza María y el Santo Patriarca se preocuparían de Jesús (...) Por eso la Madre –y, después de Ella, José– conoce como nadie los sentimientos del Corazón de Cristo, y los dos son el camino mejor, afirmarían que el único, para llegar al Salvador” (Amigos de Dios, n. 281).

“Si en algo quiero que me imitéis, es en mi amor a la Señora”. Fue ésta la única excepción en la que el Padre se ponía como ejemplo. Bastaba un poco de conversación con el Fundador del Opus Dei, para comprender que ese comentario nacía, como una consecuencia lógica de su experiencia para meterse en Dios.

Por la confianza y por la espontaneidad con que le hablaba, se veía –entraba por los ojos– que existía un diálogo permanente; y a los que estábamos a su alrededor

acababa por parecernos lógico el recurso inmediato del Padre a la Virgen, y consecuentemente la paz inalterable que guardaba en su comportamiento. A diario le hemos escuchado el rezo de muchas avemarías, que de sus labios sonaban muy distintas: el énfasis familiar y pausado con que pronunciaba cada frase, en voz alta, de una conversación que nunca cesaba. Cuando nos invitó, en tierra mejicana, a recordar el primer encuentro consciente con Nuestra Madre del Cielo, aclarándonos que tenía perfectamente claro en la cabeza aquel instante de su infancia, se produjo una doble reacción en quienes le oíamos: de sorpresa, y de completo entendimiento. De sorpresa, porque ampliábamos el conocimiento de esa intimidad envidiable, que tanto bien nos causaba en el alma; de ninguna extrañeza, porque estábamos acostumbrados a meditar que el comienzo de un verdadero amor no se puede olvidar. Muy confiada debió ser ya esa primera petición del Padre, y su invitación no buscaba más que provocar en nosotros una confianza mayor en Santa María.

Solía el Padre, en su trabajo, en sus traslados de un lugar a otro, en sus oraciones vocales, en su conversación habitual..., siempre, buscar el recurso mariano –quizá con una mirada de una imagen–, y pensaba cómo se comportaría Ella en esa ocupación concreta: “hazlo”, nos ha repetido con incansable machaconería, “y comprobarás que con la Virgen hasta lo difícil se vuelve fácil, y lo que parece monótono adquiere un relieve distinto y atractivo”. Tenía en la mesa donde trabajaba una tabla pequeña con una Dolorosa. No se recataba en besarla piadosamente muchas veces, también cuando el peso de la fatiga se hacía sentir, y luego recogía de nuevo su atención sobre los papeles, que salían de sus manos con la seguridad de que Ella había presidido su estudio y de que el Señor había dirigido su decisión.

Desde muy joven, conocía los ardientes incendios que el cariño y la devoción a Nuestra Señora habían provocado en su corazón y en el de otros muchos. Por eso... recomendaba una y otra vez aquel consejo que una mañana el Espíritu Santo le descubrió, cuando daba gracias después de haber recibido al Señor: para llegar a la locura del amor de Dios, lo mejor es comenzar por un confiado amor a Santa María: “El principio del camino”, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima (Santo Rosario, prólogo. 14ª ed. Rialp, Madrid 1973, p. 12).

Le gustaba saborear que todo lo divino, cuando se refiere directamente a las criaturas, se hace muy humano. Y se fijaba en que, siendo enteramente sobrenatural el amor de Santa María para nuestro Señor, no cabe imaginarse un amor un amor más humano que el que Ella albergó en su corazón. María, al que se prolongó a lo largo de su estancia en la tierra dedica a Dios su cuerpo, sus sentimientos y potencias, todo su ser. Y la segunda Persona de la Trinidad se encarna, valiéndose de la respuesta sobrenatural y humana de la Virgen, también para darnos a entender que, cuanto más sobrenaturales somos, más capacidad tendremos de acercarnos a todas las criaturas.

De esta ambición apostólica brotaba su empeño por enseñar a cuantos le rodeaban el sendero seguro, siempre practicable, para ir y volver el Señor: el trato con María. La Virgen, Madre del Señor y Madre nuestra –comentaba de modo gráfico– es el atajo para llegar a Dios. “Antes, sólo, no podías... Ahora, has acudido a la Señora, y con Ella, ¡qué fácil!. Confía. Vuelve. Invoca a la Señora y serás fiel”

“Es Juan quien cuenta la escena de Caná: es el único evangelista que ha recogido este rasgo de solicitud materna. San Juan nos quiere recordar que María ha estado presente en el comienzo de la vida pública del Señor. Esto nos demuestra que ha sabido profundizar en la importancia de esa presencia de la Señora. Jesús sabía a quien

confiaba su Madre: a un discípulo que la había amado, que había aprendido a quererla como a su propia madre y era capaz de entenderla.“ (Es Cristo que pasa nº 141).

## II PARTE

### **COMENTARIO A LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA “REDEMPTORIS CUSTOS”**

LA SINGULAR PRESENCIA DE SAN JOSÉ PADRE VIRGINAL Y  
MESIÁNICO DEL REDENTOR

EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA.

(La inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret en el plan salvífico de Dios como *trinidad de la tierra*, imagen perfecta de la *Trinidad del Cielo* y camino de retorno de la humanidad caída hacia Ella)





## INTRODUCCIÓN

### 1. *Planteamiento*

Este comentario teológico de la Carta Magna de la Josefología “Redemptoris Custos” del Papa de María Juan Pablo II –complemento necesario de la Encíclica “Redemptoris Mater” que acabamos de estudiar–, debe en buena parte su inspiración a las incisivas y audaces expresiones de San Josemaría Escrivá<sup>1</sup>, gran enamorado del Santo Patriarca, sobre la indisociable presencia de “Jesús, María y José” –la trinidad de la tierra, repetía una y otra vez haciendo suya, con originales resonancias, la tradicional analogía con la Trinidad del Cielo, que comienza, al parecer, con Gerson– en todas las fases de la economía salvífica del misterio de Cristo y de la Iglesia.

“Jesús, María y José, que esté siempre con los tres”, repetía de continuo. Este deseo suyo de no separar nunca a los tres que Dios había unido –ab aeterno y para siempre– en su plan salvífico, se manifestaba hasta en su propio nombre, Josemaría, que quiso unir en uno sólo sin separación alguna.<sup>2</sup>

“Entre los bienes que el Señor ha querido darme, está la devoción a la Trinidad Beatísima: la Trinidad del Cielo, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, único Dios; y la trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Comprendo bien la unidad y el cariño de esta Sagrada Familia. Eran tres corazones, pero un solo amor”. “No separéis a José de Jesús y de María, porque le Señor los unió de una forma maravillosa (...) Insisto: invocad en vuestro corazón, con un trato constante, a esa trinidad de la tierra, a Jesús, María y José, para que estemos cerca de los tres y todas las cosas del mundo, y todos los engaños de satanás los podamos vencer”.<sup>3</sup>

---

1. Tuve la gracia de tratarle asiduamente durante veinticinco años de su vida, desde mi encuentro con él en el verano de 1950 en Roma, el Año Santo de la proclamación dogmática de la Asunción.

2. <<San José, que no te puedo separar de Jesús y de María; San José, por el que he tenido siempre devoción, pero comprendo que debo amarte cada día más y proclamarlo a los cuatro vientos, porque éste es el modo manifestar el amor entre los hombres, diciendo: ¡te quiero!, San José, Padre y Señor nuestro: ¡en cuantos sitios te habrán repetido ya a estas horas invocándote, esta misma frase, estas mismas palabras! San José, nuestro Padre y Señor intercede por nosotros.

Había sido una constante este cariño, esta devoción especial hacia San José, Maestro de vida interior, Protector de la Iglesia universal y Patrono del Opus Dei. Este amor al Santo Patriarca se desarrolló con ímpetu creciente en los últimos años de su vida en la tierra y con singular intensidad en la gran catequesis que hizo por América

3. Cit. Por L. M. HERRÁN, *La devoción a San José en la vida y enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid, Palabra, 1981, 52. (Esta monografía recoge otros textos de San Josemaría todavía inéditos. Aquí serán citados por las iniciales de su Autor –LMH– con la página correspondiente).

Recuerdo que en sus últimos años se complacía en intentar descubrir la presencia el Santo Patriarca –nuestro Padre y Señor, repetía una y otra vez según la feliz expresión teresiana–, en todas las fases del misterio salvífico, cuyo vértice es la Encarnación del Verbo; tanto en la Redención objetiva que culmina en el misterio pascual, como en su dispensación histórica por la mediación de la Eucaristía –de la que vive la Iglesia–, en la cual descubría una misteriosa e inefable presencia, personal y salvífica junto a María (redención subjetiva).

Pero es, sobre todo, *la luz del magisterio de los últimos Pontífices, que converge en la gran carta magna de la Josefología “Redemptoris Custos”* (cit. RC) de Juan Pablo II, *la que ha guiado la redacción de estas páginas*. Esta extraordinaria exhortación apostólica –como decíamos en el prólogo– presentación de esta monografía– forma una trilogía con las encíclicas “Redemptor hominis” y “Redemptoris Mater” (cit RM) los tres de la familia de Nazaret. En ella –firmada también el 15-VIII– parece ceder el lugar que ocupa de representante de Cristo, a San José, que es verdadero Padre y Señor de la Iglesia –prolongación de la Familia de Nazaret– con una paternidad participada, en el Espíritu Santo, de la de Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra; su Sombra protectora e icono transparente, como María lo es del Espíritu Santo (según lo afirma el teólogo ortodoxo S. Boulgakov)<sup>4</sup>–, en este momento grave y esperanzador a la vez, de la historia de la salvación.

Fue al declinar de la Edad Media, cuando, viéndose la Iglesia en serios peligros de cismas y herejías promovidas por la antigua serpiente (Gn 3, 15), surge impetuosa la devoción a San José, que sale de su anonimato<sup>5</sup> –como “terror de los demonios”– en un “crescendo” incontenible.

Fue entonces cuando comenzó a difundirse la conocida analogía de origen patrístico entre la Trinidad y la Familia de Nazaret desarrollada por Pierre d’Ailly y Gerson y popularizada por la teología polaca del S. XVII, en especial por B. Rosa (1676), que floreció en torno al célebre retablo milagroso del Santuario dedicado a San José en Kalisz (al que Juan XXIII ofreció su anillo papal para el dedo de San José, con ocasión de la apertura del Concilio Vaticano II; y Juan Pablo II coronó con triple corona, en una de sus visitas pastorales a su tierra natal, como significando la realeza de los Tres)<sup>6</sup>. Es conocida la gran influencia de Sta. Teresa de Jesús, su gran enamorada y

---

He encontrado también una especial sintonía con los escritos de otras almas santas, como la Madre abadesa benedictina, Cecilia María Baij, en especial su vida de San José (editados y propagados por el Beato Ildefonso Cardenal Schuster), y “La mística ciudad de Dios” de la venerable María Jesús de Agreda, cuya inspirada vivencia josefina es estudiada por dos ponencias en el Congreso internacional de S. José de 2005 de Kevalaer (Alemania), en el que se presenta también –en la sección de lengua alemana– otra dedicada a María Valtorta. Ya está plenamente reconocido por los mejores teólogos el valor –con las debidas cautelas– de los escritos inspirados de almas santas como confirmación y explicitación de las virtualidades insondables de la Revelación pública y oficial recogida en la Escritura leída en la Iglesia.

4. S. BOULKAKOV, *L’ortodoxie*, París 1942, 166.

5. Anonimato relativo, como ha demostrado C. M. DOUBLIER-VILLETTE en el reciente libro citado en la nota siguiente.

6. Estas son las inspiradas palabras de J. GERSON (1363–1429) (*Sermón “De Nativitate B Mariae Virginis”*): «Una Trinidad virgen creó el mundo; una trinidad virgen tuvo por misión salvarlo. Jesús es la parte esencial de esta trinidad de salvación, puesto que es el único Redentor; María es como madre del Redentor y corredentora; José por haber convivido con Jesús y María. Los tres son vírgenes, como los tres están asociados en una vida común,

propagadora de su devoción, coincidiendo significativamente con los primeros años de tremenda convulsión producida por Lutero y la reforma protestante que dividió la cristiandad al mismo tiempo en el que –otra providencial coincidencia– se expandió en el nuevo Continente por la gran gesta evangelizadora, animada, como es sabido, por el amor y devoción que infundieron los misioneros a María y a José, tan popular como teológicamente fundada, que ha dejado su huella en la admirable iconografía que tanto impresionó a San Josemaría en sus viajes de catequesis por América.<sup>7</sup>

Sin olvidar el influjo de la predicación de otros santos posteriores como San Lorenzo de Brindisi, San Francisco de Sales, San Leonardo de Puerto Mauricio y San Alfonso María de Liguori, el fundador del Oratorio de St. Joseph de Montreal, Frère André, tantos beneméritos fundadores de Congragaciones Josefinas y –más recientemente– San Josemaría Escrivá, etc.<sup>8</sup> a quien tuve la gracia de conocer y tratar, filial y asiduamente, durante los últimos veinticinco años de su vida, desde mi encuentro con él en el verano de 1950 en Roma, el Año Santo de la proclamación dogmática de la Asunción. Mi reciente Teología de San José está en buena parte inspirada en su profunda vivencia teologal y devoción al Santo Patriarca.

Había sido una constante en San Josemaría este cariño, esta devoción especial hacia San José, Maestro de vida interior, Patrono y Protector de la Iglesia universal y Patrono principal del Opus Dei, que había fundado “por inspiración divina” (Juan Pablo

---

sufrimientos comunes, y podemos aplicarles, aunque en otro sentido, lo que se ha dicho de la Trinidad del cielo: *Et hi tres unum sunt*, los tres son una sola cosa. José, con María, recibió, alimentó, cuidó y guardó a Cristo en cuanto Redentor del género humano, cooperando así a nuestra liberación. Preparó la víctima, contribuyendo con el sudor de su frente y el trabajo de sus manos a la formación y conservación de la carne y de la sangre que Cristo ofreció como precio infinito de nuestro rescate. Toda la Trinidad obró nuestra redención. El Padre enviando al Hijo, el Hijo humanándose, el Espíritu Santo formando a Jesús en el seno de la Virgen. También en este venerado y admirable matrimonio de María con José, toda la trinidad, a saber, Jesús, María y José, obró nuestra salvación». (*Opera omnia*, Amberes, 1706, vol. III, col. 1856).

Los orígenes de esta analogía –metafórica, como es obvio– se remontan a San Agustín, que ya en el S. V hablaba de las “tríadas” celeste y terrestre. Cfr. C. M. DOUBLIER-VILLETTE, *Analyse d'un corpus iconographique médiéval sur Saint Joseph*, Actas del IX Simposio internacional sobre San José, Kevelaer, 26–IX–2005. vol. II, 814. Con motivo del 346 aniversario de la aparición de San José en Cotignac, este A. ha publicado *La saga de Saint Ioseph*, Ed. FRDJ, 2006 ([www.josephologie.info](http://www.josephologie.info)), que muestra una visión panorámica de dos milenios de obras de arte y de teología sobre el Santo Patriarca, de muy útil consulta.

7. Véase, como ejemplo el estudio histórico de P. C. CARRILLO OJEDA, *Presencia de San José en México*, ed. por el “Centro de Documentación y Estudio sobre San José”, México 2005.

8. Estudié su doctrina josefina y su gran influjo en miles de almas en todo el mundo, en mi libro cit., que debe buena parte a su inspiración a su teología sapiencial y “vivida”, que fue creciendo en profundidad hasta el final de su vida. Ahí hago una referencia de las numerosas fundaciones de religiosos dedicados a San José. Son muy ilustrativos los escritos de otras almas santas, como la Madre abadesa benedictina, Cecilia María Baij, en especial su vida de San José (editados y propagados por el Beato Ildefonso Cardenal Schuster), y “La mística ciudad de Dios” de la venerable María Jesús de Agreda, cuya inspirada vivencia josefina fue estudiada en las ponencias de Félix Ochaita y Luis de Eribe en el Simposio internacional de Kevelaer (Alemania) sobre San José en septiembre de 2005, en el que participé. Se presentó también en la sección de lengua alemana, otra dedicada a María Valtorta. (Cfr. *Actas* en dos volúmenes) Ya está plenamente reconocido por los mejores teólogos el valor –con las debidas cautelas– de los escritos inspirados de almas santas, como confirmación y explicitación de las virtualidades insondables de la Revelación pública y oficial recogida en la Escritura leída en la Iglesia.

II, Bula “ut sit”). Este amor al Santo Patriarca se desarrolló con ímpetu creciente –según su sucesor Álvaro del Portillo– en los últimos años de su vida en la tierra, y con singular intensidad en la gran catequesis que hizo por América. Esa era la razón fundamental de la gran alegría que le produjo el anuncio de Juan XXIII en la asamblea conciliar de la inclusión en el Canon de la Misa el nombre de San José. Es conocido que en la lista de firmantes en la petición presentada con tal motivo al Santo Padre, figuraba la de San Josemaría Escrivá de Balaguer.<sup>9</sup>

Los últimos Papas acuden a San José en los momentos más cruciales de la vida de la Iglesia. El 8 de diciembre de 1870, en la primera solemnidad de la Inmaculada en la Roma ocupada desde hacía menos de tres meses por el ejército italiano, el beato Pío IX proclamaba a San José patrono de la Iglesia universal, confiándole la defensa del pueblo de Dios, amenazado no sólo por la agresión militar, sino también, sobre todo, por la agresión moral y cultural.

El acto solemne de Pío IX era la meta de un movimiento que había durado más de un siglo y en el que habían participado todo los componentes sociales. Desde los aristócratas hasta los campesinos, se apremiaba con apelaciones, súplicas y oraciones para obtener esa proclamación del Patronato de la Iglesia. También en esto, José es partícipe del destino de María, cuyo culto, cuya devoción es fruto del fervor de los creyentes; es el resultado de una verdadera acción <<democrática>>, en el sentido de un empuje desde abajo hacia una jerarquía que, con frecuencia, no ha tenido más que filtrar, dirigir, definir y, a veces, proclamar el dogma.<sup>10</sup>

---

9. Cfr. ISIDORO DE S. JOSÉ Y JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *San José en el Sacrificio de la Misa (Historia de una magna campaña josefina)*, Centro Español de Investigaciones Josefinas, Padres Carmelitas Descalzos, Valladolid, 1963.

10. Cfr. Pío IX, Decreto *Quemadmodum Deus*, 8–XII–1870; *Carta Apost.* Inclytum Patriarcam, 7–VII–1871. DECRETUM. URBIS ET ORBIS. QUO. S. IOSEPH DEIPARAE VIRGINIS MMACULATAE SPONSUS CATHOLICAE ECCLESIAE PATRONUS CONSTITUITUR. Quemadmodum Deus Iosephum illum a Iacob Patriarcha progenitum praepositum constituerat universae terrae Aegypti ut populo frumenta servaret, ita temporum plenitudine adveniente, cum Filium suum Unigenitum mundi Salvatorem in terram missurus esset, alium selegit Iosephum, cuius iile primus typum gesserat, quemque fecit Dominum et Principem domus ac possessionis suae, principalemque thesaurorum suorum custodem elegit. Siquidem desposatam sibi habuit Immaculatam Virginem Mariam, ex qua de Spiritu Sancto natus est Dominus Noster Iesus Christus, qui apud homines putari dignatus est filius Ioseph, illique subditus fuit. Et quem tot reges ac prophetae videre exoptaverant, iste Ioseph non tantum vidit, sed cum eo conversatus, eumque paterno affectu complexus, deosculatusque est; nec non solertissime enutrivit quem populus fidelis uti panem de caelo descensum sumerat ad vitam aeternam consequendam. Ob sublimem hanc dignitatem, quam Deus fidellissimo huic servo suo contulit, semper Beatissimum Iosephum post Deiparam Virginem eius Sponsam Ecclesia summo honore ac laudibus prosecuta est, eiusdem interventum in rebus anxiis imploravit. Verum cum tristissimis hisce temporibus Ecclesia ipsa ab hostibus undique insectata adeo gravioribus opprimatur calamitatibus, ut impii homines portas inferi adversus eam tandem praevalere autumnarent, ideo Venerabiles universi Orbis Catholici sacrorum Antistites suas ac Christifidelium eorum curae concreditorum preces Summo Pontifici porrexerunt, quibus petebant ut Sanctum Iosephum Catholicae Ecclesiae Patronum constituere dignaretur. Deinde cum in Sacra Oecumenica Synodo Vaticana easdem postulationes et vota enixius renovassent, Sanctissimus Dominus Noster PIUS Papa IX nuperrima ac luctuosa rerum conditione commotus, ut potentissimo Sancti Patriarchae Iosephi patrocínio Se ac Fideles omnes commiteret, acrorum Antistitum votis satisfacere voluit, eumque CATHOLICAE ECCLESIAE PATRONUM solemniter declaravit; illusque festum die decimanona Martii occurrens, in posterum sub ritu duplici primae classis, attamen sine octava ratione Quadragesimae, celebrari

León XIII (15-VIII-1859) publica la gran Encíclica “Quamquam pluries” 86 (15-VIII-1889)<sup>11</sup>, exhortando a confiar a San José la defensa de la Iglesia para superar las graves dificultades –el racionalismo naturalista y la disolución consiguiente de la familia cristiana, tema recurrente y prioritario del magisterio de los últimos Pontífices– en el momento histórico en que entonces se encontraba.

Después de la agresión de la burguesía del siglo XIX, con su laicismo anticlerical y su incredulidad científica y positivista, he ahí la amenaza del materialismo marxista. Y una vez más, un Papa que recurre a la protección de San José. Pocos recuerdan que en 1937, en la “Divini Redemptoris”, la vigorosa encíclica de Pío XI sobre las ideologías criminales del siglo XX, se pone “bajo la protección de San José, protector poderoso de la Iglesia, la gran acción de los católicos contra el comunismo ateo”. Así dice textualmente aquel papa que, para marcar aún más su intención, quiso que la encíclica llevara la fecha del 19 de marzo, fiesta litúrgica del santo.

También el Vaticano II, aún no proponiéndose objetivos defensivos ni, menos que nunca, agresivos, recogía un desafío importante para la Iglesia. Se trataba de hacer frente de la forma más eficaz a esa modernidad que, para bien o para mal, ya estaba unificando el mundo. Entonces –una vez más un 19 de marzo, el de 1961– Juan XXIII puso el Concilio en manos de San José, añadiendo su nombre al Canon romano. El 12 de noviembre de ese mismo año, es decir, en la fase inicial del Concilio Vaticano II, un obispo de la entonces Yugoslavia se levantó sin avisar y sin que fuera su turno de intervención (después dijo <<haber sido empujado por el Espíritu>>) y reprendió fraternal pero apasionadamente a sus hermanos, afirmando que en sus enseñanzas no le daban a José el espacio que se merece. ¡El Concilio debía proveer!

Esta salida extemporánea provocó en muchos Padres una reacción entre el asombro y la hilaridad. En efecto, inmediatamente se levantó otro obispo, declarando –un poco irónico– que, para semejantes propósitos no era seguramente necesario convocar nada menos que ¡un Concilio ecuménico! En todo caso, las palabras del prelado eslavo, no tuvieron, en aquél momento, mayores consecuencias: se dejaron caer y la asamblea pasó inmediatamente a discutir cuestiones juzgadas más <<importantes>>.

---

mandavit. Disposuit insuper ut hac die Deiparae Virgini Inmaculatae ac castissimi Iosephi Sponsae sacra huiusmodi declaratio per praesens Sacrorum Rituum Congregationis Decretum publici iuris fieret. Contrariis non obstantibus quibuscumque. –Die VIII. Decembris anni MDCCCLXX.– C. Episc. Ostient. En Velit. Card. Patrizi S.R.D. Praef. *D. Bartolini S. R. C. Secretarius.*

11. “*La casa que José gobernó con potestad paterna contenía los principios de la Iglesia naciente. La Virgen Santísima, por ser la Madre de Jesucristo, es la Madre de todos los cristianos, a los que engendró en el Calvario entre los tormentos del Redentor, y también porque Jesucristo es el Primogénito de los cristianos, que son sus hermanos por adopción y redención. De aquí que el bienaventurado Patriarca tenga confiada así, por una razón singular, toda la multitud de los cristianos de que la Iglesia consta, a saber, esta familia innumerable extendida por toda la Tierra sobre la cual goza como de una autoridad paterna, en cuanto Esposo de María y Padre de Jesucristo. Conviene, por consiguiente, que el bienaventurado José, que en otro tiempo cuidó santamente a la Familia de Nazaret en sus necesidades, así ahora, defienda y proteja con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo*”. León XIII. Enc. *Quamquam pluries*, de 15-agosto-1889. (fragmento incluido en Denz 3262). El Papa León XIII –que publicó otras encíclicas a San José– en este documento se propone confirmar y orientar con su autoridad el movimiento espontáneo de la devoción del Pueblo de Dios al Santo Patriarca, que experimenta su poderoso patrocinio. También aquí, como en Mariología, el “sensus fidelium” ha ido, con frecuencia, por delante de la Teología y el Magisterio.

Sin embargo, al día siguiente hubo un a sorpresa. Durante la noche, el Papa Juan había orado y reflexionado; así, había llegado a la conclusión de que lo afirmado en el Concilio por aquella intervención extemporánea, aunque acogida con mucho escepticismo, le ofrecía una ocasión providencial para realizar un proyecto que alimentaba desde hacía largos años. El 13 de noviembre de 1962, antes del inicio matutino del trabajo, el cardenal Cicognani –hablando en nombre del Pontífice– anunciaba a la asombrada asamblea que, a partir del 8 de diciembre siguiente, el nombre de san José entraría en el Canon de la Misa.

La puesta en práctica tan tormentosa, del cocilio Vaticano II cuenta con la guía segura de los sucesores de Pedro; actualmente el Papa Benedicto XVI –que lleva el nombre del Padre y Señor de Santa Iglesia de Dios–, que –una vez más– conducirá conducirá la nave de la Iglesia con mano firme sorteando tantos insidiosos obstáculos promovidos por la antigua serpiente. Todo parece indicar que Dios quiere que el silencioso José salga de su anonimato poniendo más y más de relieve su eminente santidad y el protagonismo de primer orden que la Providencia le asigna en esta hora decisiva de la historia de la salvación.

La exhortación apostólica postsinodal “la Iglesia en Europa” de Juan Pablo II hace una certera diagnosis de la actual cultura dominante en la sociedades occidentales –que algunos autores denominan “postsecular” y “postmoderna”– que está caracterizada por “la pérdida de la memoria y de la herencia cristianas, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa” (n. 7).

Especialmente, en la presente disolución de la familia favorecida por la decadente cultura relativista del pensiero devole de la postmodernidad,<sup>12</sup> en la que tanto

---

106. No se trataba de una decisión de poca importancia: desde hacía siglos, desde tiempos de S. Pío V, nadie se había atrevido a añadir nada al <<corazón>> del sacrificio eucarístico constituido, precisamente, por el Canon. En efecto, causó sorpresa e incluso algún refunfuño, aunque en voz baja, sobre todo por parte de los sectores que confundían el culto a San José con una de las esas <<devociones populares>> que pretendían “redimensionar”. Sin embargo, Juan XXIII hizo saber que su decisión era irreversible y que, en cuanto Sumo Pontífice, tenía pleno derecho de tomarla, sin necesidad de la aprobación de nadie. El Papa Roncalli, además –así lo ha dado a conocer Vittorio Messori en su obra Hipótesis sobre María, cuya lectura recomiendo vivamente–, estaba ciertamente al corriente de que, sobre todo en el siglo XIX, hombres y mujeres de Iglesia habían llegado incluso a ofrecerle a Dios sus vidas, precisamente, para obtener la introducción del nombre de José en la Misa.

12. “El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que, no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta el hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera” (n. 9). Juan Pablo II quiso salir al paso en la encíclica “Fides et ratio” del relativismo antimetafísico del actual horizonte filosófico, que subyace a la cultura dominante, en relación, con frecuencia, con un cientificismo excluyente. Con diferencia respecto al pasado, el riesgo que existe ahora como consecuencia de la crisis del racionalismo de la modernidad postcartesiana, que tuvo su origen en el giro inmanentista de una razón progresivamente desvinculada de la Revelación, no es un exceso de confianza en la razón que quiere dejar de lado la Revelación, sino una excesiva desconfianza en sus posibilidades especialmente agudizada en el escepticismo nihilista del pensamiento débil de la llamada postmodernidad.

Umberto Eco hace decir a Guillermo de Baskerville, el monje protagonista de “El Nombre de la Rosa” –con el que parece identificarse el A.–, aconsejando al novicio que le acompaña: Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad (...) Quizá la tarea del que ama a los hombres consista en lograr que estos se rían de verdad (...) la única verdad consiste en aprender a liberarnos de la insana pasión por la verdad”. Así se

influye la ausencia del padre (se ha hablado del “eclipse del padre” y de dimisión de las responsabilidades paternas, como una de las características de nuestro tiempo), estoy convencido de que Dios quiere poner en primer plano la paternidad de San José –icono transparente de Dios Padre– para que los hombres y mujeres de hoy adquieran conciencia de la dignidad a que están llamados a ser y vivir como hijos de Dios Padre; ayudándoles a ejercer su responsabilidad paterna, y materna, como partícipes de su providencia salvífica en el seno de las familias, de modo que reflejen cada día más el modelo del hogar, luminoso y alegre, de la Casa de José, nuestro Padre y Señor.

Dios quiere manifestar en estos difíciles tiempos, de modo creciente –tal es mi convicción–, el misterio escondido de San José, poniendo de relieve el papel de primer orden que le ha asignado la Providencia para quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, que persigue a la Iglesia armado de gran furor, porque sabe que le queda poco tiempo (cfr. Ap. 12,12–13). Jean Guitton, conocido filósofo cristiano, amigo de Pablo VI, repetía a menudo –como pude comprobar en su viaje a Madrid, poco antes de morir, a finales del pasado siglo–: “Tengo la impresión de que el tiempo de José aún no ha llegado. No ha salido de la sombra: está sólo empezando. Veréis que el futuro nos reservará hermosas sorpresas sobre él”. Es una previsión, comenta V. Messori, que “alegra a quien, amando a María, ama también a este especialísimo Esposo suyo”.

## 2. *El misterio escondido de San José*

“Estar escondido y surgir sólo despacio, con el tiempo, parece formar parte del extraordinario papel que se ha atribuido a José en la historia de la salvación”. El Nuevo Testamento no le atribuye siquiera una sola palabra; más aún, dos Evangelios de cuatro ni siquiera hablan de él (y sólo los Apócrifos intentarán remediar esto, ejerciendo su fantasía, con frecuencia sospechosa). Además, durante siglos, oscuridad y silencio caerán sobre él en la historia de la Teología y de la espiritualidad. Si el mundo protestante habla poco y no a gusto de María, imaginemos de José a quien, normalmente, después del Nacimiento de Jesús, le atribuyen la función de esposo normal, con la llegada consecuente de bastantes hijos.<sup>13</sup>

«En aquella casa él era el cabeza de familia delante de Dios y de los hombres, el varón justo delante de la ley, el artesano de Nazareth. Pero de puertas adentro se vivía

---

justifica el escepticismo y el “todo vale” de las sociedades capitalistas. Es interesante señalar que, en este ambiente cultural postmoderno, teñido de relativismo, la Iglesia católica es hoy la única institución que reivindica la inexcusable función sapiencial de una filosofía del ser con pretensiones de ultimidad y universal validez. “Una filosofía carente de la cuestión sobre el sentido –añade el Pontífice– incurriría en el grave peligro de degradar la razón a funciones meramente instrumentales, sin ninguna auténtica pasión por la búsqueda de la verdad “ (n. 81). Somos servidores de la verdad, que se impone al pensamiento. Yo no pongo “mi verdad”. Como decía A. Machado. “Vamos juntos a buscarla, la tuya, guárdatela”. La verdad del hombre y de la familia, fundada en la Sabiduría criadora de Dios, fuente de toda verdad, bondad y belleza. Buscarla, requiere en ocasiones no poco coraje: el esfuerzo, personal y solidario, de no dejarse arrastrar por los ídolos de la tribu, que ejercen su tiranía con inusitada violencia psicológica en la sociedad mediática postmoderna, que Benedicto XVI calificaba de “dictadura del relativismo”, en la conocida homilía del comienzo del Cónclave que lo eligió al ministerio petrino.

13. V. MESSORI, *Hipótesis sobre María*, Madrid, Libros libres, 2007.

en otro ámbito: el de la unión hipostática del Hombre-Dios. Jesús no era puro Hombre, María era más que simple madre del Niño, José no era un padre como los demás. Aquella Familia era el “Sacramentum absconditum a saeculis in Deo” (Ef. 3,9), el “Mysterium quod absconditum fuit a saeculis et generationibus” (Col. 1, 26); y el depositario de este Mysterium y de los demás misterios que el mundo y los mismos Rabinos y Doctores de la ley desconocían, era José. Y como depositario de los más altos y divinos misterios, el mismo llevaba una existencia –abscondita–, oculta, misteriosa como todo lo que rodea la mansión santa de Nazareth. Nada se sabe de su nacimiento y de su muerte. Si San Juan Bautista, precursor del Mesías, tiene la historia del que era la “Voz que clama en el desierto”, San José tiene la voz del silencio; silencio que parece era necesario para la venida del Salvador. La Iglesia lo dice en la Liturgia navideña: “Mientras un profundo silencio envolvía todas las cosas y la noche en su carrera llegaba a la mitad de su camino, tu omnipotente Palabra, Señora, descendió del Cielo a la tierra de su real trono. (Sap. 18, 14–15)<sup>14</sup> .

A. Doze<sup>15</sup> hace esta sugerente reflexión, comentando un texto de San Juan de la Cruz: “Una sola Palabra habló Dios Padre, que fue su Hijo, y esto habla siempre en eterno silencio y en silencio ha de ser oído del alma” (Puntos de amor, 21): San José, el hombre del silencio, imagen de Dios Padre, dice también en su vida una sola palabra: Jesús, que contiene todos “los tesoros de sabiduría y ciencia” (Rm. 11,33. De una Sabiduría “oculta a los príncipes de este mundo” (1 Co 2, 7–8), que habitó en su Casa, escondida durante treinta años, la mayor parte de su vida. “Cuando se fue de la casa de José, a ser bautizado, lo hizo con la finalidad de que, por nuestro Bautismo –cuya institución tuvo lugar en los comienzos de su vida pública–, pudiésemos entrar en ella”: la casa de José, imagen de la Trinidad del Cielo y camino para llegar a él, que tiene su anticipo en la tierra: en la Casa de José. Ella es el único “mundo” en el que es posible tener acceso a la sabiduría que se revela a los pequeños; “a aquella infancia espiritual necesaria para entrar en el Reino de Dios (Mt 18, 3)”. Es ahí, en ese “mundo” (la Casa de José) del Unigénito del Padre e Hijo de María, donde aprendemos a vivir confiadamente como hijos de Dios Padre.

En su interesante estudio, A. Doze hace notar que fue María la que reveló las maravillas ocultas en la casa de José a dos mujeres: la gran Teresa de Jesús –en el proceso de la fundación del monasterio de su Ávila, en los orígenes fundacionales de la reforma del Carmelo–<sup>16</sup> y a la hermanita Bernardette, cuando atribulada por su marcha a

---

14. “Cum quietum silentium contineret omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de caelo a regalibus sedibus... in mediam... terram prosilivit”. F. SOLA, cit por F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios.*, 274.

15. *Le mystère du Saint Joseph*, cit 383–402.

16. Sta Teresa es, sin duda, una de las primeras mujeres de la historia que entró, gracias a la Virgen, en el misterio de San José, el cual la salvó de la muerte, como lo hizo con el Niño Jesús. (Ella le atribuyó su curación en la grave enfermedad que pasó en casa de su padre, a poco de entrar en el Carmelo). Fue el Señor –según cuenta en el libro de su vida el que le pidió en la Comunión, que trabajara con todas sus fuerzas en la fundación de un monasterio dedicado a San José. Él –le dijo– protegería una de sus puertas, nuestra Señora la otra, “Jesús estaría en medio, en nuestra Casa”. Este monasterio sería una estrella que brillaría con gran esplendor: un pequeño Nazaret en el que no entraría el espíritu del mal. Después de confesar en la Iglesia de Sto Domingo en la que tantas veces lo había hecho –muy afligido por las miserias pasadas que había confesado ahí– percibió la presencia de la Virgen a su derecha y a su padre San José a la izquierda, que la cubrían con una vestidura que significaba que estaba ya purificada de sus pecados. Ella le aseguró de la protección de San José comunicándola cuanto le agradaba su devoción al glorioso San José.

Nevers, lejos de la gruta de Lourdes que tanto añoraba, se sintió misteriosamente atraída por a ermita de San José del jardín de la nueva residencia conventual, donde se refugiaba con frecuencia y a donde conducía a sus enfermos. Ahí “se sentía más feliz que una reina en su trono”, como un anticipo del Cielo.<sup>17</sup>

Ahí encontró Bernardette la escuela que enseña la oración sencilla de los hijos de Dios que conduce principalmente a la perfecta unión de acción y contemplación que tan admirablemente describe Teresa de Jesús en la séptimas moradas del castillo interior, en las que desaparecen todos los fenómenos externos extáticos. A ese ideal de vida cristiana conduce, San José, maestro de oración y de confiado abandono al amor providente y paternal de Dios.

Es en ese “mundo” de la casa de José donde el Santo Patriarca sigue protegiendo –a los que pertenecen a ella de modo consciente y voluntario, por gracia especial de Dios– de los ataques y engaños del enemigo.

San Josemaría E. repetía a sus hijos: “a esa familia pertenecemos”. Con su ejemplo y su palabra enseñó el modo de encontrar ese “mundo de José” sin salir de las tareas ordinarias de “este mundo”, en perfecta unidad de vida, haciendo de la ofrenda de su propia vida –unida a la de la “trinidad de la tierra” (Jesús, María y José) en el Sacrificio eucarístico, con alma sacerdotal–, un servicio de glorificación de Dios y corredención, poniendo la Cruz de Cristo en las entrañas del mundo, para salvarlo.

---

111. V. Messori relata que cuando fue a documentarse sobre la historia de Lourdes en la preparación de su libro “Hipótesis sobre María”, conoció al responsable de la biblioteca de la “Casa de los Capellanes”, padre André Doze, bien conocido en ese ambiente “no sólo por el fervor de su compromiso, sino también por un especial carisma revelado con él con los años; la vocación de dedicarse a divulgar por todos los medios la devoción a San José, basada no tanto en el sentimiento (aunque apreciable), cuanto en el reconocimiento de la importancia de su papel en la dinámica de la fe”.

“Santa Bernardette tras la desaparición de Francois Soubirous, el padre difamado y perseguido, que ella amaba mucho, en la clausura de Nevers tomó a José como padre suyo también en la Tierra. Aquella que, al entrar en el monasterio del Loira, había dicho “He venido aquí para esconderme”, y que intentó limitar al máximo las palabras, hablando casi sólo cuando la interrogaban, se sentía espontáneamente en plena sintonía con este santo de la penumbra y el silencio”. “Ha habido incluso quien ha sospechado que uno de los tres secretos que le confió la Virgen tuviera algo que ver con el Misterio de la Sagrada Familia, si no con el mismo San José. Avalan semejante hipótesis algunos episodios, pequeños pero significativos. Citamos uno: en casos especiales, las superiores del convento le pedían a Bernardette (que aceptaba con la acostumbrada humilde obediencia) que hiciera una novena especial a la Virgen. Una vez, una de esas madres austeras la vio rezar a la Virgen, pero arrodillada ante una imagen de San José. <<Sor Marie–Bernard, ¡estáis distraída! ¡No es esta la estatua!...>> le dijo la superiora cuando la santa se puso de pie. Y Bernardette, con una sonrisa enigmática, respondió: <<Pero Madre, la Santa Virgen y su Esposo están perfectamente de acuerdo... Como resulta por otros episodios, para ella la sintonía familiar en el Cielo era tal que la oración a la Esposa era, de alguna forma, intercambiable con la del Esposo>>.

<<No por casualidad eran dos los lugares donde se refugiaba a orar en soledad en cuanto le era posible: ante la estatua de la Virgen, que le recordaba la belleza de la Señora, en el rincón más apartado del jardín, o –en medio del mismo jardín– en la capilla de San José, donde estuvo sepultada durante treinta años, desde 1879 hasta 1909, cuando se procedió al primer reconocimiento del cadáver. El padre Doze (atento a los *signos*) no ha dejado escapar la coincidencia cronológica: ¡Treinta años en la oscuridad de la capilla!. La duración de la vida oculta de Jesús a la sombra de José>>.

### 3. *Del sentido de la fe a la Josefología sistemática*

La Teología sistemática de San José ha sido habitualmente precedida, como ocurrió con la Mariología, por el sentido de la fe del pueblo de Dios; especialmente en la vivencia sapiencial de las almas santas más dóciles al Espíritu Santo (“sapienciam praestat parvulis” Sal. 109), que va conduciendo la Iglesia a la verdad completa; también sobre el oculto misterio de San José. El “misterio inefable” de San José, tan elocuentemente silencioso como tan poco conocido todavía y extrañamente marginado por no pocos mariólogos –no por la creciente devoción popular, fruto de la callada acción del Espíritu Santo, en la fe de los sencillos– debe ser, ciertamente, antes objeto de contemplación, devoción y gratitud –“casto silentio venerantes”– que de reflexión teológica. Pero no es menos cierto que ambas aproximaciones, sapiencial y científico-sistemática, son, sin embargo, irrenunciables y complementarias; en una circularidad “virtuosa” descrita en la Encíclica “Fides et Ratio” de Juan Pablo II.

El punto de partida irrenunciable del saber teológico en cualquiera de sus partes –que estudian diversos aspectos del único “misterio” de Cristo, en una unidad formalmente indivisible–, no puede ser otro que la Sagrada Escritura, leída a la luz de la tradición viva de la Iglesia de origen apostólico; con la guía segura del Magisterio, que culmina –en lo que se refiere al misterio de San José–, en la exhortación apostólica “Redemptoris Custos” de Juan Pablo II. Este extraordinario documento, verdadera “carta magna” de la Josefología –bien fundada en la mejor teología bíblica–, presenta la figura amabilísima del Santo Patriarca como personaje clave de la historia de la salvación.

Esta función central de San José, siempre asociado a Jesús y a María en el plan divino de la salvación, se puede y se debe descubrir en una hermenéutica de la Escritura que ponga de relieve –o explicité– el sentido que el conocido escritorista y mariólogo padre Artola llama “pleno inclusivo”, implícito en numerosos pasajes bíblicos –históricos, proféticos y sapienciales–; en especial, como hicieron los Padres respecto a María, la nueva Eva, en los textos paulinos sobre el nuevo Adán; leídos en la perspectiva del Protoevangelio (la reina de las profecías, que compendia toda la historia del mundo en un versículo), y de Gal 4, 4, a la luz del paralelismo bíblico, la unidad de la Escritura y de su sentido espiritual típico. Esta exégesis de origen patrístico, fundada en el paralelismo bíblico y la analogía de la fe permite descubrir en el sentido “pleno inclusivo” de muchos textos bíblicos, leídos en clave mariana, una lectura tipológica –por analogía de participación– en clave josefina. A ello invitan algunas tipologías –como la de José de Egipto<sup>18</sup> que la tradición refiere a José, por su gran poder ante el Faraón (“tú serás quien gobierne mi casa. Sólo por el trono seré mayor que tú” (Gn 41, 40)), para lograr abundancia de dones, que evoca el poderoso patrocinio de S. José para que nunca falte a la Iglesia el Pan de la Palabra y el Pan de vida. “Id a José y haced lo que él os diga”. Así lo hace el Magisterio desde Pío IX (Cfr. *Inclytum Patriarcam*, que nombra a San José Patrono de la Iglesia (8–XII–1870) Es evidente la referencia al poder de intercesión de María en Caná, que usa exactamente las mismas palabras (Jn 2, 3).

El P. Enrique Llamas ha observado que “el matrimonio de José y María –principio fundamental de la Josefología– no ha despertado grande interés entre los

---

18. A ella alude el Magisterio, como vimos (cfr. Nota 18). Algunos autores ven como prefiguraciones tipológicas de San José a Mardoqueo, en el libro de Ester; o el marido de la mujer fuerte en el de Daniel.

teólogos, ni en la época antigua, ni en la moderna, quizá porque ha sido considerado como un tema ‘tabú’, por temor a empañar la limpia virginidad de la Madre del Hijo de Dios, o por miedo a suscitar cuestiones, que dificultasen la comprensión o la fe en la maternidad divino virginal.<sup>19</sup> De hecho los mariólogos y teólogos de hoy, en general – afirma con mucha razón el P. E. Llamas– no han incorporado la figura de San José al esquema de la soteriología, y menos aún a la mariología.

Solo contados AA. que están en sintonía con las afirmaciones capitales de la *exhortación apostólica “Redemptoris Custos”* de Juan Pablo II, han aportado reflexiones teológicas sobre el matrimonio de los Esposos de Nazaret, y han propuesto los principios y las pautas para desarrollar en forma coherente la teología de San José; y han contribuido al origen –pienso de modo especial en el P. T. Stramare– y al incipiente desarrollo de este texto magisterial<sup>20</sup>, *verdadera carta magna de la Josefología*.

He aquí algunas de las tesis fundamentales del mismo que deben vertebrar la Teología de S. José.

1. “El hecho de ser Ella la ‘esposa prometida’ de José, ‘está contenido en el designio mismo de Dios’. Así lo indican los dos evangelistas citados...” (RC 15). “Si para la Iglesia es importante confesar ‘la concepción virginal de Jesús’, no lo es menos defender ‘el matrimonio de María con José’, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de San José”. (RC, 18).

2. Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto San Agustín como Santo Tomás la ponen siempre en la ‘indivisible unión espiritual’, en la ‘unión de los corazones’, en el ‘consentimiento’, elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de modo ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el matrimonio de María y José el que realiza en plena ‘libertad’ el ‘don sponsal de sí’ al acoger y expresar el amor”. (R 7).

3. La “participación singular” de S. José en la obra salvífica de Cristo<sup>21</sup>, único Mediador y Redentor del hombre. Juan Pablo II nos muestra en su exhortación el

---

113. Desde la época patrística y desde San Jerónimo han existido estas cautelas”. “San Agustín resolvió el problema con unas frases de antología, afirmando la realidad del matrimonio en sí, por el consentimiento de los esposos, por su fidelidad y por el fruto virginal, el Hijo nacido no del matrimonio, pero sí dentro de él”. José es el padre virginal de Jesús: “tanto más padre, cuanto más casta fue su paternidad” en virtud de la fe y de la caridad. Cfr. E. LLAMAS, *El matrimonio de José y María y su predestinación*, Actas del simp. int. de San José, Kevelaer 2006, t. I. Reproducido como anexo en mi libro, *San José, nuestro Padre y Señor. La Trinidad de la tierra. Teología y espiritualidad josefina*, ed Arca de la Alianza, cit, 295–321; <http://www.joaquinferrer.es>. La teología de San José implícita en los textos de San Agustín, anticipa genialmente los desarrollos posteriores.

114. Las *Actas del IX Simposio internacional sobre San José* celebrado en Kevelaer (Alemania) en 2005, recogen dos volúmenes de valiosas aportaciones para el avance de la teología josefina, editados por el Dr. Germán ROVIRA, autor de numerosos escritos sobre San José, y que fue el principal organizador del simposio.

21. La palabra participación en este contexto salvífico referida a S. José, aparece en la “Redemptoris Custos” nueve veces (cfr. nn 1 –cuatro veces–, 5 –tres veces– y 19 y 20 –una vez–. La participación –semejanza y desemejanza a la vez es el fundamento de la analogía, que es de participación intrínseca cuando el nombre y el concepto análogo se realiza en todos los analogados que participan del “analogatum princeps”. Sabido es que la “analogía” respecto a Cristo –y de S. José– respecto a María y a Cristo, es uno de los principios omnipresentes en la

alcance y universalidad que tiene tal “singularidad”, indisociable de la de su esposa, la Inmaculada corredentora.

Comencemos por esta última. Todos los redimidos “participamos” en la obra salvífica de Cristo (Cfr RM 1) en el misterio de la Iglesia Esposa de Cristo, que tiene como razón formal de su existencia precisamente la cooperación del hombre con Dios para la salvación propia y de los demás según la ley de la alianza nupcial, categoría clave de la Escritura.<sup>22</sup> Juan Pablo II así lo enseña en una conocida catequesis mariana.

“El apóstol Pablo cuando afirma: <<somos colaboradores de Dios>> (1Co 3, 9), sostiene la efectiva posibilidad que tiene el hombre de colaborar con Dios. “El término <<cooperadora>> aplicado a María cobra, sin embargo, un significado específico. La cooperación de los cristianos en la salvación se realiza después del acontecimiento del Calvario, cuyos frutos se comprometen a difundir mediante la oración y el sacrificio. (Es decir, en la fase subjetiva de aplicación del tesoro redentor en el misterio de la Iglesia). Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre; por tanto, se extiende a la totalidad de la obra salvífica de Cristo. Solamente Ella fue asociada de ese modo al sacrificio redentor, que mereció la salvación de todos los hombres. En unión con Cristo y subordinada a Él, cooperó para obtener la gracia de la salvación a toda la humanidad.

El particular papel de cooperadora que desempeñó la Virgen tiene como fundamento su maternidad divina. Engendrando a Aquél que estaba destinado a realizar la redención del hombre, alimentándolo, presentándolo en el Templo y sufriendo con Él, mientras moría en la Cruz, <<cooperó de manera totalmente singular en la obra del Salvador>> (Lumen Gentium, 61). Aunque la llamada de Dios a cooperar en la obra de la salvación se dirige a todo ser humano, la participación de la Madre del Salvador en la redención de la humanidad representa un hecho único e irrepetible. A pesar de la singularidad de esa condición, María es también destinataria de la salvación. Es la primera redimida, rescatada por Cristo <<del modo más sublime>> en su concepción inmaculada (cfr. bula Ineffabilis Deua de Pío IX: Acta 1, 605) y llena de gracia del Espíritu Santo (AG, 9–IV–97).

Esta catequesis de Juan Pablo II (19–IV–1997) –en la que algunos como Jean Miguel Garriges y G. Cottier han visto una posible formulación del auspiciado por muchos, quinto dogma mariano<sup>23</sup>– sale al paso del minimalismo eclesiotípico que niega la singular cooperación inmediata y activa de María en la redención objetiva, de la que participa por analogía, como manifiesta el sentido pleno inclusivo de la Escritura, –así lo veremos–, San José, en la indisociable unidad de los Tres.

Es cosa sabida que algunos conocidos teólogos de centro-Europa, al margen de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, y en contra del sentir más común de la tradición teológica –escribe el P. E. Llamas– no tuvieron reparo en crear una explicación inédita y novedosa de la colaboración salvífica de María: la colaboración

---

Mariología y la Josefología. Por desgracia, es piedra de escándalo para muchos protestantes, a mi modo de ver por prejuicios preteológicos de raíz nominalista.

22. O lo que es lo mismo, corredimir, que algunos hiperecuménicos se empeñan en hacerlo desaparecer, tachándolo de ambiguo. Si se explica el es a la luz de la participación en la única Mediación de Cristo que funda la analogía, no hay término más claro y apto para expresar ese misterio.

23. Véase citas en mi libro *La mediación materna de María, esperanza ecuménica de la Iglesia*, Madrid 2005 (www.joaquinferrer.es).

meramente pasiva–receptiva. H. Koster afirmaba en Alemania en 1950, que en su país carecían <<de publicaciones sobre cuestiones mariológicas>>. Hasta entonces no se habían interesado por ellas. Por eso, <<las que nos llegan –escribía– de los países latinos <<España–Italia>>, nos parecen faltas de medida y crítica. Nuestra posición fundamental es la repulsa>>. En 1954 K. Rahner se manifestaba acorde con este juicio, a propósito de la colaboración salvífica de María con Cristo. Con criterio excesivamente angosto y restringido bajo ese aspecto doctrinal, se manifestaba así: <<Debe descartarse el término de corredentora, porque evoca casi inevitablemente la idea de que María participa de la redención y cooperó a ella aún en un plano y en la función reservada al único Redentor>>.<sup>24</sup>

El sentir de estos autores (H. Koster. O. Semelroth, Lénnerz...) no era dominante en Alemania. Algunos autores se manifestaban contrarios a esos juicios, porque pensaban que ese “minimalismo mariológico” unilateralmente eclesiotípico era un daño y un perjuicio para el catolicismo alemán, por ser una condescendencia con el protestantismo. En el mismo año 1954 R. Grabner manifestaba su deseo y llegó a decir, que <<ya es hora de frenar “contener” este proceso de auto–protestantización del catolicismo alemán>>.<sup>25</sup>

Según los protestantes, la única Mediación posible es la de Cristo, y está limitada a su persona, según la afirmación de S. Pablo: “Hay un sólo Dios, y un sólo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como precio de rescate por todos” (1 Tim. 2.5). Esto supuesto, ni María, ni la Iglesia, ni el Sacerdocio, pueden participar de la acción mediadora, puesto que todos son valores extrínsecos al misterio de la Mediación, ya que no tienen otra función que la de puros signos, aptos para dar a conocer y arrojar luz sobre la única Mediación: la de Cristo.<sup>26</sup> María sería signo especialmente significativo, como modelo eminente.

La participación trascendental propia de la relación entre las criaturas y Dios, se aplica en el texto conciliar (LG 62) a la relación entre mediación sacerdotal de Cristo y las diversas formas de mediación eclesial, en la doble participación del sacerdocio por los fieles y en el sacerdocio ministerial, y la participación de la bondad de Dios en las criaturas por la creación. Por la creación comienza a haber más seres, pero no más ser; es decir, por la creación se dan más seres con perfección, pero no más perfección en el conjunto. Este concepto de participación, en el sentido explicado, ha de aplicarse a la mediación de María y José en la obra redentora de Cristo que culmina en el misterio Pascual; Cristo y María son más sujetos de mediación (de una mediación única que está en Cristo como en fuente y en María por participación), pero no más poder de mediación que Cristo solo.<sup>27</sup>

Se trata siempre de la voluntad divina de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, para que todos cooperaran con El –para decirlo con la conocida formulación de la

---

24.Cfr. H. KOSTER, *Unus Mediator*, Limburg, 1950, 33. K. RAHNER, “Le principe fondamental de la Théologie marial”, en *Rech, Scienc. Rel.*, 42 (1954) 495–96. El valor de estas afirmaciones de K. Rahner ha quedado anulado por la enseñanza y las afirmaciones del Vaticano II.

25. Ver otros testimonios en D. FERNÁNDEZ, C.M.F., “María y la Iglesia en la moderna bibliografía alemana”, en *Estudios Marianos* 18 (1957) 56 ss.

26. Tal es la posición por ejemplo del célebre teólogo calvinista Karl BARTH, *Die Kirckliche Dogmatik*, t. I, 3).

27. C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, 116 ss.

Encíclica de Pio XII “Mystici Corporis” (AAS,1943,217)– a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. “No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada”. Tal es la ley de la alianza nupcial de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: esponsales en la Encarnación, bodas en el Calvario, y consumación de las bodas en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y anticipación sacramental de las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf.Ap 21,2).<sup>28</sup>

El Concilio Vaticano II, aunque no utilizó el término <<corredentora>><sup>29</sup> –más frecuente en la tradición teológica desde el siglo XVII –edad de oro de la Mariología española– de lo que comúnmente se dice, como ha demostrado el P. E. Llamas, gran conocedor de la brillante teología mariana de aquellos siglos áureos, ha sido felizmente recuperado por Juan Pablo II –que lo usó ocho veces al menos– afirmó con nitidez la realidad y el contenido teológico esencial de ese término, que parece el más indicado para expresarlo. Las objeciones en contra son de una clamorosa inconsistencia.<sup>30</sup>

La razón de su participación “prorsus singularis” (LG 61) en la obra salvífica del Redentor, es la asociación directa e inmediata de María y José a la constitución teándrica del Redentor por la unión hipostática –prevista “ab aeterno” en el plan salvífico de Dios– que se realizó en la obediencia de la fe de los dos, no sólo por el libre consentimiento de María a la divina maternidad virginal, sino también de José, hijo de David, a ser padre virginal y mesiánico de Jesús cuando acogió en su familia a quien había sido concebido en el seno de su esposa por obra y gracia del Espíritu Santo.

En la gracia de unión radica la gracia capital de la Humanidad de Cristo que – con la gracia maternal de María y paternal de José que de ella derivan– son el principio del que brota la gracia salvífica que restaura la “imagen” de Dios en el hombre con todas sus dimensiones esenciales, especialmente su constitutiva dimensión familiar y “comunal” deteriorada por la caída; y devuelve –de modo más admirable– la “semejanza”, a saber, la vida sobrenatural de la gracia de la justificación –“la Filiación”– en Cristo. Se trata de una unión indisociable en el decreto de predestinación –uno y el mismo para los tres –constituyendo una Familia –la Familia de Nazaret–, los primeros predestinados con vistas a la restauración de la vida sobrenatural perdida, que nos “conforma” a la imagen del nuevo Adán –y de la nueva Eva desposada con José–,

---

28. Este tema lo he desarrollado ampliamente en J. FERRER ARELLANO, *Marian Corredemption in the light of Christian Philosophy*, in “Mary at the foot of the Cross”, vol. II, (New Bedford MA, 2001, 113–149)– ([www.joaquinferrer.es](http://www.joaquinferrer.es)). Traducción española en *Ephemerides Mariologigae*, 2005. Expongo ahí como la noética nominalista –la “vía modernorum” ockaniana, de la modernidad– impide comprender la participación y la analogía subyacente en la metafísica bíblica. Se comprende que K. Barth haya afirmado que la analogía es la larva diabólica del anticristo, el único obstáculo serio para que un reformado se haga católico.

29. No usado desde Pío XII, sin duda para evitar reticencias del minimalismo eclesiotípico, no por razones ecuménicas, pues el contenido doctrinal se mantiene invariable con otra formulación

30. Cfr. para todo este tema, E. LLAMAS, *Estudios Marianos*, vol. 70 (2004). “La colaboración de María a la Redención. Problema antiguo en proyección moderna” 24 ss y 235–263. B. GHERARDINI, *La Corredentice nel misterio de Cristo e della Chiesa*, Roma, Monopoli 1998.

reflejo icónico del Padre, Cabeza de la Familia de Nazaret– primogénito entre muchos hermanos (cfr Rm 8, 9), no sólo considerados en si mismos –María y José como personas singulares–, sino constituyendo la Familia de Nazaret como tal.

Hay, pues, dos miembros de la Iglesia, María y José, cuya cooperación a nuestra redención es “*prorsus singularis*”, en sentido de único y trascendente, pues, según el designio ab aeterno de Dios, han sido asociados a la obra salvífica de su Hijo virginal – no sólo en su fase subjetiva o aplicativa como el resto de los redimidos– sino también – en virtud de su esencial e inmediata relación con la Encarnación redentora del Verbo– en todo el proceso histórico de la Redención objetiva o adquisitiva, desde Nazaret, en la intimidad de la vida de familia y trabajo en el taller de la casa de José, hasta su consumación en el Sacrificio del Calvario. Como aquí mostraremos, en la triple plenitud de gracia capital, materna y paterna de los tres –en jerárquica subordinación–, se funda el mérito de la gracia y la satisfacción por el pecado a la justicia divina que nos reconcilia con Dios, en amor obediente a la voluntad salvífica del Padre, que es el alma de la redención, hasta el holocausto el Calvario. De la Cruz gloriosa brota el agua viva del Espíritu Santo, que todo lo atrae hacia Sí, por la mediación de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José, activamente presentes en la Eucaristía que hace la Iglesia, en el tiempo histórico de la Iglesia hasta la Parusía.

Creo que todo esto se puede y se debe descubrir en una hermenéutica de la Escritura, a la que hemos hecho referencia más arriba, que ponga de relieve el sentido que el padre Artola llama “pleno inclusivo”, implícito en numerosos pasajes bíblicos – históricos, proféticos y sapienciales–, en especial en los textos paulinos sobre el nuevo Adán, leídos a luz del Protoevangelio y de Gal 4, 4, a la luz del paralelismo bíblico y de la tipología de su sentido espiritual dogmático. Esta exégesis fundada en el paralelismo bíblico descubre en el sentido pleno inclusivo de muchos textos bíblicos leídos en clave mariana, una lectura –por analogía de participación– referida al asanto Patriarca. Lo que se ha escrito refiriéndose a María, podemos también afirmarlo de José.

El llamado silencio de la Escritura deja de ser tal –dice acertadamente F. Canals<sup>31</sup> para quien estudia los textos bíblicos referidos al Santo Patriarca con esta perspectiva histórico salvífica según la unidad de toda la Escritura y la analogía de la fe. (Cfr. CEC 112–114). En esta lectura de la revelación bíblica, de antigua raigambre en la tradición patristica, aparece la Familia de Nazaret como la piedra angular en el designio salvífico de Dios de ambos testamentos, por el que se manifiesta a sí mismo –el misterio de Dios Trino– y da a conocer el misterio de su voluntad salvífica, que tiene su vértice, cuando llega la plenitud de los tiempos, en la Encarnación redentora de Verbo acogido en el seno de María y en la casa de José.<sup>32</sup> En la amplia perspectiva que postula la

---

31. *San José, patriarca del pueblo de Dios*. Tesis de doctorado en Teología dirigido por el padre Solá, del conocido catedrático de Metafísica, buen amigo mío, Francisco CANALS VIDAL, Barcelona 1979.

32. M. ARTOLA, *El pecado por Eva y la salvación por María*, “Estudios Marianos” 70 (2004), 17–37. El A. descubre en la tipología del nuevo Adán (Rm 5, 12–21 y 1 Cor 15, 22, 25) a la luz de la unidad dual de Adán y Eva –anunciada por Gn 1, 26–27 y Gn 2, 23–24– sin excluir aquellos análisis histórico literarios, en la comisión del acto pecaminoso primario. Así lo convinieron espontáneamente los antiguos Padres griegos, al descubrir una implícita inclusión de María, nueva Eva, por analogía de participación en una exégesis personalista dual e inclusiva. Cfr. Joaquín FERRER ARELLANO, “Mariología de San Pablo”, publicado en italiano en *Inmaculata Mediatrix*, X (2010,2), 234–256; y en inglés, *Acts of the IX International Symposium of the Marian Corredemption*, Academy of the Immaculate, 2009, 169–197

Constitución *Lumen Gentium* para la inteligencia del misterio de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, nos encontraremos en una situación de leer textos evangélicos de forma que estos se hacen expresivos por sí mismos y muestran su sentido pleno tipológico e inclusivo a la luz de ambos testamentos para la fe del Pueblo de Dios. Como se ha escrito refiriéndose a María, podemos también decir acerca de José.

#### ***4. La inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret, fundamento del plan salvífico de Dios y principio estructurante de la teología de San José***

El punto de partida de la ciencia teológica no puede ser nunca un principio racional, sino la Revelación divina que conocemos a través de la Biblia leída en la Iglesia. Pero una vez conocida y aceptada en la fe, es lícito y aún conveniente buscar un principio unificador –orgánico estructurante– de todo cuanto sabemos del Santo Patriarca, en el contexto del designio salvífico de Dios.<sup>33</sup>

Laurentino María Herrán en su estudio sobre la devoción a San José en la vida y enseñanzas del Santo Fundador de Opus Dei, advierte que el principio primero de su teología sobre el Santo Patriarca es el principio de inseparabilidad de “los Tres” de la Familia de Nazaret –la Trinidad de la tierra– como imagen y camino de retorno –añado yo– de la humanidad caída a la Trinidad del Cielo. No los separaba nunca, ni en el transcurso del proceso histórico de la obra redentora de Cristo hasta la Pascua –en un mes de mayo al final de su vida en un viaje de catequesis por América, meditando los misterios dolorosos, contemplaba a San José presente en la pasión y muerte de su Hijo virginal como co–protagonista, cuando estaba junto a los justos que aguardaban todavía en el Seno de Abraham la Redención del mundo que les habría sido anunciada por él cumpliendo un encargo expreso de su Hijo en la hora de su preciosa muerte, antes de que aquella Sangre redentora abriera las puertas del cielo y en su aplicación pospascual en la vida de la Iglesia peregrina, que vive de la Eucaristía. En ella advirtió su presencia inefable junto a su Esposa en el memorial perpetuo de la Pasión junto a Jesús Hostia no sólo en el sacrificio de la Misa, sino también en el Sagrario. Consideraba una gracia especial recibida de Dios esta contemplación de “los Tres” siempre indisociables de la Familia de Nazaret. “A esa familia pertenecemos” –le oí decir con frecuencia– pues la Iglesia estaba en germen presente en aquel hogar.

A mi juicio es este principio de indisociabilidad de los Tres –subyacente a la RC– es el que debe estructurar la Teología de San José. En el designio salvífico de Dios

---

T. STRAMARE en, *Vangelo della Vita Nascosta de Gesù*, Bornato in Franciacorta 1998, 78, escribe: “Mientras en el pasado los escrituristas sometían el texto a análisis filológicos y a la crítica histórica, actualmente se pone mucha más atención a otros aspectos, como son el ambiente judeo-cristiano, la forma literaria, la distinción entre la redacción y la tradición, el análisis semántico, y de modo especial se presta muchísima más atención a los llamados «citados de ejecución o de realización», sobre todo en Mateo”. Habría que privilegiar entre estos últimos el sentido espiritual típico y el pleno inclusivo al que hago referencia en el texto.

33. Cfr. las atinadas observaciones –que cabe aplicar a la Teología de S. José– que hace sobre el sentido y utilidad de buscar un primer principio en la Mariología, con un buen resumen del estado de la cuestión, planteada en los primeros años del S. XX. M. PONCE CUÉLLAR, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Badajoz 1995, 25–28. Cfr. también la clásica y verdaderamente meritoria obra de B. LLAMERA, *Teología de San José*, Madrid, BAC, 1953, 37.

estaba presente “ab aeterno” la Familia de Nazaret como piedra angular de la obra de salvación de la humanidad caída. Siendo la dimensión familiar constitutiva del hombre, imagen de Dios Trino –del Nosotros trinitario– quiso que fuese restaurada mediante la Familia depositaria del misterio de salvación, semilla de la Iglesia, de la que la Familia de los hijos de Dios –Familia de familias, la denominó en alguna ocasión Juan Pablo II– es derivación. Esta es la perspectiva de la “Redemptoris Custos”.

Creo que este principio –la indisociabilidad de los Tres en todo el proceso histórico y salvífico– evita el peligro de reduccionismo de la significación soterológica central y permanente de San José de las dos propuestas clásicas, sobre todo de la primera.

Según la primera, el principio fundamental de la Josefología es el matrimonio con María raíz de todas sus prerrogativas. De ella deriva su paternidad virginal respecto a Jesús por razón del matrimonio con María. Otros –como F. Canals– proponen como primer principio la paternidad de José, porque su matrimonio con María –sin duda esencial para fundarla– no explica por sí solo su aportación directa e inmediata a la Encarnación. Su pertenencia al orden hipostático sería extrínseco y mediato, a través del matrimonio con María.<sup>34</sup>

1. La primera posición –la más común y tradicional– sostiene que el carácter verdadero y real, aunque singular y único, y no unívoco con la paternidad ordinaria y común de los hombres, de la paternidad de José sobre Jesús se funda en el derecho del esposo sobre la esposa, en razón del cual el que nace virginalmente de María se origina de algo que pertenece íntimamente a José. El cuerpo de María fue de José por derecho matrimonial; derecho en que se hace mutua traslación del cuerpo del varón a la esposa y viceversa...; fue José padre por generación, no suya, sino de su esposa...; nació de Jesús en la heredad de José.<sup>35</sup>

---

34. Véase, por ejemplo, R. GARRIGOU LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, Madrid 1996, 385, que atribuye a Suarez la afirmación de Sanibalde, según la cual la revelación de San José con el orden hipostático es extrínseca, moral y mediata, a través de María

35. San Francisco de SALES afirmó este título de paternidad con una hermosa metáfora que se ha popularizado: “Acostumbro a decir que si una paloma lleva en su boca un dátil y lo deja caer en un jardín ¿no decimos que la palmera es propiedad del jardinero? Pues si esto es así ¿quién podrá dudar de que el Espíritu Santo habiendo dejado caer este divino dátil, como divina paloma, en el jardín cerrado de la santísima Virgen que pertenece a José, como la mujer o la esposa pertenece al esposo; quien dudará, digo, que se pueda afirmar con verdad que la divina palmera que produce frutos de inmortalidad pertenece al excelso San José?”.

Juan GERSON explica en que sentido nace Jesús de José en (en su famoso Sermón sobre la Natividad de María, en el Concilio de Constanza (8–IX–1416)), hablando de la triple natividad de Jesucristo a saber: la eterna, la corporal y la espiritual o mental. Nace eternamente del Padre, como nace el esplendor de la luz, coeterno con la luz... en este nacimiento eterno de Cristo Jesús no tienen parte ni María ni José.

El segundo nacimiento de Cristo Jesús fue el corporal en el mundo de la Virgen, y de este nacimiento habla el Ángel a María: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por esto lo Santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios (Luc. 1–35). Y esto fue hecho cuando se cumplieron a María los días del parto, y parió a su Hijo primogénito (Lc 2,6). Y ciertamente en este nacimiento sólo María suministró la materia. Pero siendo el cuerpo de María por derecho matrimonial, por el que se hace mutua donación de los cuerpos del esposo a la esposa y de la esposa al esposo, cuerpo del mismo José, quizá podría decirse si no se temiese una ofensa de los oídos piadosos, que nació de un cuerpo y una carne (María Santísima, su esposa) que eran propiedad de José.

En esta perspectiva, la pertenencia de San José al orden hipostático sería indirecta respecto a la Encarnación del Verbo, sin tener en cuenta la relación indisociable de la virginidad de María con la de José, hijo de David, su esposo y llamado a ser su padre legal. Queda así excluido aquél por el que brotaría un tallo de la raíz de Jesé, que reinaría para siempre en la casa de David.

2. La consideración de la dignidad de José como el esposo de María la Madre de Jesús –observa acertadamente F. Canals– no debe cerrar el camino a una consideración más completa y bíblica, fundada en el libre consentimiento unido al de María, de virginal comunión conyugal, indisociable de su “paternidad mesiánica”, que al imponerle el nombre, lo constituye legalmente en el Mesías Hijo de David, por serlo de José, al último eslabón de sus descendientes por el que se cumpliría la promesa mesiánica de Natán (cfr. RC 12).<sup>36</sup> Esta segunda línea de argumentación, menos estrecha y restrictiva respecto al alcance de la paternidad de San José, subraya la importancia decisiva del proyecto de virginidad comportado por ambos esposos, en virtud del nexo sutil pero real de causalidad que se establece entre José y María, su esposa, en la generación y el nacimiento de Jesús.

La idea expresada por San Ildefonso<sup>37</sup>: “María fue virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre”, implícitamente refiere la virginidad de José a la realidad de su paternidad sobre Jesús por su libre decisión de vivir un amor esponsal a María, en la virginidad, movidos ambos por el Espíritu. En esta perspectiva se descubre la concepción y nacimiento de Jesús, como fruto de la paternidad –según el Espíritu– de José, indisociable de la virginal maternidad divina de María por obra del Espíritu Santo. Así lo expresa con su peculiar estilo Bossuet.

“La pureza de María no es sólo el depósito sino también el tesoro de su casto Esposo; Ella le pertenece por derecho de matrimonio... ¡oh fecunda virginidad! Eres bien de María, pero también eres bien de José. María la ha ofrecido, José la ha mantenido, y ambos la presentan al Padre eterno como un tesoro que los dos han conservado con mutuos cuidados. Como tiene tanta parte en esta virginidad de María, reporta también el fruto de la misma; por esta razón Jesús es su Hijo”.

Desde este punto de vista pueden comprenderse, en unidad sintética y no antinómica, la fecundidad milagrosa obrada por Dios, y la virginidad destinada a manifestar a modo de signo del poder divino el misterio de la misión del Hijo de Dios hecho carne, nacido del linaje de David según la carne, es decir, realmente inserto humanamente en el linaje de los hombres, por virtud del Espíritu de Dios. José es el Patriarca a través del cual se cumple –por su paternidad virginal y mesiánica– la descendencia de Cristo del linaje de David según la carne, de la simiente de Abraham. En esta paternidad humana y singular y excelsa encontramos en su plenitud la paternidad según el Espíritu, prefigurada y anunciada, imperfectamente todavía, en la

---

36. Para todo este tema, cfr. F. CANALS, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios, Barcelona*, 2 ed. 1994, 125. La antigua festividad litúrgica era principalmente la fiesta del Esposo de María. La actual liturgia contempla en José a quién se confiaron los primeros misterios de la salvación de los hombres, y en quien se realizaron las promesas hechas a David y a Abraham; el que, poniendo de manifiesto su fe por sus obras, dio paso con su obediencia y su silencio a la encarnación de la Palabra de Dios.

37. Cfr. Joaquín FERRER ARELLANO, “Algunas sugerencias de san ildefonso de toledo para la teología josefina”, *Estudios Marianos*

paternidad de Abraham, nuestro Padre en la fe, sobre Isaac. José, como Abraham, y como María, creyó a Dios y se realizó lo que se le dijo de parte del Señor. A diferencia de María, que respondió con sus palabras al mensaje divino transmitido por el ángel, José respondió con su silencio obediente y realmente mostró la fe por las obras.

Así se convertiría San José en depositario del misterio <<escondido desde los siglos en Dios>> (cfr Ef 3,9) junto con María, y en relación con Ella, participe en esa fase culminante de la autorevelación de Dios, y participe desde el primer instante ... José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios. Además, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina Anunciación (RC, 5). José es el primero, con su obediencia de la fe –no con palabras, sino por hechos que muestran una disponibilidad de voluntad semejante a la fe del “Fiat” de María– que participa de la fe de María. (RC, 5).

3. Esta segunda posición es, sin duda, la acertada. Pero creo que debe entenderse en la perspectiva –que hace suya, a mí al menos me parece claro, el Beato Juan Pablo II en la exhortación “Redemptoris Custos”– de la *inseparabilidad de los tres en el ser y en el obrar salvífico en jerárquica subordinación*. María recibe de Jesús su privilegio de plenitud de santidad immaculada por perfecta redención preservativa que la capacita para ser madre de Dios –primero en el espíritu y después en su seno (en la carne formada por el Espíritu Santo en sus virginales entrañas)– y Corredentora en la obra de la redención, fundamento de su maternidad espiritual. José, recibe –a través de su esposa– la plenitud de gracia que podemos llamar muy adecuadamente, paternal; que le capacita para su paternidad virginal mesiánica, no según la carne, sino según el espíritu, en virtud de su incondicional respuesta silenciosa de fe, por la cual es copartícipe con María de la constitución del ser teándrico del Redentor y –en él fundado– de su Obra Redentora, desde Nazaret hasta el Calvario como patriarca de la Familia de Dios que es la Iglesia, prolongación de la Familia de Nazaret, vértice del plan divino de salvación del mundo.

Estas consideraciones nos invitan a estudiar la singularidad de San José bajo el principio fundamental que –así lo pienso– estructura mejor la reflexión teológica josefina, que no es otra que la circularidad “virtuosa”<sup>38</sup> de los Tres, jerárquicamente coimplicados en una unidad indisociable según un orden de dignidad. Este orden entre los Tres, formando una unidad indisoluble,<sup>39</sup> evoca analógicamente el orden (taxis) de la procesiones divinas que constituyen la Familia divina Trinitaria (Dios es uno y único, pero no un solitario, sino una familia, como dice la “Fides Damasi”). En ella los Tres son uno por consustancialidad –coeternos y coiguales– sin que haya “nihil maius vel minus, nihil prius vel posterius” (“Símbolo quicumque”). En la Trinidad de la tierra se da –en el seno de la unidad (ahí está la desemejanza radical)– un orden jerárquico –según la inversión kenótica trinitaria de que habla Von Balthasar– (Cfr. Theologica III, passim.)– de mayor a menor en dignidad, fundado en la participación (según una analogía de atribución intrínseca). De la mediación capital de Cristo participan por derivación causal, las mediaciones materna y paterna de María y José; de modo tal que esta última deriva, a su vez, de la maternidad espiritual de la Inmaculada. San José es

---

38. Este concepto aparece referido por Juan Pablo II a las relaciones entre la fe y la razón en la Encíclica del mismo nombre.

39. Creo que estas reflexiones –en plena coherencia con la Teología subyacente a “Redemptoris Custos”– explicitan en perspectiva teológica discursiva la vivencia sapiencial de fe ilustrada por la luz infusa del Espíritu Santo de San Josemaría Escrivá, sobre la que tanto he reflexionado a lo largo de veinticinco años –los últimos de su vida– de constante trato paternofilial.

hijo espiritual de su Esposa María, como Ella lo es también de Jesús (en expresión de Dante, Hija de su Hijo).

### **5. *Teología sistemática de San José subyacente a la Redemptoris Custos***

Un estudio teológico sobre el “misterio” de San José –su singular posición en el plan salvífico de Dios– tiene múltiples dimensiones que deben desarrollarse en la perspectiva que propone la Teología científica de la fe –positiva (o histórico salvífica) y (en ella fundada) especulativa–, de modo articulado y sistemático. Tal ha sido mi pretensión al escribir el ensayo teológico sobre San José que publiqué en el año 2007, antes citado, inspirado en la vivencia sapiencial de los santos, es especial de Sta. Teresa de Jesús y de San Josemaría y, sobre todo, en la Carta Magna de la Josefología, “Redemptoris Custos”. He intentado en él exponer ordenadamente, de modo sistemático, el misterio del Santo Patriarca, partiendo de la Escritura leída “in Ecclesia”, y siguiendo la pauta metódica de la indisociabilidad de los tres –Jesús, María y José– como principio estructurante de la Josefología, en la secuencia lógica de los cuatro pasos sucesivos, que señala la Carta a los Romanos (cfr. Rm 8,20–30); cada uno de los cuales es el fundamento del siguiente:

En el presente comentario a la RC voy a ir siguiendo el esquema paulino de la gran doxología con la que comienza la carta a los Efesios sobre el misterio del designio benevolente de Dios presente ab aeterno en el decreto de predestinación de los elegidos en Cristo, antes de la creación del mundo, hasta la recapitulación escatológica de todo bajo Él como Cabeza en la Parusía.

Analizamos en este proceso sucesivamente los cuatro momentos que distingue la carta a los Romanos (Rm 8, 19) –cada uno de los cuales es fundamento del siguiente– que comienzan en la predestinación y culminan en la glorificación.

1 *“A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, primogénito entre muchos hermanos”*. El designio salvífico oculto en el seno del Padre predestinó ab aeterno en un único decreto a la “Familia e Nazaret”, en la que el Verbo iba a ser acogido y preparado para realizar su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida por el pecado de los orígenes, a imagen del Aquél que había de venir, el nuevo Adán, primogénito entre muchos hermanos.

La predestinación del resto de los elegidos, que forman la familia de los hijos de Dios, la Iglesia nacida de los Tres Corazones unidos de Jesús, María y José, depende – como causa ejemplar, eficiente y final–, de la de los tres primeros predestinados, la Familia de Nazaret.<sup>40</sup>

2. *“A aquellos que predestinó, los llamó” conforme a su designio, haciéndoles donación de la gracia, proporcionada a la misión a la que estaban destinados desde*

---

40. Según un orden de jerárquica subordinación, pues es causa primaria, la de Cristo Redentor, y causa secundaria la de su Madre, la Corredentora (y los ángeles fieles, según la escuela franciscana a la me adhiero en ese punto)– hecha posible por su perfecta Redención preservativa, como la Inmaculada llena de gracia y la de su Padre Virginal, también Corredentor subordinadamente a su Esposa, e hijo de su Esposa en el orden de la gracia.

*toda la eternidad.* La vocación de José a ser padre virginal y mesiánico de Jesús supera la de los Apóstoles, por su relación directa con el misterio de la Encarnación redentora. Por eso recibió una plenitud de gracia superior a la de cualquier santo, incluido San Juan Bautista, que puede ser calificada muy adecuadamente de paternal. Aquí tratamos de la constitución del orden hipostático –el ser teándrico del Redentor– con la cooperación inmediata de María, llamada a la divina maternidad, y de José, llamado a ser su padre virginal y mesiánico en el plan salvífico de Dios, por la constitución de orden de la unión hipostática del Verbo con la humanidad del Salvador. De ella deriva el orden de la gracia de las virtudes y dones, que participa de la plenitud de gracia capital, indisociable de la gracia maternal de María y la gracia paternal de José, que participan de ella de modo singular y único capacitándoles para su misión corredentora de cooperación activa e inmediata en la obra redentora de Cristo que culmina en la Cruz gloriosa.

3. “*A los que llamó los justificó*”.<sup>41</sup> Aquí trataremos de la participación de José en la Redención objetiva hasta el Sacrificio del Calvario. La plenitud relativa y progrediente de su gracia inicial –que aquí calificamos de paternal, como la plenitud de santidad inmaculada desde la concepción de María se denomina gracia maternal– que hacía posible el cumplimiento de la excelsa misión a la que fue llamado. Como dice de María la “*Redemptoris Mater*” (n. 12) también José “ha llegado a estar presente en el misterio de Cristo porque ha creído”. De ahí la importancia fundamental de la fe como respuesta al don de Dios, sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad, que mereció para sí un constante aumento de gracia que le capacitaba para participar –inseparablemente unido al Redentor y a la Corredentora– en todo el proceso de la redención objetiva desde los primeros misterios de la vida oculta hasta su consumación en el holocausto del Sacrificio del Calvario que conoció y al que se unió antes de su muerte, ofreciéndola unido a la de su Hijo. Dios quiso asociar a su Padre Virginal de manera única y singular –junto con María la Corredentora– en la restauración de la vida sobrenatural que nos justifica, liberándonos del pecado, en su triunfo sobre el poder de las tinieblas en la Cruz gloriosa, trono de su realeza. Tal es el alma de su participación en la redención objetiva que –más allá de los primeros misterios de salvación, que fueron especialmente confiados a su custodia paterna–, se proyecta hasta el Sacrificio del Calvario que conoció, y co-padeció indeciblemente durante su vida mortal.

4. “*A los que justificó, los glorificó*”. Después de su muerte, los méritos y sufrimientos de su heroica vida de entrega a la obra de nuestra redención llegaron a ser formalmente corredentivos en tanto que intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario en unión al amor obediente de Jesús al designio salvífico de la Trinidad que decidió la muerte del Unigénito del Padre, en el holocausto supremo de la muerte de Cruz. Sólo entonces, llegada la hora de la glorificación del Hijo del hombre en el madero de la Cruz, se alcanzó la medida redentiva –precio de nuestro rescate– decretada por Dios. Una vez glorificado en cuerpo y alma –según piadosa creencia bien fundada

---

41. “Cristo es para nosotros Sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Cor 1, 30). El Beato Elredo (Semón 20, PL 195, 322–324) refiere ese texto a María. Y cabe hacerlo también a José en cuanto participa en la redención objetiva, si lo leemos en sentido pleno inclusivo, en la “analogía de la fe” del paralelismo bíblico. Cfr. CEC 714. Es decir, la cohesión de las verdades de la fe entre sí y en el proyecto total de la revelación (Cfr. Rom 12,6). Somos justificados por la salvación que está en Cristo Jesús, propiciatorio por nuestros pecados por su Sangre mediante la fe en Él (cfr. Rm 3, 24–26).

teológicamente–, cooperó desde el cielo, en unión indisociable con Cristo Rey y María asumpta al Cielo, Reina del Corazón del Rey, en la aplicación de los frutos de la Redención adquisitiva –la llamada de Redención subjetiva– en el misterio de la Iglesia, nacida de los tres Corazones traspasados de Jesús, María y José. No sólo por su poderosísima intercesión de Padre y Patriarca de la Familia del Pueblo de Dios, continuación de la Familia de Nazareth (“continúa obedeciéndole en el Cielo”, dice Sor Juana Inés de la Cruz), sino por una misteriosa mediación paterna –que se refleja en la autoridad del ministerio petrino– en unión indisociable a la mediación materna de su Esposa, participadas ambas –y jerárquicamente subordinados de manera indisociable– a la mediación Capital de Cristo “Unus Mediator”.

**5.1. A los que había escogido (conocido de antemano) Dios los predestinó a ser conformados a la imagen de su Hijo Jesucristo, primogénito entre muchos hermanos.**

**5.1.1 *Predestinación de la Familia de Nazaret –Trinidad de la tierra– en un mismo decreto –como principio –causa ejemplar, final y eficiente– de la predestinación del resto de los elegidos.***

La santidad es, antes de nada, el destino que, antes de la creación del mundo, ha señalado el Padre a cada uno en su plan de salvación en Cristo (cfr. Eph 1, 4). De esta predestinación (1) dependen las gracias que por medio del Espíritu Santo distribuirá a cada uno según su vocación específica, sin las cuales no podemos comenzar, proseguir ni rematar cosas cosa que valga a los ojos de Dios (2), con nuestra libre cooperación necesaria para que se cumpla el designio salvífico de Dios (3) hasta su consumación escatológica en la glorificación (4).

Pero en este Cuerpo, donde cada miembro tiene su propia e irremplazable vocación, la gracia se da conforme a la medida proporcionada a la misión a la que ha sido llamado, según el beneplácito divino de la elección y predestinación.

Y este principio <<primero>> de la Teología Josefina de San Josemaría Escrivá lo va a repetir con la convicción que tiene como la obligación de promover la devoción del Santo Patriarca en cuanto se le presenta la ocasión, junto a la elección eterna de San José, la inseparabilidad de las tres personas que componen la “Trinidad de la tierra”, siempre unidos en el plan salvífico por Dios preordenado “ante mundi constitutionem” en jerárquica subordinación, como afirmaba Juan Pablo II.

“María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser Madre de Dios; José es aquel que Dios ha elegido para ser <<el coordinador del nacimiento del Señor>>, aquel que tiene el encargo de proveer la inserción <<ordenada>> del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto privada como escondida de Jesús ha sido confiada a su custodia.

José de Nazaret participó en este misterio del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación, como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. Él participó en este misterio –junto con ella, comprometido en la realidad del mismo– hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre <<nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo>> (Eph 1, 5)”. (RC 5)

El hecho de ser María la esposa prometida de José, está contenido en designio mismo de Dios. Así lo indican los dos evangelios de la infancia, pero de modo particular Mateo (cfr. RC 7). En el designio eterno María aparece de manera expresa como la Esposa prometida de José (Cfr. CEC 488). Esto incluye implícitamente la predestinación del Santo Patriarca, pues no se puede entender la existencia de la esposa sin el esposo. Son términos correlativos que mutuamente se implican.

Pero no sólo fueron predestinadas –aisladamente consideradas– las personas en cuanto tales, según un orden de dignidad, sino que fue predestinada la misma Familia de Nazaret, formada por el matrimonio singular y virginal de María y José, para acoger dignamente al Hijo de Dios en el tiempo, para cuidarle, alimentarle... y para abrir así el camino disponiéndole el cumplimiento de la misión del Hijo de Dios, como redentor de los hombres.

Observa el P. E. Llamas en su ponencia al Congreso internacional mariológico de Roma, en el cual participé (Sept 2004), que la relación del matrimonio virginal de los esposos de Nazaret como hogar familiar de Jesús con la redención de los hombres, o con la historia de la salvación, es un tema casi inédito en la Mariología y en la liturgia de la Iglesia. No se le ha prestado aún la atención debida.<sup>42</sup>

A veces se presenta el misterio de la Encarnación en el seno virginal de María como si fuese una mujer soltera protegida por José sin atribuirle una directa relación con el acontecimiento central de la historia de la salvación en tanto que esposo virginal y cabeza de familia e hijo de Dios. Urge sacar a la luz la importancia soterológica del matrimonio virginal del que brota –como de la raíz de Jesé profetizada por Isaías en los vaticinios del Emmanuel– el Mesías profetizado, de la descendencia de Abraham. A veces se presenta el matrimonio con José, como si fuese una tapadera de la Virginitad de María sin tener en cuenta que, “si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio –en tanto que virginal– la paternidad de José”. (RC, 7) El Santo Patriarca adquiere así –y sólo así– una relación directa con el misterio de la Encarnación, como padre virginal y mesiánico del Mesías Redentor.

La predestinación de la Familia de Nazaret forma parte en los designios eternos de Dios, del objeto adecuado de la predestinación del misterio de la Encarnación redentora.

Dice Pío IX en su bula “Ineffabilis Deus” al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, que por un mismo y eterno decreto, Dios ha predestinado a Jesús a la filiación divina, y a María a ser Madre Virginal del Verbo. Pues la predestinación eterna de Cristo no sólo influye en la Encarnación, sino en el modo y las

---

42. En algún tiempo se celebró en la liturgia la memoria de “Los Desposorios de José y María”. Algunas Instituciones la celebran con categoría de fiesta. Hoy no figura esa memoria en el calendario litúrgico universal de la Iglesia. Entre las 46 Misas de la Virgen, promulgadas en 1986 (15 Agosto), por la Sagrada Congregación para el Culto divino, no se registra ninguna dedicada a conmemorar el Matrimonio de José y María. Ni en la Misa 36, con el título de “La Virgen María, Madre del Amor Hermoso”, se hace la más leve alusión a su amor esponsal. Todo el rico contenido de esas misas puede aplicarse a la Virgen María, como si fuera una Madre Virgen soltera. Solo en la Misa 8, con el título de : Santa María de Nazaret, aparecen estas frases en el Prefacio: Allí, la Virgen Purísima, unida a José, el hombre justo, por un estrecho y virginal vínculo de amor.... Pero, esto significa muy poco –observa el P. Enrique LLAMAS–, dada la importancia que tuvo el matrimonio y la Familia de Nazaret en la realización de la Encarnación y en la historia salutis.

circunstancias en las que debía realizarse, en tal tiempo y en tal lugar: “et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine”, como dice el símbolo Niceo-Constantinopolitano.

Puesto que la condición de María, como Esposa prometida de José –según la enseñanza de Juan Pablo II– está contenida en el designio mismo de Dios (RC 18), o en la predestinación eterna, afirmamos implícitamente también la elección desde toda la eternidad del matrimonio virginal de José y María.

Lo mismo podemos decir, analógicamente de José, pues una circunstancia esencial de la Encarnación es su libre y fiel acogida –con la plenitud de gracia que se requería para disponerle realizar tan excelsa misión– de Quien debía acoger en su seno –María– y en su casa. “Yo soy yo y mi circunstancia” decía J. Ortega y Gasset. Y añade: si no salvo mi circunstancia no salvo a mi yo”. El hombre –repetía consistentemente San Josemaría– no es un verso suelto. Formamos parte de un mismo poema épico, divino. La imagen de Dios en el hombre, en la Creación –creado varón y mujer– no hay que verla únicamente en su aspecto en su aspecto individual (espíritu encarnado, capaz de conocer, amar y dialogar con Dios, de soledad) sino en tanto que llamado a la comunión.<sup>43</sup>

“En esta gran obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral de Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva habían sido fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad y de purificar y santificar la familia, santuario de amor y Cuna de vida”. (RM 7)

El Magisterio de la Iglesia más reciente enlaza con la tradición patrística que arranca en San Ireneo, que relaciona en tipología el primer matrimonio de la protohistoria de Adán y Eva, con el matrimonio de José y María, y que quedó casi olvidada en los siglos siguientes. En el momento más significativo y decisivo, las esposas aparecen ya prometidas a sus maridos: “Fue disuelta –dice– la seducción, por la cual había sido más seducida aquella virgen Eva, destinada ya a su marido (iam viro

---

43. <<Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza>> (Gen 1,26). Antes de crear al hombre, parece como si el Creador entrara en Sí mismo para buscar el modelo y la inspiración en el misterio de su Ser, que ya aquí se manifiesta de alguna manera como el <<Nosotros>> divino. De este misterio surge, por medio de la creación, el ser humano: <<Creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y mujer los creó>> (Gen 1,27). La paternidad y maternidad humanas, aún siendo biológicamente parecidas a las de otros seres de la naturaleza, tienen en sí mismas, de manera esencial y exclusiva, una <<semejanza>> con Dios, sobre la que se funda la familia, entendida como comunidad de vida humana, como comunidad de personas unidas en el amor (communio personarum). El <<Nosotros>> divino constituye el modelo eterno del <<nosotros>> humano; ante todo, de aquél <<nosotros>> que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina.

De esta dualidad originaria derivan la “masculinidad” y la “femineidad” de cada individuo, y de ella cada comunidad asume su propia riqueza característica en el complemento recíproco de las personas. El hombre y la mujer aportan su propia contribución, gracias a la cual se encuentran, en la raíz misma de la convivencia humana, el carácter de comunión y complementariedad. (JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n.6). Cfr. Sobre este tema, J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, Madrid 2001, parte I cap. I, anexo. Sobre este tema, que aquí solo apunto, trata en este simposio la ponencia de Blanca CASTILLA CORTÁZAR, *Maternidad y paternidad virginales de María y José*.

destinata) por la verdad en la que fue bien evangelizada por el Ángel aquella Virgen María, que ya estaba desposada (iam sub viro).<sup>44</sup>

La tipología bíblica antitética de la caída de la pareja originaria tan frecuente en los Padres, desde Justiniano a Ireneo, del Nuevo Adán, Cristo, y la Nueva Eva, María, tiene claro origen bíblico en los textos paulinos (en especial Rom 5) a la luz del Protoevangelio y Gal 4, 4. Aparece el sentido que Artola llama pleno-inclusivo, explicitado por los Padres, con una intención diversa a la anterior tipología en la que aparece como contrapuesta la pareja de la Familia de Nazaret. A mi modo de ver ambas se refieren a momentos diversos de la historia salvífica, de la Encarnación Redentora.

La primera pareja –María y José– (RM 7) hace referencia a la doble mediación materna y paterna de los esposos de Nazaret. La segunda –Cristo nuevo Adán, María nueva Eva, que comienza en los padres más antiguos– tiene en cuenta el carácter fundante en las dimensiones soterológicas del Santo Patriarca, del Corredentor y de la Inmaculada Corredentora como nueva Eva –Mediadora maternal– asociada al nuevo Adán, Mediador Capital fuente de toda mediación. La mediación paterna de José deriva, como decíamos, de ambas, teniendo en cuenta que la redención de José, que le disponía a mediar en el orden hipostático de la Redención objetiva, fue liberativa –no consta que fuese preservado del pecado original, aunque probablemente fue presantificado en el Seno de su Madre como –y con mayor razón que a San Juan Bautista o Jeremías– disponiéndole con aquella plenitud de gracia inicial superior a la de todos los ángeles y los santos, que le habilitaba para su excelsa misión de Padre Virginal del Verbo encarnado en el seno de la que estaba predestinada a ser su esposa y ser acogida, con su Hijo, en la casa y familia de José.

### ***5.1.2 Los Corazones unidos de Jesús, María y José, como “ianua coeli”. La predestinación de la familia de Nazaret causa ejemplar, eficiente y final de la nuestra***

La predestinación de Cristo es causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra y de la de los ángeles, no en cuanto al acto de voluntad divina, sino en cuanto al término y efecto de la predestinación. (Cfr. S.Th. III, 2, 4, 3)

La razón es que Jesucristo nos mereció, a título de de estricta justicia, con su pasión y su muerte, todos los efectos de nuestra predestinación, o sea, la vocación (“elegit nos in ipso”) cristiana, la justificación y la glorificación; y nos lo dispensa a través del instrumento universal de salvación que es su Iglesia, a través de la Palabra y los Sacramentos, para alabanza de la gloria de su gracia (Eph 1, 3, 6. cf. Rom.8) como comenta la Encíclica “Redemptoris Mater” (n 8).

Dada la íntima unión de Cristo con María y José puede decirse que la predestinación de los Tres de la Familia de Nazaret, es, en la intención divina, causa “secundaria” ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra.

Según la Escuela Franciscana, María Santísima sería también corredentora de los ángeles por una especie de “corredención preventiva”. El mérito corredentor de María alcanzaría pues, todas las gracias de todas las criaturas, salvo –como es obvio– la

---

44. Pablo VI, *Alocución al movimiento Equipos Notre Dame* (4 de mayo, 1970); AAS., 62 (1970), 431, n. 7. El Papa Juan Pablo II cita este texto (RC 7), glosando algunas de las muchas enseñanzas que derivan de él. Sobre la Familia de Nazaret y en la primera familia humana, Adán y Eva, cf. Juan Pablo II, *Carta a la Familias* (1994), n. 20.

plenitud de santidad inmaculada que recibió por su más perfecta redención –preservativa– fundada en su predestinación a ser asociada, como Madre del Redentor a la salvación del universo.

Lo que Cristo realizó como causa meritoria –mediación ascendente redentiva– y eficiente instrumental primaria –mediación descendente dispensadora del tesoro redentor–, lo realizó también María –y en dependencia de Ella, José, padre virginal– como causa meritoria y eficiente instrumental secundaria en virtud de su unión indisoluble con Cristo en la obra de nuestra salvación. (Así lo justificaremos más adelante).

Si todo fue creado por Dios en atención a la gloria de Cristo y de María, se sigue que también los elegidos, con su gloria, fueron ordenados a la gloria de Cristo y de María, como familia y corte de los soberanos del universo, siempre en indisoluble unión con el Patriarca de la Familia de Nazaret y de su prolongación de la Iglesia, participe de su realeza salvífica, conquistada en el trono triunfal de la Cruz.

Se concluye que todos los hombres –y los ángeles– predestinados a la gloria deberán su salvación eterna a Cristo y a María, con José. No sólo en cuanto que su misma predestinación dependió de la de los tres, sino también porque Cristo les mereció y María les conmereció, con la cooperación de José, todas las gracias habituales y actuales que, a través de toda su vida y de sus propios méritos personales, les condujeron de hecho a la perseverancia final y a la consecución efectiva de la gloria eterna en el Reino de la Jerusalén celestial.

## ***5.2. A los que predestinó los llamó conforme a su designio.***

Dios llama a cada uno por su propio nombre a realizar en el tiempo histórico la misión personal para la que fue elegido en el decreto “ab aeterno” de la divina predestinación. Con la vocación, el Dios de la alianza se compromete a comunicar las gracias convenientes, proporcionadas para su ejecución en el tiempo, contando con su libre cooperación. Como dice Sto Tomás (3, q. 27, a.5 ad 1 y passim): “Dios da la gracia a cada uno según el fin para el cual le escoge”.

El plan de la sabiduría divina previó a María no es sólo Madre de Jesús, sino también su compañera y colaboradora en la completa victoria sobre Satanás y su reino de muerte “para restaurar la vida sobrenatural en las almas” (LG, 61). Para realizar ese plan de Dios quiso eficazmente y previó infaliblemente el misterio de la Encarnación por obra del Espíritu Santo en el seno de la esposa de José, hijo de David. Desde toda la eternidad Dios, que todo la obra con fortaleza y suavidad, decidió otorgar a María una plenitud de santidad inmaculada que le posibilitaría –siempre con el auxilio de la gracia eficaz– este libre consentimiento, saludable y meritorio dado en nombre de la humanidad. (cf. S.Th. III, 30, 2).

Según la escuela franciscana el primado absoluto de Cristo y de María es la razón que explica este modo de redención, que sería la opción divina más perfecta, según la cual María, preservada de cualquier vestigio de pecado original, en previsión de los méritos de su Hijo Salvador, es el fruto perfecto de una redención perfecta obrada por un perfecto Redentor. María sería corredentora con su Hijo en la redención liberativa de los hombres y corredentora también de los ángeles por una especie de corredención preventiva que hace posible su fidelidad en la prueba que debieron superar para merecer su plena glorificación por la unión y el amor beatificantes (la gracia consumada en visión). El mérito corredentor de María alcanzaría, pues, todas las gracias

de todas las criaturas, ante todo la del que estaba llamado a ser su Esposo en el decreto de predestinación de la Sagrada Familia, los Tres primeros predestinados salvo –como es obvio– su propia plenitud de gracia, que recibió de su más perfecta redención preservativa fundada en su predestinación, previa a la previsión del pecado, a ser asociada con su Hijo en la donación de la gracia salvífica de todo el universo creado.

**5.2.1. *La plenitud inicial de la gracia de María y –subordinadamente– de José –en tanto que commercida por Ella, Madre espiritual de su Esposo– es superior a la de otra criatura celeste y terrestre por ser de orden hipostático, del que deriva la gracia de las virtudes y dones, también la de los Apóstoles y los demás justos de ambos testamentos, incluido San Juan Bautista y las jerarquías angélicas. Según la escuela franciscana –en lo que a María se refiere–, la máxima que es posible en una pura criatura (según el anselmiano “nemo maior cogitari nequit” en el orden de la perfección de la mera criatura).***

La gracia que le fue gratuitamente otorgada a José, indisociable de la de su Esposa –según el principio de inseparabilidad– estaba destinada “ab aeterno” a hacer posible la respuesta afirmativa a su vocación de Cabeza de la Familia de Nazaret y Padre Virginal –y mesiánico– del Dios-hombre encarnado en la Inmaculada su esposa. Por eso debe ser estudiado en paralelismo analógico con la de María. Si la plenitud de gracia de María es acertadamente denominada maternal, no cabe otra calificación más adecuada para caracterizar la que le fue otorgada a José que la de “gracia paternal”.

Se entiende que la gracia inicial de la Virgen María es no sólo superior a la gracia final de Santos y Ángeles juntos, sino singular –única y trascendente a la nuestra– haya sido llamada gracia maternal, derivada, pues, de la plenitud de gracia capital Cristo y merecida por Él para preservarla del pecado, cuyo débito no contrajo por su predestinación “ante peccatum paevisum” (así piensan S. Bernardino y San Maximiliano M.).<sup>45</sup> La razón de esta superioridad estriba, en que la gracia inicial de María debió ser tal que la dispusiera para ser Madre idónea de Dios redentor indisolublemente asociada a Él en su ser y en su obrar salvífico, lo cual pertenece a un

---

45. Me ha parecido muy ilustrativo el estudio del P. L. IMMARRONE sobre *La Corredención en San Maximiliano María KOLBE*, en el vol. II de AA. VV., “*Maria Corredentrice. Storia e Teologia*”, Frigento 2000 (hasta ahora han aparecido 10 volúmenes). La predestinación por Dios “uno eodemque decreto” de la Encarnación del Verbo en el Seno de la Inmaculada, tiene como fin recapitular todo en Cristo como Rey y Cabeza del Universo creado, como vértice, centro y fin de la creación. Pero tal decreto no puede ser concebido después de la previsión del pecado, sino independientemente de él, porque Dios, que es Amor, ha creado el mundo por amor, con vistas a que hubiera seres racionales capaces de devolverle amor libremente, perfeccionándose y haciéndose más semejantes a Él, con el amor (“*Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei*”). Ahora bien, el Espíritu Santo es todo el Amor de la Trinidad, y en María, su Esposa, se compendia todo el amor que la creación puede dar a Dios en retorno. Ella responde con plenitud al Amor increado. Así, en esa unión del Amor increado con el amor creado que se da en el corazón de la Inmaculada se alcanza el vértice del amor que intenta Dios como fin supremo –indisociable de la manifestación de su gloria– que no puede estar condicionado por el pecado. Por eso todas las criaturas han sido queridas y amadas por Dios en relación a la Inmaculada, la cual es –subordinadamente a su Hijo– el vértice: el centro y el fin de la creación. Esta intuición atraviesa la teología franciscana, especialmente en S. Maximiliano María Kolbe –que la llama “la ley de acción y reacción–, que canta al a la Inmaculada: “Por ti Dios ha creado el mundo. Por ti Dios me ha llamado también a mí a la existencia (SK, III, p. 716).

orden o jerarquía trascendente al resto de las criaturas. Esta es la razón de que todas las gracias de todas las demás criaturas juntas no pueden constituirse en preparación adecuada, en virtud de la distancia “sine mensura” al orden hipostático, que confiere a la Madre de Dios cierta dignidad infinita (S. Th. I, 25, 6, 4).

Aplicando el principio de analogía en el contexto del principio fundamental de la Teología de San José –la inseparabilidad de los Tres de la Familia de Nazaret en el plan salvífico de Dios– procuremos profundizar en las características de la gracia inicial que le fue otorgada a San José para el cumplimiento en el tiempo de la vocación a la que estaba predestinado. Era: 1/ de orden hipostático, 2/ ordenada a la paternidad virginal de Jesús, 3/ y a la paternidad mesiánica del Mesías Hijo de David.

### ***5.2.2 El amor conyugal virginal de José a su Esposa, esencial para la constitución del orden hipostático según el plan salvífico de Dios***

Cristo nació del matrimonio de San José con la Virgen Madre de Dios, según la ordenación de la divina Providencia. Ahora bien, este matrimonio virginal depende del consentimiento de José; luego por este consentimiento influye el Santo en la divina maternidad y, a través de ella, en la constitución de la unión hipostática y en todo el obrar salvífico al que ella –constituyente del ser teándrico de Cristo mediador, Sacerdote, Profeta y Rey– estaba ordenada, por designio divino no alcanzaría la consumación hasta el Sacrificio de la Cruz.

Santo Tomás de Aquino dice que el hijo de adulterio o el adoptivo no son bien o fruto del matrimonio, <<porque éste no se ordena, de suyo, a la educación>>; mientras que Cristo es efecto verdadero del matrimonio de José y María, porque éste fue ordenado especialmente a recibir y educar la prole. Y es de notar que eso no sucedió por la ley natural de las cosas, sino por una ordenación especial que, sobrepasando las posibilidades de la naturaleza, solo podía cumplirse en la fe de la palabra del Todopoderoso, porque nada es imposible para Dios: Este matrimonio fue ordenado esencialmente a esto>> (ut educaretur).<sup>46</sup>

Al unirse (José a María) contrayendo matrimonio, pusieron la causa moral y extrínseca –como es la causa final– para poder acoger al Verbo de Dios en el Santuario del amor y cuna de la vida que es la comunión de los esposos. El Señor ha querido iniciar la obra de la salvación en el umbral del Nuevo Testamento con esta unión virginal y santa, por medio de la cual comenzaba la purificación y renovación de las familias que restaurasen los deletéreos estragos que causó en ellas la caída de la primera pareja, fuente del mal que había inundado el mundo (cfr. RC 7e, que cita la conocida alocución antes nombrada (1–1) Pablo VI).

María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios, guiada por el amor esponsal a Dios, del cual era un reflejo por participación su amor matrimonial a su Esposo José imagen trascendente de Dios Padre. En virtud de este amor, María deseaba

---

46. Sto. TOMÁS DE AQUINO, en *IV Sent d.30, q.2, a.2, ad2*. Sobre este tema, cfr. B. LLAMERA, o. c., 135 ss. R. GARRIGOU–LAGRANGE, “De paternitate sancti Joseph”, en: *Angelicum*, Roma II–1945; R. GAUTHIER, “Sens et valeur de la paternité de Saint Joseph”, en *Estudios Josefinos*, I–1952, Valladolid, 17–37 ; S. CIRAC, “La paternidad de san José según los Padres y autores griegos, en *Estudios Josefinos*, II–1951, 176–187, y ENRIQUE DEL SAGRADO CORAZÓN, “La paternidad de San José según los Padres de Occidente”, y “La paternidad josefina en los escritores españoles de los siglos XVI y XVII”, en: *Estudios Josefinos* II–1951, 188–204 y II–1952, 152–178.

estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo la virginidad en el matrimonio, en comunión de amor –humano y divino a la vez, en indisoluble unión espiritual y unión de corazones– con su virginal esposo; que posibilitaba su propia virginidad.

“Pero si la virginidad, como fiel respuesta a su vocación de tal, fructifica en “maternidad y paternidad según el Espíritu”, considerada como don de Dios, es consecuencia de su predestinación de la Familia de Nazaret a acoger en la historia salvífica al Verbo encarnado redentor en la casa de José.

La maternidad plenamente virginal de María tiene un doble aspecto: la total dedicación de María a su Hijo, que es Dios (lo cual está implicado en los postulados morales de la dignidad de Madre de Dios), y un aspecto de integridad corporal que tiene analogía con la generación eterna, sin corrupción, por la que el Verbo procede del Padre.

Es interesante subrayar que en el concepto de virginidad de María unida a la de su Esposo José, que siguieron con plena y fiel disponibilidad el llamamiento a una profunda comunión de amor matrimonial, quedan así íntimamente ligadas la virginidad espiritual por la que se dan a su Hijo-Dios con corazón indiviso (cf. 1 Cor. 7, 32 ss.), y la integridad corporal de la virginidad perpetua. María y José se presentan a Dios, su Padre, entregándose virginalmente, cuerpo y alma, en su abandono sencillo y total a la divina inspiración desde su infancia –que tuvo presumiblemente también José (según los escritos inspirados de almas santas como la Venerable Madre Agreda y la M. María Cecilia Baij)– sin saber a dónde le conducía. He aquí la primera cooperación de ambos esposos, María y José, al don de plenitud de gracia inicial maternal y paternal –que les otorgó Dios para cumplimiento de sus planes salvíficos–. A esta misericordia totalmente gratuita –cuando ambos conocen en su momento su vocación por ministerio angélico– responden abandonándose; es decir, abriéndose a todas las virtualidades de esta misericordia inicial de su llamada a la virginidad, sin querer limitarlas a su propia comprensión.<sup>47</sup>

Esta consagración en el abandono se completa al confiarle a José su secreto –también el Espíritu Santo lo iba disponiendo en la misma entrega virginal de la realización en el futuro de los misteriosos designios de la divina Providencia, designios que no conocía– María se liga de modo divino a José. Los dos llevan una vida común totalmente reservada a Dios, en un mutuo abandono divino, ávidos de realizar su única voluntad.<sup>48</sup>

Dios, cuando quiso salvar a la humanidad, restauró al hombre haciéndose hombre, restauró a la mujer, cuyo fin es la maternidad, naciendo de una mujer: la Madre de Dios. Pero también ha restaurado la familia, haciendo nacer a su Hijo en una familia humana real. San José ha sido, de hecho, el esposo verdadero, aunque virginal, de la Madre de Dios, y el verdadero padre de Jesús, no según la carne, sino verdadero padre –según el espíritu por su obediencia en la fe– con toda la autoridad ligada a la paternidad, con todos sus deberes y sus derechos. Se ve, de hecho, que Dios siempre trata a San José como a la verdadera cabeza de la Sagrada Familia, y respeta su autoridad paterna: el ángel comunica las órdenes divinas a la Sagrada Familia a través de San José; la Virgen misma se subordina perfectamente a la autoridad de San José,<sup>49</sup> y le llama padre de su Hijo (Lc 2, 48).

---

47. M. D. PHILIPS, *El misterio de María*, Madrid, 1987, parte II c.1.

48. Cfr. p. ej., *La vida de San José* editada por el Beato Ildefonso Card. Schuster, de María Cecilia BAIJ, cit. vol I.

49. H. CAFFAREL, *No temas recibir a María tu esposa*, Madrid 1993, 30 ss.

Por su “fiat” –la obediencia de la fe– coopera eficazmente al don del Padre, convirtiéndose en Madre de Dios según la carne: “Tu fe es intacta; tu virginidad también lo será. El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Esta sombra (umbraculum) es inaccesible a los ardores de la concupiscencia, Porque concibes por la fe; porque serás madre por la fe... es por lo que será grande y será llamado Hijo del Altísimo”.<sup>50</sup>

Entre María y José nacerá el amor humano, el amor más grande que haya florecido nunca en esta tierra. Pero no tendrá la misma fuente ni la misma trayectoria que en los demás hombres. Normalmente se va del amor humano al amor de Dios. Aquí el orden es inverso: es Dios el primer conocido; Dios, que despierta en cada uno el amor por el otro. Ella le confesó que se había entregado al Señor y que se proponía permanecer virgen.

José fue confirmado en su presentimiento de que también él debía permanecer virgen y que esa sería la más hermosa prueba de amor que podría dar a María. María, por su parte, pensó en esa boda y en el don de sí que implicaba. No quería convertir su matrimonio en tapadera de su virginidad. Como nunca hacía nada a medias, ni siquiera por guardar las apariencias, lo concibió como un verdadero matrimonio en el que su vocación virginal florecería plenamente; sería, sí, realmente la esposa de José, al que daría todo y recibiría por entero. Han renunciado a la entrega carnal, pero no a la dulzura de la presencia física y a la comunión de proyectos; y, a causa de aquella virginidad oculta, los menores signos sensibles adquieren un valor multiplicado; los ardientes versículos del Cantar de los Cantares resuenan en sus corazones: ¡Que hermosa eres, amada mía, no hay tacha en ti...! Eres jardín cercado, hermana mía, esposa, eres jardín cercado, fuente sellada... Ponme como un sello sobre tu corazón, ponme en tu brazo como sello. Que es fuerte el amor como la muerte... Son sus dardos saetas encendidas, son llamadas de Yahvé. No pueden aguas copiosas extinguirlo, ni arrastrarlo los ríos. Presienten que su unión forma parte de un designio, aún misterioso, en el que su <<ser conyugal>> es tan necesario como su <<ser virginal>>.

### 5.2.3 *Carácter mesiánico de su paternidad virginal*

La referencia paterna de José a Cristo es inseparable de su matrimonio con María la Madre de Dios. Pero, en virtud de la analogía entre aquella <<función paterna>> y el lugar de María <<en el misterio de Cristo y de su Iglesia>>, tal como enseña Concilio Vaticano II (LG, c.8) su mediación materna indisociable –y participada– de la mediación capital del Dios hombre, constituida por la unión hipostática, permite iluminar la lectura de las fuentes bíblicas –decíamos antes– de modo que pongan de manifiesto –explicitando su sentido pleno inclusivo a la luz del paralelismo bíblico (analogía de la fe)–, el oficio del Patriarca José en la economía redentora como Padre Mesiánico además de Virginal, del germen de David, el Mesías Rey anunciado por los profetas y prefiguraciones tipológicas veterotestamentarias.

Desde el primer capítulo del Evangelio de Mateo, que habla de Jesucristo como <<hijo de David, hijo de Abraham>>, hasta el Apocalipsis en que se presenta a Cristo como <<el que tiene la llave de David>><sup>51</sup>, el <<León vencedor de la tribu de Judá>>, todos los libros del Nuevo Testamento quieren mostrar el cumplimiento en Cristo de las

---

50. S. AGUSTÍN, *Sermo* 291. Cf. M.D. PHILIPS, *o. c.*, *ibid.*

51. Isaías dom. 21 A 1ª lectura: “Colgaré del hombro de mi siervo la llave de mi casa, lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá”.

profecías sobre el descendiente de David, el rey de Israel que viene en el nombre del Señor.

José, hijo de David (Mt 1,20), por su paternidad legal, transmitió a Jesús los derechos de la herencia davídica. Tal es la base jurídica para que pudiera ser el Mesías descendiente de David. Alejandro Diez Macho observa con razón que “Dios no parece haberse contentado con un entronque jurídico de la ley humana. Parece –yendo más allá– haber otorgado a José una paternidad superior a la legal por patrimonio o adopción: paternidad que pudiéramos llamar “constitutiva” o por decreto divino. Para entender tal paternidad basta recordar que de Dios deriva toda paternidad en el cielo, y en la tierra (Ef 3, 15); que Dios puede hacer de piedras hijos de Abraham “padre de las naciones gentiles” (Rm 4, 17)... Mateo 1, 18–25 pretende relatar, según parece, que Dios constituyó a José, precisamente cuando por una o otra razón intentaba declinar la paternidad legal, padre de Jesús por especial determinación del cielo: no sólo padre por derecho humano, padre legal, sino padre por constitución divina. La paternidad de José es, pues, singular. Por esta razón es también singular la filiación davídica de Jesús”.<sup>52</sup>

Si bien en José culmina el linaje de los Patriarcas de quienes desciende Cristo en cuanto Hijo del Hombre, sería falso afirmar –observa F. Canals– su pertenencia a la antigua Alianza. José y María su Esposa, la Madre de Jesús, no se incorporan ciertamente al Pueblo de Dios de la nueva Alianza en virtud del testimonio apostólico sobre la Resurrección de Cristo, o por la fe en el anuncio del Evangelio: la revelación del misterio de Cristo, Dios con nosotros y Salvador. La reciben de Dios por ministerio angélico. Ellos participan en la unión del Verbo con la humanidad de Cristo en la constitución del orden hipostático en el ser teándrico del Mediador y (“operari seuitur esse”) en todo el dinamismo del proceso redentivo, desde Nazareth hasta el Calvario (Redención objetiva): y, después de su glorificación, en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía, en virtud de su singular participación en la redención subjetiva, como Padre y Señor, imagen transparente de Dios Padre y Patriarca del Pueblo de Dios. Su obediencia a la fe estaba preordenada por Dios para que se obrara en el mundo la Encarnación redentora. No pertenecen a la economía de la antigua Alianza, y no están entre los que saludan de lejos en esperanza el prometido advenimiento del Autor de la nueva y definitiva alianza, sino que se obra en ellos, en el seno de María, en la casa y en la familia de José.

El consentimiento de María a la Encarnación redentora de Verbo en su Seno, y el consentimiento subsiguiente de José a acoger a la Madre y su Hijo en su casa, siendo el depositario del misterio escondido desde los siglos en Dios, son los dos primeros actos de fe cristiana que inaugura la nueva alianza. No son primeros sólo en el tiempo, sino principio activo y ejemplar de todos los que, de generación en generación, serán el fundamento de la vida sobrenatural de la Iglesia, edificada sobre la fe apostólica. La Iglesia –la familia de los hijos de Dios en Cristo, primogénito entre muchos hermanos–, es una prolongación de la Familia de Nazaret constituida por aquellos primeros actos de fe de María y José, los cuales trajeron al mundo la salvación. “Gracias Madre. Con esta palabra tuya –Fiat– nos has hecho hermanos de Dios y herederos de Cielo. (Camino 345) Ese deber de gratitud debemos hacerlo extensivo –como es obvio después de lo que hemos dicho– a José, su esposo virginal.

---

52. A DIEZ MACHO, *Jesucristo “Único”. La singularidad de Jesucristo*. Ed. Fe Católica, Madrid 1976, 10. A esta misma idea apunta M. KRAMER, “Die Menschwerdung Jesse Christi nach Mattäus” (Mt 1), en *Biblica* 45 (1964) 48. “Es Dios mismo el que engendra al Mesías, y lo da como hijo adoptivo a la casa de David”. Este A. no subraya, sin embargo, la paternidad mesiánica de José por constitución divina.

### **5.2.4 La gracia paternal de José deriva de la maternidad de María. José, Hijo de su Esposa**

La maternidad espiritual de María sobre todos y cada uno de los hombres deriva de la mediación materna de la Inmaculada Corredentora, fundada de modo remoto en su maternidad divina. En cuanto supo José que María era la Madre de Dios, se sometió más que nunca a la acción de la gracia maternal de la Inmaculada Corredentora. Desde aquel momento, “ex illa hora”, José se hace discípulo de María, discípulo obedientísimo. Se convierte en hijo de María. La toma como lo hará San Juan, en todas las intimidades de su vida de santo, accepit eam in sua [la recibió en su casa]; la toma como madre de la vida divina en él, pues todo le llevaba al: “ecce mater tua”! [he aquí a tu madre], sobre todo después de que Jesús se escondiera dentro de Ella.

Toda la santidad de San José venía del corazón de María su esposa. Es precisamente la plenitud de gracia de mediación materna la que le permitió ser el padre de la Sagrada Familia, ejercitar su autoridad, cumplir su sublime misión, olvidándose a sí mismo y abandonándose totalmente a la divina providencia. Es María quien le santificó. El esposo fue santificado por la santidad de su esposa, según la ley que proclamará San Pablo. Todo, en él, viene de la plenitud de gracia del Corazón Inmaculado de María. Es verdaderamente hijo de su Esposa. Como dice el Abad Ruperto: “como a San Juan santificó Cristo por medio de la madre que en las entrañas le llevaba, por medio de la misma madre comunicó a San José, una gracia suma para poder sobrellevar con ánimo tan fuerte y prudente el peso de aquel tan divino negocio”.

### **5.3 “Quos autem vocavit, hos et justificavit”**

**5.3.1 La obediencia de la fe de los esposos de Nazaret como libre respuesta – unida a la firme esperanza y a la ardiente caridad– al don de Dios de la inicial plenitud de gracia maternal de María y –de ella deriva la gracia paternal de José– es la razón formal (el alma) de su participación en la redención objetiva.**

“La plenitud de gracia anunciada por el Ángel significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don” (RM, 12). El mismo elogio de la fe de María merece su Esposo José, hijo de David, que respondió con plena entrega al llamamiento divino, no con palabras, sino con hechos.

Por eso LG y RM insisten “en la obediencia, la fe, esperanza y ardiente caridad” de la llena de gracia como “el alma” de la cooperación “prorsus singularis” en la obra salvífica de Cristo (LG 61) (en Cristo Redentor no cabe hablar sino de amor obediente, pues no hay en Él fe y esperanza en sentido propio). La singular participación de José en ella la trataremos ahora a la luz del principio de inseparabilidad y de subordinación analógica, fundada en la participación, respecto a María y su Hijo Jesús en la Familia de Nazaret. Así lo hace Juan Pablo II en la carta magna de josefología: la “Redemptoris Custos”.

<<Según el explícito testimonio del Evangelio y de la constante tradición de la Iglesia, María es “la Virgen fiel” que “pronunció el fiat” por medio de la fe. De ahí “la importancia fundamental” de las palabras de Isabel “Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc. 1, 45). “Estas palabras

se pueden poner junto al apelativo “llena de gracia” del saludo del Ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído.“ (RM, 12).

Estas palabras han sido el pensamiento-guía de la Encíclica *Redemptoris Mater*, con la cual he pretendido, con la cual he pretendido profundizar en las enseñanzas del Concilio Vaticano II que afirma: <<La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz>><sup>53</sup> y <<precedió>><sup>54</sup> a todos los que, mediante la fe, siguen a Cristo. Ahora, al comienzo de esta peregrinación, la fe de María se encuentra con la fe de San José. Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: <<Feliz la que ha creído>>, en cierto sentido se puede aplicar esta binaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo. En honor a la verdad, José no respondió al <<anuncio>> del ángel como María con palabras, sino con obras, pues hizo lo que le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que él hizo es genuina obediencia de la fe>>. (cfr. Rom 1, 5; 16, 26; 2 Cor 10, 5–6) (...) por la que se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por él>>.<sup>55</sup> La frase anteriormente citada, que concierne a la esencia misma de la fe, se refiere plenamente a José de Nazaret>>. (Ibid)

“José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación”.

La fe de los esposos de Nazareth en cuanto “respuesta libre al don de Dios” sostenida por la esperanza y vivificada por la caridad, merece para ellos mismos un continuo “aumento de gracia y el premio de la vida eterna”; y en tanto que asociados a la Redención de Cristo que se consume en el Calvario, satisfacen por el pecado y merecen –subordinadamente a Cristo y en dependencia de Él– toda la gracia salvífica para todos los hombres. Tal es el “alma” de la Corredención –mariana y josefina–, que es, en la intención de Dios, participación singular y única –decretada por Dios en un mismo decreto de predestinación– del amor obediente del Redentor hasta la muerte de Cruz, que es –a su vez– el “alma” –la razón formal– de la Redención del único Mediador, que se cumple en el Sacrificio del Calvario, en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre” (Jn 12, 23), cuando atrae todo hacia Sí (Jn 12, 32).

### **5.3.2 La fe –con la esperanza y ardiente caridad– de María y José, causa “salutis” ejemplar, meritoria y eficiente –subordinadamente al amor obediente del Redentor– de la vida de fe de los miembros de la Iglesia peregrina**

La encíclica *Redemptoris Mater* y la *exhortación Redemptoris Custos* (num, 4, 5, 6) ponen el acento en la fe salvífica –en sentido plenario de plena entrega confiada de ardiente amor maternal a Dios y a los hombres– como razón formal de su presencia en el misterio de Cristo redentor y de la Iglesia. Tal es el tema fundamental de las dos primeras partes de la Encíclica mariana, que ilustra por analogía la soteriología josefina.

---

53. Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm, “Lumen Gentium” sobre la Iglesia, 58.

54. Cfr. Ibid, 63.

55. Con. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. “Dei Verbum” sobre la divina Revelación.

En ella expone Juan Pablo II la relación causal –ejemplar y efectiva– de la fe de María, con la fe de los miembros de la Iglesia peregrina por la que somos hijos de Dios –initium salutis, fundamento permanente de la gracia salvífica (que justifica al pecado)–

Aquella precedió –nos dice– la peregrinación en la fe del nuevo Israel de Dios por el desierto de este mundo (LG 8). (Lo mismo se puede decir de las otras virtudes teologales, que se refuerzan mutuamente).

La Iglesia desde el primer momento miró a María a través de Jesús como miró a Jesús a través de María, como la que ha sido la primera en creer, como testigo singular de la infancia y vida oculta de Jesús cuando “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. <<Para la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre todo la que ha sido primera en creer>> (RM, 26).

¿Qué se entiende aquí por “primera”? En primer lugar se hace referencia a una prioridad temporal de precedencia en su camino de peregrinación en la fe, que se inicia en el fiat, que es el primer acto explícito de fe cristiana seguido muy pronto por el de su Esposo virginal que le constituye Padre del Hijo de su Esposa no según la carne, sino según el espíritu. Pero debe entenderse, sobre todo, en el sentido de una verdadera prioridad causal. En primer lugar de ejemplaridad, como espejo y paradigma que la Iglesia debe siempre contemplar e imitar (RM, 26). Pero se refiere también a un influjo de causalidad moral satisfactoria y meritoria y –en ella fundada– de causalidad eficiente instrumental respecto a la fe de los miembros de la Iglesia, verdadero inicio y fundamento, según el C. de Trento, de la gracia de filiación al Padre que nos justifica en la Caridad, que hace a la fe viva operativa, más allá de la concepción luterana –al menos la tópica– de la “sola fides” fiducial. Eficiencia, al menos moral, de intercesión; y según muchos mariólogos, cada vez más, a título de instrumento físico –en la escuela franciscana, ejemplar personal –no meramente moral de la donación del Espíritu a la Iglesia en la Hora de la glorificación del Hijo del hombre en la Cruz gloriosa– sacramentalmente presente en la Eucaristía de la que vive la Iglesia.

Por eso, Juan Pablo II ve en la fe de María –y por el principio de analogía por participación indisociable, cabe afirmarlo también de José– más allá de la estrecha perspectiva de Lutero, que ve en ella el modelo supremo de la fe que justifica al pecador que confía en Cristo Salvador, encubriendo su corrupción–, el ejemplar y la causa activa subordinada a la infusión del Paráclito en sinergia con su Esposa, de la fe de los cristianos, que les transforma, unida a la caridad, en hijos de Dios en Cristo. El fundamento de su maternidad divina y de su maternidad espiritual respecto a los hombres, no es otro, en efecto, que su obediencia de la fe que –con la esperanza y ardiente caridad– es la razón formal de su asociación única y enteramente singular de María con José a la obra redentora, como mediadores maternal y paternal indisolublemente unidos a Cristo en su ser teándrico y en su obrar salvífico –“Unus Mediator”– en la restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes.

### **5.3.3 Singular valor del mérito y satisfacción corredentivos de San José**

Según el principio paulino (cf 1 Cor 12, 4 ss) de que a cada función específica dentro del cuerpo místico de Cristo corresponde una gracia también específica, la gracia maternal de María y paternal de José, les fue otorgada para participar en la redención objetiva como corredentores –a semejanza de Cristo– y por tanto no sólo para su santificación propia, sino también para la santificación de todos los demás.

De esta ordenación divina de la gracia de María a merecer la gracia y satisfacer por el pecado de los demás algunos AA. deducen con toda razón –como el P. Cuervo y ya antes S. Buenaventura– que sus actos corredentivos tienen un valor de verdadera condignidad, tanto en el mérito de la gracia como en la satisfacción por el pecado, inferior al de Jesucristo, que es de justicia estricta, pero superior al nuestro que, tratándose de los demás, sólo podemos merecer para ellos la gracia con un mérito de mera conveniencia fundada en la amistad con el único Mediador, llamada de congruo. La Virgen pertenece en efecto, a un orden muy superior al nuestro, hipostático relativo, e inferior al de Jesucristo, que es el hipostático sustancial.<sup>56</sup>

No parece suficiente la opinión tradicional, de que se hace eco S. Pio X (*Ad diem Illud*, Marín. n. 487) por la cual María mereció de congruo lo que su Hijo mereció de condigno. Si así fuera –si María merece de condigno en la redención liberativa lo que Cristo mereció de condigno–, la Corredención sería –observa Galot<sup>57</sup> un duplicado en copia-carbón numéricamente distintas y yuxtapuesta, pero no una participación de la plenitud fontal del único Mediador constituido como tal por la unión hipostática –con la esencial cooperación de la fe de María y de José libremente querido por Dios por hondas razones de conveniencia, tales como hacer partícipes a las criaturas de su los planes de la Providencia enalteciéndoles como causas segundas, pero sin olvidar que la Mediación capital es Cristo, plenamente suficiente en sí mismo y esencialmente único, que nada la añade; no es más perfecto como el más grande en una serie de instancias numéricas. El es la fuente de todas las gracias, que admite diversos grados de participación, el mayor de los cuales es la redención preventiva de la Inmaculada, ordenada a su cooperación activa en la divina maternidad y en la obra de la redención, en todo el proceso, desde la concepción del Salvador a su exaltación sobre la Cruz y la glorificación de su Cuerpo, que es la Iglesia.

Respecto a los ángeles, la Corredención de la Inmaculada, no siendo liberativa, sino preservativa, no hace referencia –como es obvio– a su dimensión expiatoria de liberación del pecado, sino sólo a su valor meritorio de verdadera condignidad, que alcanza su vértice en el amor supremo –decretada “ab aeterno” por Dios, como el modo más perfecto de corredención– de su compasión en el Calvario cuando “una espada traspasó su alma” (Lc 2, 35). De la ardiente caridad de los dos corazones unidos del Redentor y de la Corredentora, brota el agua viva del Espíritu que vivifica “la Iglesia” como instrumento y arca de salvación universal.

La dignidad a que fue elevado San José por su pertenencia directa e inmediata al orden hipostático, fundamento de las gracias singularísimas del orden de la justificación santificadora de las almas, que brota de aquél –que podemos englobar en la expresión “gracia paternal”–, sobre todo su caridad y su celo por la salvación de los hombres, hacen que su mérito sea incomparablemente superior al de los demás santos de la antigua y nueva Alianza.

Los santos del Antiguo Testamento merecieron con su oración la venida del Mesías, cooperando de esta forma preparatoria a la obra de la redención. Todo esto lo mereció también San José en tanto que hijo de David, padre mesiánico del Salvador

---

56. Cf. CUERVO, *Maternidad divina y corredención mariana*, Pamplona 1967; S. LLAMERA, “El mérito corredentivo de María”, *Est. Mar.*, 1951, p. 83s.

57. P. GALOT parece atribuir al mérito de condigno de María a su maternidad espiritual, como Cristo mereció su propia resurrección y nuestra salvación. Pero no cabe distinguir en el objeto del mérito nada que no sera merecido por el Único Mediador, cualquier otra es totalmente subordinada, por participación (trascendental). (Cf. FEHLNER, *Ibid*)

prometido, en cuya casa comienzan los misterios de la nueva alianza y en grado muy superior.<sup>58</sup> Aunque San José es el último de los padres descendientes de David, en cuya Casa y en su Familia se inaugura la Nueva Alianza, de mayor rango de santidad que el último de los profetas, Juan Bautista. Por eso no sólo pertenece a la Nueva Alianza, sino que es un elemento esencial de su piedra angular, la trinidad de la tierra, imagen perfecta y camino de regreso a la Trinidad el Cielo.

El mérito corredentor de San José, muy superior y trascendente a cualquier otro santo –por su pertenencia, como uno de los Tres, al orden hipostático de la Encarnación redentora–, no es limitado y particular. Su puesto en la economía de la redención, por su íntima unión a Jesús y a María, le ponen también en un plano universal, abarcando su colaboración a todas las gracias y a todos hombres, como la misma Iglesia ha reconocido al nombrarlo su Patrono universal. Además no se reduce su cooperación meritoria a la redención subjetiva, es decir, a la aplicación de las gracias merecidas por Cristo y subordinadamente por María, sino que se extiende también a la redención objetiva, ya que su vida y sus sufrimientos físicos y morales –que evoca la tradicional devoción de sus dolores y gozos, unidos a los de Cristo y a los de su esposa, forman parte del tesoro de gracias redentoras de todo el género humano–. El agua viva del Espíritu Santo brota de los Tres Corazones unidos en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre”, el Hijo virginal de José y de la Inmaculada Corredentora, en la que todo lo atrae a Sí desde el trono triunfal de la Cruz.

Algunos piensan, creo que con razón, que en virtud del principio de indivisibilidad de los Tres, el mérito, la satisfacción corredentores de San José participan de la condignidad del de María, también en cuanto que su gracia paternal, fundamento de su singular valor meritorio y satisfactorio, deriva de los méritos de la Corredentora, Madre espiritual de su Esposo.

La humanidad de Cristo asumida por el Verbo en la Encarnación redentora es instrumento eficaz de la divinidad en orden a la santificación de los hombres: <<En virtud de la divinidad, las acciones humanas de Cristo fueron salvíficas para nosotros, produciendo en nosotros la gracia tanto por razón del mérito, como por una cierta eficacia>>.<sup>59</sup>

Ahora bien, entre estas acciones los evangelistas resaltan las relativas al misterio pascual, pero tampoco olvidan subrayar la importancia del contacto físico con Jesús en orden a la curación (cfr. por ejemplo, Mc 1, 41) y el influjo ejercido por Él sobre Juan Bautista, cuando ambos estaban aún en el seno materno (cfr. Lc 1, 41–44).

El testimonio apostólico no ha olvidado la narración del nacimiento de Jesús, la circuncisión, la presentación en el templo, la huida a Egipto y la vida oculta en Nazareth, por el <<misterio de gracia contenido en tales <<gestos>>, todos ellos salvíficos, al ser partícipes de la misma fuente de amor: la divinidad de Cristo. Si este amor se irradia a todos los hombres a través de la humanidad de Cristo, los beneficiados en primer lugar eran ciertamente: María, su madre, y José, su padre.

Por eso Juan Pablo II dice que “si bien el camino de la peregrinación en la fe (de san José) concluyó antes” de la Cruz del Gólgota y los acontecimientos pascales, pues le fueron confiados a su fiel custodia los misterios salvíficos de la vida oculta de Jesús “sigue en la misma dirección”; es decir, proyectándose intencionalmente más allá de los

---

58. “Los méritos de los Padres fueron causados en el orden de la intención por los de Jesucristo, y, al mismo tiempo, son disposición y causa de aquéllos en el orden de la ejecución”. S. Th., III, 8,1.

59. Ibid, III, q. 8 a. I, ad I.

primeros misterios de salvación, hasta el Calvario, como depositario singular del misterio de salvación (en su integridad) escondido desde los siglos en Dios (Ef. 39) cuyo vértice es cuando llegue la plenitud de los tiempos, la encarnación redentora consumada en el misterio pascual (Cfr. RC6).

#### **5.3.4 Participación de San José en los misterios salvíficos de la vida oculta de Nazaret**

La Pascua del Señor es el misterio recapitulador de todos los “acta et passa Christi” (CEC. 115). Todos los instantes de su existencia histórica eran revelación del Padre y modelo ejemplar para imitar y causa de salvación, en virtud de su valor infinitamente satisfactorio y meritorio. Pero aunque infinitamente salvíficos en sí mismos, por disposición divina no eran redentivos sino en cuanto intencionalmente referidos al Sacrificio del Calvario, que en la medida decretada por Dios para el rescate de las almas al precio de su Sangre, que mereció la resurrección de entre los muertos, su ascensión a la derecha del Padre y el envío del Espíritu –fruto de la Cruz–, que nos hace partícipes de la novedad de vida de Cristo glorioso.

Todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera. Cuando se encarnó en el seno de María y se hizo hombre, creciendo en la casa de José y en toda su existencia histórica hasta su vuelta al Padre, recapituló en sí mismo la larga historia humana y todas las edades del hombre procurándonos en la propia historia la salvación de todos. Así, lo que perdimos en Adán, lo recuperamos en Cristo Jesús (S. Ireneo, haer 3, 18) devolviendo a todos los hombres la comunión con Dios (es decir, la gracia de la Filiación divina, la semejanza sobrenatural con Dios) y la restauración de su imagen en su naturaleza caída deteriorada (“in deterius immutata”) por el pecado de los orígenes. Todo lo que vivió y sufrió por nosotros, de una vez por todas, permanece presente para siempre “ante el acercamiento de Dios en nuestro favor”.<sup>60</sup>

La realización histórica del designio salvífico de Dios, se cumple haciéndonos participar de los misterios de la vida de Cristo, no sólo porque son modelo y ejemplo para la nuestra, sino también causa meritoria y eficiente de la gracia significada por ellos –en tanto que recapitulados en el misterio Pascual– por el ministerio de la Palabra y los Sacramentos, cuya eficacia salvífica deriva de la presencialización eucarística del Sacrificio Pascual, de la cual vive la Iglesia (más adelante volveremos sobre ello). (Cfr. S. Juan Eudes, regn). De este modo todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros (CEC 531).

Toda la vida de Cristo es revelación del Padre, redención y recapitulación que reconcilia con Dios a la humanidad dispersa por el pecado: Toda ella es, pues –en todos y en cada uno de sus misterios– “causa salutis aeternae” (Heb 5, 9. Cfr. CEC 516–518). Pero sin olvidar que la Pascua del Señor es el misterio recapitulador de todos los “acta et passa Christi”. Cuando llegó su hora (Cfr. Jn 13, 1; 171) vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa... El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección permanece y atrae todo hacia la vida (Cfr. CEC 1085). Es el centro del misterio del tiempo y recapitulación de la historia salvífica hasta al Parusía.

“Quod conspicuum erat in Christus transivit in Ecclesiae Sacramenta” (San León Magno, Sermón 74, 2. Cfr. CEC 1115). Los misterios de su vida no tienen, pues, sólo

---

60. Hb 9, 24. Cfr. CEC 519.

una razón paradigmática o ejemplar, sino de eficiencia de la gracia por ellos significada, que nos conforma a Cristo en uno u otro aspecto de su vida, cuya ejemplaridad activamente presente en la del Espíritu Santo, nos asimila a Cristo identificándonos con Él; haciéndonos ser –en una y otra dimensión– “el mismo Cristo”, “ipse Christus” (por participación).

Así, el Verbo asume en la Encarnación redentora todas las dimensiones esenciales del hombre, en especial la familiar y su vocación de dominio cuasi creador del Universo (trabajo en el sentido más amplio que engloba todos los ámbitos de la cultura que precisa para su desarrollo perfectivo en sociedad)–, constitutivas ambas de la condición humana, con vistas restaurar la imagen de Dios en el hombre, varón y mujer; y haciendo de ellas realidades santificadas y santificadoras.

Pocos datos nos da la Escritura sobre aquellos treinta años de oscuridad de Jesús, la mayor parte del paso salvífico en su existencia histórica redentora entre sus sus hermanos los hombres.<sup>61</sup> “Treinta años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo... Y ese el “fabri filius” (Mt 12, 35). Era Dios y estaba realizando la redención del género humano, atrayendo a Sí todas las cosas (Jn 12, 32)”<sup>62</sup>.

Se dicen tres cosas: obedecía, crecía, trabajaba, referidas a su vida en Nazaret, además de la referencia al cumplimiento de sus deberes religiosos, peregrinación a Jerusalén,<sup>63</sup> etc., de quien estaba bajo la ley, como nacido de Mujer, desposada con el hijo de David, José de Nazaret.

Desde hace tiempo me llamó la atención que en esos breves trazos se hace referencia a las dimensiones constitutivas propias de todos y cada uno de los hombres. He aquí porqué la vida de la familia de Nazaret sea imitable por cualquier hombre en cualquier estado y género de vida y de modo especial por los cristianos corrientes (cfr. RC 24 y 33).

“Siete son, a mi modo de ver, las dimensiones esenciales del hombre como persona mutuamente implicadas, (fundadas en la primera las otras seis): "Homo religatus" por su respecto creatural constituyente originario; "Homo socialis", por su esencial respecto de socialidad a los otros (cuyo fundamento originario no es otro que la coexistencialidad esencial a la persona y la dimensión coexistencial y corpórea o reiforme del "hombre", en la necesaria disyunción constituyente de la diversidad más radical de la persona humana, varón, mujer) fundamento de la familia, imagen de la comunión de la Familia Trinitaria; "Homo sapiens", por su constitutiva apertura al orden trascendental; "Homo viator", por su libre autorrealización ética heterónoma; "Homo faber et oeconomicus", por sus relaciones de dominio cuasi-creador al cosmos infrahumano mediante la ciencia y la técnica; "Homo historicus", por su libre autorrealización en sociedad, desde la temporeidad propia de su condición psicósomática; y finalmente, "Homo ludicus", que en virtud de su condición "tempórea" –por la que asume consciente y libremente la duración temporal propia de lo material– precisa de espacios "festivos" de distensión y de más intensa contemplación de la Belleza. Aquí se incluye el arte, la poesía y la contemplación mística. Si bien los dos primeros inciden en

---

61. T. STAMARE, *Il Vangelo della Vita Nascosta di Gesù*, Bornato di Franciacorta 1998.

62. *Es Cristo que pasa*, cit, n. 14.

63. Cfr. RC 15,25–27. Ese tema que omito aquí lo expongo en el libro que resumo.

el ámbito de la "techne" –los griegos incluían en ella el arte y la técnica– y la ética en la dimensión sapiencial. La "apertura religada" al Fundamento debe ser omniabarcante. La dimensión cultural o religiosa se actúa no sólo de modo directo, sino en la mediación de toda la existencia personal, en unidad de vida".<sup>64</sup>

“Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública”. No trabajó viviendo una sencilla vida de familia para redimirnos a continuación –le oíamos decir– sino que nos redimió trabajando, obedeciendo y creciendo en libre aceptación –amor obediente– (el alma de la Redención) a la voluntad el Padre que así lo había decretado por nuestra salvación. “Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de su vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo; pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad”.<sup>65</sup>

“Sueño –y el sueño se ha hecho realidad– con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos contra las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado e vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre”. (Cfr. *Es Cristo que pasa*, p. 61).

### **5.3.5 Cooperación de San José en la Redención de la dimensión familiar del hombre**

Junto con la asunción de la humanidad, en Cristo está también <<asumido>> todo lo que es humano, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra. (Cfr. RC 21). Ya hemos tratado del tema en la perspectiva de la vocación de José a la paternidad virginal y mesiánica del Verbo encarnado en el Seno de su Esposa y acogido en su casa, Cabeza de la Familia de Nazaret. Aquí volveremos sobre él en su vertiente soterológica.

#### **a. *Matrimonio y paternidad virginales de José.***<sup>66</sup>

---

64. Cfr. Joaquín FERRER ARELLANO, Curso policopiado de Antropología filosófica de 1970" profesado en la Universidad de Navarra; y *Metafísica de la relación y de la alteridad*. (Persona y relación). Pamplona 1998 (Eunsa).

65. Cfr. San Josemaría E., *Es Cristo que pasa*, 60–61.

174. J. A. CARRASCO, *Matrimonio y paternidad de San José*, Valladolid 1999. El A. expone el “status quaestionis” sobre el tema resumiendo bien lo que se ha escrito hasta entonces. Cfr. también los cuadernos de Estudios Josefinos de las Carmelitas de Valladolid, nn 15, 16,17 del año 1954–55, con bibliografía antigua abundante sobre el matrimonio virginal de María y José. B. LLAMERA, *Teología de san José*, Madrid 1953. E. LLAMAS (Enrique del

## a.1 Redención de la esponsalidad humana

El estrecho y virginal vínculo de amor que ya existió desde los desposorios ya orientados por inspiración del Espíritu Santo a una unión virginal (así lo confirman los escritos inspirados de la sierva de Dios Madre María Cecilia Baij) fue asumido por el misterio de la encarnación. Cuando había decidido retirarse para no estorbar el misterio, en las palabras del Ángel en la anunciación, vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación, que confirma el vínculo esponsal. (Cfr. RC 19).

El virginal vínculo de amor matrimonial, don del Espíritu Santo, que es el máximo consorcio y amistad, le fue dado a José como esposo de la Virgen, no sólo como compañero de vida, testigo de la común virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que participara, por medio del pacto conyugal de la excelsa grandeza de Ella (RC 20).

José, obediente al Espíritu Santo, encontró justamente en Él la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquél <<varón justo>> podía esperar según la medida del propio corazón humano.

<<No estoy de acuerdo con la forma clásica de representar a San José como un hombre anciano, aunque se haya hecho con la buena intención de destacar la perpetua virginidad de María. Yo me lo imagino joven, fuerte, quizá con algunos años más que nuestra Señora, pero en la plenitud de la edad y de la energía humanas.

>> (...) Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad>>. (Cfr. Es Cristo que pasa, 40).

La fecunda virginidad de María, indisociable de la de su Esposo José, Padre Virginal de Jesús –padre no según la carne, sino según el espíritu– es el fundamento de la fecundidad espiritual de la virginidad cristiana y de la redención del matrimonio cristiano, llamado a ser, en su plenitud, amor conyugal según el espíritu, que domina la carne en la plena libertad del ser por la plenitud de la filiación divina tal y como estaba previsto por el plan originario de Dios “en el principio”, hasta llegar a la armonía conyugal del estado de justicia original.

El varón y la mujer, justificados por la presencia del Espíritu, están en grado de reintegrar en su originaria verdad el significado de su corporeidad y de su sexualidad, puesto que han sido capacitados por la gracia de la Redención. En María y José están las primicias del amor nuevo, a título ejemplar y eficiente –corredentivo– del verdadero amor conyugal previsto en el plan originario de la creación de la pareja primordial; hacer de sí mismos, en el amor, un don total.

La destrucción causada por el pecado y la sexualidad humana consiste en la desintegración entre éstos y la persona humana en cuanto tal, en su <<degradación>> a meros objetos, y cuya raíz es la decisión del hombre de no permanecer en confianza y verdad en sus relaciones con Dios creador. En consecuencia, la redención del cuerpo y de la sexualidad tiene su principio y reconstrucción del hombre hacia aquella verdad y

---

Sagrado Corazón), *La paternidad josefina en los escritores de los siglos XVI y XVII, en Estudios Josefinos II (1952)*, 152–158, dedicado a este tema.

confianza. Y esto sólo puede ocurrir de un único modo: mediante la revelación del Amor de Dios al hombre, mediante la manifestación de su rostro de Padre. Una manifestación que no resuena solamente en los oídos de quien la escucha, sino que logre penetrar hasta el fondo del corazón del hombre, y le de así esa experiencia del Amor del Padre que lo atraiga interiormente hacia Sí por el envío del Espíritu Santo, fruto de la Cruz. La consecuencia de esta <<inhabitación>> es que el cuerpo humano se vuelve templo del Espíritu Santo y que, de esta manera, el hombre es liberado de aquellas esclavitudes respecto de sí mismo que le impiden abrirse, darse y constituir una verdadera comunión con el otro.

La antigua Ley de Moisés muestra siempre al hombre hacia qué cosas y valores está realmente llamado. Sin embargo, por su incapacidad de sanar o restaurar la libertad humana, la ley acaba haciendo concesiones a la malicia de esa libertad: éste es el sentido del pacto con la dureza del corazón del hombre. <<La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo>>. En esta <<gracia y verdad>>, venidas solo a través de Cristo, la corporeidad y la sexualidad humanas son redimidas y pueden, en consecuencia, ser reconducidas a la obediencia de aquella ley prevista <<al principio>>. <sup>67</sup>

## **a.2 Dimensión soterológica de la paternidad virginal de José según el espíritu**

“La Familia de Nazaret, inserta directamente en el misterio de la Encarnación, constituye un misterio especial. En esta Familia José es el padre; no es una paternidad derivada de la generación; y sin embargo, no es <<aparente>> o solamente <<sustitutiva>>, sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo-Hijo, Jesucristo. En este contexto está también <<asumida>> la paternidad humana de José” (RC 21).

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: <<A raíz de aquel matrimonio fiel ambos merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre.

Dice San Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice sólo se pensaba? Porque el pensamiento y el juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de José. Sin embargo, a la piedad y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios.

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente aquel amor que tiene su fuente en el Padre, <<de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra>> (Eph 3, 15).

“Hay algo que no me acaba de gustar en el título de padre putativo, con el que a veces se designa a José, porque tiene el peligro de hacer pensar que las relaciones entre José y Jesús eran frías y exteriores. Ciertamente nuestra fe nos dice que no era padre

---

67. “Si no fuese por el fomes no se alabaría la virginidad por encima de la paternidad que hace al hombre más semejante a Dios, en cuanto el hombre, mediante ella, procede del hombre, como Dios de Dios por origen natural y vital”. S. Th., I, 93, 3c. Cfr. C. CAFARRA, *Sexualidad a la luz de la antropología y de la Biblia*, Madrid, 3ª ed. 1992, 45 ss

según la carne, pero no es esa la única paternidad. <<A José –leemos en un sermón de San Agustín (Sermo 51, 20, PL 38, 351)– no sólo se le daba el nombre de padre, sino que se le debe más que a otro alguno. Y luego añade: ¿Cómo era padre? Tanto más profundamente padre, cuanto más casta fue su paternidad>>. (Es Cristo que pasa, 42).

### **b. Educación. (“Les obedecía”. “Crecía en edad, sabiduría y gracia”)**

José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió su oficio.

El Verbo de Dios se sometió a José, le obedecía y le dio aquel honor y aquella reverencia que le deben los hijos a los padres. (Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba "sometido" a sus padres y que "progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lc 2, 51–52)). Cfr. CEC 531.

Jesús veía en su padre José la sombra de la gloria del Padre, su Icono transparente. Bossuet los expresa elocuentemente: ¿De donde le viene la audacia para mandar a su Creador? De que el auténtico Padre de Jesucristo, el Dios que lo ha engendrado desde la eternidad, habiendo elegido a José para hacer de padre de su único Hijo en el tiempo, le ha iluminado con un resplandor, con una chispa del amor infinito que siente por su Hijo. (*Sermón sobre San José* de 1661).

### ***Además Jesús, en cuanto hombre crecía en sabiduría***

La mayor parte de los teólogos, como San Buenaventura y Sto. Tomás de Aquino, en sus obras primeras, e incluso en tiempos posteriores, como Escoto y Suárez, negaron –sin apoyo alguno en la gran Tradición– que Cristo tuviese una ciencia verdaderamente adquirida, pues, pensaban que era más congruente con la dignidad del Verbo hecho carne afirmar que su Humanidad había poseído desde el principio todos estos conocimientos por ciencia infusa.<sup>68</sup>

Sin embargo, el mismo Tomás de Aquino, para no lesionar la radicalidad con que el Verbo se hace hombre, afirma en sus obras de madurez, rectificando sus anteriores tesis, que hubo en Cristo una verdadera ciencia adquirida, siendo connatural al hombre la actividad abstractiva del intelecto agente, con las características propias de este saber experiencial, en especial, su carácter progresivo. Fue precisamente esa preocupación por salvaguardar la plena humanidad del Salvador la que condujo a Sto. Tomás de Aquino a admitir en su madurez (rectificando en la Suma Teológica su negación anterior) la ciencia experimental adquirida de Cristo. Pero aún entonces

---

68. Cf. H. SANTIAGO–OTERO, *El conocimiento de Cristo en cuanto hombre en la teología de la primera mitad del siglo XII*, Eunsa, Pamplona 1970; J.T. ERNST, *Die Lehre der hochmittelalterlichen Theologen von der vollkommenen Erkenntnis Christi*, Herder, Friburgo, 1971. Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, In Sent III, d.14, q.5, a.3, ad 3; d.18, q.1, a.3, ad 5; S. BUENAVENTURA In III Sent., d.14, a.3, q.2; J. ESCOTO, In III Sent, d.14, q.3; F. SUAREZ, d.30, s. 2. Véase la excelente exposición que hace sobre el tema F. OCARIZ, L. F. MATEO SECO, J.A. RIESTRA, *Cristología*, Pamplona, 1991, 214 ss.

rechazó que pudiera aprender algo de cualquier hombre como contrario a su dignidad de "Caput Ecclesiae, quinimmo omnium hominum".

Esta negación era inaceptable. La piedad cristiana siempre ha intuído que Jesús aprendió de María y de José, a quienes estaba sujeto.<sup>69</sup> Sto. Tomás, participaba de la idea, teñida de platonismo, –común entonces–, de que para ser verdaderamente hombre, sería suficiente satisfacer al tipo intemporal de humanidad, dejando en la sombra un aspecto que es esencial al hombre "viator": la noción de desarrollo o crecimiento en el tiempo, si –como el propio Santo Tomás enseña– la noción de "ratio" implica la de movimiento y progreso. De ahí su negación de todo aumento de gracia y sabiduría en la vida del Señor –salvo en sus efectos– que parece contraria al texto de S. Lucas, y contradice la condición –necesariamente progrediente, en cuanto "viator"– de quien es plenamente "verus homo", aunque no "merus homo".

Si es verdad que podemos distinguir ciencia de visión, ciencia infusa y ciencia adquirida, con todo, no podemos separarlas: "Por el hecho de no existir más que una sola facultad de conocer, esas tres ciencias no forman más que un único conocimiento total, de la misma manera que dicho conocimiento humano total se une al conocimiento divino en la unidad de un solo agente concedor que es el Verbo encarnado".<sup>70</sup>

---

69. Baste este conocido testimonio de Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Ibid.*: "Pero si José ha aprendido de Jesús a vivir de un modo divino, me atrevería a decir que, en lo humano, ha enseñado muchas cosas al hijo de Dios. Hay algo que no me acaba de gustar en el título de padre putativo... Ciertamente nuestra fe nos dice que no era padre según la carne, pero no es esa la única paternidad" y cita a S. Agustín... "Por eso dice S. Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice solo se pensaba? Porque el pensamiento y juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de José. Sin embargo, a la fe y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios" (Sermón 50,20. PL 38, 351).

"José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel Niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió un oficio... Jesús debía parecerse a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter... No es posible conocer la sublimidad del misterio... ¿Quién puede enseñar algo a Dios?. Pero es realmente hombre, y vive normalmente: primero como un niño, luego como un muchacho, que ayuda en el taller de José; finalmente como un hombre maduro, en la plenitud de su edad.. "Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres" (Luc. 2,52). José ha sido en lo humano, maestro de Jesús" (*Es Cristo que pasa*, n.55)

70. E. MERSCH, *La Théologie du corps mystique*, t. I, p. 290. La persona divina del Verbo conserva la plenitud de su divinidad en su estado de encarnación. Conserva, pues, la actualidad y la plenitud de su <<ciencia>>, de su <<pensamiento>> común a las tres Personas divinas. Pero si la persona divina asume la naturaleza humana es para existir, actuar y vivir humanamente.

¿Habrá que concebir en Jesús dos conocimientos, dos vidas de pensamiento paralelas y sin comunicación alguna entre ellas? No. La unidad de la persona y de la vida personal se opone a tal concepción. Por otro lado, la luz de toda inteligencia creada es participación en la inteligencia divina. Las tres ciencias que la tradición teológica atribuye a Cristo hombre: la adquirida por su inteligencia en virtud de sus fuerzas naturales, que son humanas y semejantes a las nuestras; los conocimientos que le vienen infundidos por Dios mismo (connatural a los ángeles), y el conocimiento inmediato e intuitivo de su propia divinidad. No son sino tres grados de participación en el pensamiento divino, pero que constituyen en realidad una sola vida de pensamiento, un solo ser que piensa, una verdadera unidad de conciencia. Cf. M.J. NICOLAS, o. c. 206.

Como hiciera ya en el S. XVII el gran Doctor de Alcalá Juan de Sto. Tomás, la teología de entreguerras ha estudiado de manera convincente la necesaria conexión entre los tres tipos de conciencia como funciones vitales complementarias para hacer posible el ejercicio de su misión reveladora, parte esencial de la tarea salvífica del Mediador, Sacerdote, Profeta (Maestro) y Rey.

No faltan, por fortuna, esclarecimientos y desarrollos actuales de aquella teología clásica, que avanzan en la buena dirección, intentando superar sus insuficiencias sin abandonar perennemente lo válido de aquella fecunda tradición. Una teología renovada ha de compensar con esa atención a la existencia histórica de Jesús de Nazaret las deficiencias de que adolece gran parte de la especulación cristológica del pasado, pero sin abandonar sus logros y riquezas, como tantos han hecho sin el debido control de las fuentes teológicas con una hermeneútica adecuada. Ha de recuperar, en especial, la dimensión histórica de la vida humana de Jesús en su estado de kenosis, el aspecto personal de sus relaciones con Dios, su Padre, en obediencia y libre sumisión a María y José, y finalmente, el motivo soteriológico que constituye el fundamento de su misión mesiánica. Esta vuelta y esta mirada renovada al Jesús real de la historia someten a la teología de su psicología humana a una cierta revisión. Es preciso prestar más atención a los misterios de su vida, felizmente recuperados en el nuevo catecismo oficial, muy rico en la mejor teología bíblica.<sup>71</sup>

Si José ha aprendido de Jesús a vivir de un modo divino, me atrevería a decir que, en lo humano, ha enseñado muchas cosas al Hijo de Dios. No es posible desconocer la sublimidad del misterio. Ese Jesús que es hombre, que habla con el acento de una región determinada de Israel, que se parece a un artesano llamado José, ése es el Hijo de Dios. y ¿quien puede enseñar algo a Dios? Pero es realmente hombre, y vive normalmente: primero como niño, luego como muchacho, que ayuda en el taller de José; finalmente, como un hombre maduro, en la plenitud de su edad. Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (Lc II, 52).

---

71. Son muchos los teólogos de nuestros días que ignoran, de modo llamativo, claros datos evangélicos acerca de la misteriosa psicología de Cristo ("verus, sed non purus homo") – cuando no los someten a una exégesis inadecuada, reductiva, y a veces, corrosiva (IV A)– no faltan interesantes planteamientos actuales más sensibles a aquellas exigencias. He seleccionado, por su indudable interés, algunas propuestas de J. MARITAIN (que tanto agradaron, e hizo suyas, poco antes de morir, el gran Teólogo Charles JOURNET). Estos, y otros autores que no he abordado en mi estudio, ayudan a colmar aquellas lagunas de un modo convincente y respetuoso con la gran tradición, a la cual enriquecen sin abandonarla, en homogéneo y feliz desarrollo.

Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Sobre la inteligencia humana de Cristo. Examen de las nuevas tendencias*, en Actas del XVIII Symp. de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 465–517. Muestro ahí como la perspectiva alejandrina (de arriba abajo) si bien complementaria a los de inspiración antioquena (de abajo arriba), –más atenta a la plena historicidad de la condición kenótica de siervo del "perfectus homo"–, debe primar sobre esta última, pues no es "purus homo". De lo contrario encontraremos notables desviaciones como puede comprobarse en numerosas cristologías de abajo arriba no calcedonianas que ahí se examinan, junto con otras propuestas muy valiosas (J. Maritain, V. Balthasar, González Gil, p. ej.) que toman en consideración el pleno reconocimiento de la condición histórica de la existencia pre–pascual de Cristo, superando las deficiencias de la Teología clásica –poco sensibles a la condición histórica del hombre y a la profundización de la noción de conciencia–, pero sin abandonar la gran Tradición en continuidad de homogéneo desarrollo, en la línea ya emprendida antes en la Cristología francesa de entreguerras.

Jesús se debía parecer a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar. En el realismo de Jesús, en su espíritu de observación, en su modo de sentarse a la mesa y de partir el pan, en su gusto por exponer la doctrina de una manera concreta, tomando ejemplo de las cosas de la vida ordinaria, se refleja lo que ha sido la infancia y la juventud de Jesús y, por tanto, su trato con José. (*Es Cristo que pasa*, 55,56).

### 5.3.6 *Redención del trabajo humano. “Fabri Filius”. (Cfr. RC, 22 a 24)*

Según el axioma patristico “quod non est assumptum, non est redemptum”, la realidad humana del trabajo, dimensión también constitutiva el hombre, según el proyecto divino de la creación que fue asumido en la Encarnación del Verbo junto con su dimensión familiar, haciendo de él una realidad redimida y redentora. El trabajo, como dimensión de la persona creada a imagen de Dios, llamado a participar en la obra creadora de Dios, es un don de Dios, testimonio de la dignidad del hombre, ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad en la que se vive, y al progreso de toda la humanidad”.

“Pero, además de ser <<participación en la obra creadora de Dios, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora”.<sup>72</sup>

Tal dimensión divina le fue dada al trabajo a partir de la vida redentora de Cristo. Pero –no está de más recordarlo– lo efectos de la redención se anticiparon en su Madre, y por mediación de Ella, en José. Y, por la misma razón teológica, hay que decir que en María y José su virtud era ya cristiana. Así se entiende que de San José se pueda afirmar que su vida profesional, el trabajo, fue el cauce de esa santidad ordinaria que, aprendida precisamente del Evangelio, predicaba el Fundador del Opus Dei y que resumía en su triple lema: santificar el trabajo; <<santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión>>.<sup>73</sup>

### 5.3.7 *José, Corredentor con María en el Sacrificio del Calvario*

El "fiat" inicial de María y José es el comienzo de un proceso de cooperación a la obra redentora que abarca todos y cada uno de los instantes de la vida su Hijo, que llega a su consumación en su Pasión y muerte en el Calvario. En la Cruz llega a su consumación toda una vida de fe y amor que dan valor corredentor a todas y cada una

---

72. San J. ESCRIVÁ DE B., *Es Cristo que pasa*, cit.

73. El trabajo humano procede directamente de personas creadas a imagen de Dios y llamadas a prolongar, unidas y para mutuo beneficio, la obra de la creación dominando la tierra (cf Gn 1,28; GS 34; CA 31). El trabajo es, por tanto, un deber: "Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma" (2 Ts 3,10; cf. 1 Ts 4,11). El trabajo honra los dones del Creador y los talentos recibidos. Puede ser también redentor. Soportando el peso del trabajo (cf Gn 3,14–19), en unión con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario, el hombre colabora en cierta manera con el Hijo de Dios en su Obra redentora. Se muestra discípulo de Cristo llevando la Cruz cada día, en la actividad que está llamado a realizar (cf LE 27). El trabajo puede ser un medio de santificación y una animación de las realidades terrenas en el espíritu de Cristo. CEC 2427.

de las acciones y sufrimientos de María en íntima asociación a su Hijo (RM 39). En la cumbre del Calvario se consuman y alcanzan cumplimiento acabado el "ecce venio" (Heb. 10,7) con que Jesucristo, el Hijo de Dios, empezó su mortal carrera, el "ecce ancilla" (Lc 1,38) con que María se pliega a los planes redentores del Altísimo y el elocuente silencio de José que hizo cuanto se le había ordenado aceptando como proveniente de Dios (RC 4) el misterio realizado en María, su esposa "escondida desde siglos en Dios". La escena de Nazaret con la que comienza la acogida del Verbo en el seno de María en la casa de José para nuestra salvación, proyectó al Hijo, a la Madre y a su padre virginal a la cumbre del Gólgota, íntimamente asociados en el doloroso alumbramiento de la vida sobrenatural restaurada, que brota de los Tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra, el camino –no hay otro– hacia la comunión salvífica en la Verdad y la Vida de la Trinidad del Cielo.

Fué en la Cruz cuando "emergió de la definitiva maduración del misterio pascual" (RM,23) aquella radical maternidad espiritual de la Inmaculada Corredentora, respecto a la Iglesia que comenzó a constituirse cuando María y José consintieron en dar vida a Cristo, en cuanto hombre, precisamente como cabeza de un organismo en plenitud de vida comunicativa de la que iba a vivir su Cuerpo, la Iglesia.<sup>74</sup>

Fueron grandes las privaciones sensibles y sufrimientos que en vida padeció San José, de carácter más interior y espiritual que físico. Pero entre todos ellos el más agudo fué sin duda su consentimiento anticipado de la Pasión y muerte de su Hijo en amor obediente a la voluntad del Padre que le había enviado, tal y como estaba dispuesto en el decreto de predestinación de la Familia de Nazaret a realizar la Redención del mundo. Fue, sin duda, un agudo dolo para José el no estar presente en aquella "hora".

Conoció y vivió anticipadamente el drama de la pasión desde los primeros misterios de la infancia de Jesús. Y acepta la parte que le corresponde en él, que fue precisamente sufrido en su corazón, a la vez que preparaba la víctima y compadecía a nuestra Madre dolorosa. El no asistir a él fue quizá uno de sus grandes dolores. Pero aceptó siempre los planes divinos de la Providencia. Y cuando Dios dio por cumplida su misión en la tierra, salió silenciosamente, inmolando su vida por la regeneración del mundo.

Puede afirmarse con el Cardenal Lepicier que San José participó más que ningún otro, después de la Santísima Virgen, en la Pasión de Cristo, cuyos dolores, en conjunto, fueron los mayores que pudo padecer ninguna criatura por su inseparable e íntima unión con Jesús y con María. El mar de amargura de ambos se refleja en el corazón de San José. Y en proporción a la unión está, por otro lado, el mayor conocimiento de este tremendo misterio del dolor que tuvo el Santo, ya por la revelación del ángel y la profecía de Simeón, y también por las confidencias íntimas de Jesús y por los presentimientos que en su alma ponía el Espíritu Santo. Por su voluntaria aceptación de su vocación de Padre y Señor de la Familia predestinada a ser instrumento de salvación

---

74. Aunque formalmente constituida en el misterio pascual –en acto segundo– puede decirse que "la generación de Cristo es –en acto primero– el origen del pueblo de Dios, y el natalicio de la Cabeza, el natalicio del Cuerpo" (San LEÓN, *Sermo de Nat. Dni.*, PL 54,213). Son elementos constitutivos de ese "acto 1º", con la gracia de la humanidad de Cristo –que contiene de manera virtual toda la mediación sacerdotal y vida de la Iglesia, que es su "pleroma"–, los planes fundacionales –deas, resoluciones, actuaciones presentes en la mente, voluntad y poder de Jesús– en virtud de los cuales se iría edificando la Iglesia nacida, en "acto 2º", del misterio Pascual. María, asociada a Cristo en todo el proceso salvífico, participó en todo él "con su fe obediente y su ardiente caridad" (LG 61) de corredentora, que es la razón formal de su maternidad, respecto al Cuerpo místico, Esposa de su Hijo primogénito.

del mundo entero (“causa salutis”) y su generoso ofrecimiento a participar en la cruz del Señor, para satisfacer más abundantemente, por todos los hombres, la cooperación dolorosa de San José es la mayor después de la de María –y como ella única y singular en cuanto participante con el Redentor en la redención objetiva, no solo aplicativa–, e incomparablemente mayor que la que puede atribuirse a otros santos.<sup>75</sup>

#### 5.4 *A aquellos que justificó, los glorificó*

---

75. Cfr. B. LLAMERA, o. c., que cita numerosos AA que defienden esta doctrina, que creo teológicamente cierta. El Beato Ildefonso *Cardenal Schuster* editó y prologó la inspirada “Vida de San José” de la sierva de Dios María Cecilia Baij (1694–1776), abadesa durante 20 años del monasterio de las religiosas de San Benito en Montefascone, de cuyas inspiradas obras fue el santo Cardenal de Milán estudioso atento y divulgador. En esa obra de elevada inspiración mística aparece confirmada la tesis de numerosos autores que, como el Cardenal Lepicier de la participación corredentora de María y de José en el Sacrificio del Calvario. He aquí algunos textos significativos entre otros muchos

“Yo seré tratado como ya está escrito de Mí y se cumplirán perfectamente todas las Escrituras” –le oía decir a Jesús Niño–. Todo esto significaba para nuestro José un continuo dolor, que como espada le hería su amoroso corazón.

Su corazón estaba traspasado por un agudo dolor al pensar cuánto el Divino Redentor habría sufrido a lo largo de su vida y decía a menudo a su esposa: –“¡Oh esposa mía, cómo nuestro Dios me tiene en un mar de consuelo por las muchas Gracias que nos comparte y por haberse dignado estar con nosotros queriendo nacer de tí, mi querida y amada esposa!, pero al mismo tiempo me tiene en un mar de amargura, haciéndome saber por tí, lo que Él sufrirá y padecerá en el transcurso de su vida.

“Deseo que llegue pronto el tiempo para mostrar al mundo cómo Yo amo a mi Padre Divino y cómo amo al mundo; mientras tanto para redimirlo he bajado del Cielo a la tierra, me he encarnado y me he hecho hombre, y de buena gana abrazaré el sufrimiento y la misma muerte para cumplir la obra de la Redención humana”, oía repetir con frecuencia a su Hijo. José quedó herido en su corazón al oír las palabras proféticas que el anciano Simeón dijo a su esposa, porque recibió de alguna manera lo que significaba esto y aunque procuraba mostrarse valeroso, se afligió sin embargo el Santo y lloró amargamente y desde entonces siempre llevó gravadas en su corazón esas palabras, las cuales le sirvieron de continua pena y de agudo dolor.

Luego, al estar solos, San José le manifestó a su esposa lo que le había sucedido en el Templo, los misterios que había entendido, y el dolor con el cual había quedado traspasado su corazón por la profecía de Simeón. Todo se lo narraba con muchas lágrimas y suspiros y le decía a menudo: –“¡Ah, esposa mía, que grande será el dolor que deberás sufrir!, no sé que será de mí, y si estaré presente en tus penas, pero si esto fuera, ¡cómo podrá soportarlo mi corazón!–. Lloraba amargamente el Santo y la Divina Madre lo consoló, diciéndole que no temiera, porque su Dios proveerá todo y los asistirá con su Divina Gracia. –“Dios está con nosotros, le decía, no tenemos que temer, remitámonos todos a su Divina Voluntad. Por ahora gocemos y alegrémonos de que a nuestro Jesús lo hemos rescatado y es todo nuestro, por lo cual podemos gozar de su Presencia y gustar su amabilidad y dulzura. El pensamiento de que Jesús está con nosotros, que es todo nuestro, nos tiene que mitigar toda amargura”–.

La vida de José es un continuo itinerario de dolores y gozos, de los que son especialmente significativos los siete clásicos de la difundida e inspirada devoción popular recomendada e indulgenciada por los Pontífices

*Participación singular de S. José glorificado en la redención subjetiva por mediación de la Eucaristía “que hace la Iglesia” Peregrina –edificada sobre Pedro– principio e instrumento del Reino de Dios, hasta su plenitud escatológica en la Parusía.*

#### 5.4.1 *Muerte y glorificación de S. José*

La intimidad familiar con que contemplaba San Josemaría la vida del hogar de Nazaret le llevaba también a contemplar <<la muerte del Santo Patriarca, que según la tradición, estuvo acompañado de Jesús y de María>>, en su dichoso tránsito al “seno de Abraham”, donde anunció de parte del Señor la próxima redención que abriría las puertas del cielo a todos los justos que esperaban el advenimiento del Mesías esperado.

Todos los que escriben sobre San José, unánimemente afirman que la excelcitud y el grado de gloria –consumación de la plenitud de gracia paternal– que recibió el Santo Patriarca, proporcionalmente a su misión y a los dones otorgados, ha de colocarse, después de la Santísima Virgen, en el más alto lugar.

La dormición y Asunción de María al cielo –como la probable glorificación en cuerpo y alma del Santo Patriarca–, no fue otra cosa que el efecto pleno de la espiritualización de su plenitud de gracia del momento inicial en su momento terminal, que fue la causa de su dormición y ascensión al cielo, de aquella íntima comunión gloriosa con Cristo glorificado en el ser y en el obrar, y constituye la plena consumación de su gracia maternal. Lo mismo puede afirmarse por analogía del cuerpo de San José transformado en vida de modo oculto como efecto connatural de su singular gracia paternal, que brota también de su asociación inmediata al orden hipostático de la Encarnación redentora. María y José –en esta hipótesis más que probable– glorificados forman con Cristo glorioso, Cabeza de la Iglesia, un sólo instrumento de la donación del Espíritu Santo a la Iglesia en unidad indisociable de la mediación capital de Cristo y –en ella fundadas– materna y paterna de María y José. Como fueron asociados a tener parte activa e inmediata en la Redención que culmina en el holocausto del Calvario (la mediación ascendente o redención objetiva) es lógico que, ya glorificados, lo sean también en la aplicación de sus frutos, en una por su indisociable mediación –descendente– de los Tres en el misterio de la Iglesia nacida del costado abierto de Cristo, que es tanto como decir –en sentido pleno inclusivo– de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José. Ocáriz juzga, con razón, demasiado débiles y metafóricas, expresiones tales como “cuello” o “acueducto” para referirse a la Mediación Materna de María, Madre de la divina gracia.<sup>76</sup>

José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia. Si está indisociablemente unido con su Hijo y esposa virginales en la Redención objetiva desde los inicios de Nazaret –semilla de la Iglesia nacida en la “hora de Jesús”– hasta el Calvario, es lógico también que proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio en la aplicación de sus frutos salvíficos en el tiempo de la Iglesia peregrina nacida del costado abierto de los tres Corazones unidos de la trinidad de la tierra hasta la Parusía. La Iglesia de Cristo, San Josemaría la veía como la familia de los hijos de Dios, prolongación de la Familia de Nazaret. “A esa familia pertenecemos”, repetía de continuo.<sup>77</sup>

---

76. Cf. F. OCÁRIZ, “La Mediazione materna”. *Romana*, 1987, II p. 317).

77. León XIII, Carta Encicl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177–

San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre. Se trata, pues, de la presencia salvífica que ejerce sobre la Iglesia, como exponemos a continuación –en y a través de la Eucaristía de la que vive la Iglesia–. En ella se funda su Patrocinio sobre la Iglesia Universal.

Son varias las veces en las que San Josemaría E., repite: <<Quiero que vosotros y yo formemos parte de esa familia de Nazaret”, la familia predestinada a acoger en la historia al Redentor. De esa familia humana de la que formó parte Dios Hijo, formamos parte todos los cristianos –porque el Bautismo nos ha hecho hijos de Dios en Jesucristo, primogénito entre muchos hermanos–. Y Él y nosotros somos el *Christus totus*, según la expresión definitiva de San Agustín. San José entonces tendrá para nosotros, en el orden místico, las mismas relaciones que en el orden familiar tuvo con Jesús. Es nuestro Padre y Señor, cabeza de la Familia de Dios, Familia de Familias, en la que fructifica la semilla de la Familia de Nazaret. A esa familia pertenecemos: “la casa de José”. (Cfr. LMH, 56)

#### ***5.4.2 Inserción del ministerio paterno de San José en la triple mediación, de la Inmaculada, la Eucaristía y el ministerio petrino, en la edificación de la Iglesia peregrina hasta la Parusía***

Las tres mediaciones necesarias e indisolubles para la edificación de la Iglesia, como instrumento de la dilatación del Reino hasta su plenitud escatológica en la Parusía del Señor, que algunos movimientos de la Iglesia llaman, con sugerente y amoroso simbolismo: “las tres blancuras”, son por este orden: la Inmaculada, la blanca Hostia y la blanca sotana del Papa, según un orden de prioridad fundante, que derivan –y participan– de la Única Mediación Capital de Cristo.

La primera, la mediación materna de la Inmaculada –participada por la mediación paternal de S. José–, hace posibles las otras dos, comenzando por la Eucaristía, que aplica, en el orden de la redención subjetiva, los frutos salvíficos del Sacrificio de Cristo en el Calvario que María, la Inmaculada Corredentora, con la cooperación de José, cabeza de la Familia de Nazaret, contribuyeron a adquirir en el orden de la relación objetiva.

Las tres mediaciones –participadas y subordinadas al Único Mediador, Cristo redentor– son universales. Creo que nadie, verdaderamente católico, dudaría de la doble impronta mariana y petrina en toda la actividad salvífica de la Iglesia en su integridad. Pero, no todos lo admitirían –como lo afirma la más genuina tradición –que según mi interpretación hace suya Juan Pablo II– respecto a la Eucaristía. La posición de San Josemaría –que expongo en mi libro *Almas de Eucaristía*, Madrid 2004– puede expresarse en esta conocida fórmula del Card. JOURNET, que amaba citar Pablo VI: “Toda la gracia del mundo proviene de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia viene de la Eucaristía”.

En el capítulo VI de la Encíclica de Juan Pablo II “*Ecclesia de Eucharistia*” (“En la escuela de María, Mujer Eucaristía”) hace notar el Papa de María la profunda relación que tiene María con la Eucaristía, no sólo por razones de ejemplaridad –que expone de modo admirable en la mayor parte de su contenido–, sino de verdadera presencia en ella, personal y salvífica, cuya naturaleza no precisa el Santo Padre (tratándose de un tema todavía poco estudiado, en un documento magisterial es lógico que no lo haga).

He aquí un resumen de la sobria enseñanza de la Encíclica sobre esta misteriosa presencia.

Al ofrecer su seno virginal para la Encarnación redentora, consintiendo a cooperar con su Hijo a la obra de la salvación desde el “fiat” de Nazaret, hasta el “fiat” del Calvario, “estaba haciendo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía”,<sup>78</sup> que hace salvíficamente presente, la compasión de María unida –cor unum et anima una– a la Pasión redentora del Señor, para aplicar sus frutos con la cooperación de la Iglesia. Por ello, “María está presente en todas nuestras celebraciones eucarísticas” (n. 57). “En el memorial del Calvario (“haced esto en conmemoración mía” Lc 22, 19) está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su Pasión y muerte. Por tanto no falta lo que Cristo ha realizado en colaboración con su Madre para beneficio nuestro” (n. 5.7 a).

Con respecto a la dimensión más propiamente sacramental de la Eucaristía como tabernáculo de la presencia permanente de Cristo en estado de víctima –la Encíclica hace notar que está en continuidad con la encarnación redentora–.<sup>79</sup> “Al recibirlo en la Eucaristía debía significar para María como un acoger de nuevo el Corazón que había latido al unísono con el suyo cuando preparaba en Ella el Espíritu Santo un cuerpo apto para el sacrificio expiatorio,<sup>80</sup> y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz”.<sup>81</sup>

Profundicemos en los presupuestos e implicaciones de estas afirmaciones de la Encíclica con algún detenimiento hasta el final de este capítulo.

María es cooferente –a lo largo de toda su vida corredentora, que culmina en el supremo desgarramiento de su Corazón en la Pasión– del sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia –en el orden de la redención subjetiva–, incluye, por tanto, la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán –de manera única (“prorsus singularis” LG 61) – en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

La mediación materna de María, incluye, pues, la más alta participación de la Mediación capital de Cristo, sacerdotal, profética y regal, que es superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser “de orden hipostático”), a la que es propia del sacerdocio ministerial que participa de ambas –capital y maternal– en unidad dual. Según el Magisterio, en efecto. María no sólo aceptó –asociándose a él– el sacrificio de la cruz consumado en un determinado momento de la historia, sino también en su extensión en el tiempo. Por eso es tan real su presencia –como Corredentora, Mediadora en el Mediador– en la Santa Misa como en el Calvario.<sup>82</sup> Es más, esa presencia activa de la

---

78. “Con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. En la presentación oyó al anciano Simeón el anuncio de la espada de dolor del Calvario, realizado en el “Stabat Mater” de la Virgen al pie de la Cruz (n. 56 a).

79. León XIII, en la Enc “Mirae Charitatis”, decía que según el testimonio de los Santos Padres: “continuatio et amplificatio quaedam Incarnationis censenda est”.

80. Cf. Hb 10, 5–7.

81. n. 56 b.

82. Es muy amplia la bibliografía sobre el tema, G. CROSETTI, *Maria e l'Eucaristia nella Chiesa*, Bolonia 2001, AA.VV, *Maria e l'Eucaristia*, Roma 2000, a cura di E. M. TONIOLO, que ofrece al final del volumen una amplia bibliografía, que comienza con los estudios publicados en la Actas del Congreso mariológico de 1950, *Alma Socia Christi*, y de

Corredentora en el Sacrificio Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, “corazón viviente de la Iglesia”, que vive de la Eucaristía.<sup>83</sup>

Cristo no está solo en estado de víctima, sino que "se está inmolando", "in actu signato". Cristo Nuestro Señor continúa pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor –en unión–“Cor unum et anima una” –con la Inmaculada Corredentora– de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas. "Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam pro nobis assumpsit". Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace "exprimiendo desiderium quae de salute nostra habet". De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad. (S. Th. III, 83,1)<sup>84</sup>

La oración siempre viva en Cristo glorioso presente en la Eucaristía, – participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios (cfr. Apoc. 6, 10, que nos habla de su clamor debajo del altar, para acelerar su advenimiento)– es el “alma” del santo sacrificio de la Misa y continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo, “hasta que vuelva” (1 Cor 11, 26). Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la Jerusalén celestial, en permanente alabanza a la Trinidad en torno a Cristo Rey, María, Reina del Corazón del Rey, y José, gran patriarca y soberano junto a su Esposa e Hijo virginales de la Jerusalén celestial. Sólo cesará la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies y entregado su Reino ya consumado al Padre cuando Él vuelva. (1 Cor 15, 17–18). Por eso hay una presencia de la Iglesia celeste que participa en el sacrificio eucarístico, como también de la Iglesia purgante y militante, que se benefician de su valor propiciatorio, por vivos y difuntos durante el tiempo histórico de la Iglesia peregrina”. Panis ille... corpus Christi... si bene accepistis, vos estis quod accepistis. Apostolus enim dicit: “Unus panis, unum corpus multi sumus”. Sic exposuit sacramentum mensae dominicae”.<sup>85</sup>

---

diversas sociedades mariológicas sobre este tema y un concluye con amplio elenco de publicaciones sobre él, en orden alfabético de autores (pp. 310–330).

83. Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie, Parole et Silence*, Langres–Saint–Geosmes, 2001, que afirma : “L’ Eucharistie, Marie, le Pape, “c’est tout un, c’est à dire cela forme une unité indissociable” (« Les Trois Blancheurs »).

84. Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988, 81 ss. Sobre este tema trato ampliamente en mi libro, *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia*, de próxima publicación, completada y actualizada.

85. S. AGUSTÍN, PL, 33, 545. El Espíritu Santo, que “conduce a la verdad completa” (Job. 16. 13), va iluminando con creciente profundidad esa idea de la tradición patristica a las almas especialmente dóciles a sus mociones, sobre una presencia especialmente intensa y operativa de María y de José en el Sagrario, los cuales forman con Jesús una “trinidad de la tierra”. Es sintomático el autorizado testimonio del fundador del Opus Dei sobre su seguridad en la presencia inefable y real, aunque, claro está, no sustancial como la del Señor en la Eucaristía, de la Santísima Virgen y de San José”. Si durante su vida en la tierra no se separaron de Él su Madre y el Santo Patriarca, ahora seguirán acompañándole en el tabernáculo, donde está más inerme todavía. Otro testimonio interesante es, en el mismo sentido, el Hno de ESTANISLAO JOSÉ, de las escuelas cristianas, que aparece en la biografía que de él ha escrito el Hno. Ginés María, Madrid 1981. Se trata de una presencia única y singular respecto a la que es propia del resto de los bienaventurados, que depende –y se funda– de la compasión de la Corredentora, en la que participa de modo inefable su esposa.

Este es el fundamento teológico de la experiencia de fe de almas marianizadas – cada vez más frecuente, a juzgar por autorizados testimonios–, que perciben junto a la presencia del Señor en la hostia<sup>86</sup> consagrada una “singular” presencia inefable de María, real también. No se trata, obviamente, de una presencia por transubstanciación, sino por inseparabilidad en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, “Cor unum et anima una”. E incluso –en el fundador del Opus Dei– de S. José –en tanto que pertenece también al orden hipostático.<sup>87</sup>

Esta singular presencia de María podría explicarse –en efecto– teniendo en cuenta esta indisociable inseparabilidad de la Corredentora de la trinidad de la tierra en la obra redentora tanto objetiva –exclusiva de los Tres que concurren en la constitución del orden hipostático redentor hasta el Calvario– como subjetiva –hasta la Parusía–, aplicando a Ella la doctrina de Sto. Tomás sobre la necesaria concomitancia –natural o sobrenatural– con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega redentora de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum” (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación.<sup>88</sup> El Aquinatense hace referencia solo a la indisociable inseparabilidad en Cristo glorioso de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo que se encarna para redimirnos en María. Pero puede extenderse, obviamente, también a la Madre y al Padre Virginal del Redentor, por la pertenencia indisociable de los Tres al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico, si bien de modo diverso en cada uno de ellos.

El Verbo encarnado constituye –en cuanto Verbo hecho hombre– el orden hipostático de modo absoluto, en cuanto Mediador Cabeza de la nueva creación. María, de modo intrínseco –relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios-hombre, único Mediador entre Dios y los hombres–, y (“operari sequitur esse”) en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador. Y José de modo extrínseco-relativo desde el punto de vista de su dimensión biológica, pero no meramente extrínseca y mediata –por razón de su matrimonio con María–, sino directa e inmediata como padre virginal y mesiánico del Mesías Rey. Y ello en una doble dimensión.

La primera es la relación de causalidad instrumental de José, como hijo de David, en orden a la constitución de la condición mesiánica del Hijo concebido “en” su matrimonio virginal –no “de” él según la carne, sino según el espíritu por la fe y la caridad– con María –por la imposición del nombre por el Patriarca de la Familia de Nazaret que es constitutiva– del mesianismo real del hijo de David, en cumplimiento del vaticinio de Natán. La segunda dimensión –ya aludida en la anterior, pues son

---

86. Cfr. Card. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, cit. C. III. (Valga –como ejemplo entre muchos– Mgr. O. MICHELINI, *Confidencias de Jesús* –3 volúmenes–, traducido a numerosas lenguas).

87. Puede consultarse sobre el tema la conocida Teología de S. José del P. B. LLAMERA de la BAC, o la más reciente de F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*, cit., Barcelona 1988.

88. “Ex supernaturali concomitantiae”, diría Sto Tomás del alma y la divinidad de Cristo con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum transubstantiationis”. Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327–334.

indisociables, como ha mostrado brillantemente F. Canals— es la necesidad de su consentimiento en la oscuridad de la fe de su matrimonio virginal con María, que es la razón formal constitutiva de su paternidad virginal, no según la carne y según el espíritu, como la divina Maternidad de María de María, sino solo según el Espíritu, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación con María —su Esposa— en la línea corredentiva participada a la de María, que hemos intentado esclarecer algo aquí mediante la razón ilustrada por la fe, de los que es misterio inefable, más objeto de contemplación “casto silentio venerantes” que de reflexión teológica. Ambas aproximaciones son, sin embargo, irrenunciables en su complementariedad (véase *Fides et Ratio*, cit).

S. José (“la sombra de Dios Padre”, o “su Icono transparente”, se le ha llamado) es, en efecto, de modo no accidental, sino constitutivo de su identidad, en el ser y en el obrar, custodio del “arca de la alianza” (María su Esposa, Madre del Redentor); a modo de “Querubín” de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el “huerto sellado” de la fecunda Virginitad de María,<sup>89</sup> que contiene el “árbol de la vida”, el Mesías Salvador. El Dios hecho hombre para nuestra salvación quiso ser acogido y educado por su misión sacerdotal salvífica consumada en el holocausto del Calvario, en el hogar familiar de José, asociándolo, como su padre virginal y mesiánico —con su Madre, la Corredentora, de manera misteriosa— a su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes en el huerto de las delicias.

### ***6. Presencia salvífica de San José, Padre y Señor del Pueblo de Dios en la nueva evangelización de la sociedad postmoderna***

Es en nuestro tiempo, calificado por Juan Pablo II en la exhortación “Iglesia en Europa”, de apostasía silenciosa, de disolución de la familia, a la que tanto contribuye el relativismo nihilista de la cultura dominante del pensamiento débil, denunciado con especial insistencia desde comienzos de su pontificado por S.S. Benedicto XVI, cuando todo parece indicar que Dios quiere poner en primer plano, como remedio, al humilde artesano, cabeza de la Familia de Nazaret.

Aquél al que la Iglesia invoca en las letanías dedicadas a él como “terror de los demonios”, protagonista de los inicios de la Iglesia naciente, en las primicias de la Redención, como Cabeza de la Familia de Nazaret, ha recibido de la Providencia salvífica de Dios la misión de intervenir en la Iglesia, el Cuerpo místico de su Hijo virginal —de la que también es Padre y Señor—; y de modo especial en la urgente tarea pastoral de regeneración de la familia, insidiosamente atacada en la actual cultura relativista post-moderna.

La antigua serpiente quiere destruir la Iglesia —“Familia de familias”, cada una de las cuales está llamada a ser una iglesia doméstica, prefigurada por la Familia de Nazaret— arrancando a los sacerdotes del altar del Sacrificio, del que vive la Iglesia, para dedicarse a tareas más bien propias de asistentes sociales; a la mujer —esposa y madre— del corazón de hogar; y al varón —esposo y cabeza de familia— haciéndole desistir de su autoridad paterna que debe ejercer en armonía e íntima comunión con su esposa, a imitación de José, como Cabeza de familia. Cordes ha señalado en un conocido escrito

---

89. Cfr. E. M. ROSCHINI, *La mariologia di María Valtorta*, Isola dei Liri 1985

del “eclipse del padre” –a todos los niveles: biológico, espiritual y eclesial– como uno de los factores clave del deterioro caótico de la sociedad civil y eclesial.

El que fue para Jesús “icono y sombra” del Padre, en el hogar familiar de Nazaret; semilla de la Iglesia, quiere Dios que lo sea también para la humanidad de todos los tiempos. Pero de modo especial en la tarea urgente de la nueva evangelización de nuestra sociedad postmoderna, a que nos convoca el Sucesor de Pedro<sup>90</sup>, para que recupere el sentido de la dignidad excelsa de su Filiación al Padre, en la fraternidad –la Familia– de los hijos de Dios en Cristo, que es la Iglesia. Para que así sea es decisiva la experiencia de la paternidad humana en todas sus dimensiones, que deriva y participa de la Paternidad de Dios, de la que es imagen creada, desfigurada por el pecado ha sido regenerada por Cristo según el modelo arquetípico ejemplar y eficientemente activo de San José, Padre del Cristo total, Cabeza y miembros. Su paternidad en el hogar familiar de Nazaret, participación y reflejo de la de Dios, sigue activa en la Iglesia. Son cada día más numerosas las señales de su discreta presencia paternal, inseparable siempre de la maternidad de María. Ambas están llamadas a regenerar, madurar, sanar y hacer crecer al hombre actual liberándole de sus “angustias”, ayudándole con su doble e inseparable mediación materna y paterna –en sinergia con el Espíritu Santo, fruto de la Cruz Redentora de Cristo, “Señor y dador de vida”–, a conquistar la “libertad” y dignidad de hijos de Dios.

La paternidad, reflejo y participación de la Paternidad divina inaugurada por Abraham, en José –llamado por los padres de la Iglesia “luz de los Patriarcas”– llega a su punto culminante.

Es la suya una paternidad que no se pone por delante, sino que por el contrario sabe ocultarse y como desaparecer para que emerja la personalidad del hijo, ayudándole a encontrar su propia identidad y misión. Así debe ser toda paternidad, sea biológica, intelectual o espiritual. Su función no debe ser otra que liberar a los hijos de sus miedos, sus bloqueos, sus tentaciones, sus odios, para abrir a cada uno de ellos –a ese “ser único” e irreplicable que es cada ser personal– la puerta de la confianza, de la fecundidad, de la libertad y del amor, para que sea plenamente hijo –o hija– de Dios, responsable de su vida; ayudándole de este modo a ser el (o ella) mismo, según el designio único e irreplicable que tiene Dios para cada persona. Solo el amor liberador puede ayudarle a ser el (ella) mismo. Mas para ello es preciso recibir de Dios, con la misión paternal, una fuerza como la de la fe de Abraham con la humilde disponibilidad de José de Nazaret.

El hombre y la mujer están llamados en el seno de la familia –en todos los niveles, no sólo el biológico–, de la paternidad y la maternidad, como María y José, a participar del “providente” amor –paterno y materno a la vez (cfr. CEC 231)–, de Dios Padre. El camino para que así sea pasa por el empeño en ser buenos hijos de María –“nadie tiene a Dios por Padre, si no tiene a María por Madre”– y de José, “nuestro Padre y Señor”; frecuentando el trato con la trinidad de la tierra, Jesús, María y José, misteriosa e indisolublemente unidos en el plan salvífico de Dios: imagen perfecta de la Trinidad del Cielo y camino de retorno hacia Ella.

Al cabo de veinte siglos San José se manifiesta discretamente, pero continuamente –de manera ejemplar (como modelo) y eficiente (como guía y educador)– en la Iglesia y en el mundo, siempre en la indisoluble unión con su Hijo y su Esposa virginales, en la jerárquica subordinación de la trinidad de la tierra que hemos

---

90. Guillermo SPIRITO, *Una presenza de paternità per l'uomo postmoderno*, en Actas del IX Simposio sobre San José, Kevelaer 2006, vol. II, 999.

expuesto. El acompaña el nacimiento y el crecimiento, siempre tan misterioso de su Hijo en la humanidad, por mediación de la Iglesia. De este acompañamiento misterioso de San José, especialmente tangible en nuestros días –del que quien escribe estas líneas ha tenido experiencia directa en la vivencia sapiencial de San Josemaría E., cuyo gran influjo en miles de personas es de sobra conocido<sup>91</sup> es especialmente significativa la experiencia impresionante del hermano Andrés, humilde hermano lego de la Congregación de la Santa Cruz, que fue instrumento providencial en la construcción del mayor santuario de San José del mundo, en Montreal (Canadá), que tantos frutos de conversión y renovación de la vida cristiana está dando.<sup>92</sup> Todo este movimiento espiritual que comenzó en el siglo XX, “florece, fructifica, se difunde a través del “Oratoire”: como un río de agua viva que no cesa de irrigar. De la misteriosa presencia salvífica de los tres Corazones unidos de Jesús, María y José en el misterio eucarístico, brota el agua viva del Espíritu Santo, del que vive la Iglesia peregrina, como sacramento y arca universal de salvación<sup>93</sup> en la progresiva edificación del Reino de Dios, que “todo lo atrae hacia Sí” (Jn 12, 32), desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa, salvíficamente presente en su renovación sacramental eucarística, hasta la Parusía, cuando vuelva a entregar su Reino al Padre, después de haber puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies (Cfr. 1 Co 15, 23ss).

José es como una presencia de paternidad para el mundo postmoderno en el que urge la reconstrucción de la humanidad perdida. Esta tarea reclama urgentemente la recuperación del designio original de Dios sobre la familia, admirablemente restaurada por Cristo Redentor, nuevo Adán, que quiso asociar en su obrar salvífico a su Madre – nueva Eva– y a José, su padre virginal y mesiánico. Esa restauración del plan originario de Dios precisa, como elemento fundamental, la recuperación de la capacidad perceptiva de la dignidad inconmensurable de ser hijos de Dios Padre, a través de la experiencia de la paternidad sobre Jesús y sobre nosotros de José, el icono de la paternidad de Dios Padre “de quién procede toda familia en el cielo y en la tierra”, que

---

91. Cfr. entre otros testimonios sobre este influjo en la Iglesia de San Josemaría en propagar la devoción al Santo Patriarca, Leon CRISTIANI, *San José, Patrono de la Iglesia universal*, Madrid 1978, 170 ss. Más adelante (3–2, 220 ss) describe el A. un elenco de las Congregaciones religiosas josefinas masculinas y femeninas. En el Congreso de Kevelaer sobre San José de 2005 se dieron numerosos testimonios conmovedores de esta presencia de San José en nuestro tiempo, que aparecen recogidos en los dos tomos de las Actas.

92. F. DERROY-PINEAU, *L'étrange destin d'Alfred Basette*, Quebec, 20047, 141. “Es algo que sorprende y conmociona el hecho de que frère André es simplemente un mediador porque es San José quien quiere que se construya un santuario, en otros términos. José se muestra como una persona viviente, identificado, con deseos, reacciones, iniciativas: toda su experiencia apunta hacia una persona existente, “no configurada” por el proyecto, ni como recuerdo del pasado, sino como presente actualmente, que interacciona con el mundo material visible... Cfr. G. SPIRITO, *Una presenza de paternità*, cit, 999, que refiere también la experiencia del Hno. CRISTOPHE, uno de los tres monjes martirizados en Argelia, y del fundador de la comunidad del Arca, Jean VANIER, entre otros interesantes testimonios sobre el Frère André de Montreal. Son también de especial interés los que dio en el Simposio de Kevelar del 2005 el superior general de los Misioneros de San José del Padre VILASECA sobre la presencia especial de San José en México, de la que es patrono desde la primera evangelización, o el P. Franco VERRI, de los Josefinos de MURIARDO.

93. Cfr. J. FERRER ARELLANO, “Unicidad y universalidad de Cristo y de la Iglesia, centro y fundamento irrenunciable de la teología de las religiones”. *Studium Legionense*, 45 (2004), 185–222.

quiere hacer partícipes a los hombres de su amor –paterno y materno—<sup>94</sup> en el santuario del amor y cuna de la vida que está llamado a ser el hogar familiar, para que refleje la luz y el calor de la casa de José, nuestro Padre y Señor.

---

94. Cf. CEC, 239. J. FERRER ARELLANO, “Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia”. *Ephemerides Mariologicae* 49 (1999)., 53–125. Sitio Web: [www.joaquinferrer.es](http://www.joaquinferrer.es)

## ANEXO I

### PRESENCIA FUNDANTE DE LA MEDIACIÓN MATERNA Y PATERNA DE MARÍA Y JOSÉ EN LA EUCARISTÍA DE LA CUAL VIVE LA IGLESIA

En el capítulo VI de la Encíclica de Juan Pablo II “Ecclesia de Eucharistia” (“En la escuela de María, Mujer Eucarística”) hace notar el Papa de María la profunda relación que tiene María con la Eucaristía, no sólo por razones de ejemplaridad –que expone de modo admirable en la mayor parte de su contenido–, sino de verdadera presencia en ella, personal y salvífica, cuya naturaleza no precisa el Santo Padre (tratándose de un tema todavía poco estudiado, en un documento magisterial es lógico que no lo haga). He aquí un resumen de la sobria enseñanza de la Encíclica sobre esta misteriosa presencia.

Al ofrecer su seno virginal para la Encarnación redentora, consintiendo a cooperar con su Hijo a la obra de la salvación, desde el “fiat” de Nazareth, hasta el “fiat” del Calvario, “estaba haciendo suya la dimensión sacrificial del la Eucaristía”,<sup>1</sup> que hace salvíficamente presente, la compasión de María unida –cor unum et anima una– a la Pasión redentora del Señor, para aplicar sus frutos con la cooperación de la Iglesia. Por ello, “María está presente en todas nuestras celebraciones eucarísticas” (n. 57). “En el memorial del Calvario (“haced esto en conmemoración mía” Lc 22, 19) está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su Pasión y muerte. Por tanto no falta lo que Cristo ha realizado en colaboración con su Madre para beneficio nuestro” (n. 5.7 a).

Con respecto a la dimensión más propiamente sacramental de la Eucaristía como tabernáculo de la presencia permanente de Cristo en estado de víctima, la Encíclica hace notar que está en continuidad con la encarnación redentora.<sup>2</sup> “Al recibirlo en la Eucaristía debía significar para María como un acoger de nuevo el Corazón que había latido al unísono con el suyo cuando preparaba en Ella el Espíritu Santo un cuerpo apto

---

1. “Con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. En la presentación oyó al anciano Simeón el anuncio de la espada de dolor del Calvario, realizado en el “Stabat Mater” de la Virgen al pie de la Cruz (n. 56 a).

2. León XIII, en la C. Enc. “Mirae Charitatis”, decía que según el testimonio de los Santos Padres: “Eucharistia continuatio et amplificatio quaedam Incarnationis censenda est”.

para el sacrificio expiatorio,<sup>3</sup> y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz”.<sup>4</sup>

Profundicemos en los presupuestos e implicaciones de estas afirmaciones de la Encíclica con algún detenimiento.

María es cooferente –a lo largo de toda su vida corredentora, que culmina en el supremo desgarramiento de su Corazón en la Pasión– del sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia –en el orden de la redención subjetiva–, incluye, por tanto, la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán –de manera única (“prorsus singularis” LG 61) en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

La mediación materna de María, incluye, pues, la más alta participación de la Mediación capital de Cristo, sacerdotal, profética y real, que es superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser “de orden hipostático”), a la que es propia del sacerdocio ministerial que participa de ambas –capital y maternal– en unidad dual. Según el Magisterio, en efecto. María no sólo aceptó –asociándose a él– el sacrificio de la cruz consumado en un determinado momento de la historia, sino también en su extensión en el tiempo. Por eso es tan real su presencia –como Corredentora, Mediadora en el Mediador– en la Santa Misa como en el Calvario.<sup>5</sup> Es más, esa presencia activa de la Corredentora en el Sacrificio Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, “corazón viviente de la Iglesia”, que vive de la Eucaristía”.<sup>6</sup>

Cristo no está solo en estado de víctima, sino que “se está inmolando”, “in actu signato”. Cristo Nuestro Señor continua pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor –en unión –“Cor unum et anima una”– con la Inmaculada Corredentora– de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas. “Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam pro nobis assumpsit”. Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace “exprimiendo desiderium quae de salute nostra habet”. De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad. (S. Th. III, 83,1).<sup>7</sup>

La presencia de María en la Eucaristía es singular y trascendente a la del resto de los bienaventurados, en virtud de su asociación única de la Madre del Redentor a su

---

3. Cf. Hb 10, 5–7.

4. N. 56 b.

5. Es muy amplia la bibliografía sobre el tema, G. CROCETTI, *Maria e l'Eucaristia nella Chiesa*, Bolonia 2001, AA.VV, *Maria e l'Eucaristia*, Roma 2000, a cura di E. M. TONIOLO, que ofrece al final del volumen una amplia bibliografía, que comienza con los estudios publicados en la Actas del Congreso mariológico de 1950, *Alma Socia Christi*, y de diversas sociedades mariológicas sobre este tema y concluye con amplio elenco de publicaciones sobre él, en orden alfabético de autores (310–330).

6. Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie, Parole et Silence*, Langres–Saint–Geosmes, 2001, que afirma : “L’ Eucharistie, Marie, le Pape, “c’est tout un”, c’est à dire cela forme une unité indissociable” (« Les Trois Blancheurs »).

7. Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988, 81 ss. Sobre este tema trato ampliamente en mi libro, *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia*, de próxima publicación, completada y actualizada.

obra salvífica, que se hace sacramentalmente presente en la Eucaristía para aplicar sus frutos.

En la Eucaristía, donde Jesús está real y verdaderamente presente, descubre la presencia de San José: de una manera inefable. Tal es la calificación teológica que da San Josemaría a esta luz que afirma haber recibido de Dios.

«Siempre, cuando venimos a verte, ahincar las rodillas en tierra, tenemos la pena de estar poco tiempo cerca de Ti; y agradecemos a ese coro de Ángeles que hay en torno tuyo que te hagan la corte. Pero en estos últimos tiempos, el Señor me ha hecho ver más. Me ha mostrado, piadosamente, que, de alguna manera inefable, a Él –inerte, mucho más inerte que en la cuna de Belén– María y José no le dejan. Alguna presencia hay de la Madre de Dios y del que hizo las veces de padre. ¡Cerca de Ti están! ¡Cerca de nosotros! ¡Yo les agradezco la compañía que te hacen! Y no puedo separar la Hostia de la Sagrada Familia, de esa Familia de Nazaret que me enamora, que me entusiasma, que es como el corazón de la familia del Opus Dei».<sup>8</sup>

Esta singular presencia de María y José en la Eucaristía podría explicarse –en efecto– teniendo en cuenta esta indisociable inseparabilidad de la trinidad de la tierra en todas y cada una de las fases de la obra redentora, tanto objetiva –exclusiva de los Tres que concurren en la constitución del orden hipostático redentor hasta el Calvario– como subjetiva –hasta la Parusía–, aplicando a Ella la doctrina de Sto. Tomás sobre la necesaria concomitancia –natural o sobrenatural– con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega redentora de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum” (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación).<sup>9</sup> El Aquinatense hace referencia solo a la indisociable inseparabilidad en Cristo glorioso de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo que se encarna para redimirnos en María.

Pero puede extenderse, obviamente, también a la Madre y al Padre Virginal del Redentor, por la pertenencia indisociable de los Tres al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico, si bien de modo diverso en cada uno de ellos.

José pertenece también, recuérdese, al orden hipostático, pero no como María, de modo intrínseco –relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios–hombre, único Mediador entre Dios y los hombres–, y (“operari sequitur esse”) en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador; sino de modo extrínseco–relativo.

Desde el punto de vista de su dimensión biológica; pero con una relación a él no meramente extrínseca y mediata –por razón de su matrimonio con María– sino directa,

---

8. Son estas palabras un fragmento de la breve homilía que pronunció antes de administrar la Comunión en la Misa del día de Corpus Christi, en la Chacra, Buenos Aires, en 1974. Resumen concentrado de todo el <<cariño teológico>>, que había aumentado de un modo impetuoso, según el testimonio de D. Álvaro del Portillo. Cit por LMH, Ibid .

9. “Ex supernaturali concomitantiae” –diría Sto Tomás del alma y la divinidad de Cristo con respecto a la presencia “per modum substantiae” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “vi verborum transubstantationis”. Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327–334.

esencial e inmediata con la Encarnación. José es padre de Jesús no por generación, sino por constitución divina. Y ello en una doble dimensión.

Ésta es la razón formal constitutiva de su paternidad virginal –y mesiánica–, no según la carne y según el Espíritu, como la divina Maternidad de María, sino sólo según el Espíritu –por la fe y la caridad–, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación con María –su Esposa– en la línea corredentiva, participada de la Corredentora.

S. José (“la sombra de Dios Padre”, o “su Icono transparente”, se le ha llamado) es, en efecto, de modo no accidental, sino constitutivo de su identidad, en el ser y en el obrar, custodio del “arca de la alianza” (María su Esposa, Madre del Redentor); a modo de “Querubín” de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el “huerto sellado” de la fecunda Virginidad de María, que contiene al que nos redimió en el el “árbol de la vida” –la Cruz salvadora plantada en el monte Calvario, al final del Via Crucis” del Hijo virginal de José que comienza en la angustia del “huerto de los olivos”– el Mesías Salvador, que quiso ser acogido y educado para su misión de “Redentor del hombre” en el hogar familiar de José –no según la carne, pero sí según el espíritu–, asociándolo – con su Madre, la Corredentora, de manera misteriosa– a su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes en el “huerto de las delicias”.

## ANEXO II

### LA DEVOCIÓN A LOS “TRES CORAZONES” UNIDOS DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Esta devoción comenzó en Portugal y Brasil (1733) y floreció especialmente en México. A mediados del S. XVIII fue propagada en Francia, España e Italia por el Carmelita descalzo P. ELÍAS DE LOS TRES CORAZONES. Tras la aprobación de Gregorio XVI (el 28-IV-1843) esta devoción se extendió mucho en Europa y América, impulsada por F. L. FILAS, S.1, y por buen número de notables eclesiásticos. Cfr. T. STRAMARE, “Storia della devozione al cuore di San Giuseppe”, Rabor, 51; 2 (1997). Publicado en español en Estudios Josefinos 50, nº 100 (Julio-Diciembre 1996) 179-194. El Padre Stramare, gran josefinólogo –al que agradezco tantas sugerencias de su gran magisterio teológico sobre el Santo Patriarca– ha sido uno de los principales colaboradores de Juan Pablo II en la preparación de la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* que puede leerse al final de este libro.

A partir de 1873 la S. C. de Ritos prohibió su culto público en varias ocasiones sin pronunciarse sobre sus fundamentos teológicos, que –como ocurrió con el culto a los Corazones de Jesús, y más tarde, de María, o con el de la Divina Misericordia (Sta. Faustina), o el Amor misericordioso (Madre Esperanza Alhama, p.ej.)– tardó en reconocer su plena validez y comenzó sólo a permitirse, sin fomentar su culto.

El Espíritu Santo, recuérdese, ha conducido poco a poco hacia la verdad completa (Jn 16, 13) consignada en la Revelación de modo implícito. Actualmente hay asociaciones de fieles (en los Ángeles –U.S.A– p. ej., con el beneplácito episcopal), que difunden esta devoción. Los últimos Papas (Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y sobre todo Juan Pablo II), sin levantar expresamente las medidas restrictivas respecto a su culto público, se refieren en su magisterio al Corazón de José –indisociablemente unido a los de María y Jesús– en la obra de la Salvación.

Puede consultarse –para conocer el status quaestionis sobre este tema– el estudio de Mons. Arthur B. CALKINS, *The cultus of the Heart of St. Ioseph. An Inquiry into the Status Quaestionis*. “Akten des IX Internatiolalen des hl. Joseph” 28-IX bis 2-X-2005, Kevelaer, Deutschland, Band II, 937-951. Recoge el A. exhaustivamente la citas sobre el Corazón de San José de los últimos pontífices, especialmente significativas en Juan XXIII y en las –más numerosas– de Juan Pablo II, incluso en documentos de especial relevancia como *Familiaris Consortio* (1891) y la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* (nn. 8, 19. El A. piensa que asistimos a la emergencia del Magisterio sobre el Corazón de San José, siempre en indisociable unión con los Corazones de Jesús y de María en la historia de la salvación (favoreciendo así implícitamente la extendida tesis de su glorificación corporal, defendida, como vimos, entre tantos AA. de prestigio, por Francisco SUAREZ y San FRANCISCO DE SALES).



### III PARTE

## TEOLOGÍA DE LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA, SUBYACENTE AL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II, JUSTAMENTE LLAMADO EL PAPA DE MARÍA





## INTRODUCCIÓN

### **“TOTUS TUUS”. RAÍCES TEOLÓGICAS DE UNA RECIENTE CONTROVERSA MARIOLÓGICA: ¿CONSAGRACIÓN O “AFFIDAMENTO” (ABANDONO CONFIADO) AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA?**

No se va de mi memoria la honda preocupación que me confió en su casa de Roma Mons Pavel Hlinica, conocido obispo eslovaco –ordenado clandestinamente en la época comunista y amigo personal de Juan Pablo II–, pocos días antes del jubileo de los Obispos, en Septiembre del año santo 2000. Estaba yo participando por aquellos días en el Congreso Mariológico Internacional, y le fui a visitar para hablar de temas marianos y de la situación de la Iglesia. El motivo de su inquietud, por la que rezaba con insistencia y pedía oraciones –a sus monjas Corredencionistas y a todos cuantos encontraba– era la inutilidad de sus esfuerzos para que se mantuviera la denominación tradicional “consagración” en el acto que se había anunciado como “affidamento al Corazón Inmaculado de María”, que iba a celebrar el Santo Padre en la plaza de san Pedro ante la Virgen de Fátima<sup>1</sup> en unión de cualificados representantes del Episcopado mundial que participaban en el jubileo.<sup>2</sup>

Sus gestiones en la Curia –me confió– fueron infructuosas. Por supuestas razones teológicas, que me propongo comentar en este estudio, se mantuvo el vocablo

---

1. La devoción al Inmaculado Corazón de la Virgen se ha visto reforzada por las apariciones en Fátima. Con ellas ha entrado la devoción al corazón de María en una nueva primavera. El ángel de Fátima, en la primera y segunda aparición, afirma “Los Sagrados Corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia”. En la tercera aparición une la reparación al Corazón de Jesús con la reparación al Corazón de María. Durante la aparición de la Virgen María el 13 de junio de 1917, María les mostró su Corazón rodeado de espinas y le dijo a Lucia: “Dios quiere que tú permanezcas en el mundo por algún tiempo, porque El quiere usarte para establecer en el mundo la devoción del Inmaculado Corazón”. El 13 de julio, luego de revelar a los niños los males que cernirían sobre el mundo en el futuro si la humanidad no cambiaba, la Virgen concluyó diciendo: “*Para prevenir esto, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la Comunión en Reparación los cinco primeros sábados.*” Ella prometió: “Al final, Mi Corazón Inmaculado Triunfará, el Santo Padre Consagrará a Rusia a mi *Corazón Inmaculado*, Rusia se convertirá y un cierto período de paz será concedido al mundo.”

En 1920, antes de su muerte, Jacinta insistió: “Digan a todos que Dios concede gracias a través del Corazón Inmaculado de María. Díganles que pidan gracias por este medio y que el Corazón de Jesús desea ser venerado junto con el Inmaculado Corazón de María. Pídanles que supliquen la paz por el Corazón Inmaculado de María, porque el Señor ha confiado en Ella la paz del mundo”. Dijo también *San Maximiliano María Kolbe: Tenemos que ganar el mundo entero y cada alma, ahora y en el futuro, hasta el final de los tiempos, para la Inmaculada, y a través de ella, para el Sagrado Corazón de Jesús*”.

2. Con la intención, más o menos explícita, de renovar la que se hizo en 1984 –en otro formato, pero también en unión con los Obispos del orbe católico–, atendiendo la petición de Nuestra Señora en Pontevedra, a través de Lucía, en los términos que conocemos.

”affidamento”, menos comprometido y “políticamente correcto” que el tradicional de “consagración”, por la influencia de conocidos e influyentes Mariólogos, extrañamente empeñados en corregir las palabras de la expresa petición de nuestra Madre –“Sedes Sapientiae”, “Magistra Apostolorum et Theologorum”– al Santo Padre, por mediación de Lucía.

Yo al principio de la conversación no entendía el porqué de su preocupación. La palabra “affidamento” no tiene una equivalente en español, y yo la traducía espontáneamente “consagración”. Pero pronto comprendí que mi amigo Pavel Hlinica quería a toda costa evitar la gran confusión que podría provocar aquel cambio en el lenguaje teológico tradicional, en el que le parecía advertir que se escondía –en la intención de ciertos mariólogos influyentes– la negación de la superioridad trascendente de María respecto a los demás miembros de la Iglesia propia del minimalismo mariológico –de contagio protestante– presente, sobre todo, en la corriente eclesiotípica, de origen centroeuropeo<sup>3</sup>. La escasa recepción de la Cc. Redemptoris Mater de Juan Pablo II, Carta Magna de la Mariología, y las incomprensibles resistencias a aceptar la Mediación materna de María Corredentora –Mons Hlinica debió cambiar el nombre del Instituto de religiosas que presidía– o el posible quinto dogma mariano, creo que ilustran bien que su intuición no andaba desminada.

Coincidió Mons. Pavel Hlinica en esa preocupación con prestigiosos teólogos, tales como el entonces Cardenal *Ratzinger*, que había advertido en aquélla –desde la atalaya de la Congregación para la doctrina de la fe– un peligro para la ortodoxia y la ortopraxis de la fe:

“La victoria de la mariología eclesiocéntrica condujo ante todo al derrumbamiento de la mariología en general. Me parece que la transformación del rostro de la Iglesia en Latinoamérica tras el Concilio, la transitoria concentración del afecto religioso en la transformación política, también se ha de entender sobre le

---

3. Ya en el Congreso mariológico de Lourdes de 1958 se enfrentó el eclesiopitismo a la corriente cristocéntrica tradicional, que, al subrayar el paralelismo con Cristo, veía a María, ante todo, la asociación a su obrar salvífico; que funda una trascendencia de María respecto a la Iglesia por ser su causa no sólo ejemplar sino también eficiente, subordinadamente a Cristo, como Madre de la misma. *El eclesiopitismo* considera a María primariamente en función de la Iglesia: como su figura, su prototipo, como su Hija más excelsa (la Hija de Sion), su encarnación más sublime. *Según este enfoque eclesiotípico, la Virgen es totalmente immanente a la Iglesia y de ninguna manera, sobrepasa por encima de esta Iglesia*, considerada en cuanto comunidad compuesta de hombres. *El cristopitismo*, por el contrario, relaciona a María directamente con Cristo y con su misión; y, ya por principio, tiende a ver en María una participación de los privilegios y misterios de Cristo, en virtud de la cual actúa subordinadamente a Cristo sobre la Iglesia universal y sobre cada uno de los hombres que la componemos, con ejemplaridad e influjo maternal en la donación de la gracias que ha contribuido a adquirir, asociada a la obra salvífica de su Hijo.

En contra de lo que hubiera sido razonable esperar, lo que al principio parecía una pugna de escuelas teológicas, se convirtió más tarde en dos modos distintos de entender el catolicismo. Ya no se trataba sólo de una discusión sobre determinadas prácticas de piedad, ahora de lo que se trataba era de dos mentalidades para configurar el catolicismo, o más bien, de dos catolicismos que luchaban por hacer triunfar sus tesis.

El Concilio Vaticano II se sirvió de las aportaciones de ambas tendencias –así lo veremos– en admirable equilibrio., asumiendo en su integridad el Critocentrismo de la Tradición bajo la guía del Magisterio que funda la trascendencia de María respecto a la Iglesia, como Cuerpo y Esposa de Cristo Cabeza, con el que forma un único Cristo total.

trasfondo de estos hechos. La mariología nunca puede quedar simplemente disuelta en lo objetivo de la eclesiología: el contenido tipológico de los Padres se malinterpreta profundamente cuando se reduce a María a una pura (y, por tanto, intercambiable) ejemplificación de los hechos teológicos. El sentido del tipo sólo se sigue percibiendo, más bien, cuando la Iglesia es reconocible en su forma personal a través de la insustituible figura de María. (...) Una eclesiología puramente estructural hará degenerar a la Iglesia en un programa de actuación. Sólo mediante lo mariano se concreta también plenamente el ámbito afectivo en la fe, con ello se alcanza la correspondencia humana a la realidad del Logos encarnado. En este punto veo yo la verdad de la expresión “María, vencedora de todas las herejías”: donde se da ese enraizamiento afectivo existe la vinculación ex toto corde –desde el fondo del corazón– con el Dios personal y su Cristo, y resulta imposible la refundición de la cristología en un programa de Jesús que puede ser ateo y puramente material: la experiencia de estos últimos años corrobora hoy de manera asombrosa lo acertado de estas viejas palabras”.<sup>4</sup>

B. Gherardini, conocido teólogo de la Universidad Lateranense, insiste también, en su notable monografía sobre la realeza de María, en la necesidad de una clarificación conceptual:

“Il termine consacrazione –escribe– è distinto dal termine affidamento: questo, infatti, «fa leva sull’abbandono fiduciale; l’altro, sul riconoscimento d’una superiorità, alla quale “servire é regnare”, con la quale si intende stabilire “u” un rapporto gerarchico o d’alleanza” e ci s’impegna per un servizio d’amore». <sup>5</sup>

No son pocos, sin embargo, los mariólogos de renombre e influencia, ajenos – más o menos– al minimalismo eclesiotípico, que se oponen también al término consagración referido a cualquier criatura, incluida María, por supuestas razones teológicas, cuya inconsistencia me propongo evidenciar en este estudio. Incluso teólogos tan ponderados como el conocido mariólogo montfortiano S. di Fiores, aún considerándolo legítimo, propio y bien fundado, prefieren evitarlo, por equívoco y poco ecuménico<sup>6</sup>. Pese a su identidad sustancial, prefiere evitar el término “consagración”, habitual en los textos magisteriales, por su supuesta “ambigüedad” semántica y por “no aparecer en la Escritura”.<sup>7</sup>

“Di Fiores, in sintonia di pensiero con san Luigi G. de Montfort –escribe el padre Alessandro– si muove sulla linea dell’identità sostanziale dei due termini: l’affidamento é incluso nella consacrazione, ma accentua una componente di amore fiducioso [...] e la disposizione a lasciarsi condurre da lei (Maria) nella vita... Nell’affidamento si vuole significare, «l’aspetto mistico di fiducia e disponibilità di chi si vuol far condurre dallo Spirito Santo sul paradigma di María. Nella consacrazione – secondo l’uso corrente – prevale invece l’aspetto di impegno totale la differenza tra i

---

4. J. RATZINGER, *María Iglesia naciente*, Madrid 1999, 17 y 19.

5. B. GHERARDINI, *Sta la Regina alla sua destra Saggio storico-teologico sulla regalatà di Maria*, Roma 2002, 172 ss,

6. S. DE FIORES, Prospettive teologiche circa la consacrazione a Maria, in S. DE FIORES – G. AMORTH, “La consacrazione dell’Italia a Maria”, Ed.. Paoline, Roma 1983

7. “Padre De Fiores, per esempio, ritiene che l’espressione «consacrazione a Maria», pur legittima, si allontana dal senso biblico e si carica di ambiguità. Per questa ragione dovessimo esprimere una preferenza, questa sarebbe per un’espressione biblica messa in evidenza nel nostro tempo nell’esegesi di Gv 19,27: l’accoglienza di Maria da parte del discepolo amato da Gesù».

due termini é data dagli aspetti di attività (consacrazione come dono–impegno) e recettività (affidamento come sintonia fiduciosa e disponibile»

El P. Alessandro M. Apolonio se hizo eco de la extrañeza de quienes participaban de la inquietud de mi buen amigo Pavel Hlinica, en su completo y profundo estudio teológico *La Consacrazione a María*<sup>8</sup>– que tengo especialmente en cuenta en este mío– publicado en la clarificadora Revista Internacional *Immaculata Mediatrix* el año 2001, que tan aceradamente dirige, sobre nuestro tema (aquí citado CM).

“En esta solemne espresión de devoción mariana por parte de la Iglesia jerárquica en el jubileo de los Obispos (ante la imagen de nuestra Señora de Fátima) muchos han notado la ausencia de la espresión “Consacrazione a Maria”. Esto ha sido interpretado erróneamente como una suerte de reprovación. En realidad no se trata de condena doctrinal, sino de opción pastoral, sensible a las reiteradas instancias de teólogos empeñados nn el dialogo ecuménico... Baste como demostración de la inmutada estima por la terminología clásica de la consagración a María, de su licitud y corrección teologica, el hecho de que en el mismo librito editado por el “Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice”, “l’Atto di affidamento alla Beata Vergine” (p. 69) fue traducido en tres lenguas –francés, español y portugués– con el término consagración”.

Debe tenerse en cuenta que no disponen estas lenguas de un fonema apto para expresar la idea de “abandono confiado” al cuidado maternal de María de una palabra tan bella y armoniosa como “affidamento” –yo mismo me he visto precisado a acudir a más de una palabra para transmitir los matices de su genuina significación, privilegio de la armoniosa lengua de Italia, país, por excelencia, de las artes y del “bel canto”. Juan Pablo II pensaba en polaco como yo lo hago en español. Es lógico que traduzcamos espontáneamente “affidamento” por “consagración”, que expresa la misma idea; si bien, como veremos, esta última explícita de modo más expresivo su significación trascendente, con un “plus” de sacralidad “prorsus singularis” (LG 61) que nos introduce en el orden hipostático que muchos no ven o no quieren ver.

Desde que ese término “affidamento” fue usado por Juan Pablo II por primera vez el 7 de Junio de 1981, aparece con más frecuencia en su magisterio que el de “consagración”, que continuó, por lo demás, usando en otras ocasiones<sup>9</sup>. Pero dio siempre a uno y otro término idéntica significación, según se evidencia por el contexto. Pensaba en polaco, que no dispone del vocablo equivalente a “affidamento”, y –como se ha hecho notar– parece evidente su intención de evitar escrúpulos a sus inmediatos colaboradores, aconsejados por los mariólogos de las Facultades romanas más influyentes, nada simpatizantes, en buena parte, con la noción de mediación materna de María Corredentora, trasendente a la Iglesia entera, de la que es Madre en todas y cada una de sus dimensiones.

---

8. A. M. APOLLONIO, “La consacrazione a Maria”, en *Inmaculata Mediatrix*, I (2001) 3., 49–102. Este completo y excelente estudio, del que parto para mi investigación, tiene como horizonte la reivindicación de la Consagración a la Inmaculada incluida en el cuarto voto mariano de “missio ad gentes y martirio” de los Franciscanos de la Inmaculada, inspirado en la tradición franciscana que confluye en San Maximiliano María Kolbe. Cfr. también B. GHERARDINI, *Sta la Regina alla sua distra*, cit. M. MANELLI, “Maria Regina ieri, oggi, sempre”, en *Inmaculata Mediatrix*, IV (2004) n.1, pp 121–134.

9. “Madre amabilísima, tú conoces a cada uno por su nombre, con su rostro y con su historia, y quieres a todos con amor materno, que fluye del mismo corazón de Dios Amor. Te confío a todos y los consagro a ti, María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra”.

Juan Pablo II –el justamente llamado “Papa de María”<sup>10</sup>–, estaba plenamente comprometido en la Consagración personal, de la Iglesia y del mundo a la Santísima Virgen, más que ningún otro Papa en la historia de la Iglesia. Dice Stephano Di Flores:

“Si los últimos Papas han hablado favorablemente sobre la Consagración Mariana, Juan Pablo II la ha hecho una de las características claves de su Pontificado”, más que ningún otro Papa, desde el comienzo de su Pontificado. Se había formado en la espiritualidad montfortiana de la consagración a María en forma de esclavitud de vieja tradición patristica,<sup>11</sup> (en el sentido bíblico muy diverso del profano) a “la sierva” del Señor que –por serlo– es Mediadora y Reina del Corazón del Rey, el “Siervo de Yahvé”. Su divisa era el “totus tuus”, popularizado por San Luis María G. de Montfort, cuya espiritualidad de “esclavitud mariana” recomendó a toda la Iglesia en la encíclica “Redemptoris Mater”.

De hecho, sin duda para evitar posibles equívocos, Benedicto XVI ha vuelto a la terminología tradicional. Un ejemplo –muy significativo, por cierto– son las recientes oraciones de consagración, una de ellas de los sacerdotes, el 12-V-2010, en el año sacerdotal, en la Capelhana de las apariciones de Fátima, en su visita pastoral a Portugal.

Para juzgar sobre este contencioso de manera recta, debemos esclarecer primero qué se entiende por “sagrado” y por consagración.

## I. LO SAGRADO Y LO PROFANO. NOCIÓN ANALÓGICA DE CONSAGRACIÓN

Los fenomenólogos, después de Max Scheler, y sobre todo Rudolf Otto, suelen separar tajantemente al ámbito de lo santo o sagrado de lo profano (lo que se encuentra en el ámbito creatural, etimológicamente “en el umbral de lo sacro”). Lo sagrado corresponde a la categoría bíblica QÔDES<sup>12</sup>, derivada de una raíz que significa cortar, separar, que atañe al misterio de Dios inaccesible; pero que se aplica también, por metonimia, al culto y a las personas, lugares y tiempos, en estrecha relación con él, los cuales se presentan cargados de un halo misterioso designado por R. Otto con el término, que hizo fortuna, de “numinoso” –porque participa de la majestad divina y provoca un sentimiento mixto de sobrecogimiento y admiración (no sólo en la religión bíblica, sino también –según los fenomenólogos de la religión– en el mundo multiforme de las religiones en todos los tiempos y lugares).

¿Cómo interpretar correctamente esta distinción de ámbitos de lo sagrado y lo profano? La dimensión religiosa del hombre “pertenece a la estructura de la realidad personal”, en virtud del respecto creatural constituyente de la persona, que se manifiesta de modo connatural, en el plano operativo, en una actitud religiosa de adoración que todo lo refiere a la gloria de Dios. Nada hay absolutamente profano para el hombre

---

10. GIOVANNI PAOLO II, TOTUS TUUS. Il Magistero Mariano di Giovanni Paolo II a cura di Arthur BURTON CALKINS (Siena: Edizioni Cantagalli, 2006). JP II, es el heredero de una gran tradición eclesial de consagración mariana. Conocido por su amor filial y profunda devoción a María ha dado un énfasis particular y podríamos decir, nuevo, a la necesidad de la consagración a María. que fue clave en su vida personal.

11. En el anexo a este estudio puede verse un breve recorrido histórico de la consagración a María, uno de cuyos hitos fundamentales es la esclavitud mariana.

12. Cfr. X. LEON DUFOUR, *Vocabulario de Teología bíblica*, Barcelona 1965, 740.

religioso que todo lo refiere al Creador, y con doble motivo después de la Encarnación redentora del Verbo, que asumió una naturaleza humana en esencial vinculación al entero universo creado, que está también llamado a participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rm 8, 21). La vida entera del hombre debe tener, pues, una dimensión cultural. “Ora comáis, ora bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor 10, 31), según la feliz fórmula de S. Ireneo, “Gloria Dei vivens homo, et vita hominis visio Dei” (Adv. haereses, IV, 20, 7).<sup>13</sup>

Pero si, a la luz de cuanto acabamos de decir, nada hay radicalmente profano, esta distinción es legítima si comparamos las realidades –personas, cosas, lugares y tiempos consagrados al culto divino– con el resto de actividades de la persona humana, que, en cuanto constitutivamente religiosa, asumen una dimensión cultural de glorificación de Dios. Todas ellas están llamadas a ser –digamos con terminología de la Escuela– actos imperados de la virtud de la religión. El ámbito objetivo de lo sagrado en sentido estricto, constituídos por los actos elícitos de la misma –litúrgico–ceremoniales, directamente culturales– es “sagrado” consecutivamente a lo radical “religioso” subjetivo constitutivo de la persona. Lo sagrado en sentido estricto lo es por pertenecer al “sancta sanctorum” de lo religioso. Zubiri lo expresa diciendo: “ciertamente lo religioso puede ser sagrado. Pero es sagrado porque es religioso, no religioso porque es sagrado”.<sup>14</sup>

Aunque etimológica y originariamente el término consagración tiene una connotación religiosa, en el uso del mismo se emplea también, por analogía, en el ámbito profano para significar una actitud de dedicación y dependencia respecto a algo o a alguien, que participan de su originaria referencia religiosa por la intensidad de la vinculación sujeto-objeto.

“Dall’uso del termine «consacrare» nel linguaggio comune, apprendiamo – scrive el Padre Alessandro María Apolonio<sup>15</sup>, – che il termine indica quasi sempre una

---

13. “No podemos ser hijos de Dios sólo a ratos, aunque haya algunos momentos especiales dedicados a considerarlo, a penetrarnos de ese sentido de nuestra filiación divina, que es la médula de la piedad”, repetía con frecuencia San JOSEMARÍA E. Se evita así caer en la incoherencia “de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de la otra distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. (...) Necesita nuestra época devolver –a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares– su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios. (...) Se comprende, hijos, que el Apóstol pudiera escribir: todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios (I Cor. III, 22–23). Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor. Y para que quedara claro que –en ese movimiento– se incluía aun lo que parece más prosaico, San Pablo escribió también: ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios (I Cor. X, 31)” J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar al mundo* apasionadamente, Homilía, Pamplona 8–X–1967.

14. Cfr. X. ZUBIRI, *El problema filosófico de la historia de las religiones*, 26 y 58. “Lo sagrado y lo profano son dos vertientes de una misma realidad que es justamente la vida religiosamente tomada, la realidad religiosa” o. c., 93 de la cultura contemporánea, (Sobre la dificultad de creer hoy) Madrid 1980, 25. Cfr. R. GUARDINI, *Religión y revelación*, I, Madrid 1960, 31–32. R. GUARDINI, *Religión y revelación*, I, Madrid 1960. V. SANZ, “Los radicales de la religión”, *Scripta Theologica*, XXVII (1996), 579.. ALESSI, *Sui sentieri del sacro. Introduzione alla filosofia della religione*, Roma 1998, 283 ss. J. FERRER ARELLANO, *Filosofía de la religión*, Madrid 2001, 27, y Cap. IV–V

15. APOLLONIO, CM,50

speciale relazione tra una persona umana ed un' altra realtà, la quale influisce sulla persona stessa, partecipando ad essa le proprie caratteristiche e perfezioni.

La natura di questa relazione si può esprimere con termini che indichino offerta, dono, voto, sacrificio. Vi é unanotevole gradazione sia per quanto riguarda la misura del dono, sia per quanto concerne il termine ad quem della consacrazione. Infatti, l'offerta può essere temporanea o perpetua, parziale o totale, fino ad arrivare al sacrificio completo di sé. Anche il termine ad quem della consacrazione manifesta una notevole varietà di significati: può essere Dio, una persona umana, un ideale, un lavoro. si devono tener presenti l' origine e le varie accezioni del termine per stabilire la sua legittimitá ed il suo significato necessariamente analogico, quando lo si riferisce all'Immacolata”.

La dedicación y entrega del sujeto consagrado –“término a quo”– a algo o a alguien–“término ad quem”– y su consiguiente dependencia respecto a él, puede ser, en efecto, de mayor o menor grado intensivo y extensivo, en un orden de participación cuyo “analogatum princeps” es la relación de absoluta dependencia a Dios, al que se debe por entero. La persona humana sólo pertenece totalmente a su Creador y Salvador. Sólo a Él debe entregarse de modo total: “totus tuus”. Puede una persona pertenecer a tal o cual etnia, cultura, comunidad...; o a tal o cual tipología de la condición humana (“eslavo”, “germánico”). Pero el influjo de esa pertenencia y su eventual consagración –en sentido amplio, según el actual uso del término en nuestra área cultural– a ellas y sus valores–, no le hace depender de ellas de modo absoluto (“non secundum se totum et secundum tota sua”).

Pero teniendo en cuenta que hay mediaciones creadas objetivas que son necesarias para alcanzarla, no meramente funcionales, sino constitutivas. De hecho, lo son objetivaente, como veremos, por voluntad de Dios –para todos, aunque no sea advertido subjetivamente con demasiada frecuencia– la Inmaculada Corredentora, la Eucaristía y la Iglesia fundada sobre Pedro, (subordinadas en un ordenación que enseguida precisaremos). Median, pues, de modo necesario, por divina disposición, entre Dios y el resto de la creación.

Son tres, en efecto, las mediaciones objetivas necesarias e indisolubles para la *edificación de la Iglesia, como instrumento de la dilatación del Reino hasta su plenitud escatológica en la Parusía del Señor*– que algunos movimientos de la Iglesia llaman, con sugerente y amoroso simbolismo, “las tres blancuras”: la Inmaculada, la blanca Hostia y la blanca sotana del Papa –, según un orden de prioridad fundante; que derivan –y participan– de la Única Mediación Capital de Cristo. Puede hablarse, en efecto, de *un triple principio constitutivo de la Iglesia peregrina como “sacramentum salutis” mariano, eucarístico y petrino*.

La primera, la *mediación materna de María*, hace posibles las otras dos, comenzando por la Eucaristía, que aplica, en el orden de la redención subjetiva, los frutos salvíficos del Sacrificio del Calvario que María contribuyó a adquirir en el orden de la relación objetiva. Por disposición divina fue predestinada con su Hijo, antes de la previsión del pecado, a una plenitud de santidad inmaculada –por admirable y perfectísima redención preservativa–, para asociarla a la obra salvífica del Dios hombre Redentor, de manera singular y única (LG 61).<sup>16</sup>

Su presencialización sacramental en la *Eucaristía* –la segunda mediación– de la que vive la Iglesia, incluye, pues, la presencia de María en el ejercicio de su maternidad

---

16. Sobre este tema cf. mi ponencia al Simposio de 2001, The Immaculate Conception as condition of possibility of the Corredemption, en Actas.

espiritual sobre la Iglesia. De esta misteriosa presencia –de su persona glorificada y de su obrar salvífico por inseparabilidad respecto a las de su Hijo– a la que alude brevemente la Encíclica “Ecclesia de Eucharistia” en el cap. V.

La Eucaristía es, a su vez, la razón formal de la tercera, el *ministerio petrino*, que fue instituido por Cristo para asegurar la unidad en la fe y en la comunión que dan vida a la Iglesia. Pedro, la roca firme, garantiza la recta celebración del sacrificio eucarístico –del que vive la Iglesia– hasta que Él venga (cfr. 1 Cor 11, 26), como principio de unidad en la fe y en la comunión del sacerdocio jerárquico, capacitado, por el carácter del orden, a renovar in persona Christi el divino Sacrificio del Calvario.

Tal es el fundamento de la doble dimensión petrina –jerárquica y ministerial– y mariana –materna– de la Iglesia, que tiene su origen –a modo de impronta causal– en el dinamismo salvífico de la Eucaristía, en tanto que implica, e incluye, en indisociable sinergia operativa, el influjo ejemplar y eficiente de las otras dos mediaciones, mariana y petrina.

*La Eucaristía es, en efecto, como afirma el último Concilio, “la fuente y culminación de toda la predicación evangélica” (PO 5) y “la cumbre a la que tiende toda su actividad, y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC. 10). Pero lo es –siempre y sólo, hasta el Reino consumado cuando Él vuelva–, “con Pedro y por María”.*<sup>17</sup>

*Son también necesarias las mediaciones subjetivas –gracias de mediación, jerárquicas y carismáticas– que disponen a cada persona habilitándola para a realizar su vocación personal según el modo de su participación en la misión salvífica en la Iglesia al que les destina el designio de Dios para el que cada una de ellas ha sido creada, por los dones jerárquicos y carismáticos que explicitan –concretándola– la consagración ontológica propia del carácter bautismal. Tienen la función de habilitar para la realización de la vocación personal de cada bautizado, llamado, según el modo propio de cada uno de ellos –según el designio divino de la divina predestinación– de participar en la dilatación del Reino de Dios como miembros activos de su Iglesia, único instrumento y arca universal de salvación del mundo.*

*Aunque sean realidades creadas, unas y otras –objetivas y subjetivas–, son mediaciones necesarias– relacionadas como el polo subjetivo y el objetivo– que abren el camino al fin salvífico de la comunión con Dios en su Vida bienaventurada para el que hemos sido creados.*

*No ocurre lo mismo con otras vinculaciones consecratorias que son de libre disposición –meramente funcionales–, tales como tantas devociones particulares, la adscripción a una u otra asociación de fieles que pueden abandonarse o ser sustituidas por otras– con la excepción de San José, que pertenece al orden hipostático, y de los santos Ángeles–; o –en otros ámbitos más profanos– la pertenencia a tal o cual nación, comunidad o a tal o cual tipología de la condición humana, en sentido propio (polaco, escocés, catalán); o metafórico (“alma de león”, “dinámico ejecutivo”)–, pero su influjo no le hace depender de ellos de modo absoluto (“non secundum se totum et secundum tota sua”). Por eso el calificativo o el genitivo expresivo de esas pertenencias y las eventuales vinculaciones “consecratorias” –repito, en sentido amplio– que puedan tener en ellas su origen, debe entenderse en sentido relativo, no absoluto; pues no le posee –o no le debe poseer–, dominándola de una manera total. No debe ser sino un medio para*

---

17. J. FERRER ARELLANO, “La triple mediación de la inmaculada, la eucaristía y el ministerio petrino, en la edificación de la iglesia peregrina hasta la parusia. La doble dimensión mariana y petrina de la iglesia”, Eph. Mar. 57 (2007), 433–443.

lograr mejor la que es debida a Dios, trascendente al ámbito creatural. Por eso el calificativo o genitivo expresivo de su pertenencia a esas magnitudes, en estos casos, le cualifica o determina de modo relativo –“secundum quid”–, pero no de modo absoluto, señoreándola de una manera total.<sup>18</sup>

De ahí la diferencia esencial entre vinculaciones de este último tipo, que no comprometen a la persona en sentido absoluto, sino meramente relativo, con respecto a las que se refieren a Dios, nuestro Principio y Fin y las mediaciones necesarias objetivas para alcanzarlo (María, con su inseparable esposo virginal José, la Eucaristia, la Iglesia edificada sobre Pedro, y a las necesarias actitudes subjetivas que hacen posible la exigencia cristiana de disponibilidad, abandono y total entrega (totus tuus), en actitudes de oración, sacrificio y servicio apostólico (mediaciones subjetivas).

Como escribe con su habitual profunda intuición teológica el Padre Fehlner refiriéndose a la necesaria mediación de la Inmaculada:

“La teología perfeccionada por la contemplación es teología plenamente marianizada: todo lo cual hace referencia al estar al pie de la cruz, el misterio del ofrecimiento-oblación o consagración de Cristo, prolongada en la Eucaristia, la adoración del Padre en espíritu y verdad. He aquí porqué la mediación materna de María es la llave de la verdad y de la vida. Este es también el motivo por el cual, en términos prácticos, *la devoción a María, Mediadora materna, conduce lógicamente a la consagración total a la Inmaculada*, a la incorporación eficaz de tal misterio en la vida, porque al ser preservada del pecado, constituye *una jerarquía a parte*, trascendente a todas las otras criaturas, y el canal y el medio de nuestra liberación del pecado”.

“Un solo filo –concluye el P. Fehlner– corre da Francesco d’Assisi a Bonaventura da Bagnoregio a Giovanni Duns Scoto, per giungere a Massimiliano Kolbe. Essi si uniscono a Lei nel canto del “Magnificat” per le meravigliose opere di Dio, per le meraviglie della sua salvezza compiute dal Figlio di Dio e Figlio di Marta, proprio in e attraverso l’Immacolata: il miracolo della carità divina, della carità serafica, capace di dare la propria vita per salvare quella del prossimo per l’eternità. In conclusione, il Cantico delle creature é reso possibile dal “Magnificat” della nostra Signora e Regina”.<sup>19</sup>

## II. OBJECIONES AL TÉRMINO COSAGRACIÓN REFERIDO A MARÍA

---

18. <<Rechaza el nacionalismo, que dificulta la comprensión y la convivencia: es una de las barreras más perniciosas de muchos momentos históricos. Y recházalo con más fuerza – porque sería más nocivo–, si se pretende llevar al Cuerpo de la Iglesia, que es donde más ha de resplandecer la unión de todo y de todos en el amor a Jesucristo>> (San Josemaría, Forja, 879). El hombre no se subordina a la comunidad política, por ejemplo, sino en la medida en que está implicado su bien particular al bien común. Pero ella le está subordinada, está al servicio de la persona. (Me viene a la memoria la famosa oda al “alma de Cataluña” de 1903, del gran poeta Maragall, que abominaba del nacionalismo excuyente e idolátrico, que expresa muy bien esa idea).

19. P. D. FEHLNER,

Cuesta comprender las objeciones a las que ya hicimos alusión, de algunos teólogos al vocablo “consagración” aplicado a María. *Es cierto que su “término ad quem” sólo puede ser Dios. Pero se olvida que –como anticipábamos en el epígrafe anterior– ha sido Él quien ha querido contar en todo y para todo con la mediación materna de la Inmaculada que participa de modo singular y único de la Mediación capital de Cristo, Unus Mediator. Ella no es Dios, pero sólo en Ella podemos encontrarlo, porque así lo ha querido Dios.*

En virtud del principio de singularidad trascendente de la Inmaculada respecto al resto de la creación, su plenitud de gracia la constituye en mediadora maternal entre la fuente de gracia –Cristo Cabeza– y la humanidad. *El corazón de la Inmaculada es el molde materno en el que se forma el Cristo total, Cabeza y miembros.*<sup>20</sup>

El único mediador es Cristo, pero en y con María, pues siempre está en María y obrando junto a Ella para conducirnos a Él. Cristo está siempre en María a la que hace participe de su propia función mediadora en el orden de la salvación que alcanza a todos y cada uno de los hombres y los ángeles –uno a uno– de modo inmediato y directo.

*Es, pues, Mediadora en el Mediador, en tanto que participa –de modo subordinado– de la plenitud desbordante del “Unus Mediator”– no sólo en la realización de la Redención, como Corredentora –en el orden de la mediación ascendente– sino también en la distribución de sus frutos –en el orden de la mediación descendente– de la aplicación de la salvación –como Madre de la divina gracia– en tanto que nos las obtiene como Intercesora o Abogada (Reina del Corazón del Rey, tipificada por la Gebirá veterotestamentaria) y cauce de su donación.*

Como escribe acertadamente el P. Alessandro María Apolonio<sup>21</sup>:

“La Escritura, reservando el termino “consagración” a la relación con Dios, no condena el uso analógico del mismo en el sentido de una atribución parcial y limitada de su concepto o de alguno de sus elementos a una criatura santa como Maria. Se trata evidentemente de analogía de atribución, en la cual el analogado princeps es la consagración a Dios y los analogados secundarios son las consagraciones a las criaturas, en cuanto esencialmente dependientes de la consagración a Dios y ordenadas de diverso modo al perfeccionamiento de la misma consagración bautismal, con vistas a progresar en el camino de santificación. Siendo «un modo excelente de consagrarse a Cristo», la consagración a Maria no debe ser vista como un duplicado paralelo a nuestra consagración bautismal, sino como el modo excelente de realizarla.... Es cierto que pertenecemos a Dios en el sentido más radical y absoluto, porque es Él quien nos ha creado y nos mantiene en el ser. Pero en cuanto hijos espirituales, también pertenecemos a Ella. Por consiguiente, como es analógico el concepto de pertenencia, siendo ésta participada de Dios a Maria, así es lícitamente analógico el concepto de consagración, siendo éste proporcionado al grado de pertenencia”<sup>22</sup>.

---

20. Es muy ilustrativa, a este respecto, esta reflexión de San Maximiliano María Kolbe: “Cristo se encuentra dentro de su palacio real, no fuera de su morada, sino dentro, muy dentro de sus estancias” (María). Nosotros debemos buscar a Jesús por medio de Ella y no en otro lugar, sino solo en Ella. Pasemos con una al otro, pero no de una al otro>>. (Cf. SK, I, p. 132).

21. CM, p. 95–98.

22. J. DE FÍNANCE, *La consécration à la Sainte Vierge*, Ed. Unions mariales, Paris 1946; IDEM, *Consécration*, in: “Dictionnaire de spiritualité”, vol. II, op. cit., coll. 1576–1583. J. ALFARO, “Il cristocentrismo della consacrazione a Maria pella congregazione mariana”, *Stella mattutina*, Roma 1962, p. 21. R. LAURENTIN, *Retour a Dieu avec Marie. De la sécularisation a la consécration*, OEIL, Paris 1991, p. 81.

Karl Rahner escribió un ensayo sobre la consagración a María en la perspectiva de las congregaciones marianas de los jesuitas (a las que pertenecí yo en mi juventud)<sup>23</sup> en el que acepta y define acertadamente el término como «accettazione credente e amante della relazione oggettiva tra Maria e noi», pero la interpreta mal, porque asume –como él mismo repite con machacona insistencia en sus escritos– el rumbo subjetivo de comienzos de la edad moderna, abandonado el pensamiento objetivo, acrítico, de la escolástica, que descalifica con dureza. Cree compatible ese giro antropocéntrico con la Filosofía de Sto. Tomás, reinterpretándola en clave inmanentista kantiana para hacer inteligible el mensaje cristiano al hombre de nuestros días. El giro hacia la subjetividad del pensamiento postcartesiano de la edad Moderna caracterizado por la primacía de la conciencia de la subjetividad respecto al ser objetivo, negando su trascendencia (principio de inmanencia)<sup>24</sup>, caracteriza el pensamiento de la “modernidad” de estos últimos siglos –de la que Rahner es un epígono tardío– ya en trance agónico de extinción, a la que ha seguido el, como es notorio, el decadente y superficial del “pensiero devole” de la así llamada “postmodernidad”.

La reflexión temática sobre Dios no es para Rahner el resultado de un conocimiento transobjetivo de Dios inferido directamente del conocimiento objetivo de la realidad, “via causalitatis”, sino la transposición conceptual de un conocimiento apriórico de Dios que, de forma anónima y atemática, se da en nuestra subjetividad. Pero esta perspectiva del subjetivismo no nos permite alcanzar a Dios con certeza apodíctica. Es fideísmo teológico.<sup>25</sup>

---

23. K. RAHNER, “La Consacrazione a Maria nella congregazione mariana. Aspetti teologici e riflessi della vita”, Stella matutina, Roma s.d.

24. Sobre la estrecha conexión de minimalismo mariológico –más o menos condicionado por la perspectiva protestante de “solus Christus”– con el inmanentismo filosófico y la filosofía hegeliana de la historia. Cf. FEHLNER, *Il cammino*, cit. p. 45. Muestra el A. también como la negación del estatuto ontológico de la feminidad, que llega a negar la misma maternidad, la virginidad y la sponsalidad propia de la mujer, conduce a renegar de María –que es por esencia Virgen, Madre y Esposa– como modelo –arquetipo trascendente– de la condición femenina (y viceversa).

25. La subjetividad se convierte así en el punto de partida para interpretar toda la Revelación cristiana. Para una mente imbuída de noética nominalista (Lutero –discípulo de Gabriel Brel– afirmaba de sí “ego sum factionis occamianae”)–ya emprenda la vía empirista, ya la racionalista cartesiana, ya la kantiana (síntesis de ambas), postkantiana (idealista o materialista), según la triple inflexión inmanentista de la llamada modernidad el ser no es advertido como análogo, porque es imposible acceder –por falta de flexibilidad mental– en esa errada perspectiva, a la noción de participación, que es el verdadero fundamento de la “analogía entis”. Según el kantiano Rahner la analogía no nos permite tomar conceptos de este mundo para, una vez depurados, aplicarlos –“formaliter” o “virtualiter eminenter”– a Dios, sino que se trata de un modo deficiente de designar el horizonte trascendental al que tiende nuestro conocimiento. El concepto humano que empleamos para hablar de Dios es un mero reflejo de la incomprendibilidad del misterio sagrado al que tendemos. Estamos en la línea kantiana de agnosticismo esencial de Dios. Dios es el innominado, dice Rahner, y se llega a Él no “via causalitatis”, sino “via de la teología negativa o apofática”: el “hacia donde” inabarcable de nuestro conocimiento –del Dios Amor– que sigue progresivamente impenetrable en la “visio beata”. Rahner sigue utilizando los conceptos tomistas de diferencia ontológica entre esse y ente; dependencia del conocimiento intelectual del sensitivo; primado del ser sobre el conocer, etc. Sin embargo, hay una diferencia sustancial: que en santo Tomás el esse es participado por todo ente de manera objetiva y no habla nunca del conocimiento apriórico del ser, pues la aprehensio del ens (como unidad del esse y essentia) refleja lo que el ente es objetivamente: la diferencia que va entre el realismo y el idealismo. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *El misterio*

Desaparece totalmente en el nominalista kantiano, el plano de la participación y de la analogía. En santo Tomás el *esse* es participado por todo ente de manera objetiva y no habla nunca del conocimiento apriorístico del ser. Esta es la raíz metafísica de su negación de mediaciones participadas –tales como la consagración a María– con consistencia propia, y su práctica identificación con la consagración bautismal al mismo Dios:

“La consagración a María –escribe Rahner– siendo «un acto de fe, esperanza y caridad hacia el mismo Dios, en último análisis, es una consagración a Dios mismo, que excluiría la transposición de un mediador –o por lo menos de un cierto tipo de mediador– entre el yo y el tú de la consagración... La consagración va inmediatamente de corazón a corazón. No consiste en valerse de un medio que conduzca al amor, en realizar una obra, por medio de la cual –como en el propósito y en el voto, por el cual el amor debería crecer y convalidarse–; sino más bien en el libre fluir del amor mismo de persona a persona, de corazón a corazón. En el caso de la consagración a María, la mediación humana no es excluida, pero está asimilada tan perfectamente al término último, que es Dios, que no constituye obstáculo alguno entre Dios y el hombre, siendo «un acto de fe, esperanza y caridad hacia Dios mismo; en un último análisis, por consiguiente, es una consagración a Dios mismo”.<sup>26</sup>

No faltan mariólogos prestigiosos e influyentes que, aún admitiendo una cierta pertenencia de los cristianos a María, afirman que ella, no pudiendo participar de la trascendencia de Dios, cualidad divina absolutamente incomunicable a la criatura, no puede ser el objeto de una consagración”.<sup>27</sup> Según Alfaro “una consagración propiamente dicha no se hace sino a una persona divina, porque la consagración es un acto de latría, cuyo término final puede ser únicamente Dios”. También René Laurentin: “il n’est de consécration qu’à Dieu”. Sin embargo dada la generalización en la praxis pastoral de esa expresión –Consagración a María– estos autores admiten por lo general su uso, con tal de que se entienda “en sentido metafórico e impropio”.

El Padre Apolonio responde justamente, que la mediación de María entre Dios y el hombre no es funcional “ad melius esse”, de libre disposición por parte del hombre, sino constitutiva, necesaria para la salvación, participada y subordinada a la de Cristo, “Unus Mediator”:

---

*de Cristo en Karl Rahner y su prospectiva escatológica*. Actas del Simposio internacional de Florencia, en el Cenacolo D. Ghirlandaio della Chiesa Ogni Santi, K. Rahner, Un análisis crítico. 2008, pp.170 ss.

26. “Si vede chiaro –escribe A. M. Apollonio en su estudio citado– il tentativo di rimuovere l’errata tendenza di un certo devozionismo mariano che vedeva Maria come fosse una via alternativa al Cielo evitando l’incontro diretto con Gesù, considerato solo come giudice giusto e severo... Ma il pericolo della soluzione rahneriana é quello dell’esistenzialismo in genere, ossia di non distinguere a sufficienza la complessa struttura metafisica della realtà obiettiva, anche di quello che può essere un semplice atto umano di «amore personale». Infatti, l’atto umano d’amore a Maria, non può essere formalmente lo stesso di un atto umano d’amore a Dio. La differenza non si troverá nell’analisi esistenziale dell’atto umano d’amore, bensì nel giudizio metafisico dello stesso atto, cioè dalla considerazione della diversa natura della persona a cui termina l’atto d’amore. Ora, nel caso della consacrazione a Maria, il termine della relazione é composito. Come abbiamo visto, la consacrazione mariana deve essere intesa come atto personale d’amore a Maria, per appartenere piú perfettamente a Gesù e, per mezzo della sua umanità, a Dio stesso; la consistenza metafisica assolutamente diversa delle Persone divine e della persona umana di María”.

242. CM, 92

“pero no es una consagración que reduciría a María a un simple medio o instrumento en el plano de la Salvación, sino una mediación que pone a María realmente en un plano de dignidad intermedio entre Cristo y las criaturas, y por consiguiente no una mediación simplemente funcional, sino constitutiva. En esta perspectiva María es objetivamente trascendente a la humanidad pecadora: una trascendencia participada por la gracia, y por consiguiente análoga a la propia de Dios, pero verdadera trascendencia; como análoga y verdadera es la consagración a María, no impropia ni simplemente metafórica.<sup>28</sup> [...]. Consagrarse a María equivale a reconocer su participación única en la santidad de Dios y a la obra santificadora de Cristo en el Espíritu, mediante un empeño vital que incluye disponibilidad absoluta, don total, servicio en el amor, sintonía espiritual”.

Otros objetan: Si la consagración es un acto «descendente» en el que Dios toma posesión de sus criaturas, entonces el acto «ascendente» con el que la persona humana se ofrece libremente a Dios, no podrá llamarse propiamente «consagración». Si se acepta esta rigurosa distinción necesariamente el término «consagración a María» resulta no sólo impropio, sino teológicamente errado. Como consecuencia, se debería promover una renovación de la terminología.<sup>29</sup>

Ahora bien. Ese planteamiento analítico de dos movimientos salvíficos distintos debe continuar en una visión de síntesis, que advierta su profunda e inseparable unidad. El conocido principio kolbiano de la “acción-reacción” permite reconducir a la unidad los dos momentos «descendente» y «ascendente”, ya que toda la historia salvífica se da en el ámbito de un mismo movimiento salvífico circular: “todo procede del Padre, por medio del Hijo (Jesús), en el Espíritu (la Inmaculada), a fin de que todo retorno al Padre, por medio del Hijo (la humanidad de Jesús), en el Espíritu (la Inmaculada).

Aquí es esencial recordar la llave que —observa justamente el Card Journet— abre todas las cerraduras y sin la cual, por hábil y sabio que un cristiano sea, trabajaría siempre en vano: cuando se trata de la aparición del mundo, de la aparición de la vida, de la aparición del alma humana, de la aparición de la gracia santificante y del primer Adán, lo que hay que considerar es, ante todo, el movimiento de descenso por el cual la divinidad, rompiendo con lo que le precedía, inaugura un orden nuevo superior, discontinuo,<sup>30</sup>; y después, pero solamente después, el movimiento de ascenso por el cual un ser preexistente se encamina de un modo continuo hacia sus fines proporcionados, o prepara, bajo la influencia de un moción que lo eleva, un orden que le sobrepasa. Tal es el principio que, considerado por Santo Tomás en su aplicación última, le permitirá

---

28. CM, p. 94

29. “Su questa posizione si trovano, sostanzialmente, i salesiani E. Viganó e G. Gozzelino: «La consacrazione la realizza Dio attraverso la Chiesa; essa é sostanzialmente quella del Battesimo, della Cresima, dell’Ordine (per chi é diacono o prete), e quella della Professione religiosa [...]. E un dinamismo che scende e dall’alto [...]. Invece, l’atto di affidamento non crea nuovi rapporti di consacrazione, bensì rinnova, approfondisce, assicura, fa fruttificare quelli che già esistono, scoprendo i loro nascosti vincoli con Maria, Sposa dello Spirito Santo e Madre della Chiesa»...«L’affidamento designa il dinamismo ascendente dell’azione dell’uomo che si lascia prendere da Dio, ossia é la risposta [...] che scaturisce dalla libertà umana quando accetta l’opera di Dio nella propria storia».

30. Ese es el error de fondo de las actuales cristologías no calcedonianas de abajo arriba, inspiradas en el pelagianismo de un teilhardismo mal comprendido: en la evolución ascendente y universal desde el átomo hasta Cristo. (Puede verse su exposición crítica en J. FERRER ARELLANO, Sobre el saber humano de Jesucristo. Análisis crítico de las nuevas tendencias. Actas del XVII Simposio de Teología de la Universidad de Navarra de 1997).

ilustrar, bajo sus diversos aspectos, el mismo misterio de la aparición del “segundo Adán”. El Cuerpo de Cristo –escribe él– fue asumido por el Verbo inmediatamente, no progresivamente: “No hay que imaginarse aquí un movimiento ascensional por el que un ser preexistente sería conducido poco a poco a la unión divina, como lo creyó Fotino, que fue hereje; téngase ante todo cuidado en el movimiento de descenso del Verbo de Dios que, siendo perfecto, asume una naturaleza imperfecta”<sup>31</sup>. Cristo poseyó la gracia santificante –en plenitud– inmediatamente, no progresivamente: “En el misterio de la Encarnación, hay que considerar bastante más el movimiento de descenso de la plenitud divina en la naturaleza humana, que el movimiento de progreso por el que una naturaleza humana preexistente se volviera hacia Dios”<sup>32</sup>.

Dios siempre tiene la iniciativa. El es siempre “el que ama primero” (1 Jn 4,19), derramando gratuitamente su libre don salvífico, por la doble misión conjunta e inseparable del Verbo y del Espíritu Santo a lo largo de la historia de la salvación. Pero, el don del Creador y Salvador del hombre sólo fructifica en la tarea de cooperación creatural. “Partus Mariae, Christus; fructus Ecclesia”: el Cristo total; la estirpe espiritual de la Mujer del alfa y del omega, del Génesis y del Apocalipsis, que incluye –en la recapitulación final– desde el justo Abel al último de los elegidos<sup>33</sup>. Es, pues, el fruto de la libre cooperación del hombre, con el don salvífico de Dios, que deriva de la plenitud desbordante de la gracia de Cristo constituido en la Cruz Cabeza de la nueva humanidad (nuevo Adán) con la cooperación activa de la Corredentora, la nueva Eva, que será, en su consumación final, el Reino escatológico de la Jerusalén celestial (Ap 21,2) “ubi pax erit, unitas plena atque perfecta”<sup>34</sup>, en la comunión perfecta en Jesucristo de los elegidos con Dios Padre por la fuerza del Espíritu en un universo transfigurado.

No otra es la razón formal del misterio de la Iglesia peregrina como instrumento universal de salvación: la necesidad de cooperar con la gracia (con el don del Esposo), mediante la libre aportación del don de la Esposa (a imitación del “Fiat” de María), para que se realice la obra de la Redención, reuniendo a los hijos de Dios dispersos por el pecado del primer Adán bajo la capitalidad del nuevo Adán desde el trono triunfal de la Cruz gloriosa. La Iglesia, en efecto, para poder ser misterio de comunión, debe ser primero misterio de llamada. “A los que de antemano destinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó”.<sup>35</sup> La expresión “Iglesia, cuerpo de Cristo” subraya el aspecto de justificación. y de participación en la vida divina. Pero, en cambio, no acentúa suficientemente la dimensión de alianza, más explícita en las imágenes bíblicas “Nuevo Pueblo de Dios” o “Esposa de Cristo”: la imposibilidad de acceder a esa comunión con Dios como no sea después de una llamada consecratoria (caracteres sacramentales del bautismo y confirmación), a la que se habrá respondido con la fe.

---

31. S. Th. III, 33,3. Cf. Ch. JOURNET, *Introducción a la Teología*, cit. 138.

32. S. Th. III, qu. 34, a. 1, ad 1.

33 Sobre este tema he escrito un amplio estudio: “La doble misión conjunta del Verbo y del Espíritu como Incarnatio in fieri”, *Ephemérides Mariologicae*, 1998..

34. S. AGUSTÍN, Tract. 26 in Ioann., sub fine. La tradición medieval se complace llamar a María “Consummatio synanogae”. Sto. Tomás la llama “mater et figura synanogae” (de Israel). Todo Israel se recoge y condensa en su persona (la “Hija de Sión” mesiánica). Comienza con ella el tiempo mesiánico; el tiempo de la Iglesia hasta la consumación final de la historia de la salvación. La maternidad de María se extiende, pues, de Abel al último de los elegidos. Cfr. I. de la POTTERIE, *María en el misterio de la alianza*, cit. 24 ss.

35. Rom 8,30.

### III. EXITUS Y REDITUS. DOBLE MOVIMIENTO DE LA ALIANZA SALVÍFICA

La respuesta a la última objeción a la legitimidad del término consagración referido a María nos da la clave para comprender la insuficiencia conceptual del que pretende sustituirlo. Más que por inexacto, por ambiguo. El término *affidamento*, en efecto, es predicable de toda consagración, sea en sentido propio (a Dios, Principio y Fin del Universo, y a María, en virtud de su singularidad trascendente respecto al resto de la creación; por su pertenencia al orden hipostático y la necesidad de su mediación entre la fuente de la gracia y el Universo), sea en el sentido amplio e impropio, meramente funcional, de todas las demás pertenecientes al ámbito creatural. De ahí su inevitable tendencia a la ambigüedad, con tanta fuerza rechazada en la Escritura: “Os bilingüe detestor”.<sup>36</sup>

Se echa de menos en el actual ensayismo telógico a la moda el rigor del método escolástico, que comenzaba siempre la exposición de las cuestiones teológicas con una clarificación terminológica y conceptual.<sup>37</sup>

---

36. El fiel tiene el derecho a no ser turbado por teorías e hipótesis sobre las cuales no es capaz de juzgar o que pueden ser fácilmente simplificadas o manipulados por la opinión pública para fines que están muy lejos de la verdad. El día de su muerte, Juan Pablo I afirmó: “Entre los derechos del fiel, uno de los más grandes es el recibir la Palabra de Dios en toda su integridad y pureza. Es justo que el teólogo sea libre, pero con esa libertad que es apertura a la verdad y a la luz que proceden de la fe y de la fidelidad a la Iglesia”. “Conscientes de la influencia que sus investigaciones y afirmaciones ejercen en la enseñanza catequética. Los teólogos y exégetas tienen el deber de estar muy atentos para no hacer pasar por verdades ciertas lo que, por el contrario, pertenece al ámbito de las cuestiones opinables o discutidas entre expertos”. “Los doctores de la fe deben huir del hermetismo e incluso del lenguaje simplemente confuso que pueda engendrar ambigüedad. Los teólogos y sus colaboradores deben, en efecto, enseñar a los cristianos a comprender bien los acontecimientos y confusiones a través de las cuales se ponen prácticamente en tela de juicio su fe cristiana y su vocación. Las exposiciones de los teólogos deben hacer la fe más transparente, recordando sin cesar que no está hecho para ser consignada en volúmenes y sumas, por necesarios que sean, sino para ser vivida de una forma sencilla, e incluso, me atrevo a decir, popular”. Juan Pablo II, “Discurso a los Obispos de USA”, 15.X.79

37. El voto negativo del dictamen de la comisión nombrada para responder a la demanda de millones de firmas del quinto dogma mariano, con ocasión del congreso mariano de Czestochowa de 24-VIII-1996, afirma sin argumentos sólidos que los tres títulos propuestos –corredentora, mediadora y abogada– resultan ambiguos –la ambigüedad desaparece si se explica bien el sentido de los términos y su clara raigambre bíblica, patrística y magisterial–, añadiendo “que será preciso reflexionar el porqué de su escasa utilización del primero de ellos por el Magisterio desde hace 50 años”. Sea lo que fuere de esa última afirmación –que se ha demostrado en buena parte falsa, como ya apuntamos–, es evidente que es una clamorosa falsedad en lo que a Juan Pablo II se refiere, para quien la mediación materna de María (véase “Redemptoris Mater”, especialmente III parte), es la clave de su enseñanza mariológica –en la que emplea de nuevo en otros textos magisteriales el título “corredentora” retomando el vocablo consagrado en el Magisterio anterior (cfr. Nota 12), que parece el más apto para expresar la cooperación “única y singular”–eficiente, próxima y objetiva– de María asociada al nuevo Adán como la nueva Eva al Redentor. En contra de lo que dicen, es el mejor modo de evitar la ambigüedad que falsamente denuncian, abandonando de una buena vez el lamentable minimalismo protestantizante de la corriente eclesiotípica, sin raigambre en la gran Tradición.

El fundamento de la consagración en sentido analógico, pero propio y fomal, a la Inmaculada, es su plenitud de gracia que la constituye, como Corredentora, en mediadora maternal entre la fuente de gracia –Cristo Cabeza– y la humanidad. El Corazón de la Inmaculada es el molde materno en el que se forma el Cristo total, Cabeza y miembros. El así llamado “affidamento” incluido en la comprensión del concepto “consagración a María”, no es, pues, meramente funcional, como pretende el eclesiopitismo, sino reconocimiento práctico de la maternidad espiritual de María –de nuestra dependencia filial a María–; mediación necesaria –contitutiva– en el retorno al Corazón del Padre, con la firme voluntad de hacer efectivo –en acto segundo– por su consagración, lo que comenzó –en acto primero– en el “testamento del Calvario”, elemento constitutivo de la Iglesia, concebida en el “fiat” de la Inmaculada a la Encarnación, y nacida del costado abierto de Cristo y de la espada de dolor de la Mujer.

La Encarnación del Verbo por obra del Espíritu (las dos manos del Padre) es para S. Ireneo la ley de la historia de la Salvación en su integridad. Ésta es concebida por él como un progresivo acercamiento de Dios al hombre en el Espíritu por el Verbo, y del hombre a Dios en el Verbo por el Espíritu, una suerte de “incarnatio in fieri”, en una progresiva proximidad que alcanza su perfección en el Hombre-Dios y se actúa desde el principio por anticipación del misterio pascual.

En realidad, comienza con la creación ordenada a esta finalidad. Si en el Antiguo Testamento Dios “se acostumbra” en el movimiento de descenso al hombre en la synkatabasis cuyo vértice es la Encarnación redentora consumada en el misterio Pascual, también el hombre se habitúa de modo progresivo a Dios (movimiento salvífico de retorno a Dios de la humanidad caída). Hay a un tiempo “descenso” de Dios al hombre y “ascenso” del hombre a Dios. Este ascenso del hombre consiste en su educación por el Verbo, que le habitúa a sus costumbres, al igual que El se habitúa a las de la criatura. (Tal es el sugerente y genial lenguaje de S. Ireneo. Cfr. CEC 53).

#### a. **Movimiento descendente**

En la Antigua Alianza el don del Espíritu, antes de Cristo venido, actuaba y estaba presente en quienes realizaban su obra: reyes sacerdotes, sabios, profetas, fieles piadosos que le servían con fidelidad por las gracias de mediación sacerdotal, profética y regal, asegurada por la presencia (shekiná) del Verbo y el Espíritu en el arca de la alianza, manifestada a veces visiblemente en las teofanías (como la nube luminosa), bien por carismas intermitentes, bien más o menos estables –especialmente en profetas y reyes–, en una doble línea –tipológica y profética–, masculina y femenina<sup>38</sup>, que

---

38. Se da también, paralelamente a la corriente masculina, sacerdotal, profética y regal, que anuncia proféticamente y anticipa tipológicamente al Mesías, otra corriente femenina –también tipológica (cfr. CEC 489) y profética– referida a María y a la Iglesia, que es esencial para entender –en una de sus dimensiones esenciales– la entera historia de la salvación. J. F. MICHAUD, “Marie et le femme selon Saint Jean”, en *Eglise et Theologie* 7 (1976), 379–396, piensa, con razón, que el título Mujer aplicado por Jesús a María en clara alusión de Gen. 3, 15 y Ap 12, 1, implica que ella simboliza la Hija de Sión, también llamada Virgen de Sión y Madre de Sión, recurrente en numerosas profecías mesiánicas. “María es vista así en el interior de una gran corriente mesiánica femenina, que prepara la comunidad mesiánica, que desemboca en María; inferior, aunque paralela, a la masculina (las figuras de Moisés, del Profeta, del Mesías, del Servidor, el Hijo del hombre etc.) que desemboca en Jesucristo. Es una corriente vinculada a los temas de la ciudad de Sión de Jerusalén”, que prefigura la dimensión materna de la Iglesia

anuncian el cumplimiento de la promesa a Abraham, cuya descendencia es la misma descendencia –en singular– de la Mujer del Protoevangelio (la Hija de Sión de los tiempos mesiánicos).

Eran gracias carismáticas de mediación ordenadas al bien de la comunidad, disponiendo a los tiempos mesiánicos y anticipando su virtualidad vinculadas a la presencia salvífica cuasi–sacramental del Verbo y del Espíritu (la Schekinah) en el Arca de la Alianza, centro del culto y de la pervivencia misma de Israel como pueblo, prefiguraciones de la Unción sacerdotal profética y regal de Cristo, perfecto Mediador entre Dios y los hombres por la Unión Hipostática del Verbo encarnado en el seno de la Inmaculada por obra y gracia del Espíritu Santo, de la que hizo partícipes a sus discípulos mediante los dones jerárquicos y carismáticos de la comunidad sacerdotal “organice structa”– por las que recibe de continuo el Pueblo de Dios, en su fase histórica, una estructura orgánica institucional como sacramento de salvación

Estas gracias de mediación “pertenecen a la figura de este mundo que pasa”: meros medios instrumentales a manera de andamios (San Agustín) –obviamente provisionales–, que se usan sólo mientras dura la construcción, al servicio de la edificación de la Iglesia –germen e instrumento del Reino de Dios– según el “ordo Charitatis”. Están, pues, al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera por el libre “fiat” del hombre a la voluntad salvífica de Dios. Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo –ofrecido a través de la mediación institucional de la Iglesia (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)–, que reclama y posibilita el libre don de la esposa, con el que contribuye así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno de ellos según su vocación particular.

#### **b. Movimiento ascendente.**

Tales gracias de mediación se ordenaban, decíamos, a la comunión salvífica con Dios que se actuaba solamente en quienes libremente abrían su corazón al don salvífico, ofrecido en aquellas mediaciones de la doble misión trinitaria, cooperando activamente con él.

Se trata de la acción santificante del Espíritu Santo, destinada a la transformación interior de las personas para darles un corazón nuevo, unos sentimientos nuevos. En este caso, el destinatario de la acción del Espíritu del Señor no es la comunidad sino la persona en particular. Esta segunda acción por la misión invisible del Espíritu aunque presente y efectiva desde las puertas del paraíso perdido De ahí la importancia decisiva de la libre cooperación de los miembros de Cristo que es la Iglesia, para –avanzando de claridad en claridad– crecer en caridad, en una progresiva identificación con Cristo, “transformados en su misma imagen, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18), que contribuye a la dilatación del Reino de Dios, y a la santificación de los demás (en una proyección universal que trasciende el tiempo y el espacio).<sup>39</sup>

---

(Cfr. CEC 486).

39. Cfr. sobre este tema J. FERRER ARELLANO, “La persona mística de la Iglesia”, 1995.

Es el ideal paulino de madurez cristiana propia del estado de varón perfecto en un camino de ascensión espiritual en el que siempre cabe progreso (cfr. Fil 3, 13), mediante la docilidad a las operaciones e inspiraciones del Espíritu, que plasma en nuestros corazones la caridad. Es ella la que nos hace cristiformes, haciéndonos partícipes más y más de la plenitud desbordante de Cristo por la fe viva: hijos en el Hijo, hasta alcanzar la unidad plena y consumada de la comunión con Dios en Cristo, que será propia de la Iglesia al fin de la historia, cuando será Dios todo en todos en el Reino consumado escatológico. Será una unidad con Dios en Cristo que, conservando la insuprimible distinción entre criatura y Creador, y aquella entre las diversas criaturas – lejos de todo monismo panteísta– tiene como paradigma –en el caso de la persona humana– la de la Trinidad divina.

c. De la conjunción de ambos movimientos, descendente –don del Esposo, Cristo, el nuevo Adán, don de la Esposa, que aporta la Iglesia corredentora –que nace del Costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la Mujer, nueva Eva, María Corredentora–, brota la salvación del mundo, por la mediación de las almas dóciles al Espíritu Santo que, abandonadas confiadamente a la mediación materna de su esposa la Inmaculada, centran su vida en la Eucaristía, y se entregan totalmente– siendo coherentes con su consagración bautismal– a la dilatación del reino de Dios, en orgánica cooperación de sacerdotes, religiosos y laicos, hecha posible por el ministerio petrino, principio de unidad en la fe y en la comunión.

#### IV. LA CONSAGRACIÓN EN LA SAGRADA ESCRITURA LEÍDA “IN ECCLESIA”

Dumbo En el A. T. se consagraban a Dios profetas reyes y sacerdotes –y objetos destinados al culto–, con una unción<sup>40</sup> que prefiguraba la del Mesías escatológico anunciado, Sacerdote, Profeta y Rey, “a quién El Padre envió y santificó” como perfecto Mediador y Salvador en virtud de su amor obediente a la voluntad del Padre que lo había enviado al llegar la plenitud de los tiempos, nacido de Mujer: “Priusquam te formarem in utero, novi te et, antequam exires de vulva, sanctificavi te et propheta gentibus dedi”. La encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de la Mujer –María, la nueva Eva– es la consagración sacerdotal del Mesías anunciado, el nuevo Adán, Ungido por el Espíritu.

De ella hace partícipes a sus discípulos en su consumación pascual, vértice irrevocable de la historia de la salvación: “Sanctifica eos in veritate; sermo meus veritas est. Sicut me misisti in mundum, et ego misi eos in mundum; et pro eis ego sanctifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate” (Jn 17,17–19)). En el contexto de la oración sacerdotal en el que Jesús ha pronunciado estas palabras, se comprende que Cristo se ofrece en sacrificio para que los discípulos sean consagrados, dedicados al mismo sacrificio de Cristo, “consagrados en la verdad”. La consagración de los discípulos procede de la misma consagración de Cristo, de un mismo sacrificio.

---

40. El término hebreo quidas (consagración) es traducido en el griego de los LXX por *aghiasmós* (en diversas inflexiones sustantivas y verbales), que significa –de modo semejante a otras tradiciones religiosas extrabíblicas– separación de usos profanos en orden al culto y al servicio divino. El mismo término aparece en el Nuevo testamrnto S. GARCIA, *Consacrazione*, in: “Enciclopedia delta Bibbia”, vol. II, H. LDC, Torino Lenmann1969, col. 506

Según San Juan Crisóstomo esta expresión “sanctifica eos in Veritate” significa “sanctos redde per donum Spiritus et per recta dogmata”. La expresión «pro eis ego sanctifico meipsum» tiene un significado sacrificial: “Offero tibi sacrificium. Sacrificia vero omnia, sancta dicuntur, et propriae sancta quae Deo consecrata sunt. Cum enim olim in figura sanctificatio esset in ove; nunc autem non in figura, sed in ipsa veritate sit”.

La consagración de los discípulos, en relación directa con la acción santificadora del Padre y del Espíritu de verdad (cfr. Jn 14–17; 15,26;16–13), con la oblación sacrificial. Es más, se puede decir que la consagración es la habilitación (constitución en poder: “euxosia”) para cumplir en el mundo la misión que el Padre confía al Cristo: “sicut me misisti in mundum, et ego misi eos i mundum”, que se consuma en el sacrificio del Calvario. Su fin principal es, como aparece en el texto, “ut sint et ipsi sanctificati in veritate”.<sup>41</sup>

En la lectio divina del 17–II–2010, Benedicto XVI dijo a los sacerdotes que “el autor de la Carta a los Hebreos ha abierto un nuevo camino para entender el Antiguo Testamento como libro que habla sobre Cristo. La tradición precedente había visto a Cristo sobre todo, esencialmente, en la clave de la promesa davídica, del verdadero David, del verdadero Salomón, del verdadero Rey de Israel, verdadero Rey porque es hombre y Dios. Y la inscripción sobre la Cruz había realmente anunciado al mundo esta realidad: ahora está el verdadero Rey de Israel, que es el Rey del mundo. El Rey de los Judíos está en la Cruz. Es una proclamación de la realeza de Jesús, del cumplimiento de la espera mesiánica del Antiguo Testamento, la cual, en el fondo del corazón, es una esperanza de todos los hombres que esperan al verdadero Rey, que da justicia, amor y fraternidad. Pero el Autor de la Carta a los Hebreos ha descubierto una cita que hasta aquel momento no había sido observada, la del: Salmo 110, 4: “Tu eres sacerdote según el rito de Melquisedec”. Esto significa que Jesús no solo cumple la promesa davídica, las expectativas del verdadero Rey de Israel y del mundo, sino que realiza también la promesa del verdadero Sacerdote. En parte del Antiguo Testamento, sobre todo también en Qumran, hay dos líneas separadas de espera: el Rey y el Sacerdote. El Autor de la Carta a los Hebreos, descubriendo este versículo, ha comprendido que en Cristo se unen las dos promesas: Cristo es el verdadero Rey, el Hijo de Dios –según el Salmo 2, 7 que él cita– pero es también el verdadero Sacerdote.”<sup>42</sup>

---

41. San JUAN CRISOSTOMO comenta así este versículo: “Etemim illos tibi consecro et oblationem facio. Sive propter caput hoc fieri dicit, sive quia ipsi immolabantur. Constituite, ingmt, membra vestra Hostiam viventem, sanctam (Rm 12,1); et, Aestimati sumus sicut oves occisionis (Sal 43,22); et, sine morte hostiam eos facit et oblationem. Quod enim sum immolationem subindicaret dicen, Santifico, ex sequentibus palam”

42. ”Así todo el mundo cultural, toda la realidad de los sacrificios, del sacerdocio, que está en búsqueda del verdadero sacerdocio, del verdadero sacrificio, encuentra en Cristo su clave, su cumplimiento y, con esta clave, puede releer el Antiguo Testamento y mostrar como precisamente también la ley cultural, que tras la destrucción del Templo fue abolida, en realidad iba hacia Cristo; por tanto, no fue simplemente abolida, sino renovada, transformada, porque en Cristo todo encuentra su sentido. El sacerdocio aparece entonces en su pureza y en su verdad profunda. De este modo, la Carta a los Hebreos presenta el tema del sacerdocio de Cristo, Cristo Sacerdote, en tres niveles: el sacerdocio de Aarón, el del Templo; Melquisedec; y el mismo Cristo, como el verdadero sacerdocio. También el sacerdocio de Aarón, aún siendo diferente del de Cristo, aún siendo, por así decirlo, sólo una búsqueda, un caminar en dirección a Cristo, con todo es “camino” hacia Cristo, y ya en este sacerdocio se delinear los elementos esenciales. Después está Melquisedec, que es un pagano. El mundo pagano entra en el Antiguo Testamento, entra en una figura misteriosa, sin padre, sin madre –dice la Carta a los Hebreos–, sencillamente aparece, y en él aparece la verdadera veneración del Dios Altísimo, del Creador del cielo y de la

Un sacerdote, para ser realmente mediador entre Dios y el hombre, tiene que ser hombre. Esto es fundamental, y el Hijo de Dios se hizo hombre precisamente para ser sacerdote, para poder realizar la misión del sacerdote. Debe, pues, ser hombre, pero no puede por sí mismo hacerse mediador hacia Dios. El sacerdote necesita una autorización, de una institución divina y sólo perteneciendo a las dos esferas –la de Dios y la del hombre–, puede ser mediador, puede ser “puente”. Esta es la misión del sacerdote: combinar, unir estas dos realidades aparentemente tan separadas, es decir, el mundo de Dios –lejano a nosotros, a menudo desconocido para el hombre– y nuestro mundo humano. La misión del sacerdocio es la de ser mediador, puente que une, y así llevar al hombre a Dios, a su redención, a su luz verdadera, a su vida verdadera.

Por tanto, el sacerdote debe estar de la parte de Dios, y solamente en Cristo esta necesidad, esta condición de la mediación, se realiza plenamente. Por eso era necesario este Misterio: el Hijo de Dios se hace hombre para que se dé el verdadero puente, se dé la verdadera mediación. Los demás deben tener al menos una autorización de Dios, o, en el caso de la Iglesia, el Sacramento, es decir, introducir nuestro ser en el ser de Cristo, en el ser divino. Sólo con el Sacramento, este acto divino que nos crea sacerdotes en comunión con Cristo, podemos realizar nuestra misión.

De ahí la importancia del Sacramento. Nadie se hace sacerdote por sí mismo; sólo Dios puede atraerme, puede autorizarme, puede introducirme en la participación en el misterio de Cristo; solo Dios puede entrar en mi vida y tomarme de la mano. Este aspecto del don, de la precedencia divina, de la acción divina, que nosotros no podemos realizar, esta pasividad nuestra –ser elegidos y tomados de la mano por Dios– es un punto fundamental. Debemos volver siempre al Sacramento, volver a este don en el que Dios me da lo que yo no podría nunca dar: la participación, la comunión con el ser divino, con el sacerdocio de Cristo”.

En la misma lectio divina de Benedicto XVI de 18-II-2010 al clero de Roma comentaba (cfr. Hb 5,8-9) que el amor obediente a la voluntad salvífica del Padre que lo enviaba hasta el holocausto del Calvario –obediente hasta la muerte y muerte de Cruz– es la esencia –el alma– de la misión sacerdotal redentora: “aprendió” lo que es obedecer *ex his quae passus est*, y así se hizo perfecto redentor: “se hizo perfecto” –en griego *teleiothès* (cfr. Hb 5, 8-9)– y “causa de salvación eterna” con una exégesis sugerente y profunda.

“Sabemos que en toda la Torá, es decir, en toda la legislación cultural, la palabra *teleion*, aquí utilizada, indica la ordenación sacerdotal. Es decir, la Carta a los Hebreos nos dice que precisamente haciendo esto Jesús se hizo sacerdote, se realizó en su sacerdocio. Nuestra ordenación sacerdotal sacramental debe realizarse y concretarse existencialmente, pero también de modo cristológico, precisamente en este llevar al mundo con Cristo y a Cristo y, con Cristo, a Dios: así nos convertimos realmente en sacerdotes, *teleiothès*. Por tanto, el sacerdocio no es una cosa para algunas horas, sino que se realiza precisamente en la vida pastoral, en sus sufrimientos y en sus debilidades, en sus tristezas y también en sus alegrías, naturalmente. Así nos convertimos cada vez más en sacerdotes en comunión con Cristo... La Carta a los Hebreos resume toda la compasión de Cristo en la palabra *hypakoèn*, obediencia: todo esto es obediencia.

---

tierra. Así también desde el mundo pagano viene la esperanza y la prefiguración profunda del misterio de Cristo. En Cristo mismo todo está sintetizado, purificado y guiado hacia su fin, a su verdadera esencia”. (Así continúa el texto de la “Lectio divina” que estamos citando de Benedicto XVI).

La diferencia entre la naturaleza de uno y otro sacerdocio participado –común, conferido por el Bautismo y la Confirmación, y ministerial, que confiere el sacramento del Orden– no está ni en lo que se participa (derivan de la misma y única fuente), ni en el grado de participación (no son intensidades distintas de lo mismo, pues difieren de modo esencial), sino que radica en la distinta manera de quedar incorporados en uno y otro caso al misterio sacerdotal de Jesús. Cabe decir que el bautizado queda configurado con Cristo Sacerdote en los misterios de su vida; el ordenado es además configurado con Cristo Sacerdote en su misterio pascual. El Hijo eterno, que entró en el mundo como hombre–portador del Paráclito que convirtió todo su existir en mediación sacerdotal, vuelve al Padre tras la Pascua como glorioso donador del mismo Paráclito y fuente de incontables existencias sacerdotales<sup>43</sup>.

**V. LA CONSAGRACIÓN EN LA VIDA DE LA IGLESIA.**  
(EL PUEBLO DE DIOS COMO SOCIEDAD SACERDOTAL  
“ORGANICE STRUCTA”, CONFIGURADA POR LA UNCIÓN DE LOS  
SACRAMENTOS DE CONSAGRACIÓN PERMANENTE E INDELEBLE –  
EL CARÁCTER—, Y LA DE LOS CARISMAS INSTITUCIONALES Y  
LIBRES)

**1. *La consagración ontológica del Bautismo, fundamento de todas las demás unciones consecratorias del Espíritu Santo, sacramentales y carismáticas***

“En la Iglesia –escribe *el Padre Alessandro M. Apolonio*– el término *consagración* se usa, ante todo, en el ámbito litúrgico-sacramental, y significa la intervención santificante de Dios respecto a una persona o una cosa, o el ofrecimiento a Dios de la propia vida o de algún otro bien.<sup>44</sup> Hay pues, consagración cuando el hombre, o una determinada materia, se ofrece a la acción santificante de Dios, llegando a ser signo de gracia .

La consagración fundamental ontológica, de la que dependen de algún modo todas las demás, es la del carácter indeleblemente impreso en el bautismo, perfeccionado por el de la Confirmación. La participación de todos los cristianos en el sacerdocio de Cristo deriva, lo mismo que su incorporación mística a El por la gracia santificante de los sacramentos de iniciación cristiana”.

El Bautismo incorpora a Cristo sacerdote mediante la unción del Espíritu, la impresión del carácter, que destina al culto y a la santificación propia y ajena, y realiza la inserción en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia. La Confirmación refuerza

---

43. Sobre este tema escribo ampliamente en J. FERRER ARELLANO, *El Sacerdocio, don y misterio. Teología y espiritualidad del sacerdocio ministerial*, Madrid, Arca de la Alianza, 2010, parteII, cap.I.

44. Cf C. MAGGIONI, *Alleanza dei due Cuori e consacrazione*, pp. 1–3; S. MARSU *La liturgia, momento storico de salvezza*, in: “Anamnesis”, vol. I, Marietti, Casale Monferrato 1981, pp. 48–53.130–136; IDEM, *Teologia della celebrazione dell'Eucaristia*, in: AA. VV. “Anamnesis”, op. cit., pp.

estas notas y confiere la plenitud pentecostal del Espíritu Santo en orden a participar plena y activamente en la vida de la Iglesia en su crecimiento y en su misión, con fuerza espiritual y madurez, poniendo a su servicio los carismas que de este sacramento brotan. Ambos consagran el hombre a Dios y le facultan a participar activamente en el culto, recibiendo y actuando.

El hecho que caracteriza la consagración bautismal, es su totalidad. Después del Bautismo estamos ordenados enteramente y para siempre a la perfecta glorificación de la Santísima Trinidad y a vivir en el amor del Padre, en la imitación del Hijo y en la plena comunión con el Espíritu Santo. El Concilio Vaticano II ha puesto de relieve la radical igualdad que rige entre los miembros del pueblo de Dios, en tanto que llamados todos a la plenitud de la caridad, a la santidad y al apostolado; igualdad que es condición previa sobre la que se edifica la distinción de funciones –que, por lo que se refiere a quienes forman parte de la jerarquía, tiene su causa en el sacramento del Orden– entre ministros sagrados, laicos y religiosos. Anteriormente a cualquier diferenciación, todos son “christifideles”, como pone de relieve incisivamente S. Agustín: “A la vez que me llena de temor lo que soy para vosotros, soy obispo, pero con vosotros cristiano; éste es el “nomen gratiae”; aquél, el “nomen officii”<sup>45</sup>.

Por esta razón, los estudios teológicos y canónicos posteriores al Vaticano II subrayan cómo en realidad el último Concilio, más que corroborar la importancia de uno u otro de los tres estados tradicionales –el sacerdotal, el laical o el religioso–, ha centrado la reflexión en un hecho de mayor trascendencia: la condición del fiel, o miembro del pueblo de Dios en cuanto tal, como sustrato común a la Jerarquía, a los laicos y a los religiosos. A todos los fieles corresponde, según la situación propia de cada uno, trabajar por la consecución del fin de la Iglesia que ha sido instituida para que, extendiendo por todas partes el reino de Cristo, para gloria de Dios Padre, haga partícipes a todos los hombres de la redención salvadora (santificación de las almas), y a través de ellos el mundo entero, para que se ordene realmente a Dios (llevar a Dios la creación). Toda la actividad del cuerpo Místico dirigida a ese fin se llama apostolado, que la Iglesia desarrolla a través de todos sus miembros, aunque ciertamente de maneras diversas<sup>46</sup>.

## **2. El “*christifidelis*” y su condición sacerdotal**

“Cristo, Señor, Pontífice tomado de entre los hombres,<sup>47</sup> a su nuevo pueblo “lo hizo reino y sacerdotes para Dios, su Padre”<sup>48</sup>. Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable.<sup>49</sup> Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios<sup>50</sup>, han de

---

45. San AGUSTÍN: PL 38,1483.

46. AA,2.

47. Cfr. Hebr. 5,1–5

48. Cfr. Apoc 1,6;5, 9–10

49. Cfr. 1. Petr. 2,4–10

50. Cfr. Act 2,42–47

ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios<sup>51</sup>; han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y a quién se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna<sup>52</sup>. El hombre Cristo Jesús, es el “único Mediador entre Dios y los hombres”, como dice la primera carta a Timoteo (2,5).

El sacerdocio común de los fieles significa una participación, que Cristo da a los suyos, de ese sacerdocio. Por ella los creyentes ofrecen sus vidas –“sus cuerpos”, dice San Pablo con profunda expresión<sup>53</sup>– como hostias vivas, santas, agradables a Dios. El sacerdocio común de los fieles es un sacerdocio “existencial”. Con rigurosa y profunda expresión, el Fundador del Opus Dei pudo decir que el cristiano ha sido constituido por Dios “sacerdote de su propia existencia”. El ejercicio del sacerdocio común consiste primariamente en la santificación cotidiana de la vida real entregada. Son, en efecto, los actos concretos del hombre cristiano los que se transforman en las “hostias espirituales”.<sup>54</sup> El sacerdocio común de los fieles aparece así como la realización misma de la existencia cristiana, y todo cristiano, según la expresión de Mons. Escrivá de Balaguer, es en lo profundo de su ser un “alma sacerdotal” a semejanza de Cristo, sacerdote y víctima; el sacrificio que ofrece; pero este sacrificio se hace posible por el único sacrificio de Cristo.

*a. Esta última afirmación nos lleva a considerar el proprium del “sacerdocio ministerial o jerárquico”, su insondable necesidad y su irreductibilidad al sacerdocio común.*

Porque siendo cierto cuanto hemos dicho acerca del sacerdocio de todos los creyentes, permanece como una verdad central de la fe que no hay más sacerdote que Cristo, ni más sacrificio grato a Dios que el de su propia existencia. Pues bien, esta es la razón de ser del ministerio eclesiástico: constituir el signo e instrumento infalible y eficaz de la presencia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo, en medio de los fieles. Como dice Mons. del Portillo, “Cristo está presente en su Iglesia no sólo en cuanto atrae a sí a todos los fieles, para que en El y con El, formen un solo Cuerpo, sino que está presente, y de un modo eminente, como Cabeza y Pastor que instruye, santifica y gobierna constantemente a su Pueblo. Y es esta presencia de Jesucristo-Cabeza la que se realiza a través del sacerdocio ministerial que El quiso instituir en el seno de su Iglesia<sup>55</sup>. Como dice el decreto Presbyterorum Ordinis, n. 2/b: “El mismo Señor, para que los fieles se fundieran en un solo cuerpo, “en el que no todos los miembros tienen la misma función”<sup>56</sup>, de entre ellos a algunos constituyó ministros, que en la *societas fidelium* poseyeran la *sacra potestas Ordinis*, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y ejercieran públicamente el *officium sacerdotale* en el nombre de Cristo en favor de los hombres”.

b. Puede ser útil para esclarecer la diversidad típica de la misión –y consiguiente posición eclesial– de fieles sacerdotes, fieles religiosos –en cuanto tales, pues pueden ser sacerdotes– y fieles laicos, en el *sacramentum salutis mundi* que es la Iglesia peregrina, la conocida distinción de la teología sacramentaria clásica, de la triple

---

51. Cfr. Rom 12,1

52. Cfr. 1 Petr. 3,15. LG,10

53. Rom 15,1

54. 1 Pet 2,5

55. Escritos sobre el sacerdocio 4ª ed., pp. 98–99

56. Rom 12,4

referencia, en indisociable implicación, del signo sacramental, al pasado, al presente y al futuro: conmemorativo de la Pasión de Cristo (anamnesis), demostrativo de la gracia (diagnosis) y pronóstico –prenda– de la futura gloria escatológica (prognosis).

(Huelga aclarar que se trata de subrayados –por el modo y la intensidad de vivir esa triple referencia– a magnitudes –la Pasión, la gracia y la gloria– necesariamente implicadas e indisociables, según la diferente y complementaria misión a la que están llamados sacerdotes religiosos y laicos –“en cuanto tales”, se entiende– para la santificación del mundo, en orgánica cooperación, según –y en virtud de– los dones recibidos para ejercitarla).

b.1 El sacerdote, cuya misión principal es la de presenciar el misterio Pascual en el “hoy” histórico de la salvación por la anámesis del misterio eucarístico, del cual vive la Iglesia (para la que le capacita la ordenación como ministro sagrado) –y, en dependencia de aquél, del ministerio de la Palabra y los Sacramentos. Es, pues, ante todo, “el hombre del recuerdo”: de la anamnesis sacramental; como el laico lo es de la diagnosis.

b.2 Es tarea específica de los laicos la santificación del mundo “ad intra”: la acción directa de santificar o consagrar el mundo –diagnosis–, puesto que a ellos por su vocación propia, corresponde “buscar el Reino de Dios tratando y ordenando las cosas temporales según el querer divino”.<sup>57</sup>

b.3 El religioso está llamado –tal es su carisma propio– al testimonio escatológico –prognosis– por la profesión anticipada de la nueva vida a la que tendemos en esperanza todos los “christifideles”. Se aparta del mundo y de la dinámica de lo secular por la profesión de los consejos evangélicos vividos de forma pública e institucionalizada, para hacer de alguna manera presentes ya en esta tierra los bienes celestes, dar testimonio de la nueva vida y anunciar así la resurrección y la gloria del Reino, para que la edificación de la ciudad terrestre se funde en Cristo y a El se dirija<sup>58</sup>.

### ***3. Relación de la la consagración radical de todo fiel cristiano en el Santo Bautismo con la consagración del estado religioso y con la propia del orden sacerdotal.***

#### **3.1 Profesión religiosa**

*“Los fieles pueden radicalizar las promesas bautismales por medio de la profesión religiosa en la cual se emiten votos de obediencia, pobreza, castidad, y eventualmente el cuarto voto que especifica el carisma propio del instituto. La profesión religiosa es una especial consagración que constituye objetivamente un peculiar estado canónico de perfección: “Ecclesia autem professionem religiosam non tantum sua sanctione ad status canonici dignitatem erigit, sed eam ut statum Deo consecratum etiam actione sua liturgica exhibet”.*

*“La terminología «status perfectionis» aparece raramente después del Concilio. Este hecho –según el Padre Alessandro M. Apolonio– “esprime non una modifica del*

---

57. LG,GS.

58. LG,44 y 46; GS,38. Cfr. A. M. APOLONIO, Ibid.

*giudizio della Chiesa circa la vita religiosa, bensì la volontà di sottolinearne l'aspetto soggettivo la vocazione universale alla santità, sia dei religiosi sia dei laici, in forza dello stesso battesimo, di impegno e di coerenza personale...piuttosto che l'aspetto oggettivo della vita religiosa stessa*<sup>236</sup>. *L'intimo rapporto della professione religiosa con il battesimo è messo in evidenza dal Concilio Vaticano II e dal recente documento postsinodale di Giovanni Paolo II, "ma per poter raccogliere in più grande abbondanza i frutti della grazia battesimale, con la professione dei consigli evangelici nella Chiesa [...] si consacra più intimamente al servizio di Dio».*<sup>59</sup>

### 3.2 *El sacerdocio ministerial.*

Toda la Iglesia participa de la misión redentora de Cristo, y por tanto, de sus oficios mesiánicos. En el seno de este "pueblo mesiánico" (LG,4) se da, por institución divina, una pluralidad de ministerios –diversos modos de participar en los oficios de Cristo– ordenada a la única misión de la Iglesia, la edificación del Cuerpo de Cristo: "est in Ecclesia diversitas ministerii sed unitas missionis"<sup>60</sup>. Esta perspectiva es la que nos ofrece el Magisterio de la Iglesia en la Constitución sobre la Iglesia<sup>61</sup>. La Iglesia toda aparece así como "comunidad sacerdotal", "comunidad profética", "comunidad pastoral": cada fiel –repetía con frecuencia San Josemaría– es, de alguna manera, "oveja y pastor".<sup>62</sup> Pero no hay aquí anarquía ni falso democratismo carismático.

Precisamente considerar la dimensión pastoral, sacerdotal y profética de la Iglesia entera permite que aparezca en su más profunda significación y en su irreductible necesidad, los portadores del ministerio público en la Iglesia, que ejerce en servicio de sus hermanos la potestad que Cristo, y sólo El, les confió, el sacramento del orden: "Él mismo dio a unos ser apóstoles; a otros, profetas; a otros evangelistas; a otros, pastores y doctores: para el recto ordenamiento de los santos en orden a la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo".<sup>63</sup> Toda la Iglesia es

---

274. "L'intimo rapporto della professione religiosa con il battesimo é messo in evidenza dal Concilio Vaticano II e dal recente documento postsinodale di Giovanni Paolo II: «Christifidelis [...] per baptismus quidem mortuus est peccato, et Deo sacratus; ut autem gratiae baptismalis uberiores fructus percipere queat, consiliorum evangelicorum professione in Ecclesia [...] divino obsequio intimius consecratur – Già col battesimo [il fedele] é morto al peccato e consacrato a Dio; ma per poter raccogliere in più grande abbondanza i frutti della grazia battesimale, con la professione dei consigli evangelici nella Chiesa [...] si consacra più intimamente al servizio di Dio»ertilisque baptismalis consecrationi explicatio [...] per evangelicorum consiliorum – Nella tradizione della Chiesa la professione religiosa viene considerata come un singolare e fecondo approfondimento della consacrazione battesimale [...] attraverso la professione dei consigli evangelici». ( GIOVANNI PAOLO II, Esortazione apostolica postsinodale Vita consecrata, 25 marzo 1996, n. 30, in: L'Osservatore Romano, 29 marzo 1996, p. 4)... Cf SC 101; GIOVANNI PAOLO II, esortazione apostolica Redemptionis donum, 25 marzo 1984, n. 13, in: AAS 76 (1984) 537".

Sobre este controvertido tema el Padre A. M. APOLLONIO cita –entre otros AA. que intervinieron en la polémica– la equilibrada presentación de la problemática que ofrecen I. M. CAIABUIG – R. BAIBIERI, "Verginità consacrata pella Chiesa, in Nuovo Dizionario di Liturgia", pp. 151596.

60. AA,3.

61. Lumen Gentium, cap. II y III especialmente.

62. San JOSEMARÍA E.

63. Eph 4,11–12.

“sacramento” de salvación –como describe Pedro Rodríguez–: “el testimonio del más sencillo discípulo de Jesús es camino para el encuentro con Cristo; el Espíritu Santo anima a todos los fieles, suscitando por todas partes el testimonio del ejemplo, del trabajo y de la palabra”. Dicho de otro modo, la comunidad y sus miembros participan del triple oficio de Cristo. Pero los hombres no podrían tener nunca la certeza de que en esa vida y en esa doctrina, encuentran de modo indubitable a Cristo, a no ser por la existencia de un ministerio oficial y público –jerárquico– de carácter sacerdotal instituido por El en orden a asegurar de modo infalible y eficaz la presencia de Cristo, Cabeza de su cuerpo, en medio de los fieles y de todos los hombres.

Este ministerio es, pues, el medio de que Cristo, Señor del mundo, se sirve para asegurar a los hombres que es su palabra la que, en efecto, se les predica; y que es el misterio redentor de su vida lo que, en efecto, se les entrega: el “magisterio infalible” y la eficacia “ex opere operato” de los sacramentos son los casos supremos de esta actuación ministerial, y sobre todo, la potestad de consagrar la Eucaristía, por la que se hace presente para la comunidad, no ya la fuerza salvífica de Cristo, sino Cristo mismo en su ser personal redentor”. Por eso el Vaticano II recoge la fórmula tradicional, diciendo que los ministros del Señor actúan “in persona Christi Capitis”<sup>64</sup>; “Dios puso en nuestras manos la palabra de reconciliación. Somos, pues, representantes de Cristo, como si Dios os exhortara por nosotros”<sup>65</sup>. El ministerio ejercicio “in persona Christi Capitis” aparece así como “un don” misericordioso de Dios a la Iglesia para eliminar toda ambigüedad en el encuentro con Cristo y está para ello dotado de la asistencia del Espíritu Santo que Cristo prometió y envió<sup>66</sup>.

El ministerio sacerdotal y su ejercicio no son algo separado y externo a la comunidad, sino un momento interno de la Iglesia total. En la Iglesia quienes poseen el carisma del “apostolado oficial” (superior al del profetismo) son los obispos como sucesores de los Doce y el Papa como cabeza de los mismos y sucesor de Pedro. La comunión se guarda en unión con ellos. Todo presunto don profético ha de someterse al juicio del Magisterio oficial, a quien pertenece discernir con autoridad la legitimidad del mismo; con ello lejos de sofocar el Espíritu, depura y prepara el campo de acción.

## Recapitulación

No faltan todavía quienes ven en la comunidad formada por Jesús y sus discípulos el periodo fundacional de una concreta condición cristiana: ese momento primario o decisivo en el proceso de estructuración de la Iglesia. Para estos AA., está constituido por el establecimiento de un estado especial de vida. Algunos, el estado laical (Jesús –dicen falsamente– no era sacerdote, como si el levítico no fuera prefiguración de Cristo Sacerdote según el orden de Melquisedeq, perfecto mediador (Pontifex) entre Dios y los hombres). Otros, como Von Balthasar, el estado de los consejos, de cuyo interior debe fluir la llamada al ministerio: la vocación religiosa es vista como la realización paradigmática del seguimiento de Cristo, a partir de la cual se pasa a considerar y analizar otras posibilidades, y entre ellas la vocación sacerdotal.

---

64. LG,10.

65. 2 Cor 5,19–20.

66. Cfr. Vaticano II, Decr. Ad gentes,4.

Pero la comunidad de los discípulos no constituye el antecedente de una concreta y determinada condición cristiana, sino de la Iglesia en su conjunto. El seguimiento de Cristo es una llamada dirigida –y por cierto con plena y total radicalidad– a todo cristiano, cualquiera que sea su condición, ya que deriva de la consagración bautismal y no consiste, primaria y formalmente, en unas determinadas condiciones materiales de existencia, ni en una específica y concreta ‘condición de vida; sino, más bien, en ‘una disposición interior’, en ‘un espíritu’, destinado ciertamente a tener manifestaciones, y manifestaciones importantes, pero apto para vivificar desde dentro los más variados estados de vida y las más variadas condiciones ‘según la vocación, misión o tarea que a cada uno corresponde’”:

Para el fiel laico, para el cristiano corriente cuya vida se articula en el entramado de las tareas y ocupaciones seculares, seguir a Cristo forma una sola cosa con la santificación de esas ocupaciones y tareas, es decir, con la plasmación en las obras, y en a través de las ocupaciones y situaciones humanas, del amor a Dios, a los hombres y al mundo que vivió y manifestó Cristo.

En el religioso llamado a evidenciar ante el mundo la realidad de la vida futura, el seguimiento está hondamente marcado por la actitud de desasimiento, que expresa y da a conocer la trascendencia del vivir de Cristo, y por tanto, el carácter penúltimo – y no último– del acaecer terreno.

En el sacerdote, cuya existencia está vinculada al proceso de comunicación de Cristo a su Iglesia, seguir a Cristo es identificarse con la “disposición del ánimo”, que llevó a Jesús a actuar como buen pastor que da la vida por sus ovejas; es vivir de tal manera que en todo momento deje traslucir y testimonie la solicitud de Cristo por la comunidad que de El nace y que de El vive. (La caridad pastoral no es, en suma, otra cosa que la caridad teologal en cuanto que enraizada y realizada en la vida del sacerdote. De ahí que posea virtualidad estructuradora y configuradora de toda su experiencia espiritual; todo intento de describir adecuadamente las virtudes y actitudes sacerdotales reclama, en efecto, situar esas virtudes “dentro del ámbito de la caridad pastoral”)<sup>67</sup>.

#### ***4. La destinación genérica al culto y a la santificación propia de los caracteres consecratorios postula su concreción en la unción del Espíritu de los carismas***

El Espíritu Santo reparte entre los fieles todo género de gracias y carismas extraordinarios y ordinarios “para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia” (LG,12). Pero “el juicio de su autenticidad y ejercicio razonable corresponde a la autoridad de la Iglesia que debe no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo, retener lo bueno” (1 Tes.; S,12)” (LG,12).<sup>68</sup> “El Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo

---

67. ES,51

68. En Occidente se ha dado en los últimos siglos una tendencia –que va remitiendo, afortunadamente– a describir la Iglesia en términos cristológicos, o a considerarla como constituida completamente por Cristo mientras que el Espíritu parece sobrevenir una vez establecidas las estructuras, para darles a éstas impulso y vida. Una tal óptica haría creer que el Espíritu pertenece a un segundo momento de la constitución de la Iglesia. No es suficiente asignar al Espíritu una función subsiguiente de animador y unificador de una “previa” estructura institucional de origen unilateralmente cristológico. Hay una presencia, siempre conjunta e

de Dios mediante los sacramentos y los ministerios (res et sacramentum, caracteres sacramentales) y le adorna con virtudes (res tantum), sino que también distribuye gracias especiales (gratis datae=carismas) entre los fieles (sellados con el carácter) de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1Cor, 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia” (LG; 12b).

El cometido de los “carismas”, ordinarios y extraordinarios, no es otro que concretar, especializándola, la común llamada a participar en la misión de la Iglesia: la común (o genérica) destinación al culto y santificación –propia y ajena– del carácter sacramental<sup>69</sup>; habilitando así a quienes lo reciben “para poder desempeñar una misión específica”.<sup>70</sup> Los caracteres sacramentales no son, en efecto, sino “poderes” derivados e instrumentales de la “exousia” o potestad del Señor que el Padre entregó a Cristo, que por la unión hipostática quedó constituido en poder cultural, santificador como sacerdote, profeta y rey, mediador entre Dios y los hombres, que nos redime con el sacrificio de su vida.

Pero así como, siendo el carácter una potencia de orden espiritual, precisa de los “hábitos operativos” (virtudes y dones) para vencer la indeterminación de su apertura, orientándola hacia el recto ejercicio de la misma, así también para que se determine en sí mismo como “poder”, habilitándolo para funciones al margen de la infalibilidad del

---

inseparable, de Cristo –el Verbo encarnado– y su Espíritu, que excluye cualquier dualismo entre jerarquía y carisma en el seno de la Iglesia, porque el Espíritu que la anima derramando libremente sus “carismas no institucionales” en cualquier fiel (los que Rahner llama “carismas libres”) –sea simple fiel o perteneciendo quizás a la jerarquía–, es el mismo Espíritu “de Cristo”, que ha recibido el poder de comunicarlo al ministerio pastoral de los apóstoles, como precio de su sufrimiento redentor.

Pueblo de Dios no debe entenderse –toda insistencia es poca en este punto capital– como algunos han hecho, en clave política; pues, expresa –como, acabamos de ver– el misterio de la Iglesia en su integridad. No es una categoría sociológica que se opone al gobierno. Significa todos los bautizados, Papa y obispos incluidos, que comprende la totalidad de los Christi fideles que tienen por cabeza a Cristo y la común dignidad de hijos de Dios en los que habita el Espíritu Santo como en un templo (LG 9b). Las distinciones que se dan en su seno son de orden funcional (unidad de misión y diversidad de ministerios o funciones (AA 2, 2)). En el itinerario del Pueblo de Dios los pastores tienen una función propia, un servicio específico que prestar que concierne a la unidad visible de la Iglesia en la fe y en la comunión, por el que preserva la continuidad de la identidad del cristiano en el tiempo y su armonía en el espacio, evitando así la caída en el iluminismo y en el individualismo.

Por eso deben estar especialmente atentos en el Espíritu a los "signos de los tiempos" y a los testimonios proféticos que se manifiestan, para discernir lo auténtico –sin ahogar el Espíritu– e integrarlo en el conjunto de la Iglesia para la progresiva construcción del reino de Dios. El Espíritu Santo es el que anima a los pastores en sus decisiones para que sean conformes al Evangelio, inspirándoles –si no se cierran a sus luces y mociones– a acoger todas las manifestaciones del Espíritu. “Es el que impide constantemente a la Iglesia considerarse como un fin en sí misma y quien la mantiene en referencia final al Reino que viene y a su único Señor Jesucristo”. Cfr. L. SUENENS, *Une nouvelle Pentecote?*, París 1973, 20. K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*, Barcelona 1968. Una excelente exposición de conjunto actualizada con la mejor bibliografía sobre el tema, ofrece la ponencia de R. PELLITERO, *El Espíritu Santo y la misión de los cristianos, los carismas: unidad y diversidad, en el simposio sobre “el Espíritu Santo y la Iglesia”* de 1998 (Cfr. Actas).

69. N.11.

70. LG,12b.

“opus operatum” propia del ministerio de los sacramentos, singularmente para el desempeño del ministerio de la palabra, Dios concede los carismas, que habilitan para desempeñar una misión específica. Son como “antenas receptoras”, “transmisores”, “o apoyos dispositivos” del mensaje salvífico, que facilitan la evangelización, convirtiendo al carácter sacramental en un apto canal transmisor, del que puede hacerse buen o mal uso, a diferencia de los hábitos virtuosos, de los que “nemo male utitur” (San Agustín). Sólo si se usan bien se consolidan más o menos, pues no se dan a modo de hábito; y contribuyen indirectamente, por la vía del mérito, a la santificación de su beneficiario, pues son gracias “gratis datae”, ordenadas a la santificación de los demás, pero no directamente del mismo sujeto que reciben el don, como ocurre en la gracia “gratum faciens”.<sup>71</sup>

Ahí veo yo el estatuto eclesiológico –lo propongo como mera hipótesis interpretativa– de la consagración al Corazón Inmaculado de María. Se puede entender la consagración a María, a la que urge el Espíritu Santo a la Iglesia –bien se haga de modo personal, bien de una comunidad por un autorizado representante de la misma, como en la que conmemoramos este año 50<sup>a</sup> aniversario de la de Italia, como hizo el Papa respecto al género humano (o a Rusia), en tanto que vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia, sacramento y arca universal de salvación del mundo entero–, como una unción carismática a manera de <<signo invisible “exigativo” de dones salvíficos que protegen del Maligno, y atrae –a los que acogen con agradecimiento tan inestimable don –la donación de abundantes gracias actuales que reavivan –si son, y en la medida en que lo sean, libremente acogidas– la consagración bautismal>>. A mi parecer, pueden asimilarse reductivamente –por analogía de participación– a la unción permanente e indeleble (carácter) propia de los sacramentos de consagración permanente e indeleble, que la Teología sacramentaria denomina “res et sacramentum” –intermedia entre el “signo externo” sacramental (“sacramentum tantum”) y la gracia (res tantum)– que es como un signo interno (reflejo y participación de la mediación sacerdotal, profética y regal de Cristo) y causa eficaz de auxilios o gracias actuales.

Como decíamos, estas unciones carismáticas son concreción de las consagraciones de orden sacramental que de alguna manera postulan y en las cuales “florecen” –brotan de modo connatural–, pues todos estamos llamados a ser mediadores en Cristo Jesús; pero cada uno según la propia e irrepetible vocación personal –Dios, se ha dicho acertadamente, sólo sabe contar hasta uno–, bien unidos a Él como corredentores en el Santo sacrificio de la Misa, del que vive la Iglesia y –por mediación de la misma, único sacramento universal de salvación– el mundo entero; lo sepa o no el beneficiario del don.

En el itinerario de la esperanza ecuménica de la Iglesia –que tanto está avivando en nuestros días el Espíritu Santo– muchos expertos católicos en Teología ecuménica apenas tienen en cuenta, por desgracia, la dimensión mariana del ecumenismo, y la importancia de la consagración a María. Ella es “el centro maternal de la unidad” y “madre de la unidad” (Pablo VI), que con sus plegarias alcanzará la plena integración de

---

71. 1 Cor 12 enumera carismas referidos a la fe en todas y cada una de sus dimensiones: en sí misma –subjetiva (la fe carismática, no la virtud teologal común), objetiva (ciencia, sabiduría)– o a los signos (milagros, sanaciones, profecías) que a ella disponen, o a su transmisión oral, a su discernimiento e interpretación. También a ella, a su propagación –a la que se ordena toda la evangelización, como fundamento y raíz permanente que es de la justificación de la gracia salvífica (la comunión con Dios que la Caridad opera)– se ordenan los otros carismas que enumera S. Pablo en otras cartas, como los ministeriales de gobierno y de caridad y misericordia (Cfr. Rm 12, Ef 4–11).

los hermanos separados “en la única Iglesia fundada y querida por Cristo”. La unidad – que tiene su raíz en la misma fe y obra por la caridad, infundidas en el bautismo– es fruto de la mediación materna de María, en y a través de la sacramentalidad maternal de la Iglesia, que comienza a ejercerse en la regeneración bautismal y culmina en el misterio eucarístico, raíz de la eficacia salvífica de toda su actividad (cf.SC9) – vinculada a la acción de María. El impulso ecuménico más decisivo proviene, sin duda, del dinamismo de la fe teologal que infunde la consagración del Bautismo cristiano. El decreto de Ecumenismo del concilio Vaticano II habló de la “jerarquía de verdades”, derivada del nexo que cada una de ellas tiene “con el fundamento de la fe cristiana” (UR, 11c). El nexo entre los misterios –Trinidad, Cristo, María, Iglesia, Eucaristía– conduce de modo connatural y espontáneo al descubrimiento de la Iglesia, Esposa de Cristo –fundada sobre Pedro–, que refleja a su perfecto arquetipo, María como horizonte y ámbito permanente de vida cristiana; así como de la íntima relación entre vida sacramental (piedad litúrgica) y vida mariana (devoción a la Virgen), que van manifestándose también en los cristianos separados, en la medida que avanza el movimiento ecuménico hacia la unidad.

San Josemaría Escrivá ha subrayado con energía esta dimensión mariana del ecumenismo en su predicación oral y escrita. He aquí una muestra: “María edifica continuamente con la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!, (todos, con Pedro, a Jesús por María! Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos” (Es Cristo que pasa n.139).

Es éste uno de los casos más claros en que se manifiesta la “jerarquía de las verdades” (UR 11c), y cómo desde una primaria se pasa a otra que le está estrechamente unida. El diálogo con los protestantes en este punto debe dirigirse primariamente a facilitarles el descubrimiento del contenido pleno del misterio de Cristo. Aparece así – en su plenitud desbordante– el misterio de María, derivado e indisolublemente unido al misterio de la Iglesia en una unidad indivisible de participación en “la única mediación del Redentor que no excluye, sino suscita en sus criaturas –como la única bondad de Dios se difunde realmente en ellas de forma distinta– una múltiple cooperación que participa de la fuente única” (Cf. LG 62 b).

Es muy significativo que el Beato Juan Duns Escoto, gloria de la Universidad Oxoniense en el Medievo, fuese tan groseramente calumniado y denostado por los reformadores en Gran Bretaña –como se recordó en su reciente centenario– caricaturizando su nombre (dunce y “donce-cap”, tonto y sombrero de tonto) por su inspirada defensa en Oxford y París de la Inmaculada, del primado del Papa y del santo sacrificio de la Misa– las tres señales de la identidad católica, y garantía de ortodoxia cristiana. Tengo la convicción de que será decisiva su intercesión para que se acorte el tiempo de la dura prueba –el escándalo– de la división de los cristianos, que el Señor ha permitido por nuestros pecados.<sup>72</sup>

---

72. P. D. FEHLNER, *Maria advocatae causa*, Actas del Simposio de Fátima de cardenales y obispos, sept. 2005, sobre la cooperación única de María en la obra redentora de Cristo. Traducción española en anexo a J. FERRER ARELLANO, *La mediación materna de la Inmaculada, esperanza ecuménica de la Iglesia. Hacia el 5º dogma mariano. Razones teológicas*. Madrid, ed. Arca de la Alianza, 2005, 264.

Y no menos significativo es que en el actual acercamiento a Roma —el reciente ordinariato de acogida a la plena comunión con la Iglesia católica de numerosas comunidades anglicanas no parece ser sino una primicia de un esperanzador futuro— se esté manifestando una creciente atracción por nuestra Madre, María. Ya no es ningún fenómeno raro que estudiosos protestantes escriban libros sobre la Virgen y expongan una doctrina que, si todavía dista notablemente de la que es común entre católicos, señala una orientación muy positiva y abierta, particularmente en lo que se refiere a las analogías entre la Virgen y el misterio de la Iglesia.

El movimiento ecuménico “a la unidad por María” cuenta con la adhesión activa de numerosas comunidades religiosas anglicanas que se comprometen a pedir la unión entre todos los cristianos por la intercesión de la Virgen. También es significativa la fundación de Institutos religiosos consagrados a María, como el fundado por la protestante evangélica Basilea Ashlink<sup>73</sup>. Suyas son estas significativas palabras: “nosotros, los evangélicos, nos hemos dejado empapar por el racionalismo. El racionalismo no ha comprendido nada absolutamente del misterio de la santidad de Dios... El hombre racionalista ha querido comprenderlo todo, y lo que no ha estado en condiciones de comprender, lo ha eliminado... El racionalismo, que admite solamente lo que se puede comprender con la razón, al difundirse, ha barrido de las Iglesias Evangélicas las fiestas de María y todo lo que se refiere a ella, y ha hecho perder el sentido de cualquier referencia bíblica a María: y esta herencia la sufrimos todavía hoy. Si Lutero con esta frase: “después de Cristo ella es la más preciosa joya de toda la cristiandad, nunca suficientemente alabada”, nos inculca esta alabanza, yo, por mi parte, debo confesar que estoy entre aquellos que durante muchos años de su vida, no lo han hecho, eludiendo así también cuanto dice la Escritura: En adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada (Lc 1, 48). Yo no estaba entre estas generaciones”.

Como escribe Juan Pablo II en la “Redemptoris Mater”, “la Iglesia en la presente fase de su camino, trata de buscar la unión de quienes profesan su fe en Cristo para manifestar la obediencia a su Señor que, antes de su Pasión, ha rezado por esta unidad. La Virgen Madre está constantemente en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz. Lo demuestra de modo especial el canto del Magníficat que, salido de la fe profunda de María en la Visitación, no deja de vibrar en el corazón de la Iglesia a través de los siglos” (RM, 35). Ella no puede ser obstáculo para ninguna forma de ecumenismo sano y constructivo, sino su más sólida garantía de evitar equívocos y graves adulteraciones. María atrae a sus hijos y obtendrá de su Hijo “Primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,16) su plena comunión “en un sólo rebaño bajo un sólo Pastor” (Jn 10,16)<sup>74</sup>.

---

73. Sobre la veneración a María en los reformadores y su historia posterior, puede verse B. GHERARDINI, *La Corrédentice*, Roma 1998, 302–318. Acerca de la dimensión mariológica del ecumenismo, cfr. el interesante libro del P. ARMANDO BANDERA, *La Virgen y los sacramentos*, Madrid, Rialp 1987, y J. FERRER ARELLANO, “La persona mística de la Iglesia, esposa del nuevo Adán”, en *Scripta Theológica*, 1995 pp. 789–859

74 La carta “Communio innotio” de 1992, se refiere a la “herida” en las comunidades cristianas separadas de la Sede del sucesor de Pedro, que resulta de esta ausencia de comunión “que no es mero complemento externo, sino uno de los constitutivos internos de toda Iglesia particular”. Esta herida “es todavía más profunda en las comunidades eclesiales que no han conservado la sucesión apostólica y la eucaristía válida”. Pero “esta situación supone, a su vez, una herida en la Iglesia católica, llamada a ser para todos un solo rebaño y un solo pastor (Jn 10,16), en cuanto obstáculo para la realización plena de su universalidad en la historia” (n.18)

Ella, como en Caná de Galilea acelerará el cumplimiento de esa profecía que funda la esperanza ecuménica de la Iglesia. Todo lo que puede El en su omnipotencia, se ha dicho con frecuencia, lo puede su Madre, anticipándolo, con su intercesión. Ella se une a la oración sacerdotal de Jesús (Jn, 17), en la que pidió al Padre, que todos sus discípulos fuéramos “uno”, como lo son Ellos en la unidad del Espíritu, en la íntima “comuni3n” de la indivisible Trinidad. La oraci3n de Jesús –que es necesariamente oída por su Padre– será realizada cuando llegue la hora de Dios, preparada por María, que cuenta con la cooperaci3n de sus hijos para que se abrevie el tiempo de la dura prueba – el escándalo– de la divisi3n de los cristianos, que tanto entorpece el plan salvífico de Dios.

Será la hora de María, que siempre prepara, como aurora del Sol de Justicia, el advenimiento del reino mesiánico, desde los humildes comienzos de Nazaret, hasta la plenitud del Reino consumado a lo largo de la historia de la salvaci3n. “Ofrece la oraci3n, la expiaci3n y la acci3n por esta finalidad: <<ut sint unum>>, para que todos los cristianos tengamos una misma voluntad, un mismo coraz3n, un mismo espíritu: para que <<omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!>>, que todos, bien unidos al Papa, vayamos a Jesús por María”. (San Josemaría Escrivá, *Surco*, n. 647).

### ***5. La consagraci3n al Coraz3n Inmaculado de María es un don del Espíritu Santo ofrecido por la misericordia de Dios a su Iglesia, con intensidad creciente al acercarse el tiempo de la “gran tribulaci3n”.***

Los anteriores principios doctrinales de nuestra propuesta de una teología de la consagraci3n en la perspectiva el misterio de la Iglesia como “de unitate Patris Filii et Spiritus Sancti plebs adunata” constituyen el fundamento de la decisiva trascendencia de la consagraci3n al Coraz3n inmaculado de María, Madre de la Iglesia en el actual momento de la Historia de la salvaci3n.

Uno de esos dones consecratorios que, en el exceso de la divina misericordia, el Espíritu Santo derrama con profusi3n en este convulso tiempo nuestro, es la consagraci3n personal y colectiva que Él mismo ha inspirado a almas elegidas con intensidad creciente, especialmente desde el comienzo del siglo XX –antes, en el tiempo, al Coraz3n de Jesús; y después al de María–, pero siempre unidos en el plan de Dios “ab aeterno”, en irrevocable alianza<sup>75</sup>, tanto en la constituci3n del ser teándrico de Cristo (del orden hipostático) como en el obrar savífico: la obra de la Redenci3n, en todas sus dimensiones, tanto adquisitiva como aplicativa.

Tras el Concilio Vaticano II empezó a extenderse una corriente teológica que pretendía arrinconar el culto a María en el baúl del olvido. La presi3n de la teología progresista –epígono de la modernidad, ya en trance agónico de extinci3n, con el triunfo del relativismo del “pensiero devole” potmoderno– era implacable; y poco a poco fue

---

<sup>75</sup> Fue el tema del Congreso Mariológico Internacional de Fátima de 1998. El Santo Padre Juan Pablo II a menudo ha hablado de los Corazones Unidos de Jesús y María. Con ocasi3n del Año Santo Mariano de 1987-1988, el Papa invitó a todos los cristianos “a entrar en esa alianza a través de la consagraci3n personal de la confianza”. De hecho, el Santo Padre introdujo la expresi3n “alianza de los dos Corazones” y, en cierto modo, lo resumió así el 22 de septiembre de 1986: “Al consagrarnos al Coraz3n de María, descubrimos el camino seguro al Sagrado coraz3n de Jesús, símbolo del amor misericordioso de Nuestro Salvador”.

cundiendo en seminarios, sacerdotes y fieles. Las agitadas aguas teológicas habían penetrado en la vida eclesial como un torrente que tras la crecida arrastra cuanto encuentra a su paso.

Si la devoción a la Virgen había sido una práctica en continuo crecimiento en tierras cristianas desde la Edad Media y Moderna, pudo observarse, en contra, que tras el Concilio Vaticano II hubo un punto de inflexión a nivel teológico que acabó afectando el alma del pueblo cristiano (el “silencio mariológico” que lamentaba Di Fiore). Parecía que los tiempos modernos dieran la razón a la conocida predicción de san Luis María Grignon de Monfort que cito en nota<sup>76</sup>, pues se pudo comprobar cómo se convirtió en lugar común admitir lo que la teología progresista tan machaconamente repetía: “la veneración de los santos distrae la adoración a Dios”. Pero si había una “veneración” especialmente dañina para ese “culto puro a la divinidad” era el de la Virgen María. Todo acercamiento oficial de la Iglesia católica a la figura de María debía ser puesto en tela de juicio con el fin de no producir rechazo en los hermanos separados. En contra de lo que hubiera sido razonable esperar, lo que al principio parecía una pugna de escuelas teológicas, se convirtió más tarde en dos modos distintos de entender el catolicismo.

Ya no se trataba sólo de una discusión sobre determinadas prácticas de piedad. Ahora de lo que se trataba era de dos mentalidades para configurar el catolicismo, o más bien, de dos catolicismos que luchaban por hacer triunfar sus tesis. Así lo advirtió el entonces Cardenal Ratzinger: “La mariología nunca puede quedar simplemente disuelta en lo objetivo de la eclesiología: el contenido tipológico de los Padres se malinterpreta profundamente cuando se reduce a María a una pura (y, por tanto, intercambiable) ejemplificación de los hechos teológicos. El sentido del tipo sólo se sigue percibiendo, más bien, cuando la Iglesia es reconocible en su forma personal a través de la insustituible figura de María”.<sup>77</sup> Y con la caída de la mariología se derrumbó la cristología y la eclesiología. Todo en la Iglesia hacía aguas. La doctrina se había alejado de los postulados tradicionales de la fe católica para aproximarse a la mentalidad moderna: desde el movimiento progresista se había socializado la moral adaptándola a los tiempos; se había convertido la fe en un ideario político revolucionario, o cuanto menos de transformación social. Para ellos “una fe adulta” no podía consentir en las “niñerías” de la devoción mariana. Y si era necesario requerir de María se la convertía en un icono revolucionario signo del triunfo de los “humildes” frente a los poderosos, haciendo de un Magnificat prostituido el grito de guerra común a toda teología de la liberación. Y es que eso era lo que se pretendía: transformar el magisterio de la Iglesia, la doctrina y la moral. Y todo ello pasaba necesariamente por derrumbar el culto mariano.

Daba la sensación de que las tesis protestantes de Karl Barth hubieran penetrado en la Iglesia. “Toda la mariología es considerada por Karl Barth, nombre decisivo del

---

291 “Dios no puso solamente una enemistad, sino que puso enemistades entre María y Lucifer, y no solo las puso entre María y Lucifer, sino entre la raza de la Virgen y la raza del demonio. O sea, Dios ha formado enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y siervos de María y los hijos y esclavos del diablo, de modo que no se aman ellos nada unos a otros, ni tienen más correspondencia interior entre sí. Los hijos de Belial, los esclavos de Satanás, los amigos del mundo (que es la misma cosa) han perseguido siempre y perseguirán ahora más que nunca a los que pertenezcan a la santísima Virgen, como en otro tiempo persiguió Caín a su hermano Abel y Esaú a su hermano Jacob, que son las figuras de los réprobos y los predestinados”.

77. J. RATZINGER, *María Iglesia naciente*. Madrid 1999, 17 y 19.

protestantismo del siglo XX, como “excrecencia tumoral del catolicismo”. He aquí una frase textual, entre las muchas de su monumental Dogmática, que lo ocupó durante más de treinta años: “El discurso católico sobre María es una excrecencia maligna, es una planta parásito de la teología: ahora bien, las plantas parásito deben ser desenraizadas.”<sup>78</sup>

El Concilio Vaticano II no fue sino escenario de esa crisis, como se puso de manifiesto durante el desarrollo de las sesiones del Concilio, que no se superó en aquellos convulsos años postconciliares, pese a la luminosa doctrina mariológica del capítulo VIII de la *Lumen Gentium*, y de su interpretación auténtica en el Magisterio posterior. En esta penosa situación el gran remedio está en redescubrir en sus fundamentos bíblicos el gran don de Dios a su Iglesia que es la consagración al Corazón Inmaculado de María, que no es otra cosa que el reconocimiento filial de su maternidad en la perspectiva abierta por el testamento del Calvario (Jn 19, 26–27) acoger a María como nuestra Madre, para llegar a ser sus hijos “in totalità di dedizione e di confidenza filiale in Lei, la Madre”.<sup>79</sup>

La consagración a la Virgen es ese reconocimiento agradecido de una maternidad espiritual fundada en su condición de Corredentora mediadora e intercesora y, por derecho de conquista, Reina y Madre del Universo redimido, expresado en confiarle nuestra vida entera, en todo y para todo, como dinámico perfeccionamiento de la persona en el camino de identificación con Jesucristo (cf Rm 8,29).<sup>80</sup> Lejos de ser un

---

78. V. MESSORI, *Hipótesis sobre María*, 389 En ese ambiente contrario a la devoción mariana las mariofonías eran la gota que colmaba el vaso. Un anacronismo vergonzante, algo que tapar de la opinión pública, y si no era posible, al menos la jerarquía se mantendría alejada de manifestar o mostrar su querencia a las mismas. Era notorio. Aquellos argumentos de “prudente” política teológica de los padres conciliares del sector modernizante habían pasado a convertirse en sustrato anímico, espiritual y racional de la mayor parte de clero y jerarquía. No es crítica vana. Algo estaba pasando en la Iglesia, hasta el punto de que autores como Messori, tan comedido en sus expresiones, no podía dejar de señalarlo: “Nos parece –y lo decimos con toda la humildad y prudencia del caso– que aquí hay una especie de contradicción. En efecto, por un lado, a lo largo de los siglos, la Iglesia siempre ha aprobado cultos, ha favorecido el surgimiento de santuarios y ha exhortado a la peregrinación a lugares que –tal vez solemnemente– ha proclamado privilegiados por una manifestación misteriosa de lo Sagrado. Por otro lado (hoy, sobre todo) a veces parece negarse a examinar las credenciales de semejantes lugares y acontecimientos.” La fe que se perdía en el mundo, que abandonaba las iglesias locales, se reencontraba en los santuarios marianos. Parecía desconcertante, una sociedad cada vez más mundanizada buscaba ansiosa el hogar de la Madre. Si las iglesias se vaciaban, los santuarios marianos se llenaban cada vez más. Si se renegaba de la práctica sacramental en las iglesias locales, en los santuarios marianos se redescubría el sacramento de la Reconciliación y la devoción eucarística.

79. S. MANELLI, *Mariologia Bíblica.*, 368 ss.

80. Es una promesa de amor en donde damos completamente todo lo que somos, tenemos y hacemos a Jesús a través del Corazón Inmaculado de María. Pertenecer a María para pertenecer más completamente a Cristo. Reconocer nuestra dependencia y necesidad de Ella y así dejar que ejerza en plenitud, su misión maternal sobre nosotros. Y nos ayude a vivir más plenamente nuestras promesas bautismales de fidelidad y seguimiento total de Cristo; entregarnos confiadamente aceptando su maternidad espiritual. Nos damos a ella para dejarnos guiar, enseñar, moldear por Ella y dentro de su corazón; dejarla ejercer en plenitud su misión de Madre espiritual; ponernos bajo su protección, pidiéndole que nos proteja de los peligros espirituales y físicos de nuestra vida terrena y que nos tome de la mano para llevarnos seguros hasta el cielo; ser apartados del demonio, del mundo y de la carne, para así alcanzar la verdadera santidad; ponernos a su servicio. "nos damos a María de manera perfecta cuando nos ponemos a

obstáculo para la plena unión de los Cristianos, como afirman equivocadamente algunas voces, es, por el contrario, la única esperanza ecuménica de la Iglesia Esposa de Cristo, que espera, impulsada por el Espíritu Santo, en esta hora grave de la Historia de la salvación, el cumplimiento de la profecía de Jesús: “al final habrá un sólo rebaño con un sólo Pastor”. Por esa unidad pidió Jesús en la oración sacerdotal, cuando llegaba “la hora” de su paso de este mundo al Padre. Como en Caná de Galilea también se adelantará la hora de la unidad plena de los cristianos a instancias de su Madre, Esperanza nuestra y Auxilio de los Cristianos.

Ella –la Inmaculada Mediadora– es la Mujer del alfa y del omega, del Génesis y del Apocalipsis, la gran antagonista de la antigua serpiente, que promueve rebeldías y divisiones en la Iglesia. Ella –así está decretado (Gn 3,15)– le aplastará la cabeza.

## 6. *Fundamentos bíblico-teológicos de la consagración a María.*

“La Virgen María –escribe el Padre Apollonio en el estudio sobre nuestro tema, que he tomado como punto de partida para mis reflexiones personales que expongo en este estudio– ocupa un puesto central en la historia de la salvación. La singularidad y excelencia de la Virgen no se descubre ni por la cantidad de referencias bíblico ni por un análisis puramente filológico de los textos, sino por una lectura teológica de las fuentes<sup>81</sup>, la cual manifiesta la singularidad de la función que María di Nazareth desempeña en la obra de la redención junto a su hijo Jesús”. El fundamento bíblico principal es la importante escena de la entrega del discípulo a María y viceversa (Jn 19,25–27: el testamento del Calvario), que nos ofrece el fundamento de una relación directa con la Madre di Jesús, que se ha expresado tradicionalmente con término de consagración.

Hay muchos otros textos bíblicos en los que la tradición y la exégesis contemporánea, han reconocido el fundamento, por lo menos implícito, de la maternidad espiritual de María. Por ejemplo: el “nacido de mujer” de San Pablo (Gal 4,4)<sup>71</sup>, la Anunciación (Lc 1,26–38)<sup>72</sup>, las bodas de Caná (Jn 2,1–11)<sup>73</sup>, la profecía de Caifás sobre la reunión de los hijos dispersos (Jn 11,49–52), la metáfora joanea de la mujer parturiente (Jn 16,21–22)<sup>75</sup>, la mujer vestida de sol (Ap 12)<sup>76</sup>.

El Espíritu Santo que conduce a la verdad completa ha ido guiando a la Tradición viva de la Iglesia, *sub ductu Magisterii*, a una lectura teológica de los textos bíblicos, en un proceso histórico de progresiva profundización.

---

su disposición como cosa y posesión suya. Desde ese momento, la primera condición necesaria para pertenecerle, es ofrecerse totalmente a su Inmaculado Corazón". "Deseamos ser perfectos instrumentos de la Inmaculada y ser totalmente guiados por Ella, en perfecta obediencia"(S. M Kolbe).

81. G. M. STAND, J. M. STAND, “Fondamenti biblici della consacrazione a Maria”, in: AA.W., Teologia e pastorale della consacrazione a Maria. Aggiornamento teologico pastorale alla luce del Vaticano II, H. Messaggero, Padova 1969; A. POMPEI, “Fondamenti teologici della consacrazione a Maria”, *ivi*, pp. 14 e ss.; A. VIARRANZINI, “Consacrazione a Maria in prospettiva teologico-antropologica”, in: *La Madonna* 27/3–4 (1979) 51–76; IDEM, “L'atto di affidamento e consacrazione a Maria. Significato teologico”, in: *CC*, 135/II (1984) 12–29; J. IBAÑEZ – F. MENDOZA, “Consagración mariana y culto de esclavitud a María”, in: *Estudios Marianos*, 51 (1986) 164 ss.

## ***7. La maternidad espiritual de María principal fundamento de la consagración personal y colectiva a su Corazón inmaculado***

Dios llama a cada uno por su propio nombre a realizar en el tiempo histórico la misión personal para la que fue elegido en el decreto “ab aeterno” de la divina predestinación. Con la vocación, el Dios de la alianza se compromete a comunicar las gracias convenientes, proporcionadas para su ejecución en el tiempo, contando con su libre cooperación. Como dice Sto. Tomás (3, q. 27, a.5 ad 1 y passim): “Dios da la gracia a cada uno según el fin para el cual le escoge”.

El plan de la sabiduría divina previó a María no sólo como Madre de Jesús, sino también su compañera y colaboradora en la completa victoria sobre Satanás y su reino de muerte “para restaurar la vida sobrenatural en las almas” (LG, 61). Para realizar ese plan, Dios quiso eficazmente y previó infaliblemente el misterio de la Encarnación por obra del Espíritu Santo en el seno de la esposa de José, hijo de David, en cuya casa –el hogar de la familia de Nazaret– iba a ser acogido en el vértice de la historia de la salvación. Desde toda la eternidad Dios, que todo la obra con fortaleza y suavidad, decidió otorgar a María una plenitud de santidad inmaculada que le posibilitaría –siempre con el auxilio de la gracia eficaz– el libre consentimiento, saludable y meritorio dado en nombre de la humanidad. (cf. S. Th. III, 30, 2). El Catecismo de la Iglesia Católica hace referencia a esta poderosa razón –de la gran conveniencia– de la plenitud de gracia de María desde el primer instante de su concepción: para poder, en nombre de la humanidad, dar el asentimiento libre de fe al anuncio de su vocación; era preciso que ella estuviese totalmente poseída por la gracia de Dios (CEC 722).

La respuesta de María al mensaje divino del Ángel requería toda la fuerza de una libertad purísima, abierta al don más grande que pudiera imaginarse y también a la cruz más pesada que jamás se haya puesto sobre el corazón de madre alguna, la espada de que habla Simeón en el Templo. Aceptar la Voluntad de Dios implicaba para la Virgen cargar con un dolor inmenso en su alma llena del más exquisito amor. Era muy duro aceptar tal suerte para quien había de querer mucho más que a Ella misma. La Virgen María necesitó toda la fuerza de su voluntad humana, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo en plenitud para poder decir –con toda consciencia y libertad– su rotundo fiat al designio divino. Esta enorme riqueza espiritual no rebaja un punto su mérito; sencilla y grandiosamente hace posible lo que sería humanamente imposible: da a María la capacidad del fiat. Pero Ella puso su entera y libérrima voluntad. Para entendernos: Dios me ha dado a mi la gracia para responder afirmativamente a mi vocación divina. Sin esa gracia no habría podido decir que sí; pero con ella no quedé forzado a decirlo. Podía haber dicho que no, pues, en principio, la vocación divina no es un mandato inesquivable, sino una invitación: <<Si quieres, ven y sígueme>><sup>82</sup>.

Se entiende que la gracia inicial de la Virgen María –que es no sólo superior a la gracia final de Santos y Ángeles juntos, sino singular, única y trascendente a la nuestra– haya sido llamada gracia maternal, derivada de la plenitud de gracia capital de Cristo y merecida por Él anticipadamente para preservarla del pecado, cuyo débito no contrajo por su predestinación a la maternidad divina “ante peccatum paevisum”, según la tesis escotista, a la que me adhiero sin reservas.

---

82. M OROZCO, *Mariología*, Madrid 1990.

La razón de esta superioridad estriba en que la gracia inicial de María debió ser tal que la dispusiera para ser Madre idónea de Dios redentor indisolublemente asociada a Él en su ser y en su obrar salvífico –la Redención liberativa–, lo cual pertenece a un orden o jerarquía trascendente al resto de las criaturas. Esta es la razón de que todas las gracias de todas las demás criaturas juntas no pueden constituirse en preparación adecuada, en virtud de la distancia “sine mensura” al orden hipostático.

El “fiat” de la Encarnación es la razón formal de la maternidad divina del Redentor, en cuya virtud –“al encanto de las palabras virginales”– se constituyó, por obra y gracia del Espíritu Santo, su ser teándrico (como dicen los Padres, “concibió antes en el corazón y en la mente que en su seno virginal”); y –si “el obrar sigue al ser”– es el comienzo de un proceso de cooperación a la obra redentora que abarca todos y cada uno de los instantes de la vida de su Hijo, hasta su consumación en el misterio pascual, en la “hora de la glorificación del Hijo del hombre” (Jn 21,31), que es “la hora de la Mujer” (cf. Jn 16–21). María aceptó ser Madre del Redentor no como un instrumento pasivo, sino con toda la generosidad y libertad de una fe viva que acepta cooperar a la obra de ese Salvador que se le anuncia como Hijo: el Verbo por quien todo fue hecho, que venía a recapitular en sí a todos los hombres a los que se unió en cierto modo en su seno, en radical solidaridad, capacitándolos para aceptar libremente el don de la vida sobrenatural, fruto de su función salvadora que culmina en el Misterio Pascual.<sup>83</sup>

En la Cruz llega a su consumación toda una vida de fe y amor maternal que dan valor corredentor a todas y cada una de las acciones y sufrimientos de María en íntima asociación a su Hijo. De Nazaret al Calvario no tuvo otro corazón ni otra vida que la de su Hijo (RM 39). En la cumbre del Calvario se consuman y alcanzan cumplimiento acabado el “ecce venio” (Heb. 10,7) con que Jesucristo, el Hijo de Dios, empezó su mortal carrera, y el “ecce ancilla” (Lc 1,38) con que María se pliega a los planes redentores del Altísimo. La escena de Nazaret proyectó al Hijo y a la Madre a la cumbre del Gólgota, íntimamente asociados en el doloroso alumbramiento de la vida sobrenatural restaurada.

Fue en la Cruz cuando “emergió de la definitiva maduración del misterio pascual” (RM,23) aquella radical maternidad espiritual respecto a la Iglesia que comenzó a constituirse cuando María consintió a dar vida a Cristo, precisamente como cabeza de un organismo en plenitud de vida comunicativa de la que iba a vivir la futura Iglesia. “Unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció, como Nueva Eva al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternales y de su materno amor por todos los hijos de Adán... de tal suerte que la que era Madre corporal de nuestra Cabeza y consiguientemente, ya por ése título, Madre nuestra, fuera, por un nuevo título de dolor y gloria, Madre espiritual de todos sus miembros” (Pío XII Myst. Corp. Marin 713)<sup>84</sup>.

---

83. Sería un error interceptar aquella “unión, en cierto modo, con todo hombre”, de todos y cada uno en el seno de la Virgen, en virtud de la Encarnación, como una santificación pasiva ‘por contagio’. No es ese el sentido de la conocida expresión de San Pío X (Ad diem Illum” Marin, n. 487): “María al llevar en su seno al Salvador daba la vida a los que iban a vivir de la vida del Salvador”. Gracias a esta solidaridad, se lleva a efecto entre Cristo y la humanidad el “admirabile commercium”, por el que Cristo carga sobre sí con todo el cúmulo de pecados de los hombres, satisfaciendo infinitamente por ellos ante el Padre y los hombres podemos ser interiormente renovados por la gracia de Dios y ser “constituidos justos” (Rom 5, 19), cuando se nos aplican los méritos de la vida, pasión y muerte del Señor. (Conc Trento, Denz 792 a–800).

84. María consintió a dar vida a Cristo en cuanto hombre como cabeza de un organismo

Consumada la obra de la Redención en el Calvario, tiene lugar el nacimiento público de la Iglesia en Pentecostés por la efusión del Espíritu, a instancias de María, Esposa del Paráclito, como fruto de la Cruz: esa misma Iglesia que había sido concebida en la Encarnación, madurada en el hogar familiar de Nazaret y nacida “quasi in occulto”, recordando el origen bíblico de la primera mujer, del costado de Cristo abierto por una lanza.

La maternidad espiritual de María se constituye, pues, del “fiat” de Nazaret al del Calvario, por su cooperación próxima e inmediata a la redención objetiva (mediación dinámica “ascendente” como corredentora en sentido estricto); pero su acto esencial es la comunicación de los frutos de la Redención (mediación dinámica “descendente”) por la cual continúa ejerciendo María desde el cielo su mediación maternal, no sólo con eficiencia moral de intercesión ante Dios (“Omnipotencia suplicante”) como abogada ante Dios a favor de los hombres –sino también por directa dispensación de todas las gracias que ha contribuido a adquirir–, incluidos los dones jerárquicos y carismáticos que configuran a la Iglesia como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada, como Mediadora universal de la divina gracia y Madre de la Iglesia, a la que hace partícipe de su maternidad virginal.

**8. *El título “María Madre de la Iglesia”, expresa el aspecto social – inseparable del personal– de su Maternidad espiritual, fundada en la materna mediación de la Corredentora respecto a todos y cada uno de los hombres***  
**(Cf. RM 45–47)**

Se ha dicho acertadamente que el Concilio Vaticano II ha sido el concilio de la maternidad espiritual de María, como el de Éfeso fue el de su divina maternidad, porque compendia en el concepto de influjo materno, todos los vínculos que unen a María con la Iglesia, íntimamente unida a su Hijo “en la restauración de la vida espiritual de las almas” (LG, 61). Esta insistencia del Concilio en la maternidad espiritual tuvo un intrínseco complemento en la proclamación de Pablo VI al final de la 3ª Sesión del Concilio de María como Madre de la Iglesia, que expresa en síntesis maravillosa el singular puesto de la Virgen en ella. Se ponía así a plena luz la armoniosa integración de las dos tendencias mariológicas logradas en el C.VIII de la “Lumen Gentium”, pero que precisaba de esta explicitación del título, que no fue recogido en el texto de la Constitución conciliar por reticencias minimistas debidas a prejuicios de escuela de la tendencia eclesiotípica, que no admitía una transcendencia de María respecto a la

---

en plenitud de vida comunicativa –gracia creada– de la que iba a vivir la futura iglesia. Aunque formalmente constituida en el misterio Pascual –en acto segundo– puede decirse que “la generación de Cristo es –en acto primero– el origen del pueblo cristiano, y el natalicio de la Cabeza, el natalicio del Cuerpo” (San León, Sermo 6 da Na Nat. Dni., Pl 54, 213). Son elementos constitutivos de ese “acto 1º”, con la gracia de la humanidad de Cristo, los planes fundacionales– ideas, resoluciones, actuaciones presentes en la mente, voluntad y poder de Jesús, en virtud de los cuales se iría edificando la Iglesia nacida, en “acto 2º”, del misterio Pascual. María, asociada a Cristo en todo el proceso salvífico, participó en todo él con su fe obediente y su ardiente caridad” (LG 61) de corredentora, que es la razón formal de su maternidad espiritual del Cristo total.

Iglesia, por no considerarla compatible con su condición de miembro más excelso de la misma y a ella inmanente.

Es sabido que la mayoría conciliar, inducida por la activa corriente eclesiotípica centroeuropea y por los inevitables hiper-ecuménicos, sostuvo que ese título no era esencialmente distinto de otros que, o basculan entre lo poético y lo especulativo, o son de incierto significado, o carecen de base teológica, obstaculizando así la causa unionis, por lo cual se opuso a su proclamación. Entonces el Santo Padre, con un acto de autónoma autoridad, procedió a su proclamación solemne en el discurso de clausura de la tercera sesión, el 21 de noviembre de 1964, siendo acogido en silencio por una asamblea que en tantos otros momentos se mostró fácil para el aplauso. Puesto que el título había sido expulsado del esquema por la Comisión teológica (pese a una imponente recogida de sufragios en su favor), y el obispo de Cuernavaca la había impugnado en el aula, el acto del Papa suscitó vivos rechazos. En ese hecho se traslucen las disensiones internas del Concilio y el espíritu antipapal de la fracción modernizante.

Pero Dios sabe más. El Concilio Vaticano II se sirvió de las aportaciones de ambas tendencias en admirable equilibrio. El influjo principal del eclesiotipismo se manifiesta en su proclamación de María como “excelsa Hija de Sión” con la clara intención de destacar los vínculos que existen entre María y la comunidad de donde procede, la cual es designada con éste nombre simbólico de Sión. Sin embargo, la orientación fundamental del Concilio Vaticano II en el tema mariano es netamente cristotípica. Si la Virgen representa a la Iglesia, si es su modelo y su figura puede ser proclamada la Hija de Sión, es en virtud de su relación única con Cristo, en su constitución teándrica y en su obra salvífico, por su predestinación a ser la Madre del Redentor.

### 9. *¿Que significado entraña este título “Madre de la Iglesia”?*

El mismo Papa Pablo VI, en el discurso que acompaña a la proclamación, resalta la identidad sustancial entre la doctrina enseñada en el Concilio acerca de la Maternidad espiritual de María y a la que él consagra y sanciona al reconocer solemnemente a María como Madre de la Iglesia.

“Lo que antes estaba contenido en el estilo de vida, comentaba –Pablo VI– ahora se expresa, en una doctrina clara; lo que hasta el presente estaba sujeto a reflexión, a discusión, y en parte, a controversia, ahora ha conseguido una serena formulación doctrinal”. Puede decirse que antes el título se encontraba como fragmentado en múltiples partes integrantes; se hablaba de madre de los fieles en general y de cada una de las categorías o estados de fieles, como Madre de los que sufren necesidad, etc ...

Cuando la reflexión teológica pasó de una concepción prevalentemente individual de la maternidad espiritual de María, a una concepción también comunitaria inspirada en la visión de la Iglesia misma como comunidad, brotó espontáneamente el título de Madre de la Iglesia. Difícilmente podría haber nacido y prosperado en otros tiempos, porque es un título esencialmente ligado al concepto de Iglesia. Es un hecho que la teología no reflexionó sistemáticamente sobre el misterio global de la Iglesia tanto como en nuestro tiempo: el esclarecimiento o formulaciones sobre este misterio son la obra primordial realizada por el Concilio Vaticano II<sup>85</sup>. Una vez más se

---

85. Cf A. BANDERA, *oc.*, 53s.

comprueba que todo genuino avance en la comprensión del misterio de la Iglesia va acompañado de un avance paralelo en la comprensión del misterio de María (RM, 47b). Como observa C. Pozo, en esta declaración Pablo VI va más allá de lo que el Concilio había afirmado explícitamente<sup>86</sup>. Ya es significativo que el Papa mismo considere su proclamación como añadir un remate (*fastigium*) a la Constitución misma.

Por eso no puede ser una fórmula equivalente del título “Madre de los fieles”. La frase que se encuentra en el n.53 de la Constitución dogmática sobre la Iglesia: a María “la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, la venera como madre amantísima con afecto de piedad filial”, no parece que deba interpretarse en el sentido técnico de “Madre de la iglesia”; es decir, como afirmación de trascendencia de María sobre la Iglesia –teniendo en cuenta el propósito de neutralidad del Concilio (Cf.LG.54)– negada por el eclesiotipismo; sino como Madre de los fieles en general.

En la fórmula de la proclamación “los pastores” son considerados no en cuanto “fieles”, sino en cuanto “sujetos de unos poderes sagrados”, a través de los cuales se estructura toda la Iglesia: se proclama de ese modo la Maternidad de María con respecto a toda la realidad que hay en la Iglesia, o con respecto a toda la realidad que es la Iglesia; como dirá el Papa, muy poco después en su discurso, al fundamentar teológicamente el título, el término de la acción espiritualmente maternal de María es el Cuerpo místico en cuanto tal, es decir, un término que es exhaustivo con respecto a la realidad eclesial, también como “medium salutis”, en su dimensión institucional “organice structa” en virtud de sus dones jerárquicos y carismáticos”.(LG 14,4<sup>a</sup>)<sup>87</sup>. Por ello la potestad sagrada del sacerdocio ministerial, en sus diversos grados.

En el seno materno de María el Espíritu Santo modela a cada uno de los redimidos –con el concurso de su libertad– la semejanza a Cristo que le es propia, según su personal e intransferible vocación, en una relación materno filial, personal e irrepetible; pero los modela “según la medida del don propio de cada uno, por la virtud del Espíritu de Cristo” (RM, 45). Es decir, según la peculiar vocación personal y la consiguiente posición eclesial en la que aquella le sitúa, complementaria de la de los de-

---

86. C. POZO, *María en la obra de la Salvación*, cit, pag. 328. La "Redemptoris Mater", sin embargo, justifica esa trascendencia de María sobre la Iglesia, si se considera esta no como el Cristo Total, Cabeza y miembros –pues toda la plenitud de gracia de María deriva de la de Cristo– sino como la Persona mística que es la Esposa que adquiere en la Cruz: "Si ella es la primera en experimentar en si misma, como "Llena de gracia" y "Concebida sin pecado", anticipadamente, los efectos sobrenaturales de la única mediación de Cristo, fue para disponerla a cooperar con El en la obra de la salvación y tal cooperación es precisamente la mediación materna de María" (RM 39c), subordinada, pero íntimamente asociada a la de Cristo en la redención adquisitiva y en su aplicación a los demás miembros de la Iglesia.

87. Cf. Pedro RODRÍGUEZ, *El concepto de Estructura fundamental de la Iglesia*, en VV. AA. *Veritati Catholicae*, en honor de L. Scheffczyk, Aschaffenburg 1985, pp.2246. “Sacerdocio ministerial y sacerdocio común en la estructura de la Iglesia”, en *Romana* 4 (1987), 163-176. Muestra muy acertadamente el A. como en el caminar de la Iglesia, la conjunción de los caracteres sacramentales con determinados carismas, hace emerger las tres grandes posiciones personales de la estructura histórica de la Iglesia (ministros, laicos, vida consagrada). Sobre la que es propia de los laicos, P. RODRÍGUEZ, “La identidad teológica del laico”, en *Scripta Theologica* 19 (1987) 280 ss. Una excelente exposición de conjunto de los estudios de P. Rodríguez sobre el tema puede verse en José R. VILLAR "Creo en la Iglesia Católica" (Estudios sobre el CEC), en *Scripta Theologica*, 25 (1993) pp.612–626. Sobre los religiosos, son muy dignas de tenerse en cuenta las observaciones críticas de A. BANDERA a los "Lineamenta" del Sínodo de 1994. Cf. Sínodo–94. “Entre Código y Cristología”, ed. San Esteban, Salamanca 1994.

más –en virtud de los dones que postula la propia participación en la misión salvífica de la Iglesia (pues hay en ella “diversidad de ministerios y unidad de misión” (AA 2) para común utilidad); y por consiguiente en su esencial vinculación al entero Pueblo de Dios, que es así constituido en comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada por dones jerárquicos y carismáticos. También ellos derivan de la mediación materna de María, como medios de salvación; es decir, de aquella comunión con Dios y de los hombres entre sí que obra la caridad a cuyo servicio son aquellos conferidos. La maternidad sacramental de la Iglesia –que deriva de la Eucaristía, de la que ella vive–, es, por esa razón, derivada de la mediación materna de María, en la cual ejerce en el Espíritu Santo su maternidad en una inseparable simbiosis dinámica.

***10. El gran avance en el fundamento teológico de la consagración al Corazón Inmaculado de María está en las perspectivas abiertas por la Encíclica “Redemptoris Mater” de Juan Pablo III, que ha sido calificada como “hoja de ruta para el tercer milenio”, de tan deficiente recepción en la Iglesia***

El horizonte eclesial de la reflexión teológica de Juan Pablo II en la Encíclica RM, la Carta Magna de la Mariología –cuya recepción ha sido lamentable y tan pobre en amplios sectores de la Iglesia– está presente en toda ella, según anuncia su título –“María en la vida de la Iglesia peregrina”–: desde su I parte, que presenta la ejemplaridad de la peregrinación en la fe, del “fiat” a la Cruz, como razón formal de su cooperación única y singular a la obra salvífica de su Hijo –y de su presencia en el pueblo peregrino, tema de la II parte– hasta la reflexión final sobre su influjo maternal, ejemplar y efectivo, sobre la Iglesia, propio del ejercicio de la mediación materna, en la parte III.

La relación de María hacia la Iglesia es, sí, de ejemplaridad o figura arquetípica (RM 41–44). Pero “María no es sólo modelo y figura de la Iglesia –como pretende la reductiva Mariología eclesiotípica– sino mucho más (RM,44): es Madre de la Iglesia y con la Iglesia, que recibe de ella una incesante influjo de cooperación maternal de intercesión y distribución de las gracias que ha contribuido a adquirir, en las que se hace concreta y vital su mediación materna. Su influjo materno alcanza a cada uno de los hombres llamados a la salvación de modo personal e irreductible –nada hay más personal que la relación de una madre con cada uno de sus hijos–, pero tiene lugar en el “nosotros” de la Iglesia: precisamente en cuanto es Madre de la Iglesia toda, que refleja su imagen de maternidad virginal.

La Encíclica RM superó definitivamente –siguiendo las sugerencias implícitas del título proclamado por Pablo VI al final de la III sesión del Concilio, desarrollando sus virtualidades– la aparente antinomia entre las dimensiones individual y social de la maternidad de María; mostrando que en tanto alcanza la maternidad espiritual de María a las personas singulares en cuanto es Madre de la Iglesia en la integridad de su realidad compleja (LG 9), visible e invisible; tanto de los medios de salvación (sacramentos y carismas), como de la salvación misma. Es decir, la Iglesia entera, cuya maternidad deriva de la Maternidad de María, su Madre.

Por eso, sin duda, Pablo VI quiso subrayar, que la maternidad de María no se refiere sólo a la gracia que santifica a cada uno de modo personal, como “fructus salutis”, sino también a los dones “jerárquicos y carismáticos” (LG 4ª) –gracias de mediación– que constituyen a la Iglesia como comunidad sacerdotal orgánicamente

estructurada (LG 11) –“medium salutis” –; es decir, que alcanza a la Iglesia entera incluida su dimensión institucional, cuando afirmaba en la solemne proclamación de María Madre de la Iglesia, de manera reduplicativa, que es Madre de los Pastores “en cuanto Pastores”, en clarísima alusión a los dones jerárquicos que la configuran como sacramento de salvación, “que pertenecen a la figura de este mundo que pasa” (LG 48c).

El Espíritu Santo, en la Inmaculada y a través de la Inmaculada<sup>88</sup>, plasma en cada uno de nosotros, en el seno materno de la Iglesia, la semejanza del Verbo encarnado, comunicándonos la filiación al Padre, participada de la del Unigénito del Padre y primogénito de la Mujer –la vida de la gracia– y haciéndonos también partícipes de su mediación, según la imagen de la Mujer, en su misterio de materna mediación, para cooperar con el don salvífico del Esposo –mediadores en Cristo Jesús, con “alma sacerdotal” mediante el don de la Esposa– en la obra de la salvación de nuestros hermanos –en una reciprocidad de servicios “organice structa” de dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4) en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia institución– y de la consiguiente renovación del mundo, expectante también, en los dolores de parto, de la plena manifestación de los hijos de Dios que le librarán de la servidumbre de la corrupción, para participar, en un universo renovado, en la libertad y gloria de los hijos de Dios (Cf. Rom 8,20–21).

### 11. *Dimensión personal de la Maternidad espiritual de María*

La maternidad de María no es una realidad que se esfuma en el número incontable de hijos en un anonimato desvaído, porque “es esencial a la maternidad la regencia a la persona” (RM, 45) (a), en una reciprocidad de entrega –exitus; reditus– (b)

#### **a. Esencial referencia de la maternidad a la persona del hijo, en su identidad irrepetible**

Como ya comentamos anteriormente en el capítulo VI de la I parte, el pensamiento filosófico de Karol Wojtyła está fuertemente impregnado de un sano personalismo. Ello le hace no olvidar que en el momento en que Jesús pronuncia estas palabras, no está simplemente muriendo por la salvación de la humanidad en abstracto, sino por la de cada persona en particular. “Me amó y se entregó por mí” (Gal. 2, 20). “La maternidad determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas: la de la madre con el hijo y la del hijo con la madre” (RM, 44). La irrepetibilidad de esta relación de María con cada uno de sus hijos, se subraya por el hecho de que la nueva

---

88. El Pseudoagustín llama a María “forma Dei”, molde viviente del Unigénito de Dios, primogénito entre muchos hermanos, donde se “formó” la Cabeza del resto de la descendencia espiritual de la Mujer. San Luis María GRIGNON DE MONFORT completa esa idea luminosa atribuida durante siglos al santo Doctor –en perfecta congruencia, por lo demás, con su eclesiología– en su conocida obra *El secreto de María* (Obras BAC. p.288) escribiendo: “cualquiera que se mete en este molde y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo”. Alude en lenguaje popular y muy sugerente al misterio de la mediación materna de María.

maternidad de la Madre del Señor, haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: “ahí tienes a tu hijo”.

Esta afirmación de que María es dada particularmente a cada discípulo, da luz sobre el sentido a la respuesta a este don que se exige en el v. 27 “desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus cosas”. S. Juan, que señala las diversas cualidades que ha de reunir el verdadero discípulo concluye, esta de tener a María como cosa suya. Ha de tener su vida una dimensión mariana que le haga acoger (“*lambanein*” no significa “mirar” sino “tomar” o “acoger”) a María como madre. La palabra “acoger” implica así una entrega filial por la que introduce en el espacio de su vida interior a la Madre de Cristo como propia madre (cf 45).<sup>89</sup>

“Te aconsejo que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María. No basta saber que Ella es Madre... Es tu Madre y tú eres su hijo; te quiere como si fueras el hijo único en este mundo. Trátala en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa hónrala, quiérela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces”.<sup>90</sup>

#### **b. Frutos de la consagración filial –totus tuus– a la mediación materna de María (RM 46<sup>a</sup>)**

La dimensión mariana de la vida de los discípulos de Jesús consiste en definitiva, por fidelidad al testamento de Cristo en el Calvario, en una entrega recíproca, personal, irreplicable. De esta forma, prosigue el Papa –y como consecuencia de esa entrega– (“*totus tuus*”): “el cristiano trata de entrar en el radio de acción de aquella “caridad materna” con la que la Madre del Redentor “cuida de los hermanos de su Hijo”, a cuya generación y educación coopera” según la medida del don propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo” (RM, 45). La alusión del Papa a los dones peculiares de cada uno (vocaciones particulares o carismas) y a la gracia del espíritu que cada cristiano recibe, ayuda a comprender que, si la Maternidad de María es la relación personal e irreplicable, se inserta en esencial vinculación al entero pueblo de Dios; una maternidad que se ejerce en, con y por la Iglesia y para la dilatación del Reino de Dios, respecto al cual la Iglesia es principio instrumental (LG, 5). María coopera maternalmente llevando a su esplendor el designio particular para cada uno, velando por la realización según Dios de su vocación y misión en la Iglesia (Cf. 3).

He aquí pues una vigorosa llamada a una devoción mariana filial y confiada (“*afidamento*”) acogiendo personalmente la gracia de la consagración que nos ofrece el Espíritu Santo en este tiempo de tempestad y de naufragio, condición indispensable para que llegue a la plenitud la personal vocación recibida por cada uno en la Iglesia. Se trata de una relación que nacida de Cristo, dona su Madre a los hombres y converge también hacia Él: “esta relación filial, esta entrega de un hijo a la Madre no sólo tiene su comienzo en Cristo, sino que se puede decir que definitivamente se orienta hacia Él” (RM, 46) (El Santo Padre recordará más adelante la figura de S. Luis M<sup>a</sup> Grignion de Montfort, “el cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de

---

89. Es empobrecedora la traducción oficial “la acogió en su casa”. La Encíclica hace suya (nt. 130) la reciente exégesis de I. de la POTERIE (“*Reflexions methodologiques sur l’interpretation de Jn, 19 27 b*”, en *Marianum*, 42 (1.980) 84–125) que propone traducir: “desde aquella hora el discípulo la acogió en su intimidad”.

90. San JOSEMARÍA E., *Forja*, n. 293.

María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo”: R.M., n 48).

Por eso cuando más se entra en el radio de acción de la Madre, perseverando en esta actitud de entrega “tanto más María los acerca a la inescrutable riqueza de Cristo” Ef. 3, 8 (RM 46). La auténtica devoción mariana se abre a una universalidad de amor y de servicio. La Encíclica alude a algo que constituye uno de los puntos fuertes del Magisterio de Juan Pablo II: De Cristo se va siempre al hombre, se aprecia y defiende su dignidad. María conduce a Cristo y los hermanos ayudando a comprender la dignidad de hijos de Dios a que son todos llamados. (GS, 22) “no se puede tratar filialmente a María y pensar sólo en nosotros mismos, en nuestros propios problemas. No se puede tratar a la Virgen y tener egoístas problemas personales. María lleva a Jesús, y Jesús es “primogenitus in multis fratibus”, primogénito entre muchos hermanos. Conocer a Jesús, por tanto, es darnos cuenta de que nuestra vida no puede vivirse con otro sentido que con el de entregarnos al servicio de los demás. Un cristiano no puede detenerse sólo en problemas personales, ya que ha de vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas”. (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 148).

## 12. *Dimensión eclesial de la mediación materna de la Inmaculada*

El influjo materno alcanza a cada uno de los hombres de modo personal e irreductible, pero tiene lugar en el “nosotros” de la Iglesia: precisamente en cuanto es Madre de la Iglesia toda, sacramento universal de redención, que refleja su imagen de maternidad virginal.

Si la gracia respeta la naturaleza, se comprende que Dios haya querido llamar al hombre a la salvación no aisladamente sino –siendo constitutivamente social (GS, 25)– constituyendo un Pueblo (GS, 32 L.G.11) en la convocación –Iglesia– orgánicamente estructurada (LG, 11) por los caracteres sacramentales y carismas (LG, 15; RM, 45 /c). El universal influjo materno de María alcanza, pues, a cada hombre –en la relación irreplicable a cada persona que caracteriza la maternidad (RM, 45<sup>a</sup>)– pero no como un verso suelto, sino en constitutiva relación al único sacramento universal que es la Iglesia; en su incorporación, o al menos ordenación, a la misma, como arca de salvación. (LG, 14–16).

María es, pues, Madre de los hombres, en y a través de la maternidad de la Iglesia, en la cual “se derrama su maternidad” en virtud de su cooperación en la restauración de la vida sobrenatural (RM, 24). Su fecundidad de esposa de Cristo brota de la fecundidad de María. Una sola fecundidad que se desarrolla a través de dos tálamos, el de María y el de la Iglesia: la maternidad de la Iglesia es fruto de la maternidad de la María, “pues lleva a cabo su maternidad con la cooperación de la mediación materna de María”, que es vivida por el pueblo cristiano particularmente en la Sta. Misa (RM, 44)<sup>91</sup>. “El Evangelio confirma esa maternidad en el momento culminante del sacrificio de la Cruz” (RM 23) en el pasaje Jn. 19, 25. Juan Pablo II acuña una denominación sumamente sugestiva para designarlo: el testamento de la Cruz (RM. 23) “proclamación de la maternidad espiritual de María entregada como madre a los discípulos, todos y cada uno representados por Juan” (RM 21).

---

91. Cf. ALDAMA, “Eucaristía y Maternidad divina” en *Scripta de María*, 37-58.

María es, pues, en cuanto prerredimida, inmanente a la Iglesia como cuerpo místico de la única Cabeza que es Cristo mediador. Pero es un miembro singular y eminente en cuanto asociada a Cristo en la obra de la salvación de la redención liberativa como mediadora maternal, e instrumento con Él – “cor unum et anima una” – de donación del Espíritu a la Iglesia, no sólo de la vida sobrenatural –gracias de santificación–, sino también de los diversos “dones jerárquicos y carismáticos” (LG, 4) –“gracias de mediación– al servicio de aquélla, que la constituyen como comunidad sacerdotal “organice astricta”.

### ***13. Fundamento teológico-eclesiológico de la petición expresa de María de que hiciera la consagración de Rusia a su “Inmaculado Corazón” el Papa, Cabeza visible de la Iglesia, en unión con el Escopado mundial***

#### ***13.1 ¿Por qué al Corazón Inmaculado de María?***

Que la Escritura atribuye corazón a Dios –en sentido metafórico, pero enormemente expresivo– está claro. David es elegido rey según el corazón de Dios (1S 13, 14; Hch 13, 22). Las acciones de Dios brotan de su corazón (1Cro 17, 19). Yahvéh realiza los designios de su corazón (Jr 23, 20; 30, 24), habla en su corazón (Gn 8, 21) e incluso es capaz de indignarse en su corazón (Gn 6, 6).

Algunos autores, como S. Juan Eudes, han querido ver tres corazones en la trinidad de Personas divinas. Afirma que “el primer corazón que reside en la santísima Trinidad, es el Hijo de Dios, que es el corazón del Padre,... El segundo es el Espíritu Santo, que es el corazón del Padre y del Hijo. El tercero, es el amor divino, uno de los atributos de la esencia divina, que constituye el corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; tres corazones que vienen a constituir tan sólo un único y mismo corazón, con el que las tres divinas Personas se aman entre sí con amor tan grande como se merecen, amándonos igualmente a nosotros con una caridad incomparable”

Jesús tuvo corazón, en sentido propio y formal, en cuanto hombre. Él mismo se define como manso y humilde de corazón (Mt 11, 29) Su “personalidad”, sus acciones, sus sentimientos, su relación con el Padre, su amor hacia los hombres: todo ello nació del corazón como ese centro original y fundante de su persona. Y en este centro original no caben separaciones entre lo humano y lo divino, engloba ambas dimensiones en una realidad sin confusión ni división. En este sentido, podríamos encontrar una primera justificación. El Corazón de Jesús participa del Corazón divino. La relación entre el Padre y el Hijo no puede ser otra que a través del Corazón. De este Corazón, Jesucristo hará partícipe a toda la humanidad. Es participación del amor y de la actividad de Dios, incluso participación del ser mismo de Dios en su núcleo más personal. También el corazón de María participa del corazón de Dios. María concibió primero en su corazón (mente) y después en su vientre. La presencia trinitaria se encuentra ya en María antes de la concepción, y estará en ella en y durante la misma por su corazón, guarda las palabras y los hechos de Jesús en su corazón y los medita (Lc 2, 19; 2, 52). Incluso puede verse reflejado el sufrimiento de María (Lc 2, 35). El corazón de María nos presenta no sólo la relación con Dios, la identidad, sentimientos y pensamientos de la Virgen sino su amor hacia nosotros.

Jose María Alonso sintetiza estas ideas afirmando que el corazón es “el centro, la sustancia, el ápice, la punta viva del alma; el alma misma tiene corazón... es el lugar

del encuentro de Dios con el hombre: en él tiene que operarse la metanoia, la renovación interior; y en él tiene que producirse la única y verdadera transformación: la deificación por la presencia trinitaria”.<sup>92</sup> Que significa entonces la palabra corazón? “Evoca no solo sentimientos afectivos, pero también las memorias, pensamientos, razonamientos y planes que constituyen el mundo interior del hombre”. “Es ese centro esencial de la personalidad en la que el hombre se presenta ante Dios con la totalidad de su alma y su cuerpo. “(Juan Pablo II, 1984); el símbolo de su amor (en su doble faceta): por Dios y por los hombres. También es símbolo de sus virtudes (infusas o adquiridas), deseos, sufrimientos, carismas y dones de la Madre de Dios. sus actos elegidos libremente durante su historia en la tierra representa a toda su persona. Su voluntad, su mente, sus sentimientos, sus acciones, sus deseos... Es la fuente del amor de la persona. Físicamente fluye la sangre del corazón que da vida. Su Corazón Inmaculado palpó para formar el Corazón de su Hijo.”<sup>93</sup>

En el comentario teológico del Cardenal Ratzinger en la presentación del famoso Tercer Secreto de Fátima “Los niños han experimentado durante un instante terrible una visión del infierno. Han visto la caída de las «almas de los pobres pecadores». Y se les dice por qué se les ha hecho pasar por ese momento: para «salvarlas», para mostrar un camino de salvación. Viene así a la mente la frase de la Primera Carta de Pedro: «meta de vuestra fe es la salvación de las almas» (1,9). Para este objetivo se indica como camino –de un modo sorprendente para personas provenientes del ámbito cultural anglosajón y alemán– la devoción al Corazón Inmaculado de María<sup>94</sup>. Para entender

---

92. Toda esta riqueza semántica de la realidad del corazón que señala san Juan Eudes hace que en 1672 se instituya la fiesta del corazón de Jesús, pocos años antes de que tuvieran lugar las revelaciones de Paray-le-Monial de santa Margarita María de Alacoque. El reconocimiento público y oficial de la devoción y culto al corazón de María tardará en llegar, debatiéndose entre un pueblo exigente y un magisterio cauteloso. Tras distintos eventos que van desde la aparición de una imagen misteriosa de María mostrando su corazón, pasando por las revelaciones a Sor. Dufliche-Desgenettes en la parroquia Notre-Dame des Victoires en París, y la fundación de la archicofradía que conseguirá la consagración del mundo al corazón de María, hasta las grandes revelaciones de Fátima en 1917, se aprueba la fiesta del Corazón de María y se eleva a rito doble de segunda clase, con oficio y misa propios para toda la iglesia latina, señalando su fecha el 22 de agosto, octava de la asunción.

93. Pueden confrontarse estos datos en BOVER J. M., *Origen de la devoción al corazón de María*, “EstMar” 4 (1945) 148; PEINADOR M., *El Corazón de María en los evangelios*, “EstMar” 4 (1945) 57–58; ALONSO J.M<sup>a</sup>., *El corazón de María en San Juan Eudes*, vol. I, Madrid 1958, 213; ID., *Sobre una teología del corazón de María*, “Ad Maiora” 9 (1956) 15. Ibid., 358. ID., *La consagración al Corazón de María, acto perfectísimo de la virtud de la religión. Una síntesis teológica*, (Introducción a la obra de CANAL J.M<sup>a</sup>., *La consagración a la Virgen y a su corazón*, 2 vols., col. Cor Mariae, Madrid 1960), vol. I. Cfr también [www.teologiadelcorazondemaria.es](http://www.teologiadelcorazondemaria.es)

94. En el siglo XVII, el Señor manifestó Su plan para el mundo, a fin de que éste comprendiera mejor los misterios de Su Sagrado Corazón y del Inmaculado Corazón de María. Dos santos contemporáneos entre sí, San Juan de Eudes (1601–1680) y Santa Margarita (1647–1690) revelaron al mundo el amor y la misericordia de Dios, que se pone al alcance de todas las almas a través de los corazones de Jesús y María.

Jesús explicó a Santa Margarita María que el amor de Su Corazón debía de extenderse y manifestarse a los hombres, y que a través de ellos, Él derramaría grandes gracias sobre el mundo. Esto fue lo que él dijo, mostrándole en una visión Su Corazón: “Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y al que nada se ha perdonado hasta consumirse y agotarse para demostrarles Su amor; y en cambio, no recibe de la mayoría más que ingratitudes, por las irreverencias, desprecios y sacrilegios hacia Él en este Sacramento de Amor.”. Esta revelación

esto puede ser suficiente aquí una breve indicación. «Corazón» significa en el lenguaje de la Biblia el centro de la existencia humana, la confluencia de razón, voluntad, temperamento y sensibilidad, en la cual la persona encuentra su unidad y su orientación interior. El «corazón inmaculado» es, según Mt 5,8, un corazón que a partir de Dios ha alcanzado una perfecta unidad interior y, por lo tanto, «ve a Dios». La «devoción» al Corazón Inmaculado de María es, pues, un acercarse a esta actitud del corazón, en la cual el «fiat» –hágase tu voluntad– se convierte en el centro animador de toda la existencia. Si alguno objetara que no debemos interponer un ser humano entre nosotros y Cristo, se le debería recordar que Pablo no tiene reparo en decir a sus comunidades: imitadme (1 Co 4, 16; Flp 3,17; 1 Ts 1,6; 2 Ts 3,7.9). En el Apóstol pueden constatar concretamente lo que significa seguir a Cristo. ¿De quién podremos nosotros aprender mejor en cualquier tiempo si no de la Madre del Señor?”

### 13.2 *¿Por qué el Papa en union con los Obispos?*

El Señor, dice San Agustín, es muy buen Esposo. Y no hace nada sin contar con su Esposa, la Iglesia, fundada en la piedra apostólica del Papa, el vicario de Cristo, cabeza del cuerpo de las Iglesias particulares presididas por los Obispos.

El C. Vaticano II ha redescubierto –en uno de sus desarrollos eclesiológicos más significativos– que la universal “congregatio fidelium”, que es la Iglesia, es, además, el “corpus Ecclesiarum”. Es decir, la Iglesia fundada por Cristo no reúne sólo la multitud de los fieles bajo la autoridad suprema del Papa y del Colegio Episcopal, sino que esos fieles son convocados y congregados en las Iglesias particulares, presididas por los Obispos, en las cuales “inest et operatur” la Iglesia Universal. La comunión de esas Iglesias constituye la Iglesia de Cristo: “en la comunión eclesiástica existen, además, las Iglesias particulares que gozan de tradiciones propias, permaneciendo íntegro el Primado de la Cátedra de Pedro que preside todo el conjunto de la caridad”<sup>95</sup>; “el Cuerpo Místico es también el cuerpo de las Iglesias”<sup>96</sup>. Es “la doble forma de la Iglesia-

---

dio origen a una gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús y, entre otras cosas, a la práctica de los nueve primeros viernes de mes. De este modo, el Corazón de Jesús llegó a considerarse como el símbolo de ese amor infinito por el cual el Verbo se hizo Carne, instituyó la Sagrada Eucaristía, tomó sobre sí nuestros pecados y, muriendo en la cruz, se ofreció a Sí mismo como víctima y sacrificio al Padre Eterno.

San JUAN DE EUDES contribuyó a desarrollar la ‘doctrina del corazón’. Afirmó haber escuchado de Jesús: “Os he dado este admirable Corazón de mi amadísima Madre, que es uno conmigo, para que sea auténticamente vuestro corazón”. El corazón de María es, para él, la fuente y el principio de todas las grandezas, excelencias y prerrogativas que la adornan, de todas las cualidades eminentes que la elevan por encima de todas las criaturas, como el ser Hija predilecta de Padre, Madre de Hijo, Esposa del Espíritu Santo, y templo de la Santísima Trinidad”. Su obra ayudó a establecer las fiestas litúrgicas de los Corazones de Jesús y María. Mas adelante la devoción al Inmaculado Corazón de la Virgen se ha visto reforzada por las apariciones en Fátima; con estas apariciones ha entrado la devoción al corazón de María en una nueva primavera.

95. LG, 13c.

96. LG, 23. Sobre el tema de este capítulo es fundamental CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. *Communio notio*, Roma, 28-V-1992. Cap.III, nn. 11–14. “La Iglesia, que al nivel ontológico es una “communio cum Deo et hominibus”, al nivel estructural de la constitución es una “communio ecclesiarum”, escribe E. CORECCO, en *Iglesia universal e Iglesias particulares*, en P. RODRÍGUEZ (dir), *Actas del IX Simposio Internacional de Teología*

Sacramento”, en la acertada expresión del Prof. Pedro Rodríguez, ambas de divina institución: “*Ius divinum positivum*”. La mutua implicación de Iglesia universal e Iglesias particulares es una dimensión constitutiva del misterio de la Iglesia aquí en la Tierra. Así se ha demostrado con argumentos concluyentes tomados del Nuevo Testamento y la Tradición, que convergen en la recuperación de esta doctrina en el Concilio Vaticano II, un tanto oscurecida por la eclesiología de corte belarminiano<sup>97</sup>.

En este sentido es significativo que las veces que le preguntaron a Lucía por qué Dios no convertía a Rusia sin necesidad de recurrir a un medio tan difícil como era la Consagración –que tantas dificultades encontraba en la misma Curia– ella contestaba poniendo en boca del Señor la siguiente respuesta: “Porque quiero que toda mi Iglesia reconozca esa consagración como un triunfo del Corazón Inmaculado de María; para que, de ahí en adelante, se extienda su culto. Quiero también poner, junto a la devoción a mi Divino Corazón, la devoción a este Corazón Inmaculado.”. Quiere, en definitiva que se reconozca de forma explícita, lo que ya es una verdad “proxime definibilis”, atestiguada en las fuentes de la Revelación: la Mediación materna de María, Corredentora, Reina del Corazón del Rey y Madre de misericordia, y Abogada nuestra.

Volvemos a los tiempos bíblicos en que el Pueblo de Dios, cuando se apartaba de Dios, de Jahvé y era castigado por la irrupción violenta de grandes pueblos limítrofes que lo saqueaban, la infligían grandes castigos y lo llevaban prisionero a tierras lejanas. Hoy esos pueblos limítrofes se han condensado, según los textos de Fátima, en un solo pueblo dominado por el secularismo más atroz, por el ateísmo más contrario al Reino de Dios, dispuesto a acabar para siempre con el nombre de Jahvé en toda la tierra. De ahí la importancia escatológica del mensaje de Fátima. No se reduce a ser un nuevo anuncio, aunque apremiante, de oración y penitencia. Sino que se ha adentrado en la historia más contemporánea, para desentrañar su sentido teológico.

Ha venido a darnos la verdadera “teología de la historia de nuestros días”, al descubrimos el sentido providencial e histórico-teológico que está cumpliendo el comunismo marxista y ateo<sup>98</sup>. Rusia era el instrumento elegido por Dios para castigo del mundo por sus pecados, que por ser tantos y tales (¡cómo no destacar los pecados de omisión de la Iglesia, poco dócil a las demandas de la Dulce Señora!) exigirían de la Justicia Divina no sólo que el azote marxista se descargara con ira sobre la tierra, sino que sus errores se extendieran profundamente y por todas partes (instituciones, estados, organizaciones, pensamiento, vida...) haciendo no sólo que el largo brazo del marxismo –como ahora su heredero el relativismo se dejara sentir y se deje sentir, sino que la misma conversión vaya despacio y entre sufrimientos. “Pero, para castigo del mundo, dejará que vaya despacio. Su justicia provocada por nuestros pecados así lo exige. Y se disgusta, a veces, no sólo por los grandes pecados, sino también por nuestra flojedad y negligencia en atender a sus peticiones”. Esta realidad no sólo no era extraña al mensaje

---

de 1989. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra., 81–100. En las Actas del mismo simposio, en el que participé activamente, cabe destacar los estudios de R. BLÁZQUEZ, “Fraternidad cristiana y ministerio ordenado en la estructura fundamental de la Iglesia”, y el de A. M<sup>a</sup> ROUCO VALERA, “El episcopado y la estructura de la Iglesia”. Una excelente monografía de conjunto sobre el tema en J. R. VILLAR, Pamplona 1990.

97. Cfr. G. PHILIPS, *Periódica*, 1969. 143–154.

98. Joaquín María ALONSO, *Fátima ante la Esfinge.*, 135. Ediciones Sol de Fátima.

y promesa de Fátima, sino que, en cierto modo, ya había sido advertido por Nuestro Señor a la misma vidente de Fátima<sup>99</sup>.

#### **14. *Realeza universal de María Madre del Cristo total como dimensión esencial del fundamento teológico de la consagración en forma de servidumbre mariana (RM, 41)***

“La verdad de la Asunción, definida por Pío XII –leemos en RM– ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que expresa así la fe de la Iglesia: “Finalmente la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemeje de forma más plena a su Hijo, Señor de señores (cfr. Apc 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte” (RM 41).

Ese principio de semejanza o analogía con Cristo Rey, fue desarrollado por el mismo Pío XII en la Enc. “Ad Coeli Reginam” (1954), siguiendo la pauta de la “Quas primas” de Pío XI.<sup>100</sup>

---

99. “Participa a mis ministros que, en vistas de que siguen el ejemplo del Rey de Francia, en la dilación por ejecutar mi petición, le han de seguir también en la aflicción.” Es el gran misterio de Fátima, que el mismo Dios que expresa su Divina Voluntad para evitarnos terribles males de los que nos advierte, nos los advierte de antemano sabiendo que, cómo su manifestada Voluntad no será cumplida, al final terminarán ocurriendo. Es una difícil combinación que ya fue expresada por sor Lucia y recogida por el padre Alonso años antes de que la consagración fuera hecha conforme a los designios del Cielo. “Lucía ha insistido muchas veces que la consagración de Rusia todavía no se ha realizado (n.d.a. en 1978), que además, se realizará de un modo cierto, y que, finalmente, cuando se realice, será ya tarde, porque habremos pasado por las innumerables calamidades que la no conversión de Rusia traerá al mundo.” Ibid.

100. Sólo a Dios, como autor de todas las cosas, conviene esencialmente la realeza universal sobre toda la creación, a la que gobierna y conduce a su fin. Cristo hombre y María participan de ella, con total subordinación de María a Jesús. L’Enciclica “Quas primas” del Papa Pío XI –escribe Gherardini en el ensayo citado Sta la Regina– “preceduta, nei secoli, da «un insegnamento ufficiale sostanzialmente ininterrotto» – proclama la Regalita di Cristo fondandola al completo su «la Parola di Dio, la dottrina dei Padri, l’insegnamento del Magistero ecclesiastico e la preghiera liturgica» (p. 131 il triplice diritto proprio della Regalita di Cristo: “Jus nativum” (per la Divinita. fin dal primissimo istante dell’Incarnazione, l’Io personale del Verbo comunicó alla sua natura umana, con le altre proprietá, anche quella regale di cui gode “ab aeterno” come Dio», per cui Cristo é Re non «metaforicamente, ma realmente, anche se piú spiritualmente che materialmente», e gli spetta quindi, anche come uomo, la triplice potestá regale che é quella legislativa, giudiziaria ed esecutiva), “jus acquisitum” (per la Redenzione), “jus electionis” (per la dispensazione della salvezza).

La Regalita di Maria, non é soltanto “riflesso di Cristo”, ma, potrebbe dirsi, piuttosto, emanazione e irradiazione di Lui, poiché Ella venne resa «partecipe dell’ordine ipostatico determinato dal mistero dell’Incarnazione del Verbo», il quale «trasferi su di Lei i caratteri della propria individualita teandrica» (p. 117), da Lei vissuta con la sua «individualita cristificata, ma anche con una sua funzione specifica, diversa da quella del Figlio, con modalita pur diverse, con uno spazio “d’autonomia condizionata” e secondaria» (p. 118). La consacrazione “a Maria”, chiamata “santa schiavitú” o “schiavitú d’amore”, secondo la dottrina di san Luigi Grignon da Montfort, fatta propria anche da san Massimiliano Maria Kolbe, le «conferisce un profilo

B. Gherardini en su ensayo citado sobre la realeza de María<sup>101</sup>, muy acertadamente, “collega in profondità, la consacrazione a Maria alla Regalità di Maria rilevando che i fondamenti della consacrazione a Maria sono gli stessi della Regalità di Maria.”<sup>102</sup> (Como antes señalé, el A. prefiere con toda razón el término consagración, más exacto y comprensivo que el de “affidamento”: “questo, infatti, fa leva sull’abbandono fiduciario; l’altro, sul riconoscimento d’una superiorità, alla quale “servire é regnare”, con la quale si intende stabilire una rapporto gerarchico o d’alleanza e ci s’impegna per un servizio d’amore»)

#### a) **Fundamento**

“Debe ser llamada Reina la Beatísima Virgen María, no sólo por razón de su maternidad divina, sino también porque, por voluntad divina, tuvo parte excelsísima en la obra de nuestra eterna salvación” y por consiguiente a título de conquista, por su asociación a Cristo en la redención del género humano en cuya virtud “Ella puede dispensar los tesoros del reino del divino Redentor por la eficacia inagotable de su materna intercesión con su Hijo y con el Padre”. De estos dos títulos de realeza señalados por Pío XII, la RM glosa el segundo: la mediación corredentora.

“Cristo habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (cfr. Phil 2, 8–9), entró en la gloria de su reino”... “La Madre de Dios es glorificada como “Reina universal”, la que en la anunciación se definió como “esclava del Señor”, fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera “discípula” de Cristo –“el siervo de Yhavé” anunciado por Isaías– que “no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20, 28). La gloria de servir no cesa de ser su exaltación real; asunta a los cielos, ella no termina aquel servicio suyo salvífico, en el que se manifiesta la mediación materna, “hasta la consumación perpétua de todos los elegidos”. Su unión con el Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, María participa pues del poder real de Cristo en sentido propio no sólo metafórico (como “la rosa es reina de las flores”) que ejerce en “un servicio salvífico” orientado a “la plenitud consumada del reino”

---

immacolista» e «le aggiunge un intento missionario, per “guadagnare il mondo intero all’Immacolata Concezione”» (pp. 177–180).

101. B. GHERARDINI, *Sta la Regina alla sua distra Saggio storico–teologico sulla regalità di Maria*, Roma 2002, p. 172 ss,

102. “Se Maria, infatti, é Madre di Cristo, Capo e Corpo, é quindi Madre anche degli uomini, da Lei concepiti con il Capo e resi, perciò “figli nel Figlio”. Ma «se si é figli di Maria sin dal primissimo istante dell’incarnazione del Verbo per la ragione che la “gratia Capitis” di Lui incluse immediatamente in sé anche la nostra grazia di redenti, non senza ragione lo sia pure per la sua attiva partecipazione nella redenzione all’opera redentrice del Figlio. Fu madre infatti nella fase incoativa della nostra incorporazione in Cristo e lo fu poi nella fase percettiva di essa. Nella prima fu madre per quel medesimo diritto nativo che la costituì anche Regina; nella seconda lo fu per il diritto c.d. acquisito. Madre regina dunque, alla quale spetta l’ossequio, in tutta la molteplicità delle sue forme, di quanti le son insieme figli e sudditi. E l’ossequio nel quale si radica anche la consacrazione mariana»... Il valore più alto della devozione mariana é la consacrazione”, di cui é espressione più elevata la “santa schiavitù” insegnata soprattutto da san Luigi Grignon da Montfort.

## b) Naturaleza de la realeza de María

Es habitual en los mariólogos establecer un paralelismo analógico entre María y las reinas de la tierra, reina y madre o reina consorte. Recientes estudios de teología bíblica sobre las instituciones del “reino de David” han puesto de relieve la categoría de reina-madre (“gebirá”), que era cargo oficial de singular relieve y dignidad, a diferencia de la reina-esposa. Betsabee es el primer caso de “gebirá” atestiguado en la Escritura. He aquí como describe su situación frente a David, de la que era esposa: “entró Betsabee a donde el rey en su cámara... y se inclinó y posternó ante el rey” (1 Re 1, 15 s). Por el contrario, ya “gebirá”. De nuevo se describe un encuentro con el rey: “se llegó al rey Salomón... que se levantó a su encuentro, se inclinó ante ella... e hizo sentar a la reina a su diestra” (1 Re 2, 19). La “gebirá” no gobierna propiamente, pero tiene gran poder de intercesión en el mismo pasaje leemos: “Pide, madre mía; pues nada te he de rechazar”. (1 Re 2, 20).

La Iglesia es continuadora del reino de David, y no puede menos de reconocerse un cierto paralelismo entre aquel y el reino mesiánico. Cristo es el único rey de su Iglesia, pero junto a Él encontramos la reina, prefigurada por la “gebirá” de la dinastía davídica. María es la reina madre de la Iglesia que, después de haber intervenido activamente en la constitución de Cristo mediador como rey por su cooperación en la encarnación redentora, ejercida su función, con su omnipotencia suplicante, en una constante intervención en nuestro favor. (Cf. C. Pozo “María en la Escritura y en la fe de la Iglesia”, cit. p. 163 ss).

Sin embargo, no parece legítima la interpretación de C. Pozo de esta tipología bíblica, según la cual María no gobierna (“sólo intercede: lleva las necesidades de sus hijos con corazón materno ante el rey”). Esta es la opinión de un buen número de mariólogos, quizá por poner más el acento en la analogía con las reinas de este mundo que en la que recomienda Pío XII como primordial, entre Cristo y María. La realeza de María pertenece a un orden inmensamente superior y trascendente –llamado hipostático relativo–, que nada tiene que ver con las realezas de la tierra. Por ese motivo parece mejor fundada la opinión según la cual, en sentido analógico y en plena dependencia y subordinación a la realeza de Cristo, corresponde también a María la triple potestad legislativa, judicial y ejecutiva en el reino de Cristo.

La participación de la Santísima Virgen en el poder legislativo del reino de Cristo se da tanto en el orden de los preceptos o directrices (p.e., instruyendo a los apóstoles en la Iglesia naciente sobre los misterios revelados, mostrando a todos el camino hacia la santidad por el ejemplo de sus virtudes, mariofanias, etc) como en el orden interno del influjo de la gracia en la intimidad del espíritu. Como dice Santo Tomás la ley nueva del reino de Cristo, es ante todo, la gracia. Los preceptos lo son sólo secundariamente. Es la gracia la que mueve a los súbditos de este reino a conformarse con la voluntad del legislador (cf I–II 10 I). Ahora bien, María Reina, participa directamente del poder legislativo del Rey en la medida en que participa en la adquisición y distribución de la gracia.<sup>103</sup>

---

103. “La natura spirituale della Regalità di Cristo («Il mio Regno non é di questo mondo»: Gv 18,16), impegnata’ alla salvezza eterna dell’ uomo, non sottrae i regni degli uomini alla sudditanza e all’obbedienza a Cristo Re. In linea di diritto e di fatto (exercitative) Cristo ha ogni potere in cielo e sulla terra. Quando lo spirituale e il temporale si incrociano, i responsabili della “cosa pubblica” e i responsabili della vita spirituale debbono operare senza pregiudizio dell’una o dell’altra. «Nasce così scrive l’A. – quel diritto pubblico ecclesiastico che, respingendo il separatismo assoluto fra Chiesa e Stato, nonché la subordinazione dell’uno

La influencia de intercesión de María ante el Rey es tan poderosa que se ha comparado su función a un verdadero poder participado indirecto o análogo –como tesorera que distribuye todos los dones salvíficos– que incluye también las funciones judiciales y de ejecución soberana del plan divino de salvación. Algunos niegan que María participe en el poder judicial alegando que Cristo se ha reservado el ejercicio de la justicia, dejando a María únicamente el oficio de “mater misericordiae”. Pero no se tiene en cuenta que la justicia divina siempre está animada por la misericordia (incluso los condenados son castigados *citra condignum*, y que la justicia no puede faltar en María, siendo la “vindicativa” una de las especies de la misma que consiste en el castigo de los culpables “¿porque María Reina no ha de cooperar con Cristo en el ejercicio de la justicia retributiva de los buenos, aunque Él la dispense del ejercicio de aquella?”. Así parecen sugerirlo las palabras de la Encíclica que comentamos: del mismo modo que María “como madre-virgen estaba singularmente unida a Él en su primera venida, por su cooperación constante con Él lo estará también a la espera de la segunda; “redimida de modo eminente, en la previsión de los méritos de su Hijo”, ella tiene también aquella función, propia de la Madre, de mediadora de clemencia en la venida definitiva, cuando todos los de Cristo revivirán, y “el último enemigo en ser destruido será la muerte” (1 Cor 15, 26)” (RM, 41b).

## REFLEXIONES CONCLUSIVAS

Juan Pablo II (RM, 40) enseña que “Con la muerte redentora de su Hijo, la mediación materna de la esclava del Señor alcanzó una dimensión universal, porque la obra de la redención abarca a todos los hombres” y “la cooperación de María participa, por su carácter subordinado, de la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador”. “Después de la Ascensión del Hijo su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo”. Se trata ahora, de una mediación correspondiente a la redención aplicativa, por la que distribuye las gracias que han contribuido a adquirir. “Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniendo los dones de la salvación eterna. Con este carácter de “intercesión”, que se manifestó por primera vez en Caná de Galilea... cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada”... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos”.

1. Por libre disposición de Dios, que quiso asociar a María a la obra de la redención en calidad de Corredentora, ha sido constituida también por el mismo Dios Dispensadora universal de todas las gracias que se han concedido o se concederán a los hombres hasta el fin de los siglos. Roschini aduce una serie abrumadora de testimonios de la tradición cristiana, empezando por San Ignacio Mártir (siglo I) y terminando con los mariólogos del siglo XX, que no sólo admiten explícitamente la verdad de que María es distribuidora universal de todas las gracias, sino que la consideran verdad de fe, o próxima a la fe, definible por la Iglesia. Por “todas las gracias” se entiende la gracia santificante, las virtudes infusas teologales y morales, los dones del Espíritu

---

all’altro e viceversa, auspica un regime di cooperazione che renda “a Cesare ciò che é di Cesare e a Dio ciò che é di Dio” (Mt 22,21)» (B. GHERARDINI, *Ibid.* (pp. 109–34).

Santo, las gracias actuales, los dones jerárquicos, los caracteres sacramentales de consagración permanente e indeleble esencialmente distintos, “quae mutuo se complement et ad invicem ordinantur”, (LG.10–12) junto con los dones carismáticos y aun los favores temporales que de algún modo influyen en nuestro fin sobrenatural. En resumen, todo lo que dispone, produce causalmente, conserva, aumenta o perfecciona la vida sobrenatural del hombre. Esto se extiende universalmente a los beneficiarios de la misión de María, porque afecta a todos los seres humanos de todos los tiempos e incluso a las almas del purgatorio.

2. Los que vivieron en tiempos anteriores a María recibieron las gracias en vista de sus futuros méritos; los que viven después de ella, especialmente después de su ascensión a los cielos, reciben todas las gracias mediante su intercesión actual, y su influjo de ejemplaridad eficiente, partícipe de la mediación capital de Cristo, como mediadora maternal en el Mediador Capital, esencialmente a él subordinado, formando –“cor unum et anima una”– un solo instrumento “unidual” de donación del Espíritu Santo a la Iglesia<sup>104</sup>.

3. Esta doctrina no significa que la intercesión de nuestra Señora deba ser invocada como requisito necesario para recibir las gracias. Ya la invoquemos directamente, o dirijamos nuestras peticiones a Cristo o a algún Santo, en todos los casos se nos concederá –lo sepamos o no, pues es un querer del plan “ab aeterno” de la divina predestinación que se realiza “velis nolis” en la historia de la salvación–, se nos da la gracia, siempre y sólo, en a través de María –que conoce en su Hijo todas nuestras necesidades– de modo secundario y subordinado a Cristo.

4. Se puede describir la consagración a María, a la que urge el Espíritu Santo a la Iglesia –bien se haga de modo personal, bien de una comunidad por un autorizado representante de la misma, como el Papa respecto al género humano (o a Rusia), en tanto que vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia, sacramento y arca universal de salvación del mundo entero–, como una unción carismática a manera de <<signo invisible “exigitivo” de dones salvíficos que protegen del Maligno, y atrae –a los que acogen con agradecimiento tan inestimable don– la donación de abundantes gracias actuales que reavivan la consagración bautismal>>. A mi parecer, pueden asimilarse reductivamente –por analogía de participación– a la unción permanente e indeleble (carácter) propia de los sacramentos de consagración permanente e indeleble, del que son concreción y brotan de modo connatural, en cada uno según la propia e irrepitible vocación personal.

---

104. F. OCÁRIZ, “La Mediazione materna”. *Romana*, 1987, II p. 317. El A. juzga demasiado débiles y metafóricas expresiones tales como “cuello” o “acueducto” para referirse a la distribución de gracias de María mediadora. “No parece infundado atribuir un significado más profundo al de una simple “apropiación” a expresiones tradicionales como la de San Andrés de Creta, según el cual María es “La Madre de la cual proviene sobre todos el Espíritu”. Y es justamente la noción de participación “Koinonia” la que permite afirmar la participación de María en la capitalidad de Cristo, y gracia, sin que ello suponga una duplicidad de fuentes o de cabezas”. Aunque la santificación es ‘acción’ divina “ad extra”, y por ello común a las tres Personas, tiene como ‘término’ la introducción de la criatura en la vida trinitaria, pues la gracia es inseparable de las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu Santo. Con J. M Scheeben cree que la misión de una Persona divina consiste en el hecho de que la criatura participe en ella, por una unión y semejanza participada “propia” a cada Persona: así la unión al Espíritu Santo plasma la semejanza al Hijo, en el cual y por el cual somos hijos del Padre, en María y con María. No solo “apropiada”.

5. El término consagración, es más exacto y comprensivo que el de “affidamento”: “questo, infatti, fa leva sull’abbandono fiduciale; l’altro, sul riconoscimento d’una superiorità, alla quale “servire é regnare”, con la quale si intende stabilire una rapporto gerarchico o d’alleanza e ci s’impegna per un servizio d’amore» (B. Gherardini).

6. El fundamento de la consagración –en sentido analógico, pero propio y fomal–, a la Inmaculada, es su plenitud de gracia que la constituye, como Corredentora, en mediadora maternal entre la fuente de gracia –Cristo Cabeza– y la humanidad. El corazón de la Inmaculada es el molde materno en el que se forma el Cristo total, Cabeza y miembros.

7. El significado del término “affidamento”, que está incluido en la comprensión del concepto “consagración a María” (exitus–reditus, en indisociable implicación), no es meramente funcional, como en otras consagraciones en sentido amplio –e impropio–, según pretende el eclesiotipismo, sino constitutivo de la vida cristiana: reconocimiento práctico de la maternidad espiritual de María –de su dependencia filial a María–; mediación necesaria –contitutiva– en el retorno al Corazón del Padre, con la firme voluntad de hacer efectivo –en acto segundo– por su consagración, lo que comenzó –en acto primero– en el “testamento del Calvario”, elemento constitutivo de la Iglesia, concebida en el “fiat” de la Inmaculada a la Encarnación, y nacida del costado abierto de Cristo y de la espada de dolor de la Mujer.

8. La clave para comprender la insuficiencia conceptual del término “affidamento” que pretende sustituir al tradicional, consagración –más que por inexacto, por ambiguo–, es que affidamento es predicable de toda consagración, sea en sentido propio (a Dios, Principio y Fin del Universo, y a María, en virtud de su singularidad trascendente respecto al resto de la creación; por su pertenencia al orden hipostático y la necesidad de su mediación entre la fuente de la gracia y el Universo), sea en el sentido amplio e impropio, meramente funcional, de todas las demás pertenecientes al ámbito creatural. De ahí su inevitable tendencia a la ambigüedad, con tanta fuerza rechazada en la Escritura: “Os bilingüe detestor”. No parece razonable enmendar las palabras del encargo que confía angustiosamente al Santo Padre, la Madre de la Palabra –Logos eterno de Dios– encarnada Sedes Sapientiae, Magistra Apostolorum et Theologorum, con el corazón oprimido por la situación de sus hijos<sup>105</sup>.

---

105. La devoción al Inmaculado Corazón de la Virgen se ha visto reforzada por las apariciones en Fátima; con estas apariciones ha entrado la devoción al corazón de María en una nueva primavera. El ángel de Fátima, en la primera y segunda aparición, afirma “Los Sagrados Corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia”. En la tercera aparición une la reparación al Corazón de Jesús con la reparación al Corazón de María. Durante la aparición de la Virgen María el 13 de junio de 1917, María les mostró su Corazón rodeado de espinas y le dijo a Lucia: “Dios quiere que tú permanezcas en el mundo por algún tiempo, porque El quiere usarte para establecer en el mundo la devoción del Inmaculado Corazón”. El 13 de julio, luego de revelar a los niños los males que cernirían sobre el mundo en el futuro si la humanidad no cambiaba, la Virgen concluyó diciendo: “Para prevenir esto, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la Comunión en Reparación los cinco primeros sábados.” Ella prometió: “Al final, Mi Corazón Inmaculado Triunfará, el Santo Padre Consagrará a Rusia a Mí, Rusia se convertirá y un cierto período de paz será concedido al mundo.”

En 1920, antes de su muerte, Jacinta insistió: “Digan a todos que Dios concede gracias a través del Corazón Inmaculado de María. Díganles que pidan gracias por este medio y que el Corazón de Jesús desea ser venerado junto con el Inmaculado Corazón de María. Pídanles que supliquen la paz por el Corazón Inmaculado de María, por que el Señor ha confiado en Ella la paz del mundo.” Dijo también San Maximiliano María Kolbe: “Tenemos que ganar el mundo

9. Se echa de menos en el actual ensayismo telógico a la moda el rigor del método escolástico, que comenzaba siempre la exposición de las cuestiones teológicas con una previa clarificación terminológica y conceptual. Recuérdese el lamentable voto negativo del dictamen de la comisión nombrada para responder a la demanda de la definición dogmática, con ocasión del congreso mariano de Czestochowa de 24-VIII-1996. En él se afirmaba, sin argumentos sólidos –como expusimos en la I parte de esta monografía– que los tres títulos propuestos para el quinto dogma mariano –corredentora, mediadora y abogada– resultan ambiguos. La ambigüedad desaparece si se explica bien el sentido de los términos y su clara raigambre bíblica, patristica y magisterial. En este escrito me he esforzado en exponer las razones semánticas, filológicas, filosóficas y teológicas que fundan, no sólo la legitimidad y exactitud del término consagración aplicado a María, sino que lo recomiendan como el más adecuado para una inteligencia analógica del misterio que quiere significar.

---

entero y cada alma, ahora y en el futuro, hasta el final de los tiempos, para la Inmaculada, y a través de ella, para el Sagrado Corazón de Jesús”.

El Santo Padre Juan Pablo II a menudo ha hablado de los Corazones Unidos de Jesús y María. Con ocasión del Año Santo Mariano de 1987-1988, el Papa invitó a todos los cristianos “a entrar en esa alianza a través de la consagración personal de la confianza”. De hecho, el Santo Padre introdujo la expresión “alianza de los dos Corazones” y, en cierto modo, lo resumió así el 22 de septiembre de 1986: “Al consagrarnos al Corazón de María, descubrimos el camino seguro al Sagrado corazón de Jesús, símbolo del amor misericordioso de Nuestro Salvador”.



## ANEXO I

### MAGISTERIO PAPAL Y ACTOS DE CONSAGRACIÓN PONTIFICIOS DESDE EL BEATO PÍO IX, AL BEATO JUAN PABLO II , A LOS COORAZONES UNIDOS DE JESÚS Y DE MARÍA

1. Cuando aparecieron en 1846 los escritos perdidos del Tratado de la Verdadera Devoción de San Luis María G. de Montfort, poco después de la beatificación de Margarita M. Alacoque en 1864, comenzó un movimiento muy fuerte en favor de la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús. Al mismo tiempo, surge otro movimiento que pide la consagración al Inmaculado Corazón de María. La primera iniciativa fue una petición presentada al *Beato Pío IX* en 1864 por parte de los obispos de Francia y de España. Ambos movimientos fueron muy activos durante el Concilio Vaticano I (1869-1870). Pío IX declaró significativamente por entonces que la verdadera devoción propuesta por Montfort es la mejor y más aceptable forma de devoción.

2. La petición para la consagración al Corazón de Jesús, llega a culminarse con la Consagración hecha por el Papa León XIII en 1899, a la cual llamó el acto más grande de su pontificado, que preparó el reconocimiento del título de "Cristo Rey" (Fiesta litúrgica declarada por Pío XI en 1925). Ésta consagración dio cierto estímulo para la práctica de la consagración al Inmaculado Corazón de María. En la encíclica "Annum Sacrum" explica las razones para dicha consagración que se convierten en fundamento para los siguientes pontífices. No debe sorprendernos puesto que el culto a los Dos Corazones había empezado a desarrollarse desde la época de Sn. Juan Eudes. León XIII beatifica a Montfort y ofrece indulgencias a quien haga el acto de consagración. Su encíclica "Ad diem illum" fue el fruto de un retiro donde reflexionó sobre la vida y escritos de San Luis María .

En 1891 los Obispos de Milán y Turín, Italia, hacen la consagración de sus diócesis al Corazón Inmaculado de María.

En 1900, ya se trata en el congreso nacional mariológico en Francia sobre la necesidad de la consagración al Corazón Inmaculado y proclamar oficialmente el título y fiesta de María reina.

3. 1907 *San Pío X*, aprobó e indulgenció la fórmula de consagración de San Luis de Montfort.

4. *Benedicto XV*, en respuesta a la petición de Berthe Petit de consagrar el mundo al Doloroso e Inmaculado Corazón de María, concluye una carta al colegio de cardenales en un 31 de Mayo de 1915, 8 días después que Italia entró en la I Guerra Mundial, exhortando a que se confíen e invoquen este corazón.

Durante su pontificado, en 1917, la Virgen anunció en Fátima “al final mi Inmaculado Corazón triunfará ... Vendré a pedir la consagración...”. Los niños de Fátima testimoniaron que oyeron de labios de María Santísima que "Jesús quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrazare prometo la salvación y serán queridas sus almas por Dios como flores puestas por mí para adornar su Trono." "Dile a todo el mundo que Dios da abundantes gracias a través del Corazón Inmaculado de María" (Jacinta). Es deseo de la Trinidad la consagración a María: Dios Padre confía, entrega a Jesús a María, y Jesús confía a sus discípulos a María, El Espíritu Santo actúa en la santificación de las almas con la cooperación de la Santísima Virgen.

5. Durante el pontificado de *Pío XI*, en Oct. 13 de 1930 se permite el culto a la Virgen de Fátima; y en Mayo 13, 1931 los obispos de Portugal consagraron sus diócesis y su país al Inmaculado Corazón de María. En 1934, el Papa en la carta “*Ex officiosis litteris*”, les felicita por los favores extraordinarios que la Virgen ha traído a su país. Los Congresos marianos franceses de 1930, 1934 y 1938, piden oficialmente al Papa que haga una consagración oficial del género humano al Corazón Inmaculado. Pero no sólo teólogos y firmantes piden la consagración, sino que también la petición llegó por vía extraordinaria de orden carismático : Berta Petit, Alejandrina da Costa y Sor Lucía dos Santos. La Virgen pide a Lucia en 1929 que se haga ya la consagración. En 1936, la pone como condición para el triunfo de su Corazón Inmaculado y como signo visible, para que la devoción a los Dos corazones vayan juntas.

6. El 31 de octubre de 1942, *Pío XII*, movido por las peticiones de Sor Lucía y Alejandrina, *consagró la Iglesia y el mundo al Inmaculado Corazón en el 25 aniversario de la aparición de Fátima*: "A tu Inmaculado Corazón, Yo, como padre universal de la gran familia cristiana, en esta trágica hora de la historia humana, confío, someto y consagro no solo la Iglesia, el cuerpo místico de tu Jesús, pero también el mundo entero, atormentado por discordias salvajes, marcado por el fuego del odio y victimizado por sus propias iniquidades." Este acto fue renovado en Italia, el 8 de Diciembre. Del mismo año (te confiamos a los no creyentes, a los cristianos separados; y consagramos: a los católicos). En 1944, se publica la Misa del Inmaculado Corazón de María, la fiesta litúrgica. En 1946, corona la estatua de la Virgen de Fátima. Subrayando la realeza de María. En 1947 canoniza a Montfort, proponiéndole como ejemplo y maestro de una solida, amorosa y correcta devoción. El te lleva a María, y María te lleva a Jesús.

En 1950 Pío XII recomienda "que todos se consagren al Inmaculado Corazón de Maria, lo cual lo estamos necesitando en estos tiempos tan peligrosos" (1950). En 1952, recordando la consagración del mundo entero al Inmaculado Corazón, renueva la de todo el pueblo de Rusia. En 1954, primer año mariano, proclamación solemne de María Reina, en la encíclica “*Ad Caeli Reginam*”. Ordenó que se renueve la consagración cada año.

7. Pablo VI, en nov. 21 de 1964, después de proclamar a María "Madre de la Iglesia" al final de la III sesión del Concilio Vaticano, *consagra a Ella toda la familia*

*humana*, con todos sus problemas y tribulaciones, sus aspiraciones legítimas y sus ardientes esperanzas.

En el decreto sobre el apostolado de los laicos del Concilio Vaticano II (1965), pide que todos encomienden su vida al cuidado maternal de la Santísima Virgen.

En Mayo 13, 1967, en su exhortación apostólica "Signum Magnum", dice: "Exhorto a todos los hijos e hijas de la Iglesia a traducir este acto en acciones concretas en su vida diaria. De esta forma, se conformaran más a la voluntad de Dios y serán reconocidos como hijos de la Reina".

En Mayo 1974, confió el año santo a la Santísima Virgen, encomendando la reconciliación deseada en aquel año, a la Madre de Dios.

En Diciembre 8, 1975, en oración con la curia romana: "representando los sentimientos de toda la Iglesia, ardientemente te imploramos, poderosa Reina, María", manifestando así que *la consagración a María está unida a su realeza y asistencia celestial en esta hora crítica para el destino espiritual y civil de todo el mundo.*

8. *El Beato Juan Pablo II* que proclamó abiertamente ser un Papa Mariano, advirtió, desde el principio de su pontificado -como dijimos en el prólogo de este libro- la necesidad de que la Iglesia, sus hijos y el mundo entero se consagren al Inmaculado Corazón de María, refugio seguro en estos tiempos difíciles. Como Supremo Pontífice, su programa era llevar a toda la Iglesia hacia una profunda unión espiritual con Cristo a través de María, por medio de la Consagración total. Se dedicó con empeño a despertar, en toda la Iglesia, el amor y devoción filial a la Santísima Virgen.

*a. El 8 de Diciembre de 1978, inicia oficialmente su programa de consagración del mundo entero. Empezando con Roma, y continuando en todos sus viajes apostólicos con esta misión.*

*b. El 13 de Mayo de 1982, en el aniversario del conocido atentado en la plaza de San Pedro, hace la primera consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María desde Fátima.* En Junio de 1982 dijo en ocasión solemne (hablándole a la Curia): "Este año ha sido de manera especial, después del atentado contra mi vida que ocurrió en el aniversario de la aparición de Fátima, una ininterrumpida conversación con María. Repetidamente, le he confiado a Ella el destino de toda las gentes. Esto lo comencé con el acto de consagración el 8 de Diciembre de 1981 en la fiesta de la Inmaculada Concepción, y consagrando en sus santuarios marianos, a todos los países que he visitado.... Mi peregrinación a Fátima fue un acto de agradecimiento personal a Nuestra Señora; el cumplimiento de un voto por la protección que se me dio a través de la Virgen y un acto solemne de consagración de todo el género humano a la Madre de Dios, en unión con toda la Iglesia a través de este humilde siervo".

*c. En 1984: Consagra la Iglesia y el mundo entero al Inmaculado Corazón de María, junto con todos los obispos del mundo católico.*

*d. En 1987: proclama un Año Mariano (número dos en la historia de la Iglesia: 1954 y 1987). Lo inicia con el rezo mundial del Santo Rosario, que fue televisado): "A ti Madre de la familia humana y de todas las naciones, confiadamente te consagramos toda la humanidad con sus miedos y esperanzas. No permitas que le falte la luz de la verdadera sabiduría. Guía sus pasos por el camino de la paz. Llévanos a encontrar a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida. Sosténnos, oh Virgen María, en nuestra*

*peregrinación de fe y obtén para nosotros la gracia de la salvación eterna" (Párrafo de la oración del año mariano).*

*e. El mismo año, en 1987, escribe la encíclica "Redemptoris Mater" (Madre del Redentor), que hemos comentado tan ampliamente aquí (en la primera parte), en la que habla de la Consagración montfortiana recomendándola a la Iglesia Universal. Nos ha dado en ella una profunda fundamentación teológica y una luminosa catequesis sobre el sentido y la urgencia de la Consagración a María.*

*f. Acto de consagración a María en el jubileo de los Obispos (8 de octubre de 2000).*

En la Introducción a la III parte de este estudio, comento ampliamente las características peculiares de este texto, que no difiere sustancialmente del más significativo –y emotivo– de todos ellos, realizado, con el corazón rebosante de gratitud, en el primer aniversario del atentado en la plaza de San Pedro, en la que una mano misteriosa intervino en la trayectoria de la bala asesina.

1. "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19, 26). Mientras se acerca el final de este Año Jubilar, en el que tú, Madre, nos has ofrecido de nuevo a Jesús, el fruto bendito de tu purísimo vientre, el Verbo hecho carne, el Redentor del mundo, resuena con especial dulzura para nosotros esta palabra suya que nos conduce hacia ti, al hacerte Madre nuestra: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Al encomendarte al apóstol Juan, y con él a los hijos de la Iglesia, más aún a todos los hombres, Cristo no atenuaba, sino que confirmaba, su papel exclusivo como Salvador del mundo. Tú eres esplendor que no ensombrece la luz de Cristo, porque vives en Él y para Él. Todo en ti es "fiat": Tú eres la Inmaculada, eres transparencia y plenitud de gracia.

Aquí estamos, pues, tus hijos, reunidos en torno a ti en el alba del nuevo Milenio. Hoy la Iglesia, con la voz del Sucesor de Pedro, a la que se unen tantos Pastores provenientes de todas las partes del mundo, busca amparo bajo tu materna protección e implora confiada tu intercesión ante los desafíos ocultos del futuro.

2. Son muchos los que, en este año de gracia, han vivido y están viviéndola alegría desbordante de la misericordia que el Padre nos ha dado en Cristo. En las Iglesias particulares esparcidas por el mundo y, aún más, en este centro del cristianismo, muchas clases de personas han acogido este don. Aquí ha vibrado el entusiasmo de los jóvenes, aquí se ha elevado la súplica de los enfermos.

Por aquí han pasado sacerdotes y religiosos, artistas y periodistas, hombres del trabajo y de la ciencia, niños y adultos, y todos ellos han reconocido en tu amado Hijo al Verbo de Dios, encarnado en tu seno. Haz, Madre, con tu intercesión, que los frutos de este Año no se disipen, y que las semillas de gracia se desarrollen hasta alcanzar plenamente la santidad, a la que todos estamos llamados.

3. Hoy queremos confiarte el futuro que nos espera, rogándote que nos acompañes en nuestro camino. Somos hombres y mujeres de una época extraordinaria, tan apasionante como rica de contradicciones. La humanidad posee hoy instrumentos de potencia inaudita. Puede hacer de este mundo un jardín o reducirlo a un cúmulo de escombros. Ha logrado una extraordinaria capacidad de intervenir en las fuentes mismas de la vida: Puede usarlas para el bien, dentro del marco de la ley moral, o ceder al orgullo miope de una ciencia que no acepta límites, llegando incluso a pisotear el respeto debido a cada ser humano. Hoy, como nunca en el pasado, la humanidad está en una encrucijada. Y, una vez más, la salvación está sólo y enteramente, oh Virgen Santa, en tu hijo Jesús.

4. Por esto, Madre, como el apóstol Juan, nosotros queremos acogerte en nuestra casa (cf. Jn 19, 27), para aprender de ti a ser como tu Hijo. ¡"Mujer, aquí

tienes a tus hijos”!. Estamos aquí, ante ti, para confiar a tus cuidados maternosa nosotros mismos, a la Iglesia y al mundo entero. Ruega por nosotros a tu querido Hijo, para que nos dé con abundancia el Espíritu Santo, el Espíritu de verdad que es fuente de vida. Acógelo por nosotros y con nosotros, como en la primera comunidad de Jerusalén, reunida en torno a ti el día de Pentecostés (cf. Hch 1, 14). Que el Espíritu abra los corazones a la justicia y al amor, guíe a las personas y las naciones hacia una comprensión recíproca y hacia un firme deseo de paz. Te encomendamos a todos los hombres, comenzando por los más débiles: a los niños que aún no han visto la luz y a los que han nacido en medio de la pobreza y el sufrimiento; a los jóvenes en busca de sentido, a las personas que no tienen trabajo y a las que padecen hambre o enfermedad. Te encomendamos a las familias rotas, a los ancianos que carecen de asistencia y a cuantos están solos y sin esperanza.

5. Oh Madre, que conoces los sufrimientos y las esperanzas de la Iglesia y del mundo, ayuda a tus hijos en las pruebas cotidianas que la vida reserva a cada uno y haz que, por el esfuerzo de todos, las tinieblas no prevalezcan sobre la luz. A ti, aurora de la salvación, confiamos nuestro camino en el nuevo Milenio, para que bajo tu guía todos los hombres descubran a Cristo, luz del mundo y único Salvador, que reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

8. *La oración de consagración paradigmática de Juan Pablo II.* (Fátima, 5/13/82).

Nos detenemos a analizar el acto de consagración más significativo del Beato Juan Pablo II, que manifiesta lo que estaba en lo más profundo del corazón del Santo Padre, el Papa de María, siguiendo la pauta del inspirado comentario de la Madre Adela Galindo (doscorazones.org):

- 1-Ofrecimiento.
- 2-Consagración.
- 3-Unión a Jesucristo Redentor.
- 4-Consideraciones
- 5-Suplicas.
- 6-Conclusión.

1. Ofrecimiento:

Recuerda una antigua invocación. *“Bajo tu protección nos acogemos Santa Madre de Dios, no desestimes las suplicas que te dirigimos en medio de nuestras necesidades y en todos los peligros libramos siempre, Virgen gloriosa y bendita”*. Esta invocación que la Iglesia en su liturgia ha rezado desde sus primeros siglos y que nunca ha dejado de tener actualidad, Juan Pablo II, se la ha apropiado para encabezar el acto de Consagración, indicando su entronque con la tradición, su importancia y su singular vigencia en el momento histórico en que vivimos.

*“En este acto de consagración, deseamos recoger las angustias y esperanzas de la Iglesia en el mundo contemporáneo”*.

El Santo Padre ha querido en esta oración entregar a la Santísima Virgen todas las angustias y esperanzas; no unas cuantas, sino todas las existentes sobre la tierra, aun las ocultas. Es un clamor pastoral que se eleva al cielo en favor de la humanidad. En

este ofrecimiento tiene presente a todos los hombres, naciones, pueblos... a toda la humanidad. Le presenta a toda la humanidad al Corazón de la Madre ¿Por qué a Ella le depositamos todas las angustias y esperanzas? Porque ella con solícitud materna nos protege, nos consuela y nos defiende de los peligros. Ella es también, “la estrella de la mañana que precede al sol de Justicia”, que nos muestra el camino seguro para encontrarlo. Y hay que encontrarlo porque la esperanza de la Iglesia en medio del mundo actual se centra en Jesucristo que la asiste y estará con ella hasta la consumación de los siglos.

## 2. Consagración:

*“Y por esto, oh Madre de los hombres y de los pueblos, Tú que conoces todos los sufrimientos y esperanzas, Tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu Corazón: abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos. De modo especial consagramos y confiamos aquellos hombres y aquellas naciones que tienen especial necesidad de esta entrega y consagración”.*

Juan Pablo II, se dirige a la Santísima Virgen, como a quien conoce y siente maternalmente la oposición entre la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, la verdad y el error, el bien y el mal. “Sentir maternalmente”, es una característica de toda madre que sufre y se afecta personalmente por los problemas de la familia. Ella siendo mujer y madre, tiene afinada la sensibilidad para percibirlos. El Papa se dirige al Corazón maternal de María, Corazón Inmaculado, lleno de gracia, de luz y de verdad, que es sensible a la batalla entre el bien y el mal, entre el pecado y la gracia, entre el error y la verdad, y el trigo y la cizaña.

Ante tal batalla, solo queda el triunfo de la gracia, el triunfo del corazón Inmaculado, y el Papa lo suplica. Esta batalla espiritual, preocupa grandemente al Santo Padre, pues ve como esta lucha tiene graves implicaciones: la mentira que se presenta hoy con matices de verdad, y que tiene mensajeros por muchas partes y que lleva a la humanidad a una crisis de fe, crisis anunciada por Nuestra Señora en Fátima. Ella lo anuncio pero ofreció el Remedio: consagración a su Inmaculado Corazón, y fidelidad al Papa. Pide en esta consagración que la Madre Inmaculada nos preserve de toda impureza en la fe, de toda infidelidad, de toda la cultura de muerte.

*De pronto en la oración, el Papa da un giro impresionante: con gran poder dice: “movidos por el Espíritu Santo elevemos directamente este clamor a tu Corazón”. Reconoce que es el Espíritu Santo quien sostiene, dirige y protege a la Iglesia, quien ha inspirado a la Iglesia a buscar en el Corazón de María, un refugio seguro para estos tiempos. Es obra del Espíritu Sano revelar al Corazón de María, y enseñarle a la Iglesia cómo sobrepasar las luchas y las olas de estos tiempos de tempestad. Debemos reconocer, por lo tanto, que nosotros en calidad de ovejas del rebaño, como miembros de la Iglesia, hemos sido consagrados al Corazón Inmaculado de María y que debemos apropiarnos de las gracias y bienes de esta consagración, vivir según ella, y promover esta consagración.*

*El Papa, en consecuencia, encomienda a la Virgen dos cosas: la suerte terrena y eterna de la humanidad.*

La primera afecta al vivir cotidiano tanto de los individuos como de la sociedad en general; la segunda es con miras de la salvación, a nuestro fin último, pues con frecuencia olvidamos, por las preocupaciones de la vida diaria, que hemos sido

llamados a compartir eternamente la gloria del Padre. El Santo Padre menciona la suerte terrena, pues al contemplar las fuerzas del ateísmo, paganismo materialista e indiferencia religiosa en el mundo, sabe que las consecuencias para la vida terrena son muy graves: injusticias, guerras, aborto, eutanasia, violencia, etc.

Cuando el hombre niega la soberanía y la existencia de Dios y su revelación, invierte todo el sentido de su vida y los efectos son graves. Además, estas fuerzas ideológicas contrarias al cristianismo se van colando y van haciendo que el ser humano se olvide de su fin, viva solo para el placer terreno y así arriesgue su salvación eterna. La esperanza de Juan Pablo II, es que el hombre actual, cansado de caminar independiente de Dios y viviendo las consecuencias de ello, llegue a experimentar el anhelo de Dios: que esta consagración a la Santísima Virgen nos adentre en su corazón, despertándonos a este anhelo que es la conversión.

### 3. La unión a Jesucristo Redentor.

*“Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual en su corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y procurar la reparación. El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que de hecho ha sembrado en nuestro tiempo”.*

Juan Pablo II tiene un lema: *¡A Jesús por María!* María nos lleva a Jesús, nuestro Salvador, descubriéndonos las riquezas y sentimientos de su Corazón. ¿Por qué? Porque los Corazones de Jesús y María están indisolublemente unidos en alianza admirable (Sept. 15, 1985-Angelus). En este sentido, en varias ocasiones el Papa ha indicado que consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa efectivamente, consagrarlo al Corazón Traspasado del Salvador.

En la Cruz, Cristo dijo: ¡Mujer, he ahí a tu hijo! Con estas palabras Cristo abrió, de una manera nueva el Corazón de su Madre. Un poco más tarde, el soldado romano traspasó con una espada el Corazón del Crucificado. El Corazón traspasado se convirtió en signo de la redención que fue adquirida a través de la muerte del Cordero de Dios. *El Corazón Inmaculado de María, abierto con las palabras “¡Mujer he ahí a tu hijo!, es unido espiritualmente con el Corazón del Hijo que fue abierto con la lanza del soldado. El Corazón de María fue abierto por el mismo amor por la humanidad y el mundo con el que amo Cristo a la humanidad y al mundo.* Por lo tanto, consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa acercarlo con fuerza, a través de la intercesión de la Madre, a la misma fuente de vida que surgió en el Gólgota. De esta fuente fluyen incesantemente gracia y redención. *Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre significa regresar al pie de la cruz de su Hijo.* Significa consagrar el mundo al Corazón Traspasado del Salvador, llevándolo a la misma fuente de redención.

En “Tertio Milenio Adveniente” escribió: “A medida que el tercer milenio se acerca y muchos falsos maestros y falsas enseñanzas están llevando por caminos equivocados a esta humanidad tan confundida que busca una "Nueva Era". Contrario a la "falsa Nueva era" es la perspectiva de esta gran Jubileo: en vez de huir hacia lo desconocido, más bien es un regresar a la fuente de salvación: el Corazón de Cristo. ¿Por qué nos quiere llevar a la fuente de la Redención? Porque el poder y la gracia de Jesucristo Redentor supera todo el mal y vence el pecado y la muerte. El misterio de la Redención es una gracia eminente, activa cuya eficacia es inconmensurable e infinita. La redención contiene todos los recursos para la salvación de la humanidad en todos los tiempos.

#### 4. Suplica:

*“Corazón Inmaculado, ayúdanos a vencer todas las amenazas del mal\*, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesan sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro”.*

*\*-hambre y guerra/ guerra nuclear, autodestrucción*

*-pecados contra la vida*

*-del odio y envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios*

*-toda clase de injusticias*

*-facilidad de pisotear los mandamientos*

*-del ofuscamiento en los corazones de la verdad de Dios*

*-del extravío de la conciencia del bien y del mal*

*-de los pecados contra el Espíritu Santo”*

#### 5. Conclusión.

*“Ayúdanos a vencer con el poder del Espíritu Santo, todo pecado personal, social. El pecado en todas sus manifestaciones. Aparezca una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del amor misericordioso. Que se detenga el mal, que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la luz”*

## **SINGULAR RELEVANCIA MAGISTERIAL DE LAS ENSEÑANZAS MARIOLÓGICAS DEL BEATO JUAN PABLO II**

En 1994 en el libro de entrevista con Vittorio Messori "Cruzando el umbral de la esperanza", se muestra que la razón de su esperanza es que ha confiado el mundo entero al Corazón Inmaculado de María, convencido de que se llegará a la victoria por medio de María.

En su último libro "Don y Misterio", habla claramente de su vocación y misión como fruto de su consagración personal a María. Como vimos al comienzo, hay una profunda continuidad en lo que Karol Wojtyla vivió personalmente, lo que enseñó como Arzobispo de Cracovia y lo que continuó enseñando y promoviendo como Papa. Aunque no ha presentado nada en este tema como definición solemne ex cathedra, si *podemos concluir que sus actos habituales de consagración, sus solemnes consagraciones del mundo y de naciones individuales, sus frecuentes enseñanzas que profundizan en la teología de la consagración o entrega confiada al Madre de Dios, especialmente en la encíclica "Redemptoris Mater", constituyen un ejercicio auténtico del magisterio ordinario del Romano Pontífice. (Su mente y su voluntad pueden ser conocidas por: el carácter de los documentos, por repetición frecuente y por su forma de hablar).*

### **¿POR QUÉ ES LA CONSAGRACIÓN A MARÍA UN TEMA FUNDAMENTAL Y RECURRENTE EN EL MAGISTERIO DEL BEATO JUAN PABLO II?**

Quizás podríamos encontrar la explicación en el retiro que dio al Papa Pablo VI y los miembros de la Curia en 1976: "la experiencia de los fieles ve a la Madre de Dios como a la que está, de manera especial, unida a la Iglesia en los momentos más difíciles de su historia; cuando los ataques hacia ella se hacen cada vez más amenazadores. Lo cual está en plena concordancia con la visión de la Mujer revelada en el Génesis y en el Apocalipsis, la nueva Eva. Precisamente en los periodos en que Cristo, y por lo tanto su Iglesia, son el signo de implacable contradicción, María aparece particularmente cercana a la Iglesia, porque la Iglesia será siempre el Cuerpo místico de Su Hijo.... En estos periodos de la historia, surge la particular necesidad de consagrarse y confiarse a María. Dios Padre confió a su único Hijo a la humanidad. La criatura humana a quien El confió primero a su Hijo, fue María. Y hasta el fin de los tiempos ella permanecerá como aquella a la que Dios confía su misterio de Salvación".

El Santo Padre Juan Pablo II veía una gran necesidad en este momento particular en la vida de la Iglesia de confiársela a la Santísima Virgen. Ella la mujer del *protoevangelio* (Gn 3,15) y la mujer vestida del sol (Ap, 12) del alfa y del omega de la historia de la salvación, está comprometida por designio de Dios en todas las luchas de

la Iglesia en contra de los poderes de la oscuridad. María, Madre del Verbo encarnado, está situada en el centro mismo de aquella enemistad, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. (RM, 11).

## CONSAGRACIÓN DEL MUNDO Y CONSAGRACIÓN DE RUSIA

La Virgen en Fátima, y luego explícitamente en Tuy y Pontevedra en 1929, pidió la consagración de Rusia. Se llegó a la consagración un poco tarde. En consecuencia el ateísmo materialista mediante una acción político-social sistemática se impone por doquier, suplantando la civilización cristiana y todo principio de vida religiosa.

Pío XII el 31 de octubre de 1942, en plena guerra mundial, consagró el mundo al Corazón de María, pero sin mencionar explícitamente Rusia, ni pedir la unión de todos los obispos. En aquellas circunstancias no podía hacerse otra cosa. La renovó 10 años más tarde después de haber promulgado el dogma de la Asunción de María y proclamar el Año Mariano.

Siguiendo el hilo de la historia, Juan Pablo II al cumplirse el aniversario de su herida en la Plaza de San Pedro, acudió a Fátima para dar gracias a la Virgen el día 13 de mayo de 1982. Terminada la homilía, con una fórmula propia, distinta de la de Pío XII, hizo la Consagración del mundo al Corazón de María, unido moralmente a todo el episcopado de la Iglesia, con una velada alusión a Rusia.

Después con motivo del Año Santo de la Redención ha querido perfeccionarla. Para ello escribió, el 8 de Diciembre 1983, una carta a todo el cuerpo episcopal de la Iglesia –a todos los obispos del mundo en comunión con la Sede de Pedro– para que se le uniesen el próximo 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, lo cual requeriría la correspondiente preparación pastoral en cada diócesis. La fórmula de consagración que utilizó perfeccionaba con algunos detalles la de Fátima en 1982.

La Virgen pidió en 1917 la consagración de Rusia por el Papa en unión con todos los obispos en 1929. Si no se hacía, ésta esparciría sus errores por todo el mundo. De hecho, como es sabido, en 1942, cuando Pío XII hizo esta consagración por primera vez, el área de extensión no se limitó a Rusia, sino que abarcó el mundo entero, quedando Rusia, en la intención del Pontífice, prácticamente incluida.

En las dos primeras veces que se hizo, fue el Papa solo como Vicario de Cristo; la tercera vez, el Papa con todos los obispos que estaban en Fátima, y la cuarta (1984) se llegó a hacer con todos los obispos del mundo. *Un acto colegial, que quiso reiterar en el jubileo de los Obispos el año 2000 en la plaza de San Pedro ante la imagen de Nuestra Señora de Fátima, que –como hemos comentado ampliamente en la Introducción a la III parte de este estudio– fue una consagración propiamente dicha, no un mero “affidamento”, como algunos han malinterpretado.* En el texto expongo las razones teológicas de esta demanda de nuestra Señora al Santo Padre a través de Lucía

## ALGUNOS TEXTOS MARIANOS Y JOSEFINOS DE BENEDICTO XVI.

### **1. Meditación del Papa Benedicto XVI en el aula del Sínodo, durante la primera Congregación General del Sínodo de los obispos para oriente medio, 11 de octubre de 2010.**

(“Theotócos” y “Madre de la Iglesia”, son los dos “ikonos” con los que se inicia y se concluye el Concilio Vaticano II. *La fe de los sencillos prepara el triunfo de la Mujer del Génesis y del Apocalipsis que aplasta la cabeza de la antigua serpiente que promueve errores y divisiones en la Iglesia*).

Queridos hermanos y hermanas.

*El 11 de octubre de 1962, hace treinta y ocho años, el papa Juan XXIII inauguraba el Concilio Vaticano II. Se celebraba entonces el 11 de octubre la fiesta de la Maternidad divina de María y, con este gesto, con esta fecha, el papa Juan quería confiar todo el Concilio a las manos maternales, al corazón maternal de Nuestra Señora. También nosotros comenzamos el 11 de octubre, también nosotros queremos confiar este Sínodo, con todos sus problemas, con todos sus desafíos, con todas sus esperanzas, al corazón maternal de Nuestra Señora, de la Madre de Dios.*

Pío XI, en 1930, había introducido esta fiesta, mil seiscientos años después del Concilio de Éfeso, el cual había legitimado, para María, el título de *Theotókos, Dei Genitrix*. Es esta gran palabra *Dei Genitrix, Theotókos*, el Concilio de Éfeso había resumido toda la doctrina de Cristo, de María, toda la doctrina de la redención. Y así vale la pena reflexionar un poco, un momento, sobre lo que habla el Concilio de Éfeso, de lo que habla este día.

En realidad, *Theotókos* es un título audaz. Una mujer es Madre de Dios. Se podría decir: ¿cómo es posible? Dios es eterno, es el Creador. Nosotros somos criaturas, estamos en el tiempo: ¿cómo podrían una persona humana ser Madre de Dios, del Eterno, dado que nosotros estamos todos en el tiempo, somos todos criaturas? Por ello se entiende que había una fuerte oposición, en parte, contra esta palabra. Los nestorianos decían: se puede hablar de *Christotókos*, sí, pero de *Theotókos* no: *Theós*, Dios, está por encima de todos los acontecimientos de la historia. Pero el Concilio decidió esto, y precisamente así puso a la luz la aventura de Dios, la grandeza de cuanto hizo por nosotros. *Dios no permaneció en sí mismo: salió de sí mismo, se unió de tal forma, tan radicalmente con este hombre, Jesús, que este hombre Jesús es Dios, y hablamos de Él, podemos siempre también hablar de Dios. No nació solamente un hombre que tenía que ver con Dios, sino que en Él nació Dios sobre la tierra. Dios salió de sí mismo. Pero podemos también decir lo contrario: Dios nos atrajo en sí mismo, de modo que ya no estamos fuera de Dios, sino que estamos en su intimidad, en la intimidad del mismo Dios.*

La filosofía aristotélica, lo sabemos bien, nos dice que entre Dios y el hombre existe solo una relación no recíproca. El hombre se remite a Dios, pero Dios, el Eterno, es en sí, no cambia: no puede tener hoy esta y mañana otra relación. Está en sí, no tiene relación ad extra. Es una palabra muy lógica, pero es una palabra que nos hace desesperar: por tanto, Dios mismo no tiene relación conmigo. *Con la encarnación, con la llegada de la Theotókos, esto ha cambiado radicalmente, porque Dios nos ha atraído en sí mismo y Dios en sí mismo es relación y nos hace participar de su relación interior. Así estamos en su ser Padre, Hijo y Espíritu Santo, estamos dentro de su ser en relación.* Estamos en relación con Él y Él realmente ha creado relación con nosotros. *En ese momento, Dios quería nacer de una mujer y ser siempre sí mismo: éste es el gran acontecimiento.* Y así podemos entender la profundidad del acto del papa Juan, que confió la cumbre conciliar, sinodal, al misterio central, a la Madre de Dios que fue atraída por el Señor en Sí mismo, y así todos nosotros con Ella.

*El Concilio comenzó con el icono de la Theotókos. Al final el papa Pablo VI reconoció a la propia Virgen el título Mater Ecclesiae. Y estos dos iconos, que inician y concluyen el Concilio, están intrínsecamente unidos, son, al final, un solo icono, Porque Cristo no nació como un individuo entre los demás. Nació para crearse un cuerpo: nació – como dice Juan en el capítulo 12 de su Evangelio – para atraer a todos hacia sí y en sí. Nació – como dicen las cartas a los Colosenses y a los Efesios – para recapitular todo el mundo, nació como primogénito de muchos hermanos, nació para reunir el cosmos en sí, de forma que Él es la cabeza de un gran Cuerpo. Donde nace Cristo, comienza el movimiento de la recapitulación, comienza el momento de la llamada, de la construcción de su Cuerpo, de la santa Iglesia. La Madre de Theós, la Madre de Dios, es Madre de la Iglesia, porque es Madre de Aquel que vino para reunirnos a todos en su Cuerpo resucitado.*

*San Lucas nos da a entender esto en el paralelismo entre el primer capítulo de su Evangelio y en el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, que repiten a dos niveles el mismo misterio. En el primer capítulo del Evangelio el Espíritu Santo viene sobre María y así da a luz y nos da al Hijo de Dios. En el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles María está en el centro de los discípulos de Jesús que rezan todos juntos, implorando la nube del Espíritu Santo. Y así de la Iglesia creyente, con María en el centro, nace la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Este doble nacimiento es el único nacimiento del Christos totus, del Cristo que abraza al mundo y a todos nosotros.*

*Nacimiento en Belén, nacimiento en el Cenáculo.* Nacimiento de Jesús niño, nacimiento del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia. *Son dos acontecimientos o un único acontecimiento. Pero entre los dos están realmente la Cruz y la Resurrección. Y sólo a través de la Cruz pasa el camino hacia la totalidad del Cristo, hacia su Cuerpo resucitado, hacia la universalización de su ser en la unidad de la Iglesia.* Y así, teniendo presente que sólo del grano caído en la tierra nace después la gran cosecha, del Señor atravesado en la Cruz viene la universalidad de sus discípulos reunidos en este Cuerpo suyo, muerto y resucitado.

*Teniendo en cuenta este nexo entre Theotókos y Mater Ecclesiae, nuestra mirada va hacia el último libro de la Sagrada Escritura, el Apocalipsis, donde, en el capítulo 12, aparece precisamente esta síntesis.* La mujer vestida de sol, con doce estrellas sobre la cabeza y la luna bajo sus pies, da a luz. Y da a luz con un grito de dolor, da a luz con gran dolor. Aquí *el misterio mariano es el misterio de Belén extendido al misterio cósmico. Cristo nace siempre de nuevo en todas las generaciones y así asume, recoge a la humanidad en sí mismo. Y este nacimiento cósmico se realiza en el grito de la Cruz, en el dolor de la Pasión. Y a este grito de la Cruz pertenece la sangre de los mártires.*

Así, en este momento, podemos mirar el segundo Salmo de esta Hora Media, el Salmo 81, donde se ve una parte de este proceso. Dios está entre los dioses –aún se consideraban en Israel como dioses–. En este Salmo, en una gran concentración, en una visión profética, se ve la pérdida de poder de esos dioses. *Los que parecían dioses no son dioses y pierden el carácter divino, caen a tierra. Dii estis et moriemini sicut nomine (cfr Sal 81, 6-7): la pérdida de poder, la caída de las divinidades.*

Este proceso que se realiza en el largo camino de la fe de Israel, y que se resume aquí en una visión única, *es un verdadero proceso de la historia de las religiones: la caída de los dioses. Y así la transformación del mundo, el conocimiento del verdadero Dios, la pérdida de poder de las fuerzas que dominan la tierra, es un proceso de dolor.* En la historia de Israel vemos como esta liberación del politeísmo, este reconocimiento –“sólo Él es Dios”– se realiza con muchos dolores, comenzando por el camino de Abraham, el exilio, los Macabeos, hasta Cristo. Y en la historia continua este proceso de pérdida de poder, del que habla el capítulo 12; habla de la caída de los ángeles, que no son ángeles, no son divinidades sobre la tierra. Y se realiza realmente, precisamente en el tiempo de la Iglesia naciente, donde vemos cómo con la sangre de los mártires pierden el poder las divinidades, comenzando por el emperador divino, de todas estas divinidades. Es la sangre de los mártires, el dolor, el grito de la Madre Iglesia que las hace caer y transforma así el mundo.

Esta caída no es sólo el conocimiento de que éstas no son Dios; es *el proceso de transformación del mundo, que cuesta la sangre, cuesta el sufrimiento de los testigos de Cristo. Y, si miramos bien, vemos que este proceso nunca ha terminado.* Se realiza en los diversos periodos de la historia de formas siempre nuevas; también hoy, en este momento, en el que Cristo, el único Hijo de Dios, debe nacer para el mundo con la caída de los dioses, con el dolor, el martirio de los testigos. *Pensemos en las grandes potencias de la historia de hoy, pensemos en los capitales anónimos que esclavizan al hombre, que ya no son cosa del hombre, sino un poder anónimo al que sirven los hombres, por el que los hombres son atormentados e incluso asesinados. Son un poder destructivo, que amenaza al mundo. Y después el poder de las ideologías terroristas. Aparentemente en nombre de Dios se hace violencia, pero no es Dios: son divinidades falsas que deben ser desenmascaradas, que no son Dios. Y después la droga, este poder que como una bestia voraz extiende las manos sobre todos los lugares de la tierra y destruye: es una divinidad, pero una divinidad falsa, que debe caer. O también la forma de vivir propagada por la opinión pública: hoy se hace así, el matrimonio ya no cuenta, la castidad ya no es una virtud, etc.*

*Estas ideologías que dominan que se imponen con fuerza, son divinidades. Y en el dolor de los santos, en el dolor de los creyentes, de la Madre Iglesia de la cual somos parte, deben caer estas divinidades, debe realizarse cuanto dicen las Cartas a los Colosenses y a los Efesios: las dominaciones, los poderes, caen y se convierten en súbditos del único Señor Jesucristo. De esta lucha en la que estamos, de esta pérdida de poder de los dioses, de esta caída de los falsos dioses, que caen porque no son divinidades, sino poderes que destruyen el mundo, habla el Apocalipsis en el capítulo 12, también con una imagen misteriosa, para la cual, me parece, hay con todo distintas interpretaciones bellas. Se dice que el dragón pone un gran río de agua contra la mujer que huye para arrastrarla. Y parece inevitable que la mujer sea ahogada en este río. Pero la buena tierra absorbe este río y éste no puede hacer daño. Yo creo que el río es fácilmente interpretable: son estas corrientes que dominan a todos y que quieren hacer desaparecer la fe de la Iglesia, la cual ya no parece tener sitio ante la fuerza de estas corrientes que se imponen como la única racionalidad, como la única forma de vivir. Y la tierra que absorbe estas corrientes es la fe de los sencillos, que no se deja arrastrar*

*por estos ríos y salva a la Madre y al Hijo. Por ello el Salmo dice – el primer salmo de la Hora Media – que la fe de los sencillos es la verdadera sabiduría (cfr Sal 118,130). Esta sabiduría verdadera de la fe sencilla, que no se deja devorar por las aguas, es la fuerza de la Iglesia. Y volvemos otra vez al misterio mariano.*

Y hay también una última palabra en el Salmo 81, "movebuntur omnia fundamenta terrae" (Sal 81,5), *vacilan los fundamentos de la tierra. Lo vemos hoy, con los problemas climáticos, cómo son amenazados los fundamentos de la tierra, pero son amenazados por nuestro comportamiento. Vacilan los fundamentos externos porque vacilan los fundamentos interiores, los fundamentos morales y religiosos, la fe de la que sigue el modo recto de vivir. Y sabemos que la fe es el fundamento, y, en definitiva, los fundamentos de la tierra no pueden vacilar si permanece firme la fe, la verdadera sabiduría.*

Y también el Salmo dice: "Levántate, Señor, y juzga la tierra" (Sal 81,8). Así decimos también nosotros al Señor: "Levántate en este momento, toma la tierra entre tus manos, protege a tu Iglesia, protege a la humanidad, protege a la tierra". Y confiándonos de nuevo a la Madre de Dios, a María, y oremos: "Tu, la gran creyente, tu que has abierto la tierra al cielo, ayúdanos, abre hoy también las puertas, para que sea vencedora la verdad, la voluntad de Dios, que es el verdadero bien, la verdadera salvación del mundo. Amen".

## **2. Dos comentarios de Benedicto XVI a la "Redemptoris Custos"**

Benedicto XVI, gran devoto también del Santo Patriarca, se ha referido con frecuencia a la exhortación apostólica de su predecesor RC.

### **2.1. ANGELUS 19 de marzo (2006)**

Hoy es la solemnidad de San José...el contexto mariano del Ángelus invita a detenerse con veneración en la figura del esposo de la Santísima Virgen María y Patrono de la Iglesia universal. *Me gusta recordar que de San José era muy devoto también el amado Juan Pablo II, quien le dedicó la Exhortación Apostólica Redemptoris Custos –Custodio del Redentor– y con seguridad experimentó su asistencia en la hora de la muerte. La figura de este gran Santo, aún permaneciendo más bien escondida, reviste en la historia de la salvación una importancia fundamental. Ante todo, al pertenecer a la tribu de Judá, unió a Jesús a la descendencia davídica, de forma que, realizando las promesas sobre el Mesías, el Hijo de la Virgen María puede llamarse verdaderamente «hijo de David». El Evangelio de Mateo, de manera especial, pone de relieve las profecías mesiánicas que hallaron cumplimiento mediante el papel de José: el nacimiento de Jesús en Belén (2,1-6); su paso por Egipto, donde la Sagrada Familia se había refugiado (2,13-15); el sobrenombre de «Nazareno» (2,22-23). En todo ello él se demostró, como su esposa María, auténtico heredero de la fe de Abraham: fe en el Dios que guía los acontecimientos de la historia según su misterioso plan salvífico. Su grandeza, como la de María, resalta aún más porque su misión se desarrolló en la humildad y en lo escondido de la casa de Nazaret. Además, Dios mismo, en la Persona de su Hijo encarnado, eligió este camino y este estilo de vida en la existencia terrena. Del ejemplo de San José llega a todos nosotros una fuerte invitación a desarrollar con fidelidad, sencillez y modestia la tarea que la Providencia nos ha asignado. Pienso ante todo en los padres y madres de familia, y ruego para que sepan*

*siempre apreciar la belleza de una vida sencilla y laboriosa, cultivando con atención la relación conyugal y cumpliendo con entusiasmo la grande y no fácil misión educadora. A los sacerdotes, que ejercen la paternidad respecto a las comunidades eclesiales, les obtenga San José amar a la Iglesia con afecto y plena dedicación, y sostenga a las personas consagradas en su gozosa y fiel observancia de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. Que proteja a los trabajadores de todo el mundo para que contribuyan con sus distintas profesiones al progreso de toda la humanidad, y que ayude a todo cristiano a realizar con confianza y amor la voluntad de Dios, cooperando así al cumplimiento de la obra de la salvación.*

## **2.2 HOMILÍA. Estadio Amadou Ahidjo de Yaundé (Camerún). Jueves 19 de marzo de 2009**

Alabado sea Jesucristo que nos reúne hoy en este estadio... *en el día en que la Iglesia, aquí en Camerún, como en toda la tierra, celebra la fiesta de San José, esposo de la Virgen María...* ¿Cómo podemos adentrarnos en la gracia específica de este día? Dentro de poco, al final de la misa, la liturgia nos mostrará el punto culminante de nuestra meditación, cuando diremos: «Señor, protege sin cesar a esta familia tuya, que ha celebrado con gozo la festividad de san José participando en la eucaristía; y conserva en ella los dones que con tanta bondad le concedes». Como veis, *pedimos al Señor que proteja sin cesar a la Iglesia –y lo hace– exactamente como José protegió a su familia y veló durante los primeros años sobre el Niño Jesús.*

Nos lo acaba de recordar el Evangelio. El Ángel le había dicho: «No tengas reparo en llevarte a María, tu mujer» (Mt 1,20); y es exactamente lo que hizo: «hizo lo que le había mandado el Ángel del Señor» (Mt 1,24). ¿Por qué motivo señala San Mateo la fidelidad a las palabras recibidas del mensajero de Dios, sino es para invitarnos a imitar esa fidelidad llena de amor?

La primera lectura que acabamos de escuchar no habla explícitamente de san José, pero nos enseña muchas cosas de él. *El profeta Natán se acerca a David, por orden del Señor mismo, para decirle: «Estableceré después de ti a un descendiente tuyo» (2 S 7,12).* David tiene que aceptar morir sin ver la realización de la promesa que se cumplirá «cuando haya llegado al término de su vida» y descansa «con sus padres». Así, vemos cómo uno de los deseos más queridos del hombre, el de ser testigo de la fecundidad de su actuación, no siempre es escuchado por Dios. Pienso en aquellos de vosotros que son padres y madres de familia: tienen muy legítimamente el deseo de dar lo mejor de sí mismos a sus hijos y quieren verles triunfar verdaderamente. Sin embargo, no hay que equivocarse en ese triunfo: *lo que Dios pide a David, es que confíe en Él. David no verá a su sucesor, «cuyo trono durará por siempre» (2 S 7,16), porque este sucesor anunciado veladamente en la profecía es Jesús. David confía en Dios. Igualmente, José confía en Dios cuando escucha al mensajero, al Ángel, que le dice: «José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1,20). En la historia, José es el hombre que ha dado a Dios la mayor prueba de confianza, incluso ante un anuncio tan sorprendente... Sólo Dios podía dar a José la fuerza para confiar en el Ángel. Sólo Dios os dará, queridos hermanos y hermanas que estáis casados, la fuerza para educar a vuestra familia como Él quiere. Pedídselo. A Dios le gusta que se le pida lo que quiere dar. Pedidle la gracia de un amor verdadero y cada vez más fiel, a imagen de su propio amor. Como dice maravillosamente el salmo: «Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad» (Sal 88,3).*

*Igual que en otros continentes, la familia pasa efectivamente, en vuestro país y en el resto de África, un período difícil, que superará gracias a su fidelidad a Dios... Más que nunca hemos de «esperar contra toda esperanza» (Rm 4,18). La principal prioridad será volver a dar sentido a la acogida de la vida como don de Dios. Para la Sagrada Escritura, así como para la mejor sabiduría de vuestro continente, la llegada de un niño es una gracia, una bendición de Dios. La humanidad está hoy invitada a modificar su mirada: en efecto, todo ser humano, por pequeño y pobre que sea, es creado «a imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,27). Tiene que vivir. La muerte no ha de prevalecer sobre la vida. Nunca la muerte tendrá la última palabra.*

Hijas e hijos de África, no tengáis miedo de creer, de esperar y de amar, no tengáis miedo de decir a Jesús que es el Camino, la Verdad y la Vida, y que sólo por Él podemos ser salvados. San Pablo es el autor inspirado que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia para ser el «maestro de todas las naciones» (1 Tm 2,7), cuando nos dice que Abrahán «esperando contra toda esperanza creyó que sería padre de muchos pueblos, según le había sido prometido: Así será tu descendencia» (Rm 4,18).

*«Esperando contra toda esperanza» ¿no es una magnífica definición del cristiano? África está llamada a la esperanza a través de vosotros y en vosotros. Con Jesucristo, que ha pisado la tierra africana, África puede llegar a ser el continente de la esperanza. Todos nosotros somos miembros de los pueblos que Dios ha dado como descendencia a Abrahán. Cada una y cada uno de nosotros ha sido pensado, querido y amado por Dios. Todos y cada uno de nosotros tiene su papel en el plan de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si os asalta el desánimo, pensad en la fe de José; si os invade la inquietud, pensad en la esperanza de José, descendiente de Abrahán, que esperaba contra toda esperanza; si la desgana o el odio os embarga, pensad en el amor de José, que fue el primer hombre que descubrió el rostro humano de Dios en la persona del Niño, concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Bendigamos a Cristo por haberse hecho tan cercano a nosotros y démosle gracias por habernos dado a José como ejemplo y modelo de amor a Él.*

Queridos hermanos y hermanas, de nuevo *os digo de corazón: como José, no tengáis reparo en llevaros a María con vosotros, es decir no tengáis reparo en amar a la Iglesia. María, madre de la Iglesia, os enseñará a seguir a sus pastores, a amar a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros diáconos y vuestros catequistas, a cumplir lo que os enseñan y a rezar por sus intenciones. Los que estáis casados, mirad el amor de José a María y a Jesús; los que os preparáis al matrimonio, respetad a vuestro futuro cónyuge como hizo José; los que os habéis consagrado a Dios en el celibato, pensad en la enseñanza de la Iglesia nuestra Madre: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo» (Redemptoris custos, 20).*

Quisiera dirigir una exhortación particular a los padres de familia, puesto que san José es su modelo. *San José revela el misterio de la paternidad de Dios sobre Cristo y sobre cada uno de nosotros. Él puede enseñarles el secreto de su propia paternidad, él, que custodió al Hijo del Hombre. También cada padre recibe de Dios a sus hijos, creados a imagen y a semejanza de Él. San José fue el esposo de María. A cada padre de familia se le confía igualmente, mediante su propia esposa, el misterio de la mujer. Como San José, queridos padres de familia, respetad y amad a vuestra esposa, y guiad a vuestros hijos hacia Dios, hacia donde deben ir (cf. Lc 2,49), con amor y con vuestra presencia responsable...*

## ANEXO II

### BREVE HISTORIA, DESDE SUS PRECEDENTES PATRÍSTICOS, DE LA CONSAGRACIÓN A MARÍA (“TOTUS TUUS”) INCANSABLEMENTE PROMOVIDA POR EL BEATO JUAN PABLO II; POPULARIZADA POR SAN LUIS MARÍA G. DE MONTFORT Y SAN MAXIMILIANO MARÍA KOLBE

La invitación de Juan Pablo II en la carta encíclica “Redemptoris Mater” a profundizar en la especial presencia materna de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, “dimensión fundamental de la Mariología del Concilio Vaticano II”, quiere el Papa que no se limite a los aspectos doctrinales, sino que trascienda a la vida de la fe, viviendo “una auténtica espiritualidad mariana considerada a la luz de la Tradición, y de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio”. Para ello recomienda acudir a la fuente riquísima de la experiencia histórica de almas santas y de movimientos de vida que suscita incesantemente el Espíritu de Cristo a lo largo y ancho del mundo: “A este propósito me es grato recordar, entre tantos testigos y maestros de la espiritualidad mariana, la figura de San Luis María de Grignon de Monfort, la cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del Bautismo. Observo complacido cómo en nuestros días no faltan tampoco nuevas manifestaciones de esta espiritualidad y devoción”. (RM, 48 c) “Junto a este Santo –añade en nota– se puede colocar también la figura de S. Alfonso María de Liborio; cuyo segundo centenario de su muerte se celebraba aquel año, en especial su obra “Las glorias de María”.V1. San Luis María Grignon de Monfort.

La profunda devoción de Juan Pablo II a la Santísima Virgen, según testimonio personal suyo (cf. André Frossard, “Diálogos con Juan Pablo II”, trad. Plaza Janés 1982, 9. 130), ha influido en gran medida un librito perdido o escondido durante un siglo y medio, el “tratado de la verdadera devoción a la Sma. Virgen”, de S. Luis María Grignon de Montfort, escrito alrededor de 1700”. “La lectura de este libro supuso un viraje decisivo en mi vida. Digo viraje, aunque en realidad, se trata de un largo camino interior que coincidió con mi preparación clandestina para el sacerdocio. Fue entonces cuando cayó en mis manos este libro, tratado singular, uno de esos libros que no basta “haber leído”. Recuerdo que lo llevé mucho tiempo en el bolsillo, incluso en la fábrica de sosa, y que sus hermosas tapas se mancharon de cal. Releía una y otra vez algunos de sus pasajes. Pronto advertí que, independientemente de la forma barroca del libro, allí se trataba de algo fundamental. Entonces ocurrió que la devoción de mi niñez e, incluso, de mi adolescencia hacia la madre de Cristo cedió paso a una actividad nueva, una devoción que procedía de lo más profundo de mi fe, como del mismo corazón de la realidad trinitaria y cristológica.

“Si antes me contenía por temor a que la devoción mariana tomara la delantera a la de Cristo, en lugar de cederle el paso, al leer el tratado de Grignon de Montfort comprendí que, en realidad, ocurría algo muy distinto. Nuestra relación interior con la Madre de Dios dimana orgánicamente de nuestra vinculación al misterio de Cristo. Por tanto, es imposible que se estorben entre sí.

“Al contrario: la “verdadera devoción” a la Virgen Santísima se reafirma con mayor fuerza en aquel que avanza en el misterio de Cristo, Verbo encarnado y en el misterio trinitario de la salvación que se centra en él. Incluso se puede decir que, a quien se esfuerza en conocerle y amarle, el propio Cristo le señala a su madre, como hizo en el Calvario con su discípulo Juan. Cuanto más se ha centrado en la realidad de la Redención mi vida interior, más claro he visto que la entrega a María tal como la presenta San Luis Grignon de Montfort es el mejor medio de participar con provecho y eficacia de esta realidad para extraer de ella y compartir con los demás unas riquezas inefables.

Mi devoción mariana así moldeada, vive en mí desde entonces. Es parte integrante de mi vida interior y de mi teología espiritual. Es sabido que el autor del tratado define su devoción como una forma de “esclavitud”. Quizás esta palabra choque a nuestros contemporáneos. Para mí no supone ninguna dificultad. Veo en ello una especie de paradoja de las que tanto abundan en los Evangelios, en la que las palabras “santa esclavitud” pueden significar que nosotros no sabríamos explotar más a fondo nuestra libertad, el más grande de los dones que Dios nos ha hecho. “Porque libertad se mide con la medida del amor de que somos capaces”.

## PRECEDENTES

La Consagración a María tiene una larga y rica tradición en la historia de la Iglesia.

### I. *La oración más antigua a la Virgen Santísima.*

Nos podemos remontar a la oración más antigua, que se haya encontrado, dedicada a la Santísima Virgen. Bajo tu amparo nos acogemos, Oh Santa Madre de Dios, no deseches nuestra suplica en las necesidades. Más bien libranos de todo peligro.... Esta oración se cree que data del siglo III. Explícitamente se dirige a la Santísima Virgen como Madre de Dios, antes del Concilio de Efeso en 431. Refleja una tradición más antigua que el siglo III, ya que es común ver a la Virgen como Madre de Dios, pero también implícitamente como Madre nuestra, ya que Ella nos ampara del peligro, nos protege, podemos ir a Ella por que es nuestra abogada. Aunque no es una oración de consagración, si incluye los elementos fundamentales que la caracterizan. A través de los siglos, ha habido muchas traducciones del latín para esta oración. Muchas incluyeron que nos refugiamos en tu misericordioso corazón, fundamento no solo para la consagración a María, sino que consagración a su Inmaculado Corazón. Juan Pablo II entrando en una corriente muy antigua en la Tradición de la Iglesia, comienza las dos grandes consagraciones del 82 y 84 citando el comienzo de esta oración. También en Czestochowa (8–XII–1991), en el Sexto Día internacional de la Juventud, empezó la consagración con estas mismas palabras y fue recitando la oración completa a lo largo de todo el acto de consagración. En Roma en la tradicional ceremonia de la plaza

España: bajo tu protección nos refugiamos una vez más, al fin des este año, este siglo, este milenio. En su Encíclica *Redemptoris Mater* y en el párrafo final de la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*. Esta oración testimonia la inclinación del cristiano a ser como niño y buscar refugio bajo la protección de la Madre de Dios. La historia nos ilustra como a través de los siglos, esta ha sido una experiencia real para la comunidad cristiana. Siempre que la Iglesia se ve en peligro recorre a la Madre de Dios.

La primera entrega confiada a la Madre de Dios fue hecha por el Emperador Bizantino Heraclio en 626, como lo narra San Germán de Constantinopla. Cuando la ciudad de Bósforo esta en eminente peligro. Esto llevó al establecimiento de la Fiesta de la Protección de la Santa Madre de Dios. Esta se considera la primera consagración colectiva en la historia.

## II. *La expresión "Siervo de María"*

La más temprana forma de expresar la entrega de si mismo a la Madre de Jesús fue la de ser siervo o esclavo de la Madre de Dios. Este concepto de esclavitud fue entendido por los Padres y Doctores de la Iglesia como una dependencia total y de corazón a la Madre de Cristo. Esto es lo que hoy entendemos como consagración total. Esta expresión de esclavo de María fue tomada, de forma secundaria, de la expresión bíblica usada por San Pablo en Rom 1:1; Fil 1 y 1 y 2Tim 1, esclavo de Jesucristo, cuyo significado es una confianza filial y un don de si mismo.

El uso de este termino *servus Marie* lo vemos en San Efrén de Siria (373) y el Papa Juan VII (707) y en sermones Africanos del siglo V y VI.

San Ildefonso de Toledo (667). Considerado el primer y mayor representante de la espiritualidad de esclavitud mariana, que después se desarrolla en lo que hoy conocemos como consagración mariana. Escribió : "soy tu siervo, porque tu Hijo es mi Señor. Eres mi Señora por que eres la esclava del Señor. Entonces, soy esclavo de la esclava del Señor. Juan Pablo II, en su homilía en Zaragoza, 1982, antes de hacer el acto de consagración de España a la Virgen, habló sobre San Ildefonso: "el más antiguo testigo de la forma de devoción mariana llamada "esclavitud a la Virgen Santísima", la cual justifica nuestra actitud de ser esclavos de María por su relación singular con Cristo".

El próximo gran testigo al desarrollo de la tradición es el Doctor de la Iglesia, San Juan Damásceno (749), el ultimo de los grandes Padres del Este, quien se llamó a si mismo esclavo de la Madre de Dios y escribió en el siglo 8, una oración de Consagración Mariana : "Oh Señora, ,Virgen Madre de Dios, en ti nos sostenemos como a la más segura y más fuerte de las anclas. A ti, soberana Madre de Dios, consagramos nuestra mente, nuestra alma, nuestro cuerpo, y toda nuestra persona. En una palabra toda nuestra persona". Hace una entrega total de si, de todo lo que es y posee. Usa en su oración la palabra griega *anathemenoi*, para indicar que esta consagración, significa "ser separado para uso sagrado". Quiere dejarnos saber que esa entrega total a María es tan exclusiva, absoluta y permanente que abandonar esa consagración es romper también con Dios –a propósito usa el término consagración –lo extensivo del acto, envuelve a toda la persona. Su base es la relación única con Cristo por su Maternidad divina

### III. *Edad Media*

En la Edad media los títulos: Amparo, Protección, Refugio se esparcen cada vez más. F Fulberto de Chartres (1028) nos provee una bella oración en donde nos recalca que su consagración a Cristo en el bautismo nos hace otros "discípulo amado", por lo tanto, con la misión de acoger a María y comprometernos con Ella. San Odilo, abad de Clunny (1049), quien de joven se consagró a Nuestra Señora en un santuario mariano y se presentó ante el altar con una cuerda amarrada a su cuello y oró: "tómame en tu servicio y en todas mis empresas está siempre a mi lado, Oh, abogada misericordiosa. Después de Dios delante de ti, no pongo nada ni nadie, y me doy por entero a ti como tu esclavo".

Los grandes teólogos y santos, San Anselmo de Canterbury (1109) y San Bernardo de Clairvaux (1153), también se aplicaron este título de esclavos de la Madre de Dios. Todo lo que ofrezcan hazlo a través de María, pues a través del canal que vino la gracia, debes devolver todo al dador de la gracia. El Papa Nicolás IV, (1292) se llama a si mismo esclavo de la Madre de Dios. La Consagración a María recibe aprobación de la Iglesia, cuando aprueban la orden de los Servitas.

Ricardo II, solemnemente consagró Inglaterra ala Santísima Virgen, así como su dote, el sábado después de Corpus Christi de 1381. Primera consagración de un reino a María Santísima.

Una imagen que se hace muy común en Alemania es la de la protección de la Santísima Virgen con su manto. Especialmente la imagen de la Madre de Dios con los abades y abadesas de la orden de Citeaux, de rodillas bajo su manto. Cesario de Heiserbach (1240) pinta a un monje cisterciense en el cielo, mirando por todos lados sin encontrar a sus hermanos hasta que la Virgen abre su ancho manto y enseña una cantidad de monjes y monjas. Esta imagen se extiende grandemente al final de la Edad media.

Juan Pablo II ha usado esta imagen de la Virgen protegiendo con su manto en muchas ocasiones: 1 de Enero, 1980, en Brasil, 1980; en Sicilia; en Viena, 1983; en Alemania, 1985, y en suplica por los Armenios en 1987. Con peregrinos de Irlanda del Norte: que nuestra Señora de Knock, extienda su manto de paz sobre toda la nación". A la orden carmelita descalza en la fiesta de St. Teresita, 1991. Que cubra el Carmelo, de un lado a otro, con su manto. El Papa Pío XII, el 11-Feb-1950: el usar el escapulario carmelita es un signo explicito de aceptar el patrocinio de María y su perteneciendole a Ella. Esta imagen se encuentra en la ceremonia medieval de la consagración de vírgenes. Después de imponer el velo, el obispo bendecía a la joven y le exhortaba a vivir sin mancha alguna bajo el manto de la Madre de Dios.

### IV. *Edad Moderna*

Las congregaciones marianas de estudiantes establecidas por el Jesuita, Jean Leunis, (1563) cuyo proposito era la formación de cristianos militantes seguidores de la espiritualidad ignaciana, se ponen bajo el amparo de Nuestra Señora. Esto se desarrolla y llegan a hacer un acto de oblación a la Virgen Santísiman como patrona y abogada y a la vez, le pedían que los recibiera como sus Asiervos perpetuos. Estas congregaciones introdujeron otra perspectiva en el área de la consagración mariana, la cual fue heredada del final de la edad media: la dimensión corporal o colectiva. Asociaciones espirituales,

o confraternidades que requerían para ser miembro que se hiciera la consagración. Ya se escucha más a menudo el término consagrar: con el significado de ponerse bajo el patrocinio o amparo de la Virgen Santísima y de dedicarse totalmente a su servicio. Por el acto de consagración a NS, la persona se ponía al servicio de Cristo Rey a través de la mediación y protección de la VS.

Surgen en España la confraternidades de la Santa Esclavitud de María. La primera se fundó bajo la inspiración de la Hna. Inés de San Pablo en el convento franciscano de las Concepcionistas en Alcalá de Henares (1595). El primer teólogo de esta esclavitud Mariana es el franciscano Melchor de Cetina, quien en 1618 compuso el primer Cuaderno de espiritualidad para los miembros de la cofradía. A la medida en que progresaba el siglo XVII se iban multiplicando las confraternidades y adquirieron aprobación papal.

Uno de los grandes promotores de esta espiritualidad fue el Padre Trinitario, Simón de Rojas (1552–1624), quien fue canonizado por Juan Pablo II en 1988. En la homilía de canonización dijo: “Su intensa devoción mariana crecía constantemente en él. Una muy singular manera de expresar esta devoción fue la de “abandono filial de sí mismo a la Madre de Dios. De hecho este nuevo santo es modelo para todos nosotros de vida mariana. Expresó claramente su deseo de pertenecerle a la Madre de Dios y exclamó muchas veces: Nuestra Señora, que yo sea completamente tuyo, y así no tendré nada que temer”.

El Agustino Bartolomé de los Ríos (1580–1652) extendió la obra de Rojas a través de sus escritos los cuales fueron conocidos y citados por Sn. Luis de Montfort. El principal fue la Hierarchia Mariana en donde provee con una fórmula de dedicación: “Soy tu siervo y esclavo y te suplico me admitas en tu familia, con la humildad de un esclavo y con el amor de un hijo, O Señora y Reina...”

El Cardenal Pierre de Bérulle (1575–1629), fundador del Oratorio de Jesús y promovedor de la reforma carmelita en Francia, visitando España, en su encuentro con la confraternidad de los Esclavos de la Virgen Santísima de Alcalá<sup>1</sup> tuvo una gran

---

1. Es ya cosa sabida que S. Luis María tomó inspiración en la espiritualidad del seminario de San Sulpicio, donde se formó, fundado por el Ven. Juan Olier en 1657, que aprendió la “esclavitud de amor a María” del cardenal P. de Berulle († 1629), cabeza de la llamada Escuela Francesa de Espiritualidad. Berulle a la vuelta de un viaje por España (en 1604), donde había admirado la floreciente Confraternidad de la “esclavitud Mariana”, se convirtió en su defensor y propagador en Francia.

En España se mantenía viva la tradición de la servidumbre mariana, constante en la Patrística desde San Efrén. No es extraño, dado el gran prestigio e influjo de San Ildefonso de Toledo (607–669) que se distingue por el ardor con que se ofreció al servicio mariano. Es impresionante el elocuente fervor con que comienza su libro “La perpetua virginidad de María”: ¡Oh Señora mía y Soberana Señora, Madre de mi Señor, humildísima sierva de vuestro Hijo, Madre del Creador del Mundo! Yo os ruego y os pido me deis el espíritu de vuestro Hijo, mi Redentor, de tal manera que yo conozca cosas verdaderas y dignas de Vos, hable cosas verdaderas y dignas de Vos, y diga lo que de verdadero y digno debo decir de Vos” (PL, 96, 58). El capítulo XII cierra su tratado con un encendido ofrecimiento de sí mismo al servicio de María: “Postrado a vuestros pies, ¡oh Virgen única, Madre de Dios!, yo, siervo de vuestro Hijo os ruego me concedáis el unirme firmemente a Dios y a Vos, el someterme a Vuestro Hijo y a Vos, el seguir a Vuestro Hijo y a Vos. A El, como a mi Creador; a Vos, como a Madre de mi Creador”.

“Si yo soy vuestro siervo, es porque vuestro Hijo es mi Señor. Vos sois mi Soberana, porque sois la Esclava de mi Señor. Yo soy siervo de la Sierva de mi Señor, porque Vos, mi soberana, sois la Madre de mi Señor... Si deseo llegar a ser el fiel de la Madre es para poder ser

---

siervo fiel del Hijo. Si quiero servir a su Madre es para que el Hijo sea mi Señor. Para demostrar que estoy al servicio del Señor, doy como prueba el dominio que su Madre ejerce sobre mí... porque servir a su Esclava es servir al Señor, y redundará en honor del Hijo todo lo que se concede a la Madre, como se convierten en honor del rey los homenajes de sumisión a la reina.

“¡Con qué entusiasmo deseo ser siervo de esta Soberana! ¡Con qué fidelidad me quiero someter a su yugo! ¡con qué perfección intento ser dócil a sus mandatos! ¡Con qué ardor trato de no sustraerme a su dominio! ¡Con qué avidez deseo no dejar de estar nunca en el número de sus verdaderos siervos!. Seáme pues, concedido el servirla por deber; que sirviéndola merezca sus favores y pueda ser siempre irrepitible siervo suyo” (PL, 96, 105–108). El Santo Doctor no sólo se declara con el más encendido entusiasmo, verdadero, fiel, irrepitible Siervo de María, sino que nos da también, la razón de esta declaración: para poder servir mejor al Señor cuya Madre es María. Cuanto más fielmente se sirve a la Virgen Santísima, tanto más fielmente se sirve al Señor, ya que el dominio de la Virgen es inseparable del dominio del Señor. Nuestro autor, que se sitúa en la corriente de la gran tradición de Oriente y Occidente –se percibe el eco de San Ireneo, San Jerónimo, San Ambrosio, etc., aún siendo muy parco en citas explícitas (así lo han hecho notar entre otros, el Prof. Mateo Seco)– conocía sin duda siempre en relación a la perpetua virginidad de María Virgen, cuya defensa acometió con el conocido celo pastoral y apasionado amor que desborda incontenible en la pluma de quien se considera su esclavo: “esclavo de la Esclava del Señor”.

Juan Pablo II –en su discurso del acto mariano celebrado en Zaragoza con ocasión de su primera visita a España en 1982– dijo de él que fue el más antiguo testigo –y fuente originaria– de esta devoción que “el Papa de María” hizo suya –y tanto contribuyó a fomentar–, “que tiene su fundamento en la singular relación que Ella tiene con respecto a Cristo”: “Por eso soy tu esclavo, porque mi Señor es tu Hijo. Por eso tú eres mi Señora, porque tú eres la esclava de mi Señor. Por eso soy yo el esclavo de la esclava de mi Señor, porque tú has sido hecha la madre de tu Señor. Por eso he sido hecho esclavo, porque tú has sido hecha la madre de mi Hacedor” (*De Virginitate perpetua Sancta Mariae*, 12: PL 96, 106”).

La amplia difusión del “De perpetua virginitate”, después de las numerosas copias del célebre Códice de Godescalco, en Francia y en toda Europa, explica el más que probable influjo de sus intuiciones en Bossuet y otros AA, como Olier y Condren, de la escuela de espiritualidad francesa del Siglo XVII, que tuvo su origen en torno a la prestigiosa influencia del Cardenal Pedro de Berulle, que después de un viaje a España introdujo en Francia –además de la orden teresiana del Carmelo, que tanto contribuyó a difundir la devoción a San José en todo el mundo– la práctica de la Esclavitud mariana. El “totus tuus” popularizado por San Luis María Grignon de Monfort y Juan Pablo II, comenzó, recuérdese, con el Santo Obispo de Toledo.

Pero fue a fines del s. XVI, cuando el término “siervo de María” y la expresión “Servidumbre Mariana”, fueron intensificándose y tomaron el matiz de “esclavitud mariana” en el sentido popularizado por Grignon de Montfort. Parece claro que quien practicó en primer lugar la “esclavitud mariana” fue la hermana franciscana Madre de Inés de San Pablo “junto con otras cuatro hermanas de las Franciscanas Concepcionistas de Santa Úrsula de Alcalá de Henares (desde 1595). “Inspirada por la Santísima Virgen, dice la crónica que erigió la Asociación llamada de la “Esclavitud Mariana”.

El célebre escritor místico franciscano Fray Juan de los Ángeles, visitador del Monasterio de Santa Úrsula, de Alcalá concedió; como también la Infanta Sor Margarita de la Cruz, fundadora de las “Descalzas Reales”, que inscribió en la Asociación a Felipe II y Margarita, su esposa, al emperador y la emperatriz, al archiduque de Austria y a su esposa, la Infanta Isabel. Pero quienes más contribuyeron a propagarla –en España y fuera de ella– fueron San Simón de Rojas (1551–1624), Trinitario, amigo de la familia real española, y el P. Bartolomé de los Ríos (1580–1562), Agustino, “Magister Studiorum” del Colegio Agustiniense de Alcalá, que la propagó de modo extraordinario en Flandes. Sus escritos se difundieron mucho en Polonia, traducidos por el jesuita P. Estanislao Phalacius.

Clemente X en 1673 condenó algunos excesos quietistas de este movimiento (“los

influencia en él, he hizo un "voto de servidumbre" a la Virgen Santísima. También formuló un voto similar a Jesús en honor de su humildad al rebajarse a hacerse esclavo. Su más grande gloria en términos de la historia de la espiritualidad, fue la de ser fundador de la escuela francesa de espiritualidad. Su paternidad espiritual enriqueció a la Iglesia a través de San Juan Eudes el Ven, Jean Jacques Olier, Sn Luis de Montfort y Juan Bautista de la Salle.

San Luis María G. de Montfort (1673–1716) es considerado como aquél que ha coronado la teología mariana sobre la consagración a la Virgen Santísima. Por su obra *Tratado de la Verdadera Devoción a la Virgen Santísima* es responsable por la explosión de desarrolló y de mayor entendimiento en la Iglesia de la doctrina Mariana. Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris Mater* considera sus escritos como una fuente de autentica espiritualidad mariana. Una de sus mayores contribuciones proviene de su insistencia de que la mediación de María es el deseo explícito de Dios ya que el Salvador escogió venir al mundo a través de Ella. Su doctrina sobre la consagración se basa en dos conceptos fundamentales: 1. la consagración y la esclavitud a la Virgen es en realidad, una renovación de nuestra consagración a Dios en cuanto que estamos renovando nuestras promesas bautismales pero ahora hechas a través de las manos de María. Por tanto, es una esclavitud a Jesús a través de María. 2. A María no se el debe considerar como una muralla a la que se tiene que traspasar para poder llegar a Jesús. Según San Luis buscamos a la Virgen Santísima porque es con Ella como llegamos a Jesús de una manera más rápida; y que también logramos amarlo más profundamente y servirle más fielmente. Su libro ha sido indulgenciado por varios papas.

(Véase supra parte I c. VIII, einfra el Excursus I)

## V. *Desarrollos posteriores*

Aunque las enseñanzas de San Luis han sido una expresión particularmente inspirada sobre la consagración, don de Dios a su Iglesia que se difundió en un momento providencial , el desarrollo de este no termina con el. Durante la época tan difícil de la Revolución Francesa, dos fundadores hicieron posible que se continuará esta devoción: Venerable William Chaminade (1761–1850) y Venerable Francis María Liberman, ambos fundaron instituciones de las cuales la característica especial era la consagración total a María. El 3 de diciembre, de 1836, el Padre Des Genettes, movido por una inspiración interior, consagra su parroquia, Notre-ame des Victoires, al Inmaculado Corazón de María. Enseguida empieza a resurgir en su la fe y devoción de los fieles y se establece la Archicofradía del Santo y Inmaculado Corazón de María. En los planes providenciales del Señor, esta parroquia impresionará tanto a Antonio María Claret, que decide cambiar el nombre del instituto que había fundado Las Hijas del

---

abusos de falsa devoción de los confratelli", según declaración del censor oficial). La razón de esta condena se basó en que la servidumbre o esclavitud que los cristianos tributan a Dios y a María ni quita ni disminuye la libertad, pero de ningún modo censura esta devoción en sí misma. De hecho fueron aprobados los escritos de S. Luis M. G. de Montfort, tan calurosamente recomendados a la Iglesia Universal en nuestros días por Juan Pablo II. Si otros pontífices habían vivido personalmente según esa espiritualidad, él es el primero que la propone a todos los hijos de la Iglesia como camino seguro. Es llamativa la afinidad espiritual con él de la Venerable María Jesús de Ágreda, y su admirable Mística Ciudad de Dios.

Santo y Inmaculado Corazón de María, e hizo de la consagración a María parte esencial de la ceremonia de entrada a su congregación de misioneros.

Para San Antonio María Claret la consagración a María tiene ante todo un carácter apostólico. El misterio de María Inmaculada no lo ve tanto como un misterio de belleza, sino como un misterio de poder. Al igual que el demonio se aprovecha y hace daño al talón, a través de los maliciosos, la Virgen Santísima hace uso de apóstoles quienes ella ha escogido y que ha formado especialmente para combatirlo. Esta noción de consagración mariana es como una forma de equiparnos como soldados de Cristo en batalla contra de los poderes del infierno se hace cada vez más patente en el Siglo XX. Es admirable también la doctrina sobre la vida marianizada de la gran mística Concepcionista Ángeles Sorazu, y los escritos sobre ella del P. Nazario Pérez.

Continuando en la misma línea esta, Frank Duff (1889-1980), fundador de la Legión de María (7 de sept, 1921), dedicado a preparar para la Virgen Santísima una legión de soldados y niños a su servicio. Frank Duff, profundamente influenciado por Sn Luis de Montfort, pide a sus legionarios la consagración según sus enseñanzas.

Un reciente don de Dios a la iglesia en estos tiempos convulsos de apostasía silenciosa es, sin duda, la fundación de los Franciscanos de la Inmaculada del hijo espiritual de San Pío de Pietralcina, el Padre S. Manelli, cuya espiritualidad, muy en la línea de Ssn Maximiliano María, tiene como fundamento la consagración a la Inmaculada, según la tradición franciscana –proceden de la rama Conventual–, que incluye un cuarto voto misionero y de Martirio. Cuidan mucho la formación teológica, de gran solidez doctrinal, y –como San Maximiliano M. Kolbe– los medios de comunicación social al servicio de la evangelización. *“Cuando os pido la consagración a mi Corazón Inmaculado, es para haceros comprender que debéis entregaros completamente a Mí, de manera total y perenne, para que pueda disponer de vosotros según el Querer de Dios”*.

## EXCURSUS I

### LA PERFECTA CONSAGRACIÓN A MARÍA EN LA ESPIRITUALIDAD MONTFORTIANA

Luis María de Montfort (1673–1716) formado en S. Sulpicio, expone de una manera admirable la doctrina y la práctica de la servidumbre de Mariana o esclavitud de amor” en “El secreto de María”, y sobre todo, en el “Tratado de la verdadera devoción a la Virgen Santísima”, compuesto unos tres años antes de su muerte. El “Tratado” estuvo inédito y desconocido –como lo había previsto el Santo– hasta el 1842, cuando fue “casualmente” descubierto y publicado. Este “Tratado”, traducido a muchísimas lenguas perpetúa en el tiempo el apostolado mariano y realiza el deseo expreso del Santo en uno de sus admirables cantos: “¡Oh María! ¡ojalá que mi expresión fuese un trueno para gritar por todos los siglos que quien mejor te sirve es el más feliz!”

El fundamento doctrinal se lo sugiere el conocido texto atribuido entonces a San Agustín, que llama a María “molde viviente de Dios, forma Dei”, “El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo para formar al natural un Dios-hombre por al unión hipostática y para formar un hombre–Dios por al gracia, es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde. Cualquiera que se meta en él y se deje manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo verdadero Dios. Y esto de manera suave y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de manera segura y sin miedo de ilusiones, pues no tiene parte aquí el demonio, ni tendrá jamás entrada donde esté María; de manera, en fin, santa e inmaculada sin la menor mancha de culpa.

“María es el paraíso de Dios y su mundo inefable donde el Hijo de Dios entró para hacer maravillas, para guardarle y tener en él sus complacencias. Un mundo ha hecho para el hombre peregrino, que es la tierra que habitamos; otro mundo para el hombre bienaventurado que es el paraíso; mas para si mismo ha hecho otro mundo y lo ha llamado María. Mundo desconocido a casi todos los mortales de la tierra e incomprensible a los ángeles y bienaventurados todos del cielo”.

“Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien el Espíritu Santo revela el secreto de María para que lo conozca; a quien abre este huerto cerrado para que en él entre, y esta fuente sellada para que de ella saque el agua viva de la gracia y beba en larga vena de su corriente. Esta alma no hallará sino a Dios solo, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad... En todas partes es el pan de los fuertes y de los ángeles, pero en María es el pan de los niños”. Por eso si insiste tanto sobre la palabra esclavo, casi siempre añade a ella la palabra hijo. Los hijos de la Virgen se hacen esclavos suyos, pero es para mostrarse más generosos, más amantes, y por lo mismo, para ser con más verdad hijos suyos. Es una esclavitud filial.

¿En qué consiste esta consagración?

Consiste en darse por entero a María y a Jesús por Ella, y, además, en hacer todas las cosas por María, con María, en María y para María”<sup>1</sup>. Ante todo hay que entregarse voluntariamente y por amor, por entero y sin reserva alguna: cuerpo y alma, bienes exteriores y fortuna, como casa, familia, rentas; bienes interiores del alma a saber: sus méritos, gracias, virtudes y satisfacciones. Todo se deja a disposición de la Virgen Santísima, que, a voluntad suya, lo aplicará para la mayor gloria de Dios y que sólo ella perfectamente conoce. Más importante todavía que ese acto de entrega – consagración– es la vida mariana que debe llevar el que se entregó de esa manera total a María. Esta vida mariana consiste en hacer todas las cosas con María, en María, por María y para María, que califica de totalmente relativa a Dios. Así lo hizo notar su gran conocedor y difusor de su espiritualidad– que recomendó que la Iglesia Universal en la RM– Juan Pablo II: “Toda la espiritualidad cristocéntrica y mariana que enseña

---

1. Se puede apreciar la identidad de esta espiritualidad y su fundamentación teológica con la que proponen los mensajes atribuidos a nuestra Madre por el fundador del difundido Movimiento Sacerdotal Mariano –al que pertenecen miles de sacerdotes del mundo entero, incluidos Obispos y Cardenales– Don Esteban Gobbi:

“El Verbo del Padre, por amor, se me ha confiado completamente. Después de mi “sí”, descendió del Cielo a mi seno virginal.

1 –Se me ha confiado en su divinidad. El Verbo eterno, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, después de la Encarnación, se ha escondido y recogido en la pequeña morada, milagrosamente preparada por el Espíritu Santo, de mi seno virginal.

2– Se me ha confiado en su humanidad, de manera tan profunda, como cualquier otro hijo se confía a su madre de la que todo lo espera: sangre, carne, respiración, alimento y amor para crecer cada día en su seno y luego –después del nacimiento– cada año crecer siempre junto a su madre.

3– Por esto, así como soy Madre de la Encarnación, así también soy Madre de la Redención, que tuvo aquí su admirable comienzo. Vedme aquí, por ello, íntimamente asociada a mi Hijo Jesús; colaboro con Él en su Obra de salvación, durante su infancia, adolescencia y sus treinta años de vida oculta en Nazaret y su ministerio público; durante su dolorosa pasión hasta su Cruz, donde ofrezco y sufro con Él, y recojo sus últimas palabras de amor y de dolor, con las cuales me da como verdadera Madre a toda la humanidad.

Hijos predilectos, llamados a imitar en todo a Jesús porque sois sus Ministros, imitadlo también en esta su total entrega a la Madre Celeste. Por esto os pido que os entreguéis a Mí con vuestra consagración. Podré ser así para vosotros madre atenta e interesada en haceros crecer en el designio de Dios, para realizar en vuestra vida el gran don del Sacerdocio, al que habéis sido llamados; os llevaré cada día a una cada vez mejor imitación de Jesús, que debe ser vuestro único modelo, y vuestro mayor y único amor. Seréis sus verdaderos instrumentos, fieles colaboradores de su Redención. Hoy esto es necesario para la salvación de toda la humanidad, tan enferma y alejada de Dios y de la Iglesia.

El Señor la puede salvar con una extraordinaria intervención de su Amor Misericordioso, y vosotros, Sacerdotes de Cristo y mis hijos predilectos, estáis llamados a ser los instrumentos del triunfo del Amor Misericordioso de Jesús. Hoy esto se hace indispensable para mi Iglesia, que debe ser curada de las llagas de la infidelidad y de la apostasía para retornar a una renovada santidad y a su esplendor.

Vuestra Madre Celeste quiere curarla a través de vosotros, mis Sacerdotes. Pronto lo haré, si me dejáis obrar en vosotros, si os confiáis, con docilidad y sencillez, a mi misericordiosa acción materna. Por esto, una vez más hoy, con dolorosa súplica, os pido a todos que os consagréis a mi Corazón Inmaculado.”

7–VI–1986. Fiesta del Inmaculado Corazón de María.

Montfort deriva de la Trinidad y lleva a ella. A este respecto, impresiona su insistencia en la acción de las tres Personas divinas en relación con María. Dios Padre “dio a su Hijo único al mundo sólo por medio de María” y “quiere tener hijos por medio de María hasta el fin del mundo” (ib., 16 y 29). Dios Hijo “se hizo hombre por nuestra salvación, pero en María y por medio de María” y “quiere formarse y, por decirlo así, encarnarse día a día, por medio de su amada madre, en sus miembros” (ib., 16 y 31). Dios Espíritu Santo “comunicó a María, su Esposa fiel, sus dones inefables” y “quiere formarse, en ella y por medio de ella, a elegidos” (cf. ib., 25 y 34). (Aloc.13–X–1998).

María aparece, por tanto, como espacio de amor y de acción de las Personas de la Trinidad, y Montfort la presenta en una perspectiva relacional: “María es totalmente relativa a Dios, y yo la llamaría muy bien la relación con Dios, la que sólo existe en relación con Dios” (ib., 225). Por esta razón la Toda Santa lleva hacia la Trinidad. Repitiéndole a diario *Totus tuus* y viviendo en sintonía con ella, se puede llegar a la experiencia del Padre mediante la confianza y el amor sin límites (cf. ib., 169 y 215), a la docilidad al Espíritu Santo (cf. ib., 258) y a la transformación de sí según la imagen de Cristo (cf. ib., 218–221). Sucede a veces que en la catequesis, y también en los ejercicios de piedad, se da por supuesto el aspecto trinitario y cristológico, que en ellos es intrínseco y esencial (cf. *Marialis cultus*, 25). Por el contrario, en la visión de Grignon de Montfort la fe trinitaria impregna totalmente las oraciones dirigidas a María: “Te saludo, María, Hija amabilísima del Padre eterno, Madre admirable del Hijo, Esposa fidelísima del Espíritu Santo, templo augusto de la santísima Trinidad” (*Métodos para rezar el rosario*, 15).

De igual modo, en la Oración ardiente, dirigida a las tres Personas divinas y proyectada hacia los últimos tiempos de la Iglesia, se contempla a María como la montaña de Dios (n. 25), ambiente de santidad que eleva hacia Dios y transforma en Cristo. Ojalá que todo cristiano haga suya la doxología que Montfort pone en los labios de María en el Magníficat: “Adoremos y bendigamos a nuestro único y verdadero Dios. Que resuene el universo y se cante por doquier: Gloria al Padre eterno, gloria al Verbo adorable. La misma gloria al Espíritu Santo, que con su amor los une en un vínculo inefable” (Cántico, 85, 6). Implorando sobre cada uno de vosotros la asistencia continua de la Virgen santísima, para que viváis vuestra vocación en comunión con ella, nuestra Madre y modelo, os imparto de corazón una especial bendición apostólica.

María es la excelente obra maestra del Altísimo. Quien se ha reservado a sí mismo el conocimiento y posesión de Ella. María es la Madre admirable del Hijo. Quien tuvo a bien humillarla y ocultarla durante su vida, para fomentar su humildad, llamándola mujer (Jn. 2, 4; 19, 26), como si se tratara de una extraña, aunque en su corazón la apreciaba y amaba más que a todos los ángeles y hombres. (*Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen María*, 5). La consagración a María es un gran regalo –un carisma– que nos hace el Espíritu Santo que es el Custodio



## EXCURSUS II

### SAN MAXIMILIANO MARÍA KOLBE. TRANSUSTANCIACIÓN EN LA INMACULADA E INMACULACIZACIÓN DEL UNIVERSO

Una figura sobresaliente de esta realidad lo encontramos en San Maximiliano Kolbe, fundador de la Militia Immaculatae. Como joven seminarista, sintió tanto deseo de batallar por Nuestra Señora, que es movido a hacer una promesa ante la imagen de Inmaculada, prometiéndole que el siempre lucharía por Ella, aun cuando le costará su sangre.

El 16 de octubre, de 1917, tres días después de la aparición final de Nuestra Señora de Fátima, San Maximiliano funda la Militia Immaculatae como respuesta directa a las demostraciones masónicas en San Pedro (Vaticano). También él consideró que su movimiento era un cumplimiento de la profecía de San Luis de Montfort sobre los apóstoles de los últimos tiempos. “La esencia de la Milicia –dice San Maximiliano– es que nosotros nos consagramos a la Inmaculada sin reserva. Todos nuestros sufrimientos, obras, pensamientos, palabras, actos, vida, muerte y eternidad... todo lo que somos sera siempre la posesión irrevocable de la Reina Inmaculada del cielo y tierra”. Sobre la esclavitud a María, San Maximiliano escribe: Tu le perteneces a ella como su propiedad. Deja que ella haga contigo lo que ella quiere. Deja que ella disponga de ti sin ningún limite y para los deseos y propósitos que ella tenga.

San Maximiliano M., inspirándose en San Luis María, hace esta sugerente reflexión: “Cristo se encuentra dentro de su palacio real, no fuera de su morada, sino dentro, muy dentro de sus estancias” (María). <<Nosotros debemos buscar a Jesús por medio de Ella y no en otro lugar, sino solo en Ella. Pasemos con una al otro, pero no de una al otro>>. (Cf. SK, I, p. 132). El único mediador es Cristo, pero en y con María, pues siempre está en María y obrando junto a Ella para conducirnos a Él. Cristo está siempre en María a la que hace partícipe de su propia función mediadora en el orden de la salvación que alcanza a todos y cada uno de los hombres y los ángeles –uno a uno– de modo inmediato y directo.

Es, pues, Mediadora en el Mediador en tanto que participa de modo subordinado de la plenitud desbordante del “Unus Mediator”, no sólo en la realización de la Redención, como Corredentora, en el orden de la mediación ascendente, sino también en la distribución de sus frutos, en el orden de la mediación descendente, de la aplicación de la salvación como Madre de la divina gracia, en tanto que nos las obtiene como Intercesora o Abogada (Reina del Corazón del Rey) y es cauce de su donación<sup>1</sup>.

---

1. Cfr. Joaquín FERRER ARELLANO, *La mediación materna de María, esperanza ecuménica de la Iglesia. Hacia el 5º dogma mariano. Razones teológicas*, Madrid 2006, ed. Arca de la Alianza. Expongo en este libro la clamorosa inconsistencia de las objeciones en contra de la declaración de la Academia Mariana Internacional en Czestochowa de 24–VIII–1996. Fueron ampliamente estudiadas y rebatidas en el Simposio de cardenales y obispos de Fátima (3–7–V–2005, en el que participé como ponente). Sus actas fueron presentadas por el

La intuición de San Maximiliano María cuando habla de la “inmaculacización del universo” por un proceso que denomina transubstanciación en la Inmaculada, parece tener como referencia de fondo el misterio “singular y admirable” de la transubstanciación eucarística de la que vive la Iglesia en el contexto de la triple mediación que hemos estudiado aquí. La mediación materna de la Inmaculada (derivada a su vez, e inseparable –“Cor unum et anima una”–, de la de Cristo Mediador) hace posible las otras dos mediaciones. La eucaristía –fundamento del ministerio petrino– (tercera mediación), en tanto que es la renovación sacramental, para aplicar los frutos del Sacrificio del Calvario, incluye la presencia de la Corredentora en el ejercicio de su maternidad espiritual sobre la Iglesia. Su celebración no es posible sin los poderes apostólicos fundados en la solidez de la roca petrina que derivan también de aquella materna mediación. Sin ella no serían eficaces las palabras de la doble transubstanciación, origen fontal de toda la gracia salvífica. Ella ejerce su función materna respecto de la Iglesia –derivada de su compasión en el divino Sacrificio del Calvario–, mediante su presencialización sacramental eucarística que asegura el ministerio petrino.

De la Eucaristía vive la Iglesia, que aporta, en una cooperación corredentora hecha posible por la materna mediación de la Inmaculada, lo que falta a la Pasión de Cristo y a la Compasión de María. El sufrimiento corredentor en reparación al Inmaculado Corazón de María de los que se han consagrado a él, según S. Maximiliano Kolbe es una extensión en la Iglesia de la “Compasión” de la Inmaculada Corredentora –que Ella a su vez, en unión con su Hijo, hace posible–, en virtud de un proceso que califica de “transubstanciación en la Inmaculada”, que hace de los consagrados a Ella instrumentos que participan de una semejante eficacia meritoria.<sup>2</sup> Por ella María nos ofrece con Cristo y se ofrece a Sí misma presente en nosotros a Cristo. Se trata a mi modo de ver –como sugiere el uso del término “transubstanciación”, que evoca la Eucaristía– de un proceso que deriva de la doble consagración eucarística que hace presente el Sacrificio del Calvario para realizar, con la cooperación de la Iglesia corredentora, la obra de la salvación, estableciendo progresivamente su Reinado por la mediación de María Reina.

El Espíritu Santo, en la Inmaculada y a través de la Inmaculada,<sup>3</sup> plasma en cada uno de nosotros, en el seno materno de la Iglesia –con la necesaria mediación

---

cardenal Toppo a S.S. Benedicto XVI con el “votum”, redactado en latín, de petición del 5º dogma, y las razones que parecen postular su definición. El Santo Padre las acogió con gran interés, según el testimonio del Cardenal, al que aseguró que las estudiaría personalmente.

2. Cfr. O.D. FEHLNER, *St Maximilian M. Kolbe, Pneumatologist. His theologiae of de Holy Spirit*, New Bedford, MA. 2004. . A. M. GEIGER, *Marian Mediation as Presence and Transubstantiation into the Immaculate*, in MFC III (New Bedford 2003) 127–171. F. M. OCHAITA <<La colaboración de María a la redención en la vida y escritos de San Maximiliano Kolbe>> *Estudios Marianos*, 70 (2004), 207–335. Cfr. Sobre este tema J. FERRER ARELLANO, “The Immaculate Conception as the condition for the possibility of de Coredemption en Mary of de Foot of de Cross”, V, “Acts of the V symposium on Mariam Coredemption”, (Worth Abbey School, England, July 21–24, 2004). *Academy of de Immaculate*. New Bedford, MA. 2005, 58–185. Especialmente., 168 ss.

3. El Pseudoagustín llama a María “forma Dei”, molde viviente del Unigénito de Dios, primogénito entre muchos hermanos, donde se “formó” la Cabeza del resto de la descendencia espiritual de la Mujer. San Luis María GRIGNON DE MONFORT completa esa idea luminosa atribuida durante siglos al santo Doctor –en perfecta congruencia, por lo demás, con su eclesiología– en su conocida obra *El secreto de María* (Obras BAC., 288) escribiendo: “cualquiera que se mete en este molde y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de

eucarística y petrina–, la semejanza del Verbo encarnado, comunicándonos la filiación al Padre participada de la del Unigénito del Padre y primogénito de la Mujer –la vida de la gracia– y haciéndonos también partícipes de su mediación, según la imagen de la Mujer, en su misterio de materna mediación, para cooperar también –con “alma sacerdotal” mediante el don de la Esposa– en la obra de la salvación de nuestros hermanos –en una reciprocidad de servicios “organice structa” de dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4) en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia institución– y de la consiguiente renovación del mundo, expectante también, en los dolores de parto, de la plena manifestación de los hijos de Dios que le librarán de la servidumbre de la corrupción, para participar, en un universo renovado, en la libertad y gloria de los hijos de Dios (Cf. Rom 8,20–21).

Es muy ilustrativa, a este respecto, esta reflexión de San Maximiliano María Kolbe: “Cristo se encuentra dentro de su palacio real, no fuera de su morada, sino dentro, muy dentro de sus estancias” (María). <<Nosotros debemos buscar a Jesús por medio de Ella y no en otro lugar, sino solo en Ella. Pasemos con una al otro, pero no de una al otro>>. (Cf. SK, I, p. 132). El único mediador es Cristo, pero en y con María, pues siempre está en María y obrando junto a Ella para conducirnos a Él. Cristo está siempre en María a la que hace partícipe de su propia función mediadora en el orden de la salvación que alcanza a todos y cada uno de los hombres y los ángeles –uno a uno– de modo inmediato y directo. Es, pues, Mediadora en el Mediador en tanto que participa –de modo subordinado– de la plenitud desbordante del “Unus Mediator”– no sólo en la realización de la Redención, como Corredentora –en el orden de la mediación ascendente– sino también en la distribución de sus frutos –en el orden de la mediación descendente– de la aplicación de la salvación –como Madre de la divina gracia– en tanto que nos las obtiene como Intercesora o Abogada (Reina del Corazón del Rey) y es cauce de su donación.

\*\*\*\*

Estas inspiradas intuiciones teológicas de gran profundidad y pletóricas de sugerencias de genuina espiritualidad mariana, me recuerdan algunas enseñanzas que oí –a lo largo de 25 años– de labios de San Josemaría Escrivá de Balaguer: Si el Señor se ha quedado desde su Ascensión sacramentalmente presente en los signos –especies de pan y de vino, como “prisionero”, siempre acompañado de María y José–, en los vasos sagrados, viriles, sagrarios, ostensorios, de gran riqueza a veces –como expresión de fe, amor y agradecimiento a la locura de amor de su donación a los hombres<sup>4</sup>, en el exceso de su amor anonadado “hasta el extremo” (Jn 13, 1)– es porque desea vivir en el “tabernáculo” del corazón humano (cfr. Ap. 21, 3) “en su alma y en su cuerpo”, para transformarlos en Él. (“Amada en Amado transformada”, canta S. Juan de la Cruz, como aludiendo al paradigma de la transubstanciación eucarística de elementos materiales, pan de trigo y vino, como medio o camino para esta transformación del hombre –también de su cuerpo (cfr. Rm 8, 23; 1 Cor 15, 51; Ef 3, 21)– en Cristo, hasta alcanzar el estado de varón perfecto, que llegará a su plenitud escatológica cuando Dios sea todo en todos en un universo transfigurado (1 Cor 25–28)).

Tal es la razón formal y la finalidad última tanto de la transustanciación de los elementos materiales en su Cuerpo y en su Sangre, como de su presencia eucarística en los tabernáculos de nuestras iglesias (por aquella operada). Sale una vez al año en

---

Jesucristo". Alude en lenguaje popular y muy sugerente al misterio de la mediación materna de María.

4. Cfr. Ef 4, 14.

procesión movido por su ardiente deseo (Cfr. Lc 22, 15) de “atraer a todos hacia Sí” (Jn 12, 31) con la intención de urgir “a sus siervos” a que salgan “a los cruces de los caminos”: “Llamad a las bodas a cuantos encontréis (Mt 22, 9)” “et compelle intrare” “para que se llene mi casa de convidados” (Lc 14, 2). “Es la procesión de todos los días” de las “almas de Eucaristía” –ostensorios vivientes–, “que ponen el centro de su pensamiento y sus esperanzas”<sup>5</sup> en el Cuerpo Eucarístico del Señor, que forma progresivamente –con su cooperación– su Cuerpo Místico (Cfr. 1 Cor 10, 7).

“Ubi cumque fuerit corpus, illuc congregabuntur et aquilae”. Estas palabras evangélicas del llamado “Apocalipsis sinóptico” (Mt 24, 28), entendidas en sentido nuevo –que tantas veces le oí comentar al fundador del Opus Dei–, pueden resumir muy bien la intuición de fondo que ha guiado estas reflexiones teológicas: Ahí donde el cuerpo de la sociedad se corrompe como un cadáver en descomposición, ahí acuden los hijos de Dios (“las águilas”) –que ponen en el “Cuerpo eucarístico” del Señor presente en el Pan de vida “el centro de sus pensamientos y esperanzas”– para vivificarlo. Son las “almas de Eucaristía” –por ella transformadas en Cristo por la mediación de la Eucaristía (con la necesaria mediación de María y, derivadamente, del ministerio petrino)–, que –siendo “Cristo que pasa”, como ostensorios vivientes (“viriles”)–, responden a la llamada de dilatar el Reino de Dios, poniendo a Cristo en la entraña de la sociedad: a transformar –en orgánica cooperación de laicos y sacerdotes– el “cuerpo social” moribundo, en su “Cuerpo Místico”, plétórico de vida (“unum Corpus multi sumus omnes –la Iglesia– qui de uno pane –la Eucaristía Pan de vida– participamus”). Cfr 1 Cor 10, 7).

---

5. Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Forja* 835.

CARTA ENCÍCLICA  
REDEMPTORIS MATER  
DEL SUMO PONTÍFICE  
JUAN PABLO II  
SOBRE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA  
EN LA VIDA DE LA IGLESIA PEREGRINA

Venerables Hermanos,  
amadísimos hijos e hijas:  
¡Salud y Bendición Apostólica!

INTRODUCCIÓN

1. La Madre del Redentor tiene un lugar preciso en el plan de la salvación, porque « al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, para que recibieran la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! » (*Gál* 4, 4–6).

Con estas palabras del apóstol Pablo, que el Concilio Vaticano II cita al comienzo de la exposición sobre la bienaventurada Virgen María,<sup>1</sup> deseo iniciar también mi reflexión sobre el significado que María tiene en el misterio de Cristo y sobre su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia. Pues, son palabras que celebran conjuntamente el amor del Padre, la misión del Hijo, el don del Espíritu, la mujer de la que nació el Redentor, nuestra filiación divina, en el misterio de la « plenitud de los tiempos ».<sup>2</sup>

Esta plenitud delimita el momento, fijado desde toda la eternidad, en el cual el Padre envió a su Hijo « para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna » (*Jn* 3, 16). Esta plenitud señala el momento feliz en el que « la Palabra que estaba con Dios ... se hizo carne, y puso su morada entre nosotros » (*Jn* 1, 1. 14), haciéndose nuestro hermano. Esta misma plenitud señala el momento en que el Espíritu Santo, que ya había infundido la plenitud de gracia en María de Nazaret, plasmó en su seno virginal la naturaleza humana de Cristo. Esta plenitud define el instante en el que, por la entrada del eterno en el tiempo, el tiempo mismo es redimido y, llenándose del misterio de Cristo, se convierte definitivamente en « tiempo de salvación ». Designa, finalmente, el comienzo arcano del camino de la Iglesia. En la liturgia, en efecto, la Iglesia saluda a María de Nazaret como a su exordio,<sup>3</sup> ya que en la Concepción inmaculada ve la proyección, anticipada en su miembro más noble, de la gracia salvadora de la Pascua y, sobre todo, porque en el hecho de la Encarnación encuentra unidos indisolublemente a Cristo y a María: al que es su Señor y su Cabeza y a la que, pronunciando el primer *fiat* de la Nueva Alianza, prefigura su condición de esposa y madre.

2. La Iglesia, confortada por la presencia de Cristo (cf. *Mt* 28, 20), camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino —deseo destacarlo enseguida— procede recorriendo de nuevo el *itinerario* realizado por la Virgen María, que « *avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz* ».4 Tomo estas palabras tan densas y evocadoras de la Constitución *Lumen gentium*, que en su parte final traza una síntesis eficaz de la doctrina de la Iglesia sobre el tema de la Madre de Cristo, venerada por ella como madre suya amantísima y como su figura en la fe, en la esperanza y en la caridad. Poco después del Concilio, mi gran predecesor Pablo VI quiso volver a hablar de la Virgen Santísima, exponiendo en la Carta Encíclica *Christi Matri* y más tarde en las Exhortaciones Apostólicas *Signum magnum* y *Marialis cultus* 5 los fundamentos y criterios de aquella singular veneración que la Madre de Cristo recibe en la Iglesia, así como las diferentes formas de devoción mariana —litúrgicas, populares y privadas— correspondientes al espíritu de la fe.

3. La circunstancia que ahora me empuja a volver sobre este tema es la *perspectiva del año dos mil*, ya cercano, en el que el Jubileo bimilenario del nacimiento de Jesucristo orienta, al mismo tiempo, nuestra mirada hacia su Madre. En los últimos años se han alzado varias voces para exponer la oportunidad de hacer preceder tal conmemoración por un análogo Jubileo, dedicado a la celebración del nacimiento de María.

En realidad, aunque no sea posible establecer un preciso *punto cronológico* para fijar la fecha del nacimiento de María, es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que *María apareció antes de Cristo* en el horizonte de la *historia de la salvación*.6 Es un hecho que, mientras se acercaba definitivamente « la plenitud de los tiempos », o sea el acontecimiento salvífico del Emmanuel, la que había sido destinada desde la eternidad para ser su Madre ya existía en la tierra. Este « preceder » suyo a la venida de Cristo se refleja cada año en la *liturgia de Adviento*. Por consiguiente, si los años que se acercan a la conclusión del segundo Milenio después de Cristo y al comienzo del tercero se refieren a aquella antigua espera histórica del Salvador, es plenamente comprensible que en este período deseemos dirigirnos de modo particular a la que, en la « noche » de la espera de Adviento, comenzó a resplandecer como una verdadera « estrella de la mañana » (*Stella matutina*). En efecto, igual que esta estrella junto con la « aurora » precede la salida del sol, así María desde su concepción inmaculada ha precedido la venida del Salvador, la salida del « sol de justicia » en la historia del género humano.7

Su presencia en medio de Israel —tan discreta que pasó casi inobservada a los ojos de sus contemporáneos— resplandecía claramente ante el Eterno, el cual había asociado a esta escondida « hija de Sión » (cf. *So* 3, 14; *Za* 2, 14) al plan salvífico que abarcaba toda la historia de la humanidad. Con razón pues, al término del segundo Milenio, nosotros los cristianos, que sabemos como el plan providencial de la Santísima Trinidad sea *la realidad central de la revelación y de la fe*, sentimos la necesidad de poner de relieve la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia, especialmente durante estos últimos años anteriores al dos mil.

4. Nos prepara a esto el Concilio Vaticano II, presentando en su magisterio *a la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia*. En efecto, si es verdad que « el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado » —como proclama el mismo Concilio 8—, es necesario aplicar este principio de modo muy particular a aquella excepcional « hija de las generaciones humanas », a aquella « mujer » extraordinaria que llegó a ser Madre de Cristo. Sólo *en el misterio de Cristo se esclarece* plenamente *su misterio*. Así, por lo demás, ha intentado leerlo la Iglesia desde

el comienzo. El misterio de la Encarnación le ha permitido penetrar y esclarecer cada vez mejor el misterio de la Madre del Verbo encarnado. En este profundizar tuvo particular importancia el Concilio de Éfeso (a. 431) durante el cual, con gran gozo de los cristianos, la verdad sobre la maternidad divina de María fue confirmada solemnemente como verdad de fe de la Iglesia. María *es la Madre de Dios* (*Theotókos*), ya que por obra del Espíritu Santo concibió en su seno virginal y dio al mundo a Jesucristo, el Hijo de Dios consubstancial al Padre.<sup>9</sup> « El Hijo de Dios... nacido de la Virgen María... se hizo verdaderamente uno de los nuestros... », <sup>10</sup> se hizo hombre. Así pues, mediante el misterio de Cristo, en el horizonte de la fe de la Iglesia resplandece plenamente el misterio de su Madre. A su vez, el dogma de la maternidad divina de María fue para el Concilio de Éfeso y es para la Iglesia como un sello del dogma de la Encarnación, en la que el Verbo asume realmente en la unidad de su persona la naturaleza humana sin anularla.

5. El Concilio Vaticano II, presentando a María en el misterio de Cristo, encuentra también, de este modo, el camino para profundizar en el conocimiento del misterio de la Iglesia. En efecto, María, como Madre de Cristo, *está unida de modo particular a la Iglesia*, « que el Señor constituyó como su Cuerpo ». <sup>11</sup> El texto conciliar acerca significativamente esta verdad sobre la Iglesia como cuerpo de Cristo (según la enseñanza de las *Cartas* paulinas) a la verdad de que el Hijo de Dios « por obra del Espíritu Santo nació de María Virgen ». La realidad de la Encarnación encuentra casi su prolongación *en el misterio de la Iglesia–cuerpo de Cristo*. Y no puede pensarse en la realidad misma de la Encarnación sin hacer referencia a María, Madre del Verbo encarnado.

En las presentes reflexiones, sin embargo, quiero hacer referencia sobre todo a aquella « peregrinación de la fe », en la que « la Santísima Virgen avanzó », manteniendo fielmente su unión con Cristo. <sup>12</sup> De esta manera aquel *doble vínculo*, que une la Madre de Dios *a Cristo y a la Iglesia*, adquiere un significado histórico. No se trata aquí sólo de la historia de la Virgen Madre, de su personal camino de fe y de la « parte mejor » que ella tiene en el misterio de la salvación, sino además de la historia de todo el Pueblo de Dios, *de todos los que toman parte* en la misma *peregrinación de la fe*.

Esto lo expresa el Concilio constatando en otro pasaje que María « precedió », convirtiéndose en « tipo de la Iglesia ... en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo ». <sup>13</sup> Este « *preceder* » suyo *como tipo, o modelo*, se refiere al mismo misterio íntimo de la Iglesia, la cual realiza su misión salvífica uniendo en sí — como María— las cualidades de *madre y virgen*. Es virgen que « guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo » y que « se hace también madre ... pues ... engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios ». <sup>14</sup>

6. Todo esto se realiza en un gran proceso histórico y, por así decir, « en un camino ». *La peregrinación de la fe indica la historia interior*, es decir la historia de las almas. Pero ésta es también la historia de los hombres, sometidos en esta tierra a la transitoriedad y comprendidos en la dimensión de la historia. En las siguientes reflexiones deseamos concentrarnos ante todo en la fase actual, que de por sí no es aún historia, y sin embargo la plasma sin cesar, incluso en el sentido de historia de la salvación. Aquí se abre un amplio espacio, dentro del cual *la bienaventurada Virgen María sigue « precediendo » al Pueblo de Dios*. Su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia, para los individuos y comunidades, para los pueblos y naciones, y, en cierto modo, para toda la humanidad. De veras es difícil abarcar y medir su radio de acción.

El Concilio subraya que *la Madre de Dios es ya el cumplimiento escatológico de la Iglesia*: « La Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (cf. *Ef* 5, 27) » y al mismo tiempo que « los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso *levantan sus ojos a María*, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos ». <sup>15</sup> La peregrinación de la fe ya no pertenece a la Madre del Hijo de Dios; glorificada junto al Hijo en los cielos, María ha superado ya el umbral entre la fe y la visión « cara a cara » (*1 Cor* 13, 12). Al mismo tiempo, sin embargo, en este cumplimiento escatológico no deja de ser la « Estrella del mar » (*Maris Stella*) <sup>16</sup> para todos los que aún siguen el camino de la fe. Si alzan los ojos hacia ella en los diversos lugares de la existencia terrena lo hacen porque ella « dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. *Rom* 8, 29) », <sup>17</sup> y también porque a la « generación y educación » de estos hermanos y hermanas « coopera con amor materno ». <sup>18</sup>

## I PARTE – MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

### 1. Llena de gracia

7. « Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo » (*Ef* 1, 3).

Estas palabras de la *Carta a los Efesios* revelan el eterno designio de Dios Padre, su plan de salvación del hombre en Cristo. Es un plan universal, que comprende a todos los hombres creados a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gén* 1, 26). Todos, así como están incluidos « al comienzo » en la obra creadora de Dios, también están incluidos eternamente en el plan divino de la salvación, que se debe revelar completamente, en la « plenitud de los tiempos », con la venida de Cristo. En efecto, Dios, que es « Padre de nuestro Señor Jesucristo, —son las palabras sucesivas de la misma *Carta*— « *nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo*, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus « hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agració en el *Amado*. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia » (*Ef* 1, 4–7).

*El plan divino de la salvación*, que nos ha sido revelado plenamente con la venida de Cristo, es eterno. Está también —según la enseñanza contenida en aquella *Carta* y en otras *Cartas paulinas*— *eternamente unido a Cristo*. Abarca a todos los hombres, pero reserva un lugar particular a la « *mujer* » que es la Madre de aquel, al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación. <sup>19</sup> Como escribe el Concilio Vaticano II, « ella misma es insinuada proféticamente en la promesa dada a nuestros primeros padres caídos en pecado », según el libro del *Génesis* (cf. 3, 15). « Así también, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel », según las palabras de Isaías (cf. 7, 14). <sup>20</sup> De este modo el Antiguo Testamento prepara aquella « plenitud de los tiempos », en que Dios « envió a su Hijo, nacido de mujer, ... para que recibiéramos la filiación adoptiva ». La venida del Hijo de Dios al mundo es el acontecimiento narrado en los primeros capítulos de los Evangelios según Lucas y Mateo.

8. *María es introducida definitivamente en el misterio de Cristo a través de este*

acontecimiento: *la anunciación* del ángel. Acontece en Nazaret, en circunstancias concretas de la historia de Israel, el primer pueblo destinatario de las promesas de Dios. El mensajero divino dice a la Virgen: « Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo » (Lc 1, 28). María « se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo » (Lc 1, 29). Qué significarían aquellas extraordinarias palabras y, en concreto, la expresión « llena de gracia » (*Kejaritoméne*).<sup>21</sup>

Si queremos meditar junto a María sobre estas palabras y, especialmente sobre la expresión « llena de gracia », podemos encontrar una verificación significativa precisamente en el pasaje anteriormente citado de la *Carta a los Efesios*. Si, después del anuncio del mensajero celestial, la Virgen de Nazaret es llamada también « bendita entre las mujeres » (cf. Lc 1, 42), esto se explica por aquella bendición de la que « Dios Padre » nos ha colmado « en los cielos, en Cristo ». Es una *bendición espiritual*, que se refiere a todos los hombres, y lleva consigo la plenitud y la universalidad (« toda bendición »), que brota del amor que, en el Espíritu Santo, une al Padre el Hijo consubstancial. Al mismo tiempo, es una bendición derramada por obra de Jesucristo en la historia del hombre desde el comienzo hasta el final: a todos los hombres. Sin embargo, esta bendición se refiere a *María de modo especial y excepcional*; en efecto, fue saludada por Isabel como « bendita entre las mujeres ».

La razón de este doble saludo es, pues, que en el alma de esta « hija de Sión » se ha manifestado, en cierto sentido, toda la « gloria de su gracia », aquella con la que el Padre « nos agració en el Amado ». El mensajero saluda, en efecto, a María como « llena de gracia »; la llama así, como si éste fuera su verdadero nombre. No llama a su interlocutora con el nombre que le es propio en el registro civil: « Miryam » (María), sino *con este nombre nuevo*: « llena de gracia ». ¿Qué significa este nombre? ¿Porqué el arcángel llama así a la Virgen de Nazaret?

En el lenguaje de la Biblia « gracia » significa un don especial que, según el Nuevo Testamento, tiene la propia fuente en la vida trinitaria de Dios mismo, de Dios que es amor (cf. *1 Jn* 4, 8). Fruto de este amor es *la elección*, de la que habla la *Carta a los Efesios*. Por parte de Dios esta elección es la eterna voluntad de salvar al hombre a través de la participación de su misma vida en Cristo (cf. *2 P* 1, 4): es la salvación en la participación de la vida sobrenatural. El efecto de este don eterno, de esta gracia de la elección del hombre, es como un *germen de santidad*, o como una fuente que brota en el alma como don de Dios mismo, que mediante la gracia vivifica y santifica a los elegidos. De este modo tiene lugar, es decir, se hace realidad aquella bendición del hombre « con toda clase de bendiciones espirituales », aquel « ser sus hijos adoptivos ... en Cristo » o sea en aquel que es eternamente el « Amado » del Padre.

Cuando leemos que el mensajero dice a María « llena de gracia », el contexto evangélico, en el que confluyen revelaciones y promesas antiguas, nos da a entender que se trata de una bendición singular entre todas las « bendiciones espirituales en Cristo ». En el misterio de Cristo María está *presente* ya « antes de la creación del mundo » como aquella que el Padre « ha elegido » *como Madre* de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad. María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional, e igualmente *es amada en este « Amado » eternamente*, en este Hijo consubstancial al Padre, en el que se concentra toda « la gloria de la gracia ». A la vez, ella está y sigue abierta perfectamente a este « don de lo alto » (cf. *St* 1, 17). Como enseña el Concilio, María « sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de El esperan con confianza la salvación ».<sup>22</sup>

9. Si el saludo y el nombre « llena de gracia » significan todo esto, en el contexto

del anuncio del ángel se refieren ante todo *a la elección de María como Madre del Hijo de Dios*. Pero, al mismo tiempo, la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo. Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única. De aquí, la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo.

El mensajero divino le dice: « No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo » (*Lc 1, 30–32*). Y cuando la Virgen, turbada por aquel saludo extraordinario, pregunta: « ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? », recibe del ángel la confirmación y la explicación de las palabras precedentes. Gabriel le dice: « *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios* » (*Lc 1, 35*).

Por consiguiente, la Anunciación es la revelación del misterio de la Encarnación al comienzo mismo de su cumplimiento en la tierra. El donarse salvífico que Dios hace de sí mismo y de su vida en cierto modo a toda la creación, y directamente al hombre, alcanza *en el misterio de la Encarnación uno de sus vértices*. En efecto, este es un vértice entre todas las donaciones de gracia en la historia del hombre y del cosmos. María es « llena de gracia », porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en ella. Como afirma el Concilio, María es « Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas ».<sup>23</sup>

10. La *Carta a los Efesios*, al hablar de la « historia de la gracia » que « Dios Padre ... nos agració en el Amado », añade: « En él tenemos por medio de su sangre la redención » (*Ef 1, 7*). Según la doctrina, formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta « gloria de la gracia » se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida « de un modo eminente ».<sup>24</sup> En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido *preservada de la herencia del pecado original*.<sup>25</sup> De esta manera, desde el primer instante de su concepción, es decir de su existencia, es de Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el « Amado », el Hijo del eterno Padre, que mediante la Encarnación se ha convertido en su propio Hijo. Por eso, por obra del Espíritu Santo, en el orden de la gracia, o sea de la participación en la naturaleza divina, *María recibe la vida de aquel al que ella misma dio la vida* como madre, en el orden de la generación terrena. La liturgia no duda en llamarla « madre de su Progenitor »<sup>26</sup> y en saludarla con las palabras que Dante Alighieri pone en boca de San Bernardo: « hija de tu Hijo ».<sup>27</sup> Y dado que esta « nueva vida » María la recibe con una plenitud que corresponde al amor del Hijo a la Madre y, por consiguiente, a la dignidad de la maternidad divina, en la anunciación el ángel la llama « llena de gracia ».

11. En el designio salvífico de la Santísima Trinidad el misterio de la Encarnación constituye *el cumplimiento* sobreabundante *de la promesa* hecha por Dios a los hombres, *después del pecado original*, después de aquel primer pecado cuyos efectos pesan sobre toda la historia del hombre en la tierra (cf. *Gén 3, 15*). Viene al mundo un Hijo, el « linaje de la mujer » que derrotará el mal del pecado en su misma raíz: « aplastará la cabeza de la serpiente ». Como resulta de las palabras del

protoevangelio, la victoria del Hijo de la mujer no sucederá sin una dura lucha, que penetrará toda la historia humana. « La enemistad », anunciada al comienzo, es confirmada en el Apocalipsis, libro de las realidades últimas de la Iglesia y del mundo, donde vuelve de nuevo la señal de la « mujer », esta vez « vestida del sol » (*Ap* 12, 1).

María, Madre del Verbo encarnado, está situada *en el centro mismo de aquella « enemistad »*, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. En este lugar ella, que pertenece a los « humildes y pobres del Señor », lleva en sí, como ningún otro entre los seres humanos, aquella « gloria de la gracia » que el Padre « nos agració en el Amado », y esta *gracia determina la extraordinaria grandeza y belleza* de todo su ser. María permanece así ante Dios, y también ante la humanidad entera, como el signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios, de la que habla la *Carta* paulina: « Nos ha elegido en él (Cristo) antes de la fundación del mundo, ... eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos » (*Ef* 1, 4.5). Esta elección es más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, de toda aquella « enemistad » con la que ha sido marcada la historia del hombre. En esta historia María sigue siendo una señal de esperanza segura.

## 2. Feliz la que ha creído

12. Poco después de la narración de la anunciación, el evangelista Lucas nos guía tras los pasos de la Virgen de Nazaret hacia « una ciudad de Judá » (*Lc* 1, 39). Según los estudiosos esta ciudad debería ser la actual Ain-Karim, situada entre las montañas, no distante de Jerusalén. María llegó allí « con prontitud » *para visitar a Isabel* su pariente. El motivo de la visita se halla también en el hecho de que, durante la anunciación, Gabriel había nombrado de modo significativo a Isabel, que en edad avanzada había concebido de su marido Zacarías un hijo, por el poder de Dios: « Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, *porque ninguna cosa es imposible a Dios* » (*Lc* 1, 36–37). El mensajero divino se había referido a cuanto había acontecido en Isabel, para responder a la pregunta de María: « ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? » (*Lc* 1, 34). Esto sucederá precisamente por el « poder del Altísimo », como y más aún que en el caso de Isabel.

Así pues María, movida por la caridad, se dirige a la casa de su pariente. Cuando entra, Isabel, al responder a su saludo y sintiendo saltar de gozo al niño en su seno, « llena de Espíritu Santo », a su vez saluda *a María* en alta voz: « Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno » (cf. *Lc* 1, 40–42). Esta exclamación o aclamación de Isabel entraría posteriormente en el *Ave María*, como una continuación del saludo del ángel, convirtiéndose así en una de las plegarias más frecuentes de la Iglesia. Pero más significativas son todavía las palabras de Isabel en la pregunta que sigue: « ¿de donde a mí que *la madre de mi Señor* venga a mí? » (*Lc* 1, 43). Isabel da testimonio de María: reconoce y proclama que ante ella está la Madre del Señor, la Madre del Mesías. De este testimonio participa también el hijo que Isabel lleva en su seno: « saltó de gozo el niño en su seno » (*Lc* 1, 44). EL niño es el futuro Juan el Bautista, que en el Jordán señalará en Jesús al Mesías.

En el saludo de Isabel cada palabra está llena de sentido y, sin embargo, parece ser de *importancia fundamental* lo que dice al final: « ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor! » (*Lc* 1, 45).<sup>28</sup> Estas palabras se pueden poner junto al apelativo « llena de gracia » del saludo del ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María,

que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque « ha creído ». *La plenitud de gracia*, anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; *la fe de María*, proclamada por Isabel en la visitación, indica *como* la Virgen de Nazaret *ha respondido a este don*.

13. « Cuando Dios revela hay que prestarle la *obediencia de la fe* » (*Rom* 16, 26; cf. *Rom* 1, 5; *2 Cor* 10, 5–6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, como enseña el Concilio.<sup>29</sup> Esta descripción de la fe encontró una realización perfecta en María. El momento « decisivo » fue la anunciación, y las mismas palabras de Isabel « Feliz la que ha creído » se refieren en primer lugar a este instante.<sup>30</sup>

En efecto, en la Anunciación María se ha *abandonado en Dios* completamente, manifestando « la obediencia de la fe » a aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando « el homenaje del entendimiento y de la voluntad ».<sup>31</sup> Ha respondido, por tanto, *con todo su « yo » humano, femenino*, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con « la gracia de Dios que previene y socorre » y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que, « perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones ».<sup>32</sup>

La palabra del Dios viviente, anunciada a María por el ángel, se refería a ella misma « vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo » (*Lc* 1, 31). Acogiendo este anuncio, María se convertiría en la « Madre del Señor » y en ella se realizaría el misterio divino de la Encarnación: « El Padre de las misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada ».<sup>33</sup> Y María da este consentimiento, después de haber escuchado todas las palabras del mensajero. Dice: « He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra » (*Lc* 1, 38). Este *fiat* de María —« hágase en mí »— ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. Se da una plena consonancia con las palabras del Hijo que, según la *Carta a los Hebreos*, al venir al mundo dice al Padre: « Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo ... He aquí que vengo ... a hacer, oh Dios, tu voluntad » (*Hb* 10, 5–7). El misterio de la Encarnación se ha realizado en el momento en el cual María ha pronunciado su *fiat*: « hágase en mí según tu palabra », haciendo posible, en cuanto concernía a ella según el designio divino, el cumplimiento del deseo de su Hijo. María ha pronunciado este *fiat por medio de la fe*. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y « se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo ».<sup>34</sup> Y este Hijo —como enseñan los Padres— lo ha concebido en la mente antes que en el seno: precisamente por medio de la fe.<sup>35</sup> Justamente, por ello, Isabel alaba a María: « ¡Feliz la que ha creído que se *cumplirían* las cosas que le fueron dichas por parte del Señor! ». Estas palabras ya se han realizado. María de Nazaret se presenta en el umbral de la casa de Isabel y Zacarías como Madre del Hijo de Dios. Es el descubrimiento gozoso de Isabel: « ¿de donde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? ».

14. Por lo tanto, la fe de María puede *parangonarse* también a *la de Abraham*, llamado por el Apóstol « nuestro padre en la fe » (cf. *Rom* 4, 12). En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham « *esperando contra toda esperanza, creyó* y fue hecho padre de muchas naciones » (cf. *Rom* 4, 18), así María, en el instante de la anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen (« ¿cómo será esto, puesto que no conozco varón? »), *creyó* que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel: « el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios » (*Lc* 1, 35).

Sin embargo las palabras de Isabel « Feliz la que ha creído » no se aplican únicamente a aquel momento concreto de la anunciación. Ciertamente la anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida, de donde inicia todo su « camino hacia Dios », todo su camino de fe. Y sobre esta vía, de modo eminente y realmente heroico —es más, con un heroísmo de fe cada vez mayor— se efectuará la « obediencia » profesada por ella a la palabra de la divina revelación. Y esta « obediencia de la fe » por parte de María a lo largo de todo su camino tendrá analogías sorprendentes con la fe de Abraham. Como el patriarca del Pueblo de Dios, así también María, a través del camino de su *fiat* filial y maternal, « esperando contra esperanza, creyó ». De modo especial a lo largo de algunas etapas de este camino la bendición concedida a « la que ha creído » se revelará con particular evidencia. Creer quiere decir « abandonarse » en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente « ¡cuán insondables son sus designios e *inescrutables sus caminos!* » (Rom 11, 33). María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos « inescrutables caminos » y de los « insondables designios » de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino.

15. María, cuando en la anunciación siente hablar del Hijo del que será madre y al que « pondrá por nombre Jesús » (Salvador), llega a conocer también que a el mismo « el Señor Dios le dará el trono de David, su padre » y que « reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin » (Lc 1, 32–33) En esta dirección se encaminaba la esperanza de todo el pueblo de Israel. EL Mesías prometido debe ser « grande », e incluso el mensajero celestial anuncia que « *será grande* », grande tanto por el nombre de *Hijo del Altísimo* como por asumir la *herencia de David*. Por lo tanto, debe ser rey, debe reinar « en la casa de Jacob ». María ha crecido en medio de esta expectativa de su pueblo, podía intuir, en el momento de la anunciación ¿qué significado preciso tenían las palabras del ángel? ¿Cómo conviene entender aquel « reino » que no « tendrá fin »?

Aunque por medio de la fe se haya sentido en aquel instante Madre del « Mesías–rey », sin embargo responde: « *He aquí la esclava del Señor*; hágase en mí según tu palabra » (Lc 1, 38 ). Desde el primer momento, María profesa sobre todo « la obediencia de la fe », abandonándose al significado que, a las palabras de la anunciación, daba aquel del cual provenían: Dios mismo.

16. Siempre a través de este camino de la « obediencia de la fe » María oye algo más tarde *otras palabras*; las pronunciadas por *Simeón* en el templo de Jerusalén. Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, según lo prescrito por la Ley de Moisés, María y José « llevaron al niño a Jerusalén para presentarle al Señor » (Lc 2, 22) El nacimiento se había dado en una situación de extrema pobreza. Sabemos, pues, por Lucas que, con ocasión del censo de la población ordenado por las autoridades romanas, María se dirigió con José a Belén; no habiendo encontrado « sitio en el alojamiento », *dio a luz a su hijo en un establo* y «le acostó en un pesebre » (cf. Lc 2, 7).

Un hombre justo y piadoso, llamado *Simeón*, aparece al comienzo del « itinerario » de la fe de María. Sus palabras, sugeridas por el Espíritu Santo (cf. Lc 2, 25–27), confirman la verdad de la anunciación. Leemos, en efecto, que « tomó en brazos » al niño, al que —según la orden del ángel— « se le dio el nombre de Jesús » (cf. Lc 2, 21). El discurso de *Simeón* es conforme al significado de este nombre, que quiere decir Salvador: « Dios es la salvación ». Vuelto al Señor, dice lo siguiente: « Porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a *la vista de todos los pueblos*, luz para

iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel » (Lc 2, 30–32). Al mismo tiempo, sin embargo, Simeón se dirige a María con estas palabras: « Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser *señal de contradicción* ... a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones »; y añade con referencia directa a María: « y a ti misma una espada te atravesará el alma (Lc 2, 34–35). Las palabras de Simeón dan nueva luz al anuncio que María ha oído del ángel: Jesús es el Salvador, es « *luz para iluminar* » a los hombres. ¿No es aquel que se manifestó, en cierto modo, en la Nochebuena, cuando *los pastores* fueron al establo? ¿No es aquel que debía manifestarse todavía más con la llegada de los *Magos del Oriente*? (cf. Mt 2, 1–12). Al mismo tiempo, sin embargo, ya al comienzo de su vida, el Hijo de María —y con él su Madre— experimentarán en sí mismos la verdad de las restantes palabras de Simeón: « Señal de contradicción » (Lc 2, 34). El anuncio de Simeón parece como un *segundo anuncio a María*, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir en la incompreensión y en el dolor. Si por un lado, este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro, le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa. En efecto, después de la visita de los Magos, después de su homenaje (« postrándose le adoraron »), después de ofrecer unos dones (cf. Mt 2, 11), María con el niño *debe huir a Egipto* bajo la protección diligente de José, porque « Herodes buscaba al niño para matarlo » (cf. Mt 2, 13). Y hasta la muerte de Herodes tendrán que permanecer en Egipto (cf. Mt 2, 15).

17. Después de la muerte de Herodes, cuando la sagrada familia regresa a Nazaret, comienza el largo *período de la vida oculta*. La que « ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor » (Lc 1, 45) vive cada día el contenido de estas palabras. Diariamente junto a ella está el Hijo a quien *ha puesto por nombre Jesús*; por consiguiente, en la relación con él usa ciertamente este nombre, que por lo demás no podía maravillar a nadie, usándose desde hacía mucho tiempo en Israel. Sin embargo, María sabe que el que lleva por nombre *Jesús* ha sido llamado por el ángel « *Hijo del Altísimo* » (cf. Lc 1, 32). María sabe que lo ha concebido y dado a luz « sin conocer varón », por obra del Espíritu Santo, con el poder del Altísimo que ha extendido su sombra sobre ella (cf. Lc 1, 35), así como la nube velaba la presencia de Dios en tiempos de Moisés y de los padres (cf. Ex 24, 16; 40, 34–35; 1 Rom 8, 10–12). Por lo tanto, María sabe que el Hijo dado a luz virginalmente, es precisamente aquel « Santo », el « Hijo de Dios », del que le ha hablado el ángel.

A lo largo de la vida oculta de Jesús en la casa de Nazaret, también *la vida de María está « oculta con Cristo en Dios »* (cf. Col 3, 3), *por medio de la fe*. Pues la fe es un contacto con el misterio de Dios. María constantemente y diariamente está en contacto con el misterio inefable de Dios que se ha hecho hombre, misterio que supera todo lo que ha sido revelado en la Antigua Alianza. Desde el momento de la anunciación, la mente de la Virgen–Madre ha sido introducida en la radical « novedad » de la autorrevelación de Dios y ha tomado conciencia del misterio. Es la primera de aquellos « pequeños », de los que Jesús dirá: « Padre ... has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños » (Mt 11, 25). Pues « nadie conoce bien al Hijo sino el Padre » (Mt 11, 27). ¿Cómo puede, pues, María « conocer al Hijo »? Ciertamente no lo conoce como el Padre; sin embargo, es *la primera entre aquellos a quienes el Padre « lo ha querido revelar »* (cf. Mt 11, 26–27; 1 Cor 2, 11). Pero si desde el momento de la anunciación le ha sido revelado el Hijo, que sólo el Padre conoce plenamente, como aquel que lo engendra en el eterno « hoy » (cf. Sal 2, 7), María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe. Es, por tanto, bienaventurada, porque « ha creído » y *crea cada día* en medio de

todas las pruebas y contrariedades del período de la infancia de Jesús y luego durante los años de su vida oculta en Nazaret, donde « vivía sujeto a ellos » (Lc 2, 51): sujeto a María y también a José, porque éste hacía las veces de padre ante los hombres; de ahí que el Hijo de María era considerado también por las gentes como « el hijo del carpintero » (Mt 13, 55).

La Madre de *aquel Hijo*, por consiguiente, recordando cuanto le ha sido dicho en la anunciación y en los acontecimientos sucesivos, lleva consigo la radical « novedad » de la fe: *el inicio de la Nueva Alianza*. Esto es el comienzo del Evangelio, o sea de la buena y agradable nueva. No es difícil, pues, notar en este inicio *una particular fatiga del corazón*, unida a una especie de noche de la fe » —usando una expresión de San Juan de la Cruz—, como un « velo » a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio.<sup>36</sup> Pues de este modo María, durante muchos años, *permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo*, y avanzaba en su itinerario de fe, a medida que Jesús « progresaba en sabiduría ... en gracia ante Dios y ante los hombres » (Lc 2, 52). Se manifestaba cada vez más ante los ojos de los hombres la predilección que Dios sentía por él. La primera entre estas criaturas humanas admitidas al descubrimiento de Cristo era María, que con José vivía en la casa de Nazaret.

Pero, cuando, después del encuentro en el templo, a la pregunta de la Madre: « ¿por qué has hecho esto? », *Jesús, que tenía doce años*, responde « ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? », y el evangelista añade: « *Pero ellos* (José y María) *no comprendieron* la respuesta que les dio » (Lc 2, 48–50) Por lo tanto, Jesús tenía conciencia de que « nadie conoce bien al Hijo sino el Padre » (cf. Mt 11, 27), tanto que aun aquella, a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del hijo, bajo un mismo techo y « manteniendo fielmente la unión con su Hijo », « *avanzaba en la peregrinación de la fe* », como subraya el Concilio.<sup>37</sup> Y así sucedió a lo largo de la vida pública de Cristo (cf. Mc 3, 21,35); de donde, día tras día, se cumplía en ella la bendición pronunciada por Isabel en la visitación: « Feliz la que ha creído ».

18. Esta bendición alcanza su pleno significado, *cuando María está junto a la Cruz* de su Hijo (cf. Jn 19, 25). El Concilio afirma que esto sucedió « no sin designio divino »: « se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma »; de este modo María « mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz »: <sup>38</sup> la unión por medio de la fe, la misma fe con la que había acogido la revelación del ángel en el momento de la anunciación. Entonces había escuchado las palabras: « El será grande ... *el Señor Dios* le dará el trono de David, su padre ... reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin » (Lc 1, 32–33).

Y he aquí que, estando junto a la Cruz, María es testigo, humanamente hablando, de un completo *desmentido de estas palabras*. Su Hijo agoniza sobre aquel madero como un condenado. « Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores ... despreciable y no le tuvimos en cuenta »: casi anonadado (cf. Is 53, 35) ¡Cuan grande, cuan heroica en esos momentos la *obediencia de la fe* demostrada por María ante los « insondables designios » de Dios! ¡Cómo se « abandona en Dios » sin reservas, « prestando el homenaje del entendimiento y de la voluntad » <sup>39</sup> a aquel, cuyos « caminos son inescrutables »! (cf. Rom 11, 33). Y a la vez ¡cuan poderosa es la acción de la gracia en su alma, cuan penetrante es la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza!

*Por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento*. En

efecto, « Cristo, ... siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres »; concretamente en el Gólgota « se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz » (cf. *Flp* 2, 5–8). A los pies de la Cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento. Es ésta tal vez la más profunda « kénosis » de la fe en la historia de la humanidad. Por medio de la fe la Madre participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora; pero a diferencia de la de los discípulos que huían, era una fe mucho más iluminada. Jesús en el Gólgota, a través de la Cruz, ha confirmado definitivamente ser el « signo de contradicción », predicho por Simeón. Al mismo tiempo, se han cumplido las palabras dirigidas por él a María: « ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! ».40

19. ¡Sí, verdaderamente « feliz la que ha creído »! Estas palabras, pronunciadas por Isabel después de la anunciación, aquí, a los pies de la Cruz, parecen resonar con una elocuencia suprema y se hace penetrante la fuerza contenida en ellas. Desde la Cruz, es decir, desde el interior mismo del misterio de la redención, se extiende el radio de acción y se dilata la perspectiva de aquella bendición de fe. Se remonta « hasta el comienzo » y, como participación en el sacrificio de Cristo, nuevo Adán, en cierto sentido, se convierte en el *contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad* contenidas en el pecado de los primeros padres. Así enseñan los Padres de la Iglesia y, de modo especial, San Ireneo, citado por la Constitución *Lumen gentium*: « El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo *desató por la fe* ».41 A la luz de esta comparación con Eva los Padres —como recuerda todavía el Concilio— llaman a María « Madre de los vivientes » y afirman a menudo: a la muerte vino por Eva, por María la vida ».42

Con razón, pues, en la expresión « feliz la que ha creído » podemos encontrar *como una clave* que nos abre a la realidad íntima de María, a la que el ángel ha saludado como « llena de gracia ». Si como a llena de gracia » ha estado presente eternamente en el misterio de Cristo, por la fe se convertía en partícipe en toda la extensión de su itinerario terreno: « avanzó en la peregrinación de la fe » y al mismo tiempo, de modo discreto pero directo y eficaz, hacía presente a los hombres *el misterio de Cristo*. Y sigue haciéndolo todavía. Y por el misterio de Cristo está presente entre los hombres. Así, mediante el misterio del Hijo, se aclara también el misterio de la Madre.

### 3. Ahí tienes a tu madre

20. El evangelio de Lucas recoge el momento en el que « alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo, dirigiéndose a Jesús: « ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron! » (*Lc* 11, 27). Estas palabras constituían una alabanza para María como madre de Jesús, según la carne. La Madre de Jesús quizás no era conocida personalmente por esta mujer. En efecto, cuando Jesús comenzó su actividad mesiánica, María no le acompañaba y seguía permaneciendo en Nazaret. Se diría que las palabras de aquella mujer desconocida le hayan hecho salir, en cierto modo, de su escondimiento.

A través de aquellas palabras ha pasado rápidamente por la mente de la muchedumbre, al menos por un instante, el evangelio de la infancia de Jesús. Es el evangelio en que María está presente como la madre que concibe a Jesús en su seno, le da a luz y le amamanta maternalmente: la madre–nodriza, a la que se refiere aquella mujer del pueblo. *Gracias a esta maternidad Jesús* —Hijo del Altísimo (cf. *Lc* 1, 32)—

es un verdadero *hijo del hombre*. Es «carne», como todo hombre: es «el Verbo (que) se hizo carne» (cf. *Jn* 1, 14). Es carne y sangre de María.<sup>43</sup>

Pero a la bendición proclamada por aquella mujer respecto a su madre según la carne, Jesús responde de manera significativa: «Dichosos más bien *los que oyen la Palabra de Dios y la guardan*» (cf. *Lc* 11, 28). Quiere quitar la atención de la maternidad entendida sólo como un vínculo de la carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y en la observancia de la palabra de Dios.

El mismo paso a la esfera de los valores espirituales se delinea aun más claramente en otra respuesta de Jesús, recogida por todos los Sinópticos. Al ser anunciado a Jesús que su «madre y sus hermanos están fuera y quieren verle», responde: «*Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen*» (cf. *Lc* 8, 20–21). Esto dijo «mirando en torno a los que estaban sentados en corro», como leemos en Marcos (3, 34) o, según Mateo (12, 49) «extendiendo su mano hacia sus discípulos».

Estas expresiones parecen estar en la línea de lo que *Jesús, a la edad de doce años*, respondió a María y a José, al ser encontrado después de tres días en el templo de Jerusalén.

Así pues, cuando Jesús se marchó de Nazaret y dio comienzo a su vida pública en Palestina, ya *estaba completa y exclusivamente «ocupado en las cosas del Padre»* (cf. *Lc* 2, 49). Anunciaba el Reino: «Reino de Dios» y «cosas del Padre», que dan también una dimensión nueva y un sentido nuevo a todo lo que es humano y, por tanto, a toda relación humana, respecto a las finalidades y tareas asignadas a cada hombre. En esta dimensión nueva un vínculo, como el de la «fraternidad», significa también una cosa distinta de la «fraternidad según la carne», que deriva del origen común de los mismos padres. Y aun la «maternidad», *en la dimensión del reino de Dios, en la esfera de la paternidad de Dios mismo, adquiere un significado diverso*. Con las palabras recogidas por Lucas Jesús enseña precisamente este nuevo sentido de la maternidad.

¿Se aleja con esto de la que ha sido su madre según la carne? ¿Quiere tal vez dejarla en la sombra del escondimiento, que ella misma ha elegido? Si así puede parecer en base al significado de aquellas palabras, se debe constatar, sin embargo, que la maternidad nueva y distinta, de la que Jesús habla a sus discípulos, concierne concretamente a María de un modo especialísimo. ¿No es tal vez María *la primera entre «aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»*? Y por consiguiente ¿no se refiere sobre todo a ella aquella bendición pronunciada por Jesús en respuesta a las palabras de la mujer anónima? Sin lugar a dudas, María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús Madre según la carne («¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!»), pero también y sobre todo porque ya en el instante de la anunciación ha acogido la palabra de Dios, porque ha creído, *porque fue obediente a Dios*, porque «guardaba» la palabra y «la conservaba cuidadosamente en su corazón» (cf. *Lc* 1, 38.45; 2, 19. 51) y la cumplía totalmente en su vida. Podemos afirmar, por lo tanto, que el elogio pronunciado por Jesús no se contrapone, a pesar de las apariencias, al formulado por la mujer desconocida, sino que viene a coincidir con ella en la persona de esta Madre–Virgen, que se ha llamado solamente «esclava del Señor» (*Lc* 1, 38). Sies cierto que «todas las generaciones la llamarán bienaventurada» (cf. *Lc* 1, 48), se puede decir que aquella mujer anónima ha sido la primera en confirmar inconscientemente aquel versículo profético del *Magnificat* de María y dar comienzo al *Magnificat* de los siglos.

*Si por medio de la fe María se ha convertido en la Madre del Hijo que le ha sido*

dado por el Padre con el poder del Espíritu Santo, conservando íntegra su virginidad, en la misma fe *ha descubierto y acogido la otra dimensión de la maternidad*, revelada por Jesús durante su misión mesiánica. Se puede afirmar que esta dimensión de la maternidad pertenece a María desde el comienzo, o sea desde el momento de la concepción y del nacimiento del Hijo. Desde entonces era « la que ha creído ». A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre *se abría cada vez más a aquella « novedad » de la maternidad*, que debía constituir su « papel » junto al Hijo. ¿No había dicho desde el comienzo: « He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra »? (*Lc 1, 38*). Por medio de la fe María seguía oyendo y meditando aquella palabra, en la que se hacía cada vez más transparente, de un modo « que excede todo conocimiento » (*Ef 3, 19*), la autorrevelación del Dios viviente. María madre se convertía así, *en cierto sentido, en la primera « discípula » de su Hijo*, la primera a la cual parecía decir: « Sígueme » antes aún de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona (cf. *Jn 1, 43*).

21. Bajo este punto de vista, es particularmente significativo el texto del *Evangelio de Juan*, que nos presenta a María en las bodas de Caná. María aparece allí como Madre de Jesús al comienzo de su vida pública: « Se celebraba una *boda en Caná de Galilea* y estaba allí la Madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos (*Jn 2, 1–2*). Según el texto resultaría que Jesús y sus discípulos fueron invitados junto con María, dada su presencia en aquella fiesta: el Hijo parece que fue invitado en razón de la madre. Es conocida la continuación de los acontecimientos concatenados con aquella invitación, aquel « comienzo de las señales » hechas por Jesús —el agua convertida en vino—, que hace decir al evangelista: Jesús « manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos » (*Jn 2, 11*).

María está presente en Caná de Galilea como *Madre de Jesús*, y de modo significativo *contribuye* a aquel « comienzo de las señales », que revelan el poder mesiánico de su Hijo. He aquí que: « como faltaba vino, le dice a Jesús su Madre: "no tienen vino". Jesús le responde: « ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora » (*Jn 2, 3–4*). En el Evangelio de Juan aquella « hora » significa el momento determinado por el Padre, en el que el Hijo realiza su obra y debe ser glorificado (cf. *Jn 7, 30; 8, 20; 12, 23. 27; 13, 1; 17, 1; 19, 27*). Aunque la respuesta de Jesús a su madre parezca como un rechazo (sobre todo si se mira, más que a la pregunta, a aquella decidida afirmación: « Todavía no ha llegado mi hora »), a pesar de esto María se dirige a los criados y les dice: « Haced lo que él os diga » (*Jn 2, 5*). Entonces Jesús ordena a los criados llenar de agua las tinajas, y el agua se convierte en vino, mejor del que se había servido antes a los invitados al banquete nupcial.

¿Qué entendimiento profundo se ha dado entre Jesús y su Madre? ¿Cómo explorar el misterio de su íntima unión espiritual? De todos modos el hecho es elocuente. Es evidente que en aquel hecho se delinea ya con bastante claridad *la nueva dimensión*, el nuevo sentido *de la maternidad de María*. Tiene un significado que no está contenido exclusivamente en las palabras de Jesús y en los diferentes episodios citados por los Sinópticos (*Lc 11, 27–28; 8, 19–21; Mt 12, 46–50; Mc 3, 31–35*). En estos textos Jesús intenta contraponer sobre todo la maternidad, resultante del hecho mismo del nacimiento, a lo que esta « maternidad » (al igual que la « fraternidad ») debe ser en la dimensión del Reino de Dios, en el campo salvífico de la paternidad de Dios. En el texto joánico, por el contrario, se delinea en la descripción del hecho de Caná lo que concretamente se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea *la solicitud de María por los hombres*, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades. En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca

importancia « No tienen vino »). Pero esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. *Se pone « en medio », o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede —más bien « tiene el derecho de »— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María « intercede » por los hombres. No sólo: como Madre desea también *que se manifieste el poder mesiánico del Hijo*, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida. Precisamente como había predicho del Mesías el Profeta Isaías en el conocido texto, al que Jesús se ha referido ante sus conciudadanos de Nazaret « Para anunciar a los pobres la Buena Nueva, para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos ... » (cf. *Lc 4, 18*).

Otro elemento esencial de esta función materna de María se encuentra en las palabras dirigidas a los criados: « Haced lo que él os diga ». *La Madre* de Cristo se presenta ante los hombres como *portavoz de la voluntad del Hijo*, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse, para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a « su hora ». En Caná María aparece como *la que cree en Jesús*; su fe provoca la primera « señal » y contribuye a suscitar la fe de los discípulos.

22. Podemos decir, por tanto, que en esta página del Evangelio de Juan encontramos como un primer indicio de la verdad sobre la solicitud materna de María. Esta verdad ha encontrado su expresión *en el magisterio del último Concilio*. Es importante señalar cómo la función materna de María es ilustrada en su relación con la mediación de Cristo. En efecto, leemos lo siguiente: « La misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia », porque « hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también » (1 *Tm 2, 5*). Esta función materna brota, según el beneplácito de Dios, « de la superabundancia de los méritos de Cristo... de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud ».<sup>44</sup> Y precisamente en este sentido el hecho de Caná de Galilea, nos ofrece *como una predicción de la mediación de María*, orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la revelación de su poder salvífico.

Por el texto joánico parece que se trata de una mediación maternal. Como proclama el Concilio: María « es nuestra Madre en el orden de la gracia ». Esta maternidad en el orden de la gracia ha surgido de su misma maternidad divina, porque siendo, por disposición de la divina providencia, madre–nodriza del divino Redentor se ha convertido de « forma singular en la generosa colaboradora entre todas las creaturas y la humilde esclava del Señor » y que « cooperó ... por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas ».<sup>45</sup> « Y esta *maternidad de María* perdura sin cesar *en la economía de la gracia* ... hasta la consumación de todos los elegidos ».<sup>46</sup>

23. Si el pasaje del Evangelio de Juan sobre el hecho de Caná presenta la maternidad solícita de María al comienzo de la actividad mesiánica de Cristo, otro pasaje del mismo Evangelio confirma esta maternidad de María en la economía salvífica de la gracia en su momento culminante, es decir cuando se realiza el sacrificio de la Cruz de Cristo, su misterio pascual. La descripción de Juan es concisa: « *Junto a la cruz*

*de Jesús estaban su Madre y la hermana de su madre. María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa » (Jn 19, 25–27).*

Sin lugar a dudas se percibe en este hecho una expresión de la particular atención del Hijo por la Madre, que dejaba con tan grande dolor. Sin embargo, sobre el significado de esta atención el « testamento de la Cruz » de Cristo dice aún más. Jesús ponía en evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo, del que confirma solemnemente toda la verdad y realidad. Se puede decir que, si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella *emerge* de la definitiva maduración *del misterio pascual del Redentor*. La Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre —a cada uno y a todos—, es entregada al hombre —a cada uno y a todos— como madre. Este hombre junto a la cruz es Juan, « el discípulo que él amaba ».<sup>47</sup> Pero no está él solo. Siguiendo la tradición, el Concilio no duda en llamar a María « *Madre de Cristo, madre de los hombres* ». Pues, está « unida en la estirpe de Adán con todos los hombres...; más aún, es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles ».<sup>48</sup>

Por consiguiente, esta « nueva maternidad de María », engendrada por la fe, es *fruto del « nuevo » amor*, que maduró en ella definitivamente junto a la Cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo.

24. Nos encontramos así en el centro mismo del cumplimiento de la promesa, contenida en el protoevangelio: el « linaje de la mujer pisará la cabeza de la serpiente » (cf. *Gén* 3, 15). Jesucristo, en efecto, con su muerte redentora vence el mal del pecado y de la muerte en sus mismas raíces. Es significativo que, al dirigirse a la madre desde lo alto de la Cruz, la llame « mujer » y le diga: « Mujer, ahí tienes a tu hijo ». Con la misma palabra, por otra parte, se había dirigido a ella en Caná (cf. *Jn* 2, 4). ¿Cómo dudar que especialmente ahora, en el Gólgota, esta frase no se refiera en profundidad al misterio de María, alcanzando el singular *lugar que ella ocupa en toda la economía de la salvación*? Como enseña el Concilio, con María, « excelsa Hija de Sión, tras larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió de ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne ».<sup>49</sup>

Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan que *la maternidad* de su madre encuentra una « nueva » continuación *en la Iglesia y a través de la Iglesia*, simbolizada y representada por Juan. De este modo, la que como « llena de gracia » ha sido introducida en el misterio de Cristo para ser su Madre, es decir, la Santa Madre de Dios, por medio de la Iglesia permanece en aquel misterio *como « la mujer »* indicada por el libro del *Génesis* (3, 15) al comienzo y por el *Apocalipsis* (12, 1) al final de la historia de la salvación. Según el eterno designio de la Providencia la maternidad divina de María debe derramarse sobre la Iglesia, como indican algunas afirmaciones de la Tradición para las cuales la « maternidad » de María respecto de la Iglesia es el reflejo y la prolongación de su maternidad respecto del Hijo de Dios.<sup>50</sup>

Ya el momento mismo del nacimiento de la Iglesia y de su plena manifestación al mundo, según el Concilio, deja entrever esta continuidad de la maternidad de María: « Como quiera que plugo a Dios no manifestar solemnemente el sacramento de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos a los *apóstoles* antes del día de Pentecostés "perseverar unánimemente *en la oración*, con las mujeres y *María la Madre de Jesús* y los hermanos de Este" (Hch 1, 14); y a María

implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya la había cubierto con su sombra en la anunciación ».<sup>51</sup>

Por consiguiente, en la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: *María en Nazaret y María en el cenáculo de Jerusalén*. En ambos casos su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del « nacimiento del Espíritu ». Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace —por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo— presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo *una presencia materna*, como indican las palabras pronunciadas en la Cruz: « Mujer, ahí tienes a tu hijo »; « Ahí tienes a tu madre ».

## II PARTE – LA MADRE DE DIOS EN EL CENTRO DE LA IGLESIA PEREGRINA

### *1. La Iglesia, Pueblo de Dios radicado en todas las naciones de la tierra*

25. « La Iglesia, "va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios",<sup>52</sup> anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que El venga (cf. 1 Co 11, 26) ».<sup>53</sup> « Así como el pueblo de Israel según la carne, el peregrino del desierto, es llamado alguna vez Iglesia de Dios (cf. 2 Esd 13, 1; Núm 20, 4; Dt 23, 1 ss.), así el nuevo Israel... se llama Iglesia de Cristo (cf. Mt 16, 18), porque El la adquirió con su sangre (cf. Hch 20, 28), la llenó de su Espíritu y la proveyó de medios aptos para una unión visible y social. La congregación *de todos los creyentes que miran a Jesús* como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios para que sea sacramento visible de esta unidad salutífera para todos y cada uno ».<sup>54</sup>

El Concilio Vaticano II habla de la Iglesia en camino, estableciendo una analogía con el Israel de la Antigua Alianza en camino a través del desierto. El camino posee un *carácter* incluso *exterior*, visible en el tiempo y en el espacio, en el que se desarrolla históricamente. La Iglesia, en efecto, debe « extenderse por toda la tierra », y por esto « entra en la historia humana rebasando todos los límites de tiempo y de lugares ».<sup>55</sup> Sin embargo, el *carácter* esencial de su camino es *interior*. Se trata de una *peregrinación a través de la fe*, por « la fuerza del Señor Resucitado ».<sup>56</sup> de una peregrinación en el Espíritu Santo, dado a la Iglesia como invisible Consolador (*parákletos*) (cf. Jn 14, 26; 15, 26; 16, 7): « Caminando, pues, la Iglesia a través de los peligros y de tribulaciones, de tal forma se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió ... y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso ».<sup>57</sup>

Precisamente *en este camino —peregrinación eclesial—* a través del espacio y del tiempo, y más aún a través de la historia de las almas, *María está presente*, como la que es « feliz porque ha creído », como la que avanzaba « en la peregrinación de la fe », participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo. Añade el Concilio que « María ... habiendo entrado íntimamente en la historia de la salvación, en cierta manera en sí une y refleja las más grandes exigencias de la fe ».<sup>58</sup> Entre todos los creyentes es *como un « espejo »*, donde se reflejan del modo más profundo y claro « las maravillas

de Dios » (*Hch 2, 11*).

26. La Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles, se hace plenamente consciente de estas grandes obras de Dios *el día de Pentecostés*, cuando los reunidos en el cenáculo « quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse » (*Hch 2, 4*). Desde aquel momento *inicia* también aquel camino de fe, *la peregrinación de la Iglesia* a través de la historia de los hombres y de los pueblos. Se sabe que al comienzo de este camino está presente María, que vemos en medio de los apóstoles en el cenáculo « implorando con sus ruegos el don del Espíritu ».<sup>59</sup>

Su camino de fe es, en cierto modo, más largo. El Espíritu Santo ya ha descendido a ella, que se ha convertido en su esposa fiel *en la anunciación*, acogiendo al Verbo de Dios verdadero, prestando « el homenaje del entendimiento y de la voluntad, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El », más aún abandonándose plenamente en Dios por medio de « la obediencia de la fe »,<sup>60</sup> por la que respondió al ángel: « He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra ». El camino de fe de María, a la que vemos orando en el cenáculo, es por lo tanto « más largo » que el de los demás reunidos allí: María les « precede », « marcha delante de » ellos.<sup>61</sup> *El momento de Pentecostés* en Jerusalén ha sido preparado, además de la Cruz, por *el momento de la Anunciación* en Nazaret. En el cenáculo el itinerario de María se encuentra con el camino de la fe de la Iglesia ¿De qué manera?

Entre los que en el cenáculo eran asiduos en la oración, preparándose para ir « por todo el mundo » después de haber recibido el Espíritu Santo, algunos *habían sido llamados por Jesús* sucesivamente desde el inicio de su misión en Israel. Once de ellos *habían sido constituidos apóstoles*, y a ellos Jesús había transmitido la misión que él mismo había recibido del Padre: « Como el Padre me envió, también yo os envío » (*Jn 20, 21*), había dicho a los apóstoles después de la resurrección. Y cuarenta días más tarde, antes de volver al Padre, había añadido: cuando « el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros ... *seréis mis testigos...* hasta los confines de la tierra » (cf. *Hch 1, 8*). Esta misión de los apóstoles comienza en el momento de su salida del cenáculo de Jerusalén. La Iglesia nace y crece entonces por medio del testimonio que Pedro y los demás apóstoles dan de Cristo crucificado y resucitado (cf. *Hch 2, 31–34; 3, 15–18; 4, 10–12; 5, 30–32*).

*María no ha recibido directamente esta misión apostólica*. No se encontraba entre los que Jesús envió « por todo el mundo para enseñar a todas las gentes » (cf. *Mt 28, 19*), cuando les confirió esta misión. Estaba, en cambio, en el cenáculo, donde los apóstoles se preparaban a asumir esta misión con la venida del Espíritu de la Verdad: estaba con ellos. En medio de ellos María « perseveraba en la oración » como « madre de Jesús » (*Hch 1, 13–14*), o sea de Cristo crucificado y resucitado. Y aquel primer núcleo de quienes en la fe miraban « a Jesús como autor de la salvación »,<sup>62</sup> era consciente de que Jesús era el Hijo de María, y que ella era su madre, y como tal era, desde el momento de la concepción y del nacimiento, *un testigo singular del misterio de Jesús*, de aquel misterio que ante sus ojos se había manifestado y confirmado con la Cruz y la resurrección. La Iglesia, por tanto, desde el primer momento, « miró » a María, a través de Jesús, como « miró » a Jesús a través de María. Ella fue para la Iglesia de entonces y de siempre un testigo singular de los años de la infancia de Jesús y de su vida oculta en Nazaret, cuando « *conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón* » (*Lc 2, 19*; cf. *Lc 2, 51*).

Pero en la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre todo la que es « feliz porque ha creído »: *ha sido la primera en creer*. Desde el momento de la

anunciación y de la concepción, desde el momento del nacimiento en la cueva de Belén, María siguió paso tras paso a Jesús en su maternal peregrinación de fe. Lo siguió a través de los años de su vida oculta en Nazaret; lo siguió también en el período de la separación externa, cuando él comenzó a « hacer y enseñar » (cf. *Hch* 1, 1 ) en Israel; lo siguió sobre todo en la experiencia trágica del Gólgota. Mientras María se encontraba con los apóstoles en el cenáculo de Jerusalén en los albores de la Iglesia, se confirmaba su fe, nacida de las palabras de la anunciación. El ángel le había dicho entonces: « Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande.. reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin » (*Lc* 1, 32–33). Los recientes acontecimientos del Calvario habían cubierto de tinieblas aquella promesa; y ni siquiera bajo la Cruz había disminuido la fe de María. Ella también, como Abraham, había sido la que « esperando contra toda esperanza, creyó » (*Rom* 4, 18). Y he aquí que, después de la resurrección, la esperanza había descubierto su verdadero rostro y la promesa había comenzado a transformarse en realidad. En efecto, Jesús, antes de volver al Padre, había dicho a los apóstoles: « Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes ... Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo » (*Mt* 28, 19.20). Así había hablado el que, con su resurrección, se reveló como el triunfador de la muerte, como el señor del reino que « no tendrá fin », conforme al anuncio del ángel.

27. Ya en los albores de la Iglesia, al comienzo del largo camino por medio de la fe que comenzaba con Pentecostés en Jerusalén, María estaba con todos los que constituían el germen del « nuevo Israel ». Estaba presente en medio de ellos como un testigo excepcional del misterio de Cristo. Y la Iglesia perseveraba constante en la oración junto a ella y, al mismo tiempo, « la contemplaba a la luz del Verbo hecho hombre ». Así sería siempre. En efecto, cuando la Iglesia « entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación », piensa en la Madre de Cristo con profunda veneración y piedad.<sup>63</sup> María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece además al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento. En la base de lo que la Iglesia es desde el comienzo, de lo que debe ser constantemente, a través de las generaciones, en medio de todas las naciones de la tierra, se encuentra la que « ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor » (*Lc* 1, 45). Precisamente esta fe de María, que señala el comienzo de la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad en Jesucristo, esta heroica fe suya « precede » el testimonio apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, en cierto sentido, participan de la fe de María.

Las palabras de Isabel « feliz la que ha creído » siguen acompañando a María incluso en Pentecostés, la siguen a través de las generaciones, allí donde se extiende, por medio del testimonio apostólico y del servicio de la Iglesia, el conocimiento del misterio salvífico de Cristo. De este modo se cumple la profecía del *Magnificat*: « Me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo » (*Lc* 1, 48–49). En efecto, al conocimiento del misterio de Cristo sigue la bendición de su Madre bajo forma de especial veneración para la *Theotókos*. Pero en esa veneración está incluida siempre la bendición de su fe. Porque la Virgen de Nazaret ha llegado a ser bienaventurada por medio de esta fe, de acuerdo con las palabras de Isabel. Los que a través de los siglos, de entre los diversos pueblos y naciones de la tierra, acogen con fe el misterio de Cristo, Verbo encarnado y Redentor del mundo, no sólo se dirigen con veneración y recurren con confianza a María como a

su Madre, sino que *buscan en su fe el sostén para la propia fe*. Y precisamente esta participación viva de la fe de María decide su presencia especial en la peregrinación de la Iglesia como nuevo Pueblo de Dios en la tierra.

28. Como afirma el Concilio: « María ... habiendo entrado íntimamente en la historia de la salvación ... mientras es predicada y honrada atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio, y hacia el amor del Padre ».64 Por lo tanto, en cierto modo la fe de María, sobre la base del testimonio apostólico de la Iglesia, se convierte sin cesar en la fe del pueblo de Dios en camino: de las personas y comunidades, de los ambientes y asambleas, y finalmente de los diversos grupos existentes en la Iglesia. Es una fe que se transmite al mismo tiempo mediante el conocimiento y el corazón. Se adquiere o se vuelve a adquirir constantemente mediante la oración. Por tanto « también en su obra apostólica *con razón la Iglesia mira hacia aquella que engendró a Cristo*, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia *nazca y crezca también en los corazones de los fieles* ».65

Ahora, cuando en esta peregrinación de la fe nos acercamos al final del segundo Milenio cristiano, la Iglesia, mediante el magisterio del Concilio Vaticano II, llama la atención sobre lo que ve en sí misma. como un « único Pueblo de Dios ... radicado en todas las naciones de la tierra », y sobre la verdad según la cual todos los fieles, aunque a esparcidos por el haz de la tierra comunican en el Espíritu Santo con los demás »,66 de suerte que se puede decir que en esta unión se realiza constantemente el misterio de Pentecostés. Al mismo tiempo, los apóstoles y los discípulos del Señor, en todas las naciones de la tierra « perseveran en la oración *en compañía de María, la madre de Jesús* » (cf. *Hch* 1, 14). Constituyendo a través de las generaciones « el signo del Reino » que no es de este mundo,67 ellos son asimismo conscientes de que en medio de este mundo *tienen que reunirse con aquel Rey*, al que han sido dados en herencia los pueblos (*Sal* 2, 8), al que el Padre ha dado « el trono de David su padre », por lo cual « reina sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin ».

En este tiempo de vela María, por medio de la misma fe que la hizo bienaventurada especialmente desde el momento de la anunciación, está *presente* en la misión y en la obra de la Iglesia que introduce en el mundo *el Reino de su Hijo*.68 Esta presencia de María encuentra múltiples medios de expresión en nuestros días al igual que a lo largo de la historia de la Iglesia. Posee también un amplio radio de acción; por medio de la fe y la piedad de los fieles, por medio de las tradiciones de las familias cristianas o « iglesias domésticas », de las comunidades parroquiales y misioneras, de los institutos religiosos, de las diócesis, por medio de la fuerza atractiva e irradiadora de los grandes santuarios, en los que no sólo los individuos o grupos locales, sino a veces naciones enteras y continentes, buscan el encuentro con la Madre del Señor, con la que es bienaventurada porque ha creído; es la primera entre los creyentes y por esto se ha convertido en Madre del Emmanuel. Este es el mensaje de la tierra de Palestina, patria espiritual de todos los cristianos, al ser patria del Salvador del mundo y de su Madre. Este es el mensaje de tantos templos que en Roma y en el mundo entero la fe cristiana ha levantado a lo largo de los siglos. Este es el mensaje de los centros como Guadalupe, Lourdes, Fátima y de los otros diseminados en las distintas naciones, entre los que no puedo dejar de citar el de mi tierra natal Jasna Gora. Tal vez se podría hablar de una específica a « geografía » de la fe y de la piedad mariana, que abarca todos estos lugares de especial peregrinación del Pueblo de Dios, el cual busca el encuentro con la Madre de Dios para hallar, en el ámbito de la materna presencia de « la que ha creído », la consolidación de la propia fe. En efecto, *en la fe de María*, ya en la anunciación y definitivamente junto a la Cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquel *espacio interior* en el cual el eterno Padre puede colmarnos « con toda clase de bendiciones

espirituales »: el espacio « de la nueva y eterna Alianza ».69 Este espacio subsiste en la Iglesia, que es en Cristo como « un sacramento ... de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano ».70

En la fe, que María profesó en la Anunciación como « esclava del Señor » y en la que sin cesar « precede » al « Pueblo de Dios » en camino por toda la tierra, *la Iglesia « tiende eficaz y constantemente a recapitular la Humanidad entera ... bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu ».*71

## 2. El camino de la Iglesia y la unidad de todos los cristianos

29. « El Espíritu promueve en todos los discípulos de Cristo el deseo y la colaboración *para que todos se unan* en paz, en un rebaño y *bajo un solo pastor*, como Cristo determinó ».72 El camino de la Iglesia, de modo especial en nuestra época, está marcado por el signo del ecumenismo; los cristianos buscan las vías para reconstruir la unidad, por la que Cristo invocaba al Padre por sus discípulos el día antes de la pasión: « *para que todos sean uno*. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo *crea que tú me has enviado* » (Jn 17, 21). Por consiguiente, la unidad de los discípulos de Cristo es un gran signo para suscitar la fe del mundo, mientras su división constituye un escándalo.73

El movimiento ecuménico, sobre la base de una conciencia más lúcida y difundida de la urgencia de llegar a la unidad de todos los cristianos, ha encontrado por parte de la Iglesia católica su expresión culminante en el Concilio Vaticano II. Es necesario que los cristianos profundicen en sí mismos y en cada una de sus comunidades aquella « obediencia de la fe », de la que María es el primer y más claro ejemplo. Y dado que « antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y consuelo », ofrece gran gozo y consuelo para este sacrosanto Concilio el hecho de que tampoco falten *entre los hermanos separados* quienes tributan debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los Orientales ».74

30. Los cristianos saben que su unidad se conseguirá verdaderamente sólo si se funda en la unidad de su fe. Ellos deben resolver discrepancias de doctrina no leves sobre el misterio y ministerio de la Iglesia, y a veces también sobre la función de María en la obra de la salvación.75 Los diferentes coloquios, tenidos por la Iglesia católica con las Iglesias y las Comunidades eclesiales de Occidente,76 convergen cada vez más sobre estos *dos aspectos inseparables* del mismo misterio de la salvación. Si el misterio del Verbo encarnado nos permite vislumbrar el misterio de la maternidad divina y si, a su vez, la contemplación de la Madre de Dios nos introduce en una comprensión más profunda del misterio de la Encarnación, lo mismo se debe decir del misterio de la Iglesia y de la función de María en la obra de la salvación. Profundizando en uno y otro, iluminando el uno por medio del otro, los cristianos deseosos de hacer —como les recomienda su Madre— lo que Jesús les diga (cf. Jn 2, 5), podrán caminar juntos en aquella « peregrinación de la fe », de la que María es todavía ejemplo y que debe guiarlos a la unidad querida por su único Señor y tan deseada por quienes están atentamente a la escucha de lo que hoy « el Espíritu dice a las Iglesias » (Ap 2, 7. 11. 17).

Entre tanto es un buen auspicio que estas Iglesias y Comunidades eclesiales concuerden con la Iglesia católica en puntos fundamentales de la fe cristiana, incluso en lo concerniente a la Virgen María. En efecto, la reconocen como Madre del Señor y consideran que esto forma parte de nuestra fe en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Estas Comunidades miran a María que, a los pies de la Cruz, acoge como hijo

suyo al discípulo amado, el cual a su vez la recibe como madre.

¿Por qué, pues, no mirar hacia ella todos juntos como a *nuestra Madre común*, que reza por la unidad de la familia de Dios y que « precede » a todos al frente del largo séquito de los testigos de la fe en el único Señor, el Hijo de Dios, concebido en su seno virginal por obra del Espíritu Santo?

31. Por otra parte, deseo subrayar cuan profundamente unidas se sienten la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales por el amor y por la alabanza a la *Theotókos*. No sólo « los dogmas fundamentales de la fe cristiana: los de la Trinidad y del Verbo encarnado en María Virgen han sido definidos en concilios ecuménicos celebrados en Oriente », <sup>77</sup> sino también en su culto litúrgico « los Orientales ensalzan con himnos espléndidos a María siempre Virgen ... y Madre Santísima de Dios ». <sup>78</sup>

Los hermanos de estas Iglesias han conocido vicisitudes complejas, pero su historia siempre ha transcurrido con un vivo deseo de compromiso cristiano y de irradiación apostólica, aunque a menudo haya estado marcada por persecuciones incluso cruentas. Es una historia de fidelidad al Señor, una auténtica « peregrinación de la fe » a través de lugares y tiempos durante los cuales los cristianos orientales han mirado siempre con confianza ilimitada a la Madre del Señor, la han celebrado con encomio y la han invocado con oraciones incesantes. En los momentos difíciles de la probada existencia cristiana « ellos se refugiaron bajo su protección », <sup>79</sup> conscientes de tener en ella una ayuda poderosa. Las Iglesias que profesan la doctrina de Éfeso proclaman a la Virgen « verdadera Madre de Dios », ya que a nuestro Señor Jesucristo, nacido del Padre antes de los siglos según la divinidad, en los últimos tiempos, por nosotros y por nuestra salvación, fue engendrado por María Virgen Madre de Dios según la carne ». <sup>80</sup>

Los Padres griegos y la tradición bizantina, contemplando la Virgen a la luz del Verbo hecho hombre, han tratado de penetrar en la profundidad de aquel vínculo que une a María, como Madre de Dios, con Cristo y la Iglesia: la Virgen es una presencia permanente en toda la extensión del misterio salvífico.

Las tradiciones coptas y etiópicas han sido introducidas en esta contemplación del misterio de María por san Cirilo de Alejandría y, a su vez, la han celebrado con abundante producción poética. <sup>81</sup> El genio poético de san Efrén el Sirio, llamado « la cítara del Espíritu Santo », ha cantado incansablemente a María, dejando una impronta todavía presente en toda la tradición de la Iglesia siríaca. <sup>82</sup> En su panegírico sobre la *Theotókos*, san Gregorio de Narek, una de las glorias más brillantes de Armenia, con fuerte inspiración poética, profundiza en los diversos aspectos del misterio de la Encarnación, y cada uno de los mismos es para él ocasión de cantar y exaltar la dignidad extraordinaria y la magnífica belleza de la Virgen María, Madre del Verbo encarnado. <sup>83</sup>

No sorprende, pues, que María ocupe un lugar privilegiado en el culto de las antiguas Iglesias orientales con una abundancia incomparable de fiestas y de himnos.

32. En la liturgia bizantina, en todas las horas del Oficio divino, la alabanza a la Madre está unida a la alabanza al Hijo y a la que, por medio del Hijo, se eleva al Padre en el Espíritu Santo. En la anáfora o plegaria eucarística de san Juan Crisóstomo, después de la epiclesis, la comunidad reunida canta así a la Madre de Dios: « Es verdaderamente justo proclamarte bienaventurada, oh Madre de Dios, porque eres la muy bienaventurada) toda pura y Madre de nuestro Dios. Te ensalzamos, porque eres más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines. Tú, que sin perder tu virginidad, has dado al mundo el Verbo de Dios. Tú, que eres verdaderamente la Madre de Dios ».

Estas alabanzas, que en cada celebración de la liturgia eucarística se elevan a María, han forjado la fe, la piedad y la oración de los fieles. A lo largo de los siglos han conformado todo el comportamiento espiritual de los fieles, suscitando en ellos una devoción profunda hacia la « Toda Santa Madre de Dios ».

33. Se conmemora este año el XII centenario del II Concilio ecuménico de Nicea (a. 787), en el que, al final de la conocida controversia sobre el culto de las sagradas imágenes, fue definido que, según la enseñanza de los santos Padres y la tradición universal de la Iglesia, se podían proponer a la veneración de los fieles, junto con la Cruz, también las imágenes de la Madre de Dios, de los Ángeles y de los Santos, tanto en las iglesias como en las casas y en los caminos.<sup>84</sup> Esta costumbre se ha mantenido en todo el Oriente y también en Occidente. Las imágenes de la Virgen tienen un lugar de honor en las iglesias y en las casas. María está representada o como trono de Dios, que lleva al Señor y lo entrega a los hombres (*Theotókos*), o como camino que lleva a Cristo y lo muestra (*Odigitria*), o bien como orante en actitud de intercesión y signo de la presencia divina en el camino de los fieles hasta el día del Señor (*Deisis*), o como protectora que extiende su manto sobre los pueblos (*Pokrov*), o como misericordiosa Virgen de la ternura (*Eleousa*). La Virgen es representada habitualmente con su Hijo, el niño Jesús, que lleva en brazos: es la relación con el Hijo la que glorifica a la Madre. A veces lo abraza con ternura (*Glykofilousa*); otras veces, hierática, parece absorta en la contemplación de aquel que es Señor de la historia (cf. *Ap* 5, 9–14).<sup>85</sup>

Conviene recordar también el Icono de la Virgen de Vladimir que ha acompañado constantemente la peregrinación en la fe de los pueblos de la antigua Rus'. Se acerca el primer milenio de la conversión al cristianismo de aquellas nobles tierras: tierras de personas humildes, de pensadores y de santos. Los Iconos son venerados todavía en Ucrania, en Bielorusia y en Rusia con diversos títulos; son imágenes que atestiguan la fe y el espíritu de oración de aquel pueblo, el cual advierte la presencia y la protección de la Madre de Dios. En estos Iconos la Virgen resplandece como la imagen de la divina belleza, morada de la Sabiduría eterna, figura de la orante, prototipo de la contemplación, icono de la gloria: aquella que, desde su vida terrena, poseyendo la ciencia espiritual inaccesible a los razonamientos humanos, con la fe ha alcanzado el conocimiento más sublime. Recuerdo, también, el Icono de la Virgen del cenáculo, en oración con los apóstoles a la espera del Espíritu. ¿No podría ser ésta como un signo de esperanza para todos aquellos que, en el diálogo fraterno, quieren profundizar su obediencia de la fe?

34. Tanta riqueza de alabanzas, acumulada por las diversas manifestaciones de la gran tradición de la Iglesia, podría ayudarnos a que ésta vuelva a respirar plenamente con sus « dos pulmones », Oriente y Occidente. Como he dicho varias veces, esto es hoy más necesario que nunca. Sería una ayuda valiosa para hacer progresar el diálogo actual entre la Iglesia católica y las Iglesias y Comunidades eclesiales de Occidente.<sup>86</sup> Sería también, para la Iglesia en camino, la vía para cantar y vivir de manera más perfecta su *Magnificat*.

### 3. *El Magnificat de la Iglesia en camino*

35. La Iglesia, pues, en la presente fase de su camino, trata de buscar la unión de quienes profesan su fe en Cristo para manifestar la obediencia a su Señor que, antes de la pasión, ha rezado por esta unidad. La Iglesia « va peregrinando ..., anunciando la cruz del Señor hasta que venga ».<sup>87</sup> « Caminando, pues, la Iglesia en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios, que le ha sido

prometida para que no desfallezca de la fidelidad perfecta por la debilidad de la carne, antes al contrario, persevere como esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso ».<sup>88</sup>

La Virgen Madre está constantemente presente en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz. Lo demuestra de modo especial *el cántico del Magnificat que, salido de la fe profunda de María* en la visitación, no deja de vibrar en el corazón de la Iglesia a través de los siglos. Lo prueba su recitación diaria en la liturgia de las Vísperas y en otros muchos momentos de devoción tanto personal como comunitaria.

« Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. El hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abraham y su descendencia por siempre » (*Lc 1, 46–55*).

36. Cuando Isabel saludó a la joven pariente que llegaba de Nazaret, *María respondió con el Magnificat*. En el saludo Isabel había llamado antes a María « bendita » por « el fruto de su vientre », y luego « feliz » por su fe (cf. *Lc 1, 42. 45*). Estas dos bendiciones se referían directamente al momento de la anunciación. Después, en la visitación, cuando el saludo de Isabel da testimonio de aquel momento culminante, la fe de María adquiere una nueva conciencia y una nueva expresión. Lo que en el momento de la anunciación permanecía oculto en la profundidad de la « obediencia de la fe », se diría que ahora se manifiesta como una llama del espíritu clara y vivificante. Las palabras usadas por María en el umbral de la casa de Isabel constituyen *una inspirada profesión de su fe*, en la que *la respuesta a la palabra de la revelación* se expresa con la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios. En estas sublimes palabras, que son al mismo tiempo muy sencillas y totalmente inspiradas por los textos sagrados del pueblo de Israel,<sup>89</sup> se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón. Resplandece en ellas un rayo del misterio de Dios, la gloria de su inefable santidad, el eterno *amor que, como un don irrevocable, entra en la historia del hombre*.

María es la primera en participar de esta nueva revelación de Dios y, a través de ella, de esta nueva « autodonación » de Dios. Por esto proclama: « ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo ». Sus palabras reflejan el gozo del espíritu, difícil de expresar: « se alegra mi espíritu en Dios mi salvador ». Porque « la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre ... resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación ».<sup>90</sup> En su arrebatación María confiesa que se ha encontrado *en el centro mismo de esta plenitud* de Cristo. Es consciente de que en ella se realiza la promesa hecha a los padres y, ante todo, « en favor de Abraham y su descendencia por siempre »; que en ella, como madre de Cristo, converge *toda la economía salvífica*, en la que, « de generación en generación », se manifiesta aquel que, como Dios de la Alianza, se acuerda « de la misericordia ».

37. La Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del *Magnificat*. Desde la profundidad de la fe de la Virgen en la anunciación y en la visitación, la Iglesia llega a la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre Dios que es todopoderoso y hace « obras grandes » al hombre: « su nombre es santo ». En el *Magnificat* la Iglesia encuentra

vencido de raíz el pecado del comienzo de la historia terrena del hombre y de la mujer, el pecado de la incredulidad o de la « poca fe » en Dios. Contra la « sospecha » que el « padre de la mentira » ha hecho surgir en el corazón de Eva, la primera mujer, María, a la que la tradición suele llamar « nueva Eva » <sup>91</sup> y verdadera « madre de los vivientes » <sup>92</sup>, proclama con fuerza la verdad *no ofuscada* sobre Dios: el Dios Santo y todopoderoso, que desde el comienzo es *la fuente de todo don*, aquel que « ha hecho obras grandes ». Al crear, Dios da la existencia a toda la realidad. Creando al hombre, le da la dignidad de la imagen y semejanza con él de manera singular respecto a todas las criaturas terrenas. Y no deteniéndose en su voluntad de prodigarse no obstante el pecado del hombre, *Dios se da en el Hijo*: « Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único » (*Jn* 3, 16). María es el primer testimonio de esta maravillosa verdad, que se realizará plenamente mediante lo que hizo y enseñó su Hijo (cf. *Hch* 1, 1) y, definitivamente, mediante su Cruz y resurrección.

La Iglesia, que aun « en medio de tentaciones y tribulaciones » no cesa de repetir con María las palabras del *Magnificat*, « se ve confortada » con la fuerza de la verdad sobre Dios, proclamada entonces con tan extraordinaria sencillez y, al mismo tiempo, *con esta verdad sobre Dios desea iluminar* las difíciles y a veces intrincadas vías de la existencia terrena de los hombres. El camino de la Iglesia, pues, ya al final del segundo Milenio cristiano, implica un renovado empeño en su misión. La Iglesia, siguiendo a aquel que dijo de sí mismo: « (Dios) me ha enviado para anunciar *a los pobres la Buena Nueva* » (cf. *Lc* 4, 18), a través de las generaciones, ha tratado y trata hoy de cumplir la misma misión.

*Su amor preferencial por los pobres* está inscrito admirablemente en el *Magnificat* de María. El Dios de la Alianza, cantado por la Virgen de Nazaret en la elevación de su espíritu, es a la vez el que « derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos, ... dispersa a los soberbios ... y conserva su misericordia para los que le temen ». María está profundamente impregnada del espíritu de los « pobres de Yahvé », que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en El toda su confianza (cf. *Sal* 25; 31; 35; 55). En cambio, ella proclama la venida del misterio de la salvación, la venida del « Mesías de los pobres » (cf. *Is* 11, 4; 61, 1). La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del *Magnificat*, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que *no se puede separar la verdad sobre Dios que salva*, sobre Dios que es fuente de todo don, *de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes*, que, cantado en el *Magnificat*, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús.

La Iglesia, por tanto, es consciente —y en nuestra época tal conciencia se refuerza de manera particular— de que no sólo no se pueden separar estos dos elementos del mensaje contenido en el *Magnificat*, sino que también se debe salvaguardar cuidadosamente la importancia que « los pobres » y « la opción en favor de los pobres » tienen en la palabra del Dios vivo. Se trata de temas y problemas orgánicamente relacionados con el *sentido cristiano de la libertad y de la liberación*. « Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es *la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación* de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo para comprender en su integridad el sentido de su misión ».<sup>93</sup>

### III PARTE – MEDIACIÓN MATERNA

## 1. María, Esclava del Señor

38. La Iglesia sabe y enseña con San Pablo que *uno solo es nuestro mediador*: « Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos » (1 Tm 2, 5–6). « La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder » <sup>94</sup>: es mediación en Cristo.

La Iglesia sabe y enseña que « todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres ... dimana del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta ».<sup>95</sup> Este saludable influjo está mantenido por el Espíritu Santo, quien, igual que cubrió con su sombra a la Virgen María comenzando en ella la maternidad divina, mantiene así continuamente su solicitud hacia los hermanos de su Hijo.

Efectivamente, la mediación de María *está íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada.<sup>96</sup> En efecto, si « jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor », al mismo tiempo « la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas *diversas clases de cooperación*, participada de la única fuente »; y así « la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas ».<sup>97</sup>

La enseñanza del Concilio Vaticano II presenta la verdad sobre la mediación de María como una *participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo*. Leemos al respecto: « La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador ».<sup>98</sup> Esta función es, al mismo tiempo, *especial y extraordinaria*. Brota de su maternidad divina y puede ser comprendida y vivida en la fe, solamente sobre la base de la plena verdad de esta maternidad. Siendo María, en virtud de la elección divina, la Madre del Hijo consubstancial al Padre y « compañera singularmente generosa » en la obra de la redención, es nuestra madre en el orden de la gracia ».<sup>99</sup> Esta función constituye una dimensión real de su presencia en el misterio salvífico de Cristo y de la Iglesia.

39. Desde este punto de vista es necesario considerar una vez más el acontecimiento fundamental en la economía de la salvación, o sea la encarnación del Verbo en la anunciación. Es significativo que María, reconociendo en la palabra del mensajero divino la voluntad del Altísimo y sometiéndose a su poder, diga: « *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* » (Lc 1, 3). El primer momento de la sumisión a la única mediación « entre Dios y los hombres » —la de Jesucristo— es la aceptación de la maternidad por parte de la Virgen de Nazaret. María da su consentimiento a la elección de Dios, para ser la Madre de su Hijo por obra del Espíritu Santo. Puede decirse que este *consentimiento suyo para la maternidad* es sobre todo *fruto de la donación total a Dios en la virginidad*. María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios, guiada por el amor esponsal, que « consagra » totalmente una persona humana a Dios. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo «

entregada a Dios », viviendo la virginidad. Las palabras « he aquí la esclava del Señor » expresan el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como *donación total de sí*, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo. Y toda su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo, la vivió hasta el final de acuerdo con su vocación a la virginidad.

La maternidad de María, impregnada profundamente por la actitud esponsal de « esclava del Señor », constituye la dimensión primera y fundamental de aquella mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella,<sup>100</sup> y continuamente « recomienda a la piedad de los fieles » porque confía mucho en esta mediación. En efecto, conviene reconocer que, antes que nadie, Dios mismo, el eterno Padre, *se entregó a la Virgen de Nazaret*, dándole su propio Hijo en el misterio de la Encarnación. Esta elección suya al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios, a nivel ontológico, se refiere a la realidad misma de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo (*unión hipostática*). Este hecho fundamental de ser la Madre del Hijo de Dios supone, desde el principio, una apertura total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión. Las palabras « he aquí la esclava del Señor » atestiguan esta apertura del espíritu de María, la cual, de manera perfecta, reúne en sí misma el amor propio de la virginidad y el amor característico de la maternidad, unidos y como fundidos juntamente.

Por tanto María ha llegado a ser no sólo la « madre-nodriza » del Hijo del hombre, sino también la « compañera singularmente generosa » <sup>101</sup> del Mesías y Redentor. Ella —como ya he dicho— avanzaba en la peregrinación de la fe y en esta *peregrinación* suya hasta los pies de la Cruz se ha realizado, al mismo tiempo, su *cooperación* materna en toda la misión del Salvador mediante sus acciones y sufrimientos. A través de esta colaboración en la obra del Hijo Redentor, la maternidad misma de María conocía una transformación singular, colmándose cada vez más de « ardiente caridad » hacia todos aquellos a quienes estaba dirigida la misión de Cristo. Por medio de esta « ardiente caridad », orientada a realizar en unión con Cristo la restauración de la « vida sobrenatural de las almas »,<sup>102</sup> María *entraba de manera muy personal en la única mediación* « entre Dios y los hombres », *que es la mediación del hombre Cristo Jesús*. Si ella fue la primera en experimentar en sí misma los efectos sobrenaturales de esta única mediación —ya en la anunciación había sido saludada como « llena de gracia »— entonces es necesario decir, que por esta plenitud de gracia y de vida sobrenatural, estaba particularmente dispuesta a la cooperación con Cristo, único mediador de la salvación humana. *Y tal cooperación es precisamente esta mediación subordinada* a la mediación de Cristo.

En el caso de María se trata de una mediación especial y excepcional, basada sobre su « plenitud de gracia », que se traducirá en la plena disponibilidad de la « esclava del Señor ». Jesucristo, como respuesta a esta disponibilidad interior de su Madre, *la preparaba* cada vez más a ser para los hombres « madre en el orden de la gracia ». Esto indican, al menos de manera indirecta, algunos detalles anotados por los Sinópticos (cf. *Lc* 11, 28; 8, 20–21; *Mc* 3, 32–35; *Mt* 12, 47–50) y más aún por el Evangelio de Juan (cf. 2, 1–12; 19, 25–27), que ya he puesto de relieve. A este respecto, son particularmente elocuentes las palabras, pronunciadas por Jesús en la Cruz, relativas a María y a Juan.

40. Después de los acontecimientos de la resurrección y de la ascensión, María, entrando con los apóstoles en el cenáculo a la espera de Pentecostés, estaba presente como Madre del Señor glorificado. Era no sólo la que « avanzó en la peregrinación de la fe » y guardó fielmente su unión con el Hijo « hasta la Cruz », *sino también la « esclava*

*del Señor* », entregada por su Hijo como madre a la Iglesia naciente: « He aquí a tu madre ». Así empezó a formarse una relación especial entre esta Madre y la Iglesia. En efecto, la Iglesia naciente era fruto de la Cruz y de la resurrección de su Hijo. María, que desde el principio se había entregado sin reservas a la persona y obra de su Hijo, no podía dejar de volcar sobre la Iglesia esta entrega suya materna. Después de la ascensión del Hijo, su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo. Al respecto enseña el Concilio: « Esta maternidad de María en la economía de la gracia *perdura sin cesar* ... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos ». <sup>103</sup> Con la muerte redentora de su Hijo, la mediación materna de la esclava del Señor alcanzó una dimensión universal, porque la obra de la redención abarca a todos los hombres. Así se manifiesta de manera singular la eficacia de la mediación única y universal de Cristo « entre Dios y los hombres ». La cooperación de María *participa*, por su carácter subordinado, *de la universalidad de la mediación del Redentor*, único mediador. Esto lo indica claramente el Concilio con las palabras citadas antes.

« Pues —leemos todavía— asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna ». <sup>104</sup> Con este carácter de « intercesión », que se manifestó por primera vez en Caná de Galilea, la mediación de María continúa en la historia de la Iglesia y del mundo. Leemos que María « con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada ». <sup>105</sup> De este modo la maternidad de María perdura incesantemente en la Iglesia como mediación intercesora, y la Iglesia expresa su fe en esta verdad invocando a María « con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora ». <sup>106</sup>

41. María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye *de manera especial a la unión de la Iglesia* peregrina en la tierra con la *realidad* escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya « asunta a los cielos ». <sup>107</sup> La verdad de la Asunción, definida por Pío XII, ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que expresa así la fe de la Iglesia: « Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, *fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial* y *fue ensalzada* por el Señor *como Reina universal* con el fin de que se asemeje de forma más plena a su Hijo, Señor de señores (cf. *Ap* 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte ». <sup>108</sup> Con esta enseñanza Pío XII enlazaba con la Tradición, que ha encontrado múltiples expresiones en la historia de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente.

Con el misterio de la Asunción a los cielos, se han realizado definitivamente en María todos los efectos de la única mediación *de Cristo Redentor del mundo y Señor resucitado*: « Todos vivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego, los de Cristo en su Venida » (1 Co 15, 22–23). En el misterio de la Asunción se expresa la fe de la Iglesia, según la cual María « está también íntimamente unida » a Cristo porque, aunque como madre–virgen estaba singularmente unida a él *en su primera venida*, por su cooperación constante con él lo estará también a la espera de la segunda; « redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo », <sup>109</sup> ella tiene también aquella función, propia de la madre, de mediadora de clemencia *en la venida definitiva*, cuando todos los de Cristo revivirán, y « el último enemigo en ser destruido será la Muerte » (1 Co 15, 26). <sup>110</sup>

A esta exaltación de la « Hija excelsa de Sión », <sup>111</sup> mediante la asunción a los

cielos, está unido el misterio de su gloria eterna. En efecto, la Madre de Cristo es glorificada como « Reina universal ».<sup>112</sup> La que en la anunciación se definió como « esclava del Señor » fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera « discípula » de Cristo, el cual subrayaba intensamente el carácter de servicio de su propia misión: el Hijo del hombre « no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos » (*Mt* 20, 28). Por esto María ha sido la primera entre aquellos que, « sirviendo a Cristo también en los demás, conducen en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar »,<sup>113</sup> Y ha conseguido plenamente aquel « estado de libertad real », propio de los discípulos de Cristo: ¡servir quiere decir reinar!

« Cristo, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (cf. *Flp* 2, 8–9), entró en la gloria de su reino. A El están sometidas todas las cosas, hasta que El se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (cf. *I Co* 15, 27–28) ». <sup>114</sup> María, esclava del Señor, forma parte de este Reino del Hijo.<sup>115</sup> La *gloria de servir* no cesa de ser su exaltación real; asunta a los cielos, ella no termina aquel servicio suyo salvífico, en el que se manifiesta la mediación materna, « hasta la consumación perpetua de todos los elegidos ». <sup>116</sup> Así aquella, que aquí en la tierra « guardó fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz », sigue estando unida a él, mientras ya « a El están sometidas todas las cosas, hasta que El se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre ». Así en su ascensión a los cielos, María está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los santos, y su misma unión con el Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, *cuando* « Dios sea todo en todas las cosas ».

También en esta fase la mediación materna de María sigue estando subordinada a aquel que es el único Mediador, *hasta la realización definitiva de la « plenitud de los tiempos »*, es decir, hasta que « todo tenga a Cristo por Cabeza » (*Ef* 1, 10).

## 2. María en la vida de la Iglesia y de cada cristiano

42. El Concilio Vaticano II, siguiendo la Tradición, ha dado nueva luz sobre el papel de la Madre de Cristo en la vida de la Iglesia. « La Bienaventurada Virgen, por el don ... de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamente a la Iglesia. *La Madre de Dios es tipo de la Iglesia*, a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo ». <sup>117</sup> Ya hemos visto anteriormente como María permanece, desde el comienzo, con los apóstoles a la espera de Pentecostés y como, siendo « feliz la que ha creído », a través de las generaciones está presente en medio de la Iglesia peregrina mediante la fe y como modelo de la esperanza que no desengaña (cf. *Rom* 5, 5).

María creyó que se cumpliría lo que le había dicho el Señor. Como Virgen, creyó que concebiría y daría a luz un hijo: el « Santo », al cual corresponde el nombre de « Hijo de Dios », el nombre de « Jesús » (Dios que salva). Como esclava del Señor, permaneció perfectamente fiel a la persona y a la misión de este Hijo. Como madre, « *creyendo y obedeciendo*, engendró en la tierra al mismo *Hijo del Padre*, y esto sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo ». <sup>118</sup>

Por estos motivos María « con razón es honrada con especial culto por la Iglesia; ya desde los tiempos más antiguos ... es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles en todos sus peligros y necesidades acuden con sus súplicas ». <sup>119</sup> Este culto es del todo particular: contiene en sí y *expresa* aquel profundo vínculo existente *entre la Madre de Cristo y la Iglesia*. <sup>120</sup> Como virgen y madre, María es para

la Iglesia un « modelo perenne ». Se puede decir, pues, que, sobre todo según este aspecto, es decir como modelo o, más bien como « figura », María, presente en el misterio de Cristo, está también constantemente presente en el misterio de la Iglesia. En efecto, también la Iglesia « es llamada madre y virgen », y estos nombres tienen una profunda justificación bíblica y teológica.<sup>121</sup>

43. *La Iglesia « se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad ».*<sup>122</sup> Igual que María creyó la primera, acogiendo la palabra de Dios que le fue revelada en la anunciación, y permaneciendo fiel a ella en todas sus pruebas hasta la Cruz, así la Iglesia llega a ser Madre cuando, *acogiendo con fidelidad la palabra de Dios*, « por la predicación y el bautismo *engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios ».*<sup>123</sup> Esta característica « materna » de la Iglesia ha sido expresada de modo particularmente vigoroso por el Apóstol de las gentes, cuando escribía: « ¡Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros! » (*Gál 4, 19*). En estas palabras de san Pablo está contenido un indicio interesante de la conciencia materna de la Iglesia primitiva, unida al servicio apostólico entre los hombres. Esta conciencia permitía y permite constantemente a la Iglesia ver el misterio de su vida y de su misión *a ejemplo de la misma Madre del Hijo*, que es el « primogénito entre muchos hermanos » (*Rom 8, 29*).

Se puede afirmar que la Iglesia aprende también de María la propia maternidad; reconoce la dimensión materna de su vocación, unida esencialmente a su naturaleza sacramental, « contemplando su arcana santidad e imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre ».<sup>124</sup> Si la Iglesia es signo e instrumento de la unión íntima con Dios, lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, « engendra » hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque, al igual que *María está al servicio del misterio de la encarnación*, así *la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos* por medio de la gracia.

Al mismo tiempo, a ejemplo de María, la Iglesia es la virgen fiel al propio esposo: « también ella es virgen que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo ».<sup>125</sup> La Iglesia es, pues, la esposa de Cristo, como resulta de las cartas paulinas (cf. *Ef 5, 21–33; 2 Co 11, 2*) y de la expresión joánica « la esposa del Cordero » (*Ap 21, 9*). Si *la Iglesia* como esposa custodia « la fe *prometida* a Cristo », esta fidelidad, a pesar de que en la enseñanza del Apóstol se haya convertido en imagen del matrimonio (cf. *Ef 5, 23–33*), posee también el valor tipo de la total donación a Dios en el celibato « por el Reino de los cielos », *es decir de la virginidad consagrada a Dios* (cf. *Mt 19, 11–12; 2 Cor 11, 2*). Precisamente esta virginidad, siguiendo el ejemplo de la Virgen de Nazaret, es fuente de una especial fecundidad espiritual: *es fuente de la maternidad en el Espíritu Santo*.

Pero *la Iglesia* custodia también la fe *recibida de Cristo*; a ejemplo de María, que guardaba y meditaba en su corazón (cf. *Lc 2, 19. 51*) todo lo relacionado con su Hijo divino, está dedicada a custodiar la Palabra de Dios, a indagar sus riquezas con discernimiento y prudencia con el fin de dar en cada época un testimonio fiel a todos los hombres.<sup>126</sup>

44. Ante esta ejemplaridad, la Iglesia se encuentra con María e intenta asemejarse a ella: « Imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad ».<sup>127</sup> Por consiguiente, María está presente en el misterio de la Iglesia como *modelo*. Pero el misterio de la Iglesia consiste también en el hecho de engendrar a los hombres a una vida nueva e inmortal: es su maternidad en el Espíritu Santo. Y aquí María no sólo es

modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues, « *con materno amor coopera a la generación y educación* » de los hijos e hijas de la madre Iglesia. La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su « cooperación ». La Iglesia *recibe* copiosamente de esta cooperación, es decir de la mediación materna, que es característica de María, ya que en la tierra ella cooperó a la generación y educación de los hijos e hijas de la Iglesia, como Madre de aquel Hijo « a quien Dios constituyó como hermanos ». 128

En ello cooperó —como enseña el Concilio Vaticano II— con materno amor. 129 Se descubre aquí el valor real de las palabras dichas por Jesús a su madre cuando estaba en la Cruz: « Mujer, ahí tienes a tu hijo » y al discípulo: « Ahí tienes a tu madre » (*Jn 19, 26–27*). Son palabras que determinan *el lugar de María en la vida de los discípulos de Cristo* y expresan —como he dicho ya— su nueva maternidad como Madre del Redentor: la maternidad espiritual, nacida de lo profundo del misterio pascual del Redentor del mundo. Es una maternidad en el orden de la gracia, porque implora el don del Espíritu Santo que suscita los nuevos hijos de Dios, redimidos mediante el sacrificio de Cristo: aquel Espíritu que, junto con la Iglesia, María ha recibido también el día de Pentecostés.

Esta maternidad suya ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado Banquete —celebración litúrgica del misterio de la Redención—, en el cual Cristo, su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente.

Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un *profundo vínculo* entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las Familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos incluso los juveniles, en la pastoral de los Santuarios marianos *María guía a los fieles a la Eucaristía*.

45. Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre *una relación única e irreplicable* entre dos personas: *la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre*. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia. En efecto, cada hijo es engendrado de un modo único e irreplicable, y esto vale tanto para la madre como para el hijo. Cada hijo es rodeado del mismo modo por aquel amor materno, sobre el que se basa su formación y maduración en la humanidad.

Se puede afirmar que la maternidad « en el orden de la gracia » mantiene la analogía con cuanto a en el orden de la naturaleza » caracteriza la unión de la madre con el hijo. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que, en el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de su madre haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: « Ahí tienes a tu hijo ».

Se puede decir además que en estas mismas palabras está indicado plenamente el motivo *de la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo*; no sólo de Juan, que en aquel instante se encontraba a los pies de la Cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano. El Redentor confía su madre al discípulo y, al mismo tiempo, se la da como madre. La maternidad de María, que se convierte en herencia del hombre, es un don: *un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre*. El Redentor confía María a Juan, en la medida en que confía Juan a María. A los pies de la Cruz comienza aquella especial *entrega del hombre a la Madre de Cristo*, que en la historia de la Iglesia se ha ejercido y expresado posteriormente de modos diversos. Cuando el mismo apóstol y evangelista, después de

haber recogido las palabras dichas por Jesús en la Cruz a su Madre y a él mismo, añade: « Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa » (Jn 19,27). Esta afirmación quiere decir con certeza que al discípulo se atribuye el papel de hijo y que él cuidó de la Madre del Maestro amado. Y ya que María fue dada como madre personalmente a él, la afirmación indica, aunque sea indirectamente, lo que expresa la relación íntima de un hijo con la madre. Y todo esto se encierra en la palabra « entrega ». La entrega es *la respuesta* al amor de una persona y, en concreto, *al amor de la madre*.

La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, « acoge entre sus cosas propias » 130 a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su « yo » humano y cristiano: « *La acogió en su casa* » Así el cristiano, trata de entrar en el radio de acción de aquella « caridad materna », con la que la Madre del Redentor « cuida de los hermanos de su Hijo », 131 « a cuya generación y educación coopera » 132 según la medida del don, propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo. Así se manifiesta también aquella maternidad según el espíritu, que ha llegado a ser la función de María a los pies de la Cruz y en el cenáculo.

46. Esta relación filial, esta entrega de un hijo a la Madre no sólo tiene su *comienzo en Cristo*, sino que se puede decir que definitivamente *se orienta hacia él*. Se puede afirmar que María sigue repitiendo a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: « Haced lo que él os diga ». En efecto es él, Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres; es él « el Camino, la Verdad y la Vida » (Jn 4, 6); es él a quien el Padre ha dado al mundo, para que el hombre « no perezca, sino que tenga vida eterna » (Jn 3, 16). La Virgen de Nazaret se ha convertido en la primera « testigo » de este amor salvífico del Padre y desea *permanecer también su humilde esclava siempre y por todas partes*. Para todo cristiano y todo hombre, María es la primera que « ha creído », y precisamente con esta fe suya de esposa y de madre quiere actuar sobre todos los que se entregan a ella como hijos. Y es sabido que cuanto más estos hijos perseveran en esta actitud y avanzan en la misma, tanto más María les acerca a la « inescrutable riqueza de Cristo » (Ef 3, 8). E igualmente ellos reconocen cada vez mejor la dignidad del hombre en toda su plenitud, y el sentido definitivo de su vocación, porque « Cristo ... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre ». 133

Esta dimensión mariana en la vida cristiana adquiere un acento peculiar respecto a la mujer y a su condición. En efecto, la feminidad tiene una *relación singular* con la Madre del Redentor, tema que podrá profundizarse en otro lugar. Aquí sólo deseo poner de relieve que la figura de María de Nazaret proyecta luz sobre la *mujer en cuanto tal* por el mismo hecho de que Dios, en el sublime acontecimiento de la encarnación del Hijo, se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer. Por lo tanto, se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos, de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo.

47. Durante el Concilio Pablo VI proclamó solemnemente que *María es Madre de la Iglesia*, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores ». 134 Más tarde, el año 1968 en la Profesión de fe, conocida bajo el nombre de

« Credo del pueblo de Dios », ratificó esta afirmación de forma aún más comprometida con las palabras « Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia continúa en el cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos ».<sup>135</sup>

El magisterio del Concilio ha subrayado que la verdad sobre la Santísima Virgen, Madre de Cristo, constituye un medio eficaz para la profundización de la verdad sobre la Iglesia. El mismo Pablo VI, tomando la palabra en relación con la Constitución *Lumen gentium*, recién aprobada por el Concilio, dijo: « *El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave para la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia* ». <sup>136</sup> María está presente en la Iglesia como Madre de Cristo y, a la vez, como aquella Madre que Cristo, en el misterio de la redención, ha dado al hombre en la persona del apóstol Juan. Por consiguiente, María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, a todos y a cada uno *en la Iglesia*, acoge también a todos y a cada uno *por medio* de la Iglesia. En este sentido María, Madre de la Iglesia, es también su modelo. En efecto, la Iglesia —como desea y pide Pablo VI— « encuentra en ella (María) la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo ». <sup>137</sup>

Merced a este vínculo especial, que une a la Madre de Cristo con la Iglesia, *se aclara mejor el misterio de aquella « mujer »* que, desde los primeros capítulos del Libro del *Génesis* hasta el *Apocalipsis*, acompaña la revelación del designio salvífico de Dios respecto a la humanidad. Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella « dura batalla contra el poder de las tinieblas » <sup>138</sup> que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la « mujer vestida de sol » (*Ap* 12, 1), <sup>139</sup> se puede afirmar que « la Iglesia en la Beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga »; por esto, los cristianos, alzando con fe los ojos hacia María a lo largo de su peregrinación terrena, « aún se esfuerzan en crecer en la santidad ». <sup>140</sup> María, la excelsa hija de Sión, ayuda a todos los hijos —donde y como quiera que vivan— *a encontrar en Cristo el camino hacia la casa del Padre*.

Por consiguiente, la Iglesia, a lo largo de toda su vida, mantiene con la Madre de Dios un vínculo que comprende, en el misterio salvífico, el pasado, el presente y el futuro, y la venera como madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia.

### 3. EL sentido del Año Mariano

48. Precisamente el vínculo especial de la humanidad con esta Madre me ha movido a proclamar en la Iglesia, en el período que precede a la conclusión del segundo Milenio del nacimiento de Cristo, un Año Mariano. Una iniciativa similar tuvo lugar ya en el pasado, cuando Pío XII proclamó el 1954 como Año Mariano, con el fin de resaltar la santidad excepcional de la Madre de Cristo, expresada en los misterios de su Inmaculada Concepción (definida exactamente un siglo antes) y de su Asunción a los cielos. <sup>141</sup>

Ahora, siguiendo la línea del Concilio Vaticano II, deseo poner de relieve la *especial presencia* de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia. Esta es, en efecto, una dimensión fundamental que brota de la mariología del Concilio, de cuya clausura nos separan ya más de veinte años. El Sínodo extraordinario de los Obispos, que se ha realizado el año 1985, ha exhortado a todos a seguir fielmente el magisterio y las indicaciones del Concilio. Se puede decir que en ellos —Concilio y Sínodo— está

contenido lo que el mismo Espíritu Santo desea « decir a la Iglesia » en la presente fase de la historia.

En este contexto, el Año Mariano deberá promover también una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, a la que se refieren las consideraciones de esta Encíclica. Se trata aquí no sólo de la *doctrina de fe*, sino también *de la vida de fe* y, por tanto, de la auténtica « espiritualidad mariana », considerada a la luz de la Tradición y, de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio.<sup>142</sup> Además, la *espiritualidad* mariana, a la par de la *devoción* correspondiente, encuentra una fuente riquísima en la experiencia histórica de las personas y de las diversas comunidades cristianas, que viven entre los distintos pueblos y naciones de la tierra. A este propósito, me es grato recordar, entre tantos testigos y maestros de la espiritualidad mariana, la figura de san Luis María Grignion de Montfort, el cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo.<sup>143</sup> Observo complacido cómo en nuestros días no faltan tampoco nuevas manifestaciones de esta espiritualidad y devoción.

49. *Este Año comenzará en la solemnidad de Pentecostés, el 7 de junio próximo.* Se trata, pues, de recordar no sólo que María « ha precedido » la entrada de Cristo Señor en la historia de la humanidad, sino de subrayar además, a la luz de María, que desde el cumplimiento del misterio de la Encarnación la historia de la humanidad ha entrado en la « plenitud de los tiempos » y que la Iglesia es el signo de esta plenitud. Como Pueblo de Dios, la Iglesia realiza su peregrinación hacia la eternidad mediante la fe, en medio de todos los pueblos y naciones, desde el día de Pentecostés. *La Madre de Cristo*, que estuvo presente en el comienzo del « tiempo de la Iglesia », cuando a la espera del Espíritu Santo rezaba asiduamente con los apóstoles y los discípulos de su Hijo, « precede » constantemente a la Iglesia en este *camino suyo* a través de la historia de la humanidad. María es también la que, precisamente como esclava del Señor, coopera sin cesar en la obra de la salvación llevada a cabo por Cristo, su Hijo.

Así, mediante este Año Mariano, *la Iglesia es llamada* no sólo a recordar todo lo que en su pasado testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, sino además *a preparar*, por su parte, cara al futuro las vías de esta cooperación, ya que el final del segundo Milenio cristiano abre como una nueva perspectiva.

50. Como ya ha sido recordado, también entre los hermanos separados muchos honran y celebran a la Madre del Señor, de modo especial los Orientales. Es una luz mariana proyectada sobre el ecumenismo. De modo particular, deseo recordar todavía que, durante el Año Mariano, se celebrará *el Milenio del bautismo* de San Vladimiro, Gran Príncipe de Kiev (a. 988), que dio comienzo al cristianismo en los territorios de la Rus' de entonces y, a continuación, en otros territorios de Europa Oriental; y que por este camino, mediante la obra de evangelización, el cristianismo se extendió también más allá de Europa, hasta los territorios septentrionales del continente asiático. Por lo tanto, queremos, especialmente a lo largo de este Año, unirnos en plegaria con cuantos celebran el Milenio de este bautismo, ortodoxos y católicos, renovando y confirmando con el Concilio aquellos sentimientos de gozo y de consolación porque « los orientales ... corren parejos con nosotros por su impulso fervoroso y ánimo en el culto de la Virgen Madre de Dios ».<sup>144</sup> Aunque experimentamos todavía los dolorosos efectos de la separación, acaecida algunas décadas más tarde (a. 1054), podemos decir que *ante la Madre de Cristo nos sentimos verdaderos hermanos y hermanas* en el ámbito de aquel

pueblo mesiánico, llamado a ser una única familia de Dios en la tierra, como anunciaba ya al comienzo del Año Nuevo: « Deseamos confirmar esta herencia universal de todos los hijos y las hijas de la tierra ».<sup>145</sup>

Al anunciar el año de María, precisaba además que su clausura se realizará el año próximo en la *solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos*, para resaltar así « la señal grandiosa en el cielo », de la que habla *el Apocalipsis*. De este modo queremos cumplir también la exhortación del Concilio, que mira a María como a un « signo de esperanza segura y de consuelo para el pueblo de Dios peregrinante ». Esta exhortación la expresa el Concilio con las siguientes palabras: « Ofrezcan los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los hombres, para que ella, que estuvo presente en las primeras oraciones de la Iglesia, ahora también, ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles, en la comunión de todos los santos, interceda ante su Hijo, para que las familias de todos los pueblos, tanto los que se honran con el nombre cristiano como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individual Trinidad ».<sup>146</sup>

## CONCLUSIÓN

51. Al final de la cotidiana liturgia de las Horas se eleva, entre otras, esta invocación de la Iglesia a María: « Salve, Madre soberana del Redentor, puerta del cielo siempre abierta, estrella del mar; socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse, tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador ».

« Para asombro de la naturaleza ». Estas palabras de la antífona expresan aquel *asombro de la fe*, que acompaña el misterio de la maternidad divina de María. Lo acompaña, en cierto sentido, en el corazón de todo lo creado y, directamente, en el corazón de todo el Pueblo de Dios, en el corazón de la Iglesia. Cuán admirablemente lejos ha ido Dios, creador y señor de todas las cosas, en la « revelación de sí mismo » al hombre.<sup>147</sup> Cuán claramente ha superado todos los espacios de la infinita « distancia » que separa al creador de la criatura. Si en sí mismo permanece *inefable e inescrutable*, más aún *es inefable e inescrutable en la realidad de la Encarnación* del Verbo, que se hizo hombre por medio de la Virgen de Nazaret.

Si El ha querido llamar eternamente al hombre a participar de la naturaleza divina (cf. 2 P 1, 4), se puede afirmar que ha predispuesto la « divinización » del hombre según su condición histórica, de suerte que, después del pecado, está dispuesto a restablecer con gran precio el designio eterno de su amor mediante la « humanización » del Hijo, consubstancial a El. Todo lo creado y, más directamente, el hombre no puede menos de quedar asombrado ante este don, del que ha llegado a ser participe en el Espíritu Santo: « Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único » (*Jn* 3, 16).

*En el centro de este misterio*, en lo más vivo de este asombro de la fe, se halla María, Madre soberana del Redentor, que ha sido la primera en experimentar: « tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador ».

52. En la palabras de esta antífona litúrgica se expresa también *la verdad del « gran cambio »*, que se ha verificado en el hombre mediante el misterio de la Encarnación. Es un cambio que pertenece a toda su historia, desde aquel comienzo que se ha revelado en los primeros capítulos del *Génesis* hasta el término último, en la perspectiva del fin del mundo, del que Jesús no nos ha revelado « ni el día ni la hora » (*Mt* 25, 13). Es un cambio incesante y continuo entre el caer y el levantarse, entre el

hombre del pecado y el hombre de la gracia y de la justicia. La liturgia, especialmente en Adviento, se coloca en el centro neurálgico de este cambio, y toca su incesante « hoy y ahora », mientras exclama: « Socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse ». Estas palabras se refieren a todo hombre, a las comunidades, a las naciones y a los pueblos, a las generaciones y a las épocas de la historia humana, a nuestros días, a estos años del Milenio que está por concluir: « Socorre, si, socorre al pueblo que sucumbe ».

Esta es la invocación dirigida a María, « santa Madre del Redentor », es la invocación dirigida a Cristo, que por medio de María ha entrado en la historia de la humanidad. Año tras año, la antifona se eleva a María, evocando el momento en el que se ha realizado este esencial cambio histórico, que perdura irreversiblemente: el cambio entre el « caer » y el « levantarse ».

La humanidad ha hecho admirables descubrimientos y ha alcanzado resultados prodigiosos en el campo de la ciencia y de la técnica, ha llevado a cabo grandes obras en la vía del progreso y de la civilización, y en épocas recientes se diría que ha conseguido acelerar el curso de la historia. Pero el cambio fundamental, cambio que se puede definir « original », acompaña siempre el camino del hombre y, a través de los diversos acontecimientos históricos, acompaña a todos y a cada uno. Es el cambio entre el « caer » y el « levantarse », entre la muerte y la vida. Es también *un constante desafío* a las conciencias humanas, un desafío a toda la conciencia histórica del hombre: el desafío a seguir la vía del « no caer » en los modos siempre antiguos y siempre nuevos, y del « levantarse », si ha caído.

Mientras con toda la humanidad se acerca al confín de los dos Milenios, la Iglesia, por su parte, con toda la comunidad de los creyentes y en unión con todo hombre de buena voluntad, recoge el gran desafío contenido en las palabras de la antifona sobre el « pueblo que sucumbe y lucha por levantarse » y se dirige conjuntamente al Redentor y a su Madre con la invocación « Socorre ». En efecto, la Iglesia ve —y lo confirma esta plegaria— a la Bienaventurada Madre de Dios en el misterio salvífico de Cristo y en su propio misterio; la ve profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y participe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que «no caiga» o, si cae, «se levante ».

Deseo fervientemente que las reflexiones contenidas en esta Encíclica ayuden también a la renovación de esta visión en el corazón de todos los creyentes.

Como Obispo de Roma, envío a todos, a los que están destinadas las presentes consideraciones, el beso de la paz, el saludo y la bendición en nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

*Dado en Roma, junto a san Pedro, el 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor del año 1987, noveno de mi Pontificado.*

<sup>1</sup> Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 52 y todo el cap. VIII, titulado « La bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia ».

<sup>2</sup> La expresión « plenitud de los tiempos » (*pléroma tou jronou*) es paralela a locuciones afines del judaísmo tanto bíblico (cf. Gn 29, 21, 1 S 7, 12; Tb 14, 5) como extrabíblico, y sobre todo del N.T. (cf. Mc 1, 15; Lc 21, 24; Jn 7, 8; Ef 1, 10). Desde el

punto de vista formal, esta expresión indica no sólo la conclusión de un proceso cronológico, sino sobre todo la madurez o el cumplimiento de un período particularmente importante, porque está orientado hacia la actuación de una espera, que adquiere, por tanto, una dimensión escatológica. Según Ga 4, 4 y su contexto, es el acontecimiento del Hijo de Dios quien revela que el tiempo ha colmado, por así decir, la medida; o sea, el período indicado por la promesa hecha a Abraham, así como por la ley interpuesta por Moisés, ha alcanzado su culmen, en el sentido de que Cristo cumple la promesa divina y supera la antigua ley.

3 Cf. Misal Romano, Prefacio del 8 de diciembre, en la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen; S. Ambrosio, *De Institutione Virginis*, V, 93–94; PL 16, 342; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 68.

4 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 58.

5 Pablo VI, Carta Enc. *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966): AAS 58 (1966) 745–749; Exhort. Apost. *Signum magnum* (13 de mayo de 1967): AAS 59 (1967) 465–475; Exhort. Apost. *Marialis cultus* (2 de febrero de 1974): AAS 66 (1974) 113–168.

6 El Antiguo Testamento ha anunciado de muchas maneras el misterio de María: cf. S. Juan Damasceno, *Hom. in Dormitionem I*, 8–9: S. Ch. 80, 103–107.

7 Cf. Enseñanzas, VI/2 (1983), 225 s., Pío IX, Carta Apost. *Ineffabilis Deus* (8 de diciembre de 1854): Pii IX P. M. Acta, pars I, 597–599.

8 Cf. Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 22.

9 Conc. Ecum. Ephes.: *Conciliorum Oecumenicorum Decreto*, Bologna 1973 (3), 41–44; 59–61 (DS 250–264), cf. Conc. Ecum. Calcedon.: o.c., 84–87 (DS 300–303).

10 Conc. Ecum. Vat II, Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 22.

11 Const dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 52.

12 Cf. *ibid.*, 58.

13 *Ibid.*, 63; cf. S. Ambrosio, *Expos. Evang. sec. Luc.*, II, 7: CSEL, 32/4, 45; *De Institutione Virginis*, XIV, 88–89: PL 16, 341.

14 Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 64.

15 *Ibid.*, 65.

16 « Elimina este astro del sol que ilumina el mundo y ¿dónde va el día? Elimina a María, esta estrella del mar, sí, del mar grande e inmenso ¿qué permanece sino una vasta niebla y la sombra de muerte y densas nieblas?: S. Bernardo, *In Nativitate B. Mariae Sermo—De aquaeductu*, 6: S. Bernardi Opera, V, 1968, 279; cf. *In laudibus Virginis Matris Homilia II*, 17: Ed. cit., IV, 1966, 34 s.

17 Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 63.

18 *Ibid.*, 63.

19 Sobre la predestinación de María, cf. S. Juan Damasceno, *Hom. in Nativitatem*, 7; 10: S. Ch. 80, 65; 73; *Hom. in Dormitionem I*, 3: S. Ch. 80, 85: « Es ella, en efecto, que, elegida desde las generaciones antiguas, en virtud de la predestinación y de la benevolencia del Dios y Padre que te ha engendrado a ti (oh Verbo de Dios) fuera del tiempo sin salir de sí mismo y sin alteración alguna, es ella que te ha dado a luz, alimentado con su carne, en los últimos tiempos ... ».

20 Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 55.

21 Sobre esta expresión hay en la tradición patristica una interpretación amplia y

variada: cf. Orígenes, In Lucam homiliae, VI, 7: S. Ch. 87, 148; Severiano De Gabala, In mundi creationem, Oratio VI, 10: PG 56, 497 s.; S. Juan Crisóstomo (pseudo), In Annuntiationem Deiparae et contra Arium impium, PG 62, 765 s.; Basilio De Seleucia, Oratio 39, In Sanctissimaé Deiparae Annuntiationem, 5: PG 85, 441–446; Antipatro De Ostra, Hom. II, In Sanctissimae Deiparae Annuntiationem, 3–11: PG, 1777–1783; S. Sofronio de Jerusalén, Oratio II, In Sanctissimae Deiparae Annuntiationem, 17–19: PG 87/3, 3235–3240; S. Juan Damasceno, Hom. in Dormitionem, I, 7: S. Ch. 80, 96–101; S. Jerónimo, Epistola 65, 9: PL 22, 628; S. Ambrosio, Expos. Evang. sec. Lucam, II, 9: CSEL 34/4, 45 s.; S. Agustín, Sermo 291, 4–6: PL 38, 1318 s.; Enchiridion, 36, 11: PL 40, 250; S. Pedro Crisólogo, Sermo 142: PL 52, 579 s.; Sermo 143: PL 52, 583; S. Fulgencio De Ruspe, Epistola 17, VI, 12: PL 65, 458; S. Bernardo, In laudibus Virginis Matris, Homilía III, 2–3: S. Bernardi Opera, IV, 1966, 36–38.

22 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 55.

23 *ibid.*, 53.

24 Cf. Pío IX, Carta Apost. Ineffabilis Deus (8 de diciembre de 1856): Pii IX P. M. Acta, pars I, 616; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 53.

25 Cf. S. Germán. Cost., In Anntiationem SS. Deiparae Hom.: PG 98, 327 s.; S. Andrés Cret., Canon in B. Mariae Natalem, 4: PG 97, 1321 s.; In Nativitatem B. Mariae, I: PG 97, 811 s.; Hom. in Dormitionem S. Mariae 1: PG 97, 1067 s.

26 Liturgia de las Horas, del 15 de Agosto, en la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, Himno de las I y II Vísperas; S. Pedro Damían, Carmina et preces, XLVII: PL 145, 934.

27 Divina Comedia, Paraíso XXXIII, 1; cf. Liturgia de las Horas, Memoria de Santa María en sábado, Himno II en el Oficio de Lectura.

28 Cf. S. Agustín, De Sancta Virginitate, III, 3: PL 40, 398; Sermo 25, 7: PL 16, 937 s.

29 Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 5.

30 Este es un tema clásico, ya expuesto por S. Ireneo: « Y como por obra de la virgen desobediente el hombre fue herido y, precipitado, murió, así también por obra de la Virgen obediente a la palabra de Dios, el hombre regenerado recibió, por medio de la vida, la vida ... Ya que era conveniente y justo ... que Eva fuera « recapitulada » en María, con el fin de que la Virgen, convertida en abogada de la virgen, disolviera y destruyera la desobediencia virginal por obra de la obediencia virginal »; Expositio doctrinae apostolicae, 33: S. Ch. 62, 83–86; cf. también Adversus Haereses, V, 19, 1: S. Ch. 153, 248–250.

31 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 5.

32 *Ibid.*, 5; cf. Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 56.

33 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 56.

34 *Ibid.*, 56.

35 Cf. *ibid.*, 53; S. Agustín, De Sancta Virginitate, III, 3: PL 40, 398; Sermo 215, 4: PL 38, 1074; Sermo 196, I: PL 38, 1019; De peccatorum meritis et remissione, I, 29, 57: PL 44, 142; Sermo 25, 7: PL 46, 937 s.; S. León Magno, Tractatus 21; De natale Domini, I: CCL 138, 86.

36 Cf. Subida del Monte Carmelo, L. II, cap. 3, 4–6.

37 Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 58.

38 *Ibid.*, 58.

39 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 5.

40 Sobre la participación o « compasión » de María en la muerte de Cristo, cf. S. Bernardo, In Dominica infra octavam Assumptionis Sermo, 14: S. Bernardi Opera, V, 1968, 273.

41 S. Ireneo, Adversus Haereses, III, 22, 4: S. Ch. 211, 438–444; cf. Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 56, nota 6.

42 Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 56 y los Padres citados en las notas 8 y 9.

43 « Cristo es verdad, Cristo es carne, Cristo verdad en la mente de María, Cristo carne en el seno de María »: S. Agustín, Sermo 25 (Sermones inediti), 7: PL 46, 938.

44 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 60.

45 Ibid., 61.

46 Ibid., 62.

47 Es conocido lo que escribe Orígenes sobre la presencia de María y de Juan en el Calvario: « Los Evangelios son las primicias de toda la Escritura, y el Evangelio de Juan es el primero de los Evangelios; ninguno puede percibir el significado si antes no ha posado la cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido de Jesús a María como Madre »: Comm. in Ioan., 1, 6: PG 14, 31; cf. S. Ambrosio, Expos. Evang. sec. Luc., X, 129–131: CSEL, 32/4, 504 s.

48 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 54 y 53; este último texto conciliar cita a S. Agustín, De Sancta Virginitate, VI, 6: PL 40, 399.

49 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 55.

50 Cf. S. León Magno, Tractatus 26, de natale Domini, 2: CCL 138, 126.

51 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 59.

52 S. Agustín, De Civitate Dei, XVIII, 51: CCL 48, 650.

53 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 8.

54 Ibid., 9.

55 Ibid., 9.

56 Ibid., 8.

57 Ibid., 9.

58 Ibid., 65.

59 Ibid., 59.

60 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 5.

61 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 63.

62 Cf. ibid., 9.

63 Cf. ibid., 65.

64 Ibid., 65.

65 Ibid., 65.

66 Cf. ibid., 13.

67 Cf. ibid., 13.

68 Cf. ibid., 13.

69 Cfr. Misal Romano, fórmula de la consagración del cáliz en las Plegarias Eucarísticas.

70 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 1.

71 *Ibid.*, 13.

72 *Ibid.*, 15.

73 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, 1.

74 Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 68, 69. Sobre la Santísima Virgen María, promotora de la unidad de los cristianos y sobre el culto de María en Oriente, cf. León XIII, Carta Enc. *Adiutricem populi* (5 de septiembre de 1895): *Acta Leonis*, XV, 300–312.

75 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, 20.

76 *Ibid.*, 19.

77 *Ibid.*, 14.

78 *Ibid.*, 15.

79 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm., sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 66.

80 Conc. Ecum. Calced., *Definitio fidei: Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, Bologna 1973 (3), 86 (DS 301)

81 Cf. el *Weddâsê Mâryâm* (Alabanzas de María), que está a continuación del Salterio etíope y contiene himnos y plegarias a María para cada día de la semana. Cf. también el *Matshafa Kidâna Mehrat* (Libro del Pacto de Misericordia); es de destacar la importancia reservada a María en los Himnos así como en la liturgia etíope.

82 Cf. S. Efrén, *Hymn. de Nativitate: Scriptores Syri*, 82: CSCO, 186.

83 Cf. S. Gregorio De Narek, *Le livre des prières: S. Ch.* 78, 160–163; 428–432.

84 Conc. Ecum. Niceno II: *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, Bologna 1973 (3), 135–138 (DS 600–609).

85 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 59.

86 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, 19.

87 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 8.

88 *Ibid.*, 9.

89 Como es sabido, las palabras del Magníficat contienen o evocan numerosos pasajes del Antiguo Testamento.

90 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación *Dei Verbum*, 2.

91 Cf. por ejemplo S. Justino, *Dialogus cum Tryphone Iudaeo*, 100: Otto II, 358; S. Ireneo, *Adversus Haereses III*, 22, 4: S. Ch. 211, 439–449; Tertuliano, *De carne Christi*, 17, 4–6: CCL 2, 904 s.

92 Cf. S. Epifanio, *Panarion*, III, 2; *Haer.* 78, 18: PG 42, 727–730

93 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre Libertad cristiana y liberación* (22 de marzo de 1986), 97.

94 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 60.

95 *Ibid.*, 60.

96 Cf. la fórmula de mediadora « *ad Mediatorem* » de S. Bernardo, *In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo*, 2: *S. Bernardi Opera*, V, 1968, 263. María como puro espejo remite al Hijo toda gloria y honor que recibe: *Id.*, *In Nativitate B. Mariae Sermo*–

De aquaeductu, 12: ed. cit. , 283.

97 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 62.

98 Ibid., 62.

99 Ibid., 61.

100 Ibid., 62.

101 Ibid., 61

102 Ibid., 61

103 Ibid., 62.

104 Ibid., 62.

105 Ibid., 62; también en su oración la Iglesia reconoce y celebra la « función materna » de María, función « de intercesión y perdón, de impetración y gracia, de reconciliación y paz » (cf. prefacio de la Misa de la Bienaventurada Virgen María, Madre y Mediadora de gracia, en *Collectio Missarum de Beata Maria Virgine*, ed. typ. 1987, I, 120.

106 Ibid., 62.

107 Ibid., 62; S. Juan Damasceno, Hom. in Dormitionem, I, 11; II, 2, 14: S. Ch. 80, 111 s.; 127–131; 157–161; 181–185; S. Bernardo, In Assumptione Beatae Mariae Sermo, 1–2: S. Bernardi Opera, V, 1968, 228–238.

108 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 59; cf. Pío XII, Const. Apost. Munificentissimus Deus (1 de noviembre de 1950): AAS 42 (1950) 769–771; S. Bernardo presenta a María inmersa en el esplendor de la gloria del Hijo: In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo, 3: S. Bernardi Opera, V, 1968, 263 s.

109 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 53.

110 Sobre este aspecto particular de la mediación de María como impetradora de clemencia ante el Hijo Juez, cf. S. Bernardo, In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo, 1–2: S. Bernardi Opera, V, 1968, 262 s.; León XIII, Cart. Enc. Octobri mense (22 de septiembre de 1891): Acta Leonis, XI, 299–315.

111 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 55.

112 Ibid., 59.

113 Ibid., 36.

114 Ibid., 36.

115 A propósito de María Reina, cf. S. Juan Damasceno, Hom. in Nativitatem, 6, 12; Hom. in Dormitionem, I, 2, 12, 14; II, 11; III, 4: S. Ch. 80, 59 s.; 77 s.; 83 s.; 113 s.; 117; 151 s.; 189–193.

116 Conc. Ecum. Vat. II, Const. sobre la Iglesia Lumen gentium, 62

117 Ibid., 63.

118 Ibid., 63.

119 Ibid., 66.

120 Cf. S. Ambrosio, De Institutione Virginis, XIV, 88–89: PL 16, 341; S. Agustín, Sermo 215, 4: PL 38, 1074; De Sancta Virginitate, II, 2; V, 5; VI, 6: PL 40, 397; 398 s.; 399; Sermo 191, II, 3: PL 38, 1010 s.

121 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen Gentium, 63.

122 Ibid., 64.

123 Ibid., 64.

- 124 Ibid., 64.
- 125 Ibid., 64.
- 126 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 8; S. Buenaventura, Comment. in Evang. Lucae, Ad Claras Aquas, VII, 53, n. 40; 68, n. 109.
- 127 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 64.
- 128 Ibid., 63.
- 129 Ibid., 63.
- 130 Como es bien sabido, en el texto griego la expresión «eis ta ídia» supera el límite de una acogida de María por parte del discípulo, en el sentido del mero alojamiento material y de la hospitalidad en su casa; quiere indicar más bien una comunión de vida que se establece entre los dos en base a las palabras de Cristo agonizante. Cf. S. Agustín, In Ioan. Evang. tract. 119, 3: CCL 36, 659: « La tomó consigo, no en sus heredades, porque no poseía nada propio, sino entre sus obligaciones que atendía con premura ».
- 131 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 62.
- 132 Ibid., 63.
- 133 Conc. Ecum. Vat II, Const past. sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et Spes, 22.
- 134 Cf. Pablo VI, Discurso del 21 de noviembre de 1964: AAS 56 (1964) 1015.
- 135 Pablo VI, Solemne Profesión de Fe (30 de junio de 1968), 15: AAS 60 (1968) 438 s.
- 136 Pablo VI, Discurso del 21 de noviembre de 1964: AAS 56 (1964) 1015.
- 137 Ibid., 1016.
- 138 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et spes, 37.
- 139 Cf. S. Bernardo, In Dominica infra oct. Assumptionis Sermo: S. Bernardi Opera, V, 1968, 262–274.
- 140 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 65.
- 141 Cf. Cart. Enc. Fulgens corona (8 de septiembre de 1953): AAS 45 (1953) 577–592. Pío X con la Cart. Enc. Ad diem illum (2 de febrero de 1904), con ocasión del 50 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, había proclamado un Jubileo extraordinario de algunos meses de duración: Pii X P. M. Acta, I, 147–166.
- 142 Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium, 66–67.
- 143 Cf. S. Luis María Grignion de Montfort, Traité de la vraie dévotion á la sainte Vierge. Junto a este Santo se puede colocar también la figura de S. Alfonso María de Ligorio, cuyo segundo centenario de su muerte se conmemora este año: cf. entre sus obras, Las glorias de María.
- 144 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen gentium , 69.
- 145 Homilía del 1 de enero de 1987.
- 146 Const. dogm. sobre la Iglesia Lumen Gentium, 69.
- 147 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la divina revelación Dei Verbum, 2: « Por esta revelación Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y

ecibirlos en su compañía ».



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA  
REDEMPTORIS CUSTOS  
DEL SUMO PONTÍFICE  
JUAN PABLO II  
SOBRE LA FIGURA Y LA MISIÓN  
DE SAN JOSÉ  
EN LA VIDA DE CRISTO  
Y DE LA IGLESIA

A los Obispos  
A los Sacerdotes y Diáconos  
A los Religiosos y Religiosas  
A todos los fieles

## INTRODUCCIÓN

1. Llamado a ser el Custodio del Redentor, «José... hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24).

Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, inspirándose en el Evangelio, han subrayado que san José, al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, [1] también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo.

En el centenario de la publicación de la Carta Encíclica [Quamquam pluries](#) del Papa León XIII, [2] y siguiendo la huella de la secular veneración a san José, deseo presentar a la consideración de vosotros, queridos hermanos y hermanas, algunas reflexiones sobre aquél al cual Dios «confió la custodia de sus tesoros más preciosos». [3] Con profunda alegría cumplo este deber pastoral, para que en todos crezca la devoción al Patrono de la Iglesia universal y el amor al Redentor, al que él sirvió ejemplarmente.

De este modo, todo el pueblo cristiano no sólo recurrirá con mayor fervor a san José e invocará confiado su patrocinio, sino que tendrá siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir, así como de «participar» en la economía de la salvación. [4]

Considero, en efecto, que el volver a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino consentirá a la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación.

Precisamente José de Nazaret «participó» en este misterio como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. El participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo

depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre «nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo» (Ef 1, 5).

## I. EL MARCO EVANGÉLICO

### El matrimonio con María

2. «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20–21).

En estas palabras se halla el núcleo central de la verdad bíblica sobre san José, el momento de su existencia al que se refieren particularmente los Padres de la Iglesia.

El Evangelista Mateo explica el significado de este momento, delineando también como José lo ha vivido. Sin embargo, para comprender plenamente el contenido y el contexto, es importante tener presente el texto paralelo del Evangelio de Lucas. En efecto, en relación con el versículo que dice: «La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18), el origen de la gestación de María «por obra del Espíritu Santo» encuentra una descripción más amplia y explícita en el versículo que se lee en Lucas sobre la anunciación del nacimiento de Jesús: «Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (Lc 1, 26–27). Las palabras del ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28), provocaron una turbación interior en María y, a la vez, le llevaron a la reflexión. Entonces el mensajero tranquiliza a la Virgen y, al mismo tiempo, le revela el designio especial de Dios referente a ella misma: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre» (Lc 1, 30–32).

El evangelista había afirmado poco antes que, en el momento de la anunciación, María estaba «desposada con un hombre llamado José, de la casa de David». La naturaleza de este «desposorio» es explicada indirectamente, cuando María, después de haber escuchado lo que el mensajero había dicho sobre el nacimiento del hijo, pregunta: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (Lc 1, 34). Entonces le llega esta respuesta: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35). María, si bien ya estaba «desposada» con José, permanecerá virgen, porque el niño, concebido en su seno desde la anunciación, había sido concebido por obra del Espíritu Santo.

En este punto el texto de Lucas coincide con el de Mateo 1, 18 y sirve para explicar lo que en él se lee. Si María, después del desposorio con José, se halló «encinta por obra del Espíritu Santo», este hecho corresponde a todo el contenido de la anunciación y, de modo particular, a las últimas palabras pronunciadas por María: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Respondiendo al claro designio de Dios, María con el paso de los días y de las semanas se manifiesta ante la gente y ante José «encinta», como aquella que debe dar a luz y lleva consigo el misterio de la maternidad.

3. A la vista de esto «su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto» (Mt 1, 19), pues no sabía cómo comportarse ante la «sorprendente» maternidad de María. Ciertamente buscaba una respuesta a la

inquietante pregunta, pero, sobre todo, buscaba una salida a aquella situación tan difícil para él. Por tanto, cuando «reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: "José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados"» (Mt 1, 20–21).

Existe una profunda analogía entre la «anunciación» del texto de Mateo y la del texto de Lucas. El mensajero divino introduce a José en el misterio de la maternidad de María. La que según la ley es su «esposa», permaneciendo virgen, se ha convertido en madre por obra del Espíritu Santo. Y cuando el Hijo, llevado en el seno por María, venga al mundo, recibirá el nombre de Jesús. Era éste un nombre conocido entre los israelitas y, a veces, se ponía a los hijos. En este caso, sin embargo, se trata del Hijo que, según la promesa divina, cumplirá plenamente el significado de este nombre: Jesús–Yehošua', que significa, Dios salva.

El mensajero se dirige a José como al «esposo de María», aquel que, a su debido tiempo, tendrá que imponer ese nombre al Hijo que nacerá de la Virgen de Nazaret, desposada con él. El mensajero se dirige, por tanto, a José confiándole la tarea de un padre terreno respecto al Hijo de María.

«Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24). El la tomó en todo el misterio de su maternidad; la tomó junto con el Hijo que llegaría al mundo por obra del Espíritu Santo, demostrando de tal modo una disponibilidad de voluntad, semejante a la de María, en orden a lo que Dios le pedía por medio de su mensajero.

## II. EL DEPOSITARIO DEL MISTERIO DE DIOS

4. Cuando María, poco después de la anunciación, se dirigió a la casa de Zacarías para visitar a su pariente Isabel, mientras la saludaba oyó las palabras pronunciadas por Isabel «llena de Espíritu Santo» (Lc 1, 41). Además de las palabras relacionadas con el saludo del ángel en la anunciación, Isabel dijo: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1, 45). Estas palabras han sido el pensamiento–guía de la encíclica [Redemptoris Mater](#), con la cual he pretendido profundizar en las enseñanzas del Concilio Vaticano II que afirma: «La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz» [5] y «precedió»[6] a todos los que, mediante la fe, siguen a Cristo.

Ahora, al comienzo de esta peregrinación, la fe de María se encuentra con la fe de José. Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: «Feliz la que ha creído», en cierto sentido se puede aplicar esta bienaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo. En honor a la verdad, José no respondió al «anuncio» del ángel como María; pero hizo como le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que él hizo es genuina "obediencia de la fe" (cf. Rom 1, 5; 16, 26; 2 Cor 10, 5–6).

Se puede decir que lo que hizo José le unió en modo particularísimo a la fe de María. Aceptó como verdad proveniente de Dios lo que ella ya había aceptado en la anunciación. El Concilio dice al respecto: «Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe", por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por él». [7] La frase anteriormente citada, que concierne a la esencia misma de la fe, se refiere plenamente a José de Nazaret.

5. El, por tanto, se convirtió en el depositario singular del misterio «escondido desde siglos en Dios» (cf. Ef 3, 9), lo mismo que se convirtió María en aquel momento decisivo que el Apóstol llama «la plenitud de los tiempos», cuando «envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» para «rescatar a los que se hallaban bajo la ley», «para que recibieran la filiación adoptiva» (cf. Gál 4, 4–5). «Dispuso Dios –afirma el Concilio– en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef 2, 18; 2 Pe 1, 4)». [8]

De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario. Con María –y también en relación con María– él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo, y participa desde el primer instante. Teniendo a la vista el texto de ambos evangelistas Mateo y Lucas, se puede decir también que José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación. El es asimismo el que ha sido puesto en primer lugar por Dios en la vía de la «peregrinación de la fe», a través de la cual, María, sobre todo en el Calvario y en Pentecostés, precedió de forma eminente y singular. [9]

6. La vía propia de José, su peregrinación de la fe, se concluirá antes, es decir, antes de que María se detenga ante la Cruz en el Gólgota y antes de que Ella, una vez vuelto Cristo al Padre, se encuentre en el Cenáculo de Pentecostés el día de la manifestación de la Iglesia al mundo, nacida mediante el poder del Espíritu de verdad. Sin embargo, la vía de la fe de José sigue la misma dirección, queda totalmente determinada por el mismo misterio del que él junto con María se había convertido en el primer depositario. La encarnación y la redención constituyen una unidad orgánica e indisoluble, donde el «plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí». [10] Precisamente por esta unidad el Papa Juan XXIII, que tenía una gran devoción a san José, estableció que en el Canon romano de la Misa, memorial perpetuo de la redención, se incluyera su nombre junto al de María, y antes del de los Apóstoles, de los Sumos Pontífices y de los Mártires. [11]

### El servicio de la paternidad

7. Como se deduce de los textos evangélicos, el matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José. Es para asegurar la protección paterna a Jesús por lo que Dios elige a José como esposo de María. Se sigue de esto que la paternidad de José –una relación que lo sitúa lo más cerca posible de Jesús, término de toda elección y predestinación (cf. Rom 8, 28 s.)– pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia.

Los evangelistas, aun afirmando claramente que Jesús ha sido concebido por obra del Espíritu Santo y que en aquel matrimonio se ha conservado la virginidad (cf. Mt 1, 18–25; Lc 1, 26–38), llaman a José esposo de María y a María esposa de José (cf. Mt 1, 16. 18–20. 24; Lc 1, 27; 2, 5).

Y también para la Iglesia, si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de José. De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José. «¿Por qué –se pregunta san Agustín– no debían serlo a través de José? ¿No era tal vez José el marido de María? (...) La Escritura afirma, por medio de la autoridad angélica, que él era el marido. No temas, dice, recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del

Espíritu Santo. Se le ordena poner el nombre del niño, aunque no fuera fruto suyo. Ella, añade, dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. La Escritura sabe que Jesús no ha nacido de la semilla de José, porque a él, preocupado por el origen de la gravidez de ella, se le ha dicho: es obra del Espíritu Santo. Y, no obstante, no se le quita la autoridad paterna, visto que se le ordena poner el nombre al niño. Finalmente, aun la misma Virgen María, plenamente consciente de no haber concebido a Cristo por medio de la unión conyugal con él, le llama sin embargo padre de Cristo».[12]

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: «A raíz de aquel matrimonio fiel ambos merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, ambos por medio de la mente, no de la carne».[13] En este matrimonio no faltaron los requisitos necesarios para su constitución: «En los padres de Cristo se han cumplido todos los bienes del matrimonio: la prole, la fidelidad y el sacramento. Conocemos la prole, que es el mismo Señor Jesús; la fidelidad, porque no existe adulterio; el sacramento, porque no hay divorcio».[14]

Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto san Agustín como santo Tomás la ponen siempre en la «indivisible unión espiritual», en la «unión de los corazones», en el «consentimiento».[15] elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de modo ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el matrimonio de María y José el que realiza en plena «libertad» el «don sponsal de sí» al acoger y expresar tal amor. [16] «En esta grande obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida».[17]

¡Cuántas enseñanzas se derivan de todo esto para la familia! Porque «la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor» y «la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa»:[18] es en la sagrada Familia, en esta originaria «iglesia doméstica»,[19] donde todas las familias cristianas deben mirarse. En efecto, «por un misterioso designio de Dios, en ella vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es pues el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas».[20]

8. San José ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente «ministro de la salvación».[21] Su paternidad se ha expresado concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio, al misterio de la encarnación y a la misión redentora que está unida a él; al haber hecho uso de la autoridad legal, que le correspondía sobre la Sagrada Familia, para hacerle don total de sí, de su vida y de su trabajo; al haber convertido su vocación humana al amor doméstico con la oblación sobrehumana de sí, de su corazón y de toda capacidad, en el amor puesto al servicio del Mesías, que crece en su casa».[22]

La liturgia, al recordar que han sido confiados «a la fiel custodia de san José los primeros misterios de la salvación de los hombres»,<sup>[23]</sup> precisa también que «Dios le ha puesto al cuidado de su familia, como siervo fiel y prudente, para que custodiara como padre a su Hijo unigénito».<sup>[24]</sup> León XIII subraya la sublimidad de esta misión: «El se impone entre todos por su augusta dignidad, dado que por disposición divina fue custodio y, en la creencia de los hombres, padre del Hijo de Dios. De donde se seguía que el Verbo de Dios se sometiera a José, le obedeciera y le diera aquel honor y aquella reverencia que los hijos deben a su propio padre».<sup>[25]</sup>

Al no ser concebible que a una misión tan sublime no correspondan las cualidades exigidas para llevarla a cabo de forma adecuada, es necesario reconocer que José tuvo hacia Jesús «por don especial del cielo, todo aquel amor natural, toda aquella afectuosa solicitud que el corazón de un padre pueda conocer».<sup>[26]</sup>

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente, aquel amor que tiene su fuente en el Padre, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3, 15).

En los Evangelios se expone claramente la tarea paterna de José respecto a Jesús. De hecho, la salvación, que pasa a través de la humanidad de Jesús, se realiza en los gestos que forman parte diariamente de la vida familiar, respetando aquella «condescendencia» inherente a la economía de la encarnación. Los Evangelistas están muy atentos en mostrar cómo en la vida de Jesús nada se deja a la casualidad y todo se desarrolla según un plan divinamente preestablecido. La fórmula repetida a menudo: «Así sucedió, para que se cumplieran...» y la referencia del acontecimiento descrito a un texto del Antiguo Testamento, tienden a subrayar la unidad y la continuidad del proyecto, que alcanza en Cristo su cumplimiento.

Con la encarnación las «promesas» y las «figuras» del Antiguo Testamento se hacen «realidad»: lugares, personas, hechos y ritos se entremezclan según precisas órdenes divinas, transmitidas mediante el ministerio angélico y recibidos por criaturas particularmente sensibles a la voz de Dios. María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser Madre de Dios; José es aquel que Dios ha elegido para ser «el coordinador del nacimiento del Señor»,<sup>[27]</sup> aquél que tiene el encargo de proveer a la inserción «ordenada» del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto «privada» como «escondida» de Jesús ha sido confiada a su custodia.

## El censo

9. Dirigiéndose a Belén para el censo, de acuerdo con las disposiciones emanadas por la autoridad legítima, José, respecto al niño, cumplió la tarea importante y significativa de inscribir oficialmente el nombre «Jesús, hijo de José de Nazaret» (cf. Jn 1, 45) en el registro del Imperio. Esta inscripción manifiesta de modo evidente la pertenencia de Jesús al género humano, hombre entre los hombres, ciudadano de este mundo, sujeto a las leyes e instituciones civiles, pero también «salvador del mundo». Orígenes describe acertadamente el significado teológico inherente a este hecho histórico, ciertamente nada marginal: «Dado que el primer censo de toda la tierra acaeció bajo César Augusto y, como todos los demás, también José se hizo registrar junto con María su esposa, que estaba encinta, Jesús nació antes de que el censo se hubiera llevado a cabo; a quien considere esto con profunda atención, le parecerá ver una especie de misterio en el hecho de que en la declaración de toda la tierra debiera ser censado Cristo. De este modo, registrado con todos, podía santificar a todos; inscrito en

el censo con toda la tierra, a la tierra ofrecía la comunión consigo; y después de esta declaración escribía a todos los hombres de la tierra en el libro de los vivos, de modo que cuantos hubieran creído en él, fueran luego registrados en el cielo con los Santos de Aquel a quien se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén».[28]

### El nacimiento en Belén

10. Como depositarios del misterio «escondido desde siglos en Dios» y que empieza a realizarse ante sus ojos «en la plenitud de los tiempos», José es con María, en la noche de Belén, testigo privilegiado de la venida del Hijo de Dios al mundo. Así lo narra Lucas: «Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento» (Lc 2, 6–7).

José fue testigo ocular de este nacimiento, acaecido en condiciones humanamente humillantes, primer anuncio de aquel «anonadamiento» (Flp 2, 5–8), al que Cristo libremente consintió para redimir los pecados. Al mismo tiempo José fue testigo de la adoración de los pastores, llegados al lugar del nacimiento de Jesús después de que el ángel les había traído esta grande y gozosa nueva (cf. Lc 2, 15–16); más tarde fue también testigo de la adoración de los Magos, venidos de Oriente (cf. Mt 2, 11).

### La circuncisión

11. Siendo la circuncisión del hijo el primer deber religioso del padre, José con este rito (cf. Lc 2, 21) ejercita su derecho–deber respecto a Jesús.

El principio según el cual todos los ritos del Antiguo Testamento son una sombra de la realidad (cf. Heb 9, 9 s.; 10, 1), explica el por qué Jesús los acepta. Como para los otros ritos, también el de la circuncisión halla en Jesús el «cumplimiento». La Alianza de Dios con Abraham, de la cual la circuncisión era signo (cf. Jn 17, 13), alcanza en Jesús su pleno efecto y su perfecta realización, siendo Jesús el «sí» de todas las antiguas promesas (cf. 2 Cor 1, 20).

### La imposición del nombre

12. En la circuncisión, José impone al niño el nombre de Jesús. Este nombre es el único en el que se halla la salvación (cf. Act 4, 12); y a José le había sido revelado el significado en el instante de su «anunciación»: «Y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21). Al imponer el nombre, José declara su paternidad legal sobre Jesús y, al proclamar el nombre, proclama también su misión salvadora.

### La presentación de Jesús en el templo

13. Este rito, narrado por Lucas (2, 2 ss.), incluye el rescate del primogénito e ilumina la posterior permanencia de Jesús a los doce años de edad en el templo.

El rescate del primogénito es otro deber del padre, que es cumplido por José. En el primogénito estaba representado el pueblo de la Alianza, rescatado de la esclavitud

para pertenecer a Dios. También en esto, Jesús, que es el verdadero «precio» del rescate (cf. 1 Cor 6, 20; 7, 23; 1 Ped 1, 19), no sólo «cumple» el rito del Antiguo Testamento, sino que, al mismo tiempo, lo supera, al no ser él mismo un sujeto de rescate, sino el autor mismo del rescate.

El Evangelista pone de manifiesto que «su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él» (Lc 2, 33), y, de modo particular, de lo dicho por Simeón, en su canto dirigido a Dios, al indicar a Jesús como la «salvación preparada por Dios a la vista de todos los pueblos» y «luz para iluminar a los gentiles y gloria de su pueblo Israel» y, más adelante, también «señal de contradicción» (cf. Lc 2, 30–34).

### La huida a Egipto

14. Después de la presentación en el templo el evangelista Lucas hace notar: «Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él» (Lc 2, 39–40).

Pero, según el texto de Mateo, antes de este regreso a Galilea, hay que situar un acontecimiento muy importante, para el que la Providencia divina recurre nuevamente a José. Leemos: «Después que ellos (los Magos) se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar el niño para matarle"» (Mt 2, 13). Con ocasión de la venida de los Magos de Oriente, Herodes supo del nacimiento del «rey de los judíos» (Mt 2, 2). Y cuando partieron los Magos él «envió a matar a todos los niños de Belén y de toda la comarca, de dos años para abajo» (Mt 2, 16). De este modo, matando a todos, quería matar a aquel recién nacido «rey de los judíos», de quien había tenido conocimiento durante la visita de los magos a su corte. Entonces José, habiendo sido advertido en sueños, «tomó al niño y a su madre y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: "De Egipto llamé a mi hijo"» (Mt 2, 14–15; cf. Os 11, 1).

De este modo, el camino de regreso de Jesús desde Belén a Nazaret pasó a través de Egipto. Así como Israel había tomado la vía del éxodo «en condición de esclavitud» para iniciar la Antigua Alianza, José, depositario y cooperador del misterio providencial de Dios, custodia también en el exilio a aquel que realiza la Nueva Alianza.

### Jesús en el templo

15. Desde el momento de la anunciación, José, junto con María, se encontró en cierto sentido en la intimidad del misterio escondido desde siglos en Dios, y que se encarnó: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14). El habitó entre los hombres, y el ámbito de su morada fue la Sagrada Familia de Nazaret, una de tantas familias de esta aldea de Galilea, una de tantas familias de Israel. Allí Jesús «crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él» (Lc 2, 40). Los Evangelios compendian en pocas palabras el largo período de la vida «oculta», durante el cual Jesús se preparaba a su misión mesiánica. Un solo episodio se sustrae a este «ocultamiento», que es descrito en el Evangelio de Lucas: la Pascua de Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años.

Jesús participó en esta fiesta como joven peregrino junto con María y José. Y he aquí que «pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres» (Lc 2, 43). Pasado un día se dieron cuenta e iniciaron la búsqueda entre los parientes y conocidos: «Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas» (Lc 2, 46–47). María le pregunta: «Hijo ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando» (Lc 2, 48). La respuesta de Jesús fue tal que «ellos no comprendieron». El les había dicho: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49–50).

Esta respuesta la oyó José, a quien María se había referido poco antes llamándole «tu padre». Y así es lo que se decía y pensaba: «Jesús... era, según se creía, hijo de José» (Lc 3, 23). No obstante, la respuesta de Jesús en el templo habría reafirmado en la conciencia del «presunto padre» lo que éste había oído una noche doce años antes: «José ... no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). Ya desde entonces, él sabía que era depositario del misterio de Dios, y Jesús en el templo evocó exactamente este misterio: «Debo ocuparme en las cosas de mi Padre».

### El mantenimiento y la educación de Jesús en Nazaret

16. El crecimiento de Jesús «en sabiduría, edad y gracia» (Lc 2, 52) se desarrolla en el ámbito de la Sagrada Familia, a la vista de José, que tenía la alta misión de «criarle», esto es, alimentar, vestir e instruir a Jesús en la Ley y en un oficio, como corresponde a los deberes propios del padre.

En el sacrificio eucarístico la Iglesia venera ante todo la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, pero también la del bienaventurado José [29] porque «alimentó a aquel que los fieles comerían como pan de vida eterna».[30]

Por su parte, Jesús «vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51), correspondiendo con el respeto a las atenciones de sus «padres». De esta manera quiso santificar los deberes de la familia y del trabajo que desempeñaba al lado de José.

### III. EL VARÓN JUSTO – EL ESPOSO

17. Durante su vida, que fue una peregrinación en la fe, José, al igual que María, permaneció fiel a la llamada de Dios hasta el final. La vida de ella fue el cumplimiento hasta sus últimas consecuencias de aquel primer «fiat» pronunciado en el momento de la anunciación mientras que José –como ya se ha dicho– en el momento de su «anunciación» no pronunció palabra alguna. Simplemente él «hizo como el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1, 24). Y este primer «hizo» es el comienzo del «camino de José». A lo largo de este camino, los Evangelios no citan ninguna palabra dicha por él. Pero el silencio de José posee una especial elocuencia: gracias a este silencio se puede leer plenamente la verdad contenida en el juicio que de él da el Evangelio: el «justo» (Mt 1, 19).

Hace falta saber leer esta verdad, porque ella contiene uno de los testimonios más importantes acerca del hombre y de su vocación. En el transcurso de las generaciones la Iglesia lee, de modo siempre atento y consciente, dicho testimonio, casi como si sacase del tesoro de esta figura insigne «lo nuevo y lo viejo» (Mt 13, 52).

18. El varón «justo» de Nazaret posee ante todo las características propias del esposo. El Evangelista habla de María como de «una virgen desposada con un hombre llamado José» (Lc 1, 27). Antes de que comience a cumplirse «el misterio escondido desde siglos» (Ef 3, 9) los Evangelios ponen ante nuestros ojos la imagen del esposo y de la esposa. Según la costumbre del pueblo hebreo, el matrimonio se realizaba en dos etapas: primero se celebraba el matrimonio legal (verdadero matrimonio) y, sólo después de un cierto período, el esposo introducía en su casa a la esposa. Antes de vivir con María, José era, por tanto, su «esposo»; pero María conservaba en su intimidad el deseo de entregarse a Dios de modo exclusivo. Se podría preguntar cómo se concilia este deseo con el «matrimonio». La respuesta viene sólo del desarrollo de los acontecimientos salvíficos, esto es, de la especial intervención de Dios. Desde el momento de la anunciación, María sabe que debe llevar a cabo su deseo virginal de darse a Dios de modo exclusivo y total precisamente por el hecho de llegar a ser la madre del Hijo de Dios. La maternidad por obra del Espíritu Santo es la forma de donación que el mismo Dios espera de la Virgen, «esposa prometida» de José. María pronuncia su «fiat».

El hecho de ser ella la «esposa prometida» de José está contenido en el designio mismo de Dios.

Así lo indican los dos Evangelistas citados, pero de modo particular Mateo. Son muy significativas las palabras dichas a José: «No temas en tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). Estas palabras explican el misterio de la esposa de José: María es virgen en su maternidad. En ella el «Hijo del Altísimo» asume un cuerpo humano y viene a ser «el Hijo del hombre».

Dios, dirigiéndose a José con las palabras del ángel, se dirige a él al ser el esposo de la Virgen de Nazaret. Lo que se ha cumplido en ella por obra del Espíritu Santo expresa al mismo tiempo una especial confirmación del vínculo esponsal, existente ya antes entre José y María. El mensajero dice claramente a José: «No temas tomar contigo a María tu mujer». Por tanto, lo que había tenido lugar antes –esto es, sus desposorios con María– había sucedido por voluntad de Dios y, consiguientemente, había que conservarlo. En su maternidad divina María ha de continuar viviendo como «una virgen, esposa de un esposo» (cf. Lc 1, 27).

19. En las palabras de la «anunciación» nocturna, José escucha no sólo la verdad divina acerca de la inefable vocación de su esposa, sino que también vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación. Este hombre «justo», que en el espíritu de las más nobles tradiciones del pueblo elegido amaba a la virgen de Nazaret y se había unido a ella con amor esponsal, es llamado nuevamente por Dios a este amor.

«José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24); lo que en ella había sido engendrado «es del Espíritu Santo». A la vista de estas expresiones, ¿no habrá que concluir que también su amor como hombre ha sido regenerado por el Espíritu Santo? ¿No habrá que pensar que el amor de Dios, que ha sido derramado en el corazón humano por medio del Espíritu Santo (cf. Rom 5, 5) configura de modo perfecto el amor humano? Este amor de Dios forma también –y de modo muy singular– el amor esponsal de los cónyuges, profundizando en él todo lo que tiene de humanamente digno y bello, lo que lleva el signo del abandono exclusivo, de la alianza de las personas y de la comunión auténtica a ejemplo del Misterio trinitario.

«José ... tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo» (Mt 1, 24–25). Estas palabras indican también otra proximidad esponsal. La profundidad de esta proximidad, es decir, la intensidad espiritual de la unión y del

contacto entre personas –entre el hombre y la mujer– proviene en definitiva del Espíritu Santo, que da la vida (cf. Jn 6, 63). José, obediente al Espíritu, encontró justamente en Él la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquel «varón justo» podía esperarse según la medida del propio corazón humano.

20. En la liturgia se celebra a María como «unida a José, el hombre justo, por un estrechísimo y virginal vínculo de amor». [31] Se trata, en efecto, de dos amores que representan conjuntamente el misterio de la Iglesia, virgen y esposa, la cual encuentra en el matrimonio de María y José su propio símbolo. «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo», [32] que es comunión de amor entre Dios y los hombres.

Mediante el sacrificio total de sí mismo José expresa su generoso amor hacia la Madre de Dios, haciéndole «don esponsal de sí». Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en ella, él, por expresa orden del ángel, la retiene consigo y respeta su pertenencia exclusiva a Dios.

Por otra parte, es precisamente del matrimonio con María del que derivan para José su singular dignidad y sus derechos sobre Jesús. «Es cierto que la dignidad de Madre de Dios llega tan alto que nada puede existir más sublime; mas, porque entre la beatísima Virgen y José se estrechó un lazo conyugal, no hay duda de que a aquella altísima dignidad, por la que la Madre de Dios supera con mucho a todas las criaturas, él se acercó más que ningún otro. Ya que el matrimonio es el máximo consorcio y amistad –al que de por sí va unida la comunión de bienes– se sigue que, si Dios ha dado a José como esposo a la Virgen, se lo ha dado no sólo como compañero de vida, testigo de la virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que participase, por medio del pacto conyugal, en la excelsa grandeza de ella». [33]

21. Este vínculo de caridad constituyó la vida de la Sagrada Familia, primero en la pobreza de Belén, luego en el exilio en Egipto y, sucesivamente, en Nazaret. La Iglesia rodea de profunda veneración a esta Familia, proponiéndola como modelo para todas las familias. La Familia de Nazaret, inserta directamente en el misterio de la encarnación, constituye un misterio especial. Y –al igual que en la encarnación– a este misterio pertenece también una verdadera paternidad: la forma humana de la familia del Hijo de Dios, verdadera familia humana formada por el misterio divino. En esta familia José es el padre: no es la suya una paternidad derivada de la generación; y, sin embargo, no es «aparente» o solamente «sustitutiva», sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo–Hijo, Jesucristo. Junto con la asunción de la humanidad, en Cristo está también «asumido» todo lo que es humano, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra. En este contexto está también «asumida» la paternidad humana de José.

En base a este principio adquieren su justo significado las palabras de María a Jesús en el templo: «Tu padre y yo ... te buscábamos». Esta no es una frase convencional; las palabras de la Madre de Jesús indican toda la realidad de la encarnación, que pertenece al misterio de la Familia de Nazaret. José, que desde el principio aceptó mediante la «obediencia de la fe» su paternidad humana respecto a Jesús, siguiendo la luz del Espíritu Santo, que mediante la fe se da al hombre, descubría ciertamente cada vez más el don inefable de su paternidad.

#### IV. EL TRABAJO EXPRESIÓN DEL AMOR

22. Expresión cotidiana de este amor en la vida de la Familia de Nazaret es el trabajo. El texto evangélico precisa el tipo de trabajo con el que José trataba de asegurar el mantenimiento de la Familia: el de carpintero. Esta simple palabra abarca toda la vida de José. Para Jesús éstos son los años de la vida escondida, de la que habla el evangelista tras el episodio ocurrido en el templo: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51). Esta «sumisión», es decir, la obediencia de Jesús en la casa de Nazaret, es entendida también como participación en el trabajo de José. El que era llamado el «hijo del carpintero» había aprendido el trabajo de su «padre» putativo. Si la Familia de Nazaret en el orden de la salvación y de la santidad es ejemplo y modelo para las familias humanas, lo es también análogamente el trabajo de Jesús al lado de José, el carpintero. En nuestra época la Iglesia ha puesto también esto de relieve con la fiesta litúrgica de San José Obrero, el 1 de mayo. El trabajo humano y, en particular, el trabajo manual tienen en el Evangelio un significado especial. Junto con la humanidad del Hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la encarnación, y también ha sido redimido de modo particular. Gracias a su banco de trabajo sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la redención.

23. En el crecimiento humano de Jesús «en sabiduría, edad y gracia» representó una parte notable la virtud de la laboriosidad, al ser «el trabajo un bien del hombre» que «transforma la naturaleza» y que hace al hombre «en cierto sentido más hombre». [34]

La importancia del trabajo en la vida del hombre requiere que se conozcan y asimilen aquellos contenidos «que ayuden a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de sacerdote, profeta y rey». [35]

24. Se trata, en definitiva, de la santificación de la vida cotidiana, que cada uno debe alcanzar según el propio estado y que puede ser fomentada según un modelo accesible a todos: «San José es el modelo de los humildes, que el cristianismo eleva a grandes destinos; san José es la prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo no se necesitan "grandes cosas", sino que se requieren solamente las virtudes comunes, humanas, sencillas, pero verdaderas y auténticas». [36]

#### V. EL PRIMADO DE LA VIDA INTERIOR

25. También el trabajo de carpintero en la casa de Nazaret está envuelto por el mismo clima de silencio que acompaña todo lo relacionado con la figura de José. Pero es un silencio que descubre de modo especial el perfil interior de esta figura. Los Evangelios hablan exclusivamente de lo que José «hizo»; sin embargo permiten descubrir en sus «acciones» –ocultas por el silencio– un clima de profunda contemplación. José estaba en contacto cotidiano con el misterio «escondido desde siglos», que «puso su morada» bajo el techo de su casa. Esto explica, por ejemplo, por qué Santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del Carmelo contemplativo, se hizo promotora de la renovación del culto a san José en la cristiandad occidental.

26. El sacrificio total, que José hizo de toda su existencia a las exigencias de la venida del Mesías a su propia casa, encuentra una razón adecuada «en su insondable vida interior, de la que le llegan mandatos y consuelos singularísimos, y de donde surge

para él la lógica y la fuerza –propia de las almas sencillas y limpias– para las grandes decisiones, como la de poner enseguida a disposición de los designios divinos su libertad, su legítima vocación humana, su fidelidad conyugal, aceptando de la familia su condición propia, su responsabilidad y peso, y renunciando, por un amor virginal incomparable, al natural amor conyugal que la constituye y alimenta».[37]

Esta sumisión a Dios, que es disponibilidad de ánimo para dedicarse a las cosas que se refieren a su servicio, no es otra cosa que el ejercicio de la devoción, la cual constituye una de las expresiones de la virtud de la religión. [38]

27. La comunión de vida entre José y Jesús nos lleva todavía a considerar el misterio de la encarnación precisamente bajo al aspecto de la humanidad de Cristo, instrumento eficaz de la divinidad en orden a la santificación de los hombres: «En virtud de la divinidad, las acciones humanas de Cristo fueron salvíficas para nosotros, produciendo en nosotros la gracia tanto por razón del mérito, como por una cierta eficacia». [39]

Entre estas acciones los Evangelistas resaltan las relativas al misterio pascual, pero tampoco olvidan subrayar la importancia del contacto físico con Jesús en orden a la curación (cf., p. e., Mc 1, 41) y el influjo ejercido por él sobre Juan Bautista, cuando ambos estaban aún en el seno materno (cf. Lc 1, 41–44).

El testimonio apostólico no ha olvidado –como hemos visto– la narración del nacimiento de Jesús, la circuncisión, la presentación en el templo, la huida a Egipto y la vida oculta en Nazaret, por el «misterio» de gracia contenido en tales «gestos», todos ellos salvíficos, al ser partícipes de la misma fuente de amor: la divinidad de Cristo. Si este amor se irradiaba a todos los hombres, a través de la humanidad de Cristo, los beneficiados en primer lugar eran ciertamente: María, su madre, y su padre putativo, José, a quienes la voluntad divina había colocado en su estrecha intimidad. [40]

Puesto que el amor «paterno» de José no podía dejar de influir en el amor «filial» de Jesús y, viceversa, el amor «filial» de Jesús no podía dejar de influir en el amor «paterno» de José, ¿cómo adentrarnos en la profundidad de esta relación singularísima? Las almas más sensibles a los impulsos del amor divino ven con razón en José un luminoso ejemplo de vida interior.

Además, la aparente tensión entre la vida activa y la contemplativa encuentra en él una superación ideal, cosa posible en quien posee la perfección de la caridad. Según la conocida distinción entre el amor de la verdad (*caritas veritatis*) y la exigencia del amor (*necessitas caritatis*),[41] podemos decir que José ha experimentado tanto el amor a la verdad, esto es, el puro amor de contemplación de la Verdad divina que irradiaba de la humanidad de Cristo, como la exigencia del amor, esto es, el amor igualmente puro del servicio, requerido por la tutela y por el desarrollo de aquella misma humanidad.

## VI. PATRONO DE LA IGLESIA DE NUESTRO TIEMPO

28. En tiempos difíciles para la Iglesia, Pío IX, queriendo ponerla bajo la especial protección del santo patriarca José, lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica».[42] El Pontífice sabía que no se trataba de un gesto peregrino, pues, a causa de la excelsa dignidad concedida por Dios a este su siervo fiel, «la Iglesia, después de la Virgen Santa, su esposa, tuvo siempre en gran honor y colmó de alabanzas al bienaventurado José, y a él recurrió sin cesar en las angustias».[43]

¿Cuáles son los motivos para tal confianza? León XIII los expone así: «Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial Patrono de la

Iglesia, y por las que a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús (...). José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia (...). Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo».[44]

29. Este patrocinio debe ser invocado y todavía es necesario a la Iglesia no sólo como defensa contra los peligros que surgen, sino también y sobre todo como aliento en su renovado empeño de evangelización en el mundo y de reevangelización en aquellos «países y naciones, en los que –como he escrito en la Exhortación Apostólica Post-Sinodal [Christifideles laici](#)– la religión y la vida cristiana fueron florecientes y» que «están ahora sometidos a dura prueba».[45] Para llevar el primer anuncio de Cristo y para volver a llevarlo allí donde está descuidado u olvidado, la Iglesia tiene necesidad de un especial «poder desde lo alto» (cf. Lc 24, 49; Act 1, 8), don ciertamente del Espíritu del Señor, no desligado de la intercesión y del ejemplo de sus Santos.

30. Además de la certeza en su segura protección, la Iglesia confía también en el ejemplo insigne de José; un ejemplo que supera los estados de vida particulares y se propone a toda la Comunidad cristiana, cualesquiera que sean las condiciones y las funciones de cada fiel.

Como se dice en la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la divina Revelación, la actitud fundamental de toda la Iglesia debe ser de «religiosa escucha de la Palabra de Dios».[46] esto es, de disponibilidad absoluta para servir fielmente a la voluntad salvífica de Dios revelada en Jesús. Ya al inicio de la redención humana encontramos el modelo de obediencia –después del de María– precisamente en José, el cual se distingue por la fiel ejecución de los mandatos de Dios.

Pablo VI invitaba a invocar este patrocinio «como la Iglesia, en estos últimos tiempos suele hacer; ante todo, para sí, en una espontánea reflexión teológica sobre la relación de la acción divina con la acción humana, en la gran economía de la redención, en la que la primera, la divina, es completamente suficiente, pero la segunda, la humana, la nuestra, aunque no puede nada (cf. Jn 15, 5), nunca está dispensada de una humilde, pero condicional y ennoblecedora colaboración. Además, la Iglesia lo invoca como protector con un profundo y actualísimo deseo de hacer florecer su terrena existencia con genuinas virtudes evangélicas, como resplandecen en san José».[47]

31. La Iglesia transforma estas exigencias en oración. Y recordando que Dios ha confiado los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de San José, le pide que le conceda colaborar fielmente en la obra de la salvación, que le dé un corazón puro, como san José, que se entregó por entero a servir al Verbo Encarnado, y que «por el ejemplo y la intercesión de san José, servidor fiel y obediente, vivamos siempre consagrados en justicia y santidad».[48]

Hace ya cien años el Papa León XIII exhortaba al mundo católico a orar para obtener la protección de san José, patrono de toda la Iglesia. La Carta Encíclica [Quamquam pluries](#) se refería a aquel «amor paterno» que José «profesaba al niño Jesús»; a él, «próvido custodio de la Sagrada Familia» recomendaba la «heredad que Jesucristo conquistó con su sangre». Desde entonces, la Iglesia –como he recordado al comienzo– implora la protección de san José en virtud de «aquel sagrado vínculo que lo une a la Inmaculada Virgen María», y le encomienda todas sus preocupaciones y los peligros que amenazan a la familia humana.

Aún hoy tenemos muchos motivos para orar con las mismas palabras de León XIII: «Aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios... Asístenos propicio desde el cielo en esta lucha contra el poder de las tinieblas ...; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad».[49] Aún hoy existen suficientes motivos para encomendar a todos los hombres a san José.

32. Deseo vivamente que el presente recuerdo de la figura de san José renueve también en nosotros la intensidad de la oración que hace un siglo mi Predecesor recomendó dirigirle. Esta plegaria y la misma figura de José adquieren una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo Milenio cristiano.

El Concilio Vaticano II ha sensibilizado de nuevo a todos hacia «las grandes cosas de Dios», hacia la «economía de la salvación» de la que José fue ministro particular. Encomendándonos, por tanto, a la protección de aquel a quien Dios mismo «confió la custodia de sus tesoros más preciosos y más grandes»[50] aprendamos al mismo tiempo de él a servir a la «economía de la salvación». Que san José sea para todos un maestro singular en el servir a la misión salvífica de Cristo, tarea que en la Iglesia compete a todos y a cada uno: a los esposos y a los padres, a quienes viven del trabajo de sus manos o de cualquier otro trabajo, a las personas llamadas a la vida contemplativa, así como a las llamadas al apostolado.

El varón justo, que llevaba consigo todo el patrimonio de la Antigua Alianza, ha sido también introducido en el «comienzo» de la nueva y eterna Alianza en Jesucristo. Que él nos indique el camino de esta Alianza salvífica, ya a las puertas del próximo Milenio, durante el cual debe perdurar y desarrollarse ulteriormente la «plenitud de los tiempos», que es propia del misterio inefable de la encarnación del Verbo.

Que san José obtenga para la Iglesia y para el mundo, así como para cada uno de nosotros, la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen María, del año 1989, undécimo de mi Pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

#### Notas

[1] Cf. S. Ireneo, *Adversus haereses*, IV, 23, 1: S. Ch 100/2, 692–294.

[2] León XIII, Carta Encicl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): Leonis XIII P. M. Acta, IX (1890), pp. 175–182.

[3] *Sacr. Rituum Congr.*, Decr. *Quemadmodum Deus* (8 de diciembre de 1870): Pii IX P. M. Acta, pars I, V, p. 282; Pío IX, Carta Apostól. *Inclytum Patriarcham* (7 de julio de 1871): l. c., pp. 331–335.

[4] Cf. S. Juan Crisóstomo, *In Math.* 5, 3: PG 57, 57 s.; Doctores de la Iglesia y Sumos Pontífices, en base también a la identidad del nombre, han visto en José de Egipto la figura de José de Nazaret, por haber simbolizado, en cierto modo, la labor y la grandeza de custodio de los más preciosos tesoros de Dios Padre, del Verbo Encarnado y de su Santísima Madre; cf., por ejemplo, S. Bernardo, *Super «Missus est»*, Hom. II, 16: S. Bernardi Opera, Ed. Cist., IV, 33 s.; León XIII, Carta Encicl. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l.c., p. 179.

[5] Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 58.

- [6] Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 63.
- [7] Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación, 5
- [8] Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación, 2.
- [9] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 63.
- [10] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina Revelación, 2.
- [11] S. Congr. de los Ritos, Decr. *Novis hisce temporibus* (13 de noviembre de 1962): AAS 54 (1962), p. 873.
- [12] S. Agustín, *Sermo* 51, 10, 16: PL 38, 342.
- [13] S. Agustín, *De nuptiis et concupiscentia*, I, 11, 12: PL 44, 421; cf. *De consensu evangelistarum*, II, 1, 2: PL, 34, 1071; *Contra Faustum*, III, 2: PL, 42, 214.
- [14] S. Agustín, *De nuptiis et concupiscentia*, I, 11, 43: PL, 44, 421; cf. *Contra Iulianum*, V, 12, 46: PL, 44, 810.
- [15] S. Agustín, *Contra Faustum*, XXIII, 8; PL 42, 470 ss.; *De consensu evangelistarum*, II, I, 3: PL 34, 1072; *Sermo* 51, 13, 21: PL, 38, 344 s.; S. Tomás, *Summa Theol.*, III, q. 29, a. 2 in conclus.
- [16] Cf. Alocuciones del 9 de enero; 16 de enero; 20 de febrero de 1980: *Insegnamenti*, III/I (1980), pp. 88–92; 148–152; 428–431.
- [17] Pablo VI, Alocución al Movimiento «Equipas Notre–Dame (4 de mayo de 1970), n. 7: AAS 62 (1970), p. 431. Análoga exaltación de la Familia de Nazaret como modelo absoluto de la comunidad familiar se halla, por ejemplo, en León XIII, Carta Apost. *Neminem fugit* (14 de junio de 1892): *Leonis XIII P.M. Acta*, XII (1892), pp. 149 s.; Benedicto XV, *Motu Proprio Bonum sane* (25 de julio de 1920): AAS 12 (1920), pp. 313–317.
- [18] Exhort. Apost. *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981), 17; AAS 74 (1982), p. 100.
- [19] Exhort. Apost. *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981), 49: AAS 74 (1982), P. 140; Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 11; Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los Seglares, 11.
- [20] Exhort. Apost. *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981), 85: AAS 74 (1982), pp. 189 s.
- [21] S. Juan Crisóstomo, *In Matth. Hom.* V, 3: PG 57, 57–58.
- [22] Pablo VI, Alocución (19 de marzo de 1966): *Insegnamenti*, IV (1966), p. 110.
- [23] Cf. *Missale Romanum*, *Collecta*: in «*Sollemnitatem S. Ioseph Sponsi B. M. V.*».
- [24] Cf. *Ibid.*, *Praefatio* in «*Sollemnitatem S. Ioseph Sponsi B. M. V.*».
- [25] Carta Encíclic. *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889): l.c., p. 178.
- [26] Pío XII, Radiomensaje a los alumnos de las escuelas católicas de los Estados Unidos de América (19 de febrero de 1958): AAS 50 (1958), P. 174.
- [27] Orígenes, *Hom. XIII in Lucam*, 7: S. Ch. 87, pp. 214 s.
- [28] Orígenes, *Hom. X in Lucam*, 6: S. Ch. 87, pp. 196 s.
- [29] Cf. *Missale Romanum*, *Prex Eucharistica* I.
- [30] 30 *Sacr. Rituum Congr.*, Decr. *Quemadmodum Deus* (8 de diciembre de 1870): l.c., p. 282.
- [31] *Colletio Missarum de Beata Maria Virgine*, I, «*Sancta Maria de Nazaret*», *Praefatio*.

- [32] Exhort. Apost. Familiaris consortio, (22 de noviembre de 1981), 16: AAS 74 (1982), p. 98.
- [33] León XIII, Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177 s.
- [34] Carta Encícl. Laborem exercens (14 de septiembre de 1981), 9: AAS 73 (1981), pp. 599 s.
- [35] Cf. Carta Encícl. Laborem exercens (14 de septiembre de 1981), 24: AAS 73, 1980, p. 638. Los Sumos Pontífices en tiempos recientes han presentado constantemente a san José como «modelo» de los obreros y de los trabajadores; cf., por ejemplo, León XIII, Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): l.c., p. 180; Benedicto XV, Motu Proprio Bonum sane (25 de julio de 1920): l.c., pp. 314–316; Pío XII Alocución (11 de marzo de 1945), 4: AAS 37 (1945), p. 72; Alocución (1º de mayo de 1955): AAS 47 (1955), 406; Juan XXIII, Radiomensaje ( 1º de mayo de 1960): AAS 52 ( 1960), p. 398.
- [36] Pablo VI, Alocución (19 de marzo de 1969): Insegnamenti, VII (1969), p. 1268.
- [37] Ibid.: l.c., p. 1267.
- [38] Cf. S. Tomás, Summa Theol., II–IIae. q. 82. a. 3, ad 2.
- [39] Ibid., III, q. 8, a. 1, ad 1.
- [40] Pío XII, Carta Encícl. Haurietis aquas (15 de mayo de 1956), III: AAS 48 (1956), p. 329 s.
- [41] Cf. S. Tomás, Summa Theol., II–IIae, q. 182, a. 1. ad 3.
- [42] Cf. Sac. Rituum Congr., Decr. Quemadmodum Deus (8 de diciembre de 1870): l.c., p. 283.
- [43] Ibid., l.c., pp.282 s.
- [44] León XIII, Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): l.c., pp. 177–179.
- [45] Exhort. Apost. Post–Sinodal Christifideles laici (30 de diciembre de 1988), 34: AAS 81 (1989), p. 456.
- [46] Const. dogm. Dei Verbum, sobre la divina Revelación, 1.
- [47] Pablo VI, Alocución (19 de marzo de 1969): Insegnamenti, VII (1969), p. 1269.
- [48] Cf. Missale Romanum, Collecta; Super oblata en «Sollemnitate S. Ioseph Sponsi B. M. V.»; Post. comm. en «Missa votiva S. Ioseph».
- [49] Cf. León XIII, «Oratio ad Sanctum Iosephum», que aparece inmediatamente después del texto de la Carta Encícl. Quamquam pluries (15 de agosto de 1889): Leonis , XIII P. M. Acta, IX (1890), p. 183.
- [50] Sac. Rituum Congr., Decr. Quemadmodum Deus (8 de diciembre de 1870): PII IX, P.M. Acta, pars I, V p. 282.

